Pero no; hay todavía mucho de la Es

antigua entre nosotros: la intolera

la falta de ... deración y de resp

por todo lo ... es la antigua ma

... vir. Se ... sujetar el pensam

... por la altanería

... on derecho

... gratu

DEREC

QUE

PUEBLO

NO SER

IDO COMO

PRÍNCIPE

RECOMI

UNIFICA

... costumbres

... hasta la

... ria de los

pasados

... arece inmoral.

Obras de
Domingo Faustino Sarmiento

Tomo III

Defensa.

Recuerdos de provincia.

Necrologías y biografías.

Santiago de Chile
Imprenta Gutenberg
1885

Datos sobre edición digital

Título:

Obras de Domingo Faustino Sarmiento, Tomo III

Defensa. Recuerdos de provincia. Necrologías y biografías.

Autor:

Domingo Faustino Sarmiento

Digitalización:

University of Toronto

http://www.archive.org/details/obrassarmiento03sarm

Imagen original de cubierta:

Wikimedia Commons

http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Sarmiento_(1873).jpg

Diseño de cubierta:

JP Avila Foto

https://plus.google.com/+JPAvilaFotografíaMendoza

Tipo de letra:

DejaVu Fonts

https://dejavu-fonts.github.io/

Maquetado:

Sebastián Javier Avila

avila.seba@yahoo.com.ar

epub:

Octubre 2017

Versión 1.0

Introducción

Comprende este tomo la parte histórica de las obras del señor Sarmiento.

Como es el primero que sale a luz, por haber sido el de más fácil compaginación de los que nos proponemos publicar, necesario es que demos breve noticia de las piezas que lo componen, ya que no podemos referirnos desde luego al estudio preliminar que se registrará al frente del primer tomo.

En su vida de agitador y de polemista, de que dan testimonio todas sus obras, aun aquellas que por su naturaleza parecerían más extrañas a tal objeto, el señor Sarmiento ha recibido y ha devuelto rudos golpes. Ardoroso, apasionado, especialidad para el ataque, se ha batido ya en fila, ya en combate singular, haciendo producir a su pluma el ruido del acero chocado con el acero, y esparciendo siempre el espanto en el campo enemigo.

En una de esas polémicas, en fue a poco de entrar a la redacción del *Progreso* trabose con un excónsul de Chile en San Juan, polémica desapiadada porque fue personal, creyó que los golpes asestados a su honor, y que en verdad no lo habían herido, exigían la manifestación de sus antecedentes, si modestos, limpios de feas tachas. Bajo el título de *Defensa* escribió entonces una rápida autobiografía que publicó en hojas sueltas, proponiéndose darle circulación más limitada

que la del diario en cuyas columnas aparecía el resto de la polémica. Esa obra sin duda era anticipada e inmatura; pero con el andar del tiempo, ha llegado a ser la primera parte de las memorias políticas y literarias de un autor que si no hubiera escrito sus recuerdos, debería ser invitado a escribirlos.

Ocho años después de aquella temprana autobiografía, cuando el gobierno de Rosas, a quien el señor Sarmiento había combatido día a día, contaba ocho años más de desaciertos y universal execración, y cuando el señor Sarmiento había ya adquirido celebridad dentro y fuera de Chile, publicó su segunda defensa para responder a los dicterios personales con que la cancillería de Rosas contestaba a sus ataques.

Las injurias con que se acompañaba el nombre del señor Sarmiento en los papeles oficiales argentinos, parecen hoy ridículas puerilidades o cosa de locos; pero la víctima de ellas no debió pensarlo así, y recogiendo el guante que de aquel modo se le arrojaba, escribió sus *Recuerdos de Provincia* para pintarse en ellos como el primero y más implacable enemigo de aquel régimen de atraso y de terror, no a nombre de teorías políticas abstractas, sino exhibiendo hechos concretos, sus escritos políticos y sobre educación, y sus viajes. El día de la reacción, que no tardaría en llegar, sabría la República Argentina que aquel adversario del régimen que la había oprimido, le llevaba ideas nuevas y la experiencia del gobierno adquirida en el estudio de los países que había recorrido durante su ostracismo; era la candidatura del régimen del derecho, franco y verdadero, lanzada al rostro del tirano hipócrita que cada tres años se hacía prorrogar el poder por una sala de representantes.

Bordan la superficie de los *Recuerdos de Provincia*, velando apenas esa intención política que constituye su fondo, cuadros de costumbres criollas, cuentos y tradiciones locales, escenas de familia y de la guerra civil, y retratos llenos de vida y animación de algunos personajes chilenos y argentinos; no se

olvida fácilmente, una vez leído, el de aquel embaidor político que se llamó don Domingo de Oro, a quien se ve consumirse en la inacción y el aislamiento porque, de miedo a su perfidia, todos concluyen por huir de sus encantos; y tampoco se olvida el de aquel deán Funes que, después de iniciar la revolución en la universidad y en la sacristía con los prestigios de su saber y de su austeridad, desconocido al fin por los que tanto le habían aclamado, halla consuelo a sus tristezas en una tardía concupiscencia, y se extingue dulcemente en brazos de su querida, a los pálidos rayos de un sol de otoño y en medio de rosales que se marchitan.

Continuando esa galería de cuadros y de retratos que hace de los *Recuerdos* uno de los libros con más tinte local y por decirlo así más americanos, y para completar este volumen de escritos históricos, hemos puesto en seguida los artículos necrológicos y biográficos que publicó el señor Sarmiento en la prensa de Chile.

En esta serie juzgamos de notable parecido el retrato, solo bosquejado, del filántropo don Manuel Salas; los de los clérigos Balmaceda e Irarrázabal, figuras que se destacan del fondo oscuro de su vida humilde y penitente, y el de doña Paula Jaraquemada, heroína del patriotismo y de la caridad.

El bosquejo biográfico del general San Martín contiene algunos errores de detalle, bebidos en la fuente, enturbiada por los años, de la información oral del general Las Heras, a quien en este y otros trabajos siguió el señor Sarmiento.

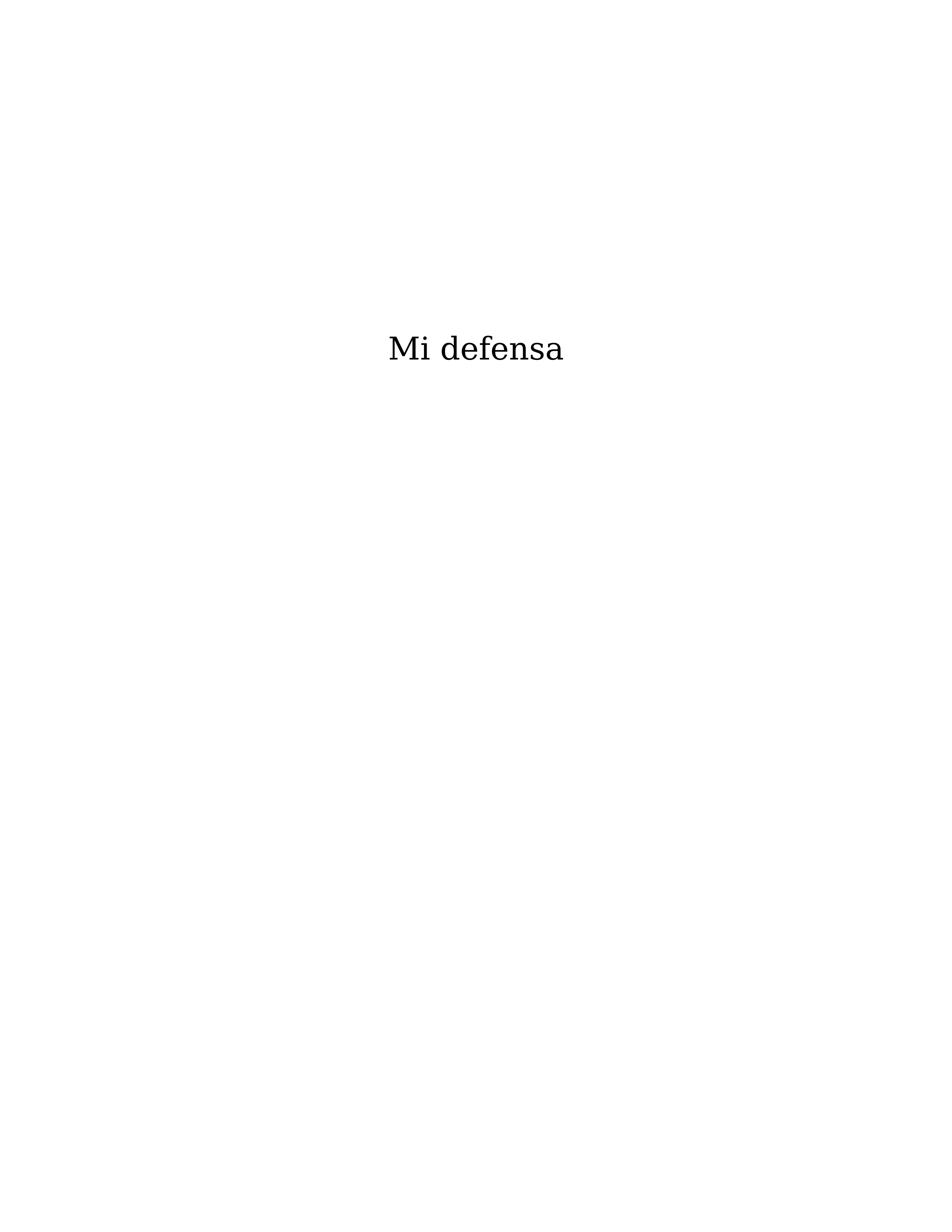
Hemos completado el retrato político de don Manuel Montt en 1851, añadiéndole su necrología publicada por el señor Sarmiento en setiembre de 1880. Los pequeños errores de esta pieza, se explican por haber sido escrita después de veinticinco años que su autor había dejado el país, y en nada perjudican sus apreciaciones generales.

La necrología del célebre actor Casacuberta, que debería

formar parte de esta galería, fue incluida en la oración fúnebre que entonces pronunció el señor Sarmiento, y se registra en sus *Discursos Populares* reimpresos hace poco tiempo en Buenos Aires.

Luis Montt.

Santiago, mayo 1.° de 1885.



Mi defensa

1843

«No hay cosa más difícil, decía Sully, que defenderse de una calumnia forjada por un cortesano».

Habiendo Apeles escapado de la acusación capital que le suscitó Ptolomeo, compuso y dejó en la ciudad de Éfeso su cuadro de la *Calumnia*.

La *Adulación* abría la marcha de sus personajes, y daba, por la espalda, la mano al *Artificio* y a la *Astucia*; esta marchando hacia atrás, atraía hacia ella a la *Credulidad*, con la boca abierta, el mirar abobado, las orejas paradas; a la derecha se apoyaba en la *Ignorancia*, representada bajo la forma de una mujer ciega, y a la izquierda en la *Sospecha*, atreviéndose apenas a poner el pie en el suelo. La *Calumnia* con miradas sombrías y feroces, la seguía arrastrando de una mano a la *Inocencia*, bajo el emblema de un niño, con los ojos levantados hacia el cielo. Con la otra mano la *Calumnia* agitaba una antorcha, cuyos vapores formaban una nube que la *Verdad*, seguida del *Arrepentimiento*, vestidos ambos de duelo, no podían penetrar.

Introducción

«Je ferai mes honneurs en bien une égale liberté; celui qui n'ose se rendre bon temoignage a soi-méme, est presque toujours un láche qui sait, et eraint le mal qui on pourrait dire de sa personne, et celui qui hesite á avouer ses torts, n'a par la force de les soutenir, ni les moyens de les racheter».

Memoires de Madame Roland.

Lanzado repentinamente en la vida pública, en medio de una sociedad que me ha visto surgir en un día, sin saber de dónde vengo, quién soy, y cuáles son mi carácter y mis antecedentes; en donde he templado las armas con que me he echado de improviso en la prensa, combatiendo con arrojo a dos partidos, defendiendo a otro; sentando principios nuevos para algunos; sublevando antipatías por una parte, atrayéndome por otra afecciones; complaciendo a veces, chocando otras, y no pocas reuniéndolos a todos en un solo coro de aprobación o vituperios; predicando el bien constantemente y obrando el mal alguna vez; atacando las ideas generales sobre literatura; ensayando todos los géneros; infringiendo por ignorancia o por sistema las reglas; impulsando a la juventud, empujando bruscamente a la

sociedad, irritando susceptibilidades nacionales; cayendo como un tigre en una polémica, y a cada momento conmoviendo la sociedad entera, y siempre usando un lenguaje franco hasta ser descortés y sin miramiento; diciendo verdades amargas sin otro título que el creerlas útiles; empleado por el Gobierno, rentado y colocado al frente de una creación nueva que exige aptitudes conocidas y con menoscabo de las esperanzas de muchos; gozando, en fin, de una colocación social al parecer aventajada y llena de porvenir, el público ha debido preguntarse mil veces, ¿quién es este hombre que así hace ocuparse de él a tantos, que comete tantos desaciertos, sin dejar alguna vez que otra de merecer simpatías? ¿Qué fascinación, qué misterios y qué tramas ocultas lo han hecho aceptable a los que mandan? ¿Cuáles son sus títulos literarios y las aulas que ha cursado para tomar un lenguaje tan afirmativo? ¿Por qué se le presta este apoyo que parece hijo de un espíritu de favoritismo, obra del capricho de un Ministro? ¿Quién es en fin? ¿Quién lo introdujo? ¿Quién lo conoce?

Nadie, sin embargo, responde a estas preguntas; todos se miran sin saber qué pensar de esta aparición, y de esta elevación caprichosa. Algunos rumores corren sobre su origen, su patria, su educación, y en manera ninguna satisfacen la expectación pública. El espíritu de resistencia natural en todos los hombres, y el de partido, a que ha causado algún mal, se apoderan de algunos rumores vagos que le desfavorecen; pero inciertos aun, confusos, aunque de un carácter odioso. En un rincón de la sociedad se halla sin embargo un hombre que dice a todos los que se le acercan: «Yo he conocido a esto individuo en su propio país, es un miserable, despreciado allí de todos, un hombre corrompido, un criminal, un asesino, sin aceptación, sin amigos; es un detractor, un infame; yo lo conozco como a mis manos, sé toda su historia; puedo probar lo que digo, es sabido de todo el mundo». Y esta solución a todas las dudas repetida diariamente, cayendo sobre el ánimo de los que lo

escuchan como una gotera de veneno, está disolviendo poco a poco la reputación del individuo en cuestión, exacerbando las prevenciones que ha suscitado, resfriándole las simpatías que ha logrado arrebatar, quizás mal de su grado.

Repite este tal sus ataques cada vez más virulentos, a medida que los primeros se han mostrado menos eficaces, hasta estallar por la prensa en un diluvio de improperios, los más espantosos que han podido caer sobre la cabeza de un individuo, y como la luz pública no ha visto jamás; derramando el oprobio a manos llenas, sublevando todo género de pasiones y prodigando las acusaciones con una brutalidad sin ejemplo. ¿Qué fenómeno es este, qué insano furor? ¿Qué encono tan inveterado hay entre estos dos hombres? ¿Será posible, ¡Dios Poderoso!, que el escritor que algunas veces ha dejado traslucir sentimientos nobles y elevados, que tanto interés ha manifestado por la cosa pública en Chile, que tanta afición ha mostrado a la difusión de la enseñanza primaria; que el individuo, en fin, que sin sus escritos viviera ignorado, pues que sus acciones jamás han llegado a llamar la atención de nadie y a quien todos han creído un hombre moral a toda prueba, y algunos virtuoso, sea tan hipócrita que haya conseguido engañar a una sociedad entera, y esta sociedad sea tan ciega, sus hombres públicos tan inocentes, que han sido todos el juguete de un truhan, despreciado en una pobre provincia, y que viene a alzarse en la capital y enrolarse con los escritores?

Este hombre, este miserable, este hipócrita ¡soy yo! Yo el redactor de varios diarios y periódicos en Chile; yo el autor de algunos opúsculos sobre asuntos de utilidad pública; yo en fin, el Director de la Escuela Normal.

Presentado bajo una luz tan siniestra, denigrada mi vida presente con el sucio tizne de mi vida pasada, ¿no me será permitido presentar al público estos dos fragmentos de un mismo todo, y hacerle cotejar el que conoce con el que se le

oculta o se le desfigura? ¿No me será permitido explicarme a mi modo, cuando me ponen en el disparador, cuando tantos otros lo han hecho sin necesidad tan urgente? Enrolado en esta sociedad por simpatía, por intereses, por gratitud, por necesidad en fin, ¿no me será dado presentar mi fe de bautismo, mi hoja de servicio? Para conservar el aprecio de tantos hombres respetables que me favorecen con su distinción, ¿no puedo, no debo intentar, si es posible, vindicarme? ¡Oh, no! Yo sé que puedo y que debo decir todo lo que a mi buen nombre interesa, para satisfacer a los que bien me quieren; para disipar las prevenciones de los que alucinados por las calumnias que contra mí se vierten, o la indiscreta franqueza de mi lenguaje escrito, han formado opiniones erradas con respecto a mi carácter; para desarmar y confundir, en fin, a los que cuentan con mi silencio, con la imposibilidad en que, al parecer, me hallo de justificarme y de parar sus tiros. Yo me debo a mí mismo estos cuidados, estoy solo contra muchos; necesito, ya que la generalidad no tiene motivos para distinguirme, que nadie me desprecie, aunque haya muchos que se sientan impulsados a aborrecerme. «Me haré, pues, en bien y en mal justicia —como decía madama Roland— con igual libertad; el que no se atreve a darse buen testimonio asimismo es casi siempre un infame que sabe y teme el mal que puede decirse de su persona; el que no acierta a confesar sus extravíos no tiene fuerzas para vindicarlos ni medios de hacérselos perdonar».

No sé hasta dónde haya jactancia en decir que todos los que me aborrecen no me conocen personalmente, pero es muy larga la lista de hombres cuyas prevenciones han caído a mis pies cuando se han acercado a mí sin mala intención.

Un hecho hay notable en mi existencia que, atendido mi carácter y mi posición, me lisonjea en extremo. Yo he excitado siempre grandes animadversiones y profundas simpatías. He vivido en un mundo de amigos y enemigos, aplaudido y

vituperado a un tiempo. Mi vida ha sido desde la infancia una lucha continua; menos debido esto a mi carácter que a la posición humilde desde donde principié, a mi falta de prestigio, de esos prestigios que la sociedad recibe como realidades, y a un raro concurso de circunstancias desfavorables. Los que creen que hace dos años que principió esta lucha con las resistencias con la sociedad, con las preocupaciones, y que es debida a mis indiscreciones solamente, se engañan mucho. Es mi vida entera un largo combate, que ha destruido mi físico sin debilitar mi alma, acerando y fortaleciendo mi carácter. Lo que me sucede en Santiago, me ha sucedido en mi tierra natal: siempre se me han presentado obstáculos para embarazarme el paso; nunca me ha faltado un *oficioso* que, no alcanzándome a los hombros, se me ha prendido en la cintura para que no me levante, y la corta carrera que he podido andar, me la he abierto a fuerza de constancia, de valor, de estudios y sufrimientos. ¡Ah! la mitad del tiempo lo he perdido en estos trabajos, tan improductivos como inevitables. Cuando he logrado surgir para mi patria, ella se hunde bajo mis pies, se me evapora, ¡se me convierte en un espectro horrible! Cuando he querido adoptar otra y he llamado a sus puertas, sale a recibirme un perro rabioso que me desconoce, me salta a la cara, me muerde y me desfigura a punto de quedar hecho un objeto de asco o de compasión. ¡Oh, no! Déjenme que hable al público como a una numerosa concurrencia, que explique una corta vida que se arrima, como una planta de débil tallo, a otras más fuertes, y que ha sido trasplantada en diversos terrenos. A los que preguntan dónde he estudiado para tomar un lenguaje tan positivo, les mostraré mis aulas y mis títulos de suficiencia. A los que quieren de buena fe conocer mi carácter privado, les presentaré una vida llena de vicisitudes que he atravesado sin contaminarme. Los que quieran saber, en fin, cómo soy escritor, cómo Director de la Escuela Normal, óiganme una vez y júzguenme enseguida. Quizás caigan

muchas preocupaciones, quizás se desvanezcan errores graves. No es una novela, no es un cuento; me apoyaré en cuanto pueda en testimonios que aún puedo usar aquí. En lo demás, desafío a mis enemigos privados y políticos que me desmientan.

He sido tan terriblemente atacado que no me queda excusa para callar por más tiempo. Estoy solo en medio de hostiles prevenciones; donde yo baje la voz, nadie se creerá obligado a alzarla por mí. Y si aún merezco tener una reputación, la necesito como una fortuna para mi propio bienestar, y, enseguida ofrecerla a la sociedad, para cimentar y difundir la educación a que he dedicado mis esfuerzos.

Perdóneme el público lo que halle de jactancioso, de petulante, o de mezquino en mis escritos. Voy a recorrer las épocas de mi vida, porque necesito salvar de un naufragio mi reputación, que hace ya mucha agua, en fuerza de la andanadas que me disparan. Mostraré cómo me he educado, cuáles son mis tendencias y mis principios, de dónde nacen los extravíos mismos que me atraen tantas enemistades. ¡Quizás gane algo en este empeño!

Mi infancia

Ya está mi espíritu restablecido, el aturdimiento producido por los golpes que han caído sobre mi reputación tan de recio, ha pasado ya; voy ahora a cumplir con lo que el deber y la sociedad me imponen. Vean quién es el hombre que tantas importunidades causa, vean mis títulos.

He nacido en una provincia ignorante y atrasada, no como cree don Domingo S. Godoy, en el barrio de San Pantaleón, sino en otro más oscuro todavía, llamado el Carrascal, nombre equivalente a Huangualí [1]. He nacido en una familia que ha vivido largos años en una mediocridad muy vecina de la indigencia, y hasta hoy es pobre en toda la extensión de la palabra. Mi padre es un buen hombre que no tiene otra cosa notable en su vida que haber prestado algunos servicios, en un empleo subalterno, en la guerra de la independencia. Se halló en la batalla de Chacabuco, y por su exaltación patriótica, le dieron sus contemporáneos el apodo de Madre Patria. El señor *gapucha*, *copucha*, *chancleta*, *buchaca*, o qué sé yo cómo diablos se llama, sabe algunos pormenores sobre esto, que por caridad no ha dado a la prensa, pero que ha contado a todo el mundo; me refiero a lo que él sepa o diga. Mi madre es el verdadero tipo del cristianismo en su acepción más pura, la confianza en la Providencia fue siempre solución a todas las dificultades de la vida.

De edad de cinco años entré a una escuela, que cuando he leído las obras de Mr. Cousin, he visto en ella un dechado de perfección. Un día hablaré de esto cuando trate de educación primaria. Se enseñaba a leer muy bien, a escribir, aritmética, álgebra y los rudimentos de religión. La parte moral era cuidada con un esmero de que no he visto ejemplo después en escuela alguna. Mi padre y los maestros me estimulaban desde muy pequeño a leer, en lo que adquirí cierta celebridad por entonces, y para después una decidida afición a la lectura, a la que debo la dirección que más tarde tomaron mis ideas.

Cuando he escrito sobre educación, he manifestado mi firme creencia de que la perfección y los estímulos en la lectura, pueden influir poderosamente en la civilización del pueblo. En mí no ha tenido otro origen mi afición a instruirme que el haber aprendido a leer muy bien. Como permaneciera muchos años en la escuela, en cambio me aficioné al dibujo, principiando según el método que propone Rousseau para su Emilio; logré perfeccionarme yo solo, sin modelos y sin maestros. Cuando en mi primer viaje a Chile vi lo que era dibujo y vi modelos, me convencí de que no sabía nada y abandoné para siempre la pretensión de dibujar. Después he enseñado todos los ramos de este arte y he llegado a formar retratistas. Muchos dibujos de discípulos míos corren en Santiago, y don Franklin Rawson me debe algo de sus conocimientos.

De la escuela fui llevado a Córdoba a un colegio, de donde regresé muy luego por enfermedades que me atacaron. El gobierno de Buenos Aires pidió por entonces a cada una de las provincias, seis jóvenes para formar el colegio de ciencias morales, y fui yo nombrado; pero habiéndose interesado muchos padres de familia por las becas, se sortearon los jóvenes y no me tocó a mí. Me detengo en estas nimiedades, porque una rara fatalidad ha pesado siempre sobre mí, que parecía cerrarme las puertas de los colegios.

Un digno sacerdote, el presbítero don José Oro, hermano

del obispo de aquel apellido, se encargó de mi educación. Me enseñó latín y geografía, y de nada se cuidaba más que de formar mi carácter moral y de instruirme en los fundamentos de la religión, y en los acontecimientos de la revolución de la independencia, de la que él había sido actor. Creo deberle a él una gran parte de mis ideas generales, mi amor a la patria y principios liberales, porque era muy liberal sin dejar de ser muy cristiano. Aun antes de concluir mis estudios de latín, los sucesos políticos nos separaron, pues que yo vivía con él.

En seguida entré de oficial de ingenieros a estudiar geometría, y cuando ya me hallaba en aptitud de continuar por mí solo con las operaciones para levantar el plano de la ciudad, que nos había encargado el jefe de la sección, un señor Barrau, me dejo solo, y el gobierno mandó suspender los trabajos, no creyéndome por mi corta edad capaz de desempeñarme con acierto, no obstante mis protestas. Era gobernador de San Juan entonces don José Antonio Sánchez, chileno, vecino de esta capital donde reside actualmente. Este señor se empeñó en mandarme a Buenos Aires al colegio de ciencias morales, a cuya efecto vio a mi madre, quien se negó a admitir el ofrecimiento, porque yo quería absolutamente ir a reunirme al destierro con mi tío y maestro el presbítero Oro que me llamaba. Fui a donde él y continué mis estudios, hasta que llegó un enviado del gobierno de San Juan, este mismo señor Sánchez, que había conseguido de mi madre su aquiescencia a su empeño y el de otros individuos, de costearme a sus expensas el colegio; todavía me negué porque no tenía valor de dejar a mi tío, que dulcificaba las penas del destierro, la escasez y la soledad de un lugar salvaje, con mi compañía y las diversas lecturas que hacíamos juntos, yo leyendo y el explicándome y comentando. Después llegó mi padre de un largo viaje, y ya no pude resistirme a las reiteradas solicitudes del gobierno. El día que llegué a San Juan, fue depuesta esta administración y se frustró todo.

Entonces entré en el comercio, donde continué mis lecturas, en que ocupaba buena parte del día. Un tío mío, el presbítero Albarracín, cura hoy de Ovalle en Coquimbo, se contrajo a continuar mi educación religiosa, y durante año y medio, sin la interrupción de un solo día, tuvimos conferencias desde las 9 de la noche hasta las 11, explicándome las escrituras que leí íntegras con ese objeto, el dogma, la disciplina y la moral religiosa. A este otro de mis tíos, no menos liberal que el primero, debí el complemento de mi educación religiosa, que él primero me había recomendado mucho.

Por este tiempo cayó en mis manos la *Vida de Cicerón* por Midleton, y esto me sugirió la idea de estudiar la historia romana de memoria y la de Grecia, por los *catecismos* de Ackerman, lo que realicé solo y en corto tiempo. Seguí solo estudiando geometría elemental; pero me fastidió y la dejé. Volví al latín con otro sacerdote, pero asimismo me cansó, y lo abandoné porque no sabía qué hacer con estos conocimientos. Mis lecturas continuaban, y como unos libros me hacían conocer la existencia de otros, yo buscaba en San Juan todos los que llegaba a conocer por sus nombres y necesitaba para mis lecturas. Contaré una cosa de que he conservado siempre un vivo recuerdo. Una señora beata, pasaba por mi tienda todos los días a misa y siempre me encontraba leyendo, con cuyo motivo decía a un amigo:

—Este mocito ha de ser libertino…

—¿Y por qué, señora?

—Porque hace ya un año que todos los días y a cualquiera hora que pase, está siempre leyendo, y no han de ser libros buenos los que lo tienen tan entretenido.

De este modo y sin maestros ni colegios, he adquirido algunos rudimentos en las ciencias exactas, la historia, la moral y la filosofía, etc. Siendo aún muy joven, hablamos en los Andes con don Ramón Bari sobre metafísica, y los estudios que él

estaba haciendo entonces en el Instituto, y me tomé la confianza de rebatírselos, lo cual le arrancó esta pregunta: «¿Y dónde has aprendido eso?», pregunta que no he olvidado nunca, porque análogas me hacen muchas a cada momento. Un amigo me decía: «tal artículo de usted está muy bueno; a la verdad nunca lo hubiera creído capaz de eso». Ni yo tampoco, hombre, fue mi respuesta; lo veo y no lo creo.

Para terminar la relación de estos estudios tan desordenados y que continúan hasta ahora, diré que el año 29, durante un tiempo en que estuve escondido por motivos políticos, pude proporcionarme una *Gramática* vieja de Chantreau, y unos diccionarios, y cuando salí a luz, me había traducido muchos libros; que durante doce años he andado atisbando la pronunciación que aún no es correcta; que el año 34 aprendí en Chile el inglés, pagando por mes y medio un maestro que me iniciase en él, y que hasta ahora no he podido aprender a pronunciarlo; que el año 37, aprendí en mi país el italiano, y el año 41 el portugués aquí, por necesitarlo para la redacción del *Mercurio*.

Pero no han parado aquí mis constantes esfuerzos para formar mi razón y mi espíritu. El año de 1839 formamos en mi país una sociedad para entregarnos a los estudios literarios. Los doctores Aberastain, Quiroga, Cortinez, otro joven y yo, nos hemos reunido durante dos años consecutivos, por mi parte casi sin falta de una sola noche, a darnos cuenta de las lecturas que hacíamos, y formarnos un sistema de principios claros y fijos, sobre literatura, política y moral, etc. Entonces hemos estudiado de una manera crítica y ordenada la literatura francesa. Entonces he conocido a Hugo, Dumas, Lamartine, Chateaubriand, Thiers, Guizot, Tocqueville, Lerminier, Jouffroy, y los de la *Revista Enciclopédica*, cuyos escritos solo nosotros poseíamos, las revistas europeas y muchos otros escritores de nota que servían de texto a nuestros estudios. Esta útil e instructiva asociación duró hasta el momento en que las

persecuciones políticas nos desparramaron. Hoy están todos aquellos compañeros en Chile, y pueden darme su testimonio, debiendo yo a cada uno de ellos muy particulares beneficios, y el haberme creído siempre en materia de conocimientos, no muy inferior a ellos, y apoyándome con su amistad en la opinión de mis paisanos que nunca han llegado a persuadirse que, sin haber estado en un colegio, hubiese por mi propia constancia y esfuerzo, llegado a tener una razón tal cual ilustrada. Ellos me han dado confianza en mí mismo, y hasta ahora me prodigan los cuidados de unos hermanos, afeándome mi extravíos, exhortándome a la constancia, y suministrándome consejos e ideas.

Así se ha formado esta educación lenta y oscuramente, y no es extraño que Godoy no haya visto nada de esto; porque a más de necesitarse ojos para ver, mis palabras, ni ninguna arrogante apariencia en mis exterioridades, ha revelado nunca este trabajo interno, obra de la paciencia y de una idea fija, llevada adelante, durante veinte años, en despecho de la pobreza, del aislamiento, y de la falta de elementos de instrucción en la oscura provincia en que me he criado. En la infancia, en los viajes, en el destierro, en los ejércitos, en medio de las luchas de los partidos, en la emigración en fin, no he conocido más amigos que los libros y los periódicos; no he frecuentado más tertulias que las de hombres de instrucción. Mis modales se resienten de esta falta de roce y mis apariencias desmienten todos los juicios favorables que alguna vez arranca una que otra producción literaria. Pero sé que no son muchos los jóvenes de mi edad que puedan vivir solos, meses enteros encerrados en un pobre gabinete, profundizando una idea útil, masticándola; que son pocos los jóvenes que sin mendigar la protección de nadie, ni andar prodigando visitas, y sin fortuna, puedan bastar a sus cortas necesidades, y tengan el valor de despreciar las exigencias de la sociedad.

Ha dicho don Domingo S. Godoy que recién me estoy

civilizando aquí, y es la pura verdad. Mis amigos y las personas que me tratan de cerca, se ríen de mi torpeza de modales, de mi falta de elegancia y de aliños, y de mis descuidos y desatenciones, y yo no soy de los últimos en acompañarles en sus burlas.

Un amigo me caracterizó una vez con estas palabras: «el niño dentro de casa, el hombre en la calle», y todos los que me conocen me consideran así. Algunos se han encargado de mis asuntos, porque ven que necesito un tutor. Don Domingo S. Godoy hallará materia de muy fino ridículo en todas estas cándidas confesiones, pero quiero darle armas más honestas de las que ha usado hasta ahora conmigo. Cada día lamento la falta que siento de luces en ciertas materias, luces que solo pueden adquirirse en los colegios, y que ya es demasiado tarde para ponerse a remediarla. Mis pobres estudios han sido pues desordenados e incompletos; pero a este desorden mismo, debo grandes ventajas, pues, que no teniendo maestros ni más guía que mi propio juicio, yo he sido siempre el juez más bien que el admirador de la importancia de un libro, sus ideas, sus principios. De esta falsa posición ha nacido la independencia de mi pensamiento, y cierta propensión de crearme ideas propias sin respetar la autoridad de los otros. Quizás a esto es debido mi espíritu de observación, que me pone en el caso de desempeñarme sin mucho esfuerzo en la prensa periódica, hallándome en aptitud de tratar sin mucha dificultad cuestiones del momento. Y a esta educación que tiene por base el haber sido estimulado a leer bien y mucho cuando chico, mi decidida persuasión de que, reformando los métodos y sistemas de educación primaria, puede civilizarse un pueblo más bien que con colegios y universidades. Esta persuasión me ha arrastrado a reunir estos conocimientos sobre la enseñanza primaria, y a crear métodos nuevos en varios ramos.

He aquí pues, la educación del pobre hombre que ha merecido que don Domingo S. Godoy para perderlo o perderse

él, haya hecho decir a otro que va a mudarse a la imprenta con camas y petacas hasta que haya conseguido anonadarlo y hacerlo despedir ignominiosamente de Santiago. El partido es muy desigual, yo no me he propuesto perder a nadie. Yo no ataco; en todos mis actos y mis escritos, he querido defenderme de una persecución horrible y tenaz. Todas las resistencias y las animadversiones que he suscitado en Santiago, se han personificado en don Domingo S. Godoy y C.ª, porque la maledicencia y la mala intención pública han encontrado su hombre. Todo se personifica en el mundo. Napoleón es la personificación del saber, el valor y la audacia francesa; Rosas es una personificación de la barbarie, la crueldad y la violencia de las masas. Godoy es un Napoleón, un Rosas en la chismografía y en el arte prolijo de dañar. Cuando analice sus escritos y sus palabras, haré notar el raro talento, la maña exquisita con que se ha sabido tocar cuanto resorte cabe para sublevarme la opinión pública, para irritar todos los géneros de susceptibilidades. Su triunfo parece completo. Pero no ha triunfado de la energía de mi espíritu que no sabe lo que es plegarse y encontrarse ante la injusticia, aunque esta injusticia sea la del público, porque no es menos injusticia porque son *muchos los injustos*.Echándome encima las preocupaciones populares y las redes de las formas judiciales, no ha podido sin embargo turbarme un momento; y él no goza, a fe mía, de las satisfacciones que me ha proporcionado queriendo emponzoñar mi existencia. Permanezco tranquilo porque no necesito mentir para defenderme; porque cuento que el público engañado hoy, me hará justicia mañana, cuando vea los hechos en su verdadera luz.

Ya he mostrado al público mi faz literaria; vea ahora mi fisonomía política, ¡verá al militar, al asesino!

El militar y el hombre de partido

Era comerciante el año 28, y demasiado joven todavía, no me interesaba el movimiento de los partidos, cuya existencia ignoraba. *Thomas Paine y la Revolución de los Estados Unidos*, que cayeron en mis manos por ese entonces, me hicieron ocuparme de los principios constitutivos de los gobiernos, y de los derechos de los gobernados; pero todo esto era teóricamente y sin aplicación ninguna a mi país. No obstante mis resistencias, fui hecho alférez de milicias, y a la segunda guardia que monté, dirigí al gobierno un oficio pidiendo mi exoneración de aquel servicio, con cumplimientos tales que me llevaron redondo a un calabozo y sirvieron de cuerpo de delito a una causa criminal. Luego me hicieron conocer que había cometido una indiscreción; pero yo sostuve mi posición sin mengua, y el gobierno tuvo que abandonar la causa, porque el partido liberal que le hacía una terrible oposición, halló en este asunto una arma para atacarlo. Entonces quise profundizar la fisonomía política de los acontecimientos, me informé de las tendencias y objeto de los partidos, y no me fue difícil escoger el que me convenía. Veía en uno a los viejos retrógrados, a los antiguos godos, y a los gauchos ignorantes; en otro a los jóvenes, a los antiguos patriotas y a los que abogaban por la libertad. Nada más necesitaba, fui unitario desde entonces. Dos años después, el partido a que yo pertenecía se apoderó del gobierno, aprovechándose de una sublevación de las tropas, y

toda la juventud decente voló a las armas; yo el primero.

Aquí principia mi carrera política y militar, las persecuciones, las campañas, los destierros, las emigraciones. Nutrido de las ideas dominantes en los libros que había leído; preocupado con la suerte de la libertad, que la historia de Roma y de Grecia me había hecho querer, sin comprender bien los medios de realizar este bello ideal, me lancé en las luchas de los partidos con entusiasmo y abnegación; habiendo sacrificado toda mi vida de adulto a esta grande empresa. Para probar a don Domingo S. Godoy que a la edad de 15 años yo no era tan despreciable en mí país, recordaré que fui nombrado ayudante del general de nuestras fuerzas, y que después ocupé el mismo destino en Mendoza al servicio del general Alvarado; que allí, durante la campaña que terminó con el terrible desastre del Pilar, me honró con una distinción muy especial el señor Salinas, que había sido ministro de Bolívar. El señor don Nicolás Vega, residente en Copiapó, y el señor don Pedro León Zoloaga, actualmente establecido en San Fernando, podrán decir cuál fue mi *comportación* en todas partes y la decisión que manifesté siempre. Durante las vicisitudes de la guerra, siempre me mantuve en el servicio militar, y jamás quise admitir empleo en la lista civil, como se interesaban muchos, no obstante que, en los campamentos, no había más sueldo que la ración y los sufrimientos, y en las oficinas holganza, honorario y comodidades. Durante la administración de don Jerónimo Rosas, secretario actualmente del intendente de San Fernando, se tiró el decreto de mi nombramiento de oficial segundo de la secretaría de gobierno, que rehusé aceptar, porque mis ideas sobre los servicios a la patria y a la libertad, eran tan sublimadas y quijotescas que creía deshonroso estarme en una oficina, cuando había que hacer la guerra para hacer triunfar nuestros principios políticos.

El año 30 ocurrió un acontecimiento en mi país, que ha suministrado a Godoy el medio de hacerme aparecer en Chile

como un asesino. El pobre hombre no ha hallado otra arma más poderosa para estarme hiriendo durante dos años, hasta estamparlo en la prensa con todo el cinismo y el descaro que da el hábito inveterado de herir las reputaciones ajenas impunemente; el hábito de la maledicencia, engendrado por la envidia de los que, como él, conocen su propia nulidad, y necesitan deprimir el mérito que reconocen en otros, para mantenerse en el lugar usurpado que ocupan en la sociedad.

Las provincias del interior estaban en profunda tranquilidad. El general Paz ocupaba a Córdoba, y un congreso de agentes se había reunido para preparar los medios de llevar la guerra a Buenos Aires. Yo me hallaba en San Juan licenciado del ejército, y el coronel Albarracín, residente hoy en Aconcagua, me había mandado orden de incorporarme al regimiento de coraceros a que pertenecía. Estaba sirviendo en comisión en un escuadrón de milicias que se hallaba de guarnición cuando el suceso. El 4 de noviembre estalló una revolución encabezada por el negro Panta, famoso bandido que estaba sentenciado a muerte y preso en la cárcel. Otro bandido que se hallaba en el cuartel de cabo de guardia, llamado Leal, estaba en la conjuración, y tres más de afuera. La revolución se ejecutó con una audacia inaudita; sorprendieron la guardia, hirieron al sargento y dos oficiales, mataron a un joven militar de las primeras familias de San Juan, le abrieron la cabeza al comandante del cuerpo, y en seguida procedieron a aprehender a los vecinos ricos y a saquear. La revolución no tenía objeto político ninguno; el plan de los forajidos era arrancar una gruesa suma de pesos, fusilar a varios vecinos, poner en libertad dos reos de estado, y fugarse con la presa a Chile. Tan sin carácter político era la revolución, que ningún federal se comprometió en ella, y uno que otro, que vino a la plaza en la noche, se alejó con horror al instruirse del objeto y miras de los conjurados. Al día siguiente fue sofocada por un rasgo de heroicidad poco común. Un coronel de ejército que se

hallaba allí, con cuatro oficiales de milicias y tres soldados, se vino sobre el cuartel a las siete de la mañana, se apoderó de él, y en seguida se fue a la plaza donde lo aguardaban los principales de los sublevados en número de 60 formados en batalla. El coronel Rojo, con su diminuta banda atravesó la plaza y avanzó hacia ellos sin salir del trote y sin hablar una sola palabra, sufriendo una granizada de balas, hasta que llegó a la línea, que no pudo mantenerse por el desconcierto que introdujo en las filas esta invasión silenciosa de siete hombres. Todos echaron a huir, y la persecución continuó largo rato después. A los tiros acudieron los que no habían sido presos y en la cárcel empezaron a quitar las prisiones a más de veinte oficiales que estaban destinados a ser víctimas del furor de los bandidos. Todos acudieron al cuartel, donde se encontraron con los cadáveres de sus amigos y compañeros sacrificados esa noche, y los que habían sobrevivido, heridos y mutilados; una oreja de un joven estaba en el zaguán y los charcos de sangre por todas partes. La tropa del escuadrón sublevado por el cabo Leal, estaba formada allí; y una partida trajo a cuatro miserables de los que fueron tomados por las calles. La chusma y el pueblo gaucho nos era hostil; siempre había que recelar de las masas. ¿Quién se sorprenderá de que hubiese uno que diese orden de ejecutar inmediatamente, al frente de la tropa, a los cuatro primeros aprehendidos con las armas en la mano? ¿Quién extrañará que jóvenes ardientes e irreflexivos que acababan de escapar a la muerte, después de haber sufrido todo género de vejaciones, y con el espectáculo de los cadáveres sangrientos de sus amigos sacrificados, se abandonaran al furor que estos actos inspiran y quisiesen anticipar la venganza de la ley? ¿Quién llamará asesinos a los militares que sofocaban una revolución de carros [2], porque aquella no tenía otro carácter? ¿Quién en fin, sin injusticia dará el nombre de asesinato a actos cometidos en medio de la exaltación ardiente de una larga y prolongada lucha de

partidos?

Y luego con mi carácter ardiente, impetuoso, con mi sangre y mi razón de diecinueve años ¿qué se imaginan que haría yo entonces? ¿Se cree que tendría suficiente cachaza para pasar por sobre el cadáver de un amigo íntimo, el malogrado Carmen Gutiérrez, con quien había estado la noche antes, sin vengar yo mismo su muerte? ¡Pues bien! ¡pues bien!… nada de eso hice, no por falta de voluntad, sino porque llegué tarde y cuando el gobierno había mandado suspender las ejecuciones. Cuando supe la revolución en la noche, di a mi padre mi caballo para que se salvase, y yo me acogí a casa de un amigo federal, don Ignacio Flores, compañero de negocios de don Vicente Lima, amigo de don Domingo S. Godoy, mi calumniador, de quien puede saber la verdad de este asunto. Al otro día vino mi asistente a avisarme que la revolución estaba ya sofocada, ¡habiendo sido él uno de los siete! Llegué al cuartel en los momentos mismos en que se ejecutaba a los cuatro aprehendidos, y muy luego llegaron el coronel Rojo, don Domingo Castro y Calvo, don Nicolás Vega y otros que traían la orden de suspensión dada por el gobierno.

Pero la Providencia ha querido que para confundir a este cuitado, a este ridículo necio, de cada hecho que cite, tenga yo en Chile los testigos presenciales. ¡Ah! si alguna vez mi espíritu ha sentido con gratitud la presencia de un Dios protector de la virtud desamparada, es en este solemne momento en que se decide ante la opinión pública el gran proceso que la ha agitado por tantos días.

El oficial que mandó ejecutar a los cuatro hombres que fueron ajusticiados en el cuartel, se halla en Santiago, es hoy ciudadano chileno, casado y afincado aquí; se llama don Vicente Morales, era mayor de plaza. Otro joven no menos distinguido por su moralidad y buenas costumbres, estaba de oficial de guardia. Ahora, pues, sin reconocer como criminales los actos de aquel día, juro ante Dios y los hombres que yo no

derramé una gota de sangre, ¡y esto por motivos ajenos de mi voluntad!

Don Vicente Morales ha estado tres años en San Juan después de aquel acontecimiento y cuando gobernaban los federales; ni los tribunales, ni el gobierno, ni el público, le han pedido cuenta de aquella acción. Yo he estado desde el año 36 al 40 bajo las mismas circunstancias y con los mismos resultados. Si aún queda duda sobre el carácter puramente de vandalaje de aquella revolución, todavía hay más pruebas que lo confirmen. Veamos sino. Uno de los Pablos Herreras fue ajusticiado en Mendoza el año 39 por salteo, robo de tiendas y asesinatos y como jefe de cuadrilla de bandoleros; Leal el año 39 o 40 en San Juan, fue aprehendido por el gobernador en persona, después de una larga persecución y ajusticiado como jefe de cuadrilla de salteadores y por haber hecho ocho muertes; el negro Panta en la Rioja, ajusticiado el año 39, después de estar largo tiempo su cabeza a talla, por horrorosos salteos de caminos; otro Pablo el año 33, por Yanzón, por iguales causas; y el Pablo que sobrevivía, fue indultado el año 40, para ir de espía a la Rioja, después de haber sido sentenciado a muerte tres veces.

Este ha sido el desdichado fin de los cinco que encabezaron la revolución del 4 de noviembre, cuyo carácter y pormenores ha ocultado cuidadosamente Godoy, para presentarme a mí como un individuo que, sin más ni más, había ido a cebarse en presos de la cárcel, por saciar qué sé yo qué propensión a derramar sangre.

He aquí el famoso asesinato que me atribuye el tontorrón de Godoy; he aquí la lima sorda con que ha estado royendo mi reputación durante dos años, con una constancia de presidario, con el encono de un furibundo. El día que no ha hallado a quien decirle sin más comentarios, sin más atenuación, que soy un asesino, no ha dormido sosegado, porque no ha llenado bien su día, porque no ha podido destilar una gota de veneno.

A más de cien individuos lo ha repetido con un empeño de ser creído, que parecía que le iba en ello su propio honor. Lo ha repetido públicamente cien veces don Joaquín Tocornal hijo, apoyándose en el testimonio de Godoy, y éste ha llevado su depravación hasta darse por testigo presencial del hecho, y cuando ha sido desmentido en público por el que verdaderamente fue testigo, ha dicho que este último estaba loco entonces, y por fin ha ofrecido probarme el crimen de que tan gratuitamente me acusa. Pero esto lo prometía antes de saber que yo le he hecho formar causa criminal apoyada en la información de los que lo han oído, en diversas ocasiones, proferirse contra mí con las calumnias más odiosas que pueda dictar un alma carcomida, por la envidia, la rabia y la nulidad.

Veremos lo que prueba, veremos lo que le valen todos los improperios con que me ha cubierto por la prensa, veremos si cumple su juramento de perderme, veremos, en fin, si me vuelve a nombrar en su vida el zonzo chismoso.

He abrazado con el calor y el fanatismo de una religión los principios políticos que han sucumbido hoy en mi patria; todo lo he pospuesto, reposo, familia, cuidados de fortuna, todo. En quince años de mi vida de adulto, solo he estado cuatro en la casa paterna; los restante los he pasado en el destierro, en los campamentos, en la emigración, en los ejércitos. En mi juventud hubiera deseado que los que han trabajado por establecer el despotismo y hacer desaparecer toda forma constitucional, hubiesen tenido una sola cabeza para segárselas de un golpe; y he tenido la satisfacción de que Facundo Quiroga jurase a mi madre matarme donde quiera que me encontrase. Pero sea fortuna, sea disposición de la Providencia, nunca he tenido ocasión de echar sobre mis hombros la responsabilidad de ningún acto personal de los muchos que son frecuentes, necesarios y justificados en medio de las revoluciones. No tengo que reprocharme un solo acto de venganza, ni una sola acción que pueda mancillarme.

El año 1836 volví a mi patria arrancado de Copiapó por las órdenes, más bien que instancias de mis paisanos, que temían que perdiese la razón a efecto de una afección cerebral que me atacaba. ¡Mis padecimientos morales eran muchos y prolongados! En mi país fui recibido con distinción por Benavídez, gobernador, y por todos mis enemigos políticos. Conservamos largo tiempo una amistad que no turbaba mi severidad de principios, que nunca oculté y de que hacía alarde.

Los primeros dos años me ocupé, en cuanto a cosas públicas, ayudado de otros amigos, en formar reuniones de teatro, máscaras, etc. Don Domingo Godoy, dirá si no era ese hombre despreciable el que dirigía y realizaba todas estas cosas, venciendo todo género de dificultades y teniendo en continuo movimiento a la sociedad. Recordaré un dicho muy espiritual de un músico. Pasaba por el cuartel un pariente mío y lo detuvo para hacerle esta pregunta:

—Dígame, señor, ¿estamos mañana a las órdenes de don Domingo Sarmiento?

—¿Qué es eso?

—Es, señor, que hacen dos meses que a cada rato viene la orden del gobierno, la música estará mañana a las órdenes de don Domingo Sarmiento.

Cuando la revolución empezó a organizarse, los jóvenes patriotas nos dejamos de máscaras y de teatro, y empezamos a prepararnos para la lucha que iba a trabarse. Yo fundé por ese entonces un colegio de señoras, que sostuve contra todas las resistencias que las preocupaciones y el orgullo de las familias oponían; fui nombrado por el gobierno director de la imprenta del Estado, y fundé acompañado de otros amigos, un periódico a mi manera; y sin hablar jamás de la política, a los 6 números tuvo el gobierno que hacerlo callar y ponerme en la cárcel, porque vio que el gobierno de la provincia se le escapaba de la

manos, y la autoridad pasaba a las de los RR. del *Zonda*, por la influencia sobre la opinión pública.

Más tarde sobrevinieron ya los peligros. Nuestra vida estaba amenazada, y se tomó la resolución de emigrar. Yo decidí dar este paso al doctor Aberastain, que por patriotismo vacilaba. Cuando él me preguntó:

—¿Y usted?

—¿Yo? yo me quedo.

—¿Y por qué?

—Porque no quiero darles a mis enemigos la satisfacción de ver destruido, por mi ausencia, el colegio que tantos esfuerzos nos cuesta; que destruyan ellos; y porque ustedes necesitan tener en San Juan un corresponsal que tenga valor de correr todos los riesgos, y no hay otro que pueda hacerlo como yo.

Perdóneme el público que recuerde este hecho que me envanece. Aberastain está en Copiapó. Yo fui el único unitario, y el más comprometido, que quedó en San Juan a hacer frente a la tormenta que no tardó en descargar.

Recibía chasques del campamento de Brizuela enemigo del gobierno de San Juan, trabajaba públicamente contra su política, le creaba resistencias, le alejaba el apoyo de sus mismos amigos, y de palabra y por escrito trataba de hacer cambiar de rumbo al mismo gobernador. Un día estuvo en un pelo que no reuniese a la Junta de representantes y al pueblo. En este estado de cosas recibí avisos de que había en el gobierno el proyecto de dar un golpe que aterrase a sus enemigos, y de que la víctima destinada al sacrificio era yo.

Mis amigos se interesaban en que me ocultase, pero no quise hacerlo. El gobernador me mandó llamar con un edecán y tuve la audacia de asistir, no obstante que sabía que era para apoderarse de mi persona. A los diez días las tropas se propusieron dar el golpe premeditado. Formaron en la plaza en cuadro, en número de 1000 hombres de todas armas, y luego

los oficiales, con las espadas desnudas, se dirigieron a la prisión pidiendo a grandes voces mi cabeza. Sabía que el gobierno no quería participar de la responsabilidad del crimen intentado por la exaltación de los militares, y me propuse comprometerlo ganando tiempo.

Salí al balcón de la cárcel, y resistiendo a las órdenes de bajar que me daban aquellos furibundos, sufriendo sin pestañear los golpes y sablazos del oficial de guardia, gané algunos minutos hasta que me convencí de que los avisos de lo que sucedía en la plaza, habrían llegado al gobierno, y no bajé sino cuando diez oficiales subieron arriba e hicieron imposible toda resistencia. Cuando llegué abajo, me aguardaba una mitad de tiradores encargados de mi ejecución; tuve suficiente presencia de ánimo para burlarme de todos, ganar todavía tiempo, escaparme de entre las bayonetas y lanzas, hacer al fin llegar la suspirada orden del gobierno, y salvar la vida.

Don Domingo S. Godoy sabe lo demás como erudito en vidas ajenas. ¡Este es el hombre despreciado en San Juan! ¡Este es el hombre oscuro! Al día siguiente de este suceso, estaba en marcha para Chile, desterrado, para salvarme del rencor de mis enemigos que en despecho del gobierno habían jurado mi muerte.

El hijo, el hermano y el amigo

> *Se ha dicho y repetido que la vida privada debía ser rodeada de un muro de bronce; preciso es que la calumnia sea muy poderosa, porque para ella es un juguete derribar este muro.*
>
> *Alissant de Chazet*

Mi moral privada ha sido atacada horriblemente, y en este punto siento que las fuerzas me flaquean para justificarme. ¿Cómo presentar al público una vida entera de joven que nada tiene de interesante, y, que sin medios de fortuna, no ha podido ser ni útil ni reglada? ¿Hablaré en nombre de un amigo para poder a mis anchas, como el pobre don Domingo S. Godoy, cubrirme de elogios y darme todas las buenas cualidades que pueden ganarme la aceptación pública? ¡Eh! esas supercherías son buenas para servir de albarda a los tontos.

Yo no conozco en los asuntos que son personales, otra persona que el yo, y este es poco cómodo para hablar de virtud ni de buenas acciones.

No he sido un santo, ni he aspirado jamás a un dictado tan difícil de merecer. Mis costumbres han sido más o menos las de todos los jóvenes, y en la serie de vicisitudes que forman el cuadro de mi vida, hay uno que otro momento de olvido que de

buena gana quisiera rayar ahora de la lista de mis acciones. Sin embargo, nunca he cometido un delito, y hasta ahora bendigo a la Providencia y a los que formaron mi corazón, por haberme dado fuerzas para cruzar una juventud borrascosa sin caer nunca, aunque algunas veces haya bamboleado.

No he tenido más vínculos que me liguen a la sociedad que los de hijo, hermano y amigo, y creo haber desempeñado mis obligaciones de un modo aceptable a Dios y a los hombres. Desde la temprana edad de quince años he sido el jefe de mi familia. Padre, madre, hermanas, sirvientes, todo me ha estado subordinado, y esta dislocación de las relaciones naturales, ha ejercido una influencia fatal en mi carácter. Jamás he reconocido otra autoridad que la mía, pero esta subversión se funda en razones justificables. Desde esa edad el cuidado de la subsistencia de todos mis deudos ha pesado sobre mis hombros, pesa hasta hoy, y nunca carga alguna ha sido más gustosamente llevada.

De todas las partes en que me he encontrado, he partido con ellos el fruto de mi trabajo; los muchos paisanos que viajan de aquí a mi país, podrán decir cuántas veces han sido portadores de dinero y efectos para mi familia. En su defecto diga don Diego Antonio Barros, don Pedro Salas, y otros comerciantes, cuántas letras les han sido cubiertas por mí, libradas desde San Juan por Laspiur y Yanei, mis amigos y encargados de facilitar dinero. Cuando los sucesos de mi país me hicieron desesperar volver a él, arrastré como pude a mi familia a Chile, y ya que mis circunstancias no me han permitido gozar del placer de tenerla a mi lado, la he establecido en Aconcagua, donde goza de una colocación respetable y adonde puedo atender a sus necesidades. Don Domingo S. Godoy ha tenido la villanía de esparcir rumores de mi mala conducta con mi padre y el abandono en que lo tengo en Aconcagua. ¡Ah, esta sola amargura me faltaba! Mi padre me ha acompañado en todas mis peregrinaciones y hemos

partido siempre entre ambos hasta de los cigarros. Cuando las enfermedades lo han asaltado, he sacrificado todo cuanto he tenido para su alivio, y hoy tiene en el señor don Pedro Ortiz en San Felipe, médico de cabecera que lo asiste diariamente con esmero, de que le estoy profundamente reconocido. Los boticarios de Santiago, si pudieran haberse fijado en este hecho, dirían las veces que les he comprado partidas de remedios, y las muchas que han necesitado explicaciones de mi parte para venderme cantidades que han creído peligroso poner en manos desconocidas. En cuanto a mi padre y mi familia, don Lorenzo Leyton, comerciante de esta ciudad, podrá decir si de más de 1500 pesos a que ha ascendido mi cuenta corriente, los dos tercios no son de efectos para mi familia; que diga el señor Puelma, si en igual caso, todo lo que he tomado de su tienda no es ropa de señoras; que diga el señor Villegas, sí el 1.º de cada mes no recibe de mí 20 pesos, arriendo de casa de su pertenencia en San Felipe; últimamente que digan todos los amigos que han penetrado en mi modesta habitación, si me conocen un mueble, un objeto de valor cualquiera, y si descubrirían a no decirlo ahora, en que he podido invertir en dos años unos tres mil pesos que he obtenido por precio de mis vigilias.

No han parado aquí mis cuidados con mi familia. He tenido la paciencia de educarla. Una de mis hermanas posee conocimientos suficientes para dirigir un colegio de señoras que ha fundado en San Felipe. El señor intendente, el gobernador de los Andes, el de Putaendo, y el señor cura párroco, han asistido a los exámenes rendidos el 17 de enero, y el señor intendente ha llevado su condescendencia hasta de encargarse él personalmente de distribuir los premios y suscribirlos con su firma. Otra de mis hermanas tiene instrucción en el paisaje, dibujo floral y natural.

Con respecto a lo que he creído ser mis deberes para con mi patria, mis pretensiones son muy exageradas. He creído

siempre que en mí el patriotismo era una verdadera pasión con todo el desenfreno y extravío de otras pasiones.

Nunca he perdido de vista a mi país, nunca he abandonado ni renunciado a la causa política a que he pertenecido. Después de haber servido como pude al gobierno de Chile, en las elecciones que lo elevaron, y cuando cualquiera otro habría esperado el efecto de la protección del gobierno; apenas tomaron nuestros asuntos un aspecto favorable en Mendoza, cuando abandonando todo, me puse en marcha a cordillera cerrada, despreciando las ventajosas propuestas de don Manuel Rivadeneyra para la redacción de *El Mercurio*, y el nombramiento de Director de la Escuela Normal con que me brindaba el Ministro, a cuyas instancias de permanecer en el país, me negué, por creer necesaria mi cooperación en la guerra de mi país. Los que hablan de mi venalidad, podrán juzgar por este hecho de mi apego a los intereses materiales. ¡Pobres gentes!

¿Donde está, pues, mi inmoralidad, don Domingo Godoy el chismoso? ¡Sabe usted que yo juegue y pierda de vez en cuando cuanto dinero adquiero? ¿Me conoce usted algunas disipaciones, algunos gustos y hábitos viciosos? ¡Ah! si yo he sido antes un perdido, como usted lo dice, debo ser hoy un ejemplo de arrepentimiento muy notable. Yo vivo en mi cuarto encerrado casi constantemente. No visito a nadie, ni aun a mis amigos, no me conocen los que me tratan de cerca más disipaciones que el teatro y los domingos en la Alameda. De veinte casas respetables en que he sido presentado y recibido con afecto, no he frecuentado cuatro, y esto porque se reúnen jóvenes de mérito y de instrucción de cuya conversación gusto mucho.

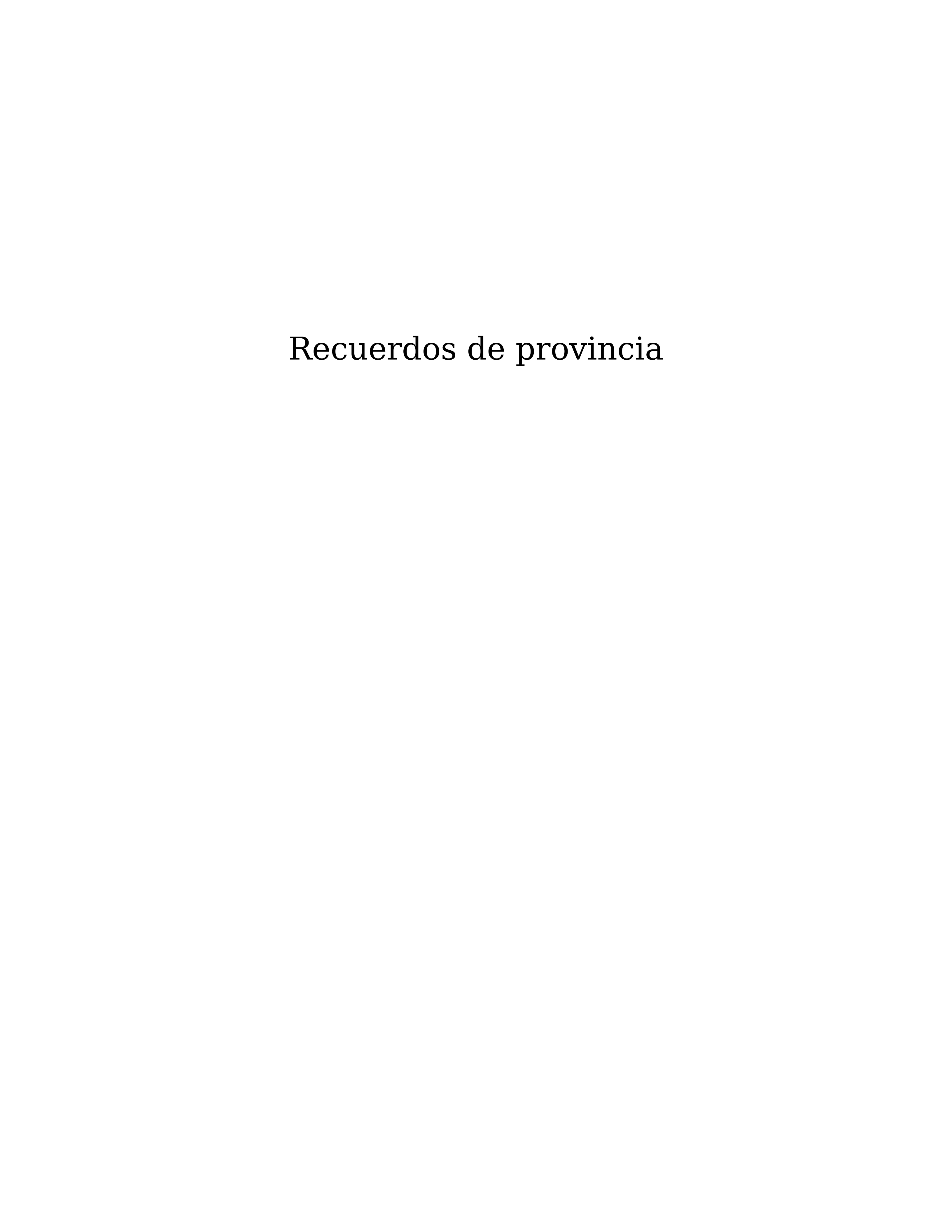
De mis relaciones con mis amigos, nada tengo que decir; tengo algunos, muy pocos; pero ¡cuánto les debo! He sido servido por muchos, he podido a mi turno servir a otros. Muchas amistades se han roto, por mi culpa, por la ajena; y en

cuanto a mis enemigos, porque también los enemigos son relaciones sociales, jamás he herido a ninguno en su honor, aunque muchas veces he humillado su amor propio. Don Domingo S. Godoy el palaciego, me ha dicho por la prensa corrompido, asesino, rufián, y mil otros denuestos, que cada uno es la imputación de un delito. Yo le he dicho en cambio cobarde, chismoso, palaciego, galán-emplasto, y otras cosas que solo afectan a su amor propio, el amor propio de un necio. Los que han dicho que en mis escritos soy personal, dicen lo que quieren. He tratado bruscamente a los autores, nunca a las personas, y nadie podría descubrir por mis escritos, de qué persona hablo, aunque le haya dicho como a escritor ignorante, etc. El primer vestido de hombre que he cortado, es el de verano que le hice a Godoy en *Un refresco*; nadie me negará que no fuera, si siquiera dedicarme a la profesión, un sastre no muy chapucero.

Todos los días irrito susceptibilidades y crío deseos de encontrar en mi conducta acciones que me denigren. Debiera ser más prudente; pero en punto de prudencia, me sucede lo que a los grandes pecadores, que dejan para la hora de la muerte la enmienda. Cuando tenga cuarenta años, seré prudente; por ahora seré como soy y nada más.

He salido por fin de la humillante tarea de describirme a mí mismo. Tendré que agradecer a Godoy el haberme hecho dejar el modesto incógnito que encubrió mi vida privada. De mi parte solo he puesto la sinceridad, en lo demás los hechos hablan de suyo, y el público podrá juzgar.

Ya he mostrado al hombre, tal como es, o como él mismo se imagina que es. En una segunda publicación mostraré al libelista famoso, al escritor en Chile, al maestro de escuela, mis obras últimamente, mis principios políticos y sociales. Entonces no me dirigiré a Godoy, sino al público.



Recuerdos de provincia

Es este un cuento que con aspavientos y gritos, refiere un loco y que no significa nada.

SHAKESPEARE, Hamlet.

Decir de sí menos de lo que hay, es necedad y no modestia, tenerse en menos de lo que uno vale, es cobardía y pusilanimidad, según Aristóteles.

MONTAIGNE, Essais.

A mis compatriotas solamente

La palabra impresa tiene sus límites de publicidad como la palabra de viva voz. Las páginas que siguen son puramente confidenciales, dirigidas a un centenar de personas y dictadas por motivos que me son propios. En una carta escrita a un amigo de infancia en 1832, tuve la indiscreción de llamar bandido a Facundo Quiroga. Hoy están todos los argentinos, la América y la Europa, de acuerdo conmigo sobre este punto. Entonces mi carta fue entregada a un mal sacerdote, que era presidente de una sala de Representantes. Mi carta fue leída en plena sesión, pidiose un ejemplar castigo contra mí, y tuvieron la villanía de ponerla en manos del ofendido, quien más villano todavía que sus aduladores, insultó a mi madre, llamola con torpes apodos y le prometió matarme donde quiera y en cualquier tiempo que me encontrase.

Este suceso, que me ponía en la imposibilidad de volver a mi patria, *por siempre*, si Dios no dispusiese las cosas humanas de otro modo que lo que los hombres lo desean, este suceso, decía, vuelve a reproducirse dieciséis años más tarde, con consecuencias al parecer más alarmantes. En mayo de 1848 escribí también una carta a un antiguo bienhechor, en la cual también tuve la indiscreción de que me honro, de haber caracterizado y juzgado el gobierno de Rosas según los dictados de mi conciencia, y esta carta como la de 1832, fue entregada al hombre mismo sobre quien recaía este juicio.

Lo que se ha seguido a aquel paso, sábenlo hoy todos los argentinos. El gobernador de Buenos Aires publicó aquella carta, entabló un reclamo contra mí cerca del gobierno de Chile, acompañó la nota diplomática y la carta con una circular a los gobernadores confederados; el gobierno de Chile respondió a la solicitud, replicó Rosas, se repitieron las circulares, vinieron las contestaciones de los gobernadores del interior, continuó el sistema de dar publicidad a todas aquellas miserias que deshonran más que a un gobierno, a la especie humana, y parece que continuará la farsa, sin que a nadie le sea posible prever el desenlace. La prensa de todos los países vecinos ha reproducido las publicaciones del gobierno de Buenos Aires, y en aquellas treinta y más notas oficiales que se han cruzado, el nombre de D. F. Sarmiento ha ido acompañado siempre de los epítetos de *infame*, *inmundo*, *vil*, *salvaje*, con variantes a este caudal de ultrajes que parecen el fondo nacional, de otros que la sagacidad de los gobernadores de provincia ha sabido encontrar, tales como *traidor*, *loco*, *envilecido*, *protervo*, *empecinado* y otros más.

Caracterízanme así hombres que no me conocen, ante pueblos que oyen mi nombre por la primera vez. Desciende el vilipendio de lo alto del poder público, reprodúcenlo los diarios argentinos, lo apoyan, lo ennegrecen, y sábese que en aquel país la prensa no tiene sino un mango, que es el que tiene asido el gobierno; los que quisieran servirse de ella como medio de defensa, no encuentran sino espinas agudas, el epíteto de salvaje, y los castigos discrecionales.

Y sin embargo, mi nombre anda envilecido en boca de mis compatriotas; así lo encuentran escrito siempre, así se estampa por los ojos en la mente, y si alguien quisiera dudar de la oportunidad de aquellos epítetos denigrantes, no sabe qué alegarse a sí mismo en mi escusa, pues no me conoce, ni tiene antecedente alguno que me favorezca.

El deseo de todo hombre de bien de no ser desestimado, el

anhelo de un patriota por conservar la estimación de sus conciudadanos, han motivado la publicación de este opúsculo que abandono a la suerte, sin otra atenuación que lo disculpable del intento. Ardua tarea es sin duda hablar de sí mismo y hacer valer sus buenos lados, sin suscitar sentimientos de desdén, sin atraerse sobre sobre sí la crítica, y a veces con harto fundamento; pero es más duro aun consentir la deshonra, tragarse injurias, y dejar que la modestia misma conspire en nuestro daño, y yo no he trepidado un momento en escoger entre tan opuestos extremos.

Mi defensa es parte integrante del voluminoso protocolo de notas de los gobiernos argentinos en que mi nombre es el objeto y el fondo envilecido. Mi contestación, que se registra en el número 19 de la *Crónica*, mi protesta en el número 48, y este opúsculo, deberán pues ser leídos por los que no quieran juzgarme sin oírme, que eso no es práctica de hombres cultos.

Mis *Recuerdos de provincia* son nada más que lo que su título indica. He evocado mis reminiscencias, he resucitado, por decirlo así, la memoria de mis deudos que merecieron bien de la patria, subieron alto en la jerarquía de la iglesia, y honraron con sus trabajos las letras americanas, he querido apegarme a mi provincia, al humilde hogar en que he nacido; débiles tablas sin duda, como aquellas flotantes a que en su desamparo se asen los náufragos, pero que me dejan advertir a mí mismo, que los sentimientos morales, nobles y delicados, existen en mí por lo que gozo en encontrarlos en torno mío en los que me precedieron, en mi madre, mis maestros, y mis amigos. Hay una nobleza democrática que a nadie puede hacer sombra, imperecedera, la del patriotismo y el talento. Huélgome de contar en mi familia dos historiadores, cuatro diputados a los congresos de la República Argentina y tres altos dignatarios de la Iglesia, como otros tantos servidores de la patria, que me muestran el noble camino que ellos siguieron. Gusto a más de esto, de la biografía. Es la tela más adecuada

para estampar las buenas ideas; ejerce el que la escribe una especie de judicatura, castigando el vicio triunfante, alentando la virtud oscurecida. Hay en ella algo de las bellas artes, que de un trozo de mármol bruto puedo legar a la posteridad una estatua. La historia no marcharía sin tomar de ella sus personajes, y la nuestra hubiera de ser riquísima en caracteres, si los que pueden, recogieran con tiempo las noticias que la tradición conserva de los contemporáneos. El aspecto del suelo me ha mostrado a veces la fisonomía de los hombres, y estos indican casi siempre el camino que han debido llevar los acontecimientos.

El cuadro genealógico que sigue, es el índice del libro. A los nombres que en él se registran, lígase el mío por los vínculos de la sangre, la educación y el ejemplo seguido. Las pequeñeces de mi vida se esconden a la sombra de aquellos nombres, con algunos de ellos se mezclan, y la oscuridad honrada del mío, puede alumbrarse a la luz de aquellas antorchas, sin miedo de que revelen manchas que debieran permanecer ocultas.

Sin placer, como sin zozobra, ofrezco a mis compatriotas estas páginas que ha dictado la verdad, y que la necesidad justifica. Después de leídas, pueden aniquilarlas, pues pertenecen al número de las publicaciones que deben su existencia a circunstancias del momento, pasadas las cuales, nadie las comprendería. ¿Merecen la crítica desapasionada? ¡Qué he de hacer! Esta era una consecuencia inevitable de los epítetos de infame, protervo, malvado, que me prodiga el gobierno de Buenos Aires. ¡Contra la difamación, hasta el conato de defenderse es mancha!

Árbol Genealógico de una familia de San Juan de la Frontera [3]

DOMINGO F. SARMIENTO

Miembro de la Universidad de Chile, del Instituto Histórico de Francia, de la Sociedad de Agricultura de Santiago, de la de Profesores de Madrid, de la Sociedad Sericícola Americana; fundador de la Escuela Normal, 1842; autor de *Civilización y Barbarie, Viajes por Europa, África y América, Educación popular*; fundador o colaborador del *Zonda, Mercurio, Nacional, Progreso, Crónica Contemporánea, Heraldo, Crónica, Tribuna*; autor y traductor de una serie de obras de educación primaria, adoptadas por la Universidad de Chile.

BIENVENIDA SARMIENTO *[hermana]*

Directora de varios colegios de señoras.

PAULA y ROSARIO SARMIENTO *[hermanas]*

Obreras en bordados, tejidos, etc.

PROCESA SARMIENTO *[hermana]*

Artista, discípula de Monvoisin.

DOMINGO DE ORO *[primo segundo]*

Secretario de la Legación Argentina cerca de Bolívar. Diputado al Congreso Constituyente de 1826. Consejero de López y de Rosas. Agente del tratado cuadrilátero. Autor de *El tirano de los pueblos argentinos*, imp. del Mercurio, 1840. Redactor de la *Crónica Contemporánea*, Valparaíso, 1841; de *La Época*, Bolivia, 1846.

JOSÉ CLEMENTE SARMIENTO *[padre]*

Capitán de milicias, hallose en Chacabuco.

PAULA ALBARRACÍN *[madre]*

Hilandera, tejedora, tintorera y bordadora.

JOSÉ MANUEL EUFRASIO DE QUIROGA SARMIENTO *[tío]*

Doctor, presbítero, cura, deán y actual Obispo de Cuyo.

JUAN PASCUAL ALBARRACÍN *[tío]*

fraile dominico secularizado, cura de la Concepción.

JOSÉ ANTONIO DE ORO *[tío segundo]*

Ministro de gobierno en 1827.

PRESBÍTERO JOSÉ DE ORO *[tío segundo]*

Capellán del núm. 1 de Cazadores de los Andes. Diputado a la Convención Nacional, 1827. Ministro de Gobierno, 1829.

FRAY JUSTO DE SANTA MARÍA DE ORO *[tío segundo]*

Provincial de la Recoleta Dominica de Chile. Diputado al Congreso de Tucumán, 1816. General de la O. Dominica, 1818. Obispo Taumacense y después de Cuyo, 1830.

TRÁNSITO DE ORO *[tía segunda]*

Fundadora del Colegio de Pensionistas de Santa Rosa, 1839.

JOSÉ IGNACIO SARMIENTO *[abuelo]*

JUANA ISABEL FUNES *[abuela]*

JUAN LUIS FUNES *[tío abuelo]*

Capitán de milicias en 1811, depone a los españoles del mando de las tropas.

TERESA FUNES *[tía abuela]*

CORNELIO ALBARRACÍN *[abuelo]*

ELENA ALBARRACÍN *[tía abuela]*

Patrona del Convento de Santo Domingo.

MIGUEL DE ORO *[esposo de tía abuela]*

Descendiente del Conquistador, Capitán D. José Oro.

MAESTRO FRAY JUSTO ALBARRACÍN *[tío abuelo]*

Enano. Se conservó largo tiempo un altar hecho en proporción de su talla

FRAY MIGUEL ALBARRACÍN *[tío abuelo]*

Doctor en Teología. Autor de un tratado de Filosofía y de una obra sobre el Milenario, citado ante la Inquisición de Lima, juzgado y absuelto.

MAESTRO FRAY REMIGIO ALBARRACÍN *[tío abuelo]*

PEDRO ALBARRACÍN *[?]*

MARÍA ANTONIA IRRAZÁBAL *[abuela]*

ANTONIA IRRAZÁBAL *[tía abuela]*

Fundadora del templo de Santa Lucía

JOSÉ FUNES *[bisabuelo]*

DR. AMBROSIO FUNES *[tío bisabuelo]*

DR. D. GREGORIO FUNES *[tío bisabuelo]*

Deán de la Catedral de Córdoba, Cancelario de la Universidad. Diputado a los Congresos de 1811 y 1819. Autor de Ensayo sobre la historia civil del Paraguay, traductor de Daunou, redactor del Argos, etc.

JUANA MORALES *[bisabuela]*

ABATE D. MANUEL MORALES *[tío bisabuelo]*

Jesuita, autor de la *Historia de Cuyo*, y *Observaciones sobre la Cordillera y llanuras de Cuyo*, citado por Molina, *Historia Natural y Civil de Chile*.

BERNARDINO ALBARRACÍN *[bisabuelo]*

Maese de Campo.

JOSÉ DE LA CRUZ IRARRÁZABAL *[bisabuelo]*

De Santiago de Chile.

Las palmas

A pocas cuadras de la plaza de Armas de la ciudad de San Juan, hacia el norte, elevábanse no ha mucho tres palmeros solitarios, de los que quedan dos aún, dibujando sus plumeros de hojas blanquizcas en el azul del cielo, al descollar por sobre las copas de verdinegros naranjales a guisa de aquellos plumajes con que nos representan adornada la cabeza de los indígenas americanos. Es el palmero planta exótica en aquella parte de las faldas orientales de los Andes, como toda la frondosa vegetación que, entremezclándose con los edificios dispersos de la ciudad y alrededores, atempera los rigores del estío, y alegra el ánimo del viajero cuando, atravesando los circunvecinos secadales, ve diseñarse a lo lejos las blancas torres de la ciudad sobre la línea verde de la vegetación.

Pero los palmeros no han venido de Europa como el naranjo y el nogal, fueron emigrados que traspasaron los Andes con los conquistadores de Chile, o fueron poco después entre los bagajes de algunas familias chilenas. Si el que plantó alguno de ellos a la puerta de su domicilio, en los primeros tiempos, cuando la ciudad era aún aldea, y las calles caminos, y las casas chozas improvisadas, echaba de menos la patria de donde había venido, podía decirle, como Abderramán, el rey árabe de Córdoba:

Tú también, insigne palma eres aquí forastera,

de Algarbe las dulces auras tu pompa halagan y besan.
En fecundo suelo arraigas y al cielo tu cima elevas,
tristes lágrimas lloraras, si cual yo sentir pudieras. [4]

Aquellos palmeros habían llamado desde temprano mi atención. Crecen ciertos árboles con lentitud secular y, a falta de historia escrita, no pocas veces sirven de recuerdo y monumento de acontecimientos memorables. Me he sentado en Boston a la sombra de la encina bajo cuya copa deliberaron los Peregrinos sobre las leyes que darían en el Nuevo Mundo que venían a poblar. De allí salieron los Estados Unidos. Los palmeros de San Juan marcan los puntos de la nueva colonia que fueron cultivados primero por la mano del hombre europeo.

Los edificios de la vecindad de aquellos palmeros están amenazando ruina, muchos de ellos habiéndose ya destruido, y pocos sido edificados. Por los apellidos de las familias que los habitaron, cáese en cuenta que aquel debió ser el primer barrio poblado de la ciudad naciente; en las tres manzanas en que están aquellas plantas solariegas, está la casa de los Godoyes, Rosas, Oros, Albarracines, Carriles, Maradonas, Rufinos, familias antiguas que compusieron la vieja aristocracia colonial. Una de aquellas casas, y la que sirve de asilo al más joven de los palmeros, tiene una puerta de calle antiquísima y desbaratada, con los cuencos en el umbral superior, donde estuvieron incrustadas letras de plomo, y en el centro el signo de la Compañía de Jesús. En la misma manzana, y dando frente a otra calle, está la casa de los Godoyes, donde se conserva un retrato romano de un jesuita Godoy, y entre papeles viejos encontrose, al hacer inventario de los bienes de la familia, una carpeta que envolvía manuscritos con este rótulo: «este legajo contiene la *Historia de Cuyo* por el abate Morales, una carta topográfica y descriptiva de Cuyo, y las probanzas de Mallea». Hubo de caer alguna vez bajo mis miradas esta leyenda, y yo

quise ver aquella suspirada historia de mi provincia. Pero, ¡ay!, no contenía sino un solo manuscrito, el de Mallea, con fecha del año 1570, diez años después de la fundación de San Juan. Más tarde leía en la *Historia Natural de Chile*, del abate Molina, describiendo unas raras piedras que se encuentran en los Andes amasadas en arcilla, que el abate don Manuel de Morales, «inteligente observador de la provincia de Cuyo, su patria», las había estudiado con esmero en su obra titulada *Observaciones de la cordillera y llanura de Cuyo* [5].

He aquí, pues, el leve y desmedrado caudal histórico que pude por muchos años reunir sobre los primeros tiempos de San Juan. Aquellas palmas antiguas, la inscripción jesuítica y la carpeta casi vacía. Pero una de las palmas está en casa de los Morales, la inscripción de plomo señala la morada del jesuita, y la leyenda quedaba para mí explicada. Practícanse diligencias en Roma y Bolonia en busca de los manuscritos abolengos, y no pierdo la esperanza de darlos a la luz pública un día [6].

Juan Eugenio de Mallea

En el año del Señor de 1570, es decir, ahora unos doscientos ochenta años, «en la ciudad de San Juan de la Frontera, por ante el muy magnífico señor don Fernando Díaz, juez ordinario por su Majestad, don Juan Eugenio de Mallea, vecino de dicha ciudad, pareció, por aquella forma y manera que más conviniese a su derecho, y dijo: que teniendo necesidad de presentar ciertos testigos para hacer *ad perpetuam rei memoriam*, una probanza, pedía y suplicaba que los testigos que ante su merced presentara, tomándoles juramento en forma debida y de derecho, so cargo del cual fuesen preguntados y examinados por el tenor del interrogatorio atrás contenido, lo que dijeren y expusieren, signado y firmado por escribano, interponiendo su merced su autoridad y decreto judicial, se lo mandase entregar para seguimiento de su justicia, mandando ante toda cosa citar y suplicar a los oficiales reales de esta ciudad para que se hallasen presentes a ver jurar y conocer a los dichos testigos, y decir y contradecir lo que vieren que les conviene».

Fecha y evacuada la probanza, y no teniendo más testigos que presentar, y «habiéndose acabado el papel en la ciudad», pasó a la ciudad de Mendoza del Nuevo Valle de Rioja a continuar su diligencia. Los testigos presentados en San Juan, e interrogados por ante el escribano público Diego Pérez, lo fueron Diego Lucero, Gaspar Lemos, procurador y mayordomo

de ciudad, Francisco González, fiscal de la real justicia, Gaspar Ruiz, Anse de Fabre, Lucas de Salazar, Juan Contreras, Hernando Ruiz de Arce, factor y veedor, Hernán Daria de Sayavedra, Juan Martín Gil, Diego de Laora, un Bustos, Juan Gómez, isleño, y otros dos. Del tenor de las respuestas dadas a las veinticuatro preguntas del interrogatorio, resulta a fuerza de confrontaciones y de conjeturas, la historia de los primeros diez años de la fundación de San Juan, y la biografía interesantísima del fijodalgo don Juan Eugenio de Mallea, que había sido juez ordinario, y era a la sazón contador de la real hacienda y alférez real, teniendo en su casa el estandarte, y manteniendo a sus expensas sus gentes y caballos. Dejando a un lado el enojoso estilo y fraseología de la escribanía, haré breve narración de los hechos que en dicho interrogatorio quedan probados. La mayor parte de los testigos, vecinos entonces de San Juan, conocen a Mallea de dieciséis años antes, y han militado con él en las campañas del sur de Chile, habiendo Mallea venido del Perú con el general don Martín Avendaño en 1552.

En 1553 cuando acaeció la muerte de Pedro Valdivia, Mallea se hallaba en la Imperial, a las órdenes de Francisco de Villagra que tan notable papel hizo en las guerras de Arauco. Aquel jefe, sabiendo la situación desastrosa en que había quedado Concepción después de la derrota de Tucapel, acudió con su gente a aquella ciudad, puso orden a los negocios, y salió de nuevo a campaña con ciento ochenta hombres, entro los cuales contaba Mallea, quien se halló en la triste jornada del cerro de Marihueñu, llamado desde entonces de Villagra en conmemoración del desastre. Pasó enseguida a Concepción, y más tarde fue destacado a repoblar Villarrica. En 1556 pasa a Valdivia en compañía de don García Hurtado de Mendoza, hasta que en 1558, sale entre los ciento cincuenta soldados que mandó García, con el capitán Jerónimo de Villegas, a la repoblación de Concepción, que había sido abandonada desde

la derrota de Villagra. Es hijodalgo, y se lo vio siempre entre los capitanes, había servido durante veinte años a sus propias expensas «con sus armas y caballos, y hecho cuanto en la guerra le había sido mandado que hiciese como bueno y leal vasallo de su Majestad», hasta que casado en San Juan con la hija del cacique de Angaco, que se llamó doña Teresa de Asencio y le trajo en dote muchos pesos de oro y diole varios hijos, estaba por fin adeudado en pesos de oro, habiendo perdido la hacienda de su mujer en el mantenimiento de su gente y casa, en servicio del rey, y no pagándole tributo los indios que le habían caído en encomienda en Mendoza, y que después de la fundación de San Juan, cayeron en los términos y jurisdicción de la última ciudad.

El año de 1560 pasó con cien hombres de guerra el capitán Pedro del Castillo, la cordillera nevada hacia el oriente de Chile, y fundó la ciudad de Mendoza del Nuevo Valle de Rioja, que así está nombrada en los autos seguidos en 1571 por el escribano público don N. Herrera en la dicha ciudad. Por las declaraciones de los testigos resulta que se distribuyeron en Mendoza los habitantes que allí encontraron, siendo presumible que a Mallea le tocasen algunos de las lagunas de Guanacache, por lo que pudieron más tarde caer dentro de los términos de San Juan. Poco tiempo después salió de Mendoza el general don Juan Jufré con alguna gente a descubrimiento hacia el norte, y descubrió en efecto varios valles que no se nombran, si no es el de Tulum, en el cual, volviendo a Mendoza y regresando a poco tiempo, fundó la ciudad de San Juan de la Frontera. La semejanza de Tulum, Ullum y Villicum, nombres que se conservan en las inmediaciones, permite suponer eran estos los valles con el de Zonda, «que hallaron muy poblados de naturales, y la tierra parecía ser muy fértil», como lo es en efecto. En 1561 gobernando en Chile don Rodrigo de Quiroga, pasó a la provincia de cuyo el general don Gonzalo de los Ríos con nueva gente de guerra a sofocar un alzamiento de indios.

Después de trazada la ciudad, se alzaron los huarpes, sus habitantes, y la tierra fue pacificada de nuevo. Tres leguas hacia el norte de la ciudad hay un lugar llamado las Tapiecitas, a causa de los restos de un fuerte cuyas ruinas eran discernibles ahora veinte o treinta años, y su colocación en aquel lugar, parece explicar el nombre de San Juan de la Frontera, por no estar reducidos los indios de Jáchal y Mogna, cuyo cacique último vivió hasta 1830, habiendo llegado a una senectud que pasaba de ciento veinte y más años.

Aquel general de los Ríos, vuelto a Mendoza de su campaña, supo por un indio prisionero, que había un país lejano en cuyas montañas se encontraba oro, en abundancia tal que la imaginación de los españoles lo bautizó desde luego con el nombre de Nuevo Cuzco. La expedición de descubrimiento de aquel Dorado pasó de Mendoza a San Juan, y cuantos pudieron alistar caballos, se lanzaron a la conquista del vellocino de oro. Don Juan Eugenio de Mallea «salió con su gente y muchos caballos». Marcharon algunos días, siguiendo al indio que los conducía, dieron vueltas y revueltas, los víveres escasearon, y una mañana al despertar para emprender nueva jornada, encontraron que el indio había desaparecido. Hallábanse en medio de un desierto sin agua, sin atinar a orientarse del rumbo a que quedaban las colonias, y después de padecimientos inauditos, llegaron tristes y mohínos a San Juan los chasqueados, habiendo perecido de sed y de hambre quince de entre ellos. ¡Y cosa singular! la tradición de este suceso vive hasta hoy entre nosotros, y no se pasan diez años en San Juan, sin que se organicen expediciones en busca de montones de oro, que están por ahí sin descubrirse, y que intentaron los antiguos en vano habiéndose concluido los víveres, o fugádoseles el indio baqueano, en el momento en que habían encontrado una de las señas dadas por el *derrotero*. Como fue la preocupación de los conquistadores hallar por todas partes oro tan abundante como en el Perú y en México, la poesía

colonial, los mitos populares, están reconcentrados en toda América en leyendas manuscritas que se llaman *derroteros*. El poseedor de uno de estos itinerarios misteriosos, lo cela y guarda con ahínco, esperando un día tentar la peregrinación preñada de incertidumbre y peligros, pero rica de esperanzas de un hallazgo fabuloso. Hay tres o cuatro de estos en San Juan, siendo el más popular el de las *Casas Blancas*, en el que después de vencidas dificultades infinitas, a las que solo faltan, para ser verdaderos cuentos árabes, espantables dragones y gigantes descomunales que cierren el paso y sea fuerza vencer, han de encontrarse terminado el ascenso de una elevadísima y escarpada montaña, las suspiradas *Casas Blancas*, de cuya techumbre cuelgan en pescuezos de guanacos, sacos de oro en pepitas que dizque dejaron allí escondidos los antiguos, habiéndose caído y derramado muchos, dice el derrotero, a causa de haberse podrido el cuero de los susodichos pescuezos. Me figuro a los primeros colonos de San Juan, en corto número en los primeros años, careciéndo de todas las comodidades de la vida, bajo un cielo abrazador, y establecidos sobre un suelo árido y rebelde, que no da fruto si no se lo arranca el arado, descontentos de su pobre conquista, ellos que habían visto los tesoros acumulados por los incas, inquietos por ir adelante, y descubrir esa tierra inmensa que deja, desde las faldas orientales de los Andes, presumir un horizonte sin límites. Las indicaciones dudosas de algún huarpe, acaso de las minas de Hualilán o de la Carolina, reunían en corrillos a los conquistadores condenados a abrir acequias para regar la tierra, con aquellas manos avezadas solo a manejar el mosquete y la lanza. ¡Labradores en América! Valiera más no haber dejado la alegre Andalucía, sus olivares inmensos y sus viñedos. La ubicación de la mayor parte de las ciudades americanas, está revelando aquella preocupación dominante de los espíritus. Todas ellas son escalas para facilitar el tránsito a los países de oro; pocas están en las costas en situaciones

favorables al comercio. La agricultura se desarrolló bajo el tardo impulso de la necesidad y del desengaño, y los frutos no hallaron salida desde los rincones lejanos de los puertos, donde estaban las ciudades.

Los huarpes

Grande y numerosa era sin duda la nación de los huarpes que habitó los valles de Tulum, Mogna, Jáchal y las Llanuras de Guanacache. La tierra estaba en el momento de la conquista «muy poblada de naturales» dice la probanza.

El historiador Ovalle, que visitó a Cuyo sesenta años después, habla de una gramática y de un libro de oraciones cristianas en el idioma huarpe, de que no quedan entre nosotros más vestigios que los nombres citados, y Puyuta, nombre de un barrio, y Angaco, Vicuña, Villicum, Guanacache, y otros pocos. ¡Ay de los pueblos que no marchan! ¡Si solo se quedaran atrás! Tres siglos han bastado para que sean borrados del catálogo de las naciones los huarpes. ¡Ay, de vosotros, colonos españoles rezagados! menos tiempo se necesita para que hayáis descendido de provincia confederada a aldea, de aldea a pago, de pago a bosque inhabitado. Teníais ricos antes, como don Pedro Carril, que poseía tierras desde la Calle Honda hasta el Pie de Palo; ¡ahora son pobres todos! sabios como el abate don Manuel Morales, que escribió la historia de su patria y las observaciones sobre la cordillera y las llanuras de Cuyo; teólogos como fray Miguel Albarracín, políticos como Laprida, presidente del congreso de Tucumán, gobernantes como Ignacio de la Rosa y Salvador M. del Carril hoy no tenéis ya ni escuelas siquiera, y el nivel de la barbarie lo pasean a su altura los mismos que os gobiernan. De la

ignorancia general, hay otro paso, la pobreza de todos, y ya lo habéis dado. El paso que sigue es la oscuridad, y desaparecen en seguida los pueblos, ¡sin que se sepa adónde ni cuándo se fueron!

Los huarpes tenían ciudades. Consérvanse sus ruinas en los valles de la cordillera. Cerca de Calingasta, en una llanura espaciosa, subsisten más de quinientas casas de forma circular, con atrios hacia el oriente, todas diseminadas en desorden y figurando en su planta, trompas de aquellas que nuestros campesinos tocan haciendo vibrar con el dedo una lengüeta de acero. En Zonda, en el cerro Blanco, vense las piedras pintadas, vestigios rudos de ensayos en las bellas artes; perfiles de guanacos y otros animales, plantas humanas talladas en la piedra, cual si se hubiese estampado el rastro sobre arcilla blanda. Los médanos y promontorios de tierra, suelen dejar escapar de sus flancos, pintadas cántaras de barro llenas de maíz carbonizado, que las viejas sirvientes creen que es oro encantado para burlar la codicia de los blancos. Esto no estorba que en la ciudad huarpe de Calingasta, se encontrasen dos platos toscos de oro macizo que sirvieron largo tiempo de pasar fuego por lo bonitos, hasta que un pasajero dio un peso por cada uno de ellos, y los vendió después en Santiago a don Diego Barros, al fiel de la balanza.

Vivían aquellos pueblos de la pesca en las lagunas de Guanacache, en cuyas orillas permanecen aún reunidos y sin mezclarse sus descendientes los laguneros; de la siembra del maíz sin duda en Tulum, hoy San Juan, según lo deja sospechar un canal borrado, pero discernible aún, que sale desde el Albardón, y puede llevar hasta Caucete las aguas del río. Últimamente hacia las cordilleras, se alimentaban de la caza de los guanacos, que pacen en manadas la gramilla de los faldeos. Hasta hoy se conservan tradicionalmente las leyes y formalidades de la gran cacería nacional que practicaban los huarpes todos los años. Nada se ha alterado en las costumbres

huarpes, sino la introducción del caballo. «Un corregidor y capitán general que fue de la provincia de Cuyo —dice el padre Ovalle—, me contó que luego que los indios huarpes reconocen a los venados (guanacos), se les acercan, y van en su seguimiento a pie a un medio trote, llevándolos siempre a una vista, sin dejarles parar ni comer, hasta que dentro de uno o dos días, se vienen a cansar y rendir, de manera que con facilidad llegan y los cogen, y vuelven cargados con la presa a su casa, donde hacen fiesta con sus familias… haciendo blandos y suaves pellones de los cueros, los cuales son muy calientes y regalados en el invierno» [7].

En los primeros meses de primavera, cuando los guanacos se preparan a internarse en las cordilleras, humedecidas y fertilizadas por el agua de los deshielos, córrese la voz en Jáchal, Guandacol, Calingasta y demás parajes habitados, señalando el día y el lugar donde ha de hacerse la reunión para la grande cacería. Los jóvenes y mocetones acuden presurosos, trayendo consigo sus mejores caballos, que han estado de antemano preparando, para aquella fiesta en que han de lucirse, y quedar pagadas en reses muertas la destreza del jinete, lo certero del pulso para lanzar las bolas, y la seguridad y ligereza del caballo. El día designado vense llegar a una espaciosa llanura los grupos de jinetes, los cuales reunidos a caballo, tienen consejo para nombrar el juez de la caza, que lo es el indio más experimentado, y trazar el plan de las operaciones. A su orden se divide su dócil y sumisa comitiva en los grupos que él dispone, los cuales se separan en direcciones diversas, cuales a cerrar el boquete de una quebrada, cuales a manguear las manadas de guanacos hacia la parte del llano donde ha de hacerse la correría. Dos días después los polvos que levantan los fugitivos rebaños, indican la aproximación del momento tan deseado. Los cazadores toman distancias, y cuatro pares de libes, ligeros cuanto basta para bolear guanacos, empiezan con gracia y destreza infinita a voltejear a

un tiempo en torno de las cabezas de los jinetes. Huyen los guanacos despavoridos, sueltan a escape los caballos, sin aflojarles la rienda, por temor de las rodadas que son mortales a veces, pero que el gaucho indio evita, aunque cuente de seguro salir parado, por temor de quedarse atrás, y cuando los más bien montados han logrado ponerse a tiro, cuatro pares de bolas parten de una misma mano, ligando unas en pos de otras tantas reses de montería. Otros cuatros pares de bolas reemplazan a la carrera del caballo las que ya fueron empleadas, y el cazador diestro puede asegurar así diez, quince y aun más guanacos en la correría. Si la provisión de bolas se ha agotado, salta listo a tierra, ultima su presa, desembaraza los libes, y saltando de nuevo sobre el enardecido redomón, se lanza tras la nube de polvo, los gritos de los cazadores y los relinchos de los caballos, hasta lograr si puede tomar posiciones. Suelen ocurrir una o dos desgracias por las caídas; vuelven los cazadores a reunir sus reses, que cada uno reconoce por las bolas que las amarran; y si acaece alguna disputa, lo que es raro, pues es inviolable la propiedad de cada uno, el juez de la caza la dirime sin apelación. Vuelven los grupos a dispersarse en dirección a sus pagos; las mujeres aguardan con ansia los cueros de guanacos cuya lana sedosa están viendo ya en ponchos de listas matizadas, sin contar con la sabrosa carne que va a llenar la despensa, cuidado primordial de toda ama de casa. Los chicuelos hacen mil fiestas a un cervatillo de guanacos que cayó el primero en poder de los cazadores, y los alegres mocetones cuentan en interminable historia todos los accidentes de la caza y las rodadas que dieron, y las paradas.

Otra costumbre huarpe sobrevive, hija de la antigua y fatigosa caza a pie. Repetiré lo que observó el historiador Ovalle en su tiempo, y ahorrarame el lector entendido el trabajo de explicárselo. «No dejaré de decir una singularísima gracia que Dios dio a estos indios, y es un particularísimo

instinto para rastrear lo perdido o hurtado. Contaré un caso que pasó en la ciudad de Santiago (Chile) a vista de muchos. Habiendo faltado a cierta persona unos naranjos de su huerta, llamó a un huarpe, el cual le llevó de una parte a otra, por esta y la otra calle, torciendo esta esquina, y volviendo a pasar por aquella, hasta que últimamente dio con él en una casa, y hallando la puerta cerrada, le dijo: toca y entra, que ahí están tus naranjos. Hízolo así y halló sus naranjos. De estas cosas hacen todos los días muchas de grande admiración, siguiendo con gran seguridad el rastro, ora sea por piedras lisas, ora por yerbas o por el agua» [8].

¡Ilustre Calíbar, no habéis degenerado un ápice de tus abuelos! El célebre rastreador sanjuanino, después de haber hecho con su ciencia devolver a muchos lo hurtado, y dejado salir de las cárceles a los presos, como sucedió con mi primo M. Morales, sin acertar a cortarle el rastro que había prometido no hallar, se ha retirado a morir a Mogna, morada de su tribu, dejando a sus hijos la gloria de su nombre, gloria que ha llegado a Europa de folletín en *Revista*, copiando el párrafo del *Rastreador* de *Civilización y Barbarie*, dejando Calíbar más duradero recuerdo en Europa, que las barbaridades de Facundo, el blanco perverso e indigno de memoria.

¿Habéis visto por ventura unas canastillas de formas variadas que contienen los útiles de costura de nuestras niñas, cerradas de boca a veces, a guisa de cabeza de cebolla, o bien abiertas, por el contrario, como campana, con bordos brillantes y curiosamente rematados, salpicadas de motas de lana de diversos colores? Estas canastillas son restos que aún quedan en las lagunas de la industria de los huarpes. Servíanse en tiempo de Ovalle de ellas, como vasos para beber agua, tan tupido era el tejido de una paja lustrosa, amarilla y suave que crece a orillas de las lagunas de Guanacache. ¡Pobres lagunas destinadas a servir, mejor que las de Venecia, a poner en contacto sus lejanas riberas, llevando y trayendo en barquillas,

o en goletas de vela latina, los productos de la industria y los frutos de la tierra! El huarpe todavía hace flotar su balsa de totora, para echar sus redes a las regaladas truchas; el blanco embrutecido por el uso del caballo, desfila por el lado de los lagos con sus mulas, cargadas como las del contrabandista español, y si vais a hablarle de canales y de vapores como en los Estados Unidos, so os ríe, contento de sí mismo, ¡y creyendo que vos sois el necio y el desacordado! Y sin embargo, en Pie de Palo está el carbón de piedra, en Mendoza el hierro, y entre ambos extremos mécese la superficie tranquila de las sinuosas lagunas, que el zabullidor riza con sus patas por desaburrirse. Todo está allí, menos el genio del hombre, menos la inteligencia y la libertad. Los blancos se vuelven huarpes, ¡y es ya grande título para la consideración pública, saber tirar las bolas, llevar chiripá, o rastrear una mula!

La idea que el jesuita Ovalle echaba a rodar en los reinos españoles, sobre las bendiciones del suelo privilegiado de San Juan, es todavía doscientos años después, un clamor sin ecos, un deseo estéril… «no hay duda que si comienza a acudir *gente de afuera*, aquella tierra será una de las más ricas de las Indias, porque su grande fertilidad y grosedad, no necesita de otra cosa que de gente que la labre, y gaste la grande abundancia de sus frutos y cosechas» [9]. ¡Pobre patria mía! ¡Estáis en guerra, por el contrario, para rechazar a las *gentes de afuera* que acudieran, y arrojáis además de tu seno a aquellos de tus hijos que os aconsejan bien!

Los hijos de Jufré

¿De dónde descienden los hombres que vemos brillar en nuestra época, en ministerios, presidencias, cámaras, cátedras y prensa? De la masa de la humanidad. ¿Adónde se encontrarán sus hijos más tarde? En el ancho seno del pueblo. He aquí la primera y la última página de la vida de cada uno de nuestros contemporáneos. Aquellas antiguas castas privilegiadas que atravesaban siglos contando el número de sus antepasados, aquel nombre inmortal que se llamaba Osuna, Joinville u Orleans, ha desaparecido ya por fortuna. ¡Cuánto ha debido depurarse la masa humana, para arribar a sacar de su seno, los candidatos que han de llamarse Pitt, Washington, Arago, Franklin, Lamartine, Dumas, y ser nobles de su país y aun reyes de la tierra, sin que su elevación haya costado un gemido! Las antiguas familias coloniales han desaparecido en la República Argentina; en Chile se agarran todavía de la tierra y resisten al nivel del olvido que quiere pasar sobre ellas.

Luminoso rastro de sus proezas y valimiento había dejado el capitán Juan Jufré en la conquista e historia civil de Chile. En 1556 el cabildo de Santiago, sabedor del plan de un levantamiento general de indios que había urdido Lautaro, ordena a Juan Jufré entrar con treinta soldados a la tierra de los promaucaes, y acudir con sus lanzas donde quiera que el incendio estalle; habiendo el capitán logrado el objeto y dado tiempo a precaverse y prepararse para más decisiva jornada.

Mucha fama y peso debió darle esta proeza, pues que el 9 de julio del mismo año, decretando el cabildo de Santiago fuese fiesta solemne la de este santo, como patrón de la capital, nombró alférez real a Juan Jufré, con encargo de presentar en el día del santo el real estandarte en que salieron bordadas de oro las armas de la ciudad y en su cima la imagen del apóstol a caballo, cuya ceremonia quedó desempeñada el 24 del mismo mes, diciendo los alcaldes desde una ventana al alférez que estaba en la calle: «*este estandarte entregamos a vuestra merced, señor alférez de esta ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, en nombre de Dios y de S. M., nuestro rey y señor natural, y de esta ciudad, y del cabildo, justicia y regimiento de ella, para que con él sirváis a S. M. todas las veces que se ofreciere*; y el dicho capitán Jufré dijo que *así lo recibía y prometía de hacerlo y de cumplir*, y lo recibió a caballo; y se fueron todos juntos con otros caballeros, acompañándolo a la iglesia mayor, adonde oyeron vísperas, y después de acabadas tornaron a cabalgar, y anduvieron por las calles de esta ciudad hasta que volvieron a la casa de este capitán, adonde se quedó el estandarte» [10]. Cuál fuese su influencia y valimiento en los complicados negocios de aquella época, puede traslucirse del hecho, de que siendo don Juan Jufré alcalde de Santiago en 1557, recibió orden de convocar el cabildo el 6 de mayo, ante quien fueron presentados los poderes y despachos de don García Hurtado de Mendoza, quien después de *reconido* en la autoridad de justicia mayor, puso en su empleo de alcalde a Diego Araya, no sin queja de injusticia hacia Jufré que fue depuesto.

Yo alcancé al último descendiente de don Juan Jufré fundador de San Juan. Era don Javier, un grueso y ostentoso señor, digno representante en 1820 de su ilustre abuelo. Su casa estaba contigua al consistorio municipal, como era general en las colonias, en que la cárcel y el gobernador ocupaban el mismo frente de la plaza de armas. La revolución

de la independencia lo halló vivo, y se dieron un abrazo, haciendo él la inauguración solemne de la nueva época, en su salón espacioso, decorado de molduras de estuco de gusto delicado, obra de arquitectos de mérito que solían penetrar a las colonias, y aún producirse entre los jesuitas. Este salón, a que daban solemnidad colgaduras de damasco pendientes de perchas doradas, sirvió de sala para la inauguración de la representación provincial. Sus sillas de nogal y sus sofás de terciopelo carmesí, han servido hasta ahora poco en todas las grandes solemnidades políticas, degradados ya y hechos trizas por la incuria gubernativa. El mismo salón sirve hoy de sala de billar, después de haber sido consagrado a funciones de teatro. Un álamo robusto se alzaba en el límite norte de su espacioso solar, que el hacha de la codicia no habrá respetado quizás. Era el padre de esos millones de álamos que hacen barata y fácil la construcción civil, era el primer emigrante de su especie que se estableció en San Juan. A diez cuadras de la plaza hacia el occidente, se levanta una aguja o pirámide, que hoy eleva su punta truncada en medio de un erial desapacible. Dos veces la he visto por las tardes rodeada de dos o tres vacas que iban a buscar abrigo bajo su sombra contra los rigores del sol. La pirámide aquella es la tumba de la revolución, muerta en la infancia, ruina ya a los treinta años de erigida. También señala la propiedad de don Javier Jufré y su patriotismo. De noche, cuando el aire reseco, tostado, se anda azotando por el rostro que baña sin refrescarlo, mi madre en el verano de 1816, iba con nosotros, niños aún, a pasearse en las alamedas en cuyo centro estaba la pirámide. Partían de allí dos diagonales a los extremos de un cuadrado, flanqueado de lindas alamedas, a cuyos pies corrían líneas de lirios blancos y de rosas encarnadas. Cuatro pilastras, a guisa de basamentos de estatuas, señalaban los cuatro ángulos, y no sé qué idea confusa recuerdo de laberinto de callejuelas y círculos de varias direcciones. Viénenme aún las ráfagas de aire fresco y

perfumado, y diviso grupos de faroles que arrojaban su luz por entre el follaje de los árboles. Construyó la pirámide el ingeniero español Díaz, de quien quedan tan chuscos recuerdos en la historia de la guerra de la independencia, y debía conmemorar la expedición del ejército libertador a Chile.

En 1839 uno de los herederos de don Javier Jufré reclamaba el terreno en que había estado el paseo público, por haber faltado la condición y el objeto con que fue donado, y no encontrando objeción de parte del gobierno, el interesado preguntaba en mi presencia al ministro ¿y *el pírame*, señor?... Quería decirle ¿qué hacemos con aquel monumento?, a lo que el ministro contestaba con una bondad infinita: «en cuanto al *pírame*, ¡puede usted echarlo abajo!»...

¡Yo lo he oído! Pocos días después escribí en el *Zonda* un artículo titulado *la Pirámide*, primera vez que las fantásticas ficciones de la imaginación me sirvieron a encubrir la indignación de mi corazón. No la han destruido todavía los bárbaros; se necesita comenzar por la cúspide y no sabrían armar un andamio.

Mallea

Las familias españoles venidas posteriormente a establecerse a San Juan, se vengaron del fijodalgo Mallea, en los hijos de la india reina de Angaco. ¡Decíanles mulatos! y yo los he alcanzado luchando todavía contra esta calumnia que se transmitió de padres a hijos. Mi madre, que no sabe que don Eugenio de Mallea servía a sus expensas, con sus propias armas y caballos, me cuenta que don Luciano Mallea, a quien decían tío Luciano Mallea, era muy conocedor en genealogías, y sostenía que eran ellos mestizos de pura y noble sangre. Fue aquel viejo el tipo de la colonia española, especie de patriarca pobre y severo, sentencioso en sus palabras, y además poeta, que tenía un adagio o un verso para cada ocurrencia de la vida. Los pueblos que no piensan viven de la tradición moral, y el libro de los proverbios anda desparramado entre los ancianos. Así decía con todo modulado el viejo Mallea, a los jóvenes novios:

Cásate y tendrás mujer;
si es bonita que celar,
si es fea que aborrecer,
si es rica que obedecer,
si es pobre a quien mantener;
cásate y tendrás mujer.

Cuando oía palabras descompuestas en boca de persona respetable, increpándolo decía con sorna: «no se ve el moco, sino de donde cuelga» [11], lo cual me trae a la memoria el haber visto a un personaje respetable de Chile, hacer un gesto de asco al leer en una nota oficial estas palabras: *asqueroso, infame, vil*. Este no veía el moco sino de donde colgaba.

Otra rama de Mallea se debió establecer en Mendoza, pues el padre de don Alejo Mallea, hoy gobernador de aquella provincia, era su descendiente y se llamaba como él Juan Eugenio. En fin, los actuales representantes del alférez real, entraron en nuestra familia por doña Ángela Salcedo, esposa de don Domingo Soriano Sarmiento, y don Fermín Mallea, marido de doña Mercedes. Doña Ángela, viuda, me encargó de los negocios de su marido y de la primera educación de su hijo. Una esclava suya alzada, la denunció en mi ausencia por unitaria, prueba de ello que tenía en un agujero escondidas unas cuantas talegas de plata. Acudió la policía y el ministro de gobierno a verificar el hecho; y los primeros funcionarios del estado federalizado, atraídos irresistiblemente, seducidos por aquellos pesos fuertes… se llenaban los bolsillos en presencia de la inocente víctima de aquel salteo. Facundo, el ladrón de pueblos, tuvo asco esta vez de los suyos, y Benavídez quince años después ha pagado parte del robo, por un movimiento de pudor que le honra.

Don Fermín Mallea, a quien aludo en mis *Viajes* con motivo de las ruinas de Pompeya, tuvo el fin más desdichado. Su muerte acaecida en 1848, la deben los tribunales de justicia, y un día han de pagarla en la ignominia de sus hijos, los jueces, escribanos, partidores, que fueron de ella causa; en ellos, en la común ignorancia, en la torpeza de los jueces, en las pasiones desenfrenadas que azuza, en lugar de contener, un sistema de iniquidad que trae escrito ya en la frente el crimen, encabezando todos sus actos con el sacramental *mueran*; que al lanzar el decreto, deja escapar como la baba del leproso, la

injuria *salvaje, inmundo, malvado*... ¡Ah, la pagaréis en vuestros hijos, pueblos inmorales, víctimas degradadas que os hacéis cómplices del vicio que desciende de lo alto! Era mi tío Fermín de carácter áspero y de condición dura. Harto me lo hizo sentir en mi juventud; pero estas genialidades no alcanzaban a empañar algunas dotes de corazón muy laudables. Creó a su lado un dependiente, Oro de apellido, que era la dulzura por excelencia, y tan honrado y laborioso, que Mallea, en recompensa, hubo de asociarlo en su negocio de tienda que ambos a dos manejaban. Discurrieron los años, los negocios marchaban. Mallea distraía fondos para sus necesidades, y jamás una sola nubecilla turbó la armonía que resultaba de la extrema oposición de sus caracteres. Un día hubieron de balancear el negocio, y resultó que todo él pertenecía por cuenta de utilidades al dependiente. Mallea se mesaba lo cabellos, echaba pestes, y negaba la evidencia; pero las cifras estaban ahí, matadoras, inflexibles. ¡Él había sacado en diez años tanto, y el joven no había tocado nada! Y aquí de la tenacidad de Mallea. Del balance se pasó al contador, del contador a los jueces, y a los escritos, y de allí a la exasperación, las alcaldadas, y el pleito interminable. La naturaleza suave y amorosa de Oro no pudo resistir a tan dura prueba. Amaba entrañablemente a Mallea, y aquella tierna planta empezó a doblarse sobre su tallo marchito; a la hipocondría del ánimo, se sucedió la postración física, y a la enfermedad, la muerte; porque el triste murió de pena, de ver la injusticia que le hacía su patrón y protector. Los médicos abrieron su cadáver y aseguran que le hallaron ¡el corazón seco!

Mallea, en tanto, que agitaba aquel malhadado pleito, un mes antes de la muerte del joven, había dejado de salir a la calle; hablaba a cuantos veía de su negocio, y a cada momento se le sorprendía abstraído, sacando una cuenta, cuyos números figuraba con el dedo en el aire. Los feudos y reyertas en las

ciudades de provincia son, como todos saben, asuntos que glosan todas las mañanas los corrillos de comadres; y bajo aquel sistema de gobierno, donde no hay vida pública, donde es bueno callarse sobre todo, las cuestiones domésticas ocupan la atención pública y llenan, en lugar de periódicos, debates, partidos, proyectos, noticias y leyes, los ocios de las personas más graves. La muerte del joven Oro conmovió hasta los cimientos la ciudad entera. Larga procesión de vecinos condolidos acompañaba al panteón el fúnebre carro, cuando cruje el rodado, rómpese, y es fuerza descender el féretro en la puerta misma del infortunado Mallea, que estaba a la sazón sacando afanado aquella fatal cuenta que lo traía confundido. La maledicencia se decía por lo bajo, con ojos espantados, «¡castigo de Dios!» mientras que los jueces que habían con su inepcia traído este desenlace de una cuestión de cifras que no habían sabido aclarar en seis años, echaban plantas también de creer que hay una Providencia que castiga las malas acciones. Ya se vé, ¡el crimen allí no es crimen si lo comete el funcionario! El último resto de razón abandonó desde entonces a Mallea, y llorando día y noche, y borrajeando papel sin tregua, se fue desfigurando, carcomido por la duda, sacando su cuenta siempre por aclararla, aullando, cuando el llanto de sus ojos se había agotado, hasta que espiró después de un suplicio de muchos años, que hacían más agudo, el amor y la estimación que conservaba por el joven que había mirado como hijo, y su propia honradez; pues que en todo este triste negocio, no hubo más que terquedad de carácter, y pasiones desbordadas, que no supo ni quiso refrenar la injusticia e ineptitud de los jueces.

Los Sayavedras

En el barrio de Puyuta había antes un antiguo pino, cuyo tronco sirve hoy de sostén del presbiterio en la iglesia de los Desamparados, el único edificio público construido en estos tiempos de barbarie, y un modelo de ignorancia de las reglas de la arquitectura, que un día será visitado con asombro por generaciones más ilustradas. Conocí a los dos últimos descendientes del soldado de este apellido; fue el uno sentenciado a muerte por asesinato. El otro, llamado el indio Sayavedra, de talla gigantesca, de alma torva, fue bandido de profesión en Mendoza y San Juan, y llamado por su fama de desalmado al servicio de la federación en 1839, cuando el desembarque de Lavalle. Hubo de lancearme el 18 de noviembre de 1840 en la plaza, apellidándome *salvaje*, y fue seis años después ajusticiado por crimen de asesinato. Así las cualidades guerreras de los abuelos degeneran en vandalismo, cuando las sociedades decaen y se degradan. ¡Ay, de los hijos que se están educando en la escuela de los *mueras*, y de la violencia!

Los Albarracines

A mediados del siglo XII, un jeque sarraceno, Al Ben Razin, conquistó y dio nombre a una ciudad y a una familia que después fue cristiana [12]. M. Beauvais, el célebre sericicultor francés, ignorando mi apellido materno, y sin haberme visto con el albornoz, me hacía notar que tenía la fisonomía completamente árabe; y como le observase que los Albarracines tenían, en despecho del apellido, los ojos verdes o azules, replicaba en abono de su idea que, en la larga serie de retratos de los Montmorency, aparecía cada cuatro o cinco generaciones el tipo normal de la familia. En Argel me ha sorprendido la semejanza de fisonomía del gaucho argentino y del árabe, y mi *chauss* me lisonjeaba diciéndome que al verme, todos me tomarían por un creyente. Mentele mi apellido materno que sonó grato a sus oídos, por cuanto era común entre ellos este nombre de familia; y digo la verdad, que me halaga y sonríe esta genealogía que me hace presunto deudo de Mahoma. Sea de ello lo que fuere, los viejos Albarracines de San Juan tenían en tan alta estima su alcurnia, que para ellos el hijo del alba, habría sido a su lado, cuando más, un cualquiera. Una tía mía casi mendiga, solía llegar a casa desde sus tierras de Angaco, coronando, sobre un rocín mal entrazado y huesoso, unas grandes alforjas atestadas de legumbres y pollos, echando pestes contra don Fulano de tal, que no la había saludado, ¡porque ella era pobre! y entonces se seguía la reseña de los

cuatro abolengos del infeliz que no escapaba a la segunda o tercera generación, de ser mulato por un lado y zambo por el otro, y además excomulgado. Yo he encontrado a los Albarracines, sin embargo, en el borde del osario común de la muchedumbre oscura y miserable. A más de aquella tía, había otro de sus hermanos imbécil que ella mantenía; mi tío Francisco ganaba su vida curando caballos, esto es, ejerciendo la veterinaria sin saberlo, como M. Jourdain escribía prosa sin haberlo sospechado. De los otros once hermanos y hermanas de mi madre, varios de sus hijos andan ya de poncho con el pie en el suelo, ganando de peones real y medio al día.

Y sin embargo, esta familia ha ocupado un lugar distinguido durante la colonia española, y de su seno han salido altos y claros varones que han honrado las letras en los claustros, en la tribuna de los congresos, y llevado las borlas de doctor o la mitra. Distínguense los Albarracines, aun entre la plebe, por los ojos verdes o celestes, como antes dije, y la nariz prominente, afilada y aguda sin ser aquilina. Tienen la fama de trasmitir de generación en generación aptitudes intelectuales que parecen orgánicas, y de que han dado muestras cuatro o cinco generaciones de frailes dominicos, padres presentados, y que terminan en fray Justo de Santa María, obispo de Cuyo. Los jefes de esta familia fundaron el convento de Santo Domingo en San Juan, y hasta hoy se conserva en ella el patronato y la fiesta del Santo, que todos hemos sido habituados a llamar, Nuestro Padre. Hay un Domingo en cada una de las ramas en que se subdivide, como hubieron siempre dos y aun tres frailes dominicos Albarracines a un tiempo. Fuelo un hermano de mi madre, secularizado, don Juan Pascual, cura de la Concepción, excelente teólogo, y empecinado unitario, y hasta la clausura del convento en 1825, se halló entre sus coristas un representante de la familia patrona de la orden. Sábese que en aquella edad media de la colonización de la América, las letras estaban asiladas en los conventos, siendo una capucha de fraile

signo reconocido de sapiencia, talismán que servía a preservar acaso el cerebro contra todo pensamiento herético. No celó del todo, no obstante, al del célebre fray Miguel Albarracín, cuya gloriosa memoria se ha conservado hasta hoy como la gala y alarde del convento.

Hay raras manías que aquejan el espíritu humano en épocas dadas; curiosidades del pensamiento que vienen no se sabe porqué, como si en los hechos presentes estuviese indicada la necesidad de satisfacerlas. A la piedra filosofal que produjo en Europa la química, se sucedió en América la cuestión famosa del milenario, en que todo un San Vicente Ferrer había quedado chasqueado. Sobre el milenario han escrito varios, haciéndose notar Lacunza, chileno, cuya obra se publicó en Londres no ha muchos tiempos. Mucho antes que él, había ensayado su sagacidad en resolver tan arduo problema, el doctor fray Miguel, de quien es tradición conventual que tenía ciencia infusa, tanto era su saber. El infolio que escribió sobre la materia, fue examinado por la inquisición de Lima, el autor citado ante el santo oficio, acusado de herejía; y con ansiedad de sus cofrades, fue a aquella remota corte a responder a tan temible cargo.

Era la inquisición de Lima un fantasma de terror que había mandado la España a América, para intimidar a los *extranjeros*, únicos herejes que temía; y a falta de judaizantes y heretizantes, la inquisición cebaba de cuando en cuando alguna vieja beata que se pretendía en santa comunicación con la virgen María, por el intermedio de ángeles y serafines, o alguna otra menos delicada que preferiría entenderse con el ángel caído. La inquisición se hacia la desentendida por largo tiempo, jugaba a la gata muerta, y cuando la fama de santidad o de endiablamiento estaba madura, caía sobre la infeliz ilusa, traíala al santo tribunal, y después de largo y erudito proceso, hacía de su flaco cuerpo, agradable y vivaz pábulo de las llamas, con grande contentamiento de las comunidades,

empleados y alto clero, que por millares asistían a la ceremonia.

Existen en Lima varios procesos de *autos de fe*, entre ellos uno muy notable contra Ángela Carranza, natural de la ciudad de Córdoba del Tucumán, quien pasó a la ciudad de Lima por los años de 1665, y empezó a adquirir fama de santidad y de favorecida del cielo. Diose a escribir sus revelaciones ocho años más tarde, diciéndose asistida e inspirada por los doctores de la iglesia. Estos escritos llegaron a componer más de 7500 fojas, en forma de diario hasta el mes de diciembre de 1688, época en que cayeron en poder del santo oficio de Lima, el cual los calificó de heréticos y blasfemos. Encerrada en las cárceles de la inquisición el 21 de diciembre de 1688, entablaron contra ella un proceso que duró por espacio de seis años, resultando condenada a «salir en auto de fe público en forma de penitente con vela verde, soga a la garganta, y a estar encerrada en un monasterio por espacio de cuatro años». La ejecución de esta sentencia tuvo lugar a 20 de diciembre de 1693, como consta de una relación publicada en Lima por la Imprenta Real el año 1695. El nombre de esta mujer se conserva aún en todos los pueblos del Perú, y la dicha descripción del auto de fe, en que se habla de ella, es uno de los libros más raros de cuantos se han impreso en Lima.

El gran delito de esta beata fue prendarse de un amor místico muy subido de dos personajes pacíficos de nuestra historia cristiana: Santa Ana y San Joaquín, a quienes describe con todos sus pormenores. Era nuestra señora Santa Ana, «muy hermosa, algo metida en carnes, befa de labios, las manos muy blancas. Y San Joaquín de facciones toscas y nariz grande; aunque viejo, no inspiraba asco a su esposa, porque era aseado y se vestía bien. Del preñado de la señora santa Ana nacieron Cristo y María, pero Cristo como cabeza de María, y cuando Cristo nació de la señora Santa Ana, renacieron también Joaquín y Ana; y cuando Santa Ana alimentó con su

leche a la Virgen Santísima, Jesucristo también la mamaba, y de los pechos de Santa Ana solamente mamaron Cristo y María; pero quien primero mamó fue Jesucristo».

Después de las beatas venían los *extranjeros*, de los cuales, entre otros hay un Juan Salado, francés, que fue quemado, sin otra causa racional que la novedad de ser francés, *rara avis* entonces en las colonias y objeto de odio para los pueblos españoles. Pero como sucede siempre con todos los poderes absolutos e inicuos, en Lima, entre las víctimas de la inquisición cayó una vez un deudo de San Ignacio de Loyola, quien acusado de judío judaizante, por sus criados que querían robarlo, murió en la prisión, y el santo tribunal le hizo enterrar secretamente. Andando el tiempo, empero, hubo de morir uno de los criados, y declaró en artículo de muerte, su villanía, y la inquisición se propuso reparar el daño con el cadáver que se hizo exhumar al efecto. De las costumbres, horriblemente pueriles de aquella época, podrá formarse idea por los extractos de la sentencia absolutoria que sigue: «Don Juan de Loyola Haro de Molina, natural de la ciudad de Ica donde obtuvo los honrosos empleos de maestre de campo del batallón, y varias veces el de alcalde ordinario, siendo de primer voto en su ilustre cabildo y regimiento, de poco más de 60 años de edad, de estado soltero, que preso por este santo oficio, murió: salió al auto en estatua, y estando en forma de inocente con palma en las manos y vestido de blanco, se le leyó su sentencia absolutoria, dándole por libre de los delitos de *herejía* y *judaísmo*, que por maliciosa conspiración y falsa calumnia se le imputaron. Restituido, pues, al buen nombre, opinión y fama que antes de su prisión gozaba, se mandó saliese en el acompañamiento entre dos sujetos distinguidos, que el santo tribunal señaló para que le apadrinasen en la procesión de reos, y que al tiempo de alistarse la función en la iglesia, se colocase la estatua en medio de los más calificados del concurso; y levantándose cualesquiera secuestros y embargos,

hechos en sus fincas y bienes, se entregasen del todo, según el inventario que de ellos se hizo cuando se secuestraron, y que si sus hermanos, sobrinos y parientes quisiesen pasear la estatua por las calles públicas y acostumbradas, en un caballo blanco hermosamente enjaezado, lo ejecutasen al día siguiente al auto, en que los ministros del santo tribunal habían de hacer cumplir la pena de azotes que se impuso a cada reo; y que en atención a haberse de orden del santo tribunal sepultado secretamente su cadáver en una capilla de la iglesia de Santa María Magdalena, recolección de Santo Domingo, pudiesen exhumarlo para hacerle públicas exequias, trasladándole al lugar que por su última voluntad señaló para su entierro; y que a sus hermanos y parientes se despachasen testimonios de este hecho, para que en ningún tiempo la padecida calumnia, les sea embarazo a obtener los más sobresalientes empleos, así políticos, como cargos del santo oficio, honrándoles el Tribunal con las gracias que juzgare proporcionadas para comprobar la inocencia del expresado don Juan de Loyola, difunto. Fueron sus padrinos don Fermín de Carbajal, conde del Castillejo, y don Diego de Hesles Campero, brigadier de los reales ejércitos de S. M. y secretario de cámara del Excmo. señor conde de Super-Unda, virrey de Lima».

Describiendo un autor limeño esta rara rehabilitación, dice: «en la procesión del santo oficio desde su casa hasta Santo Domingo... dos lacayos vestidos de costosa librea, cargaban una estatua, que trayendo al pecho un rótulo grabado en una lámina de plata de delicado buril, expresaba el nombre y apellido del inocente don Juan de Loyola que falsamente calumniado de los abominables delitos de *hereje* y *judío judaizante*, murió por los años de 1745 preso por este santo tribunal, aunque poco antes de su fallecimiento, ya había empezado a descubrirse la inicua conspiración de los falsos calumniantes. Era el vestido que llevaba de *lama blanca*, color que simboliza su inocencia, guarnecido de finísimos

sobrepuestos de oro de *Milan* con botonaduras de diamantes, y salpicado de varias joyas de cuantioso precio, que hermoseaban toda la tela. En la una mano traía la palma, insignia de su triunfo, y en la otra su bastón de puño de oro con riquísima pedrería, por haber obtenido en la ciudad de Ica, de donde era nativo, siendo originario de la ilustrísima casa de Loyola, en el lugar de Aspeytía de la provincia de Guipúzcoa, los honores y distinguidos cargos de maestre de campo de la caballería, y varias veces el de alcalde ordinario» [13].

Así el verdugo de la pobre confederación, cuando ya no encuentra algún *salvaje* unitario que entregar al santo oficio de la mazorca, coge una Camila O'Gorman, un niño de vientre, y un cura en pecado, para hacerlos matar como a perros, a fin de refrescar de cuando en cuando el terror adormecido por la abyecta sumisión de los pueblos envilecidos. El despotismo brutal nunca ha inventado nada de nuevo. Rosas es el discípulo del D.r Francia y de Artigas en sus atrocidades, y el heredero de la inquisición española en su persecución a los hombres de saber y a los extranjeros. Los tres han embrutecido el Paraguay, la España y la República Argentina, dejándoles en herencia la nulidad y la vergüenza para años y siglos. La Bruyère, el moralista francés, escribía ahora cerca de un siglo: «no se necesita ni arte ni ciencia para ejercer la tiranía, y la política que no consiste más que en derramar sangre es por demás limitada y sin refinamiento; ella inspira matar a aquellos cuya vida es un obstáculo a nuestra ambición; y un hombre que ha nacido cruel, hace eso sin dificultad. Es esta la manera más horrible y más grosera de sostenerse o de elevarse [14].

¿Qué más podremos ahora decir de Rosas, pobre remendón de viejo, con algunas brutalidades de su propia invención? La cinta colorada mandola usar Tiberio en su retrato, y ahora dos mil años, eran en Roma azotados los ciudadanos en las calles, cuando no llevaban en su pecho la efigie del emperador, según nos lo refiere Tácito. La inquisición tenía sus frases de

proscripción, *herejes*, *judaizantes*, como el *salvajes unitarios* de ahora; y tan inerrable es la filiación de estas ideas, que el coronel Ramírez, me ha llamado *judío* para adular al inquisidor argentino. ¡Pobres españoles!

Vuelvo a fray Miguel Albarracín. Ante aquel tribunal debía presentarse el docto fray Miguel Albarracín, y justificar osadas doctrinas que sobre el *milenario* había emitido. Afortunadamente, era, dicen, elocuente el fraile como un Cicerón, cuyo idioma poseía sin rival, profundo como un Tomas, sutil como un Scott, y Dios mediando y a lo que yo creo, no entendiendo ni él ni la inquisición jota de todo aquel fárrago de conjeturas sobre una profecía que anuncia un cambio en los destinos del mundo, salió victorioso de la lucha, maravillando a sus jueces, por instituto dominicos también, con aquellos tesoros de la escolástica argucia de que hizo ostentación y alarde. Lo que es digno de notarse, es que pocos años después de producidos los *milenarios*, apareció la revolución de la independencia de la América del Sur, como si aquella comezón teológica, hubiese sido solo barruntos de la próxima conmoción.

Mi tío fray Pascual, viéndome niño entendido y ansioso de saber, me explicaba la obra de Lacunza, diciéndome con orgullo indignado: estudia este libro, que esta es la obra del grande fray Miguel, mi tío, y no de Lacunza, que le robó el nombre, sacando el manuscrito de los archivos de la inquisición, donde quedó depositado; y me mostraba entonces la alusión que Lacunza hace de una obra sobre el milenario de autor americano que no osó citar. Después he creído que la vanidad de familia hacía injusto a mi tío con el pobre Lacunza.

El maese de campo don Bernardino Albarracín venía, dicen, de Esteco, la ciudad sumergida, en cuyos alrededores poseía la familia centenares de leguas de una donación real, y que heredó más tarde una señora Balmaceda; apellido extinto hoy que ha dejado el nombre de un puente, y dado por la línea

materna un gobernador a San Juan. El hijo del maese de campo, don Cornelio, casó con hija de don José de la Cruz Irarrázabal, oriundo de Santiago de Chile, familia extinta allá también, que ha dejado el templo de Santa Lucía, fundado y rentado por la munificencia de doña Antonia Irarrázabal, y la fiesta del Dulce Nombre de María, cuyo patronato se conserva en una rama de nuestra familia. Las casas del Dulce Nombre, degradadas hoy a fuerza de servir de cuarteles a las tropas, a causa de su extensión, sirvieron de habitación suntuosa a la rica y poderosa doña Antonia, a quien, no teniendo hijos, iban sucesivamente a acompañar mi madre u otras de sus sobrinas.

Hay pormenores tan curiosos de la vida colonial que no puedo prescindir de referirlos. Servían a la familia bandadas de negros esclavos de ambos sexos. En la dorada alcoba de doña Antonia, dormían dos esclavas jóvenes para velarla el sueño. A la hora de comer, una orquesta de violínes y arpas, compuerta de seis esclavos, tocaba sonatas para alegrar el festín de sus amos; y en la noche dos esclavas, después de haber entibiado la cama con calentadores de plata, y perfumado las habitaciones, procedían a desnudar al ama de los ricos faldellines de brocato, damasco o melania que usaba dentro de casa, calzando su cuco pie media de seda acuchillada de colores, que por canastadas enviaba a repasar a casa de sus parientes menos afortunadas. En los grandes días las telas preciosas recamadas de oro, que hoy se conservan en casullas en Santa Lucía, daban realce a su persona, que entre nubes de encaje de Holanda, abrillantaban aun más, zarcillos enormes de topacios, gargantillas de coral, y el rosario de venturinas, piedras preciosas de color café entremezcladas de oro, y que divididas de diez en diez por limones de oro torneados en espiral y grandes como huevos de gallina, iban a rematar cerca de las rodillas en una gran cruz de palo tocado en los Santos Lugares de Jerusalén y engastada en oro e incrustrada de diamantes. Aún quedan en las antiguas testamentarías, ricos

vestidos y adornos de aquella época que asombran a los pobres habitantes de hoy, y dejan sospechar a los entendidos, que ha habido una degeneración. Montaba a caballo con frecuencia, precedida y seguida de esclavos, para dar una vista por sus viñas, cuyos viejos troncos vense aún en las capellanías de Santa Lucía.

Una o dos voces al año tenía lugar en la casa una rara faena. Cerrábanse las gruesas puertas de la calle, claveteadas de enormes clavos de bronce, y poníanse en incomunicación ambos patios, para apartar a la familia menuda; entonces, cuéntame mi madre que la negra Rosa, ladina y curiosa como un mico, la decía en novedoso cuchucheo, ¡hoy hay asoleo! Aplicando con tiento en seguida una escalera de mano a una ventanilla que daba hacia el patio, la astuta esclava alzaba a mi madre, aún chicuela, cuidando que no asomase mucho la cabeza, para atisbar lo que en el gran patio pasaba. Cuan grande es, me cuenta mi madre que es la veracidad encarnada, estaba cubierto de cueros en que tendían al sol en gruesa capa pesos fuertes ennegrecidos, para despejarlos del moho; y dos negros viejos que eran los depositarios del tesoro, andaban de cuero en cuero removiendo con tiento el sonoro grano. ¡Costumbres patriarcales de aquellos tiempos, en que la esclavitud no envilecía las buenas cualidades del fiel negro! Yo he conocido a tío Agustín, y a otro negro Antonio, maestro albañil, pertenecientes a la testamentaria de don Pedro del Carril, el último rico-home de San Juan, que guardaban hasta 1840 dos tejos de oro y algunas pocas talegas. Fue la manía de los colonos atesorar peso sobre peso, y envanecerse de ello. Aún se habla en San Juan de entierros de plata de los antiguos, tradición popular que recuerda la pasada riqueza, y no hace tres años que se ha escavado la bodega y patios de la viña de Rufino, en busca de los miles que ha debido dejar y no se encontraron a su muerte. ¡Qué se han hecho, oh colonos, aquellas riquezas de vuestros abuelos! ¡Y vosotros

gobernadores federales, militares verdugos de pueblos, podríais reunir estrujando, torturando a toda una cuidad, la suma de pesos que ahora sesenta años no más encerraba el solo patio de doña Antonia Irarrázabal!

Yo me he asombrado en los Estados Unidos al ver en cada aldea de mil almas uno o dos bancos, y saber que existen por todas partes propietarios millonarios. En San Juan no ha quedado una fortuna en veinte años de federación: Carriles, Rosas, Rojos, Oros, Rufinos, Jufré, Limas, y tantas otras familias poderosas, yacen en la miseria, y descienden de día en día a la chusma desvalida. Las colonias españolas tenían su manera de ser, y lo pasaban bien, bajo la blanda tutela del rey; pero vosotros habéis inventado reyes con largas espuelas nazarenas y apenas desmontados de los potros que domaban en las estancias, creyendo que el más negado es el que mejor gobierna. La riqueza de los pueblos modernos, es hija solo de la inteligencia cultivada. Foméntanla caminos de hierro, vapores, máquinas, fruto de la ciencia; dan la vida, la libertad de todos, el movimiento libre, los correos, los telégrafos, los diarios, la discusión, la libertad en fin. ¡Bárbaros! os estáis suicidando; dentro de diez años, vuestros hijos serán mendigos o salteadores de caminos. ¡Ved la Inglaterra, la Francia, los Estados Unidos, donde no hay *Restaurador de las leyes*, ni estúpido *Héroe del desierto*, armado de un látigo, de un puñal, y de una banda de miserables para gritar y hacer efectivo el *mueran los salvajes* unitarios, es decir los que ya no existen, y entre quienes se contaron tantos ilustres argentinos! ¿Habéis oído resonar en el mundo otros nombres que los de Cobden, el sabio reformador inglés, Lamartine, el poeta, o los de Thiers y Guizot, historiadores, y siempre por todas partes, en la tribuna, en los congresos, en el gobierno, sabios y no labriegos o pastores rudos, como los que vosotros habéis armado del poder absoluto para vuestro daño?

Los Oro

Casose doña Elena Albarracín con don Miguel de Oro, hijo, según tradición de la familia, del capitán don José de Oro que vino a la conquista después de terminadas las guerras del Gran Capitán en Italia. Llevole en dote bienes de fortuna y el patronato de Santo Domingo, que se conserva aún entre sus descendientes; y si dos generaciones no habían desmentido la reputación de sesudos que traía la sangre Albarracín, por la línea de don Miguel vínoles a sus hijos, una imaginación ardiente, caracteres osados, y tal actividad de espíritu y de acción, que hasta las mujeres de aquella casa se distinguen por cualidades notabilísimas en que el conato de la ambición y la sed de gloria corren parejas. Tenía don Miguel un hermano clérigo loco, está loca hoy una de sus hijas, monja, y el presbítero don José de Oro, mi maestro y mentor, tenía tales rarezas de carácter que, a veces por disculpar sus actos, se achacaba a la locura de familia, las extravagancias de su juventud. Capellán del número 11 del ejército de los Andes, jinete como el primero, compañero de camorras y locuras del célebre Juan Apóstol Martínez, no estorbándole la sotana por llevar el uniforme de su batallón y sable largo de la época, tenía desenfado bastante para atravesar su caballo con una real moza en ancas, a la puerta de un baile, y desnudar su alfanje y chirlear al más pintado, si tenía la rara ocurrencia de hallárselo a mal. Compañeros suyos de francachela, me han

asegurado que había en esto más malicia y travesura que verdadero libertinaje.

Lígase mi infancia a la casa de los Oro por todos los vínculos que constituyen al niño miembro adoptivo de una familia. Era mi madrina, y esposa de don Ignacio Sarmiento, mi tío, la matrona doña Paula, blanda de carácter como una paloma, grave y afectuosa a la par como una reina, y un tipo de la perfección de la madre de familia entre nosotros. Don José el presbítero, llevome de la escuela a su lado, enseñome el latín, acompañele en su destierro en San Luis, y tanto nos amábamos maestro y discípulo, tantos coloquios tuvimos, él hablando y escuchándole yo con ahínco, que a hacer de ellos uno solo, reputo que daría un discurso que necesitaría dos años para ser pronunciado. Mi inteligencia se amoldó bajo la impresión de la suya, y a él debo los instintos por la vida pública, mi amor a la libertad y a la patria, y mi consagración al estudio de las cosas de mi país, de que nunca pudieron distraerme ni la pobreza, ni el destierro, ni la ausencia de largos años. Salí de sus manos con la razón formada a los quince años, valentón como él, insolente contra los mandatarios absolutos, caballeresco y vanidoso, honrado como un ángel, con nociones sobre muchas cosas, y recargado de hechos, de recuerdos, y de historias de lo pasado y de lo entonces presente, que me han habilitado después para tomar con facilidad el hilo y el espíritu de los acontecimientos, apasionarme por lo bueno, hablar y escribir duro y recio, sin que la prensa periódica me hallase desprovisto de fondos para el despilfarro de ideas y pensamientos que reclama. Salvo la vivacidad turbulenta de su juventud, que yo fui siempre taimado y pacato, su alma entera trasmigró a la mía, y en San Juan mi familia, al verme abandonarme a raptos de entusiasmo, decía: ahí está don José Oro hablando; pues hasta sus modales y las inflexiones de voz alta y sonora se me habían pegado. Creílo durante el tiempo en que vivimos juntos, un santo, y me huelgo de ello, que así pudo trasmitirme sus

sabios consejos, sin que embotara su eficacia, la duda que trae el ejemplo contrario. De hombre barbado y por la voz pública, supe de otros su historia. Era insigne domador, de apostárselas a don Juan Manuel Rosas, y a la fiesta del *acequión*, descendía de las montañas donde tenía su hacienda de ganados de los *Sombreros*, cabalgando un potro, garantidas sus piernas por espesos guardamontes que le permitían salvar barrancos y esteros, y arremeter con los altos y tupidos espinos que embarazan el tránsito en nuestros campos. La energía de su físico le acompañaba hasta la vejez, y una vez le vi coger a un español cuadrado y hacerlo rodar diez varas por el suelo. Era valiente y se preciaba de serlo, gustaba de las armas, y una chapa de pistolas adornaba siempre la cabecera de su silla. Vestía de paisano con chaqueta, y no rezaba el breviario por concesión especial del papa. Gustaba con pasión de bailar, y él y yo hemos fandangueado todos los domingos de un año enredándonos en pericones y contradanzas en San Francisco del Monte, en la Sierra de San Luis, en cuya capilla, estando él de cura, reunía por las noches después de la plática de la tarde, las huasitas blancas o morenas, que las hay de todo pelaje y lindas como unas Dianas, para domesticarlas un poco, porque ningún pensamiento deshonesto se mezcló nunca a estos recreos inocentes. No digo que no hiciese de las suyas cuando joven, que eso no me atañe. Tenía un profundo enojo con la sociedad, de que huía, no viéndosele en la ciudad sino en la fiesta de Santo Domingo, o en el púlpito. Díjome una vez que llevaba predicados setenta y seis sermones hasta 1824; y como yo le escribí tres o cuatro de ellos, puedo hablar de su oratoria concisa, llena de sensatez y de ideas elevadas, expresadas en lenguaje fresco, y sin aquel aparato de citas latinas y palabras abibliadas. Señores, decía al comenzar su sermón, dirigiéndose al público desde el fondo del púlpito, donde permanecía inmóvil, cruzados los brazos sobre el pecho, para evitar el manoteo de ceremonial, y pronunciaba su oración en tono de

conversación, parecido al sistema que Mr. Thiers ha introducido con tanto brillo en la cámara francesa. Una vez dictándome un sermón de San Ramón, recordó una escena de infancia en que había sido aplastado por una tapia, y sido necesario desmoronarla sobre sus hombros, a golpes de azadón, para desembarazarlo. Salváronlo los huesos de hierro en que estaba armado su cuerpo, colocado de bruces sobre pies y manos, y la intercesión de San Ramón, a quien invocaba llorando su madre, sobre cuyo corazón resonaba cada golpe de azada, temiendo que le reventaran el hijo de sus entrañas, mientras que el fornido travieso gritaba desde abajo: «den nomás que todavía aguanto». Hacía alusión a este milagro del santo, y el llanto de la gratitud empezó a humedecer su voz, a medida que me iba dictando; anublábanseme a mí los ojos, y caían sobre el papel gruesas lágrimas que echaban a perder lo escrito e impedían continuar, hasta que soltando él el llanto de recio, pude yo desahogarme, y oyéndome él, me llamó con sus brazos, y sollozamos juntos largo rato, hasta que me dijo, dejémoslo para mañana… ¡somos unos niños!

La manera de trasmitirme las ideas, habría hecho honor a los más grandes maestros. Llevábamos un cuaderno, con el título de *Diálogo entre un ciudadano y un campesino*, que siento haber perdido no hace mucho tiempo. Era yo el ciudadano, y sabiendo la gramática castellana y comparando con ella la latina, me iba enseñando las diferencias. Declinaciones distintas de las de Nebrija servían de tema, y al estudio de las leyes de la conjugación, se seguía el de los verbos regulares formados por mí sobre las radicales. De mis preguntas y de sus respuestas, íbase de día en día engrosando el diario, y a poco, y siempre estudiando los rudimentos, empecé a traducir en lugar de Ovidio y Cornelio Nepos, un libro de geografía de los jesuitas. Dábale lectura casi siempre a la sombra de unos olivos, y más que del latín, me aficionaba a la historia de los pueblos, que él animaba con digresiones sobre

la tela geográfica de la traducción. Así olvidé y volví a estudiar varias veces el latín, pero desde niño fue mi estudio favorito la geografía. Pasábamos en pláticas variadas el tiempo, y de ellas algún dato útil se quedaba siempre asentado en mi memoria. Todos los accidentes de la vida suministraban asidero a alguna observación, y yo sentía de día en día que el horizonte se me agrandaba visiblemente. Una vez me dijo: «pásame tal libro de sobre la cómoda». Al tomarlo hube de remover el mueble, y un crucifijo de bella escultura que había en ella, se estremeció, escurriéndosele la corona de cordel entretejido sobre el cabello de madera hasta detenerse sobre los hombros.

—¿Qué le ha sucedido al Señor? —me preguntó con tono blando.

—Es que yo fui a tomar el libro, y la cómoda…

—No importa —me replicó—, explícame lo que ha sucedido y por qué.

Hícelo en efecto, y añadió: «en Chile sucedió en un temblor lo mismo que tú has visto», y me contó la historia del Señor de Mayo, con comentarios que al vulgo de los creyentes habrían parecido impíos, citándome las disposiciones del Concilio de Trento sobre imágenes innobles y sobre la autenticidad de los milagros y los requisitos *legales*, diré así, para estar en el deber de darles crédito. No hace muchos años que dando cuenta de una pieza de teatro, añadí sin saberlo, qué sé yo qué frase en que entraba la monja Zañartu. ¡Grande alboroto en Santiago! Gruesas y gordas injurias me llovieron sobre la calumnia, y hasta un personaje de la iglesia metió su cucharada contra el *escándalo*. ¿De dónde diablos, me decía yo a mí mismo confundido, he sacado yo este maldito cuento? Era según pude recordarlo, historia que me había contado mi tío José; pero que yo creía pasada en autoridad de cosa juzgada y de ahora cien años. Guardeme mi explicación para mí mismo, mandando de retirada algunas merecidas andanadas a mis

adversarios.

Cuidábase don José de espulgar mi tierno espíritu de toda preocupación dañina, y las candelillas, los duendes y las ánimas, desaparecieron después de largas dudas y aun resistencias de mi parte. Estábamos una noche solos ambos en nuestra solitaria habitación de San Francisco del Monte, y había velándose en la vecina iglesia el cadáver de una mujer hidrópica. Anda Domingo, me dijo, y tráeme de la sacristía el misal, que necesito ver un *speibus* que hay, contra lo que dice Nebrija. Tenía yo que entrar por la puerta de la Iglesia, dejar atrás el ataúd rodeado de velas, tomarle una, o resolverme a engolfarme en el cañón oscuro del edificio, y entrar en la sacristía. Estuve sudando a mares en la puerta gran rato, avanzando un paso y retrocediendo, hasta que desenvolviéndose el miedo que se estimula a sí mismo y multiplica sus fuerzas, yo renuncié a entrar, y me volvía cola entre piernas, a confesarle a mi tío que tenía miedo a los difuntos; iba resuelto como un baladrón puesto a prueba, a pasar por la vergüenza de humillarme hasta merecer el desprecio, cuando por una ventanilla vi la cara plácida, tranquila, de mi tío que dejaba deslizar lentamente el humo de una reciénte fumada del cigarro. Al ver esta fisonomía noble me creí un vil, y volviendo sobre mis pasos, entré a la iglesia, dejé atrás al difunto, y en alas del sentimiento del honor, que no ya del miedo, tomé a tientas el libro y salí levantándolo alto, como si dijera ya a mi maestro; he aquí la prueba de que no tengo miedo. De regreso, empero, parecíame de lejos que no había espacio suficiente para pasar sin exponerme a que el difunto me echase garra de las piernas. Esta sería reflexión me conturbó un momento, y describiendo en torno suyo un círculo, vuelto el cuerpo y los ojos hacia él, rozando la espalda contra la muralla, marchando de lado, después para atrás por no perderlo de vista hasta tomar la puerta, yo salí de aquella aventura sano y salvo, y mi tío recibió el libro, y buscó en él y

halló el caso. Pero él ignoró toda su vida las peripecias que habían agitado mi espíritu en seis minutos. Yo había sido vil, grande, heroico y miedoso, y pasado por un infierno, por no sentirme indigno de su aprecio.

La historia de don José de Oro puedo recomponerla de mis recuerdos. Estudió y se ordenó en Chile y sé casi todos los accidentes de su vida de colegio. Clérigo joven, ardiente y gaucho, hacía arreos de mulas para Salta, cuando la reconquista de Chile hubo de ofrecer a su ardorosa virilidad campo más digno. Hallose en la batalla de Chacabuco y auxilió a varios moribundos en medio de la metralla. Nunca pude hacer a San Martín en Francia entrar en pormenores, sobre sus desagrados con el clérigo Oro; pero ellos habían chocado, y los Oros sido presos como partidarios de los Carreras, o más bien como enemigos de San Martín y de don Ignacio de la Roza, su teniente en San Juan. Conservábales una profunda enemiga, y me hablaba siempre de sus feudos. Algo de serio debió sin embargo ocurrir, puesto que, cuando nos reunimos, hacía años que estaba sepultado en su viña, sin relaciones, y separado de toda injerencia en las cosas públicas. Durante la administración ilustrada de don Salvador María del Carril, fue nombrado representante de la junta provincial, y su presencia bastó para cortar una grave cuestión que se debatía de mucho tiempo, y traía alborotado al público que acudía a las ventanas y puertas del salón de Jufré, en que se tenían las sesiones. Tratábase de abolir el derecho de óleos, aquel peaje que pagamos a la entrada de la vida, y el clérigo Astorga, que había sido *godo empecinado* y era entonces *católico rancio*, para ser después *federal neto*, azuzaba el fanatismo de los mismos pobres a quienes se quería aligerar de aquella gabela, ni más ni menos como ahora los bárbaros llaman *salvajes*, y *extranjeros*, a los que se interesan por volverlos a contar entre los pueblos civilizados. El presbítero Oro, no bien hubo prestado juramento, pidió la palabra, apartó la cuestión de religión de lo

que era puramente financiero, confundió a Astorga que arañaba la silla con sus dedos crispados, y los óleos fueron abolidos y continúan así hasta hoy.

Más tarde don José se separó del partido de los hombres de progreso de entonces, que eran centenares, y se disgustó con Carril, no tanto por las ideas liberales, cuanto por algunas susceptibilidades heridas. He oído contar un hecho de entonces, que muestra la rara mezcla de cualidades altas con las más injustificables extravagancias. Dábase un convite en el Tapón de los Oros, represa hecha sobre un arroyo, a que asistían Carril y medio San Juan para sondear la opinión sobre la carta de mayo; don José no había sido invitado, y en despique desnudose en su casa como para echarse en el baño, montó en pelo un caballo, y presentose a la vista de los convidados al arrojarse a la represa de agua; bañose tranquilamente buen rato, y saltando con gracia en el caballo negro en que resaltaban sus formas blancas y nerviosas como un atleta antiguo, tomó la vuelta hacia su casa, sin responder a los que lo llamaban. No respondo de la veracidad del hecho, que yo nunca le vi hacer nada extravagante.

Estos incidentes lo echaron en el partido federal de entonces, que contaba en su seno hombres de pro e ilustrados.

Era el doctor don Salvador María del Carril el mayor de los hijos de don Pedro del Carril, graduado en la Universidad de Córdoba, discípulo aventajado del célebre deán Funes, lleno del espíritu de Rivadavia y trasluciendo en sus modales elegantes y altaneros, la cultura de la época, y la hidalguía de su familia.

Su palabra era breve, precipitada, como la del jefe que se escusa de explicarse ante sus subalternos, acompañada de movimientos rápidos, y gesticulaciones desdeñosas e impacientes. Era Carril el generoso aristócrata, que otorgando instituciones a la muchedumbre, parecía estar de antemano convencido de que no sabrían apreciar el don, y se cuidaba

poco de hacerlo aceptable. Sed libres, les decía en la carta de mayo, que sois demasiado inhábiles para que os tome por esclavos. ¡Tenía razón! Los colonos españoles han mostrado el mismo sentimiento de los negros viejos emancipados, que prefirieron la esclavitud a la sombra del techo de sus amos, desechando una libertad que habría exigido que pensasen por sí mismos. Carril dictaba con una rapidez que traía atareados a sus escribientes, dando en esto muestra de la claridad y fuerza con que se sucedían sus ideas.

Ejerció en San Juan tal influencia que llegaba hasta la fascinación. Tenía fe la población en masa en sus talentos y saber, y todas las reformas que adoptó, eran de antemano apoyadas y sostenidas por el asentimiento público. Tal debía ser su popularidad en los primeros tiempos de su gobierno, que para oponerse a la sanción de la carta de mayo, se corrieron listas entre las mujeres, tan conocido era de sus opositores mismos su escaso número. Las altas cuestiones de organización que propuso, le suscitaron descontentos, y una guarnición de cincuenta hombres, bastante apenas para cubrir las guardias, se sublevó contra él y lo depuso del mando. Carril con los suyos emigró a Mendoza, de donde vino una división y sofocó el motín. Tuvo lugar entonces un hecho que muestra la noble escuela a que pertenecía. La víspera de la batalla de las Leñas, reunió en su tienda de campaña a todos los que le seguían, y les expuso la necesidad de costear de sus bolsillos los gastos de la expedición, que serían reembolsados por el tesoro nacional. Más el triunfo cegó aquellos ánimos bisoños, y el resentimiento por las injusticias, exacciones y violencias de que habían sido víctimas, les aconsejó imponer multas a los vecinos implicados en el motín del 26 de julio. La mayoría inmensa de votos sofocó su voz, y no queriendo mancharse, renunció el mando. ¡Harto caro la han pagado los que desoyéndolo, se dejaron arrastrar por la pasiones del momento! Las medidas de persecución de entonces, tuvieron horrible desquite más tarde, y todos, con

ligerísimas excepciones, han espiado después una primera falta.

Don Salvador María fue llamado al ministerio de hacienda por Rivadavia, y mostró en aquel destino poderes a la altura de su situación. Renunció con Rivadavia, hasta que con la revolución del 1.º de diciembre fue nombrado de nuevo ministro por el gobierno provisorio, siguiendo más tarde la suerte de su partido. Casose en Mercedes, en la Banda Oriental, ejerció la profesión del comercio algún tiempo, reapareció en 1840 con Lavalle, como comisionado de los argentinos de Montevideo; asistió a las conferencias tenidas en Martín García con los jefes de la escuadra francesa; fue nombrado después intendente del ejército, y a haber seguido Lavalle sus consejos, otro rumbo hubiera tomado la revolución. Reside hoy en el Brasil, en Santa Catalina, respetado de cuantos le conocen.

San Juan le debe la creación de su única imprenta, inutilizada ya después de veinticuatro años de rudo servicio, la formación del *Registro Oficial*, la delineación de la ciudad, una alameda, y la vana tentativa de dar una carta fundamental, que contuviese y reglamentase los poderes. Rodeose de los hombres más eminentes que la provincia tenía, y entonces eran muchos, y la época de su gobierno fue sin duda la más brillante de San Juan. Su memoria está hoy olvidada, como la de Laprida, la de Oro, y tantos otros hombres de genio de que debiera honrarse aquella provincia.

Cinco familias de Carriles, hermanos de don Salvador María, están hoy establecidas definitivamente en Copiapó, Santa Catalina y Coquimbo, rayando en cosa de medio millón de pesos, la fortuna que entre todos han sabido reunir en el destierro; la casa paterna en San Juan ha servido hasta este año de palacio episcopal, y los cuantiosos bienes del antiguo jefe de la familia, el ricacho de San Juan, don Pedro, se han consumido y desmoronado en una partición, que la impericia,

la pereza y las malas pasiones, prolonga inconclusa hace ya doce años. Miden sesenta y seis cuadras cuadradas las viñas de la testamentaría, y las tierras incultas describen una línea de siete leguas de costado desde la calle Honda hasta las faldas del Pie de Palo.

Después de la batalla de las Leñas, en que los suyos fueron vencidos, don José de Oro emigró a San Luis, y fui yo a poco a reunírmele, abandonando la carrera de ingeniero que había principiado. Nos queríamos como padre e hijo, y yo quise seguirlo, y mi madre por gratitud lo aprobaba. Algunos rastros han debido quedar en San Francisco del Monte de nuestra residencia allí. Introdujimos flores y legumbres que nosotros cultivábamos, pasando horas enteras en derredor de un alhelí sencillo, el primero que nos nació. Fundamos una escuela, a que asistían dos niñitos Camargos, de edad de veintidós y de veintitrés años, y a otro discípulo fue preciso sacarlo de la escuela, porque se había obstinado en casarse con una muchacha lindísima y blanca, a quien yo enseñaba el deletreo. El maestro era yo, el menor de todos, pues tenía quince años; pero hacían dos por lo menos a que era hombre, por la formación del carácter, y ¡ay del domador de aquellos que hubiese osado salirse de los términos de discípulo a maestro, a protesto de que tenía unos puños como perro de presa! La capilla estaba sola en medio del campo, como acontece en las campañas de Córdoba y San Luis. Yo tracé, pues que tenía unos tres meses de ingeniero, el plano de una villa, cuya plaza hicimos triangular para darnos buena maña con la escasa tela; delineose una calle, en cuyo costado trabajó un señor Maximiliano Gatica, si no me olvido. Demolimos el frente de la iglesia que había pulverizado un rayo, y construimos un primer piso de una torre y coro, compuesto de pilares robustos de algarrobos, coronado de un garabato natural, encontrado en los bosques, que describía tres curvas, la del centro más elevada que las otras, en la cual tallé yo en grandes letras de

molde, esta inscripción: *San Francisco del Monte de Oro 1826*. ¡Por qué rara combinación de circunstancias mi primer paso en la vida era levantar una escuela, y trazar una población, los mismos conatos que revelan hoy mis escritos sobre *Educación popular* y colonias!

Vagaba yo por las tardes a la hora de traer leña; por los vecinos bosques, seguía el curso de un arroyo trepando por las piedras; internábame en las soledades, prestando el oído a los ecos de la selva, al ruido de las palmas, al chirrido de las víboras, al canto de las aves, hasta llegar a alguna cabaña de paisanos, donde conociéndome todos por el discípulo del cura y el maestro de la escuelita del lugar, me prodigaban mil atenciones, regresando al anochecer a nuestra solitaria capilla, cargado con mi hacecillo de leña, algunos quesos o huevos de avestruz con que me habían obsequiado estas buenas gentes. Aquellas correrías solitarias, aquella vida selvática en medio de gentes agrestes, ligándose sin embargo a la cultura del espíritu por las pláticas y lecciones de mi maestro, mientras que mi físico se desenvolvía al aire libre, en presencia de la naturaleza triste de aquellos lugares, han dejado una profunda impresión en mi espíritu, volviéndome de continuo el recuerdo de las fisonomías de las personas, del aspecto de los campos, y aun hasta el olor de la vegetación de aquellas palmas en abanico y del árbol peje, tan vistoso y tan aromático. Por las tardes vuelto a casa, oía en la cocina cuentos de brujos a una Ña Picho, y volvía más tarde al lado de mi tío a promover conversación sobre lo pasado, a leer un libro juntos y preparar las lecciones del día siguiente. Una mañana apareciose uno de mis deudos que venía a llevarme a San Juan, para mandarme de cuenta del gobierno a educar a Buenos Aires. Dejome optar libremente mi tío, y escribí a mi madre la carta más indignada y más llena de sentimiento que haya salido de pluma de niño de quince años. ¡Todo lo que en ella decía, era sin embargo, un puro disparate! Vino a poco por mí mi padre, y entonces no había que replicar.

Nos separamos tristes sin decirnos nada, estrechándome él la mano y volviendo los ojos para que no lo viera llorar. ¡Ah! Cuando nos juntamos después de su regreso de la Convención de Santa Fe, a que fue nombrado diputado en 1827, era yo… ¡unitario! La razón que él había desenvuelto con tanto esmero, había visto claro, y una vez que tocamos el asunto, vio él que habían de mi parte convicciones profundas, lógicas, razonadas, que podían ser respetadas. Después nos veíamos como amigos; visitábalo yo después en su viña de noche, y ya hombre y teniente de línea, pasaba las más gratas horas al lado de su lecho, en que estaba postrado, oyéndole hablar y abandonarse sin reserva a los recuerdos de lo pasado. Alguna vez le vi poseído de tal preocupación, que dudé por la primera vez si en aquel momento estaba fresca su razón. Más tarde supe que los vapores del vino avivaban aquella existencia monótona, para remontar su alma cuando el cuerpo decaía. Mientras vivimos juntos, nunca le vi señal ninguna de exaltación extraordinaria, sin embargo, usaba del vino en cantidades moderadas, y en San Juan, es esta una enfermedad que se lleva a centenares de vecinos. Al declinar de la edad, desencantados de la vida, sin esperanzas, sin emociones, sin teatros, sin movimiento, porque no hay ni educación, ni libertad, dan muchos en irse temprano a sus viñas. La soledad y el vacío del espíritu traen el tedio, este llama al vino, como antídoto, y concluyen por perderse de la sociedad y darse a la embriaguez misantrópica, solitaria y perenne.

Murió don José de Oro en 1836, como había vivido, el hijo de la naturaleza, el campesino, como gustaba apellidarse en el *Diálogo* conmigo. Dormía entre dos puertas en el invierno, bajo la techumbre celeste en el verano. Saltaba de la cama a las tres de la mañana en todos tiempos, y su tos, muy conocida, se oía en la soledad de la noche, mientras vagaba por las vecindades de su viña. Jamás el sol pudo sospechar que se acostaba en la cama. Cuando su fin se aproximaba, fuese a las cordilleras

donde estaba su hacienda, para respirar aires más puros, y allí murió rodeado de algunos de sus deudos, bendecido de todos, y casi sin sentirlo. La bondad de este hombre rarísimo, pasaba todos los límites conocidos. Preveníanle una vez que su mayordomo le robaba, y contestaba riéndose: «ya lo sé, ¿pero qué diablos quieren que haga?, tiene este canalla un cardumen de hijos, y si lo despido se mueren de hambre». Siendo ministro de gobierno de don José Tomás Albarracín el año 30, cúpole a mi madre por mi cuenta, una contribución de seis bueyes gordos, a tres días vista. Había firmado mi tío José la implacable orden, y cuando mi madre se desolaba no sabiendo de dónde pintar seis bueyes, ella que no tenía qué comer, el ministro entraba en su casa diciéndole: «no llore, no sea zonza; hace media hora que partió un propio para bajar de los *Sombreros* ocho novillos gordos que le traerán para que pague la contribución y haga sus provisiones de invierno. Últimamente Facundo le echaba una contribución de vestuarios; y el buen clérigo sabiéndolo, trajo a casa su guardarropa de pantalones, levitas y manteos, se dio maña y trazó media docena de piezas de guarnición.

Fray Justo de Santa María de Oro

De entre aquellos sabandijas vivarachos, turbulentos y traviesos de los hijos de don Miguel, el mayor de todos, Justo, contrastaba por el reposo de su espíritu reflexivo, y la blandura de su carácter. Era la víctima de la malicia inquieta de sus hermanos José y Antonio en la niñez; tirábanle con las almohadas cuando dormía, meábanle las botas cuando iba a levantarse, y a toda hora del día suscitábanle tropiezos, tendíanle asechanzas, y lo acusaban a su severa madre de diabluras que ellos hacían exprofeso para ponerlo en aprietos.

El niño Justo fue llamado así para perpetuar el nombre de fray Justo Albarracín su tío, que era cuando él nació, la lumbrera del convento de Santo Domingo y el timbre de la familia; y en aquellos tiempos en que las familias aristocráticas estaban debidamente representadas en los claustros, el primogénito de la familia Oro fue destinado a seguir, bajo el hábito dominico, la no interrumpida cadena de frailes sabios de la familia. Mostrose desde luego digno sucesor de sus antepasados, y en prosecución de sus estudios, fue enviado a Santiago, capital entonces de las provincias de Cuyo, donde distinguiéndose por su capacidad, desempeñaba cátedras de teología a la edad de 20 años; recibió las órdenes sagradas a los 21 años por dispensa de Pío VI, y pasó a la Recoleta Dominica luego en prosecución de la perfección monástica. Sus prendas de carácter, saber y costumbres, debían ser muy

relevantes, puesto que los recoletos lo pidieron a pocos años de incorporado en su orden por director vitalicio, y que el general de la orden en España acordó esta solicitud.

El nuevo prelado se entregó desde luego al instinto creador de su genio. La hacienda de Apoquindo, perteneciente a la comunidad, debía transformarse en una sucursal de la Recoleta Dominica, y para obtener los permisos necesarios, o hacer adoptar sus planes al general de la orden, hizo un viaje a España, la Europa de aquellos tiempos, en donde lo sorprendió la revolución de la independencia. Como Bolívar, como San Martín y todos los que se sentían con fuerza para obrar, voló a incorporarse a los suyos, desembarcó en Buenos Aires, aplaudió la revolución, vio de paso a su familia, regresó a Chile a su convento, y después de haber prestado su cooperación a los patriotas hasta 1814, emigró a las Provincias Unidas en el momento de la restauración de la dominación española. Nombrado diputado al congreso de Tucumán por la provincia de San Juan, con el ilustre Laprida que fue electo presidente, tuvo la gloria de poner su firma en el Acta de la Declaración de Independencia de las Provincias Unidas, tomando parte en todos los audaces trabajos de aquel congreso; siendo suya la moción que adoptó el congreso de aclamar por patrona de la América y protectora de la independencia sudamericana, a Santa Rosa de Lima.

La reconquista de Chile abría de nuevo a su actividad el teatro de su primeros honores, acrecentados ahora con el prestigio que daba la participación en las decisiones del congreso de Tucumán, que a lo lejos inspiraban una especie de estupor, a fuerza de ser solemnes y decisivas. En 1818 zanjó una de las más graves cuestiones que embarazaban la marcha de los negocios. Las órdenes religiosas divididas en realistas y patriotas, dependían del vicario general de la orden establecido en España; y la influencia popular del fraile, podía echarse de través en la marcha de la revolución aún no bien asegurada. El

provincial fray Justo de Santa María declaró la independencia de la Provincia de San Lorenzo Mártir de Chile en la orden de predicadores, como los patriotas chilenos habían declarado la independencia civil y política de la nación, como él mismo había firmado el acta de la emancipación de las Provincias Unidas. Al leer las actas capitulares del definitorio de la orden de predicadores, se reconoce que han sido inspiradas por el genio del congreso de Tucumán.

Fr. Justo de Santa María de Oro —dicen—, Profesor de Sagrada teología y humilde Prior y Provincial de la misma Provincia:

Venerables padres y hermanos carísimos:

Conforme a los principios inmutables de la razón y justicia natural, declaró Chile su libertad dada por el Creador del Universo, decretada por el orden de los sucesos humanos, y confirmada por la gracia del Evangelio. A despecho de la ambición y del fanatismo del antiguo trono español, despedazó las cadenas de su esclavitud, rompió todos los vínculos que lo ligaban a la triste condición de una colonia, y declaró ser, según los designios de la Providencia, un Estado soberano, independiente de toda dominación extranjera. Reivindicando su libertad y en ejercicio de ella misma, constituyó los altos poderes que han de regular y dirigir la nación a su felicidad.

La Iglesia en todos tiempos ha seguido los progresos de la civilización y engrandecimiento de los imperios para apoyar y sostener la independencia nacional… Desde que un estado recobra su libertad, al punto caduca al respecto del clero secular y del regular, toda la jurisdicción que ejercían en ellos los prelados de otro territorio. Esta se devuelve al Sumo Pontífice. [15]

Sobre tan sólida base se declaró la independencia de la provincia de Santiago, quedando resumidas las atribuciones de vicario general de la orden en el mismo fray Justo, provincial

de la Recoleta Dominica.

El convento había dado, pues, todo lo que podía en honores, trabajos y títulos. El doctor fray Justo necesitaba un nuevo campo; una mitra sentaría bien sobre la cabeza del prior, provincial y general de la orden. León XII trabajaba por entonces en anudar las relaciones interrumpidas por la revolución entre la Sede Apostólica y las colonias americanas. Una buena política le aconsejaba congraciarse la América independiente para cohonestar el cargo que sobre la Sede Apostólica pesaba de complicidad y connivencia con los reyes de España. El por tantos títulos digno diputado de uno de los congresos americanos, era, pues, un candidato para el episcopado, que acreditaría aquellas buenas disposiciones de la Santa Sede. Sabíalo el padre Oro, y tenía sus agentes en Roma que le avanzaban la gestión de sus negocios. En 1827 le vine recomendado por su hermano don José, como un miembro de la familia; acogiome con bondad, y a la segunda entrevista me inició en sus proyectos, contándome todo lo obrado, a fin de que pudiese, a mi regreso a San Juan, satisfacer plenamente la curiosidad de sus deudos. Sus bulas de obispo Taumacense no tardaron en llegar en efecto. Consagrolo en San Juan el señor Cienfuegos en 1830, y poco después fue creado obispo de Cuyo por Gregorio XVI, que al efecto segregó esta provincia del obispado de Córdoba.

Esta erección de un nuevo obispado dio motivo a que Oro volviese a tomar la pluma para desbaratar los obstáculos que a sus designios querían oponerse. Era por entonces vicario capitular en sede vacante de la catedral de Córdoba, el doctor don Pedro Ignacio de Castro Barros, antiguo diputado del congreso de Tucumán y cura titular de la matriz de San Juan, la misma que iba a ser elevada a catedral. Desde 1821 en que había sido nombrado cura, los gobiernos sucesivos de la provincia le habían prohibido entrar en funciones, por librarse de las malas artes de aquel caudillo del fanatismo,

desempeñándolo, como cura sufragáneo, el presbítero Sarmiento, hoy obispo de Cuyo, y para quien venían bulas que lo elevaban a la dignidad de deán de la nueva catedral. El doctor Castro Barros, fuese ambición, fuese terquedad, se negó a reconocer las bulas pontificias, reunió el cabildo de Córdoba, y por una serie de irregularidades, poniendo aun en duda la autenticidad de los diplomas, elevó una representación a la curia, para que desistiese de la segregación ya ordenada y consumada. El obispo Oro mandó imprimir a Chile un folleto [16]. El doctor Castro Barros ha publicado su recurso al respaldo de un panegírico de San Vicente Ferrer [17]. En los documentos publicados por el obispo Oro, nótase esta frase del oficio del gobernador de San Juan, dictado por el mismo obispo: «Por lo cual el gobierno advierte al señor don Pedro Ignacio de Castro que considera atentatoria a la religión, unidad de la Iglesia, obediencia al Romano Pontífice, y consideraciones debidas a este gobierno de San Juan, las pretensiones que promueve en la nota de 15 de agosto, que se le dirige de Córdoba, y deja terminantemente contestada con la reserva en el archivo secreto de esta administración». Barros, por la nota así contestada, había querido sublevar la autoridad civil, como lo consiguió en Mendoza, a fin de oponerse a la decisión de la silla apostólica. El párrafo 31 de la impugnación del obispo Oro lo dice terminantemente: «se ha puesto igualmente el reparo de faltar al breve de que se trata, el plácito de la autoridad temporal, y para ello se dice que este es un asunto *esencialmente nacional, que exclusivamente pertenece al congreso general*; se incita a los señores gobernadores de Cuyo a protestar contra la bula; se toca el influjo del Excmo. de Córdoba, encareciéndo la eminencia del puesto que ocupa; y recordando a los demás Excmos. señores, hallarse constituidos en los mismos deberes».

Por fin, en la nota (d) añade: «el señor Castro Barros escribió proponiendo una transacción entre aquella curia y el

vicario apostólico, sin que cosa alguna se hiciera trascendental. En 6 de agosto propone al capítulo agenciar este negocio con los gobiernos de Cuyo, (esta no se ha remitido en copia); hace suspender la primera sobre el obedecimiento del cabildo en 25 de julio; con sus oficios de *agenciamiento* alarma a dichos señores gobernadores, provocándolos a un desobedecimiento a la silla apostólica; da al público impreso su dictamen de resistencia al Santo Padre…»

Estas intrigas del doctor Castro Barros fueron fatales a su ambición. Un año después recibió de Roma el aviso de estar su nombre inscrito en las notas negras de la curia romana, como sacerdote rebelde a la autoridad pontificia, y por tanto inhábil para desempeñar durante su vida función ninguna eclesiástica. En vano Castro Barros envió *a sus expensas* al clérigo Allende, su amigo, a Roma, a sincerar su conducta: todas las puertas se cerraban a la aproximación de Allende, quien tuvo que regresar a América sin una palabra de consuelo para su amigo, fulminado por los rayos de la iglesia. Desde entonces el doctor Castro Barros se echó en el ultramontanismo más exagerado, gastó más de cinco mil pesos en reimprimir cuanto panfleto cayó en sus manos, contra el patronato real, en defensa de los jesuitas, de la extinta inquisición, y cuanto absurdo puede sugerir el deseo de congraciarse con la autoridad pontificia, a cuyo reconocimiento él había querido poner trabas, cuando aquel reconocimiento no convenía a sus intereses particulares. En 1847, cuando estuve en Roma, me preguntaron por Castro Barros personas que tenían injerencia en la curia romana, repitiéndome la proscripción irrevocable que pesaba y pesaría sobre él hasta su muerte. Las principales obras expiatorias de Castro Barros, son el *Triario literario o tres sabios dictámenes sobre los poderes del sacerdocio y del imperio, reimpreso en Buenos Aires, a expensas del doctor Castro Barros con el loable objeto de que se salve su recíproca independencia; Restablecimiento de la Compañía de Jesús en la Nueva*

Granada, reimpreso a solicitud del doctor Castro Barros, con notas suyas, que dicen: "Los Papas, Inquisición, Compañía de Jesús, y todos los institutos religiosos, han sido siempre impugnados y zaheridos por los herejes, impíos y demás enemigos de la religión católica»; «Con más razón los jesuitas serán los *granaderos* del Papa en la Nueva Granada...» equívoco ridículo, al que puede añadirse el verso de Beranger: *Les capucins son nos cosaques*; «Nada de esto agrada a los filósofos del día, porque dicen que no hay Dios, cielo ni infierno. ¡Ah, bestias!» Estos y otros desahogos del ambicioso condenado por la iglesia, le merecieron a su muerte en Chile los honores de santo, y uno de sus panegiristas exclamaba al fin: «si no temiese anticiparme a los fallos de la Iglesia, yo solicitaría la protección de San Pedro Ignacio Castro». Pero como no se hacen santos sin la beatificación de la Iglesia, podemos estar seguros de no tener que doblar la rodilla ante uno de los majaderos que más sangre han hecho derramar en la República Argentina, por fanatismo, por ambición personal, por intolerancia y por hipocresía. Abandoné su biografía por no contrariar los propósitos de sus adoradores, pero aquí me permito estampar la verdad en asuntos que son puramente domésticos y que atañen a mi familia.

Después de consagrado y reconocido obispo, fray Justo se entregó a la multiplicidad de creaciones accesorias a la catedral que había levantado, y en esta tarea de todos los instantes de su vida, mostró la energía de aquel carácter, y la pertinacia de designio que engendra las grandes cosas. En una provincia oscura, destituida de recursos, debía establecerse una catedral, un seminario conciliar, un colegio para laicos, un monasterio abierto a la educación de las mujeres, un coro de canónigos dotados de rentas suficientes; y todo esto lo emprendía fray Justo a un tiempo, con tal seguridad en los medios y tan clara expectación del fin, que se le habría creído poseedor de tesoros, no obstante que a veces y casi siempre

faltánbanle los medios de pagar el salario de los peones. Quería construir un tabernáculo y faltábale el modelo y el artista que debía ejecutarlo; pero él tenía todo lo demás, la idea y la voluntad que son el verdadero plano y el artista. Llamábame entonces a mí, tenido por él y por su familia por mozo ingenioso, y a tientas y con mal delineados borrones, tomando de un libro un capitel de columna y aun consultando a Vitruvio, llegamos al fin a trazarnos nuestro tabernáculo sobre seis columnas dóricas y una cúpula a guisa de linterna de Diógenes, para que un carpintero menos idóneo aun, realizase aquel imperfecto bosquejo. Pero ¡ay! que el tabernáculo estaba destinado para servir de dosel a más humilde objeto de veneración. Estrenelo yo en el catafalco hecho en sus exequias, y en el cual, simbolizando las dos grandes fases de su vida, se apoyaban la estatua de la Libertad con el Acta de la Independencia en la mano, y la de la religión con la Bula que le constituía obispo, esfuerzos de voluntad más que de arte, hechos en honor de aquella vida tan llena, y sin embargo, interrumpida tan a deshora. Todos sus trabajos estaban ya a punto de concluirse, cuando lo sorprendió la muerte; y en los momentos de expirar: «dese prisa —decía al notario que le servía de escribiente—, dese prisa que quedan pocas horas, y tenemos mucho que escribir»; y en efecto, en aquel momento supremo, daba disposiciones para la terminación de la iglesia del monasterio, la manera cómo debía enmaderarse, los recursos y materiales que tenía acumulados, sobre su correspondencia a Roma, idea de un adorno para la construcción del coro, el destino de algunas sumas de que le era deudora la Recoleta Dominica, detalles de familia, su testamento, su alma entera y su pensamiento prolongándose al través de la muerte; y como se lo decía al señor deán que lo acompañaba en sus últimos momentos «mi corazón está en Dios, pero necesito mi pensamiento aquí, para arreglar la continuación y terminación de mi obra». La muerte interrumpió

aquel dictado, ¡dejando cortada una frase!…

Su instrucción era vastísima para su tiempo. Había aprendido el francés, el italiano y el inglés; era profundo teólogo, esto es filósofo, y de sus pláticas frecuentes pude colegir que sus ideas iban más adelante, sin traspasar los límites de lo lícito, de aquello que exigía su estado. La cualidad dominante de su espíritu era la tenacidad, tranquila a la par que persistente. Sabía esperar, aguantándose a palo seco sin perder camino, cuando las dificultades arreciaban. Si solicitaba una concesión necesaria, ensayaba su influencia para obtenerla; desesperanzado, pedía otra que conducía al mismo fin, y después la primera bajo una nueva forma. Diez años más de vida habrían dado a San Juan, por conducto del obispo Oro, progresos que todos sus gobiernos no han sido parte a asegurarle. Quiroga le estorbó fundar un colegio, y la muerte terminar su monasterio docente; y como él debía toda su importancia a la extensión de sus luces, y a la claridad de su ingenio, habría puesto toda aquella fuerza de voluntad, que hacía el caudal de sus medios de acción, en generalizar la instrucción. El obispo Oro ha muerto pues, prematuramente a los 65 años, habiendo gastado toda su vida en el penoso ascenso que de humilde fraile de un convento lo llevaba al obispado; mala estrella común a muchos hombres de mérito que tienen que levantar uno a uno todos los andamios de su gloria, crearse el teatro, formar los espectadores, para poder exhibirse en seguida. ¡Cuántas veces es destruida la obra, que es fuerza volver a comenzar! ¡Cuántos días y años pasados en presencia de un obstáculo que embaraza el paso!

El monasterio que intentó fundar revelaba la elevación de sus miras, y los resultados de una larga experiencia, auxiliados y bonificados por el estudio de las verdaderas necesidades de la época. Los votos de las monjas no debían ser obligatorios sino por cierto número de años, concluido los cuales, debían volver a la vida civil, si así lo tenían por conveniente, o renovar

sus votos por otro período determinado. El monasterio debía ser un asilo, y además una casa de educación pública. Debía fundarlo una monja hermana suya que estaba en el monasterio de las Rosas en Córdoba y que hoy ha vuelto a San Juan… loca.

Algunos años después, yo emprendí con doña Tránsito de Oro, hermana del obispo, y digno vástago de aquella familia tan altamente dotada de capacidad creadora, la realización de una parte del vasto plan de fray Justo, aprovechando los claustros concluidos, para fundar el colegio de Pensionistas de Santa Rosa, advocación patriótica dada por él al monasterio y que cuidamos de perpetuar nosotros. Hija única de doña Tránsito y de uno de mis maestros, era una niña que desde su más tierna infancia revelaba altas dotes intelectuales. Fray Justo, habiéndome conocido en Chile en 1827, y gustado mucho de hallarme muy instruido en geografía y otras materias de enseñanza, escribió más tarde a su hermana que me confiase la educación de su hija, y de mi aceptación y de los resultados obtenidos, salió entero el programa de educación, y el intento del colegio de pensionistas de Santa Rosa, que abrimos el 9 de julio de 1839, para conmemorar la declaración de la independencia, en que fray Justo había tenido parte, y hacer de los exámenes públicos del colegio una fiesta cívica provincial, puesto que Laprida, el presidente del congreso de Tucumán, era nuestro compatriota y aun deudo mío.

En el discurso de apertura del colegio, que se registra en el núm. 1.º del *Zonda*, dando cuenta de la escena el malogrado joven Quiroga Rosas, decía: «la primera voz que sonó, fue la del joven director, don Domingo Faustino Sarmiento, que leía el acta de la independencia, lo que el concurso escuchó con místico silencio. El mismo, en seguida, pronunció el siguiente discurso, modesto por su forma, inmenso por el fondo: “Señores, un día clásico para la patria, un día caro al corazón de todos los buenos, viene a llenar las expectaciones de los ciudadanos amantes de la civilización. La idea de formar un

establecimiento de educación para señoritas, no es enteramente mía. Un hombre ilustre cuya imagen presencia esta escena (*el retrato del obispo estaba colocado en la sala*), y cuyo nombre pertenece doblemente a los anales de la República, había echado de antemano los cimientos a esta importante mejora. En su ardiente amor por su país, concibió este pensamiento, grande como los que ha realizado, y los que una muerte intempestiva ha dejado solo en bosquejo. Por otra parte, yo he sido el intérprete de los deseos de la parte pensadora de mi país. Una casa de educación era una necesidad que urgía satisfacer, y yo indiqué los medios; juzgué era llegado el momento y me ofrecí a realizarla. En fin, señores, el pensamiento y el interés general lo convertí en un pensamiento y en un interés mío, y esta es la única honra que me cabe"».

El colegio aquel cuya piedra fundamental pusimos entonces, vivió dos años, y alcanzó a dar frutos envidiables. ¡Oh, mi colegio, cuánto te quería! ¡Hubiera muerto a tus puertas por guardar tu entrada! ¡Hubiera renunciado a toda otra afición por prolongar más años tu existencia! Era mi plan hacer pasar una generación de niñas por sus aulas, recibirlas a la puerta, plantas tiernas formadas por la mano de la naturaleza, y devolverlas por el estudio y las ideas, esculpido en su alma el tipo de la matrona romana. Habríamos dejado pasar las pasiones febriles de la juventud, y en la tarde de la vida vuelto a reunimos para trazar el camino a la generación naciente. Madres de familia un día, esposas, habríais dicho a la barbarie que sopla el gobierno: no entraréis en mis umbrales, que apagaríais con vuestro hálito el fuego sagrado de la civilización y de la moral que hace veinte años nos confiaron. Y un día aquel depósito acrecentado y multiplicado por la familia, desbordaría y traspiraría hasta la calle, y dejaría escapar sus suaves exhalaciones en la atmósfera. ¿Es posible, Dios mío, que hayamos de hacernos una religión del conato de conservar

restos de cultura en los pueblos argentinos, y que el deseo de instruir a los otros tome los aires de una vasta y meditada conspiración? Vuélvenme en los años maduros las candorosas ilusiones de la inteligencia en las primeras manifestaciones de su fuerza, y aún creo en todo aquello que la juvenil inexperiencia me hacía creer entonces, y espero todavía.

Fue solemne y tierna nuestra despedida. Seis u ocho niñas de dieciséis años, cándidas y suaves como los lirios blancos, agraciadas como los gatillos que triscan en torno de su madre, fueron a darme lección al último asilo que me ofreció mi patria en 1839, la cárcel donde me tenía preparado para arrojarme de su seno por la muerte, la humillación o el destierro; y en aquel calabozo infecto, desmantelado y cuyas paredes están llenas de figuras informes, de inscripciones insípidas, trazadas por la mano inhábil de los presos, seis niñas, la flor de San Juan, el orgullo de sus familias, la promesa del amor, recitaban a la luz de una vela de sebo, colocada sobre adobes, sus lecciones de geografía, francés, aritmética, gramática, y enseñaban los ensayos de dibujo de dos semanas. De vez en cuando una rata disforme que atravesaba el pavimento, tranquila, segura de no ser incomodada, venía a arrancar chillidos comprimidos de aquellos corazones susceptibles a las impresiones como la temblosa sensitiva. Las lágrimas de la compasión habían arrasado al principio aquellos ojos destinados a suscitar más tarde tormentas de pasiones; y terminada la lección, y depuesta la gravedad del maestro, abandonáronse sin reserva a la charla interminable, precipitada, curiosa e inconexa, que hace santas y angelicales las efusiones del corazón de la mujer. Algunas golosinas enviadas al preso por las amigas, fijaron el ojo codicioso de alguna, y a la indicación de estarles abandonadas, echáronse sobre ellas como banda de avecillas, charlando, comiendo, riendo y estirando los blancos cuellos en torno del plato, de cuyo centro salían por segundos dedos de marfil, escapándose con un bocado. Cantáronme un cuarteto

del *Tancredo* de que yo gustaba infinito, y despidiéronse de mí sin pena, y animadas de nuevo anhelo para continuar sus estudios. ¡No nos hemos vuelto a ver más! Ni volveré a verlas nunca, cuales las tengo en mi mente a aquellas cándidas imágenes de la nubilidad abiertas a las castas emociones, como el cáliz de la flor que aspira el rocío de la noche. Son hoy esposas, madres, y el roce áspero de la vida ha debido ajar aquel cutis aterciopelado cual la manzana no tocada por la mano del hombre, y la perdida inocencia quitar a sus fisonomías la expansión curiosa y presumida que muestra por su desenfado mismo a veces, que ni aun sospecha que hay pasiones en su alma, a las que bastaría acercar una chispa para hacerlas estallar con estrépito.

Domingo de Oro

Es el hijo mayor de don José Antonio Oro, hermano del presbítero y del obispo, Domingo de Oro, cuyo nombre ha oído todo hombre público en la República Argentina, en Bolivia y en Chile, y de quien Rosas escribía «es una pistola de viento que mata sin hacer ruido», y a quien los argentinos no han podido clasificar, viéndolo asomar en cada página de la historia de la guerra civil, a veces en malas compañías, y casi siempre rodeado del misterio que precede a la intriga; y como sus actos no pueden inspirar terror porque nada hubo jamás de cruento en su carácter, desconfían de él a lo lejos, prometiéndose huir de las seducciones irresistibles, de las artes encantadoras de este Mefistófeles de la política. Y, sin embargo, Domingo de Oro pudiera apostar que saldría sano y salvo de la caverna de una tigre parida, si las tigres pueden ser sensibles a los encantos de la voz humana, a la elocuencia blanda, risueña, sin aliño, pérfida, si es posible decirlo, como los espíritus que atacando una a una las fibras adormecen el cerebro y entregan maniatada la voluntad. Este ensalmo se ha ensayado con el mismo éxito sobre Bolívar y sobre Portales, sobre Rosas y sobre Facundo Quiroga, sobre Paz y sobre Ballivián, sobre unitarios y federales, sobre amigos y enemigos; y en los consejos del gabinete, como en los estrados y en las tertulias, la palabra de Oro ha resonado única, dominante, atractiva, haciéndose un círculo de auditores, domeñando todas las aversiones,

acariciando artificiosamente las objeciones para poder desnudarlas de sus atavíos, y así en descubierto entregarlas al ridículo. Oro, de quien todos los hombres que de él han oído hablar, han pensado mucho mal, y a quien han amado cuantos lo han tratado de cerca, no es el pensador más sesudo, no es el político más hábil, no es el hombre más instruido, es solo el tipo más bello que haya salido de la naturaleza americana. Oro es la palabra viva, rodeada de todos los accidentes que la oratoria no puede inventar. Yo he estudiado este modelo inimitable, he seguido el hilo de su discurso, descubierto la estructura de su frase, la maquinaria de aquella fascinación mágica de su palabra. Sus medios son simples, pero la ejecución es tan artística, tan peculiar del maestro, como la pincelada de Rafael o la más rápida de Horace Vernet. La nobleza de su fisonomía entra por mucho en los efectos de su dialéctica, como las decoraciones de la ópera de París, en *Roberto el Diablo*. Su alta estatura sostenida con abandono y flexibilidad, está ya protestando contra la idea de arte o aliño en la frase; su cara oval, pálida, morena, prolongada, se baña por segundos en emociones de sonrisas que se derraman de su boca acentuada y graciosa, como el perfume de la palabra que va a abrir su capullo, como las luces crepusculares que preceden a la salida de la luna, convidando a todos los concurrentes a estar alegres. Sus ojos llenos de bondad, de animación y de escepticismo, dan a aquella fisonomía alegre, juguetona, un aire melancólico al mismo tiempo, lo que dobla la fascinación ejercida por una frente que prematuramente ha invadido toda la parte superior del cráneo, limpio y brillante cual si nunca hubiese tenido cabellos. Así cree uno estar oyendo a un sabio, a un anciano quebrantado por los sinsabores del desencanto, y que se ríe de lástima y de pena de que haya tanto de que reírse en esta vida.

He aquí, pues, uno de los grandes secretos de Oro; los otros son de ejecución, y no son menos certeros. Pronuncia las

palabras nítida y pausadamente, modulando cada una con el finido de una miniatura, con un esmero que se conoce ser obra de un estudio largo y perseverante, que ha concluido por convertirse en segunda naturaleza. La pasión, el fervor de una réplica fulminante no lo harán jamás precipitar la frase, dejar inapercibida una coma, sin rotundidad un período, aunque no se trate sino de dar órdenes a su criado. Si combate la idea ajena, Oro la adopta, la prohíja, y teniéndola en sus brazos la presenta al que la emite, preguntándole con cariño, si tal otra forma no le convendría mejor, si no la reconocería por hija suya con tales o cuales lunares menos, y el padre embobado empieza a negar a su criatura, y a acariciar y adoptar la que Oro supone ser la legítima; si asiente, lo hace de tal manera que preste al pensamiento ajeno, la fuerza de un axioma, de un resultado confirmado por su experiencia de los hombres y de las cosas; si discute, oye las réplicas con interés, con mil sonrisas de benevolencia hasta que la impertinencia de su adversario le deja tomar la palabra, y entonces, si la cosa no vale la pena de discutirla, ni el contrario de convencerlo, lleva por rodeos infinitos la conversación a mil leguas de distancia, a protesto de digresiones involuntarias, sembrando el camino de los dichos más picantes, de los chistes más risibles; porque Oro sabe todo lo ridículo que ha sucedido en América, y posee la tradición íntegra de cuanto la lengua posee inventado para reír; historias de frailes enamorados, de zafios consentidos, de decretos y leyes dictados por estúpidos, con un repertorio de cuentos eróticos, para solaz y animación de mozos y solterones, que harían de él siempre un compañero de pagar a tanto el minuto de francachela, en la cual hace entrar al neófito, por una exclamación de sargentón, lanzada oportunamente, a fin de que cada uno se halle a sus anchas, desprendido de todo encogimiento y sujeción.

Este hombre tan espléndidamente dotado ha abierto a don Juan Manuel Rosas su camino, y abandonádolo con estrépito, el

día que se lanzó en la carrera de violencias inútiles de donde no puede salir hoy; ha combatido al lado del caudillo López, sido el predilecto de Bolívar, el amigo del general Paz, figurado en los más ruidosos acontecimientos de la República Argentina, y hoy, si no me engaño, es mayordomo en una casa de amalgamación, lidiando con patanes que muelen metales, como lidió toda su vida con patanes generales, gobernadores y caudillos que demolían pueblos. Estos pueblos no le han perdonado, no, sus actos, sino su superioridad. Nos vengamos siempre hablando mal de nuestros amos, y el rato de fascinación involuntaria ejercida por Oro, lo paga en las desconfianzas que suscita, porque nadie se cree realmente tan pequeño y tan tonto como se ha visto al lado de él, sino porque ha de haber habido de parte del embaucador un engaño y un fraude manifiesto, pero que no se puede explicar en qué consiste.

Oro con las cualidades de exposición que lo adornan, sería un hombre notable entre los hombres notables de Europa. Jóvenes he visto, que acababan de salir del seno de la sociedad más culta de Madrid y a quienes dejaba azorados aquella distinción exquisita de maneras, hechas aun más fáciles por el tinte americano, argentino, gaucho, que da Oro a los modales cultos sin hacerlos descender a la vulgaridad; porque Oro, salido de una de las familias más aristocráticas de San Juan, ha manejado el lazo y las bolas, y cargado el puñal favorito como el primero de los gauchos. Vilo una vez en la fiesta del *Corpus* en San Juan con un hachón en la mano y envuelto en su poncho, que caía en pliegues lleno de gracia artística. Estas predilecciones adquiridas en su contacto con las masas de jinetes en Corrientes, Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires, han subido hasta su cabeza y organizádose en sistema político, de que aún hasta hoy puede curarse. Pero estas predilecciones gauchas en él, son un complemento sin el cual el brillo de su palabra habría perdido la mitad de su fascinación; el despejo

adquirido por el roce familiar con los hombres más eminentes de la época, el conocimiento de los hombres, la seguridad de juicio adquirido en una edad prematura, y las dotes que traía ya de la naturaleza, toman aquel tinte romanesco que dan a la vida americana las peculiaridades de su suelo, sus pampas, sus hábitos medio civilizados. Oro ha dado el modelo y el tipo del futuro argentino, europeo hasta los últimos refinamientos de las bellas artes, americano hasta cabalgar el potro indómito, Parísiense por el espíritu, pampa por la energía y los poderes físicos. Conocí a don Domingo de Oro en Santiago de Chile en 1841, y tal era la idea que de la República Argentina traía de su superioridad, que cuando publiqué en *El Mercurio* mi primer escrito en Chile, mandé secretamente un amigo a la tertulia en que Oro solía hallarse, para que leyese en su fisonomía qué efecto le causaba su lectura. Si él hubiese desaprobado mi ensayo, si él lo hubiese hallado vulgar o ridículo, *c'en êtait fait*, yo habría perdido por largo tiempo mi aplomo natural y mi confianza en la rectitud de mis ideas, única cualidad que puede formar escritores. El amigo volvió después de dos horas de angustiosa expectativa, diciéndome, desde lejos: «¡bravo! Oro ha aplaudido». Yo era escritor, pues, y lo he probado hasta cierto punto. Después vi en él una de las dotes que más lo distinguen. A diferencia de muchos, Oro, a medida que yo salía de mi oscuridad, iba dejando agrandarse en su espíritu la pequeña idea que había tenido al principio de mi valimiento. Creo que un día empezó a creer que yo le llegaba a la barba ya, sin manifestar otra cosa que placer e indulgencia, y llegaría a persuadirse de que puedo continuar sin desdoro la carrera que él ha abandonado, sin que esta persuasión le cause pena ni descontento.

La vida de Oro es una prueba de mi modo de comprender su rara elocuencia, obra toda de una naturaleza rica y esplendorosa. Su carácter político es el mismo en todos tiempos, y en medio de aquellas contradicciones aparentes de

las diversas fases de su vida, hay una unidad tal de intento que constituye la serie más lógica de actos.

Oro cuenta los años con el siglo diecinueve. Su infancia se deslizó sin aquellas sujeciones que debilitan las fuerzas de acción por el conato mismo de educar la inteligencia que ha de dirigirlas; un poco de latín en San Juan, algo de álgebra y geometría en Buenos, Aires y el conocimiento del francés, he aquí todo el caudal que hasta los diecinueve años tenía atesorado, cuando la vida política se levantó a su lado para lanzarlo en una serie de actos que debían trazarle su porvenir. El presbítero Oro, su tío, había incurrido en el desagrado de los partidarios de San Martín. La familia de los Oros se halló bien pronto comprometida, y sobreviniendo la revolución de Mendizábal, Oro de veinte años, fue el intermediario entre aquel oficial sublevado y San Martín, para proponer una transacción que, firmada en Mendoza por el coronel Torres, hoy residente en Rancagua, San Martín rehusó ratificar. Vuelto Oro a San Juan, encontró una segunda revolución del número 1.º de cazadores de los Andes, y habiendo acercádose a los sublevados, fue preso y desterrado por el gobierno a Valle Fértil o Jáchal. La nueva faz sin embargo que la revuelta tomaba, cambiando de promotores, reconciliaba al gobierno de San Juan con Oro.

En 1821, y apenas se había visto San Juan libre de los amotinados, un peligro nuevo, imprevisto, hacía echar menos la cooperación de aquellos valientes desertores del ejército de los Andes, extraviados por intrigas que venían desde lejos; don José Miguel Carrera emprendía su campaña para pasar a Chile a vengar la exclusión hecha de su bando y la muerte de sus hermanos.

Carrera, inspirado por la venganza, se presentó en la tienda de Ramírez, el montonero teniente de Artigas, tocó ese resto de hidalguía, que no falta nunca en el alma del bandolero, y de entre sus jinetes tomó los guías y de su fogón la tea con que iba

a correr la pampa, incendiar los pajonales para trazar un horizonte de llamas y humo que avanzase con él tierra adentro, hasta descubrir en el occidente las crestas nevadas de los Andes, que se proponía escalar con sus jinetes. La montonera, como avalancha de hombres desalmados, se desplomaba sobre las villas de las campañas argentinas, degollaba los rebaños, saqueaba las habitaciones y robaba las mujeres; y de la orgía del festín que iluminaban los campos y las techumbres incendiadas, partían vencedores y vencidos, hombres y mujeres, poseídos ya del mismo vértigo de pillaje y de sangre de que acababan los unos de ser víctimas. Las mujeres peleaban como furias en los combates; y sé de lance en que un montonero tomando por un extremo un escuadrón que estaba formado esperando órdenes, lo deshizo, a fuerza de estarle matando cabos en el extremo.

El terror de los pueblos dura aún en la tradiciones locales; muéstranse en los caminos las osamentas blancas de los ganados que degolló a su tránsito, por aquel exquisito sentimiento del mal que aguijoneaba a aquellos filibusteros que traían a la cabeza un heroico Morgan que había echado llave a su corazón, para que no oyese el clamor de las víctimas ni el espanto de las poblaciones. Pero para aquellos pueblos, el patriota chileno y sus feudos con San Martín, desaparecieron en presencia del pavoroso nombre de la montonera. Carrera, en efecto, para atravesar con seguridad la pampa, se había hecho argentino, y tomado el tinte nacional, en su color más negro. Fuerzas imponentes de San Juan y Mendoza se adelantaron a salirle al encuentro, y en el Río IV fueron destrozadas, aumentando los dispersos con la abultada relación de las atrocidades de la montonera de Carrera, el terror que precedía ya a su nombre. Carrera habría ocupado a San Juan y Mendoza, los dos pueblos que tienen la llave de los Andes, sin que sus propios elementos bastasen a salvarlos. A Oro le ocurrió lanzar a la circulación una buena idea, y el terror

pánico se asió de ella como de la única tabla de salvación; Oro mismo fue encargado de hacerla efectiva, yendo en busca de Urdininea y ocho oficiales más, bolivianos, que se hallaban en la Rioja, para rogarles que viniesen a organizar la resistencia. Urdininea vino, y aquella provincia tan desolada, cambió su abatimiento en exaltación como no la ha presentado después; todos los hombres en estado de llevar las armas se presentaron sin distinción de clases ni edad. Urdininea traía consigo la ciencia militar que había faltado en el Río IV, y todos se creyeron salvados. Como una de las reminiscencias de mi niñez, recuerdo la figurita extravagante y diminuta de Rodríguez que se atraía la atención de los muchachos. Este es el mismo Rodríguez que se encontró asesinado en la playa de Buenos Aires, quedando su muerte un arcano entre los muchos que aclarará más tarde el tiempo que recompone y endereza la historia.

Carrera llegó a seis leguas de San Juan; un soldado chileno, Cruz, que se le pasó en la Majadita, le instruyó del aspecto nuevo que las cosas habían tomado, y cambió de rumbo echándose sobre Mendoza, por campos áridos que destruyeron sus caballos, y le hicieron caer en manos de sus enemigos. A San Juan le cupo la menos gloriosa parte en los hechos de armas, recoger prisioneros, lo cuales por un decreto de venganza, fueron condenados a muerte con todos los que hubiesen acompañado a Carrera, como oficiales, amigos o consejeros. Cúpole la mala suerte de caer entre los prisioneros a Urra, joven de veintiocho años, secretario de Carrera, dotado de talentos rarísimos, lleno de instrucción, y como era raro entonces, poseedor de muchos idiomas. Más que su mérito y su juventud, abogaban por Urra la causa misma que se le había seguido, por la cual constaba que lejos de haber participado en los crímenes de la *montonera* que eran horribles, había estorbado muchos por su influencia. Oro se puso en campaña para salvar la vida de aquel malhadado joven que se había

cautivado la voluntad de la población entera, intercedió el clero en su favor, y pidiéronlo las tropas mismas que habían hecho la campaña. Pero líbrenos Dios de los gobiernos y de los hombres a quienes aconseja el miedo; son implacables con los vencidos. Urra fue fusilado de noche, al fin de unos muros viejos, como aquel duque d'Enghien tan estimable. La vida de Oro estuvo por horas pendiente de un hilo, por haber interesado a las tropas en favor de Urra, y no estuvo libre de cuidados, sino cuando se hubo alejado de su provincia, para principiar aquella romanesca peregrinación que aún no ha terminado todavía. Visitó a Córdoba, a donde lo persiguieron las asechanzas de sus enemigos; pasó a Buenos Aires, donde Agrelo lo hizo trasladarse a Corrientes; y allí, al lado del general Mancilla, gobernador de aquella provincia, concluyó de formarse su fisonomía especial, revistiendo el fondo aristocrático que traía de su familia, con aquel barniz que da el contacto inmediato con los pastores argentinos. Allí había visto Oro levantarse de nuevo la montonera, en su suelo nativo, por decirlo así, sobre la huella fresca aún de Artigas y Ramírez; allí se le presentaba por la primera vez aquel odio de las provincias contra los porteños, odio de pura descomposición y de desorden, pero que tan poderoso instrumento político había de ser más tarde; allí debía educarse, sirviendo al partido de las ciudades en la lucha impotente contra la montonera, y de allí sacar aquel profundo convencimiento, de que era desesperada la oposición de los hombres de la cultura europea contra aquellos titanes de la guerra, que estaban destinados a vencer; convicción que Oro ha conservado hasta 1842, en que disputábamos largamente sobre este punto, y que conserva según entiendo hasta hoy. Oro por separación del mando de Mancilla, quedó de secretario de un Solá, gobernador del partido gaucho, con quien, como era de esperarlo, no pudo entenderse jamás, como que era imposible poner coto a las estúpidas voluntariedades de aquellos hijos de la naturaleza, que desde Artigas hasta el

último capataz de pueblos, tienen las ideas de Aaroun al Raschild en materia de gobierno. En esta época, sin embargo, tuvo el joven Oro hospedado en su casa a otro joven de Buenos Aires, gaucho también, y cuyo nombre debía ser conocido, aunque de una manera bien triste, de todos los pueblos del mundo. Este joven estanciero era un tal don Juan Manuel Rosas, con quien Oro hizo desde entonces conocimiento.

Don Domingo de Oro había, sin embargo, desde aquella polvorosa oscuridad que en torno suyo hacían en Corrientes las montoneras interiores, los brasileros y orientales que las instigaban, llamado la atención del gobierno de Rivadavia que cuidaba mucho de poner de relieve todos los hombres notables que veía a lo lejos despuntando en el horizonte político. Era el ánimo de Rivadavia enviar a Bolívar, cuyo nombre aspiraba a eclipsar el de la República Argentina, una misión, y para ello escogió al general Alvear, el más brillante militar de la época, al doctor Díaz Vélez, y a don Domingo de Oro, nombrado secretario. La legación argentina llegó a Chuquisaca, y por lo que respecta a Oro, Bolívar, Sucre, Míller, Infante y Morán, hallaron en él un digno representante en la diplomacia de aquella juventud argentina que habían visto representada en la guerra por Necochea, Lavalle, Suárez, Pringles y tantos calaveras brillantes, los primeros en las batallas, lo primeros para con las damas, y si el caso se presentaba, nunca los postreros en los duelos, la orgía y en las disipaciones juveniles. Bolívar y Sucre se disputaban sucesivamente las horas de aquella charla, amena como una mañana de primavera, vivaz y picante como espumosa copa de champaña, nutrida ya de la savia que dan los riesgos corridos, las dificultades vencidas en la vida política tan tormentosa de la República Argentina, sol que agosta las plantas débiles, pero que sazona y madura el fruto que anticipa en las bien nacidas.

Oro, malogrado el objeto de la misión, recibió despachos de secretario de legación en Lima; y aun antes de pasar a

desempeñar este nuevo destino, recibió los de secretario del diputado que debía enviarse al congreso de Panamá, que tampoco tuvo lugar.

Aún no había regresado a la República Argentina, cuando fue nombrado diputado al Congreso Constituyente, por San Juan, al cual no se incorporó sin embargo [18]. De aquellos comienzos de carrera política y diplomática de Oro, había quedado en todos los espíritus la persuasión de que veía claro en todos los negocios, y que su palabra era un poder que podía oponerse a las fuerzas materiales que empezaban a desencadenarse en torno de la presidencia de Rivadavia.

En Santiago del Estero encontró Oro cartas de los ministros de Rivadavia que le ordenaban pasar a San Juan, a organizar la resistencia contra Facundo Quiroga. Facundo había entrado ya en San Juan, por faltar un hombre que, como Oro, supiese señalar donde estaba la parte débil de la situación política para reforzarla. Pasó sin embargo a Córdoba y Mendoza, donde encontró que los amigos mismos del gobierno general conspiraban con los Aldaos. Mandó a Buenos Aires el cuadro estadístico de la opinión pública y de los intereses que se rozaban, sin que acto ninguno posterior revelase que aprovechaban de su consejo. La presidencia cayó, y en aquel punto final que se ponía a uno de los más brillantes capítulos de la historia argentina, Oro volvió a ver a su familia en San Juan, cargado de años, puesto que desde su partida habían corrido siete, y transformado de fisonomía con aquel barniz que dejan sobre el rostro humano, el contacto con los hombres notables y los grandes acontecimientos.

Oro regresó a Buenos Aires, cuando Dorrego, su conocido y su compañero de viaje un año antes, estaba a la cabeza del gobierno. Dorrego era la realización de la idea política que Domingo de Oro había sacado de su largo aprendizaje en Corrientes, y que sus viajes por las provincias no habían hecho más que corroborar, el gobierno de los hombres cultos a

nombre de los caudillos; pero los hombres de principios no gobiernan en nombre de lo que destruye esos principios; los gobiernos en América son aprobados o reprobados por la minoría culta de la nación en que está la vida política. Fuera de este terreno no se gobierna a la manera de los pueblos cristianos, se desquicia y se extermina todo lo que se opone: así lo había hecho Artigas, así lo hizo Facundo, así lo hizo más tarde Rosas. Oro se equivocaba, como se equivocó Dorrego, y Oro tuvo que ir bien pronto a poner el dedo en la herida que ya empezaba a sangrar. Detrás de Dorrego la mentira constitucional y culta, estaba Rosas, la verdad horrible, que encubrían las formas y los nombres de los partidos. Oro no simpatizaba con el partido caído, ni acababa de decidirse por Dorrego, quien lo llamó pocos días después de su llegada a Buenos Aires a servir en un ministerio, que rehusó por entonces, si bien aceptó otro destino más tarde en el ministerio de la guerra, bajo la expresa condición de no escribir en la prensa política. Renunció aquel destino en un momento en que sus simpatías personales por la mayoría de los hombres públicos, lo empezaba a inclinar a decidirse por el partido unitario. Tomó una imprenta, la del *Río de la Plata*, publicó como editor el primer número del *Porteño*, periódico de oposición, y hubiera publicado el *Granizo*, si sus RR. hubiesen consentido en darle una firma abonada.

Rosas era entonces comandante general de campaña, estaba encargado de fundar la nueva frontera, y del *Negocio pacífico*, que era un arreglo hecho con los salvajes, por el cual, mediante cierta subvención del gobierno, los bárbaros ocuparían ciertos lugares, sometiéndose a la jurisdicción del gobierno. Rosas solicitó a Oro, a quien había conocido en Corrientes, para correr con la contaduría de aquel negocio, y Oro aceptó creyendo salvar así de la decisión que lo determinado de los partidos políticos exigía imperiosamente de todo hombre notable. Pero Rosas se ocupaba ya de traer la

frontera a la plaza de Buenos Aires, y Dorrego menos temía la oposición de los amigos del congreso y la presidencia, que había desbaratado, que la insurrección abierta del Comandante de Campaña. Oro empleó su influjo por evitar o postergar el rompimiento. Dorrego quería separar a Oro del lado de Rosas, por temor de que a la astucia y tenacidad de su adversario, viniese a añadirse la sagacidad y claridad de percepción del joven, cuya capacidad había tenido ocasión de apreciar antes; insistiendo Rosas en conservarlo a su lado, seguro de haber encontrado lo que hasta entonces le faltaba, un barniz culto a sus designios. En este quita-hijos, o como lo ha dicho Oro una vez, entre aquellas dos piedras de molino, él trató de ponerse a salvo, aprovechando la ocasión que el gobierno lo ofreció de ir a interponer su influencia en Corrientes para estorbar que estallase una revolución que se preparaba, por instigaciones de Rivera; quien debía apoderarse de aquella provincia, lo cual se logró completamente, si bien reapareció más tarde. Dominola algunos momentos, hasta que nuevas complicaciones hicieron imposible todo esfuerzo. Oro se retiró a Santa Fe, desde donde reunido a Mancilla, volvió a desbaratar la revolución, hasta que apoderado de ella aquel Solá, antiguo gobernador de Corrientes, entró en su verdadero terreno, la exclusión de toda idea política, la saciedad de las pasiones egoístas.

En Santa Fe, Oro formó un proyecto de explotación de los bosques de dominio público, y pasó a Buenos Aires a formar una compañía para el efecto. Buenos Aires ardía en aquel momento, y a sus amigos de Santa Fe escribió cuanta conmoción sentía bajo sus pies y los rumores que anunciaban la crisis. El 1.º de diciembre era apenas el estallido de las fuerzas que habían estado hasta aquel momento comprimidas. La conducta de Oro en este momento supremo, fue sublime a fuerza de ser franca, audaz y extraviada. Hoy que nos hemos reunido en el destierro, arrojados por la misma mano los que sostenían la revolución y él que la combatió, puede

convencerse él de que el esfuerzo, por ser bien intencionado, no era menos inútil. Oro venía de las provincias, y estaba en contacto con todas las fuerzas desorganizadoras; las había compulsado y sentídoles su peso; la revolución del 1.º de diciembre no hacía más que provocar toda su energía y hacerlas aparecer en la superficie. Oro combatió el intento, después de consumado, desaprobó el hecho, y en la plaza de la Victoria, en medio de aquel pueblo embriagado por la esperanza de triunfo que le daba la presencia del ejército, delante de dos mil ciudadanos apiñados en torno suyo, asombrados de tanta audacia y de tanta elocuencia, y de Salvador María del Carril, Oro, rodeado de aquellos militares que, acariciando su bigote y apoyados en sus tizonas imperiales, sonreían de lástima de los que osasen avistar sus lanzas, hizo la más elocuente, la más desesperada protesta contra aquella revolución que parecía ser el fin de todos los males pasados, y que según él, no era sino el precursor de todas las calamidades que iban a sobrevenir. Hablábale Carril de derechos ultrajados, de violencias cometidas, y Oro le oponía el detalle de violencias, de crímenes y de males aún ignorados, como la muestra del hecho dominante, irresistible. Oro no defendía la justicia de los procedimientos inculpados, sino la ineficacia de los medios adoptados para derribarlos. Dorrego fue vencido, fusilado; y el 14 de diciembre en el café de la Victoria, Oro volvió a insistir en su teoría, calificando en medio de los vencedores, de asesinato aquel acto que parecía por el momento desmentir sus anteriores predicciones. Sostenía él que los gobernadores no eran causa sino efecto de un mal que venía trabajando a la República desde los tiempos de Artigas; que este mal había invadido poco a poco la República entera; que la elevación de Dorrego al gobierno de Buenos Aires, era el complemento de su triunfo, y su toma de posesión de la República; que la revolución parecía poner en cuestión lo decidido entonces, pero que en realidad, no era más

que provocar al vencedor; que desenfrenado el elemento gaucho iba a hacer ahora lo que no había hecho antes; que degollaría al partido que contenía más hombres de luces y de dinero y nos llevaría a la barbarie; que debía combatirse la revolución en Buenos Aires antes que prendiera en el interior y la desolación se hiciese general.

Esta versión de la cuestión me la hizo Oro en 1842, y sin duda que era yo el más dispuesto entonces a comprenderla, puesto que de largos años venía estudiando la misma cuestión, y cuya solución intenté dar en *Civilización y Barbarie*, solución que han adoptado todos los partidos, y que hoy se abre paso en Europa, disipando la nube de oscuridades que ha levantado la astucia de Rosas. Esta teoría dará bien pronto sus frutos, como la enfermedad crónica ha dado sus últimos resultados; su término está menos lejos de lo que se cree. Lo único en que disentíamos con Oro, era en la posibilidad de haber dado un nuevo rumbo a la marcha de los negocios públicos. Dorrego había conculcado el edificio político, apoyándose en las fuerzas desorganizadoras del interior; si los hombres de luces y el ejército, depositario hasta entonces de las tradiciones de la independencia, no intentaban un esfuerzo, ellos y Dorrego hubieran sucumbido en presencia del Comandante de Campaña, el Artigas del sur de Buenos Aires; si la capital se reconcentraba dentro de sí misma, como en 1820, los hombres de luces de las provincias eran abandonados a Quiroga y los demás bárbaros, sin caridad y sin justicia, y así como Dorrego había coordinado y disciplinado aquellas fuerzas brutas, así los amigos de la presidencia estaban en todas partes en evidencia y no podían romper la cadena fatal que los ligaba a Buenos Aires. Lo que hicieron en 1829 era, pues, fatal, lógico y necesario. Debieron jugar el último albur, a trueque de combatir el mal, cuan hondo fuese [19].

No triunfaron porque no debían triunfar; faltáronles hombres a la cabeza del ejército, menos valientes y arrogantes,

y más conocedores del asunto que tenían entre manos; faltoles el tiempo y la fortuna; faltoles que triunfase el mal mismo para que produjese todos sus horrores y su esterilidad; faltaban veinte años de administración de Rosas, para enseñarles a los pueblos a comprender a dónde conduce el sistema iniciado por Artigas, seguido por Facundo, y completado por Rosas; en fin, faltaba que Oro viniese al odio y a la execración del caudillaje, cuyo desenfreno brutal creyó poder retardar, para que hoy estuviésemos, desde el último hombre de Rosas hasta el más alto de los unitarios, de acuerdo en un solo sentimiento, y es que gauchos y hombres cultos, todos necesitan hoy protección y seguridad contra las violencias y el terror.

Don Domingo de Oro, libre de todo compromiso con los revolucionarios, conocido de los caudillos, salió de Buenos Aires en febrero de 1829, y se reunió con López, el de Santa Fe, para prestarle sus consejos, ya que su triunfo era para Oro claro como la luz del día.

En el Rosario hubo de encontrar a don Juan Manuel Rosas, el tirano predestinado de Buenos Aires. Entonces Oro valía más que él; Rosas estaba desconcertado, indeciso, y Oro le inspiró confianza. Temía Rosas acercarse a López que le tenía una aversión invencible, y Oro le allanó el camino. Diósele a Rosas, a pedido de Oro, un gran título en el ejército de López, pero sin funciones; y volviendo a revivirse en el ánimo del gaucho santafesino sus antiguas antipatías, a cada momento quería despedirlo con vejamen, y Oro era entonces su padrino y su amparo. Hay cosas que los hombres sin mérito real no perdonan cuando han llegado al poder. ¡Ay, del que los haya visto pequeños, humillados y sometidos! ¡Ay, de los que los hayan visto temblar! ¡Huyan a mil leguas de distancia, esos no obtendrán perdón jamás! ¡Qué odio le profesa Rosas a Oro!

Las vicisitudes de la campaña no son aquí del caso. La derrota de Puente de Márquez, fue para Oro una ocasión de penetrar solo en Buenos Aires y abocarse a los ministros a

rogarles que se salvasen por un tratado con López. Todavía era tiempo; pero los unitarios no estaban aún convencidos su de impotencia. Oro después de hacer los últimos esfuerzos para persuadirlos, regresó a su campo a terminar el triunfo de sus partidarios. El general Paz había sido más feliz en Córdoba que Lavalle en la campaña de Buenos Aires, y Oro, llevando adelante su sistema, volvió desde aquel momento sus miradas al general Paz, como una incorporación necesaria de aquel hecho en la masa de hechos victoriosos en todas partes. Paz, afirmándose en Córdoba, era todavía un dique contra la barbarie del interior encabezada por Quiroga. Paz era, pues, una barrera que convenía no destruir, una áncora que aún quedaba sin garrear. Oro fue enviado a Córdoba, y aunque Paz y Oro no pudieron entenderse sobre lo que había en el fondo de la terrible cuestión, se estimaron ambos desde entonces y su relación dura hasta hoy íntima.

En estas circunstancias Lavalle cedía en Buenos Aires a la presión de la campaña que en el Puente de Márquez había ahogado, más bien que vencido, al ejército con sus millares de jinetes. El consejo de Oro prevalecía ahora, pero impuesto por la victoria, y la orgullosa revolución del 1.º de diciembre se había contentado con una capitulación que garantía la vida de los unitarios y de los militares. Oro llegó a Buenos Aires cuando Rosas mandaba, aquel Rosas a quien él había recogido en el Rosario, y quitádole de la cabeza el pensamiento de emigrar a San Pedro en el Brasil. El gobernador Rosas ostentó para con su protector toda la solicitud de un amigo; y sin embargo, Oro empezó a comprender que en aquella alma fría, helada como el vientre de una víbora, no había sentimiento ninguno humano. Oro era todo para don Estanislao López, bajo cuya ala se había levantado Rosas, y este en Oro acataba simplemente al poder que esperaba ocasión de avasallar. Después de la batalla del Puente de Márquez, López y Rosas habían suscrito un plan político sugerido por Oro, que tenía por base el respeto de la

vida, las propiedades y la libertad del partido vencido, siguiendo Oro en esto su sistema de contener al vencedor en el último límite de su carrera. Los actos posteriores de Rosas han mostrado la sinceridad con que suscribía aquel plan, de cuya sujeción trataba de zafarse desde luego.

En 1880 se reunieron en San Nicolás de los Arroyos los gobernadores de las cuatro provincias litorales, a cuya reunión fue invitado Oro por López y Rosas. Por Corrientes asistía Ferré, por Entre Ríos un enviado no recuerdo quién, y aquel desgraciado Maza, degollado en el seno de la representación en Buenos Aires, y cuya docilidad se prestaba mejor que la de Oro para los designios secretos de la sabandija. En aquel congreso de gobiernos, se convino en enviar al general Paz una misión confidencial, y se designó a Oro para desempeñarla. Redactáronse las notas bajo la influencia de Rosas, y Oro rehusó hacerse el portador de ellas, si no se modificaban. López, Ferré y Oro obraban de acuerdo, y de buena fe querían terminar la guerra, mientras que el designio, apenas disimulado de Rosas, era prolongarla, suscitar dificultades, y ganar tiempo. En este conflicto López y Ferré exigieron de Oro que aceptase la misión, por temor de que cayese en manos menos bien intencionadas, lo que hizo al fin logrando modificar en parte las notas y las instrucciones. Oro, gozando en Córdoba de la confianza completa del general Paz, solo trató de evitar que Rosas esterilizase por bajo de cuerda el avenimiento proyectado. Oro entonces preparó una entrevista entre Rosas, el general Paz, López, Ferré, etc.; lo puso en conocimiento de estos últimos y guardó a Rosas el secreto hasta que la realización estuviese próxima, para evitar que fuese frustrada. Pero la cosa transpiró, y el general Paz recibió un anónimo que le prevenía que se trataba de asesinarlo en la entrevista. A López le envió Rosas agentes en el mismo sentido. Afectaba prestarse al proyecto; pero postergaba su ejecución, suscitando disputas con el gobierno de Córdoba, hasta que las provincias

de Catamarca y Salta invadieron a Santiago del Estero, y quebrantándose, aunque muy a pesar del general Paz y sin su participación, el *statu quo*, base ofrecida para el arreglo, toda tentativa de negociación fue interrumpida.

Desde este momento don Domingo de Oro abandona toda iniciativa política. La túnica de la República Argentina iban a jugarla a los dados, y cualquiera que la ganase érale indiferente. El mal que quiso evitar se había consumado en su despecho; desde entonces viaja por las provincias beligerantes, bien recibido de todos, porque es un extraño a las cuestiones que se agitan. Va a Buenos Aires y Santa Fe, vuelve a Córdoba de tránsito para San Juan, y da al general Paz un mensaje insidioso de Rosas, pero diciendo como Ulises a Telémaco: «atended para que no os engañen mis palabras». Aquellos dos proscritos, los últimos hombres sinceros y bien intencionados que iban a dejar el campo de la política argentina, para dar lugar al exterminio de un partido, conversaron tristemente sobre lo pasado y sobre el porvenir de la lucha. Paz, minado ya por la discordia (1831) y por la falta de recursos, conocía su situación. «Su deber era —decía—, morir combatiendo, no siéndole permitido abandonar al cuchillo a los hombres a quienes Rosas pretendía hacer desaparecer a millares».

Después de algunos meses de residencia en San Juan, Quiroga se apodera de Mendoza, y no siendo el ánimo de Oro pasar plaza de unitario, aguarda que entre el caudillo para evadirse con disimulo. Tiene con Quiroga, el terrible Facundo, una estrepitosa entrevista, y este otro bárbaro cree haber encontrado en él, como Rosas, un complemento necesario; pero Oro ya no espera nada del desenfreno de aquellas pasiones brutales y se pone en marcha para Chile. Hácelo alcanzar Quiroga en Uspallata, rogándole que volviese a encargarse de la secretaría de gobierno, a lo que se negó formalmente, regresando, sin embargo, para no dejar creer que su partida era una fuga, con lo que recibió del gobierno encargo de

reclamar en Chile las armas y caballos traídos por los emigrados. Esto motivó una entrevista entre Oro y Portales, que principió bajo los auspicios más amenazadores para el primero, y concluyó pacífica y cordialmente. Regresó en seguida a San Juan, en circunstancias que Quiroga preparaba la expedición a Tucumán; viéronse poco; pasó después a Buenos Aires, y visitó a Rosas en su campamento del Arroyo del Medio, donde Rosas para engañarlo sobre lo que ambos no podían engañarse ya, lo hospedó en su propia tienda. Volviéronse a ver más tarde en Buenos Aires, y esta vez rompieron para siempre de un modo claro y solemne. La *Gaceta* publicaba un decreto por el cual se faltaba con los militares del ejército de Lavalle a todas las garantías que les había asegurado la capitulación de Buenos Aires. Oro veía venir a Rosas a este punto, pero aún dudaba de que tuviese cinismo bastante para consignar en un documento público aquella violación flagrante de un tratado. Oro sin poder contenerse, desgarró la *Gaceta* en presencia de muchos, exhalándose en imprecaciones contra el malvado. Súpolo Rosas, y afectando serenidad, encubriendo bajo aquella máscara helada el volcán de las pasiones cruentas y vengativas que lo roen, trató de atraerlo a una reconciliación. El general Mancilla era el encargado de pedir a Oro que se viese con Maza para este fin; don Gregorio Rosas intercedió también, pero sin lograr de parte de Oro otra cosa que la protesta pública, reiterada, contra los actos de perversión del que había traicionado sus esperanzas. Este acto era de su parte una justificación ante su conciencia y ante la historia, de la sinceridad de sus miras al prohijar la causa de los caudillos. El día que Rosas inició su nueva política, ese día don Domingo de Oro hizo saber a todos que él no era cómplice en ninguno de los actos de demencia sangrienta que se veían en germen en aquel decreto. Oro ha sido el único federal de los que elevaron a Rosas, que no se haya prostituido, manchado y degradado,

dejándose llevar por la corriente de los sucesos; el único hombre de principios que haya dicho: hasta aquí es mi obra, para en adelante yo me lavo públicamente las manos; prefiriendo ser víctima que cómplice. Sublime esfuerzo de conciencia para mantenerse puro en medio del lodo que iba a caer sobre todos.

Una duda me ha asaltado al espíritu muchas veces, y es qué rumbo habría tomado la revolución de 1.º de diciembre, si don Domingo de Oro la hubiese prohijado en lugar de combatirla, con tal que él hubiese podido llevar al gobierno el convencimiento, que los decembristas no tenían, de la fuerza de resistencia que poseían los caudillos. En cuanto a López, lo habría inducido a encerrarse en sus tolderías de Santa Fe; Rosas no habría surgido tan pronto sin López y sin él, y Oro conocía ya su situación para desarmarle pacíficamente la máquina de destrucción que estaba preparando en la campaña del sur; Buenos Aires asegurado, Santa Fe, quieta, Córdoba ocupada por Paz, la República estaba salvada; pero la hipótesis es imaginaria, y no hay que pedir condiciones imposibles de realizarse. En tal caso la revolución del 1.º de diciembre no habría tenido lugar, y entonces no es posible adivinar la marcha que habrían seguido los negocios.

La vida posterior de Oro es ya la de una luz que se extingue, la de una existencia perdida. Oro para ser, necesitaba patria, gobierno con formas europeas, y en el caos de barbarie y de violencia que comienza desde entonces, sus talentos políticos, su carácter eminentemente diplomático, su brillante elocuencia, todo debía hacerle un objeto de desconfianzas, de celos, de persecución. Los unitarios no podían perdonarle, haberlos vencido; los bárbaros el no haber querido sancionar sus crímenes; ¿a dónde, pues, poder encontrar lugar para reposarse en la inacción y en la oscuridad siquiera?

Oro vuelve a San Juan a su casa, labrado secretamente de

una enfermedad de espíritu que ocultaba con cuidado. Oro temía que un puñal lo alcanzase, y se guardaba. Facundo regresa de Tucumán, trátalo bien algún tiempo, y de repente se vuelve sombrío. Oro pasa a Chile en 1833, comprendiendo de dónde parten las asechanzas que amenazan su vida. En Chile lo persiguen las desconfianzas del gobierno y de Santa Cruz, uno y otro creyéndole un agente de los caudillos argentinos. En 1885 vuelve a San Juan, a recoger su herencia por muerte de su padre, y con aquella hidalguía del que tantas cosas había hecho sin tocar de los despojos de los vencidos, cambia sin inventario las viñas de sus padres, bodegas, aperos de labranza, por una hacienda de pastos. Gobernaba entonces Yanzón, en San Juan, un bárbaro que tenía sin embargo el corazón sano, y éste quiso entregar a Oro el gobierno, ignorando que Oro estaba ya bajo la cuchilla de la proscripción de Rosas. Cartas de Rosas llegan luego, en efecto, denunciando a Oro a la animadversión de los caudillos. Oro acepta un ministerio, y entonces tiene lugar un acto que ha prestado asidero al primer cargo hecho contra él. El coronel Barcala estaba asilado en San Juan, y Oro había garantido ante Yanzón su buena conducta. Barcala fragua una conspiración en Mendoza, es traicionado y descubierto, y el fraile Aldao pide su extradición, en virtud del tratado cuadrilátero aceptado por aquellos gobiernos. Una partida se presenta repentinamente en San Juan, las cartas de Barcala sorprendidas, no dejan lugar a subterfugio alguno; Barcala no trata de escaparse, y Yanzón, que quiere salvarse de una ruptura con todos los gobiernos federales, y Oro que no es unitario, entregan a Barcala, que es fusilado en Mendoza, inculpando a Oro de complicidad en su conspiración. Oro se hace sospechoso para con Yanzón, lo juzgan, lo condenan, lo absuelven en apelación y lo destierran.

Don Domingo de Oro llegó a Copiapó en 1835. En *La Puerta* [20] estaban a su llegada reunidos muchos argentinos notables, que le oyeron entonces hacer la pintura de todos los horrores

que iban a seguirse a la dominación absoluta de don Juan Manuel Rosas. Recuerdo algunas de sus palabras. «La América va a estremecerse de espanto; la inquisición en sus épocas más tenebrosas, no ha presentado espectáculos iguales. La conciencia de los hombres que han visto ya a Quiroga y a otros, no podrá creer en lo que va a verse luego. Conozco a este horrible malvado; no tiene entrañas, no se inmuta por nada; su cara no traiciona jamás una sola chispa de la sed de venganza que aqueja sus ijares: está hablando con usted sobre cosas frívolas, y mirándole el lugar del cuello en donde ha de entrar el cuchillo que le prepara. Ustedes van a verlo luego; un solo hombre importante no quedará vivo, un solo militar sobre todo; lo he visto mandar matar a veintisiete prisioneros en San Nicolás, y gozarse en ello come el tigre harto de sangre…» Algunos meses después llegó a Chile la noticia de la carnicería de los ochenta indios en la plaza del Retiro, y todos repetían instintivamente: Oro lo decía; los asesinatos en las casas, y los prisioneros degollados, y todos repetían espantados: ¡lo predijo Oro, en el *La Puerta* en 1835! Estos conceptos los reprodujo por la prensa.

Desde entonces Oro se confunde con los desterrados en Chile, siente como ellos, vive con ellos, pero sin esperar como ellos, porque todavía no cree que ha pasado el letargo en que ha caído la energía moral de las poblaciones espantadas por el cúmulo de males de que han sido víctimas; triste marasmo en que caen los espíritus que han visto desenvolverse el germen, crecer, extenderse y cubrir como de una lepra la República entera.

En 1840, Oro escribía en Chile estas notables palabras: «la naturaleza concedió a don Juan Manuel Rosas una constitución robusta, que su ejercicio de ganadero y labrador desenvolvió completamente, habilitándole por más de un respecto para desempeñar el tremendo papel que representa. Su semblante en el círculo de los hombres de su confianza, o de aquellos

cuyas simpatías le interesa conquistar, es agradable, y cuando se le habla, hay en su rostro una expresión de atención y de seriedad que halaga; pero en el trato de otros hombres, se nota una tosquedad de maneras y descompostura de lenguaje, que concuerda con cierto aire de taciturnidad que parece en él característico. En estos casos rara vez mira a la persona con quien habla, y si lo hace con intervalos por movimientos rápidos de los ojos, es para ver el efecto de sus palabras. Por lo demás ninguna señal revela jamás contra su voluntad los afectos de su alma; y nadie al mirarlo sospechará cuánta es la bastardía de las pasiones brutales que fermentan en su pecho. Pero, aunque tiene el disimulo que se atribuye a Tiberio, el miedo en el momento del peligro pone descolorido su semblante, que es encendido, sin que carezca del valor necesario para arrostrar aquel, cuando es indispensable o muy urgente. Es verdad que entonces sus facultades se perturban y cae en cierto estado de entorpecimiento mental o casi estupidez. Rosas es frugal y parco en alto grado, y lo era antes que el temor de un envenenamiento viniese a atormentarlo. Es pensador, reflexivo, laborioso como pocos. No tiene ideas religiosas ni morales, y todas las facultades de su alma están subordinadas a la pasión del mando absoluto y la pasión de la venganza, las dos cualidades dominantes de su carácter. En la historia del nuevo mundo hasta nuestros días, no se encuentra el nombre de un tirano tan reflexivamente atroz y cruel como Rosas. La actividad febril con que trabaja, degenera en una extravagancia loca y feroz en sus momentos de descanso y distracción».

Pertenece a Oro este pensamiento digno de La Bruyère: «los que no conocen a Rosas se inclinarán a creer que este bosquejo es exagerado… La especie humana rechaza instintivamente la idea de que puedan existir tales seres; y la inverosimilitud de los horrores de que se han hecho culpables, y que deberían atraerles el odio universal, pone en problema la verdad, y se

convierte en un refugio protector de los perversos» [21]. Bellísimo pensamiento el último, y que se está realizando hace veinte años. La América y la Europa han dudado largo tiempo de la verdad; la historia viene, empero, en pos de los hechos; y cuando las pasiones, los intereses y las opiniones del momento callen, presentará a los ojos del mundo espantado, la página más negra de la criminalidad humana. Ni un solo hecho, entre mil, escapará de ser verificado, aclarado, comprobado, y la verdad, la terrible verdad avergonzará entonces a una generación entera. «La verdad no se entierra con los muertos; triunfa de la lisonja de los pueblos y del miedo de los poderosos, que nunca lo son bastante para sofocar el clamor de la sangre; la verdad transpira al través de los calabozos y hasta al través de la tumba» [22].

Oro en sus peregrinaciones fue a Bolivia donde el gobierno del general Ballivián reclamó sus consejos. El último que le dio fue el de dejar el mando, si no quería aguardar a que se lo arrebatase la triste revolución, que está labrando hoy a Bolivia, muy parecida en lo desorganizadora, a aquella otra que él había estudiado en su cuna y seguido hasta perderla de vista. La conducta de Oro, y de algunos otros argentinos emigrados, arrancó al general Ballivián en su refugio en Valparaíso, esta exclamación: «sin la noble abnegación de estos argentinos, yo habría llegado a maldecir de la especie humana».

Oro escapando de esta revolución, asilado en Tacna, sentíase abrazado por detrás en el puerto de Arica en 1848, por persona que intentaba hacerse reconocer por solo el acento de su voz. Libre del lazo que retenía su curiosidad, volviose, y entonces pudimos abrazarnos de nuevo, él que tendía por tercera vez las alas para lanzarse al incierto mar del destierro, yo que volvía de rodear el mundo, para entrar de nuevo a Chile, de donde por vía opuesta había partido; y en pláticas amistosas en las banquetas calientes del vapor, viendo desfilar la desierta ribera americana en el horizonte, y hundiendo nuestras

miradas en la desierta superficie del océano, recogí de su boca la mitad de los datos que forman estas memorias para complemento de otros que ya poseía. Oro está varado cual casco abandonado qué se yo dónde, mientras yo sigo sin rumbo, sin blanco fijo, cediendo a impulsos que me llevan adelante.

La última noticia que de él he tenido, es la que contiene la siguiente carta:

S. D. Domingo F. Sarmiento.

Copiapó, noviembre 6 de 1849.

Mi apreciado amigo:

He recibido un ejemplar de su libro *Educación popular*. El carácter de su *Crónica* me había ya llamado la atención, por su tendencia a traducir en práctica, en hechos, las teorías sobre que no se ha cesado de charlar. Me parece que Ud. la concibió como una máquina para empujar a obrar en el sentido de la industrial del movimiento mecánico y material. Su libro es la máquina de dar el mismo impulso al movimiento intelectual, y diré así, a la *industria intelectual y moral*, que a su tiempo aumentará con su fuerza el resorte del movimiento material e industrial.

Su libro ha exaltado tanto mis antiguos sentimientos de filantropía y de patriotismo, que casi han revivido mis pasadas ilusiones, estando a pique de creer en la felicidad venidera de nuestros países. ¡No le diré cuántos sueños llegaron a pasar por mi cabeza! Han sido los movimientos de la vida, ejecutados por un cadáver, a favor del galvanismo. Desalentado y escéptico, he llegado a tener un momento fe en los inmensos bienes que nos iba a traer la generalidad de la instrucción que brotaría de la lectura de su libro. Pero la exaltación ha pasado, y solo me queda mucha admiración por los esfuerzos de Ud., mucha simpatía por la generosidad y elevación de sus

sentimientos, muchísimo y muy vivo afecto por su persona, y ninguna esperanza de que el éxito corone tan nobles, generosos y sabios trabajos.

Suyo, Oro.

El historiador Funes

Tiene esto por lo menos de interesante el examen de los individuos notables de las familias, que a medida que pasan generaciones, ve uno transformarse poco a poco los personajes, cambiar de forma el atavío de hechos de que se revisten, y presentar casi completa las diversas fases de la historia. Si tomamos la familia de los Albarracines, por ejemplo, desde fray Miguel, fray Justo de Santa María y Domingo de Oro, nos dan por resultado estos hechos: el convento, la teología, el milenario, la inquisición, viajes a España, la declaración de la independencia, Bolívar que la termina, la guerra civil, los caudillos, Rosas y el destierro. Tres generaciones han bastado para consumar estos hechos, tres individuos los han reflejado en sí por actos notables y significativos. Hay un momento como hay una persona que es a la vez el término medio entre la colonia y la república. Todos los hombres notables de aquella época, son como el dios Término de los antiguos, con dos caras, una hacia el porvenir, otra hacia lo pasado [23].

Distinguida muestra de este hecho fue el deán Funes. El sacerdocio fue, cual convenía a la situación de las colonias españolas, el teatro en que iba a desenvolverse su carrera. Educado por los jesuitas, conservoles siempre afición, no obstante las diversas transformaciones que más tarde tomaron sus ideas; a ellos debió la afición a las letras que, aun entre el sacerdocio, ellos solos cultivaban con provecho. A los pocos

años de ordenado el presbítero don Gregorio Funes, negocios de familia o sed de instrucción, lo llevaron a España en los últimos años del reinado de Carlos III, en que las letras españolas fueron cultivadas con esmero. Doctorose en España en derecho civil, y gracias a la alta posición de su familia y a su mérito conocido, obtuvo una canonjía de merced para regresar así condecorado a su patria. Era Córdoba entonces el centro de las luces y de las bellas artes coloniales. Brillaban su universidad y sus aulas; estaban poblados de centenares de monjes sus varios conventos; las pompas religiosas daban animado espectáculo a la ciudad, brillo al culto, autoridad al clero, y prestigio y poder a sus obispos. El canónigo Funes venía de la corte, había estudiado en Alcalá, gozado del trato de los sabios, y traía además tesoros de ciencia en una escogida cuanto rica biblioteca, cual no la había soñado la universidad de Córdoba. El siglo XVIII entero se introducía así al corazón mismo de las colonias. Su prestigio de ciencia debió ser desde aquel momento inmenso; pruébalo más que todo la enemiga del canónigo magistral de Córdoba, después obispo del Paraguay, don Nicolás Videla del Pino, que veía en el canónigo de merced un rival temible para optar a las altas dignidades de la Iglesia. Desde entonces comienza una lucha sorda, o estrepitosa entre ambos canónigos, que produce resultados políticos, no sin atravesarse el primero varias veces al paso del segundo para desviarle o embarazarle su marcha.

Elevado a la mitra de Córdoba el señor don Ángel Moscoso, hijo de una ilustre familia de Arequipa, por traslación del obispo San Alberto a la metropolitana de Charcas, el canónigo Funes, a despecho del magistral Videla, fue nombrado provisor, vicario general y gobernador del obispado. En aquel gobierno teocrático, el provisorato era como en nuestros tiempos, un ministerio de lo interior, que daba sanción a las reputaciones que se estaban formando, y medios de justificarlas por los hechos, llevándolas a los confines del obispado. Funes fue

durante toda la vida de Moscoso el arbitro supremo en materias eclesiásticas, y después de su muerte, elegido deán de la catedral, ejerció por algunos años más el gobierno de la diócesis en sede vacante, sin temer rivalidad posible, desde que Videla había sido nombrado ya obispo del Paraguay.

A la muerte de Carlos III pronunció Funes una oración fúnebre que debía acrecentar más su prestigio literario. Rico de erudición en las más célebres obras de los autores franceses que él solo poseía, y lleno de ideas de otro género que las limitadas que circulaban en las colonias, el orador sagrado había sabido elevarse a la altura de su asunto, apreciando en frases pomposas las medidas gubernativas que habían hecho notable el reinado del muerto rey. Hablaba del comercio libre en las colonias con el aplomo de un financista, describiendo la desolación de sus vasallos con palabras que por desgracia no eran suyas.

Otro sermón congratulatorio al advenimiento de Carlos IV, y algunos pleitos que sostuvo en defensa del señor Moscoso ante la Real Audiencia de Buenos Aires, y que pasaron en apelación al Supremo Consejo de Indias en España, eran más que sobrados motivos para darle una reputación colosal que desbordaba de los límites del virreinato.

Pero otra querella, muy en el espíritu de aquellos tiempos, debía proporcionar al sabio deán, materia de nuevos trabajos, campo vasto a su actividad, poner en sus manos un arma poderosa de que hacía tiempo trataba de apoderarse. Con motivo de la expulsión de los jesuitas, el colegio y Universidad de Córdoba, donde él mismo había adquirido los primeros rudimentos del saber, habían sido encargados provisoriamente a la orden de los frailes franciscos, que eran los que en el cultivo de las ciencias seguían de cerca a los expulsos. Pertenecía a esta orden el célebre padre García, a quien en 1821 o 22, oí predicar un sermón de 25 de mayo, en presencia de Bustos, gobernador de Córdoba, que dejó azorados a los

oyentes, por las incriminaciones que el fraile patriota le dirigía desde el púlpito, recordando la revolución de Arequito al hacer reseña de la marcha de la revolución. Tengo presente la estructura del trozo oratorio a que aludo, el cual comenzaba así: ¡25 de mayo de 1810! Día memorable, etc. ¡25 de mayo de 1811! y seguía concretando los hechos históricos, hasta que llegando al año 20, cambió el encomio en ataque, mostrando avergonzado al sol de mayo de aquel año por los hechos que había presenciado. Las gentes se miraban unas a otras en la catedral; a Bustos veíalo yo jugar con una borla del almohadón de terciopelo que tenía por delante de su mesa apoyando el misal, mientras que el fraile implacable, revestido de las insignias doctorales de ambos derechos, seguía fulminando al poderoso mandatario, sobre quien tenía fijas sus miradas.

El clero secular de Córdoba había en tiempo atrás reclamado para sí la dirección de los estudios, ocurrido a los virreyes, apelado a la corte de España, la que al cabo de veinte o treinta años de lucha entre ambos cleros, expidió una real cédula, ordenando que pasase la gestión de la enseñanza a los clérigos seculares. Pero una real cédula era poca fuerza para desasir a los poderosos e influyentes frailes de la dirección que por tantos años habían ejercido, y cuyo despojo amenazaba eclipsar el brillo de la orden seráfica. Córdoba estaba dividida en partidos, los monasterios seguían a los frailes, la juventud estudiante arrastraba en pos de sus maestros a las familias, y gobernadores y aun virreyes, ganados por las intrigas y las influencias franciscanas, mostrábanse tardos y remisos para hacer efectivos los reales decretos. «El espíritu monástico —dice un manuscrito que consulto—, el aristotelismo, y las distinciones *virtuales* y *formales* de Santo Tomás y de Scott, habían invadido los tribunales, las tertulias de señoras y hasta los talleres de los artesanos. Con pocas excepciones, los clérigos eran frailes, los jóvenes coristas y la sociedad toda un convento». Todavía conozco algunos cordobeses que no han

degenerado de sus abuelos. Tal era el espíritu que presidía a los estudios universitarios de Córdoba, que los directores franciscanos tomaban entre ojos, envilecían y aun castigaban al malhadado joven que prefería el estudio del derecho civil al de la teología de aquel tiempo, que pretendía explicar por la esencia y la forma, las cuestiones naturales que hoy resuelve la química por las afinidades y las cristalizaciones.

El deán Funes tomó parte activa en la querella; marchó dos veces a Buenos Aires a reclamar denodadamente el cumplimiento de las reales cédulas; pero las nuevas provisiones obtenidas, venían a estrellarse ante las dilatorias opuestas por el doctor don Victorino Rodríguez, gobernador de Córdoba, entregado a la influencia de los franciscanos, y enemigo de Funes por celos literarios y rencores de familia.

El año 1806, empero, habiendo después de la reconquista de Buenos Aires, ocupado la silla del virreinato Liniers, amigo de Funes y francés ilustrado, se expidieron nuevas órdenes en confirmación de las anteriores, que aunque fueron eludidas al principio, motivaron la reiteración de ellas en 1807, con encargo al doctor don Ambrosio Funes, hermano del deán, de intimar al gobernador, si a los tres días no estaban ejecutadas, el cese de sus funciones, en virtud de la orden escrita que para ello se le acompañaba. Traspirolo el gobernador, y en el acto puso en posesión al clero secular, en la persona del deán Funes, del rectorado del colegio de Monserrat y del cancelariato de la Universidad de Córdoba, en diciembre de 1807. Así la edad media había librado la más cruda batalla para no dejarse desposeer de la dirección de los espíritus; cuarenta años de lucha; la orden real desobedecida; eludidos cinco mandatos de ejecución consecutivos, no cediendo sino cuando un hijo de la Francia estuvo a la cabeza del virreinato. ¡No ha sido tan renitente la ciudad sapiente en los últimos tiempos, cuando a sus antiguos doctores se sucedieron en el mando, los hijos venidos de las campañas pastoras!

Las ideas regeneradoras, pues, habían tomado aquella ciudadela de las colonias. El doctor Funes, al aceptar cargos que tanto había codiciado, dio muestras de pureza de intención, renunciando a las rentas que les estaban afectos, destinándolas a la dotación de una cátedra de matemáticas, que se abrió con aprobación de Liniers, no obstante órdenes precedentes de la corte de España que lo prohibían formalmente.

Este primer paso dado dejaba ya traslucir la marcha nueva que la conspiración del espíritu americano iba a imprimir a los estudios universitarios, bajo la influencia de Funes. El deán formuló entonces un reglamento de estudios que, pasado a la corte de España para la superior aprobación, fue mandado seguir en las demás Universidades de América. «No teniendo entonces —dice en su *Ensayo Histórico*—, que respetar la barbarie de los tiempos góticos, a que con cuatro años de teología escolástica lo sujetaban los preceptos del ministerio eclesiástico, se propuso dar una mejor disciplina al hombre intelectual. A más de haberse introducido el estudio de las matemáticas, y mejorado el de las facultades mayores, se procuró también promover la cultura de las bellas letras, y el renacimiento del buen gusto. Es innegable que bajo este método ha debido ganar mucho la educación y que promete buenos frutos el árbol del saber» [24].

La educación dejó de ser teocrática en sus tendencias, y degradante en su disciplina. En lugar de la filosofía aristotélica de *Goudin* y la teología de *Gonet* y *Polanco*, entraron a servir de texto más modernos autores, sustituyéndose a la teología escolástica, la dogmática de *Gott*, *Bergier* y otros, la moral por *Antoine*, la física por *Brison*, *Sigaud de Lafond*, *Almeida* y los más modernos autores conocidos en aquella época. Estableciéronse cátedras de matemáticas, física experimental, y derecho canónico, subdividiéndose en dos la que hasta entonces comprendía el derecho romano, civil y español.

Estableció Funes, a sus expensas, en el interior del colegio clases de geografía, música y francés, y como si quisiera dejar traslucir la importancia que daba a estos ramos, reputados indignos del sabio entonces, el deán de la catedral y gobernador del obispado, el valido del virrey, el canciller de la Universidad en persona, ¡las asistía y profesaba!

La fama de la saludable revolución se esparció por toda la América. El virrey Liniers envió sus tres hijos a recibir lecciones del profundo sabio, dos jóvenes de Filipinas les siguieron bien pronto; el general Córdoba mandó el suyo que tanto ha figurado después en España; un joven romano Arduz, que ha servido más tarde en la magistratura de Bolivia, y centenares de americanos del Perú y del Paraguay, de Montevideo y de Chile les siguieron. Lo que para la libertad de la República Argentina, para las letras y el foro produjo la revolución obrada en las ideas, apreciaralo el lector argentino pasando en revista los siguientes nombres, de otros tantos discípulos formados bajo la inspiración del deán Funes.

Don Juan Cruz Varela, el más severo de los poetas argentinos en su tiempo, a quien cupo la suerte de permanecer original sin apartarse de los grandes modelos. Es el Quintana del Río de la Plata; así como este rejuveneció la lira española, llamando a la independencia y cantando la invención de la imprenta, así Varela introdujo nuevos asuntos dignos de la musa moderna, entonando odas sublimes a los actos de beneficencia pública, a las empresas de reforma social, y particularmente flagelando al fanatismo, enemigo que persiguió encarnizadamente durante su vida entera. Fue diputado al congreso que debió reunirse en Córdoba el año de 1816; secretario del congreso de Buenos Aires, hasta su disolución; oficial primero en una de las secretarías de Estado. Redactó muchos periódicos durante las administraciones de Rodríguez, Las Heras y Rivadavia; el *Centinela*, el *Tiempo*, el *Granizo*, y el *Patriota*, desde los calabozos de la cárcel general

de policía, después de haber salvado la vida, merced a la entereza de su espíritu, en tiempo del gobernador Dorrego, cuya marcha retrógrada atacaba con burlas que todos conservan en la memoria como muestras de chiste y de agudeza ática. Murió desterrado en Montevideo, ocupado de una traducción en verso de la *Eneida*, cuyos dos primeros cantos dejó concluidos y limados con el esmero que le era característico.

El doctor Alsina es otro digno discípulo del deán Funes; uno de los más brillantes abogados del foro de Buenos Aires, como lo ha mostrado en la defensa del coronel Rojas, en la de los Yáñez, acusados de un asesinato, y en la defensa del derecho que asiste al Gobierno argentino sobre las islas Malvinas ocupadas por los ingleses. Catedrático de derecho en la Universidad hasta 1840, en que preso y en vísperas de ser entregado a la mazorca, su mujer, hija del doctor Maza, presidente de la junta de Representantes y de la Suprema Corte de justicia y degollado por Rosas en la sala misma de las sesiones, lo sacó del pontón en que estaba preso y huyó con él a Montevideo. Ha defendido causas célebres en ambos foros del Plata. Acaba de traducir y anotar a *Chitty*, y desde su juventud, en su patria y en el destierro, ha consagrado su vida a la defensa de la libertad de su país, de lo que da noble prueba el apartar el cadáver aún caliente de su amigo Varela, para sentarse en el puesto peligroso que le costaba la vida. Al día siguiente del asesinato del honrado escritor, leíase en el tema del *Comercio del Plata*: «Su fundador y redactor don Florencio Varela, fue asesinado traidoramente el 20 de marzo de 1848. Lo dirije hoy don Valentín Alsina, su *Redactor principal*». ¡Salud Alsina! ¡La República que tales hijos tiene no está aún perdida!

El doctor Gallardo, redactor de *El Tiempo* y otros diarios de la época de Rivadavia; ejerce hoy con brillo su profesión de abogado en el puerto de Valparaíso, que honra sus talentos con

una numerosa clientela.

Los doctores Ocampo, residentes en Santiago de Chile, en Copiapó y en Concepción; el nombre solo de Ocampo es ya en Chile un testimonio de la importancia y profundidad de los estudios.

Salvador María del Carril, gobernador de San Juan, residente hoy en Río Grande; Javier y Joaquín Godoy, muerto el primero en la emigración, residente el segundo en Copiapó.

Los Bedoyas, dos de ellos en Copiapó, uno de los cuales en Santiago arrancó del pecho a uno y pisoteó el trapo colorado que ostentaba aun en Chile el brutal *mueran los salvajes unitarios*.

El doctor Zorrilla, emigrado en Bolivia dieciocho años, muerto seis meses ha, en camino, habiéndosele desterrado de Chuquisaca.

Subiría, ciudadano distinguido de Salta que ha permanecido emigrado dieciocho años; Olañeta, de Chuquisaca.

Ellauri, de Montevideo, enviado del Uruguay en Francia.

Lafinur, célebre poeta, músico aventajado, el primero tal vez que introdujo en estas partes de América, las doctrinas modernas en puntos de filosofía, cuya ciencia profesó en Buenos Aires.

Los Agüeros, de Buenos Aires; y otros de menor significancia política: Saravia, Orjera, Colinas, Villafañe, los Fragueiro, Allende, Cabrera, Urtubec, Aguirre, el doctor Vélez, de Córdoba, Uriburu, Alvarado, Indebeirus y Pinedo.

De estos argentinos, los más ilustres, todos los que han desempeñado cargos públicos, están en el destierro o han muerto en las matanzas y en las persecuciones que les ha suscitado don Juan Manuel Rosas, que no había estudiado bajo la dirección del deán Funes, sino que aprendió a leer con el doctor Maza, degollado en la sala de Representantes de Buenos

Aires.

Olvido aún dos discípulos de aquel maestro, que como uno de los de Jesús, se apartaron de la escuela, y se pusieron de acuerdo con los fariseos. Echagüe, doctor en teología, hecho general por López, de Santa Fe, que se sentaba en los talones a conversar, y hoy gobernador de la aldea donde antes hubo una ciudad. De su instrucción teológica puede dar muestra este trozo de estilo, de una nota oficial suya: «el infrascrito ha leído el contenido de la *sediciosa, anárquica, irritante* carta del *contumaz, salvaje, unitario, logista* Sarmiento…»

El otro es un señor Otero, de Salta, que está nombrado enviado extraordinario a Chile, y a quien Rosas improbó en nota oficial «usar de la y latina en los casos que su gobierno usaba de la y griega», ordenándole abstenerse en adelante de incurrir en ¡desliz tan imperdonable!

Pero cerremos esta dolorosa página de las pérdidas que la República ha hecho de aquella cosecha de claros varones que produjo Córdoba bajo la inspiración del sabio deán. El martirio, el destierro o el envilecimiento, han dado ya cuenta de ellos.

No por haber desaposesionado a los franciscanos de la Universidad y colegio de Monserrat, la lucha de las viejas ideas fue menos tenaz. La edad media se parapetaba en los numerosos claustros, y desde allí, lanzando sus guerrilleros calzados o descalzos, de blanco o de negro uniforme, traía turbadas las familia y las conciencias, espantadas como estaban de que en un colegio se enseñase francés. En España misma, solo a mediados del siglo diecisiete, sino a fines, viose por la primera vez en un libro, una cita en aquel idioma. Acusábase al venerable deán, con sobradísima razón, de estar abriendo el campo a *Voltaire*, *d’Alembert*, *Diderot* y *Rousseau*, y a los jacobinos franceses. Acusábasele con mayor razón de la preferencia que daba al estudio del derecho sobre el de la teología escolástica, dejando así desguarnecida de toda defensa

el alma de sus discípulos contra la temida y posible impiedad. Ni las matemáticas merecían indulgencia, atendida su afinidad con la nigromancia y la magia, que existían aún en algunos doctos cerebros. Era la música distracción mundana, camino de flores que conducía bailando y cantando a la perdición eterna, sin dejar de ser por eso habilidad asaz plebeya, puesto que solo los esclavos de los conventos se ejercitaban en violínes, harpas y guitarras. Últimamente, el deán Funes, cuan blando y suave de carácter era, pues su indulgencia paternal llegó a relajar la disciplina del colegio, había dejado establecer una clase de esgrima que provocaba a las pendencias y desafíos. ¿Pero dónde iba este santo varón, con todas aquellas innovaciones, que traían alborotada la gente tonsurada y la larga cola de beatas que anda siempre en torno de conventos y monasterios? El deán se guardaba para sí su secreto, y seguía adelante su obra. El doctor don Leopoldo Allende, rector del colegio de Loreto, que gozaba de una grande influencia en la ciudad, se opuso formalmente a que sus alumnos asistiesen a las nuevas clases de derecho, matemáticas, francés, geografía, etc. El cancelario de la Universidad llamó al altivo y fanático rector para reconvenirlo, encontrando, sin sorpresa de su parte, que hacía público alarde de la oposición a la reforma, bien apoyados sus razonamientos en textos sagrados que probaban que el sacerdote no debía saber geografía ni francés, para mejor combatir la herejía. Funes salió esta vez de su habitual mansedumbre y lo mandó preso a su colegio de Loreto, orden que afectó tanto al orgulloso rector que cayó desmayado y fue preciso conducirlo en brazos. Pocos días después, el doctor Allende en casa del obispo Orellana, al pie de una boleta de examen de órdenes que rendía el doctor Caballero, de Córdoba, escribió *Doctor Leopoldo All…* y cayó muerto. Como era de temerlo, este triste incidente abultado, desfigurado, fue a engrosar la lista de los cargos contra el innovador, que había quebrantado la fatuidad del ignorante doctor. La vacante que

aquella muerte dejó en el rectorado de Loreto, fue llenada, no obstante, por persona idónea, y la reforma se introdujo entonces sin dificultad.

Por este tiempo, estamos en el año nueve, empezaban a sentirse ligeros movimientos en el mundo político de la España. Ventilábanse con ardor en Chuquisaca entre la audiencia y su presidente Pizarro, los derechos de la *Carlota* al trono de España y América durante la cautividad de Fernando; y Monteagudo, Otero, Bustamante, Postillo y otros porteños o argentinos, no pudieron estorbar los movimientos revolucionarios que retardaban planes que se estaban urdiendo en Buenos Aires y tenían ramificaciones en La Paz, Chuquisaca, Lima y otros puntos de América. Muchos hilos de la trama, sino todos, pasaban por Córdoba bajo la mano suave y entendida del doctor y deán. Su fama de sabiduría, su influencia en el clero, sus relaciones con todos los hombres distinguidos de ambos virreinatos, la reunión misma de tantos alumnos de tan varios países, hacían del célebre deán el centro natural de todos los movimientos preparatorios de la revolución de la independencia.

El primer aviso que se tuvo en Córdoba de la revolución del 25 de mayo de 1810, llegole al deán, circunstancia que lo comprometía sobremanera ante las autoridades reales. Hallábase a la sazón en Córdoba, su amigo el ex-virrey Liniers, y habiéndose reunido una junta para deliberar sobre el cambio obrado en Buenos Aires, a consecuencia de las circulares que el nuevo gobierno enviaba a las provincias, presidida por Liniers y compuesta en su mayor parte de peninsulares, del gobernador Concha, el obispo Orellana, españoles, el deán Funes invitado, como era debido, a dar su voto en tan solemne deliberación, en presencia de su obispo, como ante el cónclave de cardenales Sixto V, arrojó las muletas del disimulo y se declaró americano, argentino, patriota y revolucionario. A su amigo Liniers pudo decirle entonces como Franklin a Lord

Strahane: «vos sois miembro del parlamento y de esa mayoría que ha condenado mi país a la destrucción… Vos y yo fuimos largo tiempo amigos. ¡Vos sois ahora mi enemigo!»

Ni un solo voto reunió el deán en favor de la idea de que se reconociese simplemente la Junta Gubernativa de Buenos Aires. Liniers, el obispo, el general Concha, el coronel Allende, don Victorino Rodríguez, asesor de gobierno y hombre de grande y merecida influencia, apoyados en todos los europeos de Córdoba, y en la momentánea turbación de los ánimos no preparados para golpe tan osado, declararon su oposición al gobierno de Buenos Aires y la guerra al ejército que había salido en protección de las provincias. Pero el mal estaba ya hecho, y lanzado el dardo que dejaba herido de muerte el sistema español. Como en todas las grandes revoluciones, no eran ni decretos, ni soldados los instrumentos que debían preparar los acontecimientos, eran sanciones morales, eran prestigios, principios; la revolución se dirigía al espíritu y no al cuerpo, y el voto único del deán Funes, del sabio americano, era el voto de los pueblos. El deán, mandó ejemplares de su voto a todas las provincias y aun a Lima, sede del más poderoso de los virreinatos, y cuando el virrey Abascal decía en sus proclamas y gacetas que la revolución de Buenos Aires era hecha por unos cuantos hombres perdidos, por algunos *salvajes* criollos, la conciencia pública de un extremo a otro de la América, repetía el nombre del doctor don Gregorio Funes, cancelario de la Universidad de Córdoba, que había educado en las nuevas ideas una generación de atletas. El virrey Abascal, como es frecuente en estos casos, mandó confiscar en el Perú los bienes pertenecientes a los *salvajes* revolucionarios argentinos, ascendiendo la cosecha a cerca de cuatro millones de pesos, en los valores que tenían argentinos residentes en Lima y transeúntes que a la sazón se encontraban con cuantiosos arreos de mulas. Tocole al deán perder sesenta mil pesos de su fortuna, que manejaba su sobrino don Sixto, y

responder por créditos que habían quedado abiertos en Córdoba y Buenos Aires, participando igualmente del contraste don Ambrosio su hermano, don Domingo y otros deudos que poseían grandes intereses en Lima. Un señor Candiote, de Santa Fe, perdió él solo seiscientos mil pesos. Por lo que hace al deán, este golpe de habilidad despótica, sin apartarlo de su propósito, que no se inquieta mucho el cerebro que piensa por la calidad de los alimentos que han de entrar en el estómago, ejerció, sin embargo, una triste influencia sobre los últimos días de su vida. El gobierno español de Córdoba puso en actividad sus medios de acción sobre los otros pueblos para inducirlos a desconocer la Junta Gubernativa de Buenos Aires. Dependían entonces de Salta las ciudades de Santiago del Estero, Tucumán y Catamarca. Era obispo de aquella diócesis, aquel magistral Videla que había pasado del Paraguay a Salta, por apartar de la cabeza de Funes esta mitra; y decidiose por rivalidad con el deán en favor de la pasiva obediencia a los reyes; y el rencoroso obispo apoyado por el gobernador Isasmendi, hubiera arrastrado a aquellas provincias a declararse por la resistencia, si Moldes, Gurruchaga, Castellano, Cordejo y Saravia, amigos y admiradores de Funes, no hubieran hecho viva oposición al desacordado intento, en despecho de la intendencia de Potosí, que se había dejado arrastrar por las sugestiones de Córdoba.

El ejército de Buenos Aires penetró por fin en Córdoba, y la influencia moral del deán Funes y sus principios, empezaron a prevalecer en la ciudad, pudiendo desde entonces extenderse, sin dificultad y sin trabas, sus doctrinas a todas las clases de la sociedad, y diseminarse por las otras provincias. Por esta época, su sobrino, don Juan Luis Funes, miembro de la rama de su familia establecida en San Juan, siendo oficial de milicias, depuso, mediando un discurso hecho al frente de la tropa cívica, a todos los españoles que aún estaban en el servicio público, con lo cual quedaba consumada en San Juan la

revolución iniciada en Buenos Aires y triunfante ya en Córdoba.

Pero aun había campo más digno para que se ejerciese su pacífica influencia. La revolución iniciaba su triunfo abandonándose a movimientos terribles de cólera, señalando ya ilustres víctimas expiatorias, dignas de su culto, y en Córdoba iba a levantarse el altar en que debían ser inmoladas. Es el deán mismo quien nos ha conservado los detalles del suceso.

«La junta —dice—, había decretado cimentar la revolución con la sangre de estos hombres aturdidos, e infundir con el terror un silencio profundo en los enemigos de la causa. En la vigilia de esta catástrofe pude penetrar el misterio. Mi sorpresa fue igual a mi aflicción cuando me figuraba palpitando tan respetables víctimas. Por el crédito de una causa, que siendo tan justa iba a tomar desde este punto el carácter de atroz, y aun sacrílega en el concepto de unos pueblos acostumbrados a postrarse ante sus obispos; por el peligro de que amortiguase el patriotismo de tantas familias beneméritas; en fin, por lo que me inspiraban las leyes de la humanidad, yo me creí en la obligación de hacer valer estas razones, ante don Francisco Antonio Ocampo y don Hipólito Vieytes, jefes de la expedición, suplicándoles suspendiesen la ejecución de una sentencia tan odiosa. La impresión que estos motivos y otros que pudo añadir mi hermano don Ambrosio Funes, produjo el efecto deseado pocas horas antes del suplicio» [25].

Los presos fueron trasladados a Buenos Aires; pero en el camino encontraron en lugar aciago, al terrible Representante del Pueblo, que hizo ejecutar la implacable sentencia de la Junta Gubernativa contra los que habían osado encender la primera chispa de la guerra civil, como si desde entonces hubiesen previsto, que ahí estaba el cáncer que más tarde debía devorar las entrañas de la República.

La Junta Gubernativa para dar sanción a sus actos, había

convocado un congreso de diputados de las provincias, y el deán Funes acudió a Buenos Aires por la ciudad de Córdoba a prestar el concurso de sus luces y de su influencia al nuevo gobierno. ¿Cuáles debían ser las funciones de este congreso? ¿Continuaría la Junta Gubernativa como hasta entonces, ejerciendo el poder bajo la sanción, pero separadamente del congreso incompleto que acaba de reunirse? He aquí un atolladero, de donde no pudieron salir sin desmoralización, y sin dejar hondas brechas abiertas en la armonía de las provincias y de la capital. Traída a discusión la materia, el diputado por Mendoza dijo: «que se incorporasen los diputados a la junta para ejercer las mismas funciones que los vocales que hasta entonces la habían formado».

El secretario de la junta, doctor don Juan José Paso, dijo: «que los diputados de las provincias no debían incorporarse a la junta, ni tomar parte activa en el gobierno provisorio que esta ejercía».

El presidente de la junta, don Cornelio Saavedra, dijo: «que la incorporación de los diputados a la junta no era según derecho; pero que accedía a ella por conveniencia pública».

El secretario de la junta, don Mariano Moreno, dijo: «que considera la incorporación de los diputados en la junta contraria a derecho, y al bien general del Estado, en las miras sucesivas de la gran causa, de su constitución, etc.» [26]

Sobre estos diversos pareceres, y la petición formal que habían hecho los nueve diputados de las provincias, reclamando «el derecho que les competía para incorporarse en la junta provisional, y tomar una parte activa en el mando de las provincias hasta la celebración del congreso que estaba convocado», se decidió la incorporación, formándose un gobierno ejecutivo de veintidós miembros, preñado de tempestades, de celos de provincia, y más que todo, lleno de una inexperiencia candorosa en todo lo que concernía a las

prácticas de los gobiernos libres. «El más influyente de todos los diputados —dice un autor contemporáneo—, y que más concurría a esta falta, Funes, se explica así, en su *Ensayo sobre la revolución*: "dando a los diputados una parte activa en el gobierno, fue desterrado de su seno el secreto de los negocios, la celeridad de la acción y el vigor de su temperamento"». [27]

Pero era aun mayor el cúmulo de males que esta medida y los desaciertos que la provocaron y siguieron, iban a traer para el porvenir de la República. La cuestión apenas despertada en aquella junta indefinible, se diseñó bien claro y se deslindó en la opinión, que se dividió en bandos de *provincialistas* y *ejecutivistas*, germen ya de la cuestión de federales y unitarios que había de engendrar el monstruoso híbrido que se ha llamado *Héroe del Desierto*, porque ha sabido despoblar en efecto a su patria. ¿Qué es ese gobierno, federal o unitario? ¡Que responda él, el torpe!

Como debía esperarse, la convención ejecutiva se desmoralizó bien pronto, viéndose forzada a disolverse por su impotencia, delegando en una comisión los no deslindados poderes, hasta la reunión de una asamblea nacional. El descontento público se cebó bien luego contra la comisión, y una tentativa de subversión, atribuida a influencias de Funes, trajo a este su encarcelamiento. Entonces reapareció en Córdoba la antigua ojeriza con Buenos Aires, a quien disputaba la supremacía la docta ciudad central. El clero de Córdoba, la Universidad y el colegio de Monserrat, en despecho de los *ejecutivistas* que estaban en el gobierno, enviaron sus respectivas diputaciones a Buenos Aires a pedir por la libertad del que llamaban su padre común. El gobierno de Buenos Aires desoyó aquellas peticiones, y la ciudad de Córdoba se echó en la contrarrevolución, apegándose y favoreciéndo a cuanto caudillo quería ahogar la libertad en el crimen, desde Artigas, el bandido montevideano, hasta Bustos, el desertor de Arequito. La lucha de ideas entre las dos ciudades pasó,

degenerándose de la ciudad a la campaña, y el último representante del orgullo doctoral de Córdoba, es hoy un pastor de ganados, gobernador federal.

El deán Funes, olvidado bien pronto por Córdoba y Buenos Aires, por *ejecutivistas* y *provincialistas* a cuyos desmanes no quería prestar su sanción, se consagró al estudio de la historia de su patria, y en 1816 la imprenta de Gandarillas y socios, emigrados chilenos, dio a luz el *Ensayo histórico de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán, escrita por el doctor don Gregorio Funes, deán de la Santa Catedral de Córdoba*, en tres volúmenes en cuarto, y terminada su impresión en 1817, por Benavente, hoy presidente del senado de Chile, que así anduvieron siempre chilenos y argentinos en sus respectivas emigraciones.

Esta obra que venía confeccionando de treinta años atrás, pues ya tocaba a los setenta de edad cuando la publicó, revela que ha sido escrita en los tiempos coloniales, y preparada para recibir el sello de la censura oficial sin mancharla. Hay, sin embargo, en su introducción conceptos dignos de memoria. «Había de llegar por fin —dice el ilustre patriota—, el día en que no fuese un crimen el sentimiento tierno y sublime del amor a la patria. Bajo el antiguo régimen el pensamiento era un esclavo, y el alma misma del ciudadano no le pertenecía. Siempre en acción la tiranía, los vicios de los que nos han gobernado nos servirán de documentos para discernir el bien del mal, y elegir lo mejor». «Los reyes de España, bajo cuyo cetro de acero hemos vivido, temían la *verdad*; el que se hubiese atrevido a proferirla, habría sido tenido por un mal ciudadano, ¡por un traidor! Ya pasó esa época tenebrosa…» [28]

¡Ah, aún no ha pasado para vuestros descendientes, ilustre Funes! ¡La negra nube que pesó sobre las colonias tres siglos, rompiose un día para dejar escapar de su seno el 25 de mayo, Chacabuco, Maipú, la libertad de cultos, y los varios congresos

argentinos, y se cerró otra vez, torva, hedionda, sangrienta! Desde entonces, como antes, se temió la verdad, y el que se atreve a proferirla, es llamado mal ciudadano, traidor. Oíd a vuestro discípulo renegado, el doctor Echagüe, a cuyo asentimiento ha apelado el tirano para fingir que hay una opinión pública que me condena, realizando lo que vuestra ciencia de la historia os había revelado, cuando decíais «que no se nos hable de ratificación de los pueblos; la fuerza en el que manda y la *hipocresía en el que obedece*, caminan por lo común a pasos paralelos» [29]. ¡Precursor ilustre de la revolución!, seguiré yo y seguirán otros tus consejos; «solo para los pueblos pusilánimes —decíais—, sirven de desaliento los peligros; los varoniles cuentan el número de sus esfuerzos por el de sus desgracias; la fortuna entra en el cálculo de las cosas dudosas; no confían sino en su virtud». [30]

En 1819 vuelve a aparecer en la vida pública el deán Funes, presidente del Congreso Constituyente. En el manifiesto en que daba cuenta de los trabajos del congreso que había sancionado la *Constitución de las Provincias Unidas de Sud América*, mandada publicar en 30 de abril de 1819, decía entre otras cosas: «la escasa población del Estado pedía de justicia que nos acercásemos al origen de un mal que nos daba por resultado nuestra común debilidad. Este no era otro que el despotismo del antiguo régimen, cuyos estragos son siempre la *incultura*, la *esterilidad*, y el desierto de los campos. Autorizando el Congreso al supremo Director del Estado, para adjudicar tierras baldías, dio la señal de que se regía por un espíritu reparador»… «La ignorancia es la causa de esa inmoralidad que apoca todas las virtudes, y produce todos los crímenes que afligen las sociedades. El Congreso escuchó con el mayor interés y aprobó la solicitud de varias ciudades, en orden a recargar sus propios haberes, para establecer escuelas de primeras letras, y otras benéficas instituciones. No hay cosa más consoladora que ver propagado el cultivo de la educación

pública. Los trabajos consagrados por el supremo Director del Estado al progreso de las letras en los estudios de esta capital, y los que se emplearon en las demás provincias, servirán con el tiempo para formar hombres y ciudadanos. Sensible el Congreso a sus laudables conatos, aplicó la parte del erario en las herencias transversales a la dotación de los profesores». [31]

Este era el último acto de la vida pública del deán Funes. En pos del congreso constituyente venía aquella descomposición de la vieja sociedad, aquella lucha de todos los elementos de organización, aquel frenesí que llevaba a la discusión a bayonetazos en las calles de Buenos Aires, la resolución de las más frívolas personalidades, y que terminó en 1820 con el triunfo de Martín Rodríguez, y el principio de una nueva era de nuestra historia. Había dicho al principio que los hombres de la época de Funes tenían dos caras, dos existencias, una colonial, otra republicana. Desde Martín Rodríguez adelante, esta generación intermediaria se oscurece y anonada en presencia de hombres nuevos, que parece no han conocido las colonias; porvenir puro, si es posible decirlo, pues no tienen en cuenta nada de lo pasado. El deán Funes comprende menos lo que se pasa desde entonces a su vista, como no es ya comprendido él, ni estimado por la nueva generación de literatos, de escritores, filósofos, poetas y políticos que se eleva. Su papel tan grande, tan espectable en 1810, se apoca, se anonada en presencia de la olvidadiza ingratitud de la generación próxima, ¿ni qué podía quedar ya para el anciano cancelario de la universidad de Córdoba, y diputado a aquellos primeros congresos, ensayos casi infantiles de la impericia gubernativa? Su estado lo alejaba de los negocios seculares, su edad apartaba de su mente la idea de esperar del tiempo la realización de todo designio, y hay hombres a quienes nada puede salvar de la muerte, porque se ha modificado la atmósfera en que se habían desenvuelto.

Todavía circunstancias accidentales precipitaban en los

ánimos su decaimiento. La reacción de Córdoba, que a nombre suyo, y por laudables motivos había sido preparada por él en 1812, se había ensañado contra él mismo, en sus extravíos posteriores. El virrey Abascal le había quitado toda su fortuna, la catedral de Córdoba renegado a su deán, y él, que durante tantos años había sido la gloria de sus letras, la joya de su coro y el arbitro del destino de tantos hombres, desde 1809 adelante, tuvo para vivir necesidad de vender uno a uno los libros de su biblioteca, deshacerse de su enciclopedia francesa tan estimada y rara entonces, desbaratar su colección de raros manuscritos, cambiando por pan para el cuerpo lo que había servido para alimentar su alma. Aquella moralidad que le había permitido encabezar la más difícil de las reformas, que es aquella que cambiando el objeto y la idea de la ciencia, deja ignorante y sin valimiento a una generación entera, flaqueaba esta vez en los conflictos de una vida miserable, sin rehabilitación posible, sin objeto ya, y trasplantada a otro terreno. Háblase de pasiones amorosas encendidas en aquel corazón que había ya resistido a sus seducciones durante sesenta y cinco años; y cuando la pobreza suma había entrado a su hogar, una mujer vino a apartar de aquel espíritu fuerte, la desesperación que sucede al desencanto. ¡Debilidad humana! si estos hechos merecen consignarse en el recuerdo de los contemporáneos, debemos agradeceros, que hubieseis atacado el cadáver del ilustre reformador, después que estuvieron consumados los frutos de su alta y noble misión.

Otra circunstancia aun venía a amenguar en la opinión pública su antiguo valimiento. La cosmopolita república que había palpitado con todas las emociones de la América, y hallado por tanto tiempo su sangre y sus tesoros tan bien empleados en Chile, como en Montevideo, en Lima como en su propio seno, empezaba entonces a concentrarse en sí misma para darse una nacionalidad argentina. A su paso había encontrado un hombre grande en gloria, en servicios a la

independencia, que en influencia sobre la América pretendía oscurecerla y anonadarla; aquel hombre grande y aquella república habían empezado a odiarse y a perseguirse. El anciano deán no comprendía nada de estas exclusiones y de aquellas antipatías, y como si aún estuviera en el siclo de oro de la revolución, cuando se aunaban en un propósito los colonos, ya residiesen en Charcas, Buenos Aires o Santiago de Chile, aceptaba candorosamente el cargo de agente caracterizado de Bolívar en la República Argentina, y en recompensa la renta de un deanato en Charcas, sustraída por aquél a la circunscripción de las Provincias Unidas del Río de la Plata; hartos motivos todos y sobrados para justificar la decadencia de su influjo en los dominios de la política.

Su reputación literaria no debía escapar tampoco a la lima del tiempo y del progreso. Tenemos una preocupación en América, que hace a hombres bien intencionados dar suma importancia al estudio de nuestra historia de colonos. Pero aquella historia ha sido repudiada por la revolución americana, que es la negación y la protesta contra la legitimidad de los hechos y la rectitud de las ideas del pueblo de que procedemos. Norteamérica se separaba de la Inglaterra sin renegar la historia de sus libertades, de sus jurados, sus parlamentos y sus letras. Nosotros, al día siguiente de la revolución, debíamos volver los ojos a todas partes buscando con qué llenar el vacío que debían dejar la inquisición destruida, el poder absoluto vencido, la exclusión religiosa ensanchada.

Una historia de las colonias para incorporarse en nuestra vida actual, necesita, pues, un grande y severo estudio de nuestro modo de ser, y el *Ensayo de la historia civil del Paraguay* estaba muy lejos de llenar aquellas condiciones. Nutrido su autor de la lectura de cerca de cuarenta cronistas que sobre aquellas regiones han hablado, flaqueaba su trabajo por la parte crítica, dejándose llevar del pésimo gusto de los antiguos historiadores de las cosas americanas, de intercalar

prodigios, milagros y patrañas de su invención o recogidas entre las vulgares tradiciones, en la narración de hechos, que por ser mezquinos y materiales, alejan toda simpatía y cansan la curiosidad del lector. Añádase a esto que el autor usa de los tesoros de su erudición, tanto en las americanas crónicas, como en los libros clásicos de la Europa, que casi él solo poseía, con un total olvido de que escribía en el albor de una época que iba a poner al alcance de todos, los elementos mismos de su saber. Así, el lector empezó a percibirse en muchos de sus trabajos de que ocurrían frases, períodos, que ya habían sonado gratos a sus oídos, y páginas que los ojos se acordaban de haber visto. Sobre el deán Funes ha pesado el cargo de plagiario, que para nosotros se convierte más bien que en reproche, en muestra clara de mérito. Todavía tenemos en nuestra literatura americana autores distinguidos que prefieren vaciar un buen concepto suyo, en el molde que a la idea imprimió el decir clásico de un autor esclarecido. García del Río es el más brillante modelo de aquella escuela erudita, que lleva en sus obras incrustados como joyas, trozos de amena literatura y pensamientos escogidos. Una capa anterior a este bello aluvión de los sedimentos de la buena lectura dejó la compilación, la apropiación de los productos del ingenio de los buenos autores a las manifestaciones del pensamiento nuevo. Campmany, en España, pertenece a esta familia de escritores que traducen páginas francesas y las emiten a la circulación bajo la garantía de su nombre y engalanadas con el ropaje de un lenguaje castizo; el *Médico a palos* de Moratín era *le médecin malgré lui* de Molière.

Aquello, pues, que llamamos hoy plagio, era entonces erudición y riqueza; y yo prefiriera oír segunda vez a un autor digno de ser leído cien veces, a los ensayos incompletos de la razón y del estilo que aún están en embrión, porque nuestra inteligencia nacional no se ha desenvuelto lo bastante, para rivalizar con los autores que el concepto del mundo reputa

dignos de ser escuchados.

Los escritos del deán Funes muestran que hubiera podido vivir sin tomar de nadie nada de prestado. Así lo juzgaron jueces competentes, entre ellos el obispo Grégoire, que rindiendo el más alto homenaje a su talento y vasta instrucción, motivó con su crítica la refutación del deán Funes sobre el papel que Las Casas había desempeñado en la propagación de la esclavatura; querella literaria sostenida con lucimiento y cortesanía desde Francia y Buenos Aires, y que hizo conocer en Europa la obra del deán Funes, que le había dado motivo.

En medio de tantas atenciones profanas, su ciencia de las cosas sagradas no quedó ociosa tampoco, dedicando a Bolívar su refutación de *Un proyecto de Constitución religiosa*, propuesto por el señor Llorente, sabio español, célebre por sus *Anales de la Inquisición*.

Ensayose en la biografía, tomando por asunto la interesante vida del general Sucre, en lo que servía sus predilecciones por Bolívar.

Rivadavia encargó al anciano deán la traducción de la obra de Daunou, *Ensayo sobre las garantías individuales que reclama el estado actual de la sociedad*, con cuyo motivo decía en el prólogo, en nota del traductor, elogiando aquella solicitud de un gobierno de propagar entre sus gobernados los principios que sirven de sustentáculo a la libertad: «no hay tirano tan incauto que abra los ojos a aquellos a quienes tiraniza y les ponga las armas en las manos con que lo deban combatir». Acompañó su trabajo de anotaciones propias, muchas de ellas de un raro mérito. Parece estudiada esta observación colocada al fin de la nota 2.ª: «el temor de las leyes es saludable; el temor a los hombres, es origen funesto y fecundo de crímenes». ¡Cuán amarga confirmación ha tenido este axioma en su pobre patria, ahora que la voluntad de un estúpido brutal es la suprema ley del Estado! Su tolerancia en

materias religiosas, la ha dejado expresada con una profundidad de miras que sorprende en su nota 8.ª, que merecería ser reproducida íntegramente: «la emulación en todas materias —dice—, es lo que da un nuevo ser y una nueva vida. Ella ha sido siempre la fuente de un celo ardiente, y de esos generosos sentimientos que elevan el alma y la llenan de una noble altivez y de una confianza magnánima. ¿Quién puede dudar que esta se dejaría sentir en un estado entre profesores de diversos cultos?» y en la nota 13, justificando las reformas necesarias añade: «no hay que temer esas agitaciones que escandalizaron los siglos pasados; el volcán del Vaticano se apagó ya, y pasó el tiempo en que con un pliego de papel se podían conmover los sentimientos de un estado».

El doctor Anchoris, editor de la edición segunda de la traducción de Daunou, aseguró en aquella época a un respetable señor que nos comunica algunas noticias a cerca de Funes, que este había merecido la aprobación del autor francés en cuanto a las doctrinas que rebatió en las notas de la traducción. «Muchas de las opiniones de Ud. —le decía desde París—, son preciosas, y han servido para rectificar mis juicios». En aquellos tiempos, el nuevo y el antiguo mundo estaban anillados por el pensamiento. Rivadavia era el amigo y el corresponsal de Lafayette y de Bentham, cuyas máximas de derecho se enseñaban en la universidad de Buenos Aires; y el deán Funes, levantaba la cabeza hasta la altura de Grégoire y de Daunou, con quienes discurría de igual a igual.

También redactó el *Argos* en Buenos Aires, cerca de cuatro años, por proporcionarse medios de vivir, y en aquella colección de escritos puede el lector entendido encontrar reflejadas las preocupaciones de la época, y el tinte especial del prisma de su inteligencia.

Después de estos trabajos el ilustre patriota se eclipsa entre los dolores de la vejez, de la miseria y el olvido. El deán Funes hacía tiempo que había muerto en la opinión de sus

contemporáneos, no obstante que las colonias no han presentado quizá vida más larga ni más completamente llenada. Sus trabajos literarios pueden ser por el progreso de las luces eclipsados, no obstante que su *Ensayo* es hasta hoy la única historia escrita de la colonización de las comarcas a que se contrae, la única que la Europa ha recibido de la América, mostrando este hecho cuán fácil y pretenciosa es la crítica que destruye, sin poner nada en cambio de lo que declara de poca ley. Sus teorías políticas han pasado con su época, y sus trabajos en congresos y gobiernos, confundido su nombre en el catálogo de tantos otros ilustres obreros; pero su reforma de los estudios de la universidad de Córdoba, la rara inteligencia que mostró en época en que tan pocos conocían en América el nuevo campo en que se había lanzado la inteligencia humana, constituyen al deán Funes el precursor de la revolución americana en su manifestación más bella, en reformador de las ideas coloniales; y en este sentido su lugar en la historia no debe ceder en nada la preferencia a Bolívar, Moreno, San Martín y tantas otras poderosas palancas de acción. Son muchos los que pueden pararse en medio del camino de la historia para hacerla sesgar por el rumbo que le señalan las ideas nuevas, poquísimos, empero, los que tienen la previsión de tomar la inteligencia misma para inocularla un principio grande, y lanzarla en el mundo a dar nueva faz a los pueblos; y el célebre deán pertenece a este número. ¡Cuántos esfuerzos debió costarle la realización de su pensamiento! ¡Cuánto amor para fecundarlo! ¡Cuánta entereza para llevarlo a cabo! ¿Y a quién, sino a él le ha cabido la gloria de sembrar la semilla, y ver florecer la planta, aunque hubiesen de clavar sus manos las espinas de que venía rodeada?

En 1830 preludiaba una nueva era en la historia de la República Argentina, indecisa aún como la frontera que divide dos naciones distintas. A la década de la independencia, que alcanzó hasta el congreso de 1819, se había seguido la de la

libertad hasta 1829; a ésta se sucedía otra, preñada de amenazas y de peligros. El aire se había sosegado ya de traer a los oídos las detonaciones del combate de los partidos: habíase disipado la densa nube de polvo de las masas de jinetes que Rosas había empujado sobre la altiva Buenos Aires para compelerla a recibirlo. En una de esas noches tristemente tranquilas que ofrecen las capitales después de sometidas, paseábase el más que octogenario deán Funes en las callejuelas tortuosas del Vauxhall, jardín inglés en el corazón de Buenos Aires, fundado por una sociedad como lugar de recreo y propiedad entonces de Mr. Wilde, que lo había creado. Aquel espacio de tierra cultivado con la gracia del arte inglés, aquellas flores que se combinan con arbustos florescentes, aquellos zotillos en que la mano del hombre remeda las gracias de la naturaleza, eran hasta entonces el mejor contraste que la cultura europea podía hacer con la desierta pampa; era un fragmento de la Europa trasportado a la América, para mostrarle cuál deben ostentarse un día sus campañas, cuando al abandono de la naturaleza silvestre, se haya sucedido la ciencia y los afanes del labrador inteligente. Al Vauxhall acudían las familias de Buenos Aires a creerse civilizadas, en medio de aquellos árboles, frutas y flores tan esmeradamente cultivadas; a Vauxhall pedían circo y espectadores los equilibristas, equitadores y saltimbanquis que llegaban de Europa; a Vauxhall, en fin, asistía de vez en cuando el octogenario deán Funes a aspirar los últimos perfumes de la vida, a engañar sus miradas y sus oídos en aquel oasis de civilización que tardaba en extender sus ramificaciones sobre el agreste erial de la pampa; y en aquellas callejuelas sinuosas que esconden a la vista una sorpresa convidando a la plácida contemplación de la naturaleza, rodeado de aquella familia póstuma a su vida pública, a las virtudes de su estado y aun a la edad ordinaria de las emociones más suaves del corazón, al aspirar el perfume de una flor, el deán se sintió morir, y lo dijo

así a los tiernos objetos de su cariño, sin sorpresa, y como de un acontecimiento que aguardaba. Murió a pocos minutos, en los últimos días de la república que él había mecido en su cuna, en el seno de la naturaleza, menos feliz que Rousseau, que dejaba la tierra preñada de un germen fecundo que no debía ver agotarse. Moría la víspera de triunfar Rosas, divisando a lo lejos la sangrienta orla de llamaradas que anunciaba la vuelta del *antiguo régimen*, rejuvenecido, barbarizado en el caudillo salvaje de la pampa, como si hubiese querido salirse del teatro de la vida en que tan horrible drama iba a representarse; como si cerrase los ojos para no ver a sus discípulos los Carriles, Alsinas, Varelas, Gallardos, Ocampos, Zorrillas proscritos; las universidades cerradas, envilecida la ciencia, y una página horrible de baldón agregada a la historia que él había escrito. Un día iré a buscar con recogimiento religioso, entre otras tumbas de patriotas, el lugar que ocupa la que un decreto mandó erigir a su memoria.

El obispo de Cuyo

José Manuel Eufracio de Quiroga Sarmiento, hijo de doña Isabel Funes y de don Ignacio Sarmiento, hoy obispo de Cuyo, rayando en los setenta y tres años, es uno de los caracteres más modestos que pueden ofrecerse a la consideración de los hombres.

A mediados del siglo pasado el apellido Sarmiento se extingue en San Juan por la línea masculina. Entonces los hijos de una señora doña Mercedes Sarmiento y de un Quiroga, toman el apellido de la madre, tradición que perpetúa el actual obispo de Cuyo, apellidándose de Quiroga Sarmiento. En 1650 encuéntrase en los archivos, registrado el nombre de una señora doña Tránsito Sarmiento; de ahí para adelante se me pierde la traza de esta familia, y los más laudables esfuerzos de mi parte no han alcanzado a ligarla al adelantado Sarmiento, fundador de la colonia de Magallanes, de aciaga memoria, no obstante haber tradición de que los Sarmientos de San Juan eran vizcaínos como aquél. Habría saltado de contento de haber podido referir a tan noble origen mis esfuerzos por repoblar el estrecho. Entonces reclamaría como propiedad de familia, aquel imponente pico llamado Monte Sarmiento que alza su majestuosa frente en la punta de la América del Sud, contemplando ambos mares, desolado por las tormentas del Cabo, y engalanado de cascadas sublimes que se despeñan al mar desde sus cimas. Pero, debo decirlo en conciencia, no me

considero con títulos suficientemente claros para tan altas y polares pretensiones.

El obispo Sarmiento es simplemente un viejo soldado de la iglesia, que ha hecho centinela durante medio siglo a la puerta de la casa del Señor, sin que los trastornos de que ha sido testigo, lo hayan distraído un momento de sus tareas evangélicas. Clérigo, sotacura, vicario sufragáneo, cura rector, deán y obispo de aquella iglesia matriz y después catedral de San Juan, él ha sido el administrador solícito en la conservación del templo, el ejecutor pasivo de los progresos obrados por otros más osados. Su vida pública se liga solo a las grandes calamidades que han pesado sobre San Juan; entonces el cura es el representante nato del pueblo, la iglesia el refugio de los perseguidos, y el obispo el paño de lágrimas de los que padecen. Cuando el número 1 de cazadores de los Andes se sublevaba, cuando Carrera invadía con su espantable montonera, cuando Quiroga erizaba la plaza de banquillos, en todos los días de conflicto, la casa del cura o del obispo, era el campo neutro en que perseguidores y perseguidos, verdugos y víctimas, podían verse sin temor y sin saña. He aquí toda la historia política de este hombre, miembro y jefe de todas las comisiones enviadas por el pueblo delante de todos los opresores, a pedir gracia por las familias; gobernador de la ciudad en los días de acefalía, a la mañana siguiente de una derrota, la víspera de la entrada del enemigo, en aquellas tristes horas en que la luz del sol parece opaca, y se aguza instintivamente el oído para escuchar rumores que se espera oír a cada momento, como ruido de armas, como tropeles de caballos, como puertas que despedazan, como alaridos de madres que ven matar a sus hijos.

Y sin embargo del modesto papel de este tímido siervo, hay en San Juan una historia suya escrita en caracteres indelebles, la única que las pasiones del momento no amancillan, la única que sobrevive a las vicisitudes de la opinión, más destructoras

que las del tiempo mismo. Lo que hoy es catedral de San Juan, fue antes el templo de la Compañía de Jesús, hermoso edificio de arquitectura clásica, correctísima en el interior, si bien su frontis terminado más tarde, es menos severo, aunque gracioso. Todos los antiguos templos de San Juan han desaparecido uno a uno, desmoronados por la incuria, desiertos por la muerte natural de las órdenes religiosas que atraían a los fieles a frecuentarlos con sus novenas, maitines y solemnidades. La construcción civil y religiosa ha tenido un día en San Juan en que ha hecho alto, para que comenzase desde entonces la destrucción rápida que la barbarie de los que gobiernan obra por todas partes. La *pirámide* de Jufré fue la última obra pública acabada; las casas consistoriales construidas en 1823, en la esquina de la plaza y a punto de terminarse, son hoy un hediondo montón de ruinas, guarida de sabandijas; y archivos públicos, imprenta, hospitales, escuela de la patria, alamedas, todo ha sucumbido en veinte años, todo ha sido destruido, robado, aniquilado. En medio de esta disolución universal, de aquel destrozo de todo cuanto es de la incumbencia de la autoridad pública conservar y mejorar, grande esfuerzo habría sido resistir al mal espíritu dominante; pero es muestra sublime de consagración la de aquella autoridad que ella sola adelanta, mientras las otras dejan destruir o impulsan la destrucción; y este es el raro mérito del doctor don José Manuel Eufracio de Quiroga Sarmiento, ya sea que se le haya apellidado cura, deán u obispo de la iglesia encargada a su cuidado. En 1824 emprendió estucar el hermoso frontis, y levantar la segunda torre que había quedado sin terminar. En 1826, encomendó a don Juan Espada, herrero y armero español de extraordinario mérito, la construcción de una gran puerta de hierro forjado para el bautisterio, que es una obra de arte y la única que puede ostentar San Juan. En 1830 habilitó, parapetándolas de balaustradas, las tribunas que los jesuitas habían preparado entre los claros de las columnas

toscanas que embellecen de distancia en distancia los lienzos de las murallas del templo, y que en las grandes solemnidades, dan, cuando llenas de gente, graciosa animación al espectáculo. En el entretanto reunía una colección exquisita de ornamentos bordados de realce, como pocas catedrales pueden ostentar hoy en América, figurando entre ellos los ternos de un fastuoso cardenal de Roma, que se hizo procurar. Las columnas han sido revestidas de colgaduras en 1847, y artistas italianos fueron llamados de Buenos Aires no ha mucho, para renovar o completar el dorado de los altares que son de una construcción elegantísima; y la catedral hoy en su ornato, belleza y frescura, se muestra como el único oasis de civilización y de progreso, en aquella malhadada provincia que desciende a pasos rápidos a aldea, indigna de ser habitada por hombres cultos.

Dícese que el anciano obispo ha testado ya en favor de su iglesia, como aquellos navegantes que han envejecido mandando su buque, y hacen al casco su legatario universal; y a punto estoy de perdonarle esta que parecería extraviada caridad con la compañera de su vida, el instrumento de su elevación, y el objeto de sus desvelos durante medio siglo de existencia. Es preciso que en la sociedad haya virtudes de todo género, y no hay que exigirle, aunque nos dañe, al que ejerce una especial, que atienda a un tiempo a todas las otras.

El antes cura Sarmiento, ha confesado cuatro horas al día durante cuarenta años; cantado la misa del sacramento todos los jueves; predicado todos los domingos, no obstante su tartamudeo, a veces invencible; diversificando este trabajo diario, uniforme como el de las ruedas de un reloj, con la conmemoración de las *ánimas*, el *Corpus*, la semana santa y las funciones de San Juan Bautista, patrono de la ciudad, y la solemne de San Pedro, con su correspondiente banquete dado a los magnates del vecindario; y como si estas tareas no fuesen bastantes a desobligar su celo, a la *escuela de Cristo* instituida por él, añadió después la *salve*, cantada los sábados, tierna

devoción que dejaron huérfana los frailes dominicos, cuando se desbandaron después de la destrucción del templo, y que él recogió y trajo a su casa para honrarla. Otro tanto hizo con la *vía sacra*, que se celebraba en la iglesia de Santa Ana, y que hubo de interrumpirse por la ruina de aquel edificio.

Comenzó a enseñarme a leer mi tío a la edad de cuatro años; fui su monacillo durante mi infancia, y en los últimos años de mi residencia en San Juan su sobrino predilecto, atributo que conservo sin duda hasta hoy, si no es que el pobre viejo, sobre cuyos nervios obra tan fácilmente el miedo, no se lastimara de verme expuesto a quedar un día en las astas del toro, como les ha sucedido a tantos otros que han pagado caro el tener un alma más bien puesta que la del afortunado tirano que me fuerza a contar todas estas cosas.

El obispado que su antecesor el Iltmo. Oro había creado, no ha ganado mucho durante la administración del segundo obispo de Cuyo. La sublevación contra las disposiciones de la Santa Sede obrada en 1839, por el doctor don Ignacio de Castro Ramos, continúa hasta hoy. Las provincias de Mendoza y San Luis no reconocen circunscripción alguna en el mapa de la geografía católica. Separadas por el papa de la diócesis de Córdoba, no han querido reconocer como cabeza de la iglesia al obispo de Cuyo. Alienta y santifica estas querellas, el espíritu de aldea, que hace cuestión de amor propio provincial, pertenecer a la jurisdicción de Córdoba con preferencia a la de San Juan; y tal es la subversión de las ideas, que personas timoratas y aun el clero, viven en paz con su conciencia, en aquel estado de cisma y acefalía que no tiene razón que pueda justificar. Este asunto ha sido una fuente inagotable de pesares y de disgustos que han agriado la vida del anciano obispo.

Debido a estos pueriles disentimientos, el obispado que tantos bienes preparaba, ha sido una manzana de discordia echada en aquellos pueblos. Tengo entendido que entre las bulas del obispo hay una general y como inherente a la

fundación del obispado, para celebrar matrimonios mixtos, en cambio de una prohibición de no permitir libertad de cultos, prohibición que viola el tratado con Inglaterra, como lo hizo notar Rosas al gobernador de San Juan. El ilustrísimo Oro, fundador del obispado, manifestó en 1821 al canónigo don Julián Navarro, de la catedral de Santiago, de cuya boca lo he obtenido, su firme creencia de que la iglesia no podía oponerse a las leyes civiles, que asegurasen el libre ejercicio de su culto a los cristianos disidentes, habiéndole suministrado datos y razones en qué fundar el escrito titulado: *El sacerdote Cristófilo, Doctrina moral cristiana, sobre los funerales de los protestantes*, que dicho canónigo dio a luz en defensa de un decreto de O'Higgins, que permitía establecer en Santiago y Valparaíso cementerios para protestantes, y contra cuya medida habían elevado una representación treinta y nueve sacerdotes de Santiago, empeñados, en su celo extraviado, en negar sepultura a los hombres que no habían nacido católicos, y tuviesen la desgracia de morir en Chile. Recuerdo estos antecedentes, porque no ha mucho se ha negado en San Juan dispensa al único extranjero protestante que la ha solicitado para contraer matrimonio con una señorita de Mendoza, sin abandonar su culto; y aunque este acto esté muy en los instintos de exclusión que nos han legado nuestros padres, no es menos funesto para la población de aquellos países, y establecimiento en ellos de europeos industriosos, morales e inteligentes. El señor Cienfuegos, obispo más tarde de Concepción, dio en caso semejante, en 1818, por causal de la dispensa, la escasez de población; y esta será siempre una razón que militará en su abono en los pueblos americanos.

La historia de mi madre

Siento una opresión de corazón al estampar los hechos de que voy a ocuparme. La madre es para el hombre la personificación de la Providencia, es la tierra viviente a que adhiere el corazón, como las raíces al suelo. Todos los que escriben de su familia, hablan de su madre con ternura. San Agustín elogió tanto a la suya, que la Iglesia la puso a su lado en los altares; Lamartine ha dicho tanto de su madre en sus *Confidencias*, que la naturaleza humana se ha enriquecido con uno de los más bellos tipos de mujer que ha conocido la historia; mujer adorable por su fisonomía y dotada de un corazón que parece insondable abismo de bondad, de amor y de entusiasmo, sin dañar a las dotes de su inteligencia suprema que han engendrado el alma de Lamartine, aquel último vástago de la vieja sociedad aristocrática que se transforma bajo el ala materna para ser bien luego el ángel de paz que debía anunciar a la Europa inquieta el avenimiento de la república. Para los efectos del corazón no hay madre igual a aquella que nos ha cabido en suerte; pero cuando se ha leído páginas como las de Lamartine, no todas las madres se prestan a dejar en un libro esculpida su imagen. La mía, empero, Dios lo sabe, es digna de los honores de la apoteosis, y no hubiera escrito estas páginas, sino me diese para ello aliento el deseo de hacer en los últimos años de su trabajada vida, esta vindicación contra las injusticia de la suerte. ¡Pobre mi madre!

En Nápoles, la noche que descendí del Vesubio, la fiebre de las emociones del día me daba pesadillas horribles, en lugar del sueño que mis agitados miembros reclamaban. Las llamaradas del volcán, la oscuridad del abismo que no debe ser oscuro, se mezclaban qué se yo a qué absurdos de la imaginación aterrada, y al despertar de entre aquellos sueños que querían despedazarme, una idea sola quedaba tenaz, persistente como un hecho real: ¡mi madre había muerto! Escribí esa noche a mi familia, compré quince días después una misa de *réquiem* en Roma, para que la cantasen en su honor las pensionistas de Santa Rosa, mis discípulas, e hice el voto y perseveré en él mientras estuve bajo la influencia de aquellas tristes ideas, de presentarme en mi patria un día, y decirle a Benavídez, a Rosas, a todos mis verdugos: vosotros también habéis tenido madre, vengo a honrar la memoria de la mía; haced, pues, un paréntesis a las brutalidades de vuestra política, no manchéis un acto de piedad filial. ¡Dejadme decir a todos, quién era esta pobre mujer que ya no existe! ¡Y, vive Dios, que lo hubiera cumplido, como he cumplido tantos otros buenos propósitos, y he de cumplir aun muchos más que me tengo hechos!

Por fortuna, téngola aquí a mi lado, y ella me instruye de cosas de otros tiempos, ignoradas por mí, olvidadas de todos. ¡A los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado la cordillera de los Andes, para despedirse de su hijo, antes de descender a la tumba! Esto solo bastaría a dar una idea de la energía moral de su carácter. Cada familia es un poema, ha dicho Lamartine, y el de la mía es triste, luminoso y útil, como aquellos lejanos faroles de papel de las aldeas, que con su apagada luz enseñan, sin embargo, el camino a los que vagan por los campos. Mi madre en su avanzada edad, conserva apenas rastros de una beldad severa y modesta. Su estatura elevada, sus formas acentuadas y huesosas, apareciéndo muy marcados en su fisonomía los juanetes, señal de decisión y de energía, he aquí todo lo que de su exterior merece citarse, sino

es su frente llena de desigualdades protuberantes, como es raro en su sexo.

Sabía leer y escribir en su juventud, habiendo perdido por el desuso esta última facultad cuando era anciana. Su inteligencia es poco cultivada, o más bien destituida de todo ornato, si bien tan clara, que en una clase de gramática que yo hacía a mis hermanas, ella de solo escuchar, mientras por la noche escarmenaba su vellón de lana, resolvía todas las dificultades que a sus hijas dejaban paradas, dando las definiciones de nombres y verbos, los tiempos, y más tarde los accidentes de la oración, con una sagacidad y exactitud raras.

Aparte de esto, su alma, su conciencia, estaban educadas con una elevación que la más alta ciencia no podría por sí sola producir jamás. Yo he podido estudiar esta rara beldad moral, viéndola obrar en circunstancias tan difíciles, tan reiteradas y diversas, sin desmentirse nunca, sin flaquear ni contemporizar, en circunstancias que para otros habrían santificado las concesiones hechas a la vida. Y aquí debo rastrear la genealogía de aquellas sublimes ideas morales, que fueron la saludable atmósfera que respiró mi alma mientras se desenvolvía en el hogar doméstico. Yo creo firmemente en la trasmisión de la aptitud moral por los órganos, creo en la inyección del espíritu de un hombre en el espíritu de otro por la palabra y el ejemplo. Jóvenes hay que no conocieron a sus padres, y ríen, accionan y gesticulan como ellos; los hombres perversos que dominan a los pueblos, infestan la atmósfera con los hálitos de su alma, sus vicios y sus defectos se reproducen; pueblos hay, que revelan en todos sus actos quiénes los gobiernan; y la moral de los pueblos cultos que, por los libros, los monumentos y la enseñanza, conservan las máximas de los grandes maestros, no habría llegado a ser tan perfecta, si una partícula del espíritu de Jesucristo, por ejemplo, no se introdujera por la enseñanza y la predicación, en cada uno de nosotros para mejorar la naturaleza moral.

Yo he querido saber, pues, quién había educado a mi madre, y de sus pláticas, sus citas y sus recuerdos, sacado casi íntegra la historia de un hombre de Dios, cuya memoria vive en San Juan, cuya doctrina se perpetúa más o menos pura en el corazón de nuestras madres.

A fines del siglo XVIII, ordenose un clérigo sanjuanino don José Castro, y desde sus primeros pasos en la carrera del sacerdocio mostró una consagración a su ministerio edificante, las virtudes de un santo acético, las ideas de un filósofo, y la piedad de un cristiano de los más bellos tiempos. Era además de sacerdote, médico, quizá para combinar los auxilios espirituales con los corporales, que a veces son más urgentes. Padecía de insomnios o los fingía en la edad más florida de la vida, y pasaba sus noches en el campanario de la matriz sonando las horas, para auxilio de los enfermos; y tan seguro debía estar de sus conocimientos en el arte de curar, que una vez llamado a hacer los honores del entierro de un magnate, descubrió, como tenía de costumbre, el rostro del cadáver, y levantando la mano hizo señal de callar a los cantores, mandando en seguida deponer el cadáver en tierra al aire libre, y rezando en su breviario, hasta que viendo señales de reaparecer la vida, nombrándole en alta y solemne voz por su nombre «levántese —le dijo—, que aún le quedan luengos años de vida», con grande estupefacción de los circunstantes y mayor confusión de los médicos que lo habían asistido, al ver incorporarse el supuesto cadáver, paseando miradas aterradas sobre el lúgubre aparato que le rodeaba.

Vestía don José Castro con desaliño, y tal era su abandono, que sus amigos cuidaban de introducirle ropa nueva, fingiendo que era el fruto de una restitución hecha por un penitente en el confesonario, u otras razones igualmente aceptables. Sus limosnas disipaban todas sus entradas; diezmos, primicias y derechos parroquiales, eran distribuidos entre las personas menesterosas. Don José Castro predicaba los seis días de la

semana; en Santa Ana los lunes, en la Concepción los martes, en los Desamparados los miércoles, en la Trinidad los jueves, en Santa Lucía los viernes, en San Juan de Dios los sábados, y en la Matriz los domingos.

Pero estas pláticas doctrinales, en que sucesivamente tenía por auditorio la población entera de la ciudad, tienen un carácter tal de filosofía, que me hacen sospechar que aquel santo varón conocía su siglo XVIII, su Rousseau, su Feijóo y sus filósofos, tanto como el evangelio.

En los pueblos españoles, más que en ningunos otros de los cristianos, han resistido a los consejos de la sana razón prácticas absurdas, cruentas y supersticiosas. Existían procesiones de santos y mojigangas que hacían sus muecas delante del santísimo sacramento; y penitentes aspados en semana santa, disciplinantes que se enrojecían los lomos con azotes desapiadados; otros enfrenados que se pisaban las riendas al marchar en cuatro pies, y otras prácticas horribles que presentan el último grado de degradación a que puede el hombre llegar. Don José Castro apenas fue nombrado cura, descargó el látigo de la censura y de la prohibición sobre estas prácticas brutales, y depuró el culto de aquellas indignidades.

Existían entonces en la creencia popular duendes, aparecidos, fantasmas, candelillas, brujos y otras creaciones de antiguas creencias religiosas, interpoladas en las de casi todas las naciones cristianas. El cura Castro las hizo desaparecer todas, perseguidas por el ridículo y la explicación paciente, científica, hecha desde la cátedra, de los fenómenos naturales que daban lugar a aquellos errores. Fajábanse los niños, como aún es la práctica en Italia y otros países de Europa, ricos en preocupaciones y tradiciones atrasadas. El cura Castro, acaso con el *Emilio* escondido bajo su sotana, enseñaba a las madres la manera de criar a los niños, las prácticas que eran nocivas a la salud, la manera de cuidar a los enfermos, las precauciones que debían guardar las embarazadas, y a los maridos en

conversaciones particulares o en el confesonario, enseñaba los miramientos que con sus compañeras debían tener en situaciones especiales.

Su predicación se dividía en dos partes, la primera sobre los negocios de la vida, sobre las costumbres populares, y su crítica, hecha sin aquella grosería de improbación que es común en los predicadores ordinarios, obraba efectos de corrección tanto más seguros, que venían acompañados de un ridículo lleno de sal y de espiritualidad, a punto de ser general la risa en el templo, de reír él mismo a llenarse los ojos de lágrimas, para añadir en seguida nuevos chistes que interrumpían la plática; hasta que el inmenso concurso atraído por los goces deliciosos de esta comedia, descargado el corazón de todo resabio de mal humor, tranquilizado el ánimo, el sacerdote decía, limpiándose el rostro: vamos hijos, ya nos hemos reído bastante, prestadme ahora atención: *por la señal de la santa Cruz...* etc.; y a continuación venía el texto del evangelio del día, seguido de un torrente de luz plácida y serena, de comentarios morales, prácticos, fáciles, aplicables a las situaciones todas de la vida. ¡Ay! y qué lástima es que aquel Sócrates, propagador en San Juan de los preceptos más puros de la moral evangélica, no haya dejado nada escrito sobre su interpretación del espíritu de nuestra religión, hallándose solo en los recuerdos de las gentes de su época, fragmentos inconexos y que demandan perspicacia, estudio y discernimiento para darles forma de doctrina seguida. La religión de mi madre es la más genuina versión de las ideas religiosas de don José Castro, y a las prácticas de toda su vida, apelaré para hacer comprender aquella reforma religiosa intentada en una provincia oscura, y donde se conserva en muchas almas privilegiadas. Alguna vez mis hermanitas solían decir a mi madre, recemos el rosario, y ella les respondía: esta noche no tengo disposición, estoy fatigada. Otra vez decía ella: ¡recemos, niñitas, el rosario que tengo tanta necesidad! Y

convocando la familia entera, hacía coro a una plegaria llena de unción, de fervor, verdadera oración dirigida a Dios, emanación de lo más puro de su alma, que se derramaba en acción de gracias, por los cortísimos favores que le dispensaba, porque fue siempre parca la munificencia divina con ella. Tiene mi madre pocas devociones, y las que guarda revelan las afinidades de su espíritu a ciertas alusiones, si puedo expresarme así, de su situación con la de los santos del cielo. La virgen de Dolores es su Madre de Dios, San José, el pobre carpintero, su santo patrón; y por incidencia Santo Domingo y San Vicente Ferrer, frailes dominicos, ligados por tanto a las afecciones de familia por la orden de predicadores; Dios mismo ha sido en toda su angustiada vida el verdadero santo de su devoción bajo la advocación de la Providencia. En este carácter, Dios ha entrado en todos los actos de aquella vida trabajada; ha estado presente todos los días, viéndola luchar con la indigencia, y cumplir con sus deberes. La Providencia la ha sacado de conflictos, por manifestaciones visibles, auténticas para ella. Mil casos nos ha contado para edificarnos, en prueba de esta vigilancia de la Providencia sobre sus criaturas. Una vez que volvía de casa de una hermana suya más pobre que ella, desconsolada de no haber encontrado recursos para el hambre de un día, que había amanecido sin traer consigo su pan, halló sobre el puente de una acequia, en lugar aparente y visible, una peseta. ¿Quién la había conservado allí, si no es la Providencia? Otra vez sufrían ella y sus hijos los escozores del hambre, y a las doce del día abre con estrépito las puertas un peón trayendo un cuarto de res que le enviaba uno de sus hermanos, a quien no veía hacía un año. ¿Quién sino la Providencia había escogido aquel día aciago para traer a la memoria del hermano, el recuerdo de su hermana? Y en mil conjeturas difíciles he visto esta fe profunda en la Providencia no desmentirse un solo momento, alejar la desesperación, atenuar las angustias, y dar a los sufrimientos y a la miseria, el

carácter augusto de una virtud santa, practicada con la resignación del mártir, que no protesta, que no se queja, esperando siempre, sintiéndose sostenida, apoyada, aprobada. No conozco alma más religiosa, y sin embargo, no vi entre las mujeres cristianas otra más desprendida de las prácticas del culto. Confiésase tres veces en el año, y frecuentara menos las iglesias si no necesitara el domingo cumplir con el precepto, el sábado ir a conversar con la virgen, y el lunes encomendar a Dios las almas de sus parientes y amigos. El cura Castro aconsejaba a las madres no descuidar el decoro de su posición social por salir a la calle para ir a misa; debiendo una familia presentarse siempre en público con aquel ornato y decencia que su rango exige; y este precepto practicábalo mi madre en sus días de escasez, con la modestia llena de dignidad que ha caracterizado siempre sus acciones.

Todas estas lecciones de tan profunda sabiduría, eran parte diminuta de aquella simiente derramada por el santo varón, y fecundada por el sentido común y por el sentimiento moral que encontró en el corazón de mi madre.

Para mostrar una de las raras combinaciones de las ideas, añadiré que el cura Castro, cuando estalló la revolución en 1810, joven aún, liberal, instruido como era, se declaró abiertamente por el rey abominando desde aquella cátedra que había sido su instrumento de enseñanza popular, contra la desobediencia al legítimo soberano, prediciendo guerras, desmoralización y desastres que por desgracia el tiempo ha comprobado. Las autoridades patriotas tuvieron necesidad de imponer silencio a aquel poderoso contrarrevolucionario; la persecución se cebó en él, por su pertinacia fue desterrado a las Brucas, de triste recuerdo, y volvió de allí a pie hasta San Juan, herido de muerte por la enfermedad que terminó sus días. Sepultose en Angaco, y allí, en la miseria, en la oscuridad, abandonado e ignorado de todos, murió besando alternativamente el crucifijo y el retrato de Fernando VII, el

deseado. Mostrómelo llorando una vez mi madre, al pasar cerca de él por la casa de su refugio, y algunos años después, a fuer de muchacho que anda rodando por los lugares públicos, vi desenterrar su cadáver, enjuto, intacto, y hasta sus vestiduras sacerdotales casi inmaculadas. Reclamó una de sus hermanas el cadáver, y durante muchos años ha sido mostrado a las personas que obtenían tanta gracia, para contemplar todavía aquellas facciones plácidas, en cuya boca parece que un chiste se ha helado con el frío de la muerte, o que algún consejo útil a las madres, alguna receta infalible de un remedio casero, o bien una buena máxima cristiana, se han quedado encerrados en su pecho, por no obedecer ya su lengua ni sus labios endurecidos por la acción de la tumba, que ha respetado sus formas, como suele hacerlo con las de los cuerpos que han cobijado el alma de un santo. Recomiendo a mi tío obispo de Cuyo, recoger esta reliquia y guardarla en lugar venerando, para que sus cenizas reciban reparación de los agravios que a su persona hicieron las fatales necesidades de los tiempos.

La posición social de mi madre estaba tristemente marcada por la menguada herencia que había alcanzado hasta ella. Don Cornelio Albarracín, poseedor de la mitad del valle de Zonda y de tropas de carretas y de mulas, dejó después de doce años de cama, la pobreza para repartirse entre quince hijos, y algunos solares de terrenos despoblados. En 1801 doña Paula Albarracín, su hija, joven de veintitrés años, emprendía una obra superior, no tanto a las fuerzas, cuanto a la concepción de una niña soltera. Había habido en el año anterior una grande escasez de anascotes, género de mucho consumo para el hábito de las diversas órdenes religiosas, y del producto de sus tejidos reunido mi madre una pequeña suma de dinero. Con ella y dos esclavos de sus tías Irrazabales, echó los cimientos de la casa que debía ocupar en el mundo al formar una nueva familia. Como aquellos escasos materiales eran pocos para obra tan costosa, debajo de una de las higueras que había heredado en

su sitio, estableció su telar, y desde allí, yendo y viniendo la lanzadera, asistía a los peones y maestros que edificaban la casita, y el sábado, vendida la tela hecha en la semana, pagaba a los artífices con el fruto de su trabajo. En aquellos tiempos una mujer industriosa, y lo eran todas, aun aquellas nacidas y criadas en la opulencia, podía contar consigo misma para subvenir a sus necesidades. El comercio no había avanzado sus facturas hasta lo interior de las tierras de la América, ni la fabricación europea había abaratado tanto la producción como hoy. Valía entonces la vara de lienzos crudos hechizos, ocho reales los de primera calidad, cinco los ordinarios, y cuatro reales la vara de anascote dando el hilo. Tejía mi madre doce varas por semana, que era el corte de hábito de un fraile, y recibía seis pesos el sábado, no sin trasnochar un poco para llenar las canillas de hilo que debía desocupar al día siguiente.

Las industrias manuales poseídas por mi madre son tantas y tan variadas, que su enumeración fatigaría la memoria con nombres que hoy no tienen ya significado. Hacía de seda suspensores; pañuelos de mano de lana de vicuña para mandar de obsequio a España, a algunos curiosos, y corbatas y ponchos de aquella misma lana suavísima. A estas fabricaciones de telas se añadían añasjados para albas, randas, miñaques, mallas, y una multitud de labores de hilo que se empleaban en el ornato de las mujeres y de los paños sagrados. El punto de calceta en todas sus variedades y el arte difícil de teñir, poseyolo mi madre a tal punto de perfección, que en estos últimos tiempos se la consultaba sobre los medios de cambiar un paño grana en azul, o de producir cualquiera de los medios tintes oscuros del gusto europeo, desempeñándose con tan certera práctica, como la del pintor que tomando de su paleta a la ventura colores primitivos, produce una media tinta igual a la que muestra el modelo. La reputación de omnisciencia industrial la ha conservado mi familia hasta mis días; y el hábito del trabajo manual, es en mi madre parte integrante de su existencia. En

1842, en Aconcagua, la oímos exclamar: ¡esta vez es la primera de mi vida que me estoy mano sobre mano! y a los setenta y seis años de su edad, es preciso para que no caiga en el marasmo, inventarla quehaceres al alcance de su fatigada vista, no excluyéndose de entre ellos, labores curiosas de mano de que hace aún adornos para enaguas, y otras superfluidades.

Con estos elementos la noble obrera se asoció en matrimonio, ha poco de terminada su casa, con don José Clemente Sarmiento, mi padre, joven apuesto, de una familia que también decaía como la suya, y le trajo en dote la cadena de privaciones y miserias en que pasó largos años de su vida. Era mi padre un hombre dotado de mil calidades buenas, que desmejoraban otras, que sin ser malas, obraban en sentido opuesto. Como mi madre, había sido educado en los rudos trabajos de la época, peón en la hacienda paterna de la *Bebida*, arriero en la tropa, lindo de cara, y con una irresistible pasión por los placeres de la juventud, carecía de aquella constancia maquinal que funda las fortunas, y tenía, con las nuevas ideas venidas con la revolución, un odio invencible por el trabajo material, ininteligente y rudo en que se había criado. Oíle decir una vez al presbítero Torres, hablando de mí: ¡oh, no!; ¡mi hijo no tomará jamás en sus manos una azada! y la educación que me daba, mostraba que era esta una idea fija nacida de resabios profundos de su espíritu. En el seno de la pobreza, crieme hidalgo, y mis manos no hicieron otra fuerza que la que requerían mis juegos y pasatiempos. Tenía mi padre encogida una mano por un callo que había adquirido en el trabajo; la revolución de la independencia sobrevino, y su imaginación fácil de ceder a la excitación del entusiasmo, le hizo malograr en servicios prestados a la patria, las pequeñas adquisiciones que iba haciendo. Una vez en 1812 había visto en Tucumán las miserias del ejército de Belgrano, y de regreso a San Juan, emprendió una colecta en favor de la madre patria, según la llamaba, que llegó a ser cuantiosa, y por sugestión de los

godos, fue denunciada a la municipalidad como un acto de expoliación. La autoridad, habiéndose enterado del asunto, quedó de tal manera satisfecha, que él mismo fue encargado de llevar personalmente al ejército su patriótica ofrenda, quedándole desde entonces el sobrenombre de Madre Patria, que en su vejez fue origen en Chile, de una calumnia con el objeto de deslucir a su hijo. En 1817 acompañó a San Martín a Chile empleado como oficial de milicias en el servicio mecánico del ejército, y desde el campo de batalla de Chacabuco, fue despachado a San Juan llevando la plausible noticia del triunfo de los patriotas. San Martín lo recordaba muy particularmente en 1847, y holgose mucho de saber que era yo su hijo.

Con estos antecedentes, mi padre pasó toda su vida en comienzos de especulaciones, cuyos proventos se disipaban en momentos mal aconsejados; trabajaba con tesón y caía en el desaliento; volvía a ensayar sus fuerzas, y se estrellaba contra algún desencanto, disipando su energía en viajes largos a otras provincias, hasta que llegado yo a la virilidad, siguió desde entonces en los campamentos, en el destierro o las emigraciones, la suerte de su hijo, como un ángel de guarda para apartar si era posible los peligros que podían amenazarle.

Por aquella mala suerte de mi padre y falta de plan seguido en sus acciones, el sostén de la familia recayó desde los principios del matrimonio sobre los hombros de mi madre, concurriendo mi padre solamente en las épocas de trabajo fructuoso con accidentales auxilios; y bajo la presión de la necesidad en que nos criamos, vi lucir aquella ecuanimidad de espíritu de la pobre mujer, aquella resignación armada de todos los medios industriales que poseía, y aquella confianza en la Providencia, que era solo el último recurso de su alma enérgica contra el desaliento y la desesperación. Sobrevenían inviernos que ya el otoño presagiaba amenazadores por la escasa provisión de menestras y frutas secas que encerraba la despensa, y aquel piloto de la desmantelada nave, se aprestaba

con solemne tranquilidad a hacer frente a la borrasca. Llegaba el día de la destitución de todo recurso, y su alma se endurecía por la resignación, por el trabajo asiduo, contra aquella prueba. Tenía parientes ricos, los curas de dos parroquias eran sus hermanos, y estos hermanos ignoraban sus angustias. Habría sido derogar a la santidad de la pobreza combatida por el trabajo, mitigarla por la intervención ajena; habría sido para ella pedir cuartel en estos combates a muerte con su mala estrella. La fiesta de San Pedro fue siempre acompañada de un espléndido banquete que daba el cura nuestro tío, y sábese el derecho y el deseo de los niños de la familia a hacer parte de la estrepitosa fiesta. No pocas veces el cura preguntaba ¿y Domingo que no lo veo? ¿y la Paula?... y hasta hoy sospechaba que esta dolorosa ausencia, era ordenada e hija de un plan de conducta de parte de madre. Tuvo mi madre una amiga de infancia de quien la separó la muerte a la edad de 60 años, doña Francisca Benegas, última de este apellido en San Juan, y descendiente de las familias conquistadoras, según veo en el interrogatorio de Mallea. Una circunstancia singular revelaría sin eso, la antigüedad de aquella familia que, establecida en los suburbios, conservaba peculiaridades del idioma antiguo. Decían ella y sus hijas, *cojeldo*, *tomaldo*, *truje*, *ansina*, y otros vocablos que pertenecen al siglo XVII, y para el vulgo prestaban asidero a la crítica. Visitábanse ambas amigas, consagrando un día entero a la delicia de confundir sus familias en una, uniendo a las niñas de una y otra la misma amistad. Poseía cuantiosos bienes de fortuna doña Francisca, y el día que mi madre iba a pasarlo con ella, su criada pasaba a la cocina a disponer todas las provisiones de boca que debía consumir en el día, sin que la protesta de veinte años contra esta práctica de mi madre, hubiese alterado jamás en lo más mínimo su firme e inalterable propósito, de que al placer inefable de ver a su amiga, se mezclase la sospecha de salvar así por un día siquiera el rudo deber de sostener a sus hijos,

doblar la frente ante las desigualdades de la fortuna. Así se ha practicado en el humilde hogar de la familia de que formé parte la noble virtud de la pobreza. Cuando don Pedro Godoy, extraviado por pasiones ajenas, quiso deshonrarme, tuvo la nobleza de apartar a mi familia del alcance de sus dardos emponzoñados, porque la fama de aquellas virtudes austeras había llegado hasta él, y se lo agradezco.

Cuando yo respondía que me había creído en una situación vecina de la indigencia, el presidente de la república en su interés por mí, deploraba estas confesiones desdorosas a los ojos del vulgo. ¡Pobres hombres, los favorecidos de la fortuna, que no conciben que la pobreza a la antigua, la pobreza del patricio romano, puede ser llevada como el manto de los Cincinatos, de los Arístides, cuando el sentimiento moral ha dado a sus pliegues la dignidad augusta de una desventaja sufrida sin mengua! Que se pregunten las veces que vieron al hijo de tanta pobreza, acercarse a sus puertas sin ser debidamente solicitado, en debida forma invitado, y comprenderán entonces los resultados imperecederos de aquella escuela de su madre, en donde la escasez era un acaso y no una deshonra. En 1848 encontreme por accidente en una casa con el presidente Bulnes, y después de algunos momentos de conversación, al despedirnos, díjele maquinalmente, tengo el honor de conocer a Su Excelencia: disparate impremeditado que llamó su atención, y que bien mirado no carecía de a propósito, puesto que en ocho años era la segunda vez que estaba yo en su presencia. ¡Bienaventurados los pobres que tal madre han tenido!

El hogar paterno

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el trascurso de estos últimos años, algunas adiciones que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella a que se apega la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta para engreírme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del sud del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos; uno sirviendo de dormitorio a nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente

Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos, y heredados a causa del hábito dominico. A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadora, nos despertaba antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente a sus necesidades. Algunas ramas de la higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos se anticipaban a la estación, ofreciéndo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sazonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e higuera, fueron personajes más tarde de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto de sitio que quedaba de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos industriales. Tres naranjos daban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos; bajo un durazno corpulento, había un pequeño pozo de agua para el solaz de tres o cuatro patos, que multiplicándose, daban su contribución al complicado y diminuto sistema de rentas sobre que reposaba la existencia de la familia; y como todos estos medios eran aun insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo a cubierto de la voracidad de los pollos, había un jardín de hortalizas, del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en la cocina americana, el todo, abrillantado e iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y varios otros arbustillos florescentes. Así se realizaba en una casa de las colonias españolas, la exquisita economía de terreno, y el inagotable producto que de él sacan las gentes de campaña en Europa. El estiércol de las gallinas y la bosta del caballo en que montaba mi padre, pasaban

diariamente a dar nueva animación a aquel pedazo de tierra, que no se cansó nunca de dar variadas y lozanas plantas; y cuando he querido sugerir a mi madre algunas ideas de economía rural, cogidas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en presencia de aquella ciencia de la cultura que fue el placer y la ocupación favorita de su larga vida. Hoy a los setenta y seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aporcando algunas lechugas, respondiendo en seguida a nuestras objeciones, con la violencia que se haría de dejarlas, al verlas tan mal tratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún rinconcillo en que se enjebaban o preparaban los colores para teñir las telas, y un pudridor de afrecho de donde salía todas las semanas una buena proporción de exquisito y blanco almidón. En los tiempos prósperos, se añadía una fábrica de velas hechas a mano, alguna tentativa de amasijo que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería superfluo enumerar. Ocupaciones tan variadas, no estorbaban que hubiese orden en las diversas tareas, principiando la mañana con dar de comer a los pollos, desherbar antes que el sol calentase las eras de legumbres, y establecerse en seguida en su telar, que por largos años hizo la ocupación fundamental. Está en mi poder la lanzadera de algarrobo lustroso y renegrido por los años, que había heredado de su madre, quién la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos en que nobles manos la han agitado casi sin descanso; y aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer de mi madre, mi codicia ha prevalecido y soy yo el depositario de esta joya de familia. Es lástima que no haya de ser jamás suficientemente rico o poderoso, para imitar a aquel rey persa que se servía en su palacio de los tiestos de barro que le habían servido en su infancia, a fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza.

Para completar este menaje debo traer a colación dos personajes accesorios; la Toribia, una zamba, criada en la familia la envidia del barrio, la comadre de todas las comadres de mi madre, la llave de la casa, el brazo derecho de su señora, el ayo que nos crió a todos, la cocinera, el mandadero, la revendedora, la lavandera, y el mozo de manos para todos los quehaceres domésticos. Murió joven, abrumada de hijos, especie de vegetación natural de que no podía prescindir, no obstante la santidad de sus costumbres; y su falta dejó un vacío que nadie ha llenado después, no solo en la economía doméstica, sino en el corazón de mi madre; porque eran dos amigas ama y criada, dos compañeras de trabajo, que discurrían entre ambas sobre los medios de mantener la familia; reñían, disputaban, disentían, y cada una seguía su parecer, ambos conducentes al mismo fin. ¡Qué pensar en sorprender a la cocinera los niños de vuelta de la escuela, con su mendruguillo de pan escondido, introduciéndonos en vía y forma de visita, para soparlo en el caldo gordo del puchero! Si el tiro se lograba, era preciso tener listas las piernas y correr sin mirar para atrás hasta la calle, so pena de ser alcanzado por el más formidable cucharón de palo que existió jamás, y que se asentó por lo menos treinta veces en mi niñez sobre mis frágiles espaldas. La otra era Ña Cleme, el pobre de la casa; porque mi madre, como la Rigoletta de Sue, que *no se mezquinaba nada*, tenía también sus pobres a quienes ayudaba con sus desperdicios a vivir. Pero el pobre de la familia era como la criada, un amigo, un igual, y un mendigo. Sentábanse mi madre y Ña Cleme en el estrado, conversaban de gallinas, telas y cebollas, y cuando la infeliz quería pedir su limosna, decía invariablemente: *pues, vóyeme yo*, frase que repetía hasta que algún harapo caído en desuso, en consideración a sus muchos servicios, alguna cemita redonda y sabrosa, una vela, si las había en casa, unos zapatos viejos, y allá por muerte de un obispo un medio en plata, a falta de menores

subdivisiones de la moneda, acudían a hacer cierto e inmediato el sacramental *vóyeme yo*, que no era al principio más que una voz preventiva.

Según he podido barruntar aquella Ña Cleme, india pura, renegrida por los años que contaba por setenta, habitante de los confines del barrio de Puyuta, había sido en sus mocedades querida de uno de mis deudos maternos, cuyas relaciones pecaminosas dejaban traslucir los ojos celestes y la nariz prominente y afilada de sus hijas. Lo que había de más notable en esta vieja, es que se la creía bruja, y ella misma trabajaba en sus conversaciones por darse aires de tal bruja, y confirmar la creencia vulgar. ¡Rara flaqueza del espíritu humano, que después el conocimiento de la historia me ha hecho palpar! Más de tres mil de los brujos de Logroño, que quemó por centenares la inquisición, y los de Maryland, en Norteamérica, se confesaban y ostentaban brujos de profesión, y estaban contestes en sus declaraciones sobre el conciliábulo, el cabro negro que los reunía, y la escoba en que viajaban por los aires, y esto en presencia de los suplicios a que la imbecilidad de los jueces los condenaba. Tenemos decididamente una necesidad de llamar la atención sobre nosotros mismos, que hace a los que no pueden más de viejos, rudos y pobres, hacerse brujos; a los osados sin capacidad, volverse tiranos crueles; y a mí acaso, perdónemelo Dios, el estar escribiendo estas páginas. Ña Cleme contaba sus historias en casa, escuchábala mi madre con indulgencia y fingiendo asentimiento para no mortificarla; atisbábamos nosotros sus misteriosas palabras, hasta que cuando se había alejado, mi madre hacía farsa de los cuentos de la vieja, y disipaba con su buen sentido los gérmenes de superstición que hubiesen podido abrigarse en nuestras almas, para lo que venía, si el caso lo hacía necesario, el texto favorito, las pláticas del inolvidable cura Castro, que había perseguido a las brujas y desacreditádolas en San Juan, a punto de no causar su trato inquietud ninguna. No fue nunca

perseguida Ña Cleme por sus creencias religiosas a este respecto, aunque lo fueron más tarde y en épocas no muy remotas, varias brujas del barrio de Puyuta, afamado hasta hoy en la creencia del vulgo por servir de escondite a varias sectarias del maldito. No hace en efecto doce a catorce años que la policía, eran los federales los que mandaban, anduvo en pesquisas tras de un hecho de embrujamiento, sacando en limpio un enredo de cuentos que dejaron perplejas a las autoridades. Hablábase mucho en el pueblo de una muchacha bruja, y la policía quiso averiguar la verdad del caso. Al efecto, trajeron a la acusada y en presencia de numerosos testigos, se confesó en relación ilícita con el diablo; y como se preparasen a azotarla, no dice la historia si por su impudente descaro, o para corregirla de sus malos hábitos, dijo llorando: ¡es bueno que me castiguen a mí que soy pobre!, a fe que no han de castigar a doña Teresa Funes (mi tía) a doña Bernarda Bustamante, y otras respetables señoras ancianas que fue nombrando, y que según declaró, asistían los sábados al campo santo, donde se practicaban los ritos consabidos de la brujería. Espantados y boquiabiertos hubieron de quedarse al oír nombres tan respetables, y temerosos de cometer una gravo injusticia, dejaron escapar a la taimada, dejando en muy mal olor, en el concepto de muchos, la reputación de aquellas matronas. ¡Qué sabemos, pues, en cosas tan escondidas!

Tal ha sido el hogar doméstico en que me he criado, y es imposible que a no tener una naturaleza rebelde, no haya dejado en el alma de sus moradores, impresiones indelebles de moral, de trabajo y de virtud, tomadas en aquella sublime escuela en que la industria más laboriosa, la moralidad más pura, la dignidad mantenida en medio de la pobreza, la constancia, la resignación, se dividían todas las horas. Mis hermanas gozaron de la merecida reputación de las más hacendosas niñas que tenía la provincia entera, y cuanta fabricación femenil requería habilidad consumada, fue siempre

encomendada a estos supremos artífices de hacer todo lo que pide paciencia y destreza, y deja poquísimo dinero. El confesado intento de denigrarme de un escritor chileno, se detuvo hace algunos años en presencia de aquellas virtudes, y pagó su tributo de respeto a la laboriosidad respetable de mis hermanas, no sin sacar partido de ello, para hacer de mí un contraste.

Nuestra habitación permaneció tal como la he descrito, hasta el momento en que mis dos hermanas mayores llegaron a la edad núbil, que entonces hubo una revolución interior que costó dos años de debates, y a mi madre gruesas lágrimas, al dejarse vencer por un mundo nuevo de ideas, hábitos y gustos que no eran aquellos de la existencia colonial de que ella era el último y más acabado tipo.

Son vulgarísimos y pasan inapercibidos los primeros síntomas con que las revoluciones sociales que opera la inteligencia humana en los grandes focos de civilización, se extienden por los pueblos de origen común, se insinúan en las ideas y se infiltran en las costumbres. El siglo XVIII había brillado sobre la Francia y minado las antiguas tradiciones, entibiando las creencias, y aun suscitado odio y desprecio por las cosas hasta entonces veneradas; sus teorías políticas trastornado los gobiernos, desligado la América de España, y abierto sus colonias a nuevas costumbres y a nuevos hábitos de vida. El tiempo iba a llegar en que había de mirarse de mal ojo y con desdén la industriosa vida de las señoras americanas, propagarse la moda francesa, y entrar el afán en las familias de ostentar holgura, por la abundancia y distribución de las habitaciones, por la hora de comer retardada de las doce del día en punto, a las dos, y aun a las cuatro de la tarde. ¿Quién no ha alcanzado a algunos de esos buenos viejos del antiguo cuño, que vivían orgullosos de su opulencia en un cuarto redondo, con cuatro sillas pulverulentas de baqueta, el suelo cubierto de cigarros y la mesa por todo adorno con un enorme

tintero, erizado de plumas de pato, sino de cóndor, sobre cuyos cañones de puro antiguas, se habían depositado cristalizaciones de tinta endurecida? Este ha sido, sin embargo, el aspecto general de la colonia, este el menaje de la vida antigua. Encuéntrasele descrito en las novelas de Walter Scott o de Dumas, y vense frecuentes muestras vivientes aún en España y en la América del Sur, los últimos de entre los pueblos viejos que han sido llamados a rejuvenecerse.

Estas ideas de regeneración y de mejora personal, aquella impiedad del siglo XVIII, ¡quien lo creyera!, entraron en casa por las cabezas de mis dos hermanas mayores. No bien se sintieron llegadas a la edad en que la mujer siente que su existencia está vinculada a la sociedad, que tiene objeto y fin esa existencia, empezaron a aspirar las partículas de ideas nuevas, de belleza, de gusto, de confortable, que traía hasta ellas la atmósfera que había sacudido y renovado la revolución. Las murallas de la común habitación fueron aseadas y blanqueadas de nuevo, cosa a que no había razón de oponer resistencia alguna. Encontrola la manía de destruir la tarima que ocupaba todo un costado de la sala, con su *chuse* [32] y sus cojines, diván como he dicho antes, que nos ha venido de los árabes, lugar privilegiado en que solo era permitido sentarse a las mujeres, y en cuyo espacioso ámbito, reclinadas sobre almohadones (palabra árabe), trababan visitas y dueños de casa, aquella bulliciosa charla que hacía de ellas un almácigo parlante. ¿Por qué se ha consentido en dejar desaparecer el estrado, aquella poética costumbre oriental, tan cómoda en la manera de sentarse, tan adecuada para la holganza femenil, por sostituirle las sillas en que una a una y en hileras, como soldados en formación, pasa el ojo revista en nuestras salas modernas? Pero aquel estrado revelaba que los hombres no podían acercarse públicamente a las jóvenes, conversar libremente, y mezclarse con ellas, como lo autorizan nuestras nuevas costumbres, y fue sin inconveniente repudiado por las

mismas que lo habían aceptado como un privilegio suyo. El estrado cedió, pues, su lugar en casa a las sillas, no obstante la débil resistencia de mi madre, que gustaba de sentarse en un extremo a tomar mate por las mañanas, con su brasero y caldera de agua puesto en frente en el piso inferior, o a devanar sus madejas, o bien a llenar sus canillas de noche para la tela del día siguiente. No pudiendo habituarse a trabajar sentada en alto, hubo de adoptar el uso de una alfombra, para suplir la irremediable falta del estrado, de que se lamentó largos años.

El espíritu de innovación de mis hermanas atacó en seguida objetos sagrados. Protesto que yo no tuve parte en este sacrilegio que ellas cometían, las pobrecitas, obedeciendo al espíritu de la época. Aquellos dos santos, tan grandes, tan viejos, Santo Domingo, San Vicente Ferrer, afeaban decididamente la muralla. ¡Si mi madre consintiera en que los descolgasen y fuesen puestos en un dormitorio, la casita tomaba un nuevo aspecto de modernidad y de elegancia refinada, porque era bajo la seductora forma del buen gusto, que se introducía en casa la impiedad iconoclasta del siglo XVIII! ¡Ah!, cuántos estragos ha hecho aquel error en el seno de la América Española. Las colonias americanas habían sido establecidas en la época en que las bellas artes españolas enseñaban con orgullo a la Europa los pinceles de Murillo, Velázquez, Zurbarán, a par de las espadas del duque de Alba, del Gran Capitán y de Cortés. La posesión de Flandes añadía a sus productos los del grabado flamenco, que dibujaba en toscos lineamentos y con crudos colores las escenas religiosas que hacían el fondo de la poesía nacional. Murillo en sus primeros años hacía facturas de vírgenes y santos para exportar a la América; los pintores subalternos la enviaban vidas de santos para los conventos, la pasión de Jesucristo en galerías inmensas de cuadros, y el grabado flamenco, como hoy la litografía francesa, ponían al alcance de las fortunas

moderadas, cuadros del hijo pródigo, vírgenes y santos, tan variados como puede suministrar tipos el calendario. De estas imágenes estaban tapizadas las murallas de las habitaciones de nuestros padres, y no pocas veces entre tanto mamarracho, el ojo ejercitado del artista podía descubrir algún lienzo de manos de maestro. Pero la revolución venía ensañándose contra los emblemas religiosos. Ignorante y ciega en sus antipatías, había tomado entre ojos la pintura, que sabía a España, a colonia, a cosa antigua e inconciliable con las buenas ideas. Familias devotísimas escondían sus cuadros de santos, por no dar muestras de mal gusto en conservarlos, y ha habido en San Juan y en otras partes, quienes remojándolos, hicieron servir sus lienzos mal despintados para calzones de los esclavos. ¡Cuántos tesoros de arte han debido perderse en estas estúpidas profanaciones de que ha sido cómplice la América entera, porque ha habido un año o una época al menos, en que por todas partes empezó a un tiempo el desmonte fatal de aquella vegetación lozana de la pasada gloria artística de la España!

Los viajeros europeos que han recorrido la América, de veinte años a esta parte, han rescatado por precios ínfimos, obras inestimables de los mejores maestros, que hallaban entre trastos, cubiertas de polvo y telarañas; y cuando el momento de la resurrección de las artes ha llegado en América, cuando la venda ha caído de los ojos, las iglesias, los nacientes museos, y los raros aficionados, han hallado de tarde en tarde, algún cuadro de Murillo que exponer a la contemplación, pidiéndoles perdón de las injusticias de que han sido víctimas, rehabilitados ya en el concepto público, y restablecidos en el alto puesto que les correspondía. No de otra manera y por las mismas causas, una generación próxima venerará el nombre de los unitarios en nuestra patria, vilipendiado hoy por una política estúpida, y aceptado el vilipendio por uno de esos errores vertiginosos que se apoderan de los pueblos. ¡Pero

cuántos de los cuadros de aquella escuela culta, habrán ya desaparecido, y cuán pocos, degradados por las injurias del tiempo, merecerán los honores de la apoteosis, en la resurrección del buen sentido y de la justicia que se les debe!

El mejor estudio que de las bellas artes hice durante mi viaje en Europa, aquel curso práctico de un año consecutivo, pasando en reseña cien museos sucesivamente, me sugirió la idea de escribir a Procesa, el artista capaz de traducir mi pensamiento, para que tomando las precauciones imaginables, a fin de que no se traslujese el objeto, recolectase poco a poco los cuadros dispersos, y formase la base de un museo de pintura. ¡Vano empeño! No bien manifestó interesarse en algún cuadro, cuando los que los tenían abandonados en algún aposento oscuro, los hallaron interesantes, ni más ni menos como el labriego que no ha podido deshacerse de sus trigos, si le hacen propuestas de compra, les sube el precio, sospechando que el trigo vale, puesto que lo buscan. Trigo y cuadros se quedan en el granero.

En la capilla de la Concepción había seis cuadros de santos obispos, de buen pincel, que han sido no ha mucho devorados por las llamas. En los Desamparados, hay una virgen de pintura y ropajes de la edad media. En San Clemente, existía un gran depósito de cuadros sobre asuntos varios, entre los cuales descollaba un Jesús en el huerto, antes de la resurrección. Limpiolo Procesa, restaurolo y después de barnizado a sus expensas, la galantería del donador lo halló digno adorno de su casa, y lo reclamó. Las señoras Morales, tienen una Magdalena enviada de Roma por el jesuita Morales. En casa de los Oros, hay un San José de buena escuela italiana; en la casa de los Cortínez un San Juan excelente. En materia de retratos hay poquísimos, pero selectos: el retrato romano del jesuita Godoy, compañero del padre Morales; el de San Martín, feo mamarracho, no tanto, sin embargo, como el que se conserva en el museo de Lima, pero digno de memoria por ser tomado

del original; los retratos de los papas León XII y Gregorio XVI obra ambos del pincel de un pintor napolitano de bastante mérito; el de Pío IX, de mano inhábil y que no pude evitar en Roma fuese enviado a San Juan; y los de los obispos Oro y Sarmiento, de Graz el primero y de Procesa el segundo.

Sobre todo lo primero, y aun otros cuadros más que omito, daba a mi hermana desde Roma detalles de ubicación y de asunto. Sobre los retratos de papas y obispos, sugería a mi tío obispo la buena idea de formar una galería de papas, contemporáneos al obispado, y de los obispos de San Juan. Pocos años habrían bastado para enriquecerla de muchos personajes. Hay en San Juan todavía algo que mereciera examinarse. Un Miguel Ángel americano, si la comparación fuese permitida, ha dejado allí numerosas obras de la universalidad de su talento. Escultor, arquitecto, pintor, en todas partes ha puesto su mano. *San Pedro el Pontífice*, la *Nuestra Sra. del Rosario del Trono*, como la *Virgen Purísima* del Sagrario, y la *Visitación de Santa Isabel*, son dignas obras del cincel o de la paleta que sucesivamente manejaba; un altar de San Agustín, varios de la catedral, no sé si el mayor, que es obra de gusto, y una torre o el frontis de la iglesia, bastante de mal gusto, es verdad, constituyen las obras de Cabrera, salteño, compañero de Laval, Grande, y otros vecinos de aquella ciudad, artistas y ebanistas, no obstante su excelente educación. El obispo de San Juan puede todavía reunir en una galería todas aquellas obras de arte, cuyo mérito principal estaría en formar una colección, y fomentar el naciente arte de la pintura que cuenta entre aficionados, dos retratistas, Franklin Rawson y Procesa. Una virgen del primero, para reemplazar la de Cabrera muy estropeada, y un Belisario de la segunda, pidiendo limosna, víctima de los celos de un tirano, podrían con el tiempo añadirse como ensayos. Pero el mal espíritu que reina allí, como en todas partes, dejará al diente de las ratas y a las injurias del tiempo, expuestos aquellos

pobres restos del antiguo gusto por la pintura que formó parte de la nacionalidad española, y que nosotros hemos repudiado por ignorancia, y a fuer de malos españoles, como lo son los que en la Península se han dejado desposeer de uno de sus más claros títulos de gloria.

La lucha se trabó, pues, en casa entre mi pobre madre que amaba a sus dos santos dominicos, como a miembros de la familia, y mis hermanas jóvenes, que no comprendían el santo origen de estas afecciones, y querían sacrificar los lares de la casa al bien parecer y a las preocupaciones de la época. Todos los días, a cada hora, con todo pretexto, el debate se renovaba; alguna mirada de amenaza iba a los santos, como si quisieran decirles, han de salir para afuera; mientras que mi madre contemplándolos con ternura, exclamaba: ¡pobres santos! qué mal les hacen donde a nadie estorban. Pero en este continuo embate, los oídos se habituaban al reproche, la resistencia era más débil cada día; porque vista bien la cosa, como objetos de religión, no era indispensable que estuviesen en la sala, siendo mucho más adecuado lugar de veneración el dormitorio, cerca de la cama, para encomendarse a ellos; como legado de familia, militaban las mismas razones; como adorno, eran de pésimo gusto; y de una concesión en otra, el espíritu de mi madre se fue ablandando poco a poco, y cuando creyeron mis hermanas que la resistencia se prolongaba no más que por no dar su brazo a torcer, una mañana que el guardián de aquella fortaleza salió a misa o a una diligencia, cuando volvió, sus ojos quedaron espantados al ver las murallas lisas donde había dejado poco antes dos grandes parches negros. Mis santos estaban ya alojados en el dormitorio, y a juzgar por sus caras, no les había hecho impresión ninguna el desaire. Mi madre se hincó llorando en presencia de ellos, para pedirles perdón con sus oraciones, permaneció de mal humor y quejumbrosa todo el día, triste el subsiguiente, más resignada al otro día, hasta que al fin el tiempo y el hábito trajeron el bálsamo que nos hace

tolerables las más grandes desgracias.

Esta singular victoria dio nuevos bríos al espíritu de reforma; y después del estrado y los santos, las miradas cayeron en mala hora, sobre aquella higuera viviendo en medio del patio, descolorida y nudosa en fuerza de la sequedad y los años. Mirada por este lado la cuestión, la higuera estaba perdida en el concepto público; pecaba contra todas las reglas del decoro y de la decencia; pero para mi madre, era una cuestión económica, a la par que afectaba su corazón profundamente. ¡Ah, si la madurez de mi corazón hubiese podido anticiparse en su ayuda, como el egoísmo me hacía o neutral o inclinarme débilmente en su favor, a causa de las tempranas brevas! Querían separarla de aquella su compañera en el albor de la vida y el ensayo primero de sus fuerzas. La edad madura nos asocia a todos los objetos que nos rodean; el hogar doméstico se anima y vivifica; un árbol que hemos visto nacer, crecer y llegar a la edad provecta, es un ser dotado de vida, que ha adquirido derechos a la existencia, que lee en nuestro corazón, que nos acusa de ingratos, y dejaría un remordimiento en la conciencia si lo hubiésemos sacrificado sin motivo legítimo. La sentencia de la vieja higuera fue discutida dos años; y cuando su defensor, cansado de la eterna lucha, la abandonaba a su suerte, al aprestarse los preparativos de la ejecución, los sentimientos comprimidos en el corazón de mi madre, estallaban con nueva fuerza, y se negaba obstinadamente a permitir la desaparición de aquel testigo y de aquella compañera de sus trabajos. Un día, empero, cuando las revocaciones del permiso dado habían perdido todo prestigio, oyose el golpe mate del hacha en el tronco añoso del árbol, y el temblor de las hojas sacudidas por el choque, como los gemidos lastimeros de la víctima. Fue este un momento tristísimo, una escena de duelo y de arrepentimiento. Los golpes del hacha higuericida, sacudieron también el corazón de mi madre, las lágrimas asomaron a sus ojos, como la savia del

árbol que se derramaba por la herida, y sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traía un nuevo estallido de dolor, y mis hermanas y yo arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparación posible del daño comenzado. Ordenose la suspensión de la obra de destrucción, mientras se preparaba la familia para salir a la calle, y hacer cesar aquellas dolorosas repercusiones del golpe del hacha en el corazón de mi madre. Dos horas después la higuera yacía por tierra enseñando su copa blanquecina, a medida que las hojas marchitándose, dejaban ver la armazón nudosa de aquella estructura que por tantos años había prestado su parte de protección a la familia.

Después de estas grandes reformas, la humilde habitación nuestra fue lenta y pobremente ampliándose. Tocome a mí la buena dicha de introducir una reforma sustancial. A los pies de nuestro solarcito, estaba un terreno espacioso que mi padre había comprado en un momento de holgura. A la edad de dieciséis años, era yo dependiente de una pequeña casa de comercio. Mi primer plan de operaciones y mis primeras economías, tuvieron por objeto rodear de tapias aquel terreno para hacerlo productivo. Esta agregación de espacio, puso a la familia a cubierto de la indigencia, sin hacerla traspasar los límites de la pobreza. Mi madre tuvo a su disposición teatro digno de su alta ciencia agrícola; a la higuera sacrificada, se sucedieron en su afección cien arbolillos que su ojo maternal animaba en su crecimiento; más horas del día hubieron de consagrarse a la creación de aquel plantel, de aquella viña de que iba a depender en adelante gran parte de la subsistencia de la familia.

Cuando yo hube terminado esta obra, pude decir en mi regocijo de haber producido un bien: *et vidi quod esset bonum*, y aplaudirme a mí mismo.

Mi educación

Aquí termina la historia colonial, llamaré así de mi familia. Lo que sigue es la transición lenta y penosa de un modo de ser a otro; la vida de la República naciente, la lucha de los partidos, la guerra civil, la proscripción y el destierro. A la historia de la familia se sucede como teatro de acción y atmósfera, la historia de la patria. A mi progenie, me sucedo yo; y creo que siguiendo mis huellas, como las de cualquiera otro en aquel camino, puede el curioso detener su consideración en los acontecimientos que forman el paisaje común, accidentes del terreno que de todos es conocido, objetos de interés general, y para cuyo examen mis apuntes *biográficos*, sin valor por sí mismos, servirán de pretexto y de vínculo, pues que en mi vida tan destituida, tan contrariada, y sin embargo tan perseverante en la aspiración de un no sé qué elevado y noble, me parece ver retratarse esta pobre América del sud, agitándose en su nada, haciendo esfuerzos supremos por desplegar las alas, y lacerándose a cada tentativa, contra los hierros de la jaula que la retiene encadenada.

Extrañas emociones han debido agitar el alma de nuestros padres en 1810. La perspectiva crepuscular de una nueva época, la libertad, la independencia, el porvenir, palabras nuevas entonces, han debido estremecer dulcemente la fibras, excitar la imaginación, hacer agolpar la sangre por minutos al corazón de nuestros padres. El año 10 ha debido ser agitado,

lleno de emociones, de ansiedad, de dicha y de entusiasmo. Cuéntase de un rey que temblaba como un azogado a la vista de un puñal desnudo, efecto de las emociones que lo conmovieron en las entrañas de su madre, en cuyos brazos apuñalaron a un hombre. Yo he nacido en 1811, el noveno mes después del 25 de mayo, y mi padre se había lanzado en la revolución, y mi madre palpitado todos los días con las noticias que llegaban por momentos sobre los progresos de la insurrección americana. Balbuciente aún, empezaron a familiarizar mis ojos y mi lengua con el abecedario, tal era la prisa con que los colonos, que se sentían ciudadanos, acudían a educar a sus hijos, según se ve en los decretos de la junta gubernativa y los otros gobiernos de la época. Lleno de este santo espíritu el gobierno de San Juan, en 1816, hizo venir de Buenos Aires unos sujetos dignos por su instrucción y moralidad de ser maestros en Prusia, y yo pasé inmediatamente a la apertura de la escuela de la patria, a confundirme en la masa de cuatrocientos niños de todas edades y condiciones, que acudían presurosos a recibir la única instrucción sólida que se ha dado entre nosotros en escuelas primarias. La memoria de don Ignacio y don José Genaro Rodríguez, hijos de Buenos Aires, aguarda aún la reparación que sus inmensos, sus santos servicios merecen, y no he de morir, sin que mi patria haya cumplido con esto deber sagrado. El sentimiento de la igualdad era desenvuelto en nuestros corazones, por el tratamiento de *señor* que estábamos obligados a darnos unos a otros entre los alumnos, cualquiera que fuese la condición, o la raza de cada uno; y la moralidad de las costumbres, estimulábanla el ejemplo del maestro, las lecciones orales, y castigos que solo eran severos y humillantes para los crímenes. En aquella escuela, de cuyos pormenores he hablado en *Civilización y Barbarie*, en *Educación popular*, y conoce hoy la América, permanecí nueve años, sin haber faltado un solo día bajo protesto ninguno, que mi madre estaba

ahí, para cuidar con inapeable severidad de que cumpliese con mi deber de asistencia. A los cinco años de edad leía corrientemente en voz alta, con las entonaciones que solo la completa inteligencia del asunto puede dar, y tan poco común debía ser en aquella época esta temprana habilidad, que me llevaban de casa en casa para oírme leer, cosechando grande copia de bollos, abrazos y encomios, que me llenaban de vanidad. Aparte de la facilidad natural de comprender, había un secreto detrás de bastidores que el público ignoraba, y que debo revelar para dar a cada uno lo que le corresponde. Mi pobre padre, ignorante, pero solícito de que sus hijos no lo fuesen, aguijoneaba en casa esta sed naciente de educación, me tomaba diariamente la lección de la escuela, y me hacía leer sin piedad por mis cortos años la *Historia Crítica de España* por don Juan de Masdeu, en cuatro volúmenes, el *Desiderio y Electo*, y otros librotes abominables que no he vuelto a ver, y que me han dejado en el espíritu ideas confusas de historia, alegorías, fábulas, países y nombres propios. Debí, pues, a mi padre, la afición a la lectura, que ha hecho la ocupación constante de una buena parte de mi vida, y si no pudo después darme educación por su pobreza, diome en cambio por aquella solicitud paterna, el instrumento poderoso con que yo por mi propio esfuerzo, suplí a todo, llenando el más constante, el más ferviente de sus votos.

Siendo alumno de la escuela de lectura, construyose en uno de sus extremos un asiento elevado como un solio, a que se subía por gradas, y fui yo elevado a él, con el nombre de *¡primer ciudadano!* Si el asiento se construyó para mí, diralo don Ignacio Rodríguez que aún está vivo; sucediome en aquel honor un joven Domingo Morón, y cayó después en desuso. Esta circunstancia, la publicidad adquirida desde entonces, los elogios de que fui siempre objeto y testigo, y una serie de actos posteriores, han debido contribuir a dar a mis manifestaciones cierto carácter de fatuidad de que me han hecho apercibirme

más tarde. Yo creía desde niño en mis talentos como un propietario en su dinero, o un militar en sus actos de guerra. Todos lo decían, y en nueve años de escuela no alcanzaron a una docena, entre dos mil niños que debieron pasar por sus puertas, que me aventajasen en capacidad de aprender, no obstante que al fin me hostigó la escuela, y la gramática, la aritmética, el álgebra, a fuerza de haberlas aprendido en distintas veces. Mi moralidad de escolar debió resentirse de esta eterna vida de escuela, por lo que recuerdo que había caído al último en el disfavor de los maestros. Estaba establecido el sistema seguido en Escocia de ganar asientos. Proponíase una cuestión de aritmética y los que no sabían bien me miraban. Si habían de perder en la votación los que se paraban, yo fingía pararme para precipitarlos; si por el contrario convenía pararse, yo me repantigaba en el asiento y me paraba repentinamente, para soplarles el lugar a los que me habían estado atisbando. Últimamente obtuve carta blanca para ascender siempre en todos los cursos, y por lo menos dos veces al día llegaba al primer asiento; pero la plana era abominablemente mala, tenía notas de policía, había llegado tarde, me escabullía sin licencia, y otras diabluras con que me desquitaba del aburrimiento, y me quitaban mi primer lugar, y el medio de plata blanca, que valía conservarlo todo un día entero, lo que me sucedió pocas veces.

Dábanme además una superioridad decidida mis frecuentes lecturas de cosas contrarias a la enseñanza, con lo que mis facultades inteligentes se habían desenvuelto a un grado que los demás niños no poseían. En medio de mi abandono habitual, prestaba una atención sostenida a las explicaciones del maestro, leía con provecho, y retenía indeleblemente cuanto entraba por mis oídos y por mis ojos. Contó en una serie de días el maestro, la preciosa historia de Robinson, y repetíala yo, tres años después, íntegra, sin anticipar una escena, sin olvidar ninguna, delante de don José Oro y toda la familia

reunida.

Hiciéronme sombra, sin embargo, de tiempo en tiempo, niños altamente dotados, de brillante inteligencia y mayor contracción al estudio que yo. Entre ellos Antonio Aberastain, José Álvarez, un Leites de capacidad asombrosa, y otros cuyos nombres olvido.

En aquel naufragio de mis cualidades morales de los últimos tiempos de la escuela por desocupación de espíritu, salvé una que me importa hacer conocer. La familia de los Sarmientos tiene en San Juan una no disputada reputación, que han heredado de padres a hijos, direlo con mucha mortificación mía, de embusteros. Nadie les ha negado esta calidad, y yo les he visto dar tan relevantes pruebas de esta innata y adorable disposición, que no me queda duda de que es alguna cualidad de familia. Mi madre, empero, se había premunido para no dejar entrar con mi padre aquella polilla en su casa, y nosotros fuimos criados en un santo horror por la mentira. En la escuela me distinguí siempre por una voracidad ejemplar, a tal punto que los maestros la recompensaban proponiéndola de modelo a los alumnos, citándola con encomio, y ratificándome más y más en mi propósito de ser siempre veraz, propósito que ha entrado a formar el fondo de mi carácter, y de que dan testimonio todos los actos de mi vida.

Concluyó mi aprendizaje de la escuela por una de aquellas injusticias tan frecuentes, de que me he guardado yo cuando me he hallado en circunstancias análogas. Don Bernardino Rivadavia, aquel cultivador de tan mala mano, y cuyas bien escogidas plantas debían ser pisoteadas por los caballos de Quiroga, López, Rosas, y todos los jefes de la reacción bárbara, pidió a cada provincia seis jóvenes de conocidos talentos para ser educados por cuenta de la nación, a fin de que concluidos sus estudios, volviesen a sus respectivas ciudades a ejercer las profesiones científicas, y dar lustre a su patria. Pedíase que fuesen de familia decente, aunque pobres, y don Ignacio

Rodríguez fue a casa a dar a mi padre la fausta noticia de ser mi nombre el que encabezaba la lista de los hijos predilectos que iba a tomar bajo su amparo la nación. Empero se despertó la codicia de los ricos, hubo empeños, todos los ciudadanos se hallaban en el caso de la donación, y hubo de formarse una lista de todos los candidatos; echose a la suerte la elección, y como la fortuna no era el patrono de mi familia, no me tocó ser uno de los seis agraciados. ¡Qué día de tristeza para mis padres aquel en que nos dieron la fatal noticia del escrutinio! Mi madre lloraba en silencio, mi padre tenía la cabeza sepultada entre sus manos.

Y sin embargo, la suerte que había sido injusta conmigo, no lo fue con la provincia, sino es que ella no supo aprovechar después de los bienes que se le prepararon. Cayole la suerte a Antonino Aberastain, pobre como yo, y dotado de talentos distinguidos, una contracción férrea al estudio, y una moralidad de costumbres que lo ha hecho ejemplar hasta el día de hoy. Llamó la atención en el colegio de ciencias morales por aquellas cualidades, aprendió inglés, francés, italiano, portugués, matemáticas y derecho, graduose en esta facultad, y regresó a su país, donde fue compelido, al día siguiente de su llegada, por la Junta de Representantes a desempeñar la primera magistratura judicial de la provincia. En 1840, emigró de su país para no volver a él; fue nombrado ministro del gobierno de Salta, por la fama de capacidad de que gozaba, salió al último de aquella provincia por entre las lanzas de las montoneras, pasó a Chile, fue hecho secretario del intendente Copiapó, y reside hoy en aquella provincia viviendo de profesión de abogado, y gozando de la estimación de todos. Nadie mejor que yo ha podido penetrar en el fondo de su carácter, amigos de infancia, su protegido en la edad adulta, cuando en 1836, llegábamos ambos a un tiempo a San Juan, desde Buenos Aires él, de Chile yo, y empezó a poco de conocerme, a prestarme el apoyo de su influencia, para

levantarme en sus brazos, cada vez que la envidia maliciosa de aldea echaba sobre mí una ola de disfavor o de celos, cada vez que el nivel de la vulgaridad se obstinaba en abatirme a la altura común. Aberastain, doctor, juez supremo de alzadas, estaba ahí siempre, defendiéndome entre los suyos, contra la masa de jóvenes ricos, o consentidos que se me oponía al paso. He debido a este hombre bueno hasta la médula de los huesos, enérgico sin parecerlo, humilde hasta anularse, lo que más tarde debí a otro hombre en Chile, la estimación de mí mismo por las muestras que me prodigaba de la suya; sirviéndome ambos a enaltecerme más que no lo hubiera hecho la fortuna. La estimación de los buenos, es un galvanismo para las sustancias análogas. Una mirada de benevolencia de ellos, puede decir a Lázaro, levántate y marcha. Nunca he amado tanto como amé a Aberastain; hombre alguno ha dejado más hondas huellas en mi corazón de respeto y aprecio.

Desde su salida de San Juan, el supremo tribunal de justicia, es desempeñado por hombres sin educación profesional, y a veces tan negados los pobres, que para arrieros serían torpes. Últimamente, la honorable sala de representantes, ha declarado que ni en defecto de abogados sanjuaninos, pueda ser juez un *extranjero*, es decir, un individuo de otra de las provincias confederadas, y basta citar este acto legislativo para mostrar la perversión de espíritu en que han caído aquellas gentes.

Don Saturnino Salas fue otro de los agraciados; dedicose a las matemáticas, para las que lo había dotado la naturaleza de una de aquellas organizaciones privilegiadas que hacen los Pacal y los D'Ampère. Cultivó aquella ciencia con pasión, daba lecciones a sus concolegas para vestirse, haciendo uso de su habilidad fabril para confeccionarse zapatos, y remendar sus vestidos en la suma pobreza y orfandad en que lo dejó la destrucción del colegio de Ciencias Morales, que es uno de los mil crímenes cometidos por el partido reaccionario, por

vengarse Arana y Rosas de la malquerencia que justamente les profesaban los colegiales, como la luz debe aborrecer al apaga lámparas.

Aquella cualidad industrial es inherente y orgánica en la familia de los Salas. Su padre don Joaquín Salas inventaba máquinas y aparatos para todas las cosas, y perdió una inmensa fortuna heredada de doña Antonia Irarrázaval, parte en aquellos ensayos de su ingenio. Don Juan José Salas, su hijo, despunta por la misma capacidad fabril, que en San Juan, dado los hábitos de rutina española, se malogra en curiosidades improductivas. En fin, las señoras Salas, solteras, viven en una honesta medianía del producto de una industria, que ellas han inventado, perfeccionado en todos sus detalles, y elevado a la categoría de una de las bellas artes. Son célebres en San Juan las flores artificiales de mano de las Salas, que sin exageración rivalizan con las más bellas de París, cuyas muestras estudian a fin de adivinar los procederes fabriles; que en cuanto a la belleza artística, imitan ellas a la naturaleza misma, y no pocas veces la harían aceptar una rosa de sus manos, o una rama de azahares, tal es la paciente habilidad que han puesto en copiarla hasta en los más mínimos accidentes. Su hermano don Saturnino ha continuado por largos años estudiando por vocación las matemáticas, enseñándolas por necesidad, enrolado en el cuerpo de ingenieros en Buenos Aires, y contento en la miseria, única recompensa hoy en su patria del saber que no se hace delincuente e inmoral. Mientras que aquel profundo matemático vejeta en la miseria, el gobierno de San Juan pagaba tres mil pesos anuales a un zafio desvergonzado que se daba por hidráulico, maquinista, ingeniero, abogado, y entendido en cuanta materia se mencionaba. Defendió pleitos, fue empresario de teatro, escritor, coronel, mazorquero, director de obras públicas, juez de aguas, el amigo de los federales, el terror de los unitarios, y en verdad, el ser más vil que ha deshonrado a la especie

humana, habiendo para oprobio de aquella ciudad, durado diez años esta innoble farsa. ¡Salud federación! ¡Por el fruto se conoce el árbol!

Era el tercero don Indalecio Cortinez que se consagró a las ciencias médicas, con aplauso de la clase entera, y tal dedicación a la cirugía, que tenía concesión especial de cadáveres, hecha por los catedráticos, a fin de que pudiese en su cuarto entregarse a sus estudios favoritos sobre el organismo humano. Volvió a San Juan a ejercer su profesión científica, después de doctorado en tres facultades; levantó una casa de altos en la plaza, adquiriendo el local de la iglesia de Santa Ana arruinada, y emigró a Coquimbo abandonando cuanto poseía, para salvar de la persecución que se cebaba sobre todos los que tenían ojos para prever el abismo de males en que iba a ser sepultada la República por el triunfo de los caudillos, que no saben hoy por donde salir del pantano en que ellos mismos se han metido. El doctor Cortinez refresca hasta hoy sus conocimientos, teniéndose por las *Revistas* a que está suscrito, al corriente de los progresos que la ciencia hace en Europa; y San Juan ha perdido en él un médico hábil, y la fortuna que acumula hoy en Coquimbo, recompensa de sus aciertos, la que han disipado sus perseguidores de San Juan.

Esperando por momentos estoy, la ley que prohíba en San Juan, a los médicos *extranjeros*, curar a los enfermos, prefiriendo, como en los tribunales, a los curanderos nacidos y criados en la provincia.

Los tres restantes fueron don Fidel Torres, que no ha vuelto a su país, don Pedro Lima, que murió, y don Eufemio Sánchez que profesa, a lo que he oído, la medicina en Buenos Aires. Lo único que hay claro, es que ninguno de los seis jóvenes educados por don Bernardino Rivadavia ha permanecido en San Juan; privándose esta provincia de recoger el fruto de aquella medida que por sí sola bastaría para hacer perdonar a aquel gobierno muchas otras faltas.

Quiero antes de entrar en cosas más serias, echar una mirada sobre los juegos de mi infancia, porque ellos revelan hábitos solariegos, de que aún se resiente mi edad madura. No supe nunca hacer bailar un trompo, rebotar la pelota, encumbrar una cometa, ni uno solo de los juegos infantiles a que no tomé afición en mi niñez. En la escuela aprendí a copiar sotas y me hice después de un molde para calcar una figura de San Martín a caballo que suelen poner los pulperos en los faroles de papel, y de adquisición en adquisición, yo concluí en diez años de perseverancia, con adivinar todos los secretos de hacer mamarrachos. En una visita de mi familia a casa de doña Bárbara Icasate, ocupé el día en copiar la cara de un San Jerónimo, y una vez adquirido aquel tipo, yo lo reproducía de distintas maneras en todas las edades y sexos. Mi maestro cansado de corregirme en este pasatiempo, concluyó por resignarse y respetar esta manía instintiva. Cuando pude por el conocimiento de los materiales de la enseñanza del dibujo, faltome la voluntad para perfeccionarme. En cambio esparcí más tarde en mi provincia la afición a este arte gráfico, y bajo mi dirección o inspiración se han formado media docena de artistas que posee San Juan. Pero aquella afición se convertía en mis juegos infantiles, en estatuaria, que tomaba dos formas diversas, hacía santos y soldados, los dos grandes objetos de mis predilecciones de niñez.

Creábame mi madre en la persuasión de que iba a ser clérigo y cura de San Juan, a imitación de mi tío, y a mi padre le veía casacas, galones, sable y demás zarandajas. Por mi madre me alcanzaban las vocaciones coloniales; por mi padre se me infiltraban las ideas y preocupaciones de aquella época revolucionaria; y obedeciendo a estas impulsiones contradictorias, yo pasaba mis horas de ocio en beata contemplación de mis santos de barro debidamente pintados, dejándolos en seguida quietos en sus nichos, para ir a dar a la casa del frente una gran batalla entre dos ejércitos que yo y mi

vecino habíamos preparado un mes antes, con grande acopio de balas, para ralear las pintorreadas filas de monicacos informes.

No contara estas bagatelas, si no hubiesen tomado más tarde formas colosales, y proporcionádome uno de los recuerdos que hasta hoy me hacen palpitar de gloria y de vanidad. Por lo que hace a mi vocación sacerdotal, asistía cuando niño de trece años a una devota capilla, en casa del jorobado Rodríguez, capaz de contener veinte personas, y dotada de sacristía, campanario, y demás requisitos, con una dotación de candeleros, incensarios y campanas sonoras, hechas por el negro Rufino de don Javier Jofré, y de que hacíamos enorme consumo en repiques y procesiones. Estaba consagrada la capilla a nuestro padre Santo Domingo, desempeñando yo durante dos años por aclamación del capítulo, y con grande edificación de los devotos, la augusta dignidad de provincial de la orden de predicadores. Acudían los frailes del convento de Santo Domingo a verme cantar misa, para lo que parodiaba a mi tío el cura que cantaba muy bien, y de quien siendo yo monacillo, atisbaba todo el mecanismo de la misa, no sin marcar la página del misal en que estaban el evangelio y epístola del día para reproducirlos íntegros en mi misa particular.

Por la tarde de los domingos, el provincial se tornaba en general en jefe de un ejército de muchachos, y, ¡ay de los que quisiesen hacer frente a aquella lluvia de piedras que salía del seno de mi falange.

Andando el tiempo yo había logrado hacerme de la afección de una media docena de pilluelos, que hacían mi guardia imperial, y con cuyo auxilio repetí una vez la hazaña de Leónidas, a punto de que el lector al oírla la equivocará con la del célebre espartano. Este es un caso serio, que requiere traer uno a uno los personajes que brillaron en aquel día memorable.

Había en casa de los Rojos un mulato regordote que tenía el sobrenombre de *Barrilito*; muchacho inquieto y atrevido, capaz de una fechoría. Otro del mismo pelaje, de Cabrera, de once años, diminuto, taimado, y tan tenaz que cuando hombre, elevado a cabo por su bravura, desertó de las filas de Facundo Quiroga con algunos otros, y en lugar de fugarse, tiroteó al ejército en marcha hasta que se hizo coger y fusilar. A este llamábanle *Piojito*.

Descollaba el tercero, bajo el sobrenombre de *Chuña*, ave desairada, un peón chileno de veinte a más años, un poco imbécil, y por tanto muy bien hallado en la sociedad de los niños. Era el cuarto José I. Flores, mi vecino y compañero de infancia, a quien también distinguía el sobrenombre de *Velita*, que él ha logrado quitarse a fuerza de buen humor y jovialidad. Era el quinto el *Guacho* Riberos, excelente muchacho y mi condiscípulo, y agregose más tarde Dolores Sánchez, hermano de aquel Eufemio, a quien por envolverse el capote en el brazo para defenderse de las piedras, llamábamos *Capotito*. Este nuevo recluta se educó a mi lado, y probó muy luego ser digno de la noble compañía en que se había alistado. En el año, pues, del Señor no sé cuantos, que los niños no saben nunca el año en que viven, hicimos tres o cuatro jornadas más o menos lucidas, con más o menos pedradas y palos dados y recibidos, terminando un domingo en deshacer un ejército y tomar prisioneros generales, tambores y chusma, que paseamos insolentemente por algunas calles de la ciudad. Esta humillación impuesta a los vencidos trajo su represalia, y no más tarde que el miércoles o jueves de la semana siguiente, supimos que los barrios de la Colonia y de Valdivia, cuan grandes son, y poblados de cardúmenes de muchachos, se aprestaban a volvernos la mano al domingo siguiente. Viernes y sábado me llovían los avisos cada vez más alarmantes de los progresos de la liga colono-valdiviana, mientras que yo citaba a toda mi gente para hallarme en aptitud de recibirlos

dignamente. Sobrevino el domingo tan esperado por los unos, tan temido por los otros, y llegó la tarde y se avanzaba la hora y mis soldados no aparecían, tanto miedo les ponía la noticia de los preparativos y amenazas de nuestros enemigos.

En fin, convencidos de la imposibilidad de aceptar el combate, dirigímonos yo y aquellos seis de que he hecho mención, y que no habrían dejado de reunirse aunque se hubiera despoblado el cielo, hacia los puntos por donde era presumible viniese el ejército aliado para tener el gusto de verlos siquiera. Así marchando a la ventura llegamos hasta la *Pirámide*, en donde oímos ya el fragor de las aclamaciones y gritos de entusiasmo de los chiquillos y el sonido de los tambores de calabazas o de cuero que los precedían. Momentos después apareció la columna y se derramó en el erial vecino. ¡Dios mí! eran quinientos diablejos con veinte banderas, y picas y sables de palo que no reflejaban los rayos del sol. Contamos más de treinta adultos mezclados entre la imberbe turba, tanta era la novedad que causaba aquella inusitada muchedumbre.

Nosotros instintivamente retrocedimos, temerosos de ser sepultados por aquella avalancha de muchachos ávidos de hacer una diablura, sobre todo en venganza de lo pasado en el domingo anterior.

Tomamos los siete por la calle de atravieso que conduce hacia el molino de Torres, desconcertados, cabizbajos, y punto menos que huyendo. Precede al puente echado sobre el ladrón del molino hacia el norte, un terreno sólido, gredoso y unido, mientras que en torno del puente había una enorme cantidad de guijarros sacados del fondo de la acequia. Una idea me vino, que Napoleón me la habría aplaudido, que Horacio Cocles me habría disputado como suya. Ocurriome que, parados los siete en el estrecho puente y con aquella bendición de piedras a la mano, podíamos disputar el paso al ejército aliado de la Colonia y de Valdivia. Detengo a los míos, les explico el caso, los

arengo, y concluyo arrancándoles un *está bueno* firme, y chisporroteando de entusiasmo. Me prometen obediencia ciega, tomo yo con dos mas, Riberos y el *Barrilito*, el centro del puente, distribuyo dos de cada lado de la trinchera hecha por la acequia, y todos nos ocupamos diligentemente en acopiar piedras, de manera de suplir el número por la vivacidad del fuego. Habíannos apercibido en tanto, y el aire se estremecía con los gritos de aquella muchedumbre que se avanzaba rápidamente sobre nosotros. Mi plan era no disparar una piedra hasta tenerlos a tiro. Acercose la turba y de repente arrojamos tal granizada de piedras, que los chillidos de diez o doce a quienes en el montón alcanzaron, dieron prueba sonora de que no se habían malogrado del todo. Huyó aquella chusma desordenada, querían lanzarse los míos a la persecución, pero el general lo había calculado todo, y visto que la interposición del puente era el único medio posible de defensa.

Cuando digo que lo había calculado todo, olvidaba que lo mejor no se me había pasado por las mientes, y era que las mismas piedras que habíamos tirado, podían volvérnoslas a su turno, y que a su retaguardia tenía la inmensa columna la calle de San Agustín, rica en guijarros a despear los caballos que la transitan. Vueltos en efecto de su espanto los agresores, y mandando muchachos por centenares a traer piedras a ponchadas, se trabó el más rudo combate de que hayan hecho jamás mención las crónicas de los pilluelos vagabundos. Acercose a la trinchera que yo defendía un muchacho, Pedro Frías, y me propuso, a fuer de parlamentario, que peleásemos a sable. ¡Nosotros siete contra quinientos! Después de bien reflexionada la propuesta, la deseché terminantemente, y un minuto después el aire se veía cubierto de piedras que iban y venían, a tal punto que aun había riesgo de tragarlas. Al *Piojito* le rompieron la cabeza, y destilando sangre y mocos de llorar, y echando sendas puteadas, disparaba piedras a centenares como una catapulta antigua; el *Chuña* había caído desmayado

ya dentro de la acequia a riesgo de ahogarse; estábamos todos contusos, y la refriega seguía con encarnizamiento creciente; la distancia era ya de cuatro varas y el puente no cedía el paso, hasta que el negro Tomas, de don Dionisio Navarro, que estaba en primera línea, gritó a los suyos: «no tiren, vean al general que no puede mover los brazos». Cesó con esto el combate y se acercaron los más inmediatos hacia mí, silenciosos y más contentos de mí que de su triunfo. Era el caso, que a más de las pedradas sin cuento que yo tenía recibidas en el cuerpo, habíanme tocado tantas en los brazos, que no podía moverlos, y las piedras que aún lanzaba por puro patriotismo, iban a caer sin fuerza a pocos pasos. De mis valientes habían flaqueado y huido dos, que no nombro por no comprometer su reputación, que no ha de exigirse a todos igual constancia. Estaba aun a mi lado Riberos, chillaba y puteaba todavía el *Piojito*, y sacamos al *Chuña* de la acequia, a fin de cuidar de nuestros heridos. Quisieron algunos desalmados compelerme a seguir en clase de prisionero, opúseme yo con el resto de energía que me quedaba, teniendo mis dos brazos caídos y empalados; intervinieron en mi favor los hombres que venían en la comitiva, dando su debido mérito y todo el honor de la jornada a los vencidos, y retireme bamboleándome de extenuación a casa, donde con el mayor sigilo me administré durante una semana frecuentes paños de salmuera para hacer desaparecer aquellas negras acardenaladuras que me habrían hecho aparecer, si me hubiese desnudado, a guisa de poroto overo, tan frecuentes y repetidas eran. ¡Oh vosotros compañeros de gloria en aquel día memorable! ¡Oh vos, *Piojito*, si vivierais! *Barrilito*, *Velita*, *Chuña*, *Guacho* y *Capotito*, ¡os saludo aún desde el destierro, en el momento de hacer justicia al ínclito valor de que hicisteis prueba! Es lástima que no se os levante un monumento en el puente aquel para perpetuar vuestra memoria. No hizo más Leónidas con sus trescientos espartanos en las famosas Termópilas. No hizo menos el desgraciado Acha

en las acequias de Angaco, poniendo con la barriga al sol a tanto imbécil que no sabía apreciar lo que vale una acequia puesta de por medio, cuando hay detrás una media docena de perillanes clavados en el suelo.

Volviendo a mi educación, puede decirse que la fatalidad intervenía para cerrarme el paso. En 1821 fui al seminario de Loreto en Córdoba y hube de volverme sin entrar. La revolución de Carita me dejó sin maestro de latín. En 1825 principié a estudiar matemáticas y agrimensura, bajo la dirección de Mr. Barrean, ingeniero de la provincia. Levantamos juntos el plano de las calles de Rojo, Desamparados, Santa Bárbara, y de allí rodeando hacia el Pueblo Viejo; y yo solo, por haberme abandonado el maestro, la de la Catedral, Santa Lucía, y Legua. En el mismo año fui a San Luis a continuar con el clérigo Oro la educación que había interrumpido la revolución del año anterior. Un año más tarde era llamado por el gobierno para ser enviado al colegio de Ciencias Morales, y llegaba a San Juan, después de haberme negado una vez, en el momento que las lanzas de Facundo Quiroga venían en bosque polvoroso agitando sus siniestras banderolas por las calles.

En 1826 entraba tímido dependiente de comercio en una tienda, yo que había sido educado por el presbítero Oro, en la soledad, que tanto desenvuelve la imaginación, soñando congresos, guerra, gloria, libertad, la república en fin. Estuve triste muchos días, y como Franklin, a quien sus padres dedicaban a jabonero, él que debía «robar al cielo los rayos y a los tiranos el cetro», tomele desde luego ojeriza al camino que solo conduce a la fortuna. En mis cavilaciones en las horas de ocio, me volvía a aquellas campañas de San Luis en que vagaba por los bosques con mi Nebrija en las manos, estudiando *mascula sunt maribus*, e interrumpiendo el recitado para tirarle una pedrada a un pájaro. Echaba menos aquella voz sonora que había dos años enteros sonado en mis oídos, plácida, amiga, removiendo mi corazón, educando mis sentimientos, elevando

mi espíritu. Las reminiscencias de aquella lluvia oral que caía todos los días sobre mi alma, se me presentaban como láminas de un libro, cuyo significado comprendemos por la actitud de las figuras. Pueblos, historia, geografía, religión, moral, política, todo ello estaba ya anotado como en un índice; faltábame empero, el libro que lo detallaba, y yo estaba solo en el mundo, en medio de fardos de tocuyo y piezas de quimones, menudeando a los que se acercaban a comprarlos vara a vara. Pero deben haber libros, me decía yo, que traten especialmente de estas cosas, que las enseñen a los niños; y entendiendo bien lo que se lee, puede uno aprenderlas sin necesidad de maestros; y yo me lancé en seguida en busca de esos libros, y en aquella remota provincia, en aquella hora de tomada mi resolución, encontré lo que buscaba, tal como lo había concebido, preparado por patriotas que querían bien a la América, y que desde Londres habían presentido esta necesidad de la América del Sur, de educarse, respondiendo a mis clamores, enviándome los *catecismos* de *Ackermann*, que había introducido en San Juan, don Tomas Rojo. ¡Los he hallado! podía exclamar como Arquímedes, porque yo los había previsto, inventado, buscado aquellos catecismos, que más tarde en 1829 regalé a don Saturnino Laspiur para la educación de sus hijos. Allí estaba la historia antigua, y aquella Persia, y aquel Egipto, y aquellas Pirámides, y aquel Nilo de que me hablaba el clérigo Oro. La historia de Grecia la estudié de memoria, y la de Roma en seguida, sintiéndome sucesivamente Leónidas y Bruto, Arístides y Camilo, Harmodio y Epaminondas; y esto mientras vendía yerba y azúcar, y ponía mala cara a los que me venían a sacar de aquel mundo que yo había descubierto para vivir en él. Por las mañanas, después de barrida la tienda, yo estaba leyendo, y una señora Laora, pasaba para la iglesia y volvía de ella, y sus ojos tropezaban siempre día a día, mes a mes, con este niño, inmóvil, insensible a toda perturbación, sus ojos fijos sobre un libro, por lo que

meneando la cabeza, decía en su casa «¡este mocito no debe ser bueno, si fueran buenos los libros no los leería con tanto ahínco!».

Otra lectura ocupome más de un año, la Biblia. Por las noches después de las ocho, hora de cerrar la tienda, mi tío don Juan Pascual Albarracín, presbítero ya, me aguardaba en casa, y durante dos horas, discutíamos sobre lo que iba sucesivamente leyendo, desde el *Génesis*, hasta el Apocalipsis. ¡Con cuánta paciencia escuchaba mis objeciones, para comunicarme en seguida la doctrina de la iglesia, la interpretación canónica, y el sentido legítimo y recibido de las sentencias, donde decía blanco, no obstante que yo leía negro, y las opiniones divergentes de los santos padres! La *Teología natural*, de Paley, *Evidencia del Cristianismo*, por el mismo, *Verdadera idea de la Santa Sede*, y Feijóo, que cayó por entonces en mis manos, completaron aquella educación razonada y eminentemente religiosa, pero liberal, que venía desde la cuna trasmitiéndose desde mi madre al maestro de escuela, desde mi mentor Oro hasta el comentador de la Biblia, Albarracín.

Por entonces pasó a visitar a San Juan el canónigo don Ignacio Castro Barros, e hizo su misión pública, predicando quince días sucesivamente en las plazas, a la luz de la luna, teniendo por auditorio cuanta gente cabe apiñada en una cuadra cuadrada de terreno. Yo asistía con asiduidad a estas pláticas, procurando ganar desde temprano lugar favorecido. Precedíale la fama de gran predicador, y durante muchos días me tuvo en febril excitación. Había logrado despertar en mi alma el fanatismo rencoroso que vertía siempre de aquella boca, espumosa de cólera, contra los impíos y herejes, a quienes ultrajaba en los términos más innobles. Furibundo, frenético, andaba de pueblo en pueblo, encendiendo las pasiones populares contra Rivadavia y la reforma, y ensanchando el camino a los bandidos, como Quiroga y otros, a

quienes llamaba los Macabeos. Hice confesión general con él, para consultarme en mis dudas, para acercarme más y más a aquella fuente de luz, que con mi razón de dieciséis años, hallé vacía, oscura, ignorante y engañosa. Los estragos que aquel iluso hizo en San Juan, pueden colegirse del decreto de 28 de julio de 1827, expedido por el gobierno enemigo de Rivadavia y sus partidarios.

Una funesta experiencia —dice—, ha enseñado cuanta es la facilidad con que se pasa de la diferencia de opiniones, a la discordia, y de ésta a la guerra. Esta misma experiencia es la que ha producido en el gobierno el convencimiento de que, si bien debe asegurarse a cada individuo la libertad de manifestar decorosa y legalmente su opinión, es también necesario impedir que procure extender aquella atacando a los que piensan de otro modo, por medios reprobados y sumamente peligrosos. Cuando se han tocado estos arbitrios, cuando ciertas instituciones santas y venerables se han hecho hablar en favor de lo que se llama una disputa política, se halla minada la tranquilidad pública. En fuerza de estas consideraciones y por haberse llegado a entender, que algún ministro del santuario ha hablado directa y aun personalmente en la cátedra del Espíritu Santo de las mismas cuestiones políticas que ya han ocasionado otra vez derramamiento de sangre en San Juan, el gobierno ha venido en decretar:

1.° Queda prohibido hacer mención de cuestiones políticas en ningún discurso público religioso que se pronuncie en el templo del Señor, donde no debe oírse sino la moral santa del Evangelio, los preceptos del Redentor del mundo, los consuelos de la religión divina y los ruegos de los fieles.

2.° Comuníquese al venerable clero, y dese al *Registro*.

Quiroga [33]—*José Antonio de Oro* [34], secretario.

Hízome dudar de su sinceridad el espectáculo de una de

esas farsas que le habían valido su celebridad. Terminaba una prédica dentro de la iglesia, ensañándose contra Llorente, a quien llamó impío, viborezno, por haber calumniado al santo tribunal de la inquisición, asegurando al auditorio que había muerto comido de gusanos en castigo de sus iniquidades. Seguíale yo con avidez en aquellas imprecaciones destilando veneno, sangre, maldiciones y ultrajes, contra Rousseau y otra retahíla de nombres, para mí desconocidos, y su bilis se iba exaltando, y la rabia de un poseído se asomaba a sus ojos inyectados de sangre, y a su boca, en cuyos extremos se colectaban babas resecas; cuando de repente se levanta, y extendiendo los brazos y levantando su voz estentórea, a que respondían los ecos de las bóvedas del templo, invocó al demonio mandándole presentarse ante él, asegurando en términos positivos y terminantes que él tenía potestad del cielo para hacerlo comparecer, y que iba a presentarse en el acto; y sus ojos lo buscaban y sus manos crispadas señalaban los lugares oscuros de la iglesia, y las mujeres inquietas se movían y volvían la cara para huir, mientras yo clavaba los ojos en aquella fisonomía del clérigo descompuesta y cárdena, esperando encontrar en ella signos de fascinación, por no atreverme todavía a creer todo aquello una patraña. Después he visto a Casacuberta hacer con igual pasión papeles más difíciles, y he sentido bullir mi sangre de indignación contra aquella prostitución de la cátedra.

El padre Castro Barros echó en mi espíritu la primera duda que lo ha atormentado, el primer disfavor contra las ideas religiosas, en que había sido creado, ignorando el fanatismo, y despreciando la superstición. Después he sabido la historia de aquel insano. Era su resorte favorito en las campañas, entre las gentes incultas, arrojar desde el púlpito una plumilla, y decirla el alma de un condenado, y asegurar que aquella persona a quien se le asentase la pluma, estaba ya predestinada a los suplicios eternos; y las infelices mujeres, a quienes había hecho

apiñarse en torno de la cátedra, con sus llantos y movimientos agitaban el aire, y la vagarosa plumilla revoloteaba y cambiaba de dirección, paseando el espanto y la desolación por sobre las cabezas de la muchedumbre, que al fin se ponía de pie, enajenada de terror, dando alaridos y desbandándose por los campos. Omito mil escenas horribles de este género, y la calavera y el crucifijo, para entablar coloquios risibles, si no fueran odiosos entre dos objetos tan venerandos, y hacer cantar a la calavera tonaditas mundanas, y describir después sus tormentos en el infierno, y gozarse él en ellos, recordándole entonces uno a uno sus deslices pasados. De esa escuela de predicadores salen en las colonias españolas los terroristas políticos, de sus blasfemias contra los impíos ha salido el *mueran los salvajes unitarios*. De ahí han salido las chispas que apasionaron a la muchedumbre, y la lanzaron a los crímenes, a las matanzas de que hemos sido víctimas. De la boca de Castro Barros, como de la de los puritanos de Inglaterra, salía siempre la Sagrada Escritura empapada en sangre, azuzando las pasiones brutales de la muchedumbre. Afortunadamente para la gloria de Castro, tuvo la fuerza de alma de volver más tarde sobre sus pasos, cuando se mostraron los crímenes y la barbarie que él había armado de un pretexto santo. Prestó en 1829 su ardorosa cooperación al general Paz en Córdoba, le atrajo las simpatías de sus compatriotas, y algunas arrobas de plata labrada de conventos y monasterios fueron por influjo suyo, a engrosar el desmedrado caudal del ejército, como muestra decidida de su adhesión. En los diarios de la época publicó el doctor Castro una exposición de las razones que lo habían hecho cambiar de partido, y volver sobre Facundo Quiroga y sus partidarios las mismas armas con que había preparado la sangrienta lucha. Después siguió la suerte de los unitarios, escapó de ser azotado por Quiroga, fue más tarde echado en un pontón por Rosas, donde para vivir le era necesario achicar la bomba todos los días, por meses enteros,

para conservar su cansada y enfermiza existencia. Llegó más tarde a Chile, donde volviendo con la vejez a los excesos de fanatismo de la primera época de sus predicaciones, abogó con calor por la inquisición y otras ideas extremas, hasta que la muerte dio reposo el año pasado a aquella vida por tantas pasiones agitada. La *Revista Católica* hallole en olor de santidad, y de paso se sirvió insinuar con caridad evangélica, que el muerto doctor tenía émulos, aludiendo a mí que había principiado a escribir su biografía, con otros conceptos menos equívocos, si bien más injuriosos. Perdóneles Dios su petulancia, que no era el pobre clérigo digno objeto de mi emulación.

Desde aquella época me lancé en la lectura de cuanto libro pudo caer en mis manos, sin orden, sin otro guía que el acaso que me los presentaba, o las noticias que adquiría de su existencia en las escasas bibliotecas de San Juan. Fue el primero la *Vida de Cicerón* por Middleton, con láminas finísimas, y aquel libro me hizo vivir largo tiempo entre los romanos. Si hubiese entonces tenido medios, habría estudiado el derecho, para hacerme abogado, para defender causas, como aquel insigne orador a quien he amado con predilección. El segundo libro fue la *Vida de Franklin*, y libro alguno me ha hecho más bien que este. La vida de Franklin fue para mí lo que las vidas de Plutarco para él, para Rousseau, Enrique IV, Mma. Roland y tantos otros. Yo me sentía Franklin; ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, ser doctor *ad honorem* como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americana. La vida de Franklin debiera formar parte de los libros de las escuelas primarias. Alienta tanto su ejemplo, está tan al alcance de todos la carrera que él recorría, que no habría muchacho, un poco bien inclinado, que no se tentase a ser un Franklincito, por aquella bella tendencia del espíritu humano a imitar los modelos de la

perfección que concibe. Escribir una vida de Franklin adaptada para las escuelas, ha sido uno de los propósitos literarios que he acariciado largo tiempo; y ahora que me creía en aptitud de realizarlo, llevado de las mismas ideas, lo ha efectuado Mr. Mignet, por encargo de la Academia Francesa, con un éxito completo, aunque mi plan era diverso, más popular y más adaptable a nuestra situación. Tal como es el libro de Mignet, pedilo a Francia, y lo he hecho poner en castellano para generalizarlo, porque yo sé por experiencia propia cuánto bien hace a los niños esta lectura. ¡Santas aspiraciones del alma juvenil a lo bello y perfecto! ¿Dónde está entre nuestros libros el tipo, el modelo práctico, hacedero, posible, que puede guiarlas y trazarlas un camino? Los predicadores nos proponen los santos del cielo para que imitemos sus virtudes ascéticas y sus maceraciones; pero por más bien intencionado que el niño sea, renuncia desde temprano a la pretensión de hacer milagros, por la razón sencilla de que los que lo aconsejan, se abstienen ellos mismos de hacerlos. Pero el joven que sin otro apoyo que su razón, pobre y destituido, trabaja con sus manos para vivir, estudia bajo su propia dirección, se da cuenta de sus acciones para ser más perfecto, ilustra su nombre, sirve a su patria, ayudándola a desligarse de sus opresores, y un día presenta a la humanidad entera un instrumento sencillo para someter los rayos del cielo, y puede vanagloriarse de redimir millones de vidas con el preservativo con que dotó a los hombres, este hombre debe estar en los altares de la humanidad, ser mejor que Santa Bárbara, abogada contra rayos, y llamarse el Santo del Pueblo.

Para los pueblos del había castellana, aprender un idioma vivo, es solo aprender a leer, y debiera uno por lo menos enseñarse en las escuelas primarias.

El clérigo Oro al enseñarme el latín, que no sé, me había dotado de una máquina sencilla de aprender idiomas, que he aplicado con suceso a los pocos que conozco. En 1829,

escapado de ser fusilado en Mendoza por el fraile Aldao, por la benéfica y espontánea intercesión del coronel don José Santos Ramírez, a cuyo buen corazón no deben perjudicar las flaquezas de su juicio, tuve en San Juan mi casa por cárcel, y el estudio del francés por recreo. Vínome la idea de aprenderlo con un francés soldado de Napoleón, que no sabía castellano, y no conocía la gramática de su idioma. Pero la codicia se me había despertado a la vista de una biblioteca en francés, perteneciente a don José Ignacio de la Rosa, y con una gramática y un diccionario prestados, al mes once días de principiado el solitario aprendizaje, había traducido doce volúmenes, entre ellos las *Memorias* de Josefina. De mi consagración a aquella tarea, puedo dar idea por señales materiales. Tenía mis libros sobre la mesa del comedor, apartábalos para que sirvieran el almuerzo, después para la comida, a la noche para la cena; la vela se extinguía a las dos de la mañana, y cuando la lectura me apasionaba, me pasaba tres días sentado, registrando el diccionario. Catorce años he puesto después en aprender a pronunciar el francés, que no he hablado hasta 1846, después de haber llegado a Francia. En 1833, estuve de dependiente de comercio en Valparaíso, ganaba una onza mensual, y de ella destiné media para pagar al profesor de inglés Richard, y dos reales semanales al sereno del barrio para que me despertase a las dos de la mañana a estudiar mi inglés. Los sábados los pasaba en vela para hacerlos de una pieza con el domingo; y después de mes y medio de lecciones, Richard me dijo que no me faltaba ya sino la pronunciación, que hasta hoy he podido adquirir. Fuime a Copiapó, y mayordomo indigno de la *Colorada*, que tanta plata en barra escondía a mis ojos, traduje a volumen por día los sesenta de la colección completa de novelas de Walter Scott, y otras muchas obras que debí a la oficiosidad de Mr. Eduardo Abott. Conservan muchos en Copiapó el recuerdo del minero, a quien se encontraba siempre leyendo, y aun en Lima, el señor

Codecido recordome, a mi vuelta de Europa, un suceso relativo a aquellos tiempos. Por economía, pasatiempo y travesura, había yo concluido por equiparme completamente con el pintoresco vestido de los mineros, y habituado a los demás a mirar este disfraz como mi traje natural. Calzaba babucha y escarpín; llevaba calzoncillo azul y cotón listado, engalanando este fondo, a más del consabido gorro colorado, una ancha faja de donde pendía una bolsa capaz de contener una arroba de azúcar, y en la que tenía yo siempre uno o dos manojos de tabaco tarijeño. Por las tardes ascendía de la mina del *Desempeño* don Manuel Carril, juntos pasábamos al *Manto de los Cobos*, en cuya cocina reunidos, discutíamos política media docena de mayordomos, patrones o peones argentinos, añadiéndose a este parlero y ahumado congreso, un joven parisiense, a quien dábamos lecciones de un castellano tan castizo que, una vez que encontró señoras, dejó lastimados sus oídos, y a nosotros, que éramos sus maestros, confundidos de los progresos que en tan corto tiempo había hecho el alumno, no sin reconvenirlo después y explicarle todas las frases, palabras e interjecciones castellanas, que no tenían fácil curso en otra sociedad que aquella de la cocina del *Manto de los Cobos* de que él formaba parte.

Era juez de minas en 1835, el mayor Mardones que había militado en la República Argentina en los tiempos de la guerra de la independencia, su señora tenía trato, costumbres, aseo, y algunos muebles que nos reconciliaban con la vida civilizada, y solíamos por la noche bajar a su habitación, en la Placilla, y pasar allí agradablemente el rato. Una noche encontramos hospedado a un señor Codecido, pulcro y sibarita ciudadano que se quejaba de las incomodidades y privaciones de la jornada. Saludáronlo todos con atención, toqueme yo el gorro con encogimiento, y fui a colocarme en un rincón, por sustraerme a las miradas en aquel traje que me era habitual, dejándole ver, sin embargo, al pasar mi tirador alechugado, que

es la pieza principal del equipo. Codecido no se fijó en mí, como era natural con un minero a quien sus patrones consentían que los acompañase, y a haber yo estado más a mano, me habría suplicado que le trajese fuego, u otra cosa necesaria. La conversación rodó sobre varios puntos, discreparon en una cosa de hecho que se refería a historia moderna europea, y a nombres geográficos, e instintivamente Carril, Chenaut y los demás, se volvieron hacia mí, para saber lo que había de verdad. Provocado así a tomar parte en la conversación de los caballeros, dije lo que había en el caso, pero en términos tan dogmáticos, con tan minuciosos detalles, que Codecido abría a cada frase un palmo de boca, viendo salir las páginas de un libro de los labios del que había tomado por apiri. Explicáronle la causa del error en medio de la risa general, y yo quedé desde entonces en sus buenas gracias.

Divertía a los mineros, en *Punta Brava*, con dibujos de animales y pájaros; daba lecciones de francés a unos jóvenes, y encontré allí un mayordomo con tan extraordinaria facultad de retener lo que leía, que recitaba libros enteros sin olvidar una coma. Este tenía los ojos prominentes, como lo requiere Gall. Pertenece a mis estudios de Chañarcillo la edición de un libro sobre *emigración*, desde San Juan y Mendoza a las orillas del *Colorado* hacia el sur, que a falta de prensa recité una vez a Manuel Carril, teniéndolo durante dos horas de tal manera embobado con mi cuento, que cuando me paraba a cobrar aliento, me decía continúe, continúe, y al fin exclamó entusiasmado, yo pongo hasta la camisa para llevar a cabo el proyecto; pues yo solo pedía ochenta mil pesos, para que un millar de muchachos de buena voluntad, nos fuésemos al sur, y fundásemos una colonia, en un río navegable, y nos enriqueciésemos. Recuerdo esto, porque me complace mostrar cuán antigua es la manía de mi espíritu por continuar la obra de la ocupación de la tierra, que paralizó la guerra de la independencia, y despueblan hoy la ignorancia e incapacidad

de aquellos gobiernos.

En 1837 aprendí el italiano en San Juan, por acompañar al joven Rawson, cuyos talentos empezaban desde entonces a manifestarse. Últimamente en 1842, redactando el *Mercurio*, me familiaricé con el portugués, que no requiere aprenderse. En París me encerré quince días con una gramática y un diccionario, y traduje seis páginas de alemán, a satisfacción de un inteligente a quien di lección, dejándome desmontado aquel supremo esfuerzo, no obstante que creía haber cogido ya la estructura del rebelde idioma.

He enseñado a muchos el francés, por el deseo de propagar la buena lectura, y a varios de mis amigos, sin darles lecciones, para echarlos en el camino que yo había seguido, les decía primero: Usted, no se ha de contraer a estudiar, ya lo estoy viendo; y cuando los veía picados de amor propio, les daba algunas lecciones sobre la manera de estudiar por sí solos. Bustos, el de la Escuela Normal, y P..., mi tierno amigo, me avisaron un mes o dos después, que ya sabían francés, y en efecto lo habían estudiado.

¿Cómo se forman las ideas? Yo creo que en el espíritu de los que estudian sucede como en las inundaciones de los ríos, que las aguas al pasar depositan poco a poco las partículas sólidas que traen en disolución, y fertilizan el terreno. En 1833 yo pude comprobar en Valparaíso que tenía leídas todas las obras que no eran profesionales, de las que componían un catálogo de libros publicado por el *Mercurio*. Estas lecturas, enriquecidas por la adquisición de los idiomas, habían expuesto ante mis miradas el gran debate de las ideas filosóficas, políticas, morales y religiosas, y abierto los poros de mi inteligencia para embeberse en ellas. En 1838 fue a San Juan mi malogrado amigo Manuel Quiroga Rosas, con su espíritu mal preparado aún, lleno de fe y de entusiasmo en las nuevas ideas que agitaban el mundo literario en Francia, y poseedor de una escogida biblioteca de autores modernos. Villemain y

Schlegel, en literatura; Jouffroy, Lerminier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia; Tocqueville, Pedro Leroux, en democracia; la *Revista Enciclopédica*, como síntesis de todas las doctrinas; Charles Didier y otros cien nombres hasta entonces ignorados para mí, alimentaron por largo tiempo mi sed de conocimientos. Durante dos años consecutivos prestaron estos libros materia de apasionada discusión por las noches en una tertulia, en la que los doctores Cortinez, Aberastain, Quiroga Rosas, Rodríguez y yo, discutíamos las nuevas doctrinas, las resistíamos, las atacábamos, concluyendo al fin por quedar más o menos conquistados por ellas. Hice entonces, y con buenos maestros a fe, mis dos años de filosofía e historia, y concluido aquel curso, empecé a sentir que mi pensamiento propio, espejo reflector hasta entonces de las ideas ajenas, empezaba a moverse y a querer marchar. Todas mis ideas se fijaron clara y distintamente, disipándose las sombras y vacilaciones frecuentes en la juventud que comienza, llenos ya los vacíos que las lecturas desordenadas de veinte años habían podido dejar, buscando la aplicación de aquellos resultados adquiridos a la vida actual, traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano, con los cambios que el diverso teatro requería.

En todos estos esfuerzos estuvo siempre en actividad el órgano de instrucción y de información, que tengo más expedito, que es el oído. Educado por medio de la palabra por el presbítero Oro, por el cura Albarracín; buscando siempre la sociedad de los hombres instruidos, entonces y después, mis amigos Aberastain, Piñero, López, Alberdi, Gutiérrez, Oro, Tejedor, Fragueiro, Montt, y tantos otros, han contribuido sin saberlo, a desenvolver mi espíritu, trasmitiéndome sus ideas, o dando asidero a las mías para un desenvolvimiento que viene de suyo a completarlas. Así preparado presenteme en Chile en 1841, maduro, puedo decir, por los años, el estudio y la reflexión, y los escritos que la prensa ponía a mi vista, me hicieron creer desde luego que los hombres que habían

recibido una educación ordenada, no habían atesorado mayor número de conocimientos, ni masticádolos más despacio. No al principio de mi carrera de escritor, sino más tarde, levantose en Santiago un sentimiento de desdén por mi inferioridad, de que hasta los muchachos de los colegios participaron. Yo preguntara hoy, si fuera necesario, a todos esos jóvenes del *Semanario* si habían hecho realmente estudios más serios que yo. ¿También a mí querían embaucarme con sus seis años de Instituto Nacional? ¡Pues qué! ¿No sé yo, hoy examinador universitario, lo que en los colegios se enseña?

La vida pública

A los dieciséis años de mi vida entré a la cárcel, y salí de ella con opiniones políticas, lo contrario de Silvio Pellico, a quien las prisiones enseñaron la moral de la resignación y del anonadamiento. Desde que cayó en mis manos por la primera vez el libro de *Las Prisiones*, inspirome horror la doctrina del abatimiento moral, que el preso salió a predicar por el mundo, y que hallaron tan aceptable los reyes que se sentían amenazados por la energía de los pueblos. Ya anduviera adelantada la especie humana, si el hombre necesitase para comprender bien los intereses de la patria, tener ejercicios espirituales por ocho años en los calabozos de Espiberg, la Bastilla y los Santos Lugares. ¡Ay del mundo, si el zar de Rusia, el emperador de Austria o Rosas, pudiesen enseñar moral a los hombres! El libro de Silvio Pellico es la muerte del alma, la moral de los calabozos, el veneno lento de la degradación del espíritu. Su libro y él han pasado por fortuna, y el mundo seguido adelante, en despecho de los estropeados, paralíticos y valetudinarios que las luchas políticas han dejado. Era yo tendero de profesión en 1827, y no sé si Cicerón, Franklin, o Temístocles, según el libro que leía en el momento de la catástrofe, cuando me intimaron por la tercera vez cerrar mi tienda e ir a montar guardia en el carácter de alférez de milicias, a cuyo rango había sido elevado no hacía mucho tiempo. Contrariábame aquella guardia, y al dar parte al

gobierno de haberme recibido del principal sin novedad, añadí un reclamo en el que me quejaba de aquel servicio, diciendo: «con que se nos *oprime* sin necesidad». Fui relevado de la guardia y llamado a la presencia del coronel del ejército de Chile, don Manuel Quiroga, gobernador de San Juan, que a la sazón tomaba el solcito, sentado en el patio de la casa de gobierno. Esta circunstancia, y mi extremada juventud, autorizaban naturalmente el que, al hablarme, conservase el gobernador su asiento y su sombrero. Pero era la primera vez que yo iba a presentarme ante una autoridad, joven, ignorante de la vida, y altivo por educación, y acaso por mi contacto diario con César, Cicerón y mis personajes favoritos; y como no respondiese el gobernador a mi respetuoso saludo, antes de contestar yo a su pregunta, ¿es ésta, señor, su firma? levanté precipitadamente mi sombrero, calémelo con intención, y contesté resueltamente: sí, señor. La escena muda que pasó en seguida habría dejado perplejo al espectador, dudando quién era el jefe o el subalterno, quién a quién desafiaba con sus miradas, los ojos clavados el uno en el otro, el gobernador empeñado en hacérmelos bajar a mí, por los rayos de cólera que partían de los suyos, yo con los míos fijos, sin pestañear, para hacerle comprender que su rabia venía a estrellarse contra una alma parapetada contra toda intimidación. Lo vencí, y enajenado de cólera, llamó un edecán y me envió a la cárcel. Volaron algunos a verme, entre ellos Laspiur, hoy ministro, y que me tenía cariño, quien me aconsejó hacer lo que él ha hecho siempre, cejar ante las dificultades. Mi padre vino enseguida, y contándole la historia, me dijo: «ha hecho usted una tontera; pero ya está hecha; ahora sufra las consecuencias, sin debilidad». Siguióseme causa, preguntóseme si había oído quejarse del gobierno, respondí que sí, y a muchos. Preguntado quiénes son, respondí que los que han hablado en mi presencia no me han autorizado para comunicar a la autoridad sus dichos. Insisten, me obstino; me amenazan, sácoles la lengua; y

la causa fue abandonada, yo puesto en libertad, e iniciado por la autoridad misma en que había partidos en la ciudad, cuestiones que dividían la República, y que no era en Roma ni en Grecia donde había de buscar yo la libertad y la patria, sino allí, en San Juan, en el grande horizonte que abrían los acontecimientos que se estaban preparando en los últimos días de la presidencia de Rivadavia. Hasta la casualidad me empujaba a las luchas de los partidos que aún no conocía. En una fiesta del Pueblo Viejo, disparé un cohete a las patas de un grupo de caballos, y salió de entre los jinetes a maltratarme mi coronel Quiroga, ex-gobernador entonces, atribuyendo a ultraje intencional lo que no era más que atolondramiento. Hubimos de trabarnos de palabras y estrecharnos, él a caballo y yo a pié. Hacíanle a él voluminosa cauda cincuenta jinetes, y yo, que tenía en él y en su ágil caballo fijos los ojos, para evitar un atropellón, empecé a sentir un objeto que me tocaba por detrás de una manera apremiosa e indicativa. Estiro una mano a reconocerlo, y toco... el cañón de una pistola que me abandonaban. Yo también era en aquel instante la cabeza de una falange que se había apiñado en mi defensa. El partido federal, encabezado por Quiroga Carril, estaba a punto de irse a las manos con el partido unitario, a quien yo servía sin saberlo en aquel momento de punta. El ex-gobernador se retiró confundido por la rechifla, y acaso asombrado de tener segunda vez que estrellarse en presencia de un niño, que ni lo provocaba con arrogancia, ni cedía con timidez una vez metido en el mal paso. Al día siguiente era yo unitario. Algunos meses más tarde conocía la cuestión de los partidos en su esencia, en sus personas y en sus miras, porque desde aquel momento me aboqué el proceso voluminoso de las opiniones adversas.

Cuando la guerra estalló, entregué a mi tía doña Ángela la tienda que tenía a mi cargo, alisteme en las tropas que se habían sublevado contra Facundo Quiroga en las Quijadas, hice la campaña de Jáchal, halleme en el encuentro de Tafin, salvé

de caer prisionero con las carretas y caballadas que había tomado yo en el Pocito, bajo las órdenes de don Javier Angulo; escapeme con mi padre a Mendoza, donde se habían sublevado contra los Aldaos las tropas mismas que nos habían vencido en San Juan, y a poco, fui nombrado con don J.M. Echegaray Albarracín, ayudante del general Alvarado, quien hizo donación de mi persona al general Moyano que me cobró afición, y me regaló un día, en premio de una buena travesura, el caballo bayo overo en que fue vencido don José Miguel Carrera. Después he sido ayudante de línea incorporado al 2° de coraceros del general Paz; instructor aprobado de reclutas, de lo que puede dar testimonio el coronel Chenaut, bajo cuyas órdenes serví quince días; más tarde declarado segundo director de academia militar, por mi conocimiento profundo de las maniobras y táctica de caballería, lo que se explica fácilmente por mi hábito de estudiar. Pero la guerra con todas las ilusiones que engendra, y el humo de la gloria que ya embriaga a un capitán de compañía, no me han dejado impresiones más dulces, recuerdos más imperecederos, que aquella campaña de Mendoza, que concluyó en la tragedia horrible del Pilar. Fue para mí aquella época la poesía, la idealización, la realización de mis lecturas. Joven de dieciocho años, imberbe, desconocido de todos, yo he vivido en el éxtasis permanente del entusiasmo, y no obstante que nada hice de provecho, porque mi comisión era la de simple ayudante, sin soldados a su mando, era o hubiera sido un héroe, pronto siempre a sacrificarme, a morir donde hubiese sido útil, para obtener el más mínimo resultado. Era el primero en las guerrillas, y a media noche el tiroteo lejano me hacía despertar, escabullirme, y lanzarme por calles desconocidas, guiándome por los fogonazos, hasta el teatro de la escaramuza, para gritar, para meter bulla y azuzar el tiroteo. Últimamente me había proporcionado un rifle con que hacía, donde había guerrillas, un fuego endemoniado, hasta que me lo quitó el general

Moyano, como se les quita a los niños el trompo, a fin de que hagan lo que se les manda y de cuyo cumplimiento los distrae el embeleco. Mi padre, que me seguía como el ángel tutelar, se me aparecía en estos momentos de embriaguez, a sacarme de atolladeros que sin su previsión habrían podido serme fatales. De día en día iba haciéndome de mayor número de amigos en la división, y en la mañana del 29 de setiembre, día de la derrota nuestra, después de haber por mi vigilancia y previsión, salvado el campo de un ataque, por un lienzo de muralla que habían echado abajo, en la noche, un joven Gutiérrez me prestó su partida de 20 hombres para ir a escaramucear con el enemigo por otro lado. Era yo esta vez dueño de una fuerza imponente, y la calle, de paredes largas como una flauta, ahorraba al general la necesidad de trazarse un plan estratégico muy complicado. Avanzar para adelante, y huir para atrás, he aquí las dos operaciones jefes, *pivotales* de la jornada. Los soldados de ambos bandos, milicianos por lo general, lo que menos deseaban era irse a las manos, y esta era la curiosidad que yo tenía y que me proponía satisfacer. Ordeno un tiroteo que sirva de introducción al capítulo; avánzome en seguida a provocar de palabras, diciéndole montonero, avestruz y otras lindezas al oficial adverso, quien sin avanzarse mucho, me hace fusilar con tres o cuatro de los suyos, que se estaban un minuto apuntándome los tiros. Me ingenio del modo más decente que puedo para no seguir sirviendo de blanco, después de haberme aguantado quince tiros a veinticinco pasos. Mando cargar, nos entreveramos un segundo, y los míos y los ajenos retroceden a un tiempo, cada partida por su lado, dejando en el fugaz campo de batalla, al pobre general mohíno de que no siguiera un rato más la broma. Reúnome a los míos, y siento en todas las evoluciones del caballo, que me acompaña un soldado. Extrañan su fisonomía los otros, reconócenlo enemigo que se ha quedado entre los nuestros, siendo el poncho el uniforme de todos; lo atacan, lo defiendo; insisten en

matarlo, se dispara; salgo a su alcance, y al reunirse a los suyos, logro metérmele de por medio, y al sesgar el caballo, acomodarle un chirlo en buena parte, echarlo dentro de la acequia que corría al costado de la calle, y dejar a disposición de los nuestros el caballo ensillado, mientras yo hacía frente a los que venían en su socorro. He aquí la hazaña más *contabile* que he hecho en mis correrías militares. Después era ya hombre hecho, capitán de línea, y por necesidad circunspecto.

Asistía con frecuencia a los debates que tenía el general Alvarado con el pobre Moyano. Alvarado no tenía nunca razón, pero tenía el prestigio de la guerra de la independencia y oponía a todo la fuerza de inercia, que es el poder más temible. Moyano fue fusilado, y Alvarado se retiró tranquilo a San Juan, después de vencido. Más tarde mandaba decir al señor Sarmiento, escritor en Chile, que en la *Vida de Aldao* hacía alusión a su conducta de entonces, que ya él se había vindicado de esos cargos. Mucha sorpresa causó a Frías mi respuesta: dígale al general que un ayudantito que dio él a Moyano, y reprendió una vez por el ahínco con que oía las conversaciones entre los jefes, es el señor Sarmiento a quien se dirige ahora. ¡Oh! diez veces han perdido la República hombres honrados, pero fríos, incapaces de comprender lo que tenían entre manos. Tomome afición don José María Salinas, ex-secretario de Bolívar, patriota entusiasta, adornado de dotes eminentes y que fue degollado por Aldao, mandado mutilar, desfigurado con una barbaridad hasta entonces sin ejemplo. Últimamente en los dos días que precedieron a la derrota del Pilar, por la amistad del doctor Salinas, y las simpatías de los Villanuevas y de Zuloaga, que había tomado el mando de la división, fui admitido a los consejos de guerra de los jefes, no obstante mi poca edad, contando con mi discreción; debo creer que suponiéndome rectitud de juicio, pues que de mi resolución no había que dudar.

Terminaron este episodio incidentes que son necesarios al

objeto de esta narración. Saben todos el origen de la vergonzosa catástrofe del Pilar. El fraile Aldao borracho, nos disparó seis culebrinas al grupo que formábamos sesenta oficiales en torno de Francisco Aldao, su hermano, que había entrado en nuestro campo, después de concluido un tratado entre los dos partidos beligerantes. El desorden de nuestras tropas, dispersas merced a la paz firmada, se convirtió en derrota en el momento, en despecho de esfuerzos inútiles para restablecer las posiciones. Jamás la naturaleza humana se me había presentado más indigna, y solo Rosas ha excedido en cinismo a los miserables que le preparaban así el camino. Yo estaba aturdido, ciego de despecho; mi padre vino a sacarme del campo y tuve la crueldad de forzarlo a fugar solo. Laprida, el ilustre Laprida, el presidente del congreso de Tucumán, vino en seguida y me amonestó, me encareció en los términos más amistosos el peligro que acrecentaba por segundos. ¡Infeliz, fui yo el último, de los que sabían estimar y respetar su mérito, que oyó aquella voz próxima a enmudecer para siempre! Si yo lo hubiera seguido, no pudiera deplorar ahora la pérdida del hombre que más honró a San Juan, su patria, y ante quien se inclinaban los personajes más eminentes de la República, como ante uno de los padres de la patria, como ante la personificación de aquel congreso de Tucumán que declaró la independencia de las Provincias Unidas. A poco andar lo asesinaron, sanjuaninos, se dice, y largos años se ignoró el fin trágico que le alcanzó aquella tarde. Yo salí del campo del Pilar, después de haber visto morir a mi lado al ayudante Estrella, y haber ultimado uno de los nuestros a un soldado enemigo que me cerraba el paso, mientras bregábamos con la lanza y el sable con que yo había logrado herirlo. Salí por entre los enemigos, por una serie de peripecias y de escenas singulares, entrando en espacios de calle en que nosotros éramos los vencedores, para pasar a otro en que íbamos prisioneros. Más allá dos hermanos Rosas, de partidos contrarios, se disputaban

un caballo; más adelante junteme con Joaquín Villanueva, que fue luego lanceado, reuniéndome con José María su hermano, que fue degollado tres días después; y todos estos cambios de situación se hacían al andar del caballo, porque el vértigo de vencedores y vencidos que ocupábamos en grupo media legua en una calle, apartaba la idea de salvarse por la fuga. Pocos sabían lo que pasaba realmente atrás, y de esos pocos era uno yo. Cuando la hora de la reflexión, de la zozobra y el miedo vino para mí, fue cuando habiendo salido de aquel laberinto de muertes, por un camino que entre ellas me trazó mi buena estrella, vine a caer en manos de las partidas que se dirigían a la ciudad a saquear, y una de ellas, después de haberme desarmado y desnudado, me entregó al comandante don José Santos Ramírez, en cuyo honor debo decir, que venía cargado de noble botín, hecho en el campo de batalla: heridos y prisioneros que traía a salvar de la carnicería bajo el techo doméstico. El comandante Ramírez me salvó entonces, y cuatro días después, cuando llegó de San Juan orden de fusilar a los jóvenes sanjuaninos que habían sido tomados prisioneros, entre los cuales cayeron Echegaray, Albarracín, Carril, Moreno y otros, la mayor parte pertenecientes a las primeras familias, que por convicciones habían momentáneamente tomado las armas, don José Santos Ramírez, contestó a los que me reclamaban para matarme «ese joven es el huésped de mi hogar, y solo pasando sobre mi cadáver llegarán hasta él». Entregome a poco a Villafañe para que uno de mis tíos me restituyese al seno de mi familia. De mi padre, salvado al principio de la derrota, hay un hecho digno de recuerdo. La ignorancia de mi paradero, llevábalo inconsolable, fuera de sí, y como avergonzado de haber salvado su existencia. Parábase a cada momento a esperar los últimos grupos de fugitivos, para ver si su hijo venía entre ellos, hasta ser el último de los que precedían a las partidas enemigas. Llegado a lugar de salvamento, no quiso seguir hacia Córdoba a los prófugos, y

permaneció días enteros rondando en torno de las avanzadas enemigas, hasta que cayó en su poder, como aquellas tigres a quienes han robado sus cachorros, y vienen llevadas del instinto maternal a entregarse a los cazadores implacables. Trajéronlo a San Juan, pusiéronlo en capilla, y escapó de ser fusilado mediante una contribución de dos mil pesos.

Paso en blanco el riesgo de que salvé de ser asesinado en el cuartel en la revolución de Panta, Leal y los Herreras, todos bandidos de profesión, y fusilados después por Benavídez, y el peligro mayor aun que corrí al día siguiente de manchar mis manos con la sangre de algunos de entre los miserables sublevados, peligro de que me libraron circunstancias independientes de mi voluntad. Paso asimismo en blanco otras peripecias, ascensos militares y campañas estériles, hasta el triunfo de Quiroga en Chacón, que nos forzó en 1831 a emigrar a Chile, y a mí a pasar de huésped de un pariente en Putaendo, a maestro de escuela en los Andes, de allí a bodegonero en Pocuro con un pequeño capitalito que me había enviado mi familia; dependiente de comercio en Valparaíso, mayordomo de minas en Copiapó, tahúr por ocho días en el Huasco, hasta que en 1836, regresé a mi provincia, enfermo de un ataque cerebral, destituido de recursos y apenas conocido de algunos, pues con los desastres políticos, la primera clase de la sociedad había emigrado, y hasta hoy ha vuelto. Una complicada operación de aritmética que necesitaba el gobierno, púsome a poco en evidencia, y pasando los días, y comiéndome privaciones, llegué por la amistad de mis parientes a colocarme entre los jóvenes que descollaban en San Juan, siendo más tarde el compañero inseparable de mis antiguos condiscípulos de escuela, los doctores Quiroga Rosas, Cortinez, Aberastain, hombres de valer, de talento y de luces, dignos de figurar en todas partes de América. De aquella asociación salieron ideas utilísimas para San Juan, un colegio de señoras, otro de hombres que hicieron fracasar, una sociedad dramática, y mil

otros entretenimientos públicos, tendentes a mejorar las costumbres y pulirlas, y como capitel de todos estos trabajos preparatorios, un periódico, el *Zonda*, que fustigaba las costumbres de aldea, promovía el espíritu de mejora, y hubiera producido bienes incalculables, si el gobernador, a quien el *Zonda* no atacaba, no hubiese tenido horror a la luz que se estaba haciendo. Y de aquí vino mi segunda prisión, por haberme negado a pagar veintiséis pesos, que en violación de las leyes y decretos vigentes, se proponía robarme el gobierno. Débenme don Nazario Benavídez y don Timoteo Maradona, de *mancomun et in solidum*, veintiséis pesos todos los días que amanece; y me los pagarán ¡vive Dios! uno u otro, ahora o más tarde, el segundo más bien que el primero, porque un ministro está ahí para prestar su consejo al gobernador, poco conocedor de las leyes de su país, demasiado voluntarioso para detenerse ante esas frágiles barreras opuestas al capricho, pero que se hacen insuperables por el respeto que entre los hombres cultos merecen los derechos ajenos. La ley de imprenta de la provincia, siendo la única imprenta que hay propiedad pública, provee a los medios de pagar las publicaciones, dejando a beneficio de la imprenta la venta de periódicos, para facilitar de este modo su publicación. El gobernador de San Juan, queriendo librar a la provincia de los graves males que podría acarrearle la publicación de un periódico, redactado por cuatro hombres de letras muy competentes, esto es, para no tener quien examinase sus actos ni ilustrase la opinión pública, mandome decir que valía doce pesos el pliego de papel impreso, desde el número 6.° del *Zonda*, adelante. Ordené al impresor que tirase el tal número, y el *Zonda* murió así sofocado. Un día recibo orden de comparecer ante el gobierno.

—¿Ha satisfecho usted el valor del último número del *Zonda*?

—¿Satisfacer? ¿a quién?

—A la imprenta.

—¿A la imprenta? ¿Por qué?

—Porque así está mandado.

—¿Mandado, por quién?

—A usted se le ha comunicado la orden.

—¿A mí? No es cierto.

—Que se haga venir al impresor Galaburri.

Entra Galaburri.

—¿No ha comunicado al señor la orden de pagar doce pesos por pliego de impresión del número 6 del Zonda?

—Sí, señor.

—¿Cómo dice usted señor Sarmiento, que no?

—Repito que no se me ha comunicado orden.

—Sí, señor, se la he comunicado.

—Repito que no he recibo orden ninguna; Galaburri me ha dado un mensaje de don Nazario Benavídez; Galaburri es lo mismo en este caso que la cocinera de Su Exa., a quien no querrá permitirse hacerla intermediaria entre el gobierno y los ciudadanos. Sobre asuntos de imprenta y de cosas públicas, el gobierno se entiende por decretos, y mientras las leyes existentes no estén abolidas por otra ley que las modifique, no tengo nada que ver con los chismes que Galaburri me traiga de lo que dice el gobernador o el ministro.

El Ministro.—¿Dónde están esas leyes que usted invoca?

—Vergüenza es que un ministro me pregunte eso; el que está encargado de hacerlas cumplir, vaya, registre el archivo.

El Gobernador.—Usted pagará lo que se ha mandado.

—Su Exa. me permitirá asegurarle que no.

El Gobernador.—Señor edecán Coquino, a las cuatro de la tarde, ocurrirá usted a casa del señor, a recoger la suma que adeuda.

—A las cuatro de la tarde, recibirá Su Exa. la misma

respuesta. No es la pequeña suma de dinero lo que resisto, sino la manera de cobrarla y la ilegalidad del cobro. Defiendo un principio, no me someto a la arbitrariedad del gobierno que no tiene facultades extraordinarias.

A las cuatro de la tarde se presenta el edecán, y con mi negativa, me intima la orden de acompañarle a la prisión. Estando en el calabozo, me dice:

—Tengo orden de intimarle que si no paga a la oración, se prepare para salir desterrado a donde el gobierno lo mande.

—Bien.

—Pero ¿qué respondo al gobierno?

—Nada.

—Pero, señor, se pierde usted.

—Le agradezco su interés.

—Pero, ¿qué le digo?

—¿Qué le ha de decir usted? Que me ha comunicado la orden.

El oficial salió triste y desconsolado; Benavídez y Maradona pasaron luego a caballo, preocupados también ellos del rumbo que tomaría el asunto. Llegaron a poco mis amigos Rodríguez, Quiroga, Cortínez y Aberastain; tuvimos consejo, y la mayoría decidió que transigiese, en atención a que era preciso salvar el colegio de que era director; siendo el íntegro, el animoso Aberastain, el único que me apoyaba en mi propósito de hacer frente hasta el último a aquella arbitrariedad. Vino el edecán, y recibió un libramiento contra un comerciante, con el cual y su firma al pie, me procuré un documento por donde cobrar a su debido tiempo, en vista de las leyes y decretos violados en mi daño, la suma espoliada, con daños y perjuicios. ¡Don Timoteo Maradona, hoy presbítero! ¡Usted que se confesaba cada ocho días, y que hoy perdona a los otros sus pecados, interrogue su conciencia, y si no le dice que ha robado, arrancando por la

violencia veintiséis pesos, que debe usted a todas horas, si no pesan estos sobre su conciencia, le diré yo que usted, señor presbítero, es un corrompido malvado!

Mi situación a fines de 1839 se hacía en San Juan cada vez más espinosa, a medida que el horizonte político se cargaba de nubes amenazadoras. Sin plan ninguno, sin influencia, rechazando la idea de conspirar, en cafés y tertulias, como en la presencia de Benavídez, decía mi parecer, con toda la lisura que me es propia, y los recelos del gobierno me rodeaban en todas partes, como una nube de moscas, zumbando a mis oídos.

Un incidente vino a complicar la situación. El fraile Aldao fue derrotado y se anunció su llegada instantánea a San Juan. Los pocos hombres que hacían sombra al gobierno, temieron por su vida. El doctor Aberastain era el único que no quería fugar. Yo lo decidí, se lo pedí y se resignó. Yo solo entre todos conocía a Aldao de cerca. Yo solo había sido espectador en Mendoza de las atrocidades de que habían sido víctimas doscientos infelices, veinte de entre ellos mis amigos, mis compañeros. Cuando se me habló de prepararme para la intentada fuga, yo di las razones de conveniencia y de deber que me imponían la obligación de permanecer en San Juan, y tuvieron que asentir a ellas.

Aldao no vino, pero sobre mí se reconcentraban los temores del gobierno, y la rabia de los hombres nuevos, desconocidos, en cuyas manos había puesto las armas. Aberastain defendía a una pobre mujer, a quien un propietario había asesinado el hijo ebrio, en una tentativa de robarle una oveja. El juez de alzadas decía a la madre: «Vaya usted, mujer, al ladrón se le mata, y se le arroja de una pata a la calle». Y con esta formidable sentencia, se la negaba audiencia, y hacía un año que estaba dando pasos, porque se levantara información sumaria del caso. Como Aberastain faltase, el juez puso un proveído, ordenando a la mujer que si dentro de cuatro días no presentaba acusación en forma, se *sobreseería* en la causa. Al

segundo día la mujer desvalida presentó la pieza requerida, estableciendo el delito por un lado, y por otro recapitulando todas las iniquidades del juez, comprobadas por la causa misma. El juez principió a mirar con ojo serio el asunto, y fue a verme a casa para probarme que la carta de mayo, es decir, la Constitución política, ¡autorizaba a matar al que penetrase en la casa de un particular!

Los escritos arreciaban, la evidencia del crimen del propietario se hacía más palpable, y a faltar al juez el apoyo del poder, lo que no era imposible en aquellos momentos, el tal podría ser declarado cómplice. Entonces, un personaje federal y mi amigo, me escribió diciéndome que yo defendía el crimen contra la propiedad, y que él era desde entonces el defensor del homicida. Contestele que le sentaba bien a él, que era rico, defender la propiedad, que yo defendía el derecho a conservar la vida que teníamos los pobres, que por tanto cada uno estaba en su terreno, dependiendo del éxito de la causa y de la importancia de las pruebas, el saber si había un ladrón o un asesino en ella. Un tercer escrito de la mujer puso en campaña al juez para obrar una transacción entre partes, a condición que ese escrito no se incorporase en la causa. El juez se veía convicto, confeso de complicidad y sentenciado. La mujer era menesterosa, su hijo muerto no podía volver a la vida, hicieron lucir ante sus ojos un poco de oro, y convino en la transacción. De ese oro tomé quince pesos para mí, por mis tres escritos que hubieran podido costarme la cabeza, y cincuenta que mandé al destierro al doctor Aberastain, que había defendido a la pobre un año, y que le supieron a talega de pesos, tan bien venidos le fueron.

Por entonces hice un esfuerzo supremo. Vi a Maradona, exministro, a los representantes de la sala, a cuanto hombre podía influir en el ánimo de Benavídez, para que lo contuviesen, si era posible, en la pendiente en que ya lo veía lanzado, el despotismo, el caudillaje, el trastorno de todos los

fundamentos en que reposan las sociedades. Llamome el naciente tiranuelo a su casa.

—Sé que usted conspira, don Domingo.

—Es falso, señor, no conspiro.

—Usted anda moviendo a los representantes.

—¡Ah! ¡Eso es otra cosa! Su Exa. ve que no hay conspiración; uso de mi derecho de dirigirme a los magistrados, a los representantes del pueblo, para estorbar las calamidades que Su Exa. prepara al país. Su Exa. está solo, aislado, obstinado en ir a su propósito, y me intereso en que los que pueden, los que deben, lo contengan en tiempo.

—Don Domingo, usted me forzará a tomar medidas.

—¡Y qué importa!

—¡Severas!

—¿Y qué importa?

—¿Usted no comprende lo que quiero decirle?

—Sí comprendo, ¡fusilarme!, ¿y qué importa?

Benavídez se quedó mirándome de hito en hito; y juro que no debió ver en mi semblante signo ninguno de fanfarronada; estaba yo poseído en aquel momento del espíritu de Dios; era el representante de los derechos de todos, próximos a ser pisoteados. Vi en el semblante de Benavídez señales de aprecio, de compasión, de respeto, y quise corresponder a este movimiento de su alma.

—Señor —le dije—, no se manche. Cuando no pueda tolerarme más, destiérreme a Chile; mientras tanto cuente Su Exa. que he de trabajar por contenerlo, si puedo, en el extravío a donde se lo lleva la ambición, el desenfreno de las pasiones. Y con esto me despedí.

Algunos días después, fui llamado de nuevo a casa de gobierno.

—He sabido que ha recibido usted papeles de Salta y del campamento de Brizuela.

—Sí, señor, y me preparaba a traérselos.

—Sabía que le habían llegado esos papeles, pero ignoraba —añadió con sorna— que quisiese mostrármelos.

—Es que no había puesto en limpio la representación de mi parte con que quería acompañárselos. Aquí tiene Su Exa. lo uno y lo otro. Estas proclamas son impresas aquí.

—Se equivoca, señor, son impresas en Salta.

—¡Hum! A mí no me engaña usted.

—Yo no engaño jamás, señor. Repito que son impresas en Salta. La imprenta de San Juan no tiene esta letra versalita, este otro tipo, aquel…

Benavídez insistía, hizo llamar a Galaburri, y se convenció de su error.

—Deme usted el manuscrito ese.

—Yo lo leeré, señor, está en borrador.

—Léalo usted.

Yo guardaba silencio.

—Léalo pues.

—Haga Su Exa. salir para afuera al señor jefe de policía, a quien no es mi voluntad hacerle confidencias.

Y cuando hubo salido, echándome miradas que eran una amenaza de muerte, como si yo debiese pagar por su mala educación que lo hacía permanecer de tercero, yo leí mi *factum* con voz llena, sentida, apoyando en cada concepto que quería hacer resaltar, dando fuerza a aquellas ideas que me proponía hacer penetrar más adentro. Cuando concluí la lectura que me tenía exaltado, levanté los ojos, y leí en el semblante del caudillo… la indiferencia. Una sola idea no había prendido en su alma, ni la duda se había levantado. Su voluntad y su

ambición, eran una coraza que defendía su corazón y su espíritu.

Benavídez es un hombre frío; a eso debe San Juan el haber sido menos ajado que los otros pueblos. Tiene un excelente corazón, es tolerante, la envidia hace poca mella en su espíritu, es paciente y tenaz. Después he reflexionado que el raciocinio es impotente en cierto estado de cultura de los espíritus; se embotan sus tiros, y se deslizan sobre aquellas superficies planas y endurecidas. Como la generalidad de los hombres de nuestros países, no tiene conciencia clara del derecho ni de la justicia. Le he oído decir candorosamente, que no estaría bien la provincia sino cuando no hubiese abogados, que su compañero Ibarra vivía tranquilo y gobernaba bien, porque él solo en un dos por tres decidía las causas. Rosas tiene en Benavídez su mejor apoyo; es la fuerza de inercia en ejercicio, llamando todo al quietismo, a la muerte, sin violencia, sin aparato. La provincia de San Juan, salvo la Rioja, San Luis y otras, es la que más hondamente ha caído; porque Benavídez le ha impreso su materialismo, su inercia, su abandono de todo lo que constituye la vida pública, que es lo que el despotismo exige. Coman, duerman, callen, rían si pueden, y aguarden tranquilos, que en veinte años más… sus hijos andarán en cuatro pies.

Benavídez tenía prisa de desembarazarse de toda traba; quería salir a campaña, ser general de ejército, y puso todos los medios que Rosas había ya puesto en juego para llegar a sus fines. Hízose conceder facultades extraordinarias, reclutó gente y puso a su cabeza hombres oscurísimos, sin que un solo federal de algún valer en la provincia, entrase a componer el personal del ejército. Mandábalo en jefe un Espinosa, tucumano que había sido teniente o capitán con Quiroga, joven valiente, borracho consuetudinario, y sin roce alguno. Fue sacado de la cárcel uno de los Herreras; el último de tres bandidos chilenos del mismo nombre, condenados a muerte por

asesinatos y salteos, ajusticiados dos ya, y este último más tarde por Benavídez mismo, cuando recayó en su profesión de salteador. Llamose al servicio al indio Saavedra, salteador y asesino, muerto después de una puñalada en una borrachera, y no ajusticiado como, por error, dije hablando al principio de su familia. Fue capitán un cómico limeño, Mayorga, que murió borracho a manos del general Acha. Llamó Benavídez a su lado como edecán para repartir contribuciones a Juan Fernández, joven de buena familia, descendido voluntariamente a la chusma, con quien vivía encenagado en la borrachera y el juego; la criatura más despreciable y despreciada de todas las que había entonces en San Juan. Un italiano embustero, corrompido, zafio e ignorante, fue hecho mayor. Bajo las órdenes de estos jefes, la escoria de la sociedad, habían llamado al servicio muchos jóvenes oscuros, pero que tenían el noble deseo de surgir y elevarse, todos sin educación, salidos muchos de las clases abyectas de la sociedad, y de entre las cuales se han formado después, aunque en tan mala escuela, buenos militares, y ciudadanos honrados. Los Estados Unidos son federales, y la igualdad de todos los hombres es, como debe ser, la base de las instituciones; pero la oficialidad del ejército se prepara en la academia militar de West Point, célebre en el mundo hoy por la ciencia que profesan, por la distinción de los cadetes salidos de las familias más influyentes, hijos de los hombres más notables. Chile mismo no ha gozado de reposo y de prosperidad, sino el día en que ennobleció el ejército llamando a sus filas, por la educación, a los hijos de las familias más elevadas. Así han trastornado la sociedad en la República Argentina, elevando lo que está deprimido, humillando y apartando lo que es de suyo elevado; así triunfó la federación y así se sostiene, llena de miedo siempre, teniendo necesidad para vivir de humillar, de aterrar, de cometer nuevas violencias y nuevos crímenes. Benavídez no tenía ministro entonces, todos los federales le huían el bulto y él solo con sus

tropas llevaba adelante su insano designio. ¡Así toman el nombre de los pueblos para llamarse gobiernos, después que los han envilecido y ajado!

Últimamente, una cuarta vez fui llamado a casa de gobierno. Esta vez estaba yo prevenido, sabía que se preparaba un golpe de terror y que yo era la víctima designada. Era domingo, y me había despedido de casa de algunos entre chanzas y veras, y escrito afuera que mi existencia estaba en peligro. Fui, no obstante, al llamado, haciéndome acompañar de un sirviente, para que diese la noticia de mi prisión en caso de ocurrir. Vi de paso a uno de mis amigos, y resistí a sus ruegos, a sus súplicas, de que desistiese de presentarme:

—Lo van a prender, todo está dispuesto.

—Deje usted, me ha hecho llamar Benavídez por un edecán, y tendría vergüenza de no asistir al llamado.

Me prendieron, y a la oración, al presentarse la escolta que debía conducirme a la cárcel, el ruido de sables me hizo estremecer los nervios; zumbábanme los oídos, y tuve miedo, pavor. La muerte, que creí decretada en ese momento, se me presentó triste, sucia, indigna; y no tuve valor para recibirla en aquel carácter. Nada sucedió, sin embargo, y en mi calabozo me remacharon una barra de grillos. Pasaron los días, y como los ojos a la oscuridad, el espíritu se habituó a dominar las zozobras y el desencanto. Era una víctima pasiva, y si no es mi familia, nadie estaba cuidadoso de mi suerte. Mi causa era la mía no más. Sufría porque había sido indiscreto, porque había deseado atajar el mal sin poseer los medios de atajarlo; a los hechos materiales oponía protestas, abnegación aislada, y los hechos seguían su camino.

La noche del 17 de noviembre a las dos de la mañana, un grupo de a caballo gritó, parándose enfrente de la cárcel, *¡mueran los salvajes unitarios!* Tan sin antecedentes era esta aclamación, tan helado y acompasado salía aquel grito de las

bocas de los que lo pronunciaron, que se conocía que era una cosa calculada, convenida, sin pasión. Comprendí que algo se urdía. A las cuatro repitieron la misma dosis, mientras yo velaba escribiendo una zoncera que me tenía entretenido. Al alba se introdujo en la prisión un andaluz que la echaba de borracho, y entre agudezas y bromas risibles para distraer a los centinelas, al pasar, haciendo equis cerca de otro preso que me acompañaba, dejaba caer en frases entre cortadas: «¡Los van a asesinar!… ¡Las tropas vienen a la plaza!… El comandante Espinosa los va a lancear… ¡Al señor Sarmiento!… ¡salven si pueden!

Esta vez estaba yo montado a la altura de la situación; pedí a casa un niño, escribí al obispo que no se asustase, y que tratase con su presencia de salvarme… pero el pobre viejo hizo lo contrario, se asustó, y no pudo hacer que sus piernas lo sostuviesen. Las tropas llegaron y formaron en la plaza. El niño que estaba a la puerta del calabozo, a guisa de telégrafo, me comunicaba todos los movimientos. Algunos gritos se oyeron en la plaza, carreras de caballos; vi pasar la lanza de Espinosa que la pedía. Hubo un momento de silencio y luego ochenta oficiales se agruparon bajo la prisión, gritando ¡abajo los presos! El oficial de guardia subió y me ordenó salir.

—¿De orden de quién?

—Del comandante Espinosa.

—No obedezco.

Entonces pasó al calabozo vecino, y extrajo a Oro, y lo exhibió; pero al verlo gritaron de abajo: ¡a ese no, a Sarmiento!

Vaya pues, me dije yo, no hay manera de excusarse aquí; porque ya le había a mi compañero jugado otra vez el chasco de hacerle poner los grillos más gordos, por una negativa imperiosa a recibirlos antes en mis delicadas piernas. Salí y me saludaron con un *hurra* de mueras y denuestos aquellos hombres que no me conocían, salvo dos que tenían razón de

aborrecerme.

—¡Abajo, abajo! ¡*Crucifige cum*!

—¡No bajo!, ustedes no tienen derecho de mandarme.

—¡Oficial de guardia, bájelo a sablazos!

—Baje usted —me decía éste, con el sable enarbolado.

—No bajo —tomándome yo de la baranda.

—¡Baje usted! —y descargaba sablazos de plano.

—No bajo —respondía yo tranquilamente.

—¡Dele usted de filo… carajo! —gritaba Espinosa, espumando de cólera—. ¡Si subo yo lo lanceo, señor oficial de guardia!

—Baje usted, señor, por Dios —me decía bajito el buen oficial, verdugo a su pesar y medio llorando, mientras me descargaba sablazos—, voy a darle de filo ya.

—Haga usted lo que guste —le decía yo quedo—, no bajo.

Algunos gritos de espanto de dos ventanas de la plaza, salidos de bocas que me eran conocidas, al ver subir y bajar aquel sable, me habían conturbado un poco. Pero quería morir como había vivido, como he jurado vivir, sin que mi voluntad consienta jamás en la violencia. Había además en aquella situación una pillería de mi parte, que debo confesar humildemente. Yo me había cerciorado de que Benavídez no estaba en la plaza, y este dato me había servido para combinar rápidamente mi plan de defensa. La baranda de los altos del cabildo era realmente mi tabla de salvación. Las tropas han venido a la plaza, me decía yo, luego Benavídez tiene parte en la broma; no está aquí para achacarla al *entusiasmo* federal, y decir como Rosas, al asesinar a Maza, que era aquel un acto de «atroz licencia en un momento de inmensa, profunda irritación popular». Ahora la cárcel está en línea recta, a cuadra y media de casa de Benavídez. El sonido corre a tantas leguas por minuto, y para llegar a 225 varas solo se necesitaba un

segundo. En vano el gobernador habría querido lavarse las manos de aquella tropelía anónima, que ahí estaba yo, en lugar alto y espectable, para enviar a su fuente y origen el delito. Los criados de la casa de Benavídez, uno de sus escribientes, su edecán, corrieron al ver brillar el sable que revoloteaba sobre mi cabeza, gritando despavoridos uno en pos de otro, ¡señor! ¡señor! ¡están matando a don Domingo! Tenía pues, cogido en su propia red a mi gaucho taimado. O se confesaba cómplice, o mandaba orden de dejarme en paz, y Benavídez no tenía coraje entonces para cargar con aquella responsabilidad; ¡mi sangre habría estado destilando sobre su corazón gota a gota toda su vida!

Cuando los furibundos de abajo se convencieron de que yo no quería morir en las patas de los caballos, gustándome más hacerlo en lugar decente y despejado, subieron diez o doce de ellos, y cogiéndome de los brazos, me descendieron abajo, en el momento que llegaban doce cazadores que Espinosa había pedido para despacharme. Pero Espinosa quería verme la cara y aterrarme. El cómico limeño, a quien yo silbaba en el teatro por ridículo, hecho capitán de la federación, me tenía apoyada la espada en el pecho, con los ojos fijos en Espinosa para empujarla; el comandante, en tanto, me blandía la lanza, y me picaba en el corazón, gritando blasfemias. Yo tenía compuesto mi semblante, estereotipado en él el aspecto que debía conservar mi cadáver. Espinosa picó más fuerte entonces, y mi semblante permaneció impasible, a juzgar por la rabia que le dio, pues recogiendo su lanza, me mandó una horrible lanzada. La moharra tenía media vara de largo y un palmo de ancho, y yo conservé por muchos días el cardenal que me quedó en la muñeca de rebotarle la lanza lejos de mí. Entonces el bruto se preparaba para saciar su rabia burlada, y yo inspirado por el sentimiento de la conservación, y calculando que debía Benavídez mandar a su edecán, levantando la mano extendida, le dije con imperio: ¡oiga usted comandante!, y como él

prestase atención, yo di vuelta, metime debajo del corredor para rodear el grupo de los caballos, llegué al extremo, cayeron sobre mí, aparteme una nube de bayonetas del pecho con ambas manos, y llegó el edecán de gobierno que mandó suspender la farsa, consintiendo solamente en que me afeitasen, cosa que habían hecho con otros. Si en el fondo no hubo permiso para más, Espinosa había perdido ya el dominio de sus pasiones de bandido, y yo habría tenido frescura suficiente para hacer caer la máscara con que Benavídez quería ocultarse. Metiéronme a la cárcel baja, y entonces ocurrió una escena que dobló el terror de la población. Mi madre y dos de mis hermanas atropellaron las guardias y subieron a los altos; vióseles entrar y salir de los calabozos vacíos; descendieron como una visión y fueron a rematar a casa de Benavídez, ¡a pedirle el hijo, el hermano! ¡Oh, también el despotismo tiene sus angustias! Lo que pasó enseguida sábenlo varios; y no fui yo sin duda quien suplicó ni dio satisfacciones, holgándome todos los días de que en aquella prueba no se desmintiese la severidad de mis principios, ni flaquease mi espíritu.

Algo más hay sobre este suceso, y quiero consignarlo aquí, para consuelo de los que desesperan de que los atentados cometidos impunemente hace diez años, reciban su condigno castigo en la tierra. Los ejecutores de aquella farsa sangrienta, *todos*, sin escapar uno, han muerto de muerte trágica. A Espinosa lo atravesó una bala en Angaco. En la oscuridad de la noche, viendo Acha un bulto en la calle, hizo disparar algunos tiros al retirarse de la chacarilla a la plaza, y cayó muerto del caballo el cómico aquel que esperaba la orden de atravesarme; el indio Saavedra que me había dado un puntazo, acabó su carrera asesinado. Y el gaucho Fernández, tullido, encenagado en la borrachera y en la crápula, si vive todavía, es para mostrar quién fue ayudante del gobernador en aquellos días de vértigo y de infamia. Como mi madre, yo creo en la

Providencia, y Bárcena, Gaetán, Salomón y todos los mazorqueros, asesinados entre ellos mismos, ajusticiados por el que les puso el puñal en las manos, carcomidos por el remordimiento, la desesperación, el delirio y el oprobio, atormentados por la epilepsia o disueltos por la pulmonía, me hacen esperar todavía el fin que a todos aguarda. ¡Rosas está ya desahuciado! Su cuerpo es un cadáver tembloroso y desencajado. El veneno de su alma está royendo el vaso que la contiene, y vais a oírlo estallar luego, para que la podredumbre de su existencia deje lugar a la rehabilitación de la moral y de la justicia, a los sentimientos comprimidos por tantos años. ¡Ay, entonces de los que no hayan hecho penitencia de sus pasados delitos! ¡El mayor castigo que puede dárseles es el de vivir!, y yo he de *influir* para que a todos, sin excepción, se les castigue así.

Mi residencia de cuatro años en San Juan, y esta es la única época de mi vida adulta que he residido en mi patria, fue un continuo y porfiado combate. También quería yo, como otros, elevarme, y la menor concesión de mi parte me habría abierto de par en par las puertas de la administración y del ejército de Benavídez; él lo deseaba, y tenía al principio grande estimación por mí. Pero quería elevarme sin pecar contra la moral, y sin atentar contra la libertad y la civilización. Bailes públicos, sociedades, máscaras, teatros, me tuvieron siempre a la cabeza; a la ignorancia creciente y en boga, oponía colegios; al conato de gobernar sin trabas, respondía con un periódico; contra la prisa de suprimirlo ilegalmente, entregaba mi persona a las prisiones; contra las facultades extraordinarias, hacía valer de palabra y por escrito el derecho de petición a los representantes, para hacerlos cumplir con su deber; a la intimidación, la entereza y el desprecio; al cuchillo del 18 de noviembre, un semblante impasible y la paciencia para dejar burladas maulas y trapacerías innobles. Todo se ha dicho de mí en San Juan, algún mal han creído; pero nadie ha dudado

nunca de mi honradez ni de mi patriotismo, y apelo de ello al testimonio de los que han escogido llamarse mis enemigos. Viví honorablemente haciendo de perito partidor, para lo que me habilitaban algunos rudimentos de geometría práctica y el arte de levantar planos que había adquirido en mi infancia. Forzado, por falta de abogados, defendí algunos pleitos, y siendo el doctor Aberastain supremo juez de alzada y mi amigo íntimo, perdí ante su tribunal los dos más importantes. Si este hecho no aboga por mi capacidad leguleya, muestra al menos la incorruptibilidad del juez.

Chile

En 19 de noviembre de 1840, al pasar desterrado por los baños de Zonda, con la mano y el brazo que habían llenado de cardenales el día anterior, escribí bajo un escudo de armas de la república: *On ne tue point les idèes*, y tres meses después en la prensa de Chile, hablando a nombre de los antiguos patriotas: «Toda la América está sembrada de los gloriosos campeones de Chacabuco. Unos han sucumbido en el cadalso, el destierro o el extrañamiento de la patria han alejado a los otros, la miseria degrada a muchos, el crimen ha manchado las bellas páginas de la historia de algunos; tal sale de su largo reposo (aludía a *Cramer*) y sucumbe por salvar la patria de un tirano horroroso; y cual otro (*Lavalle*) lucha casi sin fruto contra el colosal poder de un suspicaz déspota, que ha jurado exterminio a todo soldado de la guerra de la independencia, porque él no oyó nunca silbar las balas españolas, porque su nombre oscuro, su nombre de ayer, no está asociado a los inmortales nombres de los que se ilustraron en Chacabuco, Tucumán, Maipo, Callao, Talcahuano, Junín y Ayacucho [35]».

Los que han recibo una educación ordenada, asistido a las aulas, rendido exámenes, sentídose fuertes por la adquisición de diplomas de capacidad, no pueden juzgar de las emociones de novedad, de pavor, de esperanza y de miedo, que me agitaban al lanzar mi primer escrito en la prensa de Chile. Si me hubiese preguntado a mí mismo entonces, si sabía algo de

política, de literatura, de economía y de crítica, habríame respondido francamente que no, y como el caminante solitario que se acerca a una grande ciudad ve solo de lejos las cúpulas, pináculos y torres de los edificios excelsos, yo no veía público ante mí, sino nombres como el de Bello, Oro, Olañeta, colegios, cámaras, foro, como otros tantos centros de saber y de criterio. Mi oscuridad, mi aislamiento, me anonadaban menos que la novedad del teatro y esta masa enorme de hombres desconocidos, que se me presentaban a la imaginación cual si estuvieran todos esperando que yo hablase para juzgarme. Bajo el aguijón de la duda, como el dramatista novel, aguardé la llegada del *Mercurio* del 11 de febrero de 1841. Un solo amigo estaba en el secreto; yo permanecía en casa escondido de miedo. A las once trájome buenas noticias, mi artículo había sido aplaudido por los argentinos; esto era ya algo. A la tarde se hablaba de él en los corrillos, a la noche en el teatro; al día siguiente supe que don Andrés Bello y Egaña lo habían leído juntos, y halládolo bueno. ¡Dios sea loado! me decía a mí mismo, estoy ya a salvo. Atrevime a presentarme en casa de un conocido, y a poco de estar allí entra un individuo: ¿y bien, le dice, qué dice usted del artículo? Argentino no es el autor, porque hay hasta provincialismos españoles. Yo me atreví a observar, tomando parte en la conversación, con timidez que podía creerse mal disimulada envidia, que no era malo, sin embargo de ciertos pasajes en que el interés se debilitaba. Rebatiome con indignación académica mi interlocutor que, según supe después, era un señor don Rafael Minvielle, y por cortesanía tuve yo que asentir al fin en que el artículo era irreprochable de estilo, castizo en el lenguaje, brillante de imágenes, nutrido de ideas sanas revestidas con el barniz suave del sentimiento. Esta es una de las veces que me he dejado batir por Minvielle. El éxito fue completo y mi dicha inefable, igual solo a la de aquellos escritores franceses que, desde la desmantelada guardilla del quinto piso, arrojan un

libro a la calle y recogen en cambio un nombre en el mundo literario y una fortuna. Si la situación no era igual, las emociones fueron las mismas. Yo era escritor por aclamación de Bello, Egaña, Olañeta [36], Orjera, Minvielle, jueces considerados competentes. ¡Cuántas vocaciones erradas había ensayado antes de encontrar aquella que tenía afinidad química, diré así, con mi esencia!

En 1841, se batían como hoy los partidos chilenos en víspera de las elecciones; como hoy y con más razón, se presentaba al gobierno como un tirano, como el único obstáculo para el progreso del país. Yo salía de aquel infierno de la República Argentina; frescas estaban aún las amorataduras que el despotismo me había hecho al echarme garra. Con mi educación libre, con mis treinta años llenos de virilidad, las ideas liberales debían ser un hechizo, cualquiera que fuere el que las pronunciara. El partido pipiolo me envió una comisión para inducirme a que tomase en la prensa la defensa de sus intereses, y para asegurar el éxito, el general Las Heras fue también intermediario. Pedí ocho días para responder, y en esos ocho días medité mucho, estudié a ojo de pájaro los partidos de Chile, y saqué en limpio una verdad que confirmaron las elecciones de 1841, a saber, que el antiguo partido pipiolo no tenía elementos de triunfo, que era una tradición y no un hecho; que entre su pasada existencia y el momento presente, mediaba una generación para representar los nuevos intereses del país. Pasados los ocho días reuní a varios argentinos, cuya opinión respetaba, entre ellos a Oro, y haciéndoles larga exposición de mi manera de mirar la cuestión, les pedí su parecer. En cuanto a mi carácter de argentino había otras consideraciones de más peso que tener presentes. Estábamos acusados por el tirano de nuestra patria de perturbadores, sediciosos y anarquistas, y en Chile podían tomarnos por tales, viéndonos en oposición siempre a los gobiernos. Necesitábamos, por el contrario, probar a la

América, que no era utopías lo que nos hacía sufrir la persecución, y que dada la imperfección de los gobiernos americanos, estábamos dispuestos a aceptarlos como hechos, con ánimo decidido, yo al menos, de inyectarles ideas de progreso; últimamente que estando para decidirse por las elecciones el rumbo que tomaría la política en Chile, sería fatal para nuestra causa habernos concitado la animadversión del partido que gobernaba en aquel momento, si triunfaba, como era mi convicción íntima que debía suceder. Oro, que había sido encarcelado y perseguido por ese gobierno, fue el primero en tomar la palabra y aprobar mi resolución, y así apoyado en el asentimiento de mis compatriotas, me negué a la solicitud de los liberales chilenos.

Entonces podía acercarme a los amigos del gobierno, a quienes estaba encargado de introducirme aquel don Rafael Minvielle, que acertó a encontrarme en un cuarto desmantelado, debajo del Portal, con una silla y dos cajones vacíos que me servían de cama. Fui, pues, introducido a la presencia de don Manuel Montt, ministro entonces, y jefe del partido que de pelucón había pasado, rejuveneciéndose en su personal e ideas, a llamarse moderado. Es don del talento y del buen tino político, arrojar una palabra como al acaso, y herir con ella la dificultad. «Las ideas, señor, no tienen patria», me dijo el ministro al introducir la conversación, y todo desde aquel momento quedaba allanado entre nosotros, y echado el vínculo que debía unir mi existencia y mi porvenir al de este hombre. Estaba en 1841 curado ya, o afectaba estarlo, que es un tributo rendido a la verdad, de la fea mancha de las preocupaciones americanas, contra las cuales he combatido diez años; y de las que no se mostraban libres hasta 1843, Tocornal, García Reyes, Talavera, Lastarria, Vallejo y tantos jóvenes chilenos que en el *Semanario*, estampaban este concepto exclusivo: «*todos* los Redactores somos chilenos, y lo repetimos, no nos mueven otros alicientes que el crédito y la

prosperidad de la patria». Ellos dirán hoy si *todos* ellos han hecho en la prensa más por la prosperidad de esa patria, que el *solo* extranjero a quien se imaginaban excluir del derecho de emitir sus ideas, sin otro aliciente tampoco que el amor del bien.

Un punto discutimos larga y porfiadamente con el ministro, y era la guerra a Rosas que yo me proponía hacer, concluyendo en una transacción que satisfacía por el momento los intereses de ambas partes, y me dejaba expedito el camino para educar la opinión del gobierno mismo, y hacerle aceptar la libertad de imprenta lisa y llanamente como después ha sucedido.

Lo que hice en la prensa política de Chile entonces, los principios e ideas con que sostuve al gobierno, tuvieron la aceptación de los hombres mismos a quienes ayudaba a vencer, y fueron formulados por el viejo Infante, juez intachable de parcialidad al gobierno. Hablando el *Valdiviano Federal* de un periódico de la época [37], decía: «Entre la multitud de periódicos que desde los principios de la República se han dado a luz, difícilmente habrá habido alguno que haya emitido opiniones más peligrosas a la causa de la libertad; en este concepto haremos desde nuestro siguiente número ligeras observaciones sobre algunas de sus páginas, no obstante que poco habrá que añadir a la sabia y filantrópica impugnación del *Mercurio*, en varios puntos cardinales que sostiene». Reivindico para mí aquella gloria del *Mercurio* de haber impugnado, al lado del gobierno, las ideas peligrosas a la libertad. No me envanece menos el haber merecido entonces la adhesión del patriota Salas [38], que se hacía llevar el *Mercurio* al lecho en que estaba muriendo, y se inquiría con interés de lo que me tocaba, sin conocerme, pues me negué a visitarlo por una falta de cortesanía que no me perdono hasta hoy, creyéndolo, por ignorar sus bellos antecedentes, algún poderoso que se ahorraba la molestia de buscarme.

Para tomar el hilo de los hechos volveré a don Manuel

Montt, mi arrimo antes, mi amigo hoy. Su nombre es uno de los pocos que de Chile hayan salido al exterior con aceptación, y generalizádose en el país, suscitando impresiones diversas de afecto o de encono como hombre público, sin tacha del carácter personal que todos tienen por circunspecto, moral, grave, enérgico y bien intencionado. Su encuentro en el camino de mi vida ha sido para mí una nueva faz dada a mi existencia; y si ella hubiese de arribar a un término noble, deberíalo a su apoyo prestado oportunamente. Algunas afinidades de carácter han debido cimentar nuestras simpatías, confirmadas por diferencias esenciales de espíritu, que han hecho servir el suyo de peso opuesto a la impaciencia de mis propósitos, no sin que alguna vez haya yo quizás estimulado y ensanchado la fuerza de su voluntad en la adopción de mejoras. El aspecto grave de este hombre, de quien hay persona que cree que no se ha reído nunca, está dulcificado por maneras fáciles, que seducen y tranquilizan al que se acerca, encontrándolo más tratable que lo que se había imaginado. Habla poco, y cuando lo hace, se expresa en términos que muestran una clara percepción de las ideas que emite. Es tolerante más allá de donde lo deja sospechar a sus adversarios, y yo tendría más encogimiento de dar rienda suelta a la imaginación delante de un poeta o un proyectista destornillado, que delante de don Manuel Montt, que oye sin sorpresa mis novelas, con gusto muchas veces, tocándolas con la vara de su sentido práctico, para hacerlas evaporarse con una palabra, cuando las ve mecerse en el aire. Tiene una cualidad rara, y es que se educa; el tiempo, las nuevas ideas, los hechos, no se azotan en vano sobre su sien, sin dejar vestigios de su pasaje. Don Manuel Montt pretende no saber nada, lo que permite a los que le hablan exponer sin rebozo su sentir, y poder contradecirlo sin que su amor propio salga a la parada, a diferencia en esto de la generalidad de los hombres con poder y con talento, que se aferran a su propia idea, negando hasta la existencia a las adversas; y un ministro

letrado o un orador que no sea pedante, es una rara bendición en estos tiempos en que cada hombre público está haciendo la apoteosis de su fama literaria en decretos y discursos. Durante muchos años nos hemos entendido por signos, por miradas de inteligencia, sin que hayan mediado explicaciones sobre puntos capitalísimos, de los que yo tocaba en la prensa. Nunca me habló de mis rencillas literarias, y cuando más por don Ramón Vial, llegaba a mis oídos alguna palabra que me dejaba sospechar que sentía que me extraviase. Si me oía elogiar por otros, guardaba silencio; si me vituperaban con injusticia buscando su asentimiento, les entregaba a examinar su semblante, impasible, frío, tabla rasa, y los desconcertaba. Una vez que me tiranizaba la opinión por lo de *extranjero*, mandome decir con don Rafael Vial, que le diese al público sin piedad; y cuando me di por vencido, dejando la redacción de *El Progreso* por la primera vez, me dijo con imperio: «es preciso que usted escriba un libro, sobre lo que usted quiera, ¡y los confunda!» Si él no tenía fe en mí, hacía de manera que yo lo creyese, y esto me alzaba del suelo. De él dependió que en 1843 no me fuese a Copiapó a buscar fortuna, afeándome tan negro propósito. Delante de don Miguel de la Barra me ha rogado, me ha suplicado, que no atacase al agente de Rosas, resignándose él, ministro, a aceptar mi repulsa formal de acceder a su deseo. Algunas veces nos entendimos de antemano para tratar en la prensa algunos puntos en vía de exploración; y duraron una vez un mes las negaciones suyas para apartarme de una lucha peligrosa en que había entrado con la *Revista Católica*, a condición de que ella se retiraría sin ajarme. Quejándome yo de un artículo de la *Revista*, es decir como me quejo yo por la prensa, que es mandándole con lo más duro al adversario, me escribía don Manuel Montt: «algunos clérigos de la *Revista* han prometido dejar toda cuestión, y quizás el artículo a que usted se refiere y que yo no he visto, se ha publicado antes de esta promesa». Cuando en 1845, resigné de nuevo el puesto de

escritor público por escapar a la vileza de los medios puestos en ejercicio para fatigarme, don Manuel Montt me dijo: «lo siento, pero yo habría hecho otro tanto; no se sacrifica la fama en defensa de ninguna causa»; como le comunicase mi idea de marcharme a Bolivia, desde donde me hacía propuestas el gobierno para ir a establecerme, se opuso redondamente a ello: «Eso parecería una caída. Bolivia está muy a trasmano. ¿No pensaba usted antes ir a Europa?...» Y al despedirme para aquel destino: «Usted volverá a su país probablemente, según el aspecto que hoy ofrecen los negocios; si alguna vez quiere volver a Chile, será usted aquí lo que usted quiera ser. Desengáñese, esos odios que lo alarman, andan en la superficie; nadie lo desprecia a usted y muchos lo estiman».

Un ministro así, puede hacer como Deucalión, hombres de las piedras. En Europa, a todas partes me alcanzaron sus cartas, con más frecuencia que las de mi familia, y en cada una de ellas está apuntada de paso alguna materia útil de estudiar, una esperanza de que haría tal cosa, que es indicación para que la hiciera. Don Manuel Montt tiene todas las dotes del hombre público, faltándole la única que debiera darle complemento y objeto, la ambición decidida, sin la cual la fama adquirida, el prestigio, la estimación pública, no son sino un mal hecho al país, una desviación de fuerzas que se alejan del punto céntrico a donde son llamadas, y establecen un contrapeso exterior que puede causar perturbaciones al Estado, como aquellos planetas que desvían a los otros de sus órbitas, haciéndoles hacer aberraciones injustificables. Los errores de ideas que le atribuyen, dependen de las preocupaciones nacionales, o más bien del estado de las ideas generales, que es malísimo, y que los flojos estudios filosóficos y políticos de los establecimientos de educación, no alcanzan a corregir.

Yo creo haber estudiado la conciencia política de los que han escrito en Chile y de los personajes públicos a quienes he

escuchado, y podría hacer la escala en que deben colocarse unos con respecto a otros, si esto tuviese un objeto útil. Don Manuel Montt cree en la educación popular; y las discusiones de la cámara en 1849, han mostrado hasta la evidencia que, entre jóvenes y viejos, entre liberales y retrógrados, no hay en Chile un solo estadista que vaya más adelante a este respecto. Lastarria, Bello, Sanfuentes, han tenido esta vez que presentarse al público como hombres más moderados, menos utopistas, más prácticos y más cachacientos que don Manuel Montt; cosa que revela lo falso de la posición, y puede ser que un día les pese haber tomado este papel que tan mal sienta a sus juveniles años, y a su ultraliberalismo. En materia de emigración europea, hablome de ello en 1842 y desde entonces no hemos perdido de vista este asunto. Tres o cuatro ideas simples, pero capitales, hacen todo el caudal político de don Manuel Montt, abandonando con gusto a otros la explotación de las demás. Como todos los hombres esencialmente gubernativos, deplora la desmoralización de los elementos legítimos de fuerza y de estabilidad en el gobierno, si bien la mala escuela de Luis Felipe, que dominó desde 1830 hasta 1848 en todos los gabinetes de la tierra, y muy acatada en Chile, tuvo paralizada en él la expansión que debe darse al progreso, única cosa que hace santa y útil la conservación del orden. La revolución actual del mundo le ha sido en este sentido útil. Tiene todos los géneros de coraje que traen las glorias difíciles de alcanzar; el coraje de hablar pocas veces en la cámara, no obstante la lucidez que sus enemigos le conceden; el coraje de no ir adelante de la popularidad, como aquellos diputados a quienes se ve afanados raspando su bola para hacerla correr; el coraje, en fin, de ser honrado, el más difícil de todos, en estos momentos en que el vértigo del cinismo político, viene desde Barrot abajo, hasta oradores extraviados que me repugna nombrar. Don Manuel Montt marcha a rehabilitar en esta América española, podrida hasta

los huesos, la dignidad de la conciencia humana tan envilecida y pisoteada por los poderes mismos destinados a representarla. El cinismo en los medios, ha traído por todas partes el crimen en los fines, y vense tartufos imberbes haciendo muecas en la senda de fango que ha seguido Rosas, a nombre también de un fin honesto. Dos veces ha traído a sus pies en la cámara de este año propósitos culpables, que se han dejado vencer por solo los prestigios de la moralidad más severa. La elocuencia es inútil arma aún, en pueblos y en hombres toscos de corazón y duros de cerebro, cuando la voluntad tenaz del bárbaro con fraque endereza hacia algún rumbo. Ojalá que el cielo alumbre el camino de mi digno amigo, y después de los astutos tiranuelos, apoyados a nombre del pueblo, en chusma de soldados, mazorqueros o diputados, nos dé una escuela de políticos honrados, que está pidiendo la América para lavarse del baño de crímenes, inmundicias y sangre, en que se ha revolcado de cuarenta años a esta parte. Es la única revolución digna de emprenderse. ¿Llaman revolución continuar siendo siempre la canalla que somos por todas partes hasta hoy? Hombres hay que creen que tienen coraje en ser inmorales, pillos y arteros en la América del Sud. ¡Sed virtuosos si os atrevéis!

En 1841, a principios de septiembre, terminada la campaña electoral, y seguros ya del triunfo de nuestro candidato, despedime del ministro Montt y de la redacción de *El Nacional* y de *El Mercurio*, para regresar a mi patria.

—¿Que se vuelve usted? ¡Oh, no! No hay seguridad. La situación del general Madrid es crítica.

—Es por eso, señor, que quiero ir a prestarle la ayuda de mis esfuerzos en Cuyo.

Mi resolución era irrevocable, y yo partí luego premunido para el general Madrid de esta carta de introducción:

Septiembre 10 de 1841.

A. S. el director de la Coalición del Norte, general en jefe del 2.º ejército libertador:

La Comisión argentina se permite recomendar a S. E. al Sr. D. D. F. Sarmiento. A sus antecedentes tan favorables, se agrega la circunstancia de haber sido miembro suyo, y haber desempeñado honrosamente sus comisiones. Adornado de patriotismo y entusiasmo por la libertad, su capacidad es otro título para que se aproxime a S. E. y para que S. E. le proporcione ocasión de hacer a nuestra causa los servicios que puede. Tiene la confianza de sus compatriotas aquí y merece la de S. E. La comisión reitera, &c.

J. Gregorio de Las Heras.—Gregorio Gómez.—Gabriel Ocampo.—Martín Zapata.—Domingo de Oro.

En la tarde del 25 de septiembre, yo y tres amigos más asomábamos sucesivamente las cabezas sobre la areta principal de la cordillera de los Andes. El penoso ascenso de un día a pie, hundiéndonos en la nieve reblandecida por los débiles rayos del sol, nos traía fatigados, y reclamaban nuestros miembros un momento de reposo en aquel páramo batido por la brisa glacial que ha desenvuelto el deshielo del día. La vista descubre hacia el oriente cadenas de montañas que achican y orlan el horizonte, valles blancos como cintas que fueran serpenteando por entre peñascos negros que brillan al reflejarse el sol; y abajo al pie de la eminencia, como una cabeza de alfiler, la casucha de ladrillo que ofrece amparo y abrigo al viajero. ¡Salud República Argentina, exclamábamos cada uno, saludándola en el horizonte y tendiendo hacia ella nuestros brazos!

En aquel piélago blanco y estrecho que se extiende abajo, divisó uno de nosotros bultos de caminantes, y este encuentro de seres humanos, que tan bienvenido es siempre en aquellas soledades, nos conturbó instintivamente a todos, y nos miramos

unos a otros, sin atrevernos a comunicar la idea siniestra que había atravesado nuestro espíritu. Descendimos hacia el lado argentino menos gozosos que antes, y apenas, y aún antes de llegar a la casucha, la palabra *derrota* hizo de dolor zumbar largo rato mis oídos. Los restos del ejército de Madrid venían a poco marchando a pie, a asilarse en Chile.

Era preciso obrar. Despaché en el acto un propio a los Andes para que subieran mulas a la cordillera; y después de hablar con los primeros prófugos, volvimos a remontar aquella montaña que creí haber dejado atrás para siempre. Llegado a los Andes, establecí mi oficina en casa de un amigo; desde la una de la tarde, fui un poder ejecutivo con la suma del poder público, para favorecer a los infelices argentinos que quedaban comprometidos en la cordillera. Un anciano, vecino de los Andes, respetable por sus cualidades morales, mi amigo íntimo desde la edad en que yo tenía veinte años y él sesenta, don Pedro Bari, era mi secretario general. He aquí los actos de aquel gobierno de doce horas de trabajo: buscar, contratar y despachar a la cordillera esa misma tarde, doce peones de cordillera para auxiliar a los que se fatigasen; comprar, reunir y despachar seis cargas de cueros de carnero para forro de pies y piernas, sogas, charqui, ají, carbón, algunas velas, tabaco, yerba, azúcar, etc., etc., etc.; despachar un propio a San Felipe, avisando al intendente la catástrofe ocurrida, y pidiendo protección para los necesitados; hablar a varios vecinos con el objeto de mover su filantropía; un expreso a la comisión argentina para ponerla en movimiento; carta al ministro Montt, reclamando la asistencia del gobierno, pidiendo médicos y otros auxilios; carta a los Viales y al señor Gana para que excitasen la caridad pública; al director del teatro para que se diese una función a beneficio de los que sufrían; un artículo a *El Mercurio* de Valparaíso para alarmar la nación entera y despertar la piedad. Cuando todo estuvo hecho, las cargas en marcha, los correos despachados, y agotada la bolsa hasta el

último maravedí, yo resigné el puesto buscando el reposo que reclamaban el pasar y repasar la cordillera como por apuesta, descender corriendo desde los Ojos de Agua hasta los Andes, para sentarme a escribir largo y tendido. Contestáronme dos días después el señor Gana y el general Las Heras, en términos que recuerdo para su honra [39].

Cuando llegué más tarde a Santiago, tuve que responder en la prensa al cargo de haberme quejado de la dureza de muchos, al mismo tiempo que hacía el elogio de cuantos lo habían merecido; y después al de haber malversado aquellos escasísimos fondos destinados para acudir a tantas necesidades. El hombre que me hacía este cargo no era mi compatriota, no había contribuido a aquella suma, no sabía qué uso había yo hecho de ella, y solo por la más exquisita mala intención me inventaba aquella calumnia para dañarme. El general Las Heras contestó vindicándome, y yo quedé largo tiempo espantado de aquel acto gratuito, espontáneo de depravación, y helado como si me hubiesen echado un jarro de agua fría. Poco después volví a tomar la redacción del *Mercurio*, y desde entonces principió una de las faces de mi vida más activa, más agitada, y más fructuosa para mí y quizás también para otros. Poco a poco fui sublevando preocupaciones, enconos, celos, odios, no sé si envidia, hasta que aquel volcán de pasiones que había humeado todos los días escapándose por comunicados, venía a estallar en algún ruidoso acontecimiento que tenía preocupados los espíritus por quince días. Hoy he triunfado completamente; la palabra *extranjero* está proscrita de la prensa; proscritos y oscuros andan los tres que de ella se hicieron una arma para vulnerarme en lo más íntimo que el hombre tiene, aquello que nadie tiene derecho de tocar; y ahora es posible recordar aquellas luchas que nos trajeron a tantos conmovidos, hostiles y preocupados. Dejo a un lado las muchas palabras descorteces y ofensivas que debieron escaparse de mi pluma, joven,

ardiente en la lucha, sensible a las ofensas, poco ceremonioso para decir la verdad. Había una causa de todos los días, de todas las horas, que destilaba su veneno lento para exacerbar mi espíritu y predisponerlo a endurecerse contra las resistencias. Nada hay que pula tanto la rudeza del escritor público, como la frecuencia de la sociedad para la cual escribe. El cortesano Voltaire tenía encantada a la nobleza entre la cual vivía, y no era cáustico sino para el sacerdocio con quien no trataba. El solitario Rousseau, por el contrario, ha dicho las verdades más crudas y conservado su independencia selvática, en medio de la sociedad más frívola. Yo me he mantenido seis años en el aislamiento, para no dejarme influir por las ideas ajenas, y esto es el sacrificio más duro que me imponía. Había, por otra parte, hasta descortesía en ciertos mozalbetes que me alargaban su amistad en vía de protección, a fuer de nobles y emparentados los unos, de ricos los otros, y hasta de literatos, que me sacaban de paciencia y me forzaban a disimular mi disgusto. Pero lo que me tenía en la exasperación, era que por *extranjero*, yo debía ser más prudente, más medido que los hijos del país. Hoy me parece que es un hecho conquistado la convicción íntima del público, de la sinceridad de mis miras, del exceso de amor al bien que siempre dirigió mi pluma; mas, entonces no era así. Se me atribuía a envidia, a celos, a deseo de abajar el país la crítica de las cosas que son del dominio de la prensa, y el público se obstinaba en no querer leer *Mercurio* donde decía *Mercurio*, y sí, Sarmiento, extranjero, argentino, cuyano, y demás; y yo me exaltaba contra esta injusticia pública, y seguía cada día con más amargura. Era un diario chileno quien hablaba, y yo creí siempre y creo que no debe el público traslucir a través de las páginas, los encogimientos que una situación particular impone al redactor. Yo he hecho triunfar este principio en *vers et contre tous*, y hoy es la regla de la prensa.

¡Qué lucha aquella, tan obstinada y tan cruenta! El

patriotismo exclusivo era una hidra que asomaba diez cabezas nuevas, cuando yo creía haberle cegado y quemado otras tantas. A cada paso se personificaba con nuevos atributos. En el *Desmascarado*, se reunió en mi daño todo lo que hay de encono en el corazón del hombre; la calumnia confesada, el tizne, el barro, la inmundicia arrojada al rostro como armas dignas de combate. El *Desmascarado* quedó ahí, yo seguí adelante, y los autores de aquella producción, hoy que las pasiones que los extraviaron se han calmado, dirán si el *Desmascarado* me daño efectivamente, y si la posición social de ellos mejoró en un ápice. Uno de ellos estaba entonces en vísperas de ser nombrado intendente, y el otro gozó de la fama de escritor, hasta la aparición del *Diario de Santiago* que tantas infamias publicó contra mí. Es la detracción arma de dos filos envenenados, y cada golpe que descarga, hiere de rechazo la mano del que la maneja, y la herida supura largos años y arroja mal olor. Aquellos dos hombres están borrados de la lista de los hombres públicos, sin que sea fácil que en adelante se restablezcan de su caída, a que yo no he contribuido por ataque personal ninguno.

Las letras tuvieron también su representante en el *Semanario*, y nadie puede darse idea del placer que tuve cuando vi engolfarse a sus autores, en el terreno escurridizo del romanticismo y el clasicismo. Fuime a casa de López, agitando en el aire el número consabido, y combinamos un plan de ataque por el cual yo debía hacer guerrillas desde *El Mercurio* y él desde *La Gaceta* venir con el bagaje pesado de erudición, para aplastar al que quedase parado. García del Río estaba apostado en la prensa de Valparaíso, y cuando yo escribía a Rivadeneira, espantado del alboroto que causaba esta lucha en Santiago, que limasen algunas puntas incisivas de mis artículos, García del Río las palpaba, las sentía su fuerza, y las mandaba así punzantes a Santiago. El rival más formidable, empero, que se alzó en la prensa fue Jotabeche, a

quien inspiró en sus principios la pasión de los celos. Tanto talento ostentaba en sus ataques, tan agudo era su chiste incisivo, que hubiera dado al traste con mi petulancia, si él no hubiese flaqueado por el fondo de ideas generales de que carecen sus artículos, y por el lado de la justicia que estaba de mi parte. Jotabeche, digno representante del exclusivismo nacional, era un Viriato, que debía concluir por ser vencido. Venciéronlo los argentinos de Copiapó, en quienes halló sostenedores celosos y largos para fundar el *Copiapino*; vencilo yo, tomando la defensa del señor Vallejo, víctima de una tropelía de un gobernador; y acabó de vencerlo la reputación merecida que se conquistó, siéndole inútiles los andamios de odio y persecución que estimularon su pluma. Hoy somos amigos, y pudiera insertar aquí una de sus cartas como muestra de laconismo incisivo y decidor.

Dejo a un lado la nube de comunicados en que *un chileno*, *dos chilenos*, *diez chilenos*, *mil chilenos*, me estuvieron fastidiando durante cinco años con las sandeces y las chocarrerías más vulgares. Los españoles que tenían el candor de creer que yo les guardaba rencor, los clérigos que me denunciaban por impío, los estudiantes que se sublevaban contra quien los estimulaba al estudio y les abría ancha huella para elevarse, haciendo espectables las letras; todos, unos primero, otros después, por este o el otro motivo; cuál por haber nombrado a la monja Zañartu, quién por haber dicho que la constitución era un letrero escrito con carbón, y quién otro por haberle escupido la cara, sin otro inconveniente que aguantarme un tirón de cabellos, y todos por intolerancia, por ociosidad y por tiranía, me zaherían y martirizaban. Un día la exasperación tocó en el delirio; estaba frenético, demente, y concebí la idea sublime de desacierto, de castigar a Chile entero, de declararlo ingrato, vil, infame. Escribí no sé qué diatriba; púsele mi nombre al pie, y llevela a la imprenta de *El Progreso*, poniéndola directamente en manos de los

compositores, hecho lo cual me retiré a casa en silencio, cargué mis pistolas, y aguardé que estallase la mina que debía volarme a mí mismo; pero que me dejaba vengado, y satisfecho de haber hecho un grande acto de justicia. Las naciones pueden ser criminales y lo son a veces, y no hay juez que las castigue, sino sus tiranos o sus escritores. Quejábame del presidente, de Montt, de los Viales, para que no escapase uno solo de mi justicia, y a los escritores y al público en masa, los ponía overos, con verdades horribles, humillantes, suficientes para amotinar una ciudad, ponerla demente de cólera, y hacerla pedir la cabeza del osado que tales injurias la hacía.

Salvome de este peligro cierto la bondad de don Antonio Jacobo Vial, a quien los cajistas espantados mostraron el manuscrito que estaban componiendo. Don Antonio Jacobo Vial se dirigió a casa, triste, y me habló con la voz dulce y compasiva con que se habla a los enfermos. Ninguna señal de encono, de resentimiento, se traslucía en su semblante.

—Don Domingo —me dijo—, me han mostrado los impresores el artículo dado para mañana.

—Lo siento.

—¿Ha calculado usted las consecuencias?

—Perfectamente —mostrándole con los ojos las pistolas—.

—Inútil.

—Ya lo sé; déjeme en paz.

—¿Ha visto López esto?

—No.

Don Antonio tomó su sombrero y se fue a casa de López y al ministerio a avisar a don Manuel Montt lo que sucedía, y desde aquel momento no puso el pie hasta dejar zanjado aquel atolladero. López vino, y me hizo consentir en que él revisaría el escrito y quitaría algunas palabras demasiado inaguantables, y consentí en que lo hiciera. Esto era a las tres de la tarde; a

las doce de la noche, don Antonio me trajo una esquela de López, en que me decía que había desistido de quitar palabras, porque eso mostraba ya que se hacían concesiones; que si no obstante la desaprobación de mis amigos, insistía, tomase en el acto un birlocho y me fuese a Valparaíso. López, con su sagacidad ordinaria, había tocado la tecla para hacerme ceder: primero, no contrariarme abiertamente, lo que se hace con los dementes; segundo, desaprobarme, y esto me hacía impresión; tercero, mostrarme una debilidad en atenuar la frase, y yo habría huido de dar muestra de flaqueza; cuarto, señalarme el camino de la fuga, y esto me anonadaba. No; yo no entendía la cosa así: herirlos de muerte, en su orgullo necio a todos y esperar y sufrir las consecuencias. La almohada vino a traerme sus consejos ya que no el sueño. Al día siguiente bien temprano mandome llamar el ministro; me habló de cosas indiferentes, de la escuela normal, de no sé qué asunto de actualidad. Al fin descendió con tiento a tocar la herida, esforzándose en aplicarla el bálsamo, mostrándome cuántas personas me distinguían y respetaban en cambio de esas injurias sin consecuencia. Tomé yo la palabra, me fui exaltando, me paré, y en el momento en que iba a perder todos los miramientos debidos al ministro y al amigo, abrió la puerta don Miguel de la Barra, que por acaso o de intento llegaba en el momento preciso para evitar un escándalo, por aquello de que palabra y piedra suelta no tienen vuelta. Así este Chile a quien quería ensambenitar, me mostraba en aquel momento virtudes dignas de respeto, delicadeza y tolerancia infinita, y muestras de simpatía y aprecio, que hacían injustificable el suicidio que yo me había preparado. Desde entonces acá, el público y el escritor se han educado recíprocamente. Él ha aprendido a ser tolerante, ha hecho justicia a la sanidad de la intención, y yo me he habituado a mirarlo como parte necesaria de mi existencia, a no temer sus cóleras ni a provocarlas, y ya estoy declarado por unanimidad bueno y leal chileno. ¡Ay del que

persista en llamarme extranjero! Este tiene que expatriarse a California.

De aquellas luchas nada ha quedado tangible, y los escritos que las motivaron, se harán cada día que pasa más insignificantes, porque esa es la condición del progreso humano. Lo que está al principio es imperfecto, mirado desde más adelante, cuando aquellas ideas han pasado al sentido común, y nuevos escritores más bien preparados han dejado atrás a los que no hicieron más que trazar el camino. Pero desde 1841, la prensa de Chile fue adquiriendo en el Pacífico mayor reputación, y Chile ganó mucho en ello, por la vivacidad de su polémica y por el combate de las ideas que trajeron todos a la discusión. *El Mercurio* ensanchó sus columnas; las cuestiones literarias sostenidas en él y en *La Gaceta*, provocaron la aparición del *Semanario*. El *Semanario* trajo la idea de crear el *Progreso* en Santiago, donde no había hasta entonces diario. De aquellas luchas salieron poetas, para probar lo infundado de los cargos; salió *Jotabeche*, reivindicando con éxito la aptitud nacional para los escritos ligeros.

La escuela normal, las instituciones que han querido hacer progresar la educación primaria, no pueden desligarse absolutamente de aquel origen común, que calentaba todas las cuestiones, y daba fuerza de hecho y de necesidad a las cosas que estaban en la cabeza de todos, como desiderátum, como cosas posibles, pero no inmediatamente hacederas. Porque debe notarse esto, que son raros los casos en que un escritor puede imprimir a una sociedad su pensamiento propio, pero es condición de la prensa tomar de la sociedad las ideas que están en germen e incubarlas, animarlas, y allanarles el camino para que marchen; y el redactor de *El Mercurio*, de *El Nacional*, de *El Progreso*, de *La Crónica*, pudiera señalar la huella de muchas ideas que han sido avanzadas así, hasta convertirse en preocupación pública. Desde 1842, *El Mercurio*, por ejemplo,

tomó los caminos como materia de ridículo, de burlas pesadas y punzantes, de que quedan trazas en *Un Viaje a Valparaíso* y otros escritos de la época. El ministro Irarrázabal, llamó a los RR. de *El Progreso*, para quejarse de la injusticia que le hacían. Los caminos de Chile son hoy los mejores de la América del sur. *Mercurio* y *Progreso* tomaron sucesivamente las municipalidades por delante; cuando la de Valparaíso daba señales de vida, se la hacía servir de azote a la de Santiago; cuando iba a legislarse la materia, *El Progreso* amenazaba formalmente hacer cruda oposición a las ideas del gobierno. ¿Quién se ha olvidado de aquel fastidioso, aldeano *aaavee maaría* del sereno; de aquellas bombas rotas y cojas que nunca acababan de llegar al lugar donde eran necesarias; de aquellas calles sin nombre y sin número? Todas esas mejoras tienen su antecedente en la prensa, que ha hecho tanto en Chile, por el bien público como las autoridades mismas. La ocupación de Magallanes ha salido de los trabajos de *El Progreso*, como la reivindicación de los títulos de posesión de Chile, salió después de las investigaciones de *La Crónica*. El *congreso americano*, fue sentenciado a muerte por *El Progreso*, y en vano fue que todos los gobiernos del Pacífico se propusiesen ponerlo en pie.

Si fuera permitido a un escritor caracterizarse a sí mismo yo no trepidaría en señalar los rasgos principales de mis trabajos en la prensa diaria. Salido de una provincia mediterránea de la República Argentina, al estudiar a Chile, había encontrado, no sin sorpresa, la similitud de toda la América española, que el espectáculo lejano del Perú y Bolivia no hacía más que confirmar. A principios de 1841 escribía en *El Nacional* estos conceptos: «Treinta años han trascurrido desde que se inició la revolución americana; y no obstante haberse terminado gloriosamente la guerra de la independencia, vese tanta inconsistencia en las instituciones de los nuevos estados, tanto desorden, tan poca seguridad individual, tan limitado en unos y tan nulo en otros el progreso intelectual, material o moral de

los pueblos, que los europeos... miran a la raza española, condenada a consumirse en guerras intestinas, a mancharse con todo género de delitos y ofrecer un país despoblado y exhausto, como fácil presa de una nueva colonización europea». Este triste concepto forma el fondo filosófico de mis escritos, y se halla reproducido en *El Mercurio*, *El Progreso*, *Viajes por Europa*, *La Crónica*, &.; y sin duda que nadie me disputará en América la triste gloria de haber ajado más la presunción, el orgullo y la inmoralidad hispano-americana, persuadido de que menos en las instituciones, que en las ideas y los sentimientos nacionales, es preciso obrar en América una profunda revolución, si queremos salvarnos de aquella muerte, cuya agonía sonó en el Paraguay, da ya las últimas boqueadas en México, y está a la cabecera de la República Argentina y de Bolivia. De ahí también el doble remedio indicado con igual anticipación, emigración europea y educación popular, que serían seguro antídoto, si no hubiesen de administrárselo los mismos enfermos, que le hacen perder su eficacia a fuerza de volver la cara, haciéndole ascos, no obstante estar persuadidos de su acierto.

Esto en la política trascendental, que en cuanto a la de circunstancias, y que se liga a las personas y a los partidos, mi carácter en la prensa de Chile venía marcado desde el principio, asociándome espontánea y deliberadamente al partido de los de Chile en que militan Montt, Irarrázaval, García Reyes, Varas, y tantos otros jóvenes distinguidos, y al que no son hostiles Aldunate, Blanco, Benavente, y otros políticos. El movimiento en las ideas, la estabilidad en las instituciones, el orden para poder agitar mejor, el gobierno con preferencia a la oposición, he aquí lo que puede de mis escritos colegirse con respecto a mis predilecciones. Puedo lisonjearme de no haber cortejado pasión vulgar ninguna, para hacerme propicio el público; y no haber sostenido en política nada que repruebe la sana moral, transacciones que, a nombre de las

ideas liberales, se han permitido no pocos escritores.

Al terminar esta rápida reseña de los actos que constituyen mi vida pública, siento que el interés de estas páginas se ha evaporado ya, aun antes de haber terminado mi trabajo; y les diera de mano aquí si, teniendo que responder con estas páginas a la detracción *sistemada* de un gobierno, no me fuese necesario mostrar mi hoja de servicios por decirlo así, que son las diversas publicaciones que de mis ideas y pensamientos ha hecho la prensa. El espíritu de los escritos de un autor, cuando tiene un carácter marcado, es su alma, su esencia. El individuo se eclipsa ante esta manifestación, y el público menos interés tiene ya en los actos privados que en la influencia que aquellos escritos han podido ejercer sobre los otros. He aquí, pues, el desmedrado índice que puede guiar al que desee someter a más rígido examen mis pensamientos.

Diarios y publicaciones periódicas

Las publicaciones periódicas son en nuestra época como la respiración diaria; ni libertad, ni progreso, ni cultura se concibe sin esto vehículo que liga a las sociedades unas con otras, y nos hace sentirnos a cada hora miembros de la especie humana, por la influencia y repercusión de los acontecimientos de unos pueblos sobre los otros. De ahí nace que los gobiernos tiránicos y criminales necesitan, para existir, apoderarse ellos solos de los diarios, y perseguir en los países vecinos a los que pongan de manifiesto sus iniquidades. Rosas, a expensas de las rentas nacionales que pagan los pobres pueblos argentinos, ha establecido una red de diarios pagados en todos los países para que lo defiendan y cohonesten sus atrocidades. El *Defensor de la Independencia Americana* en el campamento de Oribe, *O americano* en el Brasil, el *Courrier du Havre* y la *Presse* en Francia, estos cuatro periódicos y la *Gaceta Mercantil*, cuestan a la República Argentina más de cuarenta mil pesos al año. Toda la persecución de que soy víctima hoy, nace de que con la aparición de *La Crónica* hice que la redacción de *El Progreso*, entregada a la influencia de Rosas, tuviese que pasar a otras manos y cambiar de espíritu. Rosas teme más a la prensa que a las conspiraciones; una conspiración puede ser ahogada en sangre, pero un libro, una revelación de la prensa, aunque haya un puñal como el que dio fin con Varela, queda ahí siempre; porque lo que está impreso queda estampado para siempre, y si

en el momento presente es inútil y sin efecto, no lo es para la posteridad que, juzgando por el examen de los hechos y libre de toda preocupación y de toda intimidación, pronuncia su fallo inapelable.

1839

He fundado, acompañado por jóvenes instruidos y competentes, *El Zonda*, en San Juan, cuya publicación cesó por una tropelía y una expoliación de Benavídez, poniéndome en la cárcel como queda referido, no obstante no ocuparse aquel periódico sino de costumbres, educación pública, cultivo de la morera, minas, literatura, etc.

1841

Bajo el seudónimo de *un teniente de artillería* publiqué un artículo en Chile, que me valió ser solicitado para la redacción de *El Mercurio*, que conservé hasta la fundación de *El Progreso*. Entre las cuestiones de literatura, caminos, municipalidades, y cuestiones políticas suscitadas entonces, hay algunos artículos que aún pueden ser leídos con interés, no obstante los progresos generales que la prensa periódica ha hecho en Chile.

En la misma época fui encargado por los amigos del general Bulnes, entonces candidato para la presidencia, de la redacción de *El Nacional*, en Santiago, periódico que ejerció grande influencia en la fusión obrada entonces entre los jefes del partido pipiolo y el del general Bulnes.

1842 hasta 1845

La capital de Chile había hasta esta época permanecido sin tener un diario. Yo emprendí con suceso la redacción del primero que se estableció bajo el nombre de *El Progreso*, acompañado en este trabajo por don Vicente F. López. La primera redacción, que duró ocho meses, tuvo una alta importancia por la gravedad de las materias tratadas en él, entre otras la cuestión de colonización de Magallanes. Desagrados de empresa nos hicieron abandonar la redacción, hasta que habiéndose desacreditado el diario, fui solicitado de nuevo para rehabilitarlo, lo que se consiguió.

Al mismo tiempo redacté *El Heraldo Argentino* para combatir a Rosas, cuya publicación abandoné cuando llegó la noticia de la derrota de Rivera en el Arroyo Grande, creyendo que la lucha estaba terminada.

1846 y 1847

Durante mis viajes, escribí en el Comercio del Plata [40] una serie de artículos defendiendo a los argentinos residentes en Chile de las difamaciones de Rosas; en Río de Janeiro, en el *Courrier do Brasil*, sobre el americanismo; en el *Courrier de la Gironde*, en Burdeos, publiqué una descripción de los toros en España; en Madrid varios artículos contra la expedición del general Flores, que fueron reproducidos en toda América y con un artículo muy encomiástico en *La Gaceta de Buenos Aires*, que me tendía sus redes, y me hallaba un buen americano, sin nada de salvaje ni asqueroso, porque le habían hecho concebir a Rosas desde París, la esperanza de que yo me plegaría a su sistema de iniquidades. Se hablaba públicamente bien de mí en

Buenos Aires y en la tertulia de la Manuelita, hasta que llegó la *Revista de Ambos Mundos* que cambió de nuevo en cólera y despecho los elogios que me habían prodigado.

1849

Publiqué *La Crónica*, en la que me propuse llamar la atención del público sobre inmigración, educación pública, cultivo de la seda, y generalmente sobre todas las cuestiones americanas que no he dejado de agitar desde 1839. La colección de documentos sobre emigración que contiene *La Crónica*, es única en América y puede ser consultada con provecho. *La Crónica*, se ha terminado con el primer año, por evitar la necesidad de contestar a todas las inepcias que contra mí escribe Rosas en sus notas al gobierno de Chile, y a las majaderías de los gobiernos de las provincias que hacen coro a todas aquellas torpezas.

La importancia de las cuestiones suscitadas por *La Crónica*, puede inferirse de este hecho, que sobre cada uno de sus tópicos, educación, moneda, inmigración, pasaportes, se ha dictado o puesto una ley.

Folletos

Programa de un colegio de señoritas en San Juan. Exposición de la necesidad, las ventajas y el conjunto de la educación de las mujeres en las provincias apartadas de la República Argentina. Mi primer escrito, lleno de reflexiones que no carecen de oportunidad. La provincia de San Juan oyó mis consejos, y coadyuvó poderosamente a mi intento.

Método de lectura en quince cuadros por Bonifaz, joven español, residente hoy en Montevideo; publiquelo en 1841 a *mis expensas*, para hacerlo conocer en el país, y fue adoptado en colegios y escuelas con buen éxito para la enseñanza primaria.

Análisis de las cartillas, silabarios, y otros métodos de lectura conocidos y practicados en Chile, 1842. Trabajo encargado por el gobierno, y que tenía por objeto mostrar la imperfección de los métodos usados, y que podía conducir, «a suscitar las observaciones de los inteligentes para formar un método de lectura fácil y expeditivo; a despertar el interés de todos sobre la mejora de las escuelas, introduciendo en ellas nuevos medios de instrucción».

Memoria leída a la Facultad de Humanidades. 1843. Esta memoria produjo, después de un luminoso debate en la Universidad y en la prensa, una sanción sobre la cuestión de ortografía y un acuerdo en favor del autor. En *Educación*

Popular se encuentra al fin tratada extensamente esta cuestión. Los estudios del autor sobre la cuestión de ortografía castellana son nuevos en el idioma español. Su objeto fue simplificar la enseñanza de la lectura y de la escritura, y habiendo visto violadas por la Academia todas las reglas etimológicas, sujetar la ortografía a la pronunciación, como lo han deseado todos los ortólogos españoles. Si el resultado no ha correspondido a sus esfuerzos, la utilidad del objeto y la inatacable lógica en que están fundados sus argumentos, lo pone a cubierto de los ataques del ridículo. Ha remitido a la Academia Española sus últimos trabajos, suplicándola y apercibiéndola que se explique en la cuestión.

Método de lectura gradual, adoptado por la Facultad de Humanidades, y mandado seguir por el Gobierno en las escuelas públicas. Este es un sistema nuevo de enseñar a leer el castellano, fundado en el estudio de las dificultades que ofrece a los niños, y de las analogías de que ellos se sirven para vencerlas. El señor Aribau en España había llegado a las mismas conclusiones que el autor.

Instrucción a los maestros de escuela, con el objeto de hacer inteligible el *Método de lectura gradual*.

Memoria sobre la cría del gusano de seda. Enviada de París a la Sociedad de Agricultura de Santiago de Chile, y publicada en el *Agricultor*. A este trabajo se han debido algunos progresos en esta industria.

Sociedad Sericícola Americana. Contiene una exposición del autor sobre la conveniencia y oportunidad de generalizar esta industria, y los estatutos de la sociedad que se fundó al efecto.

Mi defensa. Colección de escritos autobiográficos, en que el autor, difamado como ahora, respondió a los ataques, haciendo conocer los principales rasgos de su vida.

Programa de estudios del Liceo de Santiago. Redactado en compañía de don Vicente F. López; contiene algunas ideas

nuevas sobre el orden y la elección de los estudios, colocando el latín en el lugar que le corresponde. El público y los jóvenes de los colegios aceptaron con interés nuestra reforma; pero el clero y algunos directores de colegios nos minaron con calumnias, y no quisimos luchar contra enemigos tan desleales y encapotados.

Discurso pronunciado en Francia al recibirme de miembro del Instituto Histórico, publicado por el *Investigateur*. Su asunto es una apreciación de los motivos y consecuencias de la entrevista de Guayaquil entre Bolívar y San Martín.

Memoria sobre emigración alemana al Río de la Plata. 1846. Publicada en alemán por el Dr. Wappaüs, profesor de geografía y estadística de la Universidad de Gotinga, acompañada de notas y comentarios por el editor, a quien el autor dejó la obra del ingeniero y geógrafo argentino Arenales, y otros papeles y libros para mayor ilustración del asunto. El Dr. Wappaüs se expresa en estos términos en la introducción: «La disertación siguiente sobre las provincias del Río de la Plata, es una agregación hecha por el autor, el señor Sarmiento, a un pequeño folleto que publiqué en 1846, sobre colonización y emigración alemana… El deseo del autor de hacer conocer en Alemania las ventajas de aquellos países, motiva este trabajo complementario».

El Dr. Wappaüs acompañó la *Memoria* con ciento setenta y nueve páginas de anotaciones ilustradas sobre las extensas comarcas, de cuya riqueza, si estuviesen pobladas en proporción de sus recursos, apenas me era posible dar una idea compendiada. Para juzgar la importancia de esas notas, basta enumerar los autores que el erudito sabio alemán consultó para ilustrar su juicio sobre la materia: *Arenales*, *Diario de Matorras*, *Colección de Angelis*, *Arredondo*, *Azara*, *Viaje de Soria*, *Sir Woodbine Parish*, *Núñez*, *Félix Frías*, *Lozano*, *Viaje en la América del Sud por Lindau*, *Tadeo Aenke*, *Walckenaer*; *Rengger y Longchamp, viaje al Paraguay, D'Orbigny*; *King,*

veintitrés años de residencia en la República Argentina; *Robertson, cartas sobre el Paraguay*, *De Baralt*, *Codazi*, *Gay*.

La publicación de esta obra sería de la mayor importancia para la República Argentina, pues contiene los más preciosos detalles sobre la topografía de las provincias, sus rutas de comercio, sus ríos, y las ventajas que para el comercio del mundo y la riqueza del país traería su navegación. Pero no es posible publicarla en Chile, donde no tiene interés, estando prohibidos hoy en la Confederación Argentina mis escritos, y expuestos a penas discrecionales los que los lean.

Sírvame de disculpa la necesidad de oponer a las difamaciones de Rosas los conceptos con que me han honrado sabios europeos, la triste necesidad de intercalar aquí lo que el doctor Wappaüs dice en su obra respecto de mí. «No podemos dar a nuestros lectores idea más completa de esto, que citando las mismas palabras del señor Sarmiento, argentino dotado de conocimientos variados como profundamente instruido, el cual siguiendo con toda la pasión ardiente del americano del sur la historia de su patria, de la cual lo desterraron persecuciones políticas, presenta en todas sus manifestaciones de palabra y de obra, y en su manera de ver el mundo, la idea del verdadero republicano de Sudamérica, aspirando a la completa realización de la libertad. A él debemos, a más de la memoria que da principio a esta obra, muchas instrucciones variadas sobre la República Argentina, por lo cual le damos aquí las más sinceras gracias, principalmente por sus animadas explicaciones verbales. El bosquejo siguiente que sacamos de las obras de este escritor, el cual para darse idea de la situación íntima de la Europa, ha visitado recientemente la Italia, Francia, Alemania, etc…»

Biografías

Apuntes Biográficos. Bajo este nombre se publicó la vida del fraile Aldao, apóstata, general de Rosas; obrita muy gustada por los inteligentes como composición literaria. El autor se propone para más tarde bajo el título de *Vidas Americanas*, colectar las diversas biografías que ha publicado, de personajes chilenos o argentinos, dignos de recuerdo. La biografía es el libro más original que puede dar la América del Sur en nuestra época, y el mejor material que haya de suministrarse a la historia. Los *Apuntes Biográficos* fueron traducidos al francés por Mr. Eugene Tandonnet, candidato dos veces a la Asamblea Nacional, quien, aunque partidario de Rosas por amistad personal con Oribe, se explica en estos términos con respecto al autor: «Sin pretender a la perfección literaria ha querido solamente poner de relieve algunas de las figuras más enérgicas de la era de la independencia, y dejarnos entrever la fisonomía general de las provincias argentinas, las costumbres, las preocupaciones, las pasiones, en una palabra, la vida de aquellos pueblos a la vez guerreros y pastores. Hay bajo este aspecto un mérito superior, incontestable en los *Apuntes Biográficos* del señor Sarmiento. Es ciertamente un estudio al natural, aunque trazado al correr de la pluma y de la pasión. En la marcha del estilo y en el movimiento general de las ideas, se encuentra el abandono melancólico y los raptos de violencia que caracterizan a los habitantes de las provincias argentinas…

El señor Sarmiento, por la elevación de espíritu, por sus estudios serios, se separa completamente de los principales jefes del bando unitario... Pero cuando los recuerdos de la Patria se presentan a la imaginación del desterrado, cuando recapacita en el papel brillante y útil que sus facultades le habrían asegurado en aquella patria tan cara, entonces la cólera desborda de su corazón, y se derrama en maldiciones ardientes contra el afortunado adversario, cuyo triunfo ha causado su destierro».

Otras biografías he publicado en los diarios, tales como la del presbítero Balmaceda, la del presbítero Irarrázabal, la del coronel Pereira, argentino, fundador de la escuela militar de Chile, la del senador don Manuel Gandarillas, la de don José Dolores Bustos, sanjuanino, visitador general de escuelas en Chile.

El Facundo, o Civilización y Barbarie, y estos *Recuerdos de Provincia* pertenecen al mismo género.

Libros

Civilización y Barbarie. Escribí este libro, que debía ser trabajo meditado y enriquecido de datos y documentos históricos, con el fin de hacer conocer en Chile la política de Rosas. Cada página revela la precipitación con que está escrito, dándose originales a medida que se imprimía, y habiéndose perdido manuscritos que no pude reemplazar. Este libro, sin embargo, me ha valido un nombre honroso en Europa, a consecuencia del *compte rendu* de la *Revista de Ambos Mundos*. Publicole el *Nacional de Montevideo*; ha sido traducido al alemán, ilustrado por Rugendas, y ha dado a los publicistas de Europa la explicación de la lucha de la República Argentina; *Rosas y la Cuestión del Plata*, y muchas otras publicaciones europeas, están basadas en los datos y maneras de ver de *Civilización y Barbarie*. Este libro contiene en germen muchos otros escritos, y está destinado a perder a Rosas en el concepto del mundo ilustrado. Él mismo ha sentido que era un golpe mortal a su política, y en cinco años de injurias dirigidas contra mí, la *Gaceta Mercantil* no ha nombrado jamás este libro, no obstante que no hay en Buenos Aires un federal de importancia que no lo tenga o no lo haya leído, y que circulen en la República más de quinientos ejemplares; no habiendo libro alguno quizás que haya sido más buscado y leído allí. Rosas solo afecta no saber que tal libro exista por miedo de despertar la atención sobre él.

La *Revista de Ambos Mundos* en un artículo *Del Americanismo y de las Repúblicas del Sud, Sociedad argentina, etc.*, dijo con respecto al libro y al autor:

Durante su mansión en Santiago, que ha precedido a sus viajes por Europa, el señor Sarmiento ha publicado esta obra llena de atractivo y novedad, instructiva como la historia, interesante como un romance, brillante de imágenes y de colorido. *Civilización y Barbarie* no es solamente uno de aquellos escasos testimonios que nos llegan de la vida intelectual de la América meridional, es un documento precioso… Sin duda, la pasión ha dictado más de una de aquellas páginas vigorosas; pero hay en el talento, aun cuando se muestra exaltado por la pasión, yo no sé qué fondo de imparcialidad de que no puede deshacerse, y con cuyo auxilio deja a los personajes su verdadero carácter, a las cosas su color natural…

No habría menos interés en someter la América del Sur al mismo análisis que la América del Norte. Sería esta la obra del filósofo y del viajero, del poeta y del historiador, del pintor de costumbres y del publicista. El señor Sarmiento ha intentado realizarlo en un libro publicado en Chile, que prueba que si la civilización tiene enemigos en aquellas regiones, puede contar también con elocuentes órganos.

Viajes por Europa, África y América. La prensa de Chile ha juzgado favorablemente esta obra que revela el pensamiento íntimo del autor, y las impresiones que le ha dejado el espectáculo de los pueblos que ha recorrido. Cúpome la buena fortuna de tocar de cerca todos los hilos de la política europea sobre la cuestión del Río de la Plata, y maravillarme de la mezquindad de las miras, de la ignorancia de los antecedentes y de la incapacidad de los hombres que más alto papel han hecho en aquel asunto. Los viajes son el complemento de la educación de los hombres, y si el contacto con personajes

eminentes eleva el espíritu y perfecciona las ideas, puedo vanagloriarme de haber sido muy feliz en mi excursión, pues que he podido acercarme, no sin haber sido favorablemente introducido, a los hombres más eminentes de la época. A Mr. Guizot, fui presentado por recomendación del gobierno de Chile, siendo intermediario el señor Rosales; a Mr. Thiers, por el agente de Montevideo; al célebre Cobden y al mariscal Bugeaud, en África, por Mr. Lesseps, que ha sido embajador en España y después representante del pueblo en Roma; a Alejandro Dumas, por Mr. Blanchard y Girardet, pintores célebres; a Gil de Zárate, por el coronel Sesé; a Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, Aribau y otros literatos españoles, por recomendaciones que llevaba de literatos franceses, y por Rivadeneira. Al célebre Barón de Humboldt y a los ministros del rey de Prusia, que me prodigaron mil atenciones en honor al gobierno de Chile, por el Dr. Wappäus y el jefe de la oficina de estadística, Mr. Dieterice; a Pío IX, por la recomendación de ser sobrino de los obispos de Cuyo, Oro y Sarmiento, habiendo conocido en América al primero; a Mr. Mérimée, por el pintor Rugendas; a Mme. Tastu, por Mr. Laserre; a San Martín, por los argentinos que me habían recomendado con encarecimiento a él; a Mr. Mann, en los Estados Unidos, por un senador del Congreso, a quien Mr. Ward, de Valparaíso, dio los más favorables informes; y a cien personas más que sería prolijo enumerar, con quienes he pasado horas enteras tratando de los asuntos más graves, habiendo merecido de todos las más lisonjeras distinciones, y con muchos de ellos gozado de la mayor intimidad. Dos gobernadores de provincia, un tal Tamayo, un ministro Laspiur y otros nombres que no puedo retener en la memoria, pueden explayarse en hora buena en decirme vil, protervo, inmundo, y todas esas porquerías dignas de sus autores, con toda seguridad de que si nos vemos alguna vez les guarde rencor alguno. Tengo, por el contrario, certeza de más de ocho de

entre ellos de que me estiman en mucho, y Rosas puede reconocerlos en la virulencia de su lenguaje. Cuanto más me aprecian, más subidos son los epítetos, para que el amo no sospeche sus afectos.

Educación Popular. Este libro es aquel que más estimo. Cada página es el fruto de mi diligencia, recorriendo ciudades, hablando con hombres profesionales, reuniendo datos, consultando libros, estados y folletos, mirando y escuchando. Es el fruto sazonado de aquella semilla que en mi niñez asomó en la escuela de San Francisco del Monte, en la campaña semibárbara de San Luis. Desde allá venía caminando en la enseñanza de escuela en escuela, hasta llegar a la normal de Versalles y a los seminarios de Prusia, que son el pináculo de la humilde profesión del maestro. La ciencia y la carrera de la enseñanza primaria me la he inventado yo, y en despecho de la indiferencia general, he traído a la América del Sud el programa entero de la educación popular. No se qué crítico deploraba que no hubiese indicado los medios de hacer efectivas las observaciones y doctrinas en esta obra acumuladas. Una sola palabra bastaría a completarla y satisfacer este deseo. Denme patria donde me sea dado obrar, y les prometo convertir en hechos cada sílaba, y eso en poquísimos años. A aquel libro con preferencia a cualquiera otro de los míos, apenas legible para el común de las gentes, confiara la guarda de mi nombre. El mejor elogio que me ha valido, es la aplicación de las palabras dirigidas al autor de una obra francesa en favor de la civilización: «Su libro no atestigua solamente laboriosas investigaciones y estudios hechos con conciencia, sino que revela también el alma de un pensador honrado y el corazón de un buen ciudadano». Si el amigo que me dirigió estas palabras quería complacerme, muestra en su elección que conoce lo más íntimo de mi corazón. En la desmoralización de ideas y de sentimientos obrada por nuestro tirano, es la más difícil, pero la más necesaria de las

reputaciones, la de *honrado*, y la única que puede oponerse a la astucia del verdugo y al disimulo de las víctimas.

Traducciones

Todas las traducciones que he hecho tienen por objeto dotar a la instrucción primaria de tratados útiles, descollando entre ellas los libros que tienen un espíritu eminentemente moral y religioso. Hay en Chile personas candorosas que temen mis ideas, un poco libres en materias filosóficas, lo que lejos de ocultar, me hago un deber y un honor en mostrar a todos, porque la idea solo del disimulo me indigna. Jamás aceptaré sujeción ninguna, impuesta por preocupaciones estúpidas del vulgo, o por la intolerancia de los clérigos españoles. Pero para la educación primaria son otros los principios que me guían. Las altas cuestiones filosóficas, religiosas, políticas y sociales, pertenecen al dominio de la razón formada; a los niños, solo debe enseñárseles aquello que eleva el corazón, contiene las pasiones, y los prepara a entrar en la sociedad. Esta explicación di al obispo de San Juan para aquietar sus temores en ocasión análoga, y el resultado justificó mis asertos.

Pertenecen a estos libros: *Conciencia de un Niño*; libro precioso de moral y de religión para despertar en el corazón de los niños las primeras nociones del conocimiento de Dios, y los deberes del hombre.

La *Vida de Jesucristo*, que no existía en castellano, y que es una historia sencilla a la par que una luminosa exposición de la doctrina del Evangelio.

Manual de la Historia de los Pueblos. Excelente tratado elemental de Levi Álvarez, que contiene en germen todos los desarrollos ulteriores de la historia.

El *Por qué o la Física popularizada*, que bien comprendida su lectura, bastaría para abrir la inteligencia de los niños, revelándoles las causas naturales de todos los fenómenos que se ofrecen a cada paso a su consideración.

Vida de Franklin. Encomendé a un amigo su traducción, a fin de popularizar el conocimiento de este hombre extraordinario, porque sé cuánto bien puede obrar en el alma impresionable de los niños, el ejemplo de sus virtudes y de sus trabajos. Si los catorce gobernadores de las provincias argentinas creen que deben prohibir la circulación de este libro, pueden encargar a Angelis que escriba una vida de don Juan Manuel Rosas, desde que se escapó de la casa paterna, hasta que se hizo domador, y todas las bellezas de aquella vida, y mandarla adoptar en las escuelas, para que sus propios hijos imiten aquel sublime modelo.

Casas de educación

El primer acto administrativo de Rosas fue quitar a las escuelas de hombres y mujeres en Buenos Aires, las rentas con que las halló dotadas por el Estado; haciendo otro tanto con los profesores de la Universidad, no teniendo pudor de consignar en los mensajes el hecho de que aquellos ciudadanos beneméritos continuaban enseñando por patriotismo y sin remuneración alguna. Los estragos hecho en la República Argentina por aquel estúpido malvado, no se subsanarán en medio siglo; pues, no solo degolló o forzó a expatriarse a los hombres de luces que contaba el país, sino que cerró las puertas de las casas de educación, porque tiene el olfato fino y sabe que las luces no son el apoyo más seguro de los tiranos.

El instinto natural me llevó desde los principios a echarme en un camino contrario. Desde niño he enseñado lo que yo sabía a cuantos he podido inducir a aprender. He creado escuelas donde no las había, mejorado otras existentes, fundado dos colegios, y la escuela normal me debe su existencia. De allí han salido una multitud de jóvenes distinguidos que se han hecho una profesión religiosa de la enseñanza, y prometen a Chile nuevos y más seguros progresos en la carrera de la civilización.

Tal es el cuadro modesto de mis pequeños esfuerzos en favor de la libertad y del progreso de la América del sur, y

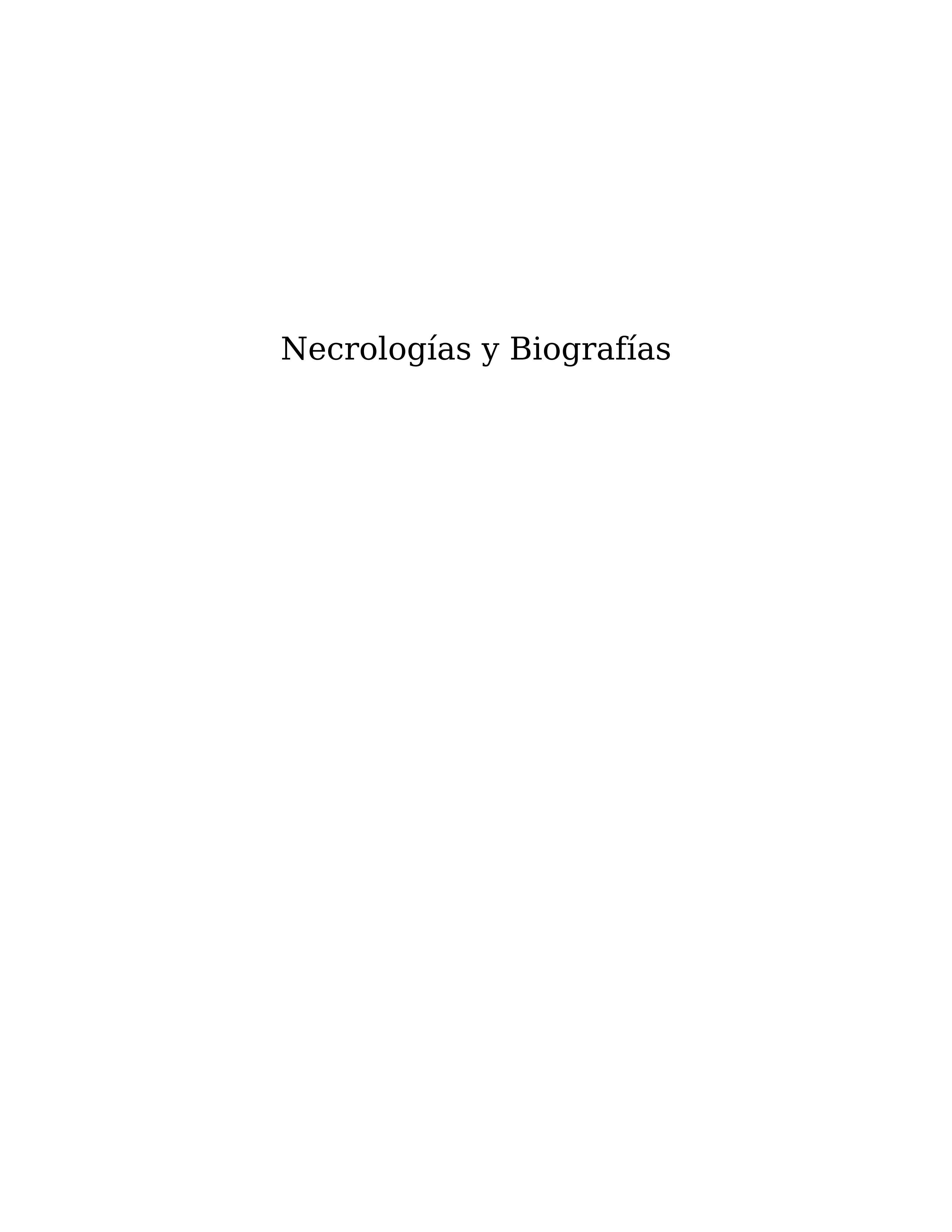
como auxiliares poderosos, la educación de todos y la inmigración europea. Esfuerzos, es preciso decirlo, hechos a la par que luchaba con las dificultades de la vida para vivir, que combatía a los instrumentos de Rosas para tener patria, que educaba mi espíritu para completar mis ideas; esfuerzos que en la América del sur no son comunes ni por la constancia y tenacidad de ellos, ni por la homogeneidad; esfuerzos que desde el primer día hasta el último, desde el primer artículo de un diario, hasta la última página de un libro, forman un todo completo, variantes infinitas de un tema único, cambiar la faz de la América, y sobre todo de la República Argentina, por la sustitución del espíritu europeo a la tradición española, y a la fuerza bruta como móvil, la inteligencia cultivada, el estudio y el remedio de las necesidades.

En estos ensayos informes en que domina la buena intención y la perseverancia de propósito, he alcanzado el último término de la juventud, tomado estado después de haber recorrido la tierra, y llegado con el estudio, la discusión de las ideas, el espectáculo de los acontecimientos, los viajes, el contacto con hombres eminentes, y mis relaciones con los jefes de la política de Chile, a completar aquella educación para la vida pública que principiaba en 1837, entre las prisiones y los calabozos. No he llegado, sin duda, a la virilidad de la razón, sin que el corazón haya perdido nada de su entereza para anonadarme en el ocio, el día que he vencido las dificultades, como aquel tirano que se hace facultar para no *despachar en muchos años* los negocios públicos, cuando ha logrado en dieciocho años de violencias anular toda otra voluntad que la suya. Nuestra suerte es distinta, luchar para abrirnos paso a la patria; y cuando lo hayamos conseguido, trabajar por realizar en ella el bien que concebimos. Este es el más ardiente y el más constante de mis votos.

Este opúsculo, pues, es el prólogo de una obra apenas comenzada. Llámase el primer volumen *Viaje por Europa,*

África y América. El segundo está todavía en manos de la Providencia. Don Juan Manuel Rosas pretende que no ha de publicarse sin su visto bueno, y que él sabe desparpajar los libros en su fuente. ¡Florencio Varela! ¿estáis también en el secreto?

FIN DE RECUERDOS DE PROVINCIA.



Necrologías y Biografías

Don Manuel Salas [41]

(*Mercurio* de 9 de diciembre de 1841)

Hacia algún tiempo que los amigos del finado don Manuel Salas veían extinguirse lentamente una vida que honraba tanto a Chile, y pocos eran los que se dejaban fascinar por aquellos momentos de alta en los progresos de la última enfermedad de un anciano, o los espirantes esfuerzos de la vida que parece alentarse un momento, como los últimos resplandores de una lámpara próxima a extinguirse para siempre. Don Manuel Salas se ha desprendido de la vida, sin sufrimiento y sin agonía, después de haber recorrido con honor el largo período de su existencia, dejando útiles ejemplos de virtud y patriotismo a la imitación de los que le sobreviven. Don Manuel Salas poseía uno de aquellos caracteres tan raros como felices, a los que sin faltar a los deberes de su época, les es dado cruzar por el campo turbulento de las grandes revoluciones sociales, sin sublevar pasiones encarnizadas en perseguirlos, y sin contaminarse en los extravíos tan reprensibles como indispensables que aquellas engendran. Dotado de una inteligencia ventajosamente cultivada, de maneras insinuantes y corteses, de un genio festivo y decidor, y más que todo, de una rara moderación, desde muy temprano se echó con todo su corazón en la gloriosa lucha de la revolución, en la que prestó eminentes e importantes servicios; y con su genial franqueza y sinceridad, con su ardiente patriotismo y su espíritu

conciliador, supo en las diversas fases que los sucesos han dado a nuestra política interna, conciliarse el respeto y aun el aprecio de sus adversarios, careciendo por otra parte de aquel temple de alma que no perdiendo toda esperanza en el porvenir de la patria, nos hace intolerantes y absolutos con los hechos que se desenvuelven en el momento presente, e irreconciliables con las opiniones e ideas que prevalecen. Persuadido de que los progresos se obran muchas veces a pesar de la política de los gobiernos, y que el tiempo les ofrece con su lenta marcha un camino más seguro, si bien más largo, estaba siempre dispuesto a aplaudir todo proyecto de mejora, y toda reforma que tendiese a asegurar la libertad y el orden, dos fines constantemente unidos en su corazón.

Una de las prendas que más han caracterizado esta noble existencia, y que más excita nuestras simpatías, porque por desgracia aún no es muy común entre nosotros, es ese amor entrañable por el pueblo, que le distinguió siempre, y su anhelo constante por la adopción de todas aquellas mejoras que independientes del gobierno y de la política, pueden introducirse en un país nuevo, por el solo impulso del verdadero ciudadano amante de su país. Don Manuel Salas era un filántropo, un patriota, y son muchos los bienes que ha hecho a su patria, sin necesidad de desempeñar un empleo que lo pusiese en el deber de hacerlos.

Sus últimos días han sido dignos de una vida tan pura y tan sencilla. Rodeado de sus amigos, se hacía leer los periódicos, tomando en las materias de que se ocupaban el interés de un hombre que creyera vivir por largo tiempo aún. Y no se crea que se hacía ilusiones sobre la duración de sus días. Un hecho característico y que revela a la vez el temple alegre y chistoso de su genio y el convencimiento en que estaba de su cercano fin, merece referirse. Un individuo se hacía anunciar en uno de los días de su enfermedad. El señor Salas, que no se sentía inclinado a recibirlo, «dile a ese señor —dijo al sirviente—, que

le agradezco su atención, que no me es posible recibir visitas ahora; pero que le pagaré su fineza tan luego como me levante de la cama», apoyando estas últimas palabras con cierta sonrisa burlona que les daba un sentido picante e irónico.

Dos cosas fijaban profundamente su atención en sus últimos momentos. La una era el cultivo de la morera y la cría de gusanos de seda, de que hablaba con entusiasmo a sus amigos, enseñándoles capullos de seda y hojas de *morus multicaulis*, de que su cama estaba rodeada. La otra eran las desgracias de la República Argentina, que le afligían profundamente, haciéndose instruir todos los días de los rumores que sobre los últimos sucesos corrían, y alegrándose vivamente cada vez que un acontecimiento favorable a la causa de sus amigos políticos, venía a interrumpir la larga cadena de contrastes que les han sobrevenido en la terrible y abatida lucha que sostienen.

Liberal en sus ideas y principios, y quizás un poco dominado de la incredulidad del siglo XVIII, cuyas doctrinas ha debido beber en su época, no ha querido salir de este mundo sin saber a qué atenerse con respecto al otro. Atribuimos a este motivo su predilección por la lectura del *Evangelio en triunfo*, que se hacía leer diariamente, y cuyos raciocinios filosóficos sobre las creencias religiosas y las discusiones a que ellas dan origen, le preocupaban profundamente.

Así ha terminado su vida este digno chileno, cuya muerte deploran todos los buenos patriotas, cualesquiera que por otra parte sean sus opiniones políticas. Deja en la memoria de sus conciudadanos los más gratos recuerdos a la patria, una deuda de reconocimiento, y a la juventud un noble ejemplo. Su vida fue un dechado de decisión por la causa de la libertad que sirvió con integridad y desinterés. Su vida pública estuvo siempre fuera del alcance de los tiros de la calumnia, que se ceba de continuo en herir las más altas reputaciones. La gratitud pública rodeará de guirnaldas su tumba, y el recuerdo de sus virtudes, de su patriotismo, de sus dignas acciones,

prolongará en la memoria de sus conciudadanos, esta vida que solo deja de continuarse, pero que se sobrevive a sí misma, conservándose siempre presente a las miradas de la nación a quien tantos servicios prestó.

El *Araucano*, nuestro digno colaborador, nos ha precedido en dedicar sus páginas a honrar la memoria de este ilustre patriota, y nosotros como los editores de aquel periódico, sentimos entrañablemente no poseer pormenores más detallados sobre la vida y hechos de este buen ciudadano. Desgraciadamente carecemos de toda clase de datos escritos, y cada día desaparece de entre nosotros una figura del noble grupo de las grandes reputaciones de nuestra revolución, llevándose consigo la relación exacta de sus hechos, y dejando a la historia a ciegas sobre lo que más le interesa conocer. Los grandes hombres son partes visibles, que ella colocada en sus cuadros, para hacerles desarrollar los sucesos y desenvolver las instituciones; ellos representan las ideas, los instintos, las creencias y las necesidades de los pueblos. La biografía es la materia primera de la historia, y la nuestra va irremediablemente a ser pobre de materiales. Las tintes de la filosofía y los adornos característicos de la época, caerán sobre una tela tosca y preparada con desaliño; la tradición solo recuerda hechos generales, y los acumula sin concierto, sin ilación y sin orden; el tiempo los confunde, en fin, los mezclas de asuntos extraños y desfigura con relaciones inexactas al bello tipo original.

No hacemos sin objeto estas observaciones, y desearíamos que los jóvenes que gozan hoy de los inestimables beneficios que los esfuerzos y sacrificios de patriotas como el que nos ocupa les ha proporcionado, empleasen sus nacientes talentos, su juvenil actividad, en reunir cuantos datos puedan obtenerse sobre la vida de este ciudadano eminente; interrogando para ello las actas públicas, las reminiscencias de sus amigos, las tradiciones populares. ¿No se haría con esto un grande servicio

a la república, a la moral y a la gloria? ¿No es digno de la ambición de un joven dedicar su pluma a reproducir en un cuadro fiel los hechos de los hombres que honran a la patria, para presentar en ellos nobles dechados a la imitación de sus contemporáneos? ¿No podría el gobierno premiar una buena producción de este género, para echar a la juventud estudiosa en esta nueva vía de progreso? ¿No bastaría para recompensar al que con más acierto la desempeñase, la aprobación del público y la gloria de haber honrado a uno de nuestros héroes y llevado dignamente su nombre a la historia y a la posteridad? ¿Habremos siempre de quejarnos inútilmente de esta negligencia de nuestra juventud, que no hace cuanto podría para aplicar a cosas de utilidad social las luces que cada día acumula, y que parece absorberlas en su mente? Creemos positivamente que aprovecharán nuestros jóvenes la presente ocasión y explotarán la rica mina que se ofrece a su actividad, patriotismo y entusiasmo por lo que es grande, noble y bello. Si así no lo hiciesen, nosotros probaremos a ensayar nuestras débiles fuerzas en una tarea, que desde ahora sentimos, por más de un motivo, muy superior a nuestra capacidad. Debemos a la memoria de este eminente patriota la honrosa y entusiástica distinción de haber favorecido con su aprobación algunas de las humildes publicaciones de nuestro diario, y honrándonos con su particular interés y aprecio, aun sin conocernos.

El Coronel Don José Luis Pereira [42]

(*Mercurio de Valparaíso* de 6 de mayo de 1842)

Cada año que trascurre nos arrebata entre sus torbellinos una de las preciosas fojas del libro viviente de la revolución americana. Árbol fecundo que dio sus frutos, el otoño del tiempo se lleva una a una sus marchitas hojas. La tumba es el campamento general a que dentro de pocos años habrán llegado, cual más temprano, cual más tarde, todos estos viejos campeones de la lucha de la independencia, que como los artífices de un templo gótico, desaparecen de la escena dejando a las generaciones venideras su obra, más venerable cuanto más antigua, imperfecta cuando los ojos de la presuntuosa crítica se fijan en sus proporciones; pero sólidamente reclinada sobre sus anchas bases, sufriendo sin murmurar los ultrajes de los siglos, y escuchando con desdén los juicios de las nuevas generaciones que no alcanzan a comprender el pensamiento sublime que la engendró, y que achacando a defecto su misteriosa oscuridad y su silencio majestuoso, se detienen a admirar los bellos arabescos que decoran su superficie. Uno de esos instrumentos de la libertad americana acaba de responder muriendo a la voz del Eterno que repentinamente le llamó a su seno. El coronel Pereira nos

ha dejado más temprano de lo que su patria adoptiva, sus discípulos y su familia tenían derecho a esperar. Queremos detenernos un momento a contemplar esta vida que se extingue, como el viajero que, solo en medio de los campos, se queda mirando tristemente el punto del horizonte en que se ha escondido el sol que le abandona. Fieles a los instintos de la grande generación que nos ha precedido, quisiéramos recoger cuanto antes todos los escombros gloriosos del sacudimiento social que ha engendrado nuestra existencia política, para presentarlos a la historia para que los coloque y clasifique según su importancia.

No nos proponemos hacer una biografía. El coronel Pereira no pertenece a aquellas brillantes reputaciones militares que detienen a veces el furor de los combatientes, para verles descargar los golpes de la espada que relampaguea en los aires. Durante la lucha de la independencia fueron comunes estos brillos gloriosos; pocos fueron, empero, los que con un grande conocimiento del arte militar, sabían preparar en los duros ejercicios del campamento, a los soldados que habían de fecundar y hacer útil tanto brío. El coronel Pereira era de este corto número; si no era la flor más brillante de los ejércitos, era una de las raíces que les daban consistencia en medio de los conflictos de una larga y azarosa campaña.

La heroica resistencia que la ciudad de Buenos Aires, su patria, opuso a la invasión de los ingleses el año 1806, suscitó el ardor marcial de Pereira, joven de 16 años, y le hizo echarse como muchos otros en la carrera de gloria que ha recorrido. San Martín, jefe distinguido de la guerra de la Península, trajo para hacer triunfar la revolución, un poderoso auxilio a los patriotas, cual era el de la disciplina, la táctica y la estrategia que había aprendido combatiendo en España contra los ejércitos más poderosos entonces y más bien formados del mundo; y el joven Pereira fue escogido entre otros, para llevar a cabo en los granaderos a caballo el primer ensayo de la

ciencia militar. El combate de San Lorenzo mostró cuanto podía esperarse de soldados endurecidos por la disciplina, habituados a la obediencia más ciega, e instruidos profundamente según el uso europeo. Con San Martín y los granaderos fue después a hacer la campaña del Perú, pasando enseguida a servir bajo las órdenes del general Belgrano.

El año de 1809, le vemos atravesar el Plata custodiando en calidad de reo al señor Sasney, enviado secreto de Napoleón, que creyó tentar la fidelidad de un pueblo que, sintiéndose con demasiado brío para soportar sin murmurar un yugo, no se contentaba con cambiar de amos, sino que quería sentarse él también en el congreso de las naciones. Cuando la revolución del año 10 vino a despertar al pueblo para ceñirle la espada de los combates, Pereira tenía ya la suya en la mano, y la había ofrecido al gobierno revolucionario; y con los nuevos conscriptos tomó parte en las campañas que con suerte varia hicieron los ejércitos de las Provincias Unidas en el Alto Perú. Un hecho que caracteriza las calidades militares del coronel Pereira, ocurrió en una de ellas, y merece recordarse. La derrota de Sipe Sipe introdujo la confusión en todo el ejército argentino que huía despavorido durante algunos días. Cuando el general Belgrano hubo de reunir sus dispersos, halló una masa informe de soldadesca, jefes y oficiales, hacinados en la mayor confusión. Un solo escuadrón había conservado sus filas y se retiraba más bien que huía. El capitán Pereira se había apoderado del mando y lo había salvado de la disolución general del ejército. El general Belgrano abrazó al único militar de su ejército que había sabido conservar la disciplina del soldado, y lo presentó a los jefes como un modelo para su ejemplo.

El mayor Pereira trajo desde Tucumán a Mendoza dos escuadrones de los célebres granaderos a caballo que para coger tantos laureles habían sido creados. Con el regimiento formado sobre aquel escogido plantel, pasó los Andes, se

distinguió en Chacabuco, donde recibió una herida; y en Maipú, abriendo bajo el fuego mortífero del batallón Burgos las cercas de la viña de Espejo, penetró con sus granaderos en este atrincheramiento, desde donde los españoles fusilaban sus soldados, parapetados aquellos por las tupidas cepas, y contribuyó con este acto de valor a la decisión de la batalla. Hizo después la campaña de Chiloé, y adoptando nuestro pabellón nacional, pasó desde entonces al servicio de la república que con los demás valientes de los Andes acababa de libertar.

Desde ese tiempo data una segunda época en la vida militar del coronel Pereira. Quedando al mando de la guardia de honor y los cazadores que permanecieron en Chile al tiempo de la expedición libertadora que zarpó el año 20 para el Perú, el infatigable coronel dedicó toda la actividad de sus facultades físicas y morales y toda la energía de su carácter, a la formación de nuestros cuerpos militares; y pocos son los coroneles, y no muchos los generales chilenos que no hayan recibido de este escuadronista las primeras lecciones del arte. Pereira poseía en un grado eminente todas las cualidades que deben acompañar al que se ocupa de la formación del soldado. Moralidad, instrucción militar, energía, celo y actividad, no eran todas las dotes que en él sobresalían. Discípulo distinguido de la severa escuela militar con que San Martín vino a suplantar el entusiasmo de los primeros años de la guerra de la independencia, Pereira sabía amasar esos soldados de hierro que resistían con estoica perseverancia las fatigas y miserias de una guerra americana, en las que una tienda de campaña es un lujo afeminado, una ración de pan un regalo que solo se gusta al entrar en un pueblo. Pereira ha concurrido a la formación de un gran número de nuestros cuerpos, y pocos jefes han osado disputarle la preeminencia en este ramo de la profesión militar.

Pero al antiguo coronel estaba reservado otra tarea más

fecunda en resultados, y que más duradera influencia debía ejercer en el arte militar en Chile. Pereira fue escogido por el gobierno para realizar la academia militar, bello plantel en donde debían perpetuarse las tradiciones de la disciplina de los ejércitos, auxiliadas de una práctica rigorosa e ilustradas por un nuevo y más copioso caudal de luces, en cuyo cargo sus vigilias y sus continuados ejercicios le hicieron contraer la enfermedad de que ha sido víctima. Si el pensamiento de esta escuela era facundo, la elección del instrumento era aun más acertada. Pereira era el único hombre capaz de realizar en todos sus detalles esta brillante empresa; y gracias a su perseverancia invencible, a su infatigable celo, nuestra juventud militar puede gloriarse de haber recibido con mayor ilustración, la misma educación rígida, dura, bárbara si es posible decirlo, que hizo a sus mayores sobrellevar tantas fatigas y coger tantos laureles; y que solo ella puede dar al brillo de las charreteras su verdadero valor. La campaña de Yungay ha sido la piedra de toque en que se ha ensayado la suficiencia de los discípulos y la capacidad del maestro; y en honor del uno y de los otros, debe decirse que rarísimos son los que no han acreditado la excelencia de su preparación. La disciplina estoica y severa introducida por San Martín en América y con la que se llevó acabo la revolución, ha sido trasmitida por Pereira sin relajación a la juventud chilena, que la trasmitirá a las nuevas generaciones militares. No hay un solo joven militar que no le haya mirado como a un padre, y si bien severo, la voz estentórea y penetrante del escuadronista y del jefe de parada, resuena aún en el fondo de sus corazones imponiendo silencio, explicando la táctica, o reprendiendo las faltas.

Tal es el ligero cuadro que hemos podido trazar de la vida de este soldado que durante treinta y seis años ha ceñido la espada en dos repúblicas distintas, y que durante veinticuatro años ha soportado con honor las paletas de coronel. El más

antiguo jefe de su graduación, el escuadronista que ha enseñado a la juventud el arte militar, ha dejado una familia numerosa, una esposa, unos discípulos y unos amigos que lo deplorarán largo tiempo.

El martes por la mañana cruzaba con lento paso por las calles de Santiago el carro fúnebre que llevaba sus restos, seguido de un grupo de oficiales a caballo y del batallón Portales, encargado de hacerle los honores fúnebres. Numeroso cortejo de rodados seguían el triste acompañamiento. Entre los concurrentes se hallaban varios jefes argentinos, entre ellos el señor Melián, su coronel en granaderos, el señor Necochea, y otros. Una descarga del batallón anunció en el Panteón a los concurrentes que nueva losa sepulcral había caído para ocultar los restos mortales de uno de nuestros antiguos guerreros, y enseñar en su lugar su helada, e insensible frente, ironía de la vida, último esfuerzo del orgullo humano que se afana por poner un apéndice a la existencia, diciendo a todos los pasantes con su boca cerrada, ¡aquí yace uno que dejó de ser!

Era el coronel José Luis Pereira de estatura y proporciones atléticas, de formas garbosas y planta arrogante. A un profundo conocimiento de la instrucción militar de infantería y caballería, reunía un carácter amable, una probidad sin tacha que le granjeaba el respeto del soldado, el afecto de los oficiales, y la estimación del público y del gobierno. Ha muerto a los 51 años de edad.

La orden general ha honrado su memoria dándole los epítetos de benemérito e ilustre, y recordando con encomio una vida entera consagrada al servicio público.

Necrología del general O'Higgins [43]

(*Progreso* de 21 de noviembre de 1842)

¡El bravo campeón de la independencia chilena y el más antiguo y constante promovedor de la de toda esta América, el digno y virtuoso O'Higgins no existe! ¡Y a los chilenos, sus hijos predilectos, no les ha sido dado recoger los postreros adioses del héroe de la patria, recibir su bendición, y llorar sobre sus restos mortales! ¡Justo castigo, y ojalá fuera el único, de nuestros anteriores desórdenes y extravíos!

Pero la patria siempre había hecho justicia al grande hombre. Hacía tiempo que sofocando la voz general de la admiración y gratitud a la de los partidos y las facciones, el general O'Higgins había sido llamado por las cámaras legislativas y la inmensa mayoría de sus conciudadanos, a disfrutar en medio de ellos de las bendiciones de la paz y del orden; y a gozarse, rodeado de respeto y honores, en la prosperidad de esta patria fundada por él, y a la que no había cesado de amar con idolatría y servir con entusiasmo, aun en medio del destierro y las persecuciones.

Mas la expiación tal vez no había sido completa, y un destino fatal parecía cerrarle todavía las puertas de su país; dos años había que el general O'Higgins preparaba su vuelta, frustrada siempre por dificultades domésticas y enfermedades;

la última fatal quiso pasarla en el puerto del Callao, a vista de las naves que iban y volvían de su patria, ocupado continuamente en ella, trabajando por ella, a pesar de la decadencia de sus facultades y contra la prohibición de los médicos, respirando en cierto modo el aire natal. Los últimos suspiros de este hijo amante de Chile y sus últimas plegarias, estamos ciertos han de haber sido a Chile y por Chile.

Toca a Chile reconocer en algún modo la inmensa deuda de gratitud y respeto que carga sobre la nación, respecto de uno de sus más esclarecidos varones. Un luto nacional debe ser ordenado al momento, y sus restos mortales trasladados inmediatamente al país por una comisión en la que sean representados al mismo tiempo el Supremo Gobierno, el Ejército y cada una de las Cámaras Legislativas, fuera de los demás honores que tengan a bien decretar estos cuerpos. Solo así podrán los chilenos honrar debidamente la memoria del héroe de su independencia, rodear su tumba y esparcir flores y coronas sobre ella; y de este modo únicamente borrar el baldón de oprobio que pesaría sobre nosotros y nuestros descendientes, por la injusta persecución que sufrió en otro tiempo la reputación más bien establecida y más gloriosa entre los hijos de este país.

El presbítero Ovalle y Balmaceda [44]

(*Progreso* de 26 de noviembre de 1842)

Los fastos mortuorios de Santiago han inscrito anteayer en su lúgubre registro un nombre que nunca se oyó sin veneración y respeto, que nadie repetirá sin gratitud y sin amor. ¡Ha muerto el presbítero Balmaceda! Nuestro clero pierde en él un modelo inimitable de todas las virtudes que deben honrar tan santo ministerio, la humanidad su timbre más glorioso, la orfandad y la indigencia su cotidiano paño de lágrima. ¡Pobre viejo! sus restos mortales se levantarían todavía de la tumba si llegase a penetrar en sus cavidades un solo gemido de miseria y de aflicción; su santo espíritu sollozaría a los pies del Eterno, si sus oraciones no pudieran remediar los males que en su mansión terrestre le dieron tanto que hacer. La desgracia va ahora a llamar de puerta en puerta en su busca, sin que el buen anciano salga a consolarla. ¡Cuántos tienen que deplorar la irreparable pérdida! ¡Cuántas lágrimas correrán sin que haya una mano piadosa que las enjugue! ¡Cuántos van a encontrarse ahora solos, sin apoyo alguno sobre la tierra!

No se tema que prodiguemos sin mesura palabras de fórmula, para adornar con algunas flores la tumba de un muerto. ¡Líbrenos Dios de ello! Nuestro temor solo consiste en que no acertemos a honrar debidamente al sublime

representante de la caridad cristiana en Chile, al monumento más cándido de la humanidad en la tierra. El presbítero Balmaceda no ha figurado en los altos puestos de los honores humanos; ningún título se añadió al simple dictado de presbítero que él redujo a su significación primitiva, y solo a su caridad evangélica y a su inocente pureza de costumbres debe la grata reputación que lo ha hecho un objeto de veneración en todos los extremos de la república, pues a todas partes se ha extendido la fama y el olor de su santidad. Nunca oiréis en la cabaña del pobre recordar su nombre, sin que alguien mente alguna acción loable del bondadoso presbítero, alguna familia salvada por él de la desgracia, o alguna cándida e inofensiva genialidad del buen anciano. No es en las actas públicas donde debe ir a buscarse la larga enumeración de sus caritativas acciones, sino en la memoria del pueblo donde se hallan depositados todos los hechos que pudieran formar su biografía. Hay tradición tan larga como ha sido su útil y laboriosa vida, tradición que las madres han podido pasar a sus hijos, y estos añadir a los multiplicados actos de beneficencia que ha ejercido últimamente, y a las austeras privaciones de su vida ejemplar. Tal ha sido la inocencia de sus costumbres, el ardiente espíritu de caridad que lo animaba, que mereció ser apellidado el *siervo de Dios, el santo*.

El cristianismo ha producido en todos tiempos dos géneros de virtudes cristianas: las unas que reconcentran el individuo en sí mismo, y le hacen ocuparse enteramente de preparar por la penitencia la salvación de su alma; las otras que extienden sobre la sociedad entera sus miradas y hallan el cumplimiento de sus deberes en el alivio de la desgracia. No siempre han andado juntas estas virtudes, y las primeras cuando han aparecido solas, han sido tachadas de exageración y de extravío; porque es lo que nuestra religión tiene de santo y de grande, que pone en el amor del prójimo la base de toda virtud y de toda su práctica. Es una religión social, humana, que

tiende a la unión de todos sus individuos, y a hacer respetable la misma desgracia. Nuestro santo varón dividió en iguales partes sus acciones y sus prácticas, y fue no menos ascético y penitente que filántropo y caritativo.

El venerable presbítero Balmaceda era oriundo de esta ciudad, y de extracción noble y elevada, y como primogénito se halló heredero de un mayorazgo. Las vanidades mundanas lo convidaban desde luego con sus atractivos y sus goces; pero por educación, por carácter, por instinto, prefirió desde temprano la carrera menos esplendorosa del sacerdocio, a cuya santificación se sentía dispuesto a consagrar todas las fuerzas de su alma.

La revolución de la independencia, que para no pocos fue una piedra de escándalo, halló a nuestro presbítero perfectamente preparado, y sin dejarse alucinar por el aparato de una pretendida fidelidad, abrazó con ardor la causa de su patria.

Pero había todavía algo que removía más profundamente su corazón, y que excitaba en su alma el más vivo interés. El alivio de las desgracias era su propensión innata; y la previsión solícita de su piedad, le indicó muy temprano el lugar donde debía poner su inmenso capital de caridad y beneficencia para que redituase utilidades mayores y más duraderas. Los hospitales en que la indigencia y las enfermedades piden a la caridad pública protección y amparo, fueron desde luego su objeto favorito, y desprendiéndose generosamente de su fortuna, fundó rentas para el de San Juan de Dios, que le debe su existencia. Ochenta mil pesos fueron consagrados por el buen presbítero a este filantrópico establecimiento, y ni el temor del porvenir, ni los consejos prudentes y ruegos de sus amigos, pudieron hacerle reservar parte de aquel dote que consagraba a la caridad, su verdadera esposa.

Toda su vida es un asombroso conjunto de hechos

memorables. Encargado por un moribundo de testar a su nombre de una cuantiosa fortuna, la distribuyó entre todos los parientes pobres del finado, y reservándose solo una imagen de la virgen, y arrodillándose ante ella, al terminar su obra, exclamó con lágrimas en los ojos: *limpio entré, Virgen santísima, y limpio salgo*.

Tenía por práctica habitual no cerrar sus puertas de noche, y no obstante haber sido en una de ellas amarrado y desnudado por algunos ladrones, jamás cambió de conducta. Temía que algún menesteroso se arredrase de turbar su sueño. ¡Ah, qué sueño! Triste ironía del reposo necesario a nuestra existencia. Ascético por principios religiosos como filántropo por carácter, cruel para consigo mismo y solo humano para con los demás, dormía a imitación de los santos de la edad de oro del cristianismo, en una tarima, teniendo por despertadores solícitos, cilicios y maceraciones austeras.

Economizaremos la relación de una serie tan larga como su vida, de acciones loables y de actos de beneficencia, que cada uno de ellos habría bastado para honrar la memoria de un individuo. Muchos son los que le deben su fortuna y el bienestar de sus hijos, millares los que encontraron en él un abundante socorro para las necesidades del momento.

Por lo demás, sencillo, inocente, candoroso y alegre, nadie habría sospechado la austeridad de sus penitencias, si los años, su palidez y su vacilante paso no lo revelaran. Tenía genialidades características y conforme a ese sentimiento exaltado de humanidad que hacía el fondo de su carácter. Del cuidado de los hombres pasaba a los animales, y en su hacienda jamás se castraban bestias, ni consentía voluntariamente en que se matasen para proveerse de carne.

Murió el presbítero don Francisco Ruiz de Ovalle y Balmaceda a los 64 años de edad, de la muerte más dulce, la muerte que proviene de la extinción del último pábulo que en

un anciano alimenta la vida. Se le encontró muerto en el interior de su casa. Al remover su cadáver descubrió bajo el hábito sacerdotal… ¡la mortaja!

Ensayo sobre la vida y escritos de
D. Manuel J. Gandarillas [45]
(*Progreso* de 3 y 5 de diciembre de 1842)

Algunos días han trascurrido desde aquel en que el lúgubre tañer de las campanas anunció que un ciudadano había dejado de ser. Los periódicos de la capital han desparramado ya sobre la tumba de D. Manuel J. Gandarillas algunas guirnaldas de ciprés y siempre-vivas. El *Progreso* faltó, sin embargo, en el fúnebre acompañamiento, y se presenta hoy a deshora, cuando los demás han dado por terminada la ceremonia. No se le culpe por eso de indiferente o desafecto; quisiera, lejos de merecer esta imputación, hacerse el registro de todas nuestras glorias pasadas, y tener la imparcialidad en la manera de considerar a nuestros hombres públicos, y la autenticidad de datos necesaria para que la historia visitase un día sus páginas para recoger de allí los nombres que le han de servir de núcleo.

D. Manuel J. Gandarillas ha figurado de un modo muy notable en los pasados acontecimientos, y el foro, la tribuna, el gabinete y la prensa periódica se han honrado más de una vez en contarlo en el número de sus campeones. Es lástima que la necrología sea un terreno en que la severa verdad no acostumbre siempre presentarse sin el cortejo de alabanzas no pocas veces inmerecidas; mayor lástima es aun que los acontecimientos en que aquel patriota figuró, estén aún

demasiado cercanos, para que puedan ser considerados bajo su verdadero punto de vista. El juicio que sobre su carrera política abriéramos no para todos sería aceptable, pues que no todos se hallarían colocados del mismo lado para contemplarlo. Nos limitaremos a la simple enumeración de los principales hechos de su vida, que no carecen de un gran interés por cuanto se ligan a los acontecimientos públicos más notables.

Gandarillas desde su más tierna infancia, se hizo espectable por su asiduidad en el estudio, a que se dedicó desde muy temprano, y su talento no tardó en hacerse notar desde luego, no obstante una constitución enfermiza y la imperfección de la enseñanza en los tiempos de la dominación española. El año de 1814 había terminado sus estudios de derecho, pues que sus padres lo destinaban para la carrera del foro; estaba además incorporado en la academia de práctica y desempeñaba interinamente la secretaría del cabildo de esta ciudad. La revolución de 1810, no obstante su poca edad, hizo vibrar en su corazón la cuerda de la libertad y del patriotismo, y cuando los españoles volvieron a apoderarse del país el año 14, el joven Gandarillas prefirió como tantos otros patriotas, las privaciones y las miserias del destierro, a someterse voluntariamente al yugo de la servidumbre. Emigrado en Mendoza, no se abandonó al destino, pues que felizmente dotado de una capacidad admirable para la industria, halló en ella siempre medios honestos e independientes para proporcionarse su subsistencia. Gracias a esta propensión natural había logrado iniciarse en el arte de la relojería, y deshaciéndose en Mendoza de una herramienta completa que para ejercer esta profesión poseía, pudo transportarse a Buenos Aires, donde se trabajaba por organizar la expedición libertadora. No deja de ser esto un hecho notable en un hombre educado bajo la influencia de las preocupaciones españolas, que tan adversas eran al ejercicio de una útil industria, tenida por deshonrosa y como indigna del hombre noble. Gandarillas no bien hubo llegado a la ciudad de

Buenos Aires, cuando estableció, ayudado con capitales por varios otros emigrados chilenos, una fábrica de naipes y una imprenta, en cuyos dos establecimientos pudo proporcionarse medios abundantes de subsistencia para sí y para muchos otros de sus paisanos menos afortunados que él.

Triunfo glorioso de la industria sobre las viejas preocupaciones españolas, que conservan hasta hoy su mortífero influjo sobre nosotros. Es, sin embargo, un bien exprimido de entre el conjunto de males de la emigración, el de despertar el ánimo de los que sufren este azote, y dar al esfuerzo individual toda la expansión de que es susceptible. Los hombres que han nacido y permanecen siempre a la orilla de la corriente de bienestar que fluye de la fortuna de sus padres, si no conocen la sed de la necesidad, no saben tampoco cómo satisfacerla cuando los vaivenes de las revoluciones secan la fuente, o soplando el viento de la desgracia, se ven alejados de sus cercanías y echados en tierra desierta para ellos, sin amigos, sin parientes, sin fortuna; y no es raro ver a estos hombres que en su país dominaban por una posición social heredada, abatirse hasta la abyección y recibir favores de aquellos a quienes antes desdeñaron. En los establecimientos de Gandarillas en Buenos Aires, hallaron muchos personajes un pan conquistado noblemente por el trabajo. Su carácter de fabricante no le estorbaba ejercer la abogacía, en virtud de un decreto del gobierno que habilitaba ante los tribunales a todos los letrados chilenos.

La batalla de Chacabuco que abrió con estrépito las puertas de la patria a todos los que a su pesar la habían abandonado, permitió volver a D. Manuel J. Gandarillas al seno de su familia; pero por desgracia en aquellos terribles tiempos no bastaba ser patriota, ni haber emigrado; era además preciso ser patriota adicto a la facción dominante, y en las dos grandes divisiones de *carreristas* y *o'higginistas*, que fraccionaron desde los principios la revolución y que tanta sangre, tantas lágrimas y

tantas víctimas costaron, Gandarillas se había enrolado en la que por entonces estaba caída. La animadversión del gobierno fijó desde su llegada sus ojos suspicaces sobre él, los esbirros del poder se encargaron de responder de sus acciones, y el destierro mismo no bastó a librarlo de las asechanzas de sus enemigos, pues que la política de las Provincias Unidas se había identificado entonces con la de Chile. Ordenes de persecución tiradas en Santiago iban a descargar su rayo sobre la cabeza proscrita a las orillas del Plata, y los límites de la patria se habían extendido entonces en una gran circunferencia, para que los hijos desechados no pudiesen escapar a sus golpes. Vuelto Gandarillas a la condición de expatriado, apeló para vivir a lo que ni la revolución, ni la desgracia podían robarle, a su industria, a sus propios talentos. Llenaría de asombro hoy decir que aun en esto la política era entonces tan poderosa, que podía cerrar todas las puertas a los que había tomado entre ojos, y atarles las manos a cuatrocientas leguas de distancia. En Buenos Aires se estorbó a D. Manuel Gandarillas abrir por segunda vez su fábrica de naipes. Establecer una imprenta, habría sido ridículo intentarlo. Se enroló, pues, para vivir entre los oficiales de una relojería, y ni aun en condición tan humilde pudo tranquilizar a los que tenían el encargo de perseguirle. Desde el taller de relojero fue arrastrado a un fortín de la frontera de los bárbaros, donde permaneció por muchos meses preso y vigilado muy de cerca.

Fácil es imaginarse la tétrica impresión que haría sobre una alma ardiente, impetuosa y activa, la vida salvaje de la pampa, el aspecto de una naturaleza muda, la inacción de un presidio, la falta de comunicación con sus amigos, la soledad, la reconcentración forzada, la contemplación de la injusticia de los que tanto ahínco mostraban en perseguirle. Cansado de esperar y de sufrir, se fugó de la prisión y ganó a bordo de la fragata inglesa *Mercurio* que venía a Chile, a donde

Gandarillas quería volver, aunque la persecución saliese a recibirlo a los puertos de su patria. ¡Son tan amargos los sinsabores causados por los extraños! Pero aún no había rebalsado para él la copa de la desgracia. Una horrorosa borrasca estuvo a punto de sumergir la nave en el Cabo de Hornos, la cual tuvo que volver de arribada a reparar sus averías a las islas Malvinas. Allí se encontraron con la fragata francesa *Urania* que había naufragado, después de haber terminado un viaje de descubierta, y el barón Tressinet, que la mandaba, compró la *Mercurio* para regresar a Francia, y dejó a Gandarillas en Montevideo, donde tuvo que hacer escala. Montevideo era entonces esclava, las fuerzas brasileras la tenían subyugada. Gandarillas podía allí encontrar los medios de vivir, y acaso los de labrarse una fortuna grande; pero ¿qué vale la fortuna comprada a precio de renunciar a la libertad, al porvenir de la patria, para las almas ardientes a quienes la persecución y la injusticia de sus propios conciudadanos, lejos de entibiar, exaltan?

Porque la persecución no se ase con ahínco sino de aquellos que saben merecerla y provocarla. La independencia del espíritu, la energía del carácter, el patriotismo mismo que nos hace indiferentes al bienestar e inspira la idea de una misión, de una tarea que en la patria está confiada, hace difíciles, sospechosos e intolerantes, a estos caracteres arrojados por la Providencia en el seno de las sociedades, para removerlas, trastornarlas y regenerarlas. Gandarillas vegetaba en Montevideo cual planta arrancada del suelo natal y arrastrada por las aguas a climas impropicios y lejanos; los días pesaban sobre él y los años traían un nuevo recargo de sufrimiento y de desconsuelo. Al fin los acontecimientos del Perú cambiaron la faz de la política de Chile, el año 23; la rueda revolucionaria había trastornado las posiciones respectivas de los partidos, y la cualidad de perseguido por la administración, que caía, servía de título a la consideración de la que se elevaba. En

1824 volvió el señor Gandarillas a ver las suspiradas playas de su patria, libre ya del enojoso cuidado de precaverse contra enemigos poderosos, satisfecho de ver ante sus ojos abierto un campo de acción para sus talentos y sus principios. El foro le ofreció desde luego no pocas palmas. El gobierno le nombró defensor de las temporalidades de regulares, que por entonces habían sido incorporadas al fisco, y poco después fue llamado al ministerio de hacienda, desde donde pasó al del interior, hasta que el movimiento revolucionario de 1826 lo hizo retirarse a la vida privada y al ejercicio de su profesión de letrado, sin que por eso dejase de influir en los negocios públicos y en la mejora y progresos de su país, tomando parte muy activa en la redacción de varios periódicos sucesivos.

Mas aún no había llegado el momento propicio para que Gandarillas asumiese el rol que le estaba deparado. Ya se había hecho conocer como un patriota acalorado, y había hecho su aprendizaje en la carrera de escritor público. La guerra de la independencia había sido terminada, y en toda la extensión del continente americano había cesado el terrible batallar de los precedentes quince años. Cada una de las secciones americanas, libre ya de la perturbación de los combates, había descansado, después de la refriega, lo bastante para consagrarse a la obra de la organización social. Las prensas americanas se agitaban con la discusión de las bases de los diversos proyectos de constituciones que debían regir y asegurar los futuros destinos de cada país; por todas partes se convocaban congresos, y el murmullo de los debates de las asambleas legislativas llegaba a los oídos de todos lados. Chile tomó en este movimiento general la parte que le correspondía; pero pronto en Chile, como en los demás estados, se tocaron dificultades que en la impericia de los pueblos y en el ardor de la lucha, no se habían calculado. La revolución estaba terminada, el camino todo estaba andado, pero al llegar a la deseada meta, las señales se perdían, y no habiendo ido

adelante nadie, no había huellas que seguir, no había antecedentes que consultar. La duda penetró en todos los ánimos, la sociedad se dividió en pareceres, estalló la división, y no habiendo autoridad establecida ni tradición que seguir, nadie cedía de su opinión individual, y por todas partes asomaron los síntomas de la lucha intestina que debía ensangrentar la América, que ha amilanado a tantos espíritus cobardes, que se ha trasformado horriblemente en sus desvíos en algunas partes, y que ha hecho nacer dudas sobre la posibilidad de organizar la república que habían soñado nuestros padres.

Algunos espíritus medrosos quisieran que no se toque el polvo que empieza a acumularse sobre los aciagos acontecimientos de la lucha de los partidos que ha precedido a la calma presente, por temor sin duda de avivar algunas chispas mal extinguidas del pasado incendio, cuidadosos de no interrumpir el sueño que empieza a cerrar los ojos a algunas pasiones rencorosas. ¡Temor infundado! El medio de deshacer las prevenciones que aún existen, es explicar las causas que las excitaron, como es el medio seguro de disipar los terrores supersticiosos de espectros, acercarse a los objetos mal comprendidos que alucinan a la multitud. Acerquémonos, pues, sin temor a estos fantasmas que a la distancia inspiran tantas animadversiones, que cuando hayamos llegado a sus cercanías, veremos objetos naturales, desfigurados nomás por la ilusión de los sentidos. El mal estará, si hay alguno, en que el que se atreva primero a acercarse a ellos con paso firme, no sepa lo bastante para dar soluciones satisfactorias, a la manera de aquel que viendo vagar una luz siniestra en medio de las tinieblas de la noche, protestara contra la creencia supersticiosa que la considera como una visión sobrenatural, pero no supiera explicar las causas naturales que producen los fuegos fatuos. Probemos.

La revolución de la independencia despejó el suelo de la

América de las cadenas que la España había arrojado sobre ella; un hecho destruyó otro hecho; poco más hizo la revolución. Ahora se trataba de formar el nuevo gobierno, la nueva carta que debía echar los cimientos del edificio social; pero nadie estaba de acuerdo sobre este punto, ni podía ni debía estarlo tampoco. ¿Se trataba de asegurar la libertad de cada uno, de fijar los deberes y los derechos del ciudadano? Nada más sencillo al parecer, nada más claro. ¿Pero cuál era el tipo que iba a imitarse, cuál era la teoría que iba a reducirse a la práctica? Veámoslo; porque esto no solo importa para explicar el pasado, sino que será útil para darse razón del presente, y acaso para conjeturar el porvenir.

Los hombres de pensamiento querían realizar sin modificación y sin miramientos las ideas que el siglo había derramado en todo el mundo. Rousseau, Raynal, eran los maestros. Pero la revolución francesa obrada por esas mismas teorías, ha probado que aquellas abstracciones no podían servir de guía para formar la constitución de un estado. Los maestros estaban tristemente engañados, ¿qué harían los discípulos?

¿Se quería imitar la democracia norteamericana? Por toda contestación diremos que aún hoy la mayor parte de nuestros políticos tiene nociones muy vagas sobre ella; en una palabra, no la comprenden, o más bien no la sienten. La generalidad no tiene ideas ningunas sobre la materia, y nuestras costumbres sociales son el reverso de las de los pueblos del norte. ¿Se consultaba la tradición?, pero la tradición en las leyes y costumbres era totalmente hostil a todas las nuevas ideas; la tradición traía aparejada obediencia pasiva para los gobernados, poder sin límites para los gobernantes, intolerancia para todos, negación de todo derecho primitivo, distinción de clases, apego en fin a todo lo que era retrógrado, porque eso era lo que estaba encarnado en los hábitos y en la conciencia pública.

Se trató de formar la constitución que había de regir el país, y la lucha principió por todos los puntos; la sociedad se dividió, se agrupó en partidos. Los unos querían la libertad constitucional, y la realizaban, sin adoptar temperamentos, por medio de constituciones *liberales* que reconocían libertades y derechos mal definidos que en la práctica eran irrealizables; los otros pedían también una constitución, pero querían que se conservasen todos los hechos que habían sobrevivido a la revolución. Se quería la libertad y las jerarquías, la libertad y la intolerancia, la libertad y el poder absoluto, la libertad, en fin, y la negación de toda libertad.

Había, pues, anarquía en el objeto, en los medios, en los intereses, en las ideas. ¿Quiénes iban extraviados? ¿Quiénes llevaban razón? A nuestro juicio unos y otros en ambas cosas, según el punto de donde cada uno partía. Y esta anarquía digámoslo de paso, existe aún, y existirá mientras la experiencia no haya dado sus severas y costosas lecciones. Lo que es peor aun, es que no tenemos un solo modelo en el mundo que imitar, porque esta cuestión está viva en todas partes, y los hechos consumados no han dado hasta ahora una solución completa. ¿Qué hay en Francia sobre la ley electoral, por ejemplo, que es la base de los gobiernos representativos? Anarquía de intereses e ideas. ¿Qué hay en Inglaterra y en España? Anarquía. ¿Qué hay actualmente en Chile? Anarquía.

La lucha de los partidos el año 29 era, pues, una consecuencia de los antecedentes que hemos apuntado, fatalmente necesaria, y a más de necesaria útil, porque estas grandes cuestiones que discuten las ideas y los intereses que han de establecerse, y con ellos los hechos y los hombres que los representan, rara vez pueden resolverse sin que la espada venga a cortar bruscamente el nudo gordiano. Hemos entrado en estas investigaciones para trazar el cuadro en que estuvo colocado D. Manuel J. Gandarillas, porque en esta lucha sobre la organización, se le vio desplegar todas las fuerzas de su

genio, la energía de su carácter, y todos los resortes de su talento. Gandarillas tomó parte activa en la cuestión que dividía los ánimos; hizo más todavía, se hizo el órgano de un partido, de aquel que a la marcha desembozadamente *liberal* del gobierno del general Pinto, oponía las resistencias de las masas, las ideas dominantes, las preocupaciones, y los errores de la época; porque muchos hombres en el fondo liberales disentían de la marcha política adoptada. Gandarillas se lanzó en la lucha redactando el *Sufragante*, y colaborando en el *Hambriento*. Los dardos de la sátira, el razonamiento, el ridículo, el apodo, las personalidades más amargas, los reproches más severos, una lógica fulminante, un calor en la discusión que prendía fuego a todo lo que tocaba, tales fueron las terribles armas que blandió en sus escritos; verdaderos arietes revolucionarios que estaban golpeando periódicamente sobre el edificio social, para derrumbarlo, verdaderas bombas que iban a reventar a los pies del gobierno establecido y echar por todas partos la confusión, el desorden y la alarma. Su espíritu templado en el yunque de las pasadas persecuciones, y su carácter acerado por la desgracia, lo constituían un terrible instrumento de ataque; y como escritor, pocos son los que han descollado en Chile que hayan penetrado más adentro en las simpatías populares, ni hayan tenido mayor influencia en los acontecimientos de su país. Sabía encarnar sus opiniones en el ánimo de los que necesitan ayuda ajena para adoptar una; sacudía la inacción, sublevaba pasiones y producía hechos. Era en una palabra el tipo del escritor revolucionario, y en el *Sufragante* fue él quien más pábulo dio a la contienda, por su lenguaje impetuoso, apasionado, por su actividad asombrosa; siempre alerta, hiriendo siempre, repitiendo sin cesar sus golpes, hasta desalentar y desconcertar a sus adversarios políticos, hasta dejar suficientemente desgajado el árbol robusto para que mejor penetrase en su tronco el hacha revolucionaria. Porque en las grandes crisis sociales, las

deliberaciones de los cuerpos colegiados, y la envenenada polémica de la prensa, son solo el gemido de los vientos que preludian con siniestro acento la próxima borrasca. La revolución aparece luego en varios puntos del horizonte; los gritos de la tribuna cesan, el fragor de los combates comienza, y los que antes estaban divididos en dos facciones, opuestas en pareceres, se cambian en perseguidores y perseguidos, en verdugos y víctimas, según el lado de donde sopla el viento de la victoria. ¡Ay entonces de los vencidos! ¡Solo para los cobardes, para los ineptos, para los que no abrazan sus opiniones con calor, hay salvación!

La revolución de 1829, que sacudió la república por sus cimientos, trajo por fin la calma con el triunfo de uno de los partidos contendientes, y los vencedores se ocuparon desde luego, despejado ya el campo de toda oposición, de organizar el país a su modo, según las ideas, preocupaciones, errores e intereses que habían opuesto tantas resistencias a las ideas, preocupaciones, errores e intereses de los vencidos. Don Manuel J. Gandarillas tomó, como era natural, una parte muy activa en esta tarea. Por largos años ocupó un asiento en las cámaras legislativas; trabajó en la constitución de 33 que aún rige; por cerca de diez años desempeñó la magistratura en la Corte Suprema; cinco permaneció en el cargo de auditor general del ejército, y tuvo otros tantos la dirección de la Academia de práctica forense.

Como escritor todavía se encargó de la redacción del *Araucano*, y después del *Filopolita*, en ambos de los cuales trató con maestría los asuntos que más preocupaban la atención pública, ocupándose en el primero de afianzar el nuevo orden de cosas y el gobierno a cuya cabeza se hallaba el general Prieto. Pero a pesar de que sus escritos no carecieron nunca de interés por las ideas que emitía y corrección del lenguaje en que estaban vertidas, no poseía en estos últimos tiempos la animación y el poder del *Sufragante* y el

Hambriento. Su tarea era explicar al gobierno, justificarlo, y desvanecer los cargos de sus enemigos; y su pluma no era un escudo, era una saeta, no tan útil para la defensa como era eficaz para el ataque. El orden había renacido, y poco a poco a las vías de hecho se sucedían las vías constitucionales; y no habiendo ya enemigos con quienes combatir, al fin arrojó la pluma como un instrumento inútil, alejándose enseguida de la vida pública, desde que se hubo consolidado el gobierno en cuyo establecimiento había trabajado tanto.

En estos últimos tiempos su nombre desaparece del todo de la escena política, la vida privada lo envuelve en un velo, cuyos extremos solo levantaban de cuando en cuando sus amigos íntimos, hasta que al fin la muerte viene a extinguir esta llama, medio apagada por la larga enfermedad que le precedió.

De su carácter personal se habla generalmente con elogio. A una honradez nunca desmentida, y a otras buenas cualidades que lo distinguían, reunía una que no es común en la generalidad de los hombres, al menos en el grado que él la poseyó. Hablamos del respeto y amor que profesaba a su anciana madre, con quien conservó hasta la edad madura la misma sumisión, el mismo cariño de la infancia. Vivía para su madre, y sus menores deseos eran cumplidos y acatados como órdenes que no era permitido desoír. Muchos pormenores hemos oído sobre esta singular exaltación de amor filial, pudiendo decirse que era un vástago que había echado raíces en la tierra sin separarse sin embargo del tronco de donde había salido. Al aproximarse sus últimos momentos, todavía obedeció a un mandato que le imponía el cumplimiento de una cristiana obligación.

Los periódicos en que escribió son: el *Sufragante*, la segunda *Aurora*, la *Gaceta de Chile*, el *Hambriento*, el *Araucano* y el *Filopolita*. Ha muerto a los 53 años de su edad, de una hemorragia intestinal, que acaso era hereditaria, y cuya estagnación produjo sin duda la muerte.

El presbítero

Don Juan Manuel Irarrázaval [46]

(*Progreso* de 28 de marzo de 1844)

Sucede con las necrologías en los diarios y en las oraciones fúnebres, lo que con los epitafios en los sepulcros. Id, os ruego, al cementerio en una apacible tarde de otoño, recorred sus monótonas y uniformes calles de lápidas; internaos en los bosquecillos de rosales y sauces llorones que a cada soplo ligero de la brisa derraman puñados de hojas marchitas sobre los mausoleos y urnas cinerarias que esconden, cual si quisieran recordar a los restos cuya nada aún engalanan, que cada momento que pasa, cada sacudimiento de la vida arranca del corazón de los que le sobreviven, una hoja de su memoria, hasta que el invierno del olvido consume y deseca las últimas reminiscencias. Echad una mirada por la lista de nombres que a cada paso que dais, atraen a uno y a otro lado la atención. Tened la paciencia, os ruego, de leer una a una las palabras de encomio que los acompañan, la enumeración de las virtudes del finado, las muestras inequívocas de la piedad de los deudos. ¿Dónde pues, yacen, exclamaréis, los padres desapiadados, los desnaturalizados hijos, puesto que aquí solo están los que según sus epitafios, fueron modelos de virtud o de piedad filial? ¿Dónde se esconden los restos de magistrados prevaricadores, del sacerdote indigno, del poderoso opresor? ¿Fueron, por ventura, las generaciones que hallamos bajo las plantas, más

virtuosas, más humanas, o menos corrompidas que la presente? ¿Tanto hemos degenerado de ayer a hoy? Y estas voces heladas y sin eco que, adonde quiera que fijéis la vista, os están diciendo: «Aquí yace»… un dechado de virtudes, aquí un buen padre, no pudieran ser sofocadas por otra potente, exasperada, que se arranca del fondo del corazón del espectador, por un grito de la conciencia que dice: «¡Aquí solo yace la verdad que bajo tanta mentirosa inscripción está escondida!».

La verdad, la realidad, el hombre, la sociedad, mezcla informe de virtudes y vicios; de grandeza y mezquindad; de tarde en tarde una perfección moral; de vez en cuando una monstruosidad del crimen, por lo demás, la vulgaridad bajo todas sus faces. A fuerza de oír encomios y alabanzas prodigadas sin tasa a la memoria de los muertos, por solo el mérito de haber dejado de existir, se siente uno inclinado a medir con la misma medida de escepticismo, aquellas que se prodigan a la virtud ejemplar y austera de los esclarecidos varones que de tiempo en tiempo descuellan en la sociedad, como fanales luminosos que alumbran la parda noche de la vida colectiva de los pueblos. El mismo lujo de epítetos laudatorios cubre al relevante mérito y mediocridad afortunada. ¿Se quiere decir que hubo un modelo digno de ofrecer a la imitación de los que le sobreviven, un reflejo de las virtudes celestes? ¡Ay! que eso mismo se ha repetido cien veces con motivos menos dignos; y las flores derramadas sobre la tumba de los que dejan la vida, solo prueban que la naturaleza ha sido pródiga de sus dones, y que cada cual tiene el derecho de cogerlos.

Pero hay, por fortuna, ciertos nombres que se abren paso por medio de la nube de incienso que de todas partes se levanta para encubrir con su espesura las pequeñeces humanas; nombres que desdeñarían los encomios, porque ellos mismos lo fueron para los que tuvieron la dicha de llevarlos; nombres de que un pueblo se envanece apropiándoselos;

nombres, en fin, que se perpetúan burlando a la muerte y al tiempo; cuyas guadañas se embotan al tocarlos.

A esta categoría pertenece el del ilustre sacerdote cuya vida nos proponemos, menos que seguir en toda su laboriosa carrera, caracterizar por medio de ligeros rasgos. El presbítero Irarrázaval, ha llamado la atención del público, su memoria está tan íntimamente grabada en el corazón de sus contemporáneos, y se liga tan inmediatamente a todos nuestros recuerdos, que nos parece materia digna de ocuparnos el explicar, si es posible, esta vida consagrada al servicio público de una manera casi excepcional, y las peculiaridades que distinguieron al hombre, cuya palabra resuena aún en el oído de millares que se alimentaron de ella durante una larga serie de años. El presbítero Irarrázaval es algo más que un sacerdote piadoso, un hombre caritativo y ejemplar, es un hombre público, uno de esos hombres de acción que ejercen una grande influencia sobre su época, y dejan profundas huellas en el terreno que les cupo atravesar.

José Manuel Irarrázaval nació el 27 de Julio de 1788. Sus primeros años se deslizan silenciosos en una hacienda de campo, en la vecindad de Illapel, al lado de su padre el entonces marqués de Irarrázaval. Esta vida campestre en que recibe sus primeras sensaciones, y la intimidad doméstica con uno de aquellos personajes que representaban entre nosotros la antigua nobleza española, trae voluntariamente a la memoria las costumbre severas de la época que nos ha precedido, los sentimientos generosos que estamos habituados a atribuir a los hidalgos, la vida solariega de los señores feudales, y aquel temple de carácter que, a medida que nos civilizamos, pierde de su resistencia e inflexibilidad.

Se ha observado ya que las provincias apartadas de los grandes focos de civilización, producen con frecuencia esas voluntades enérgicas que saben abrirse paso por sobre las resistencias, que adoptando una línea de conducta, la siguen

sin desviarse ni a derecha ni a izquierda; espíritus fuertes que piensan de un modo que les es propio y que espanta o repugna a los que han seguido toda la tramitación ordinaria de la cultura, corazones enseñados a sentir por el espectáculo diario de una naturaleza virgen, que les hace mirar con desdén todos los vanos aparatos, todos los frágiles andamios de que se complace en rodearse una sociedad frívola y decrépita. Chateaubriand, La Mennais…

Estos dos hombres que han removido tan fuertemente los espíritus, salieron del fondo de la Bretaña, endurecidos con la vida y el espectáculo de la naturaleza. ¿Sería temeridad atribuir a la influencia que debieron ejercer sobre el ánimo del presbítero Irarrázaval, estos primeros años pasados en el campo, en contacto con el tosco pueblo de la comarca, presenciando su miseria de espíritu y de cuerpo, deplorando en silencio sus vicios y su ignorancia, aquella especie de vocación que lo ha arrastrado a recorrer las provincias y los departamento rurales, para llevar a los hombres groseros del campo el pasto abundante de su predicación, y sus socorros y larguezas que con mano tan pródiga derramaba por todas partes? ¿Tendría otro origen su menosprecio por las dignidades con que tantas veces quisieron condecorarlo, como si temiera que echasen sobre él un peso incómodo que cortase la movilidad que su simple y modesto título de presbítero le conservaba? ¿Adonde, si no es al hogar doméstico, a los sentimientos caballerosos de una edad que ya ha pasado, ocurriríamos para hallar el origen de esa largueza con que ha prodigado siempre los dones de la fortuna, de ese desprendimiento que le hacía menesteroso en medio de las riquezas? Lo que podemos asentar como cierto, es que las inclinaciones del corazón y las dotes del alma preceden a la educación adquirida, y que la vida entera del hombre se diseña en la infancia, a la manera de las plantas que ya viven en el germen que les sirve de feto.

El presbítero Irarrázaval principió a educarse al salir de la pubertad, y el grado de bachiller parece que dejó satisfechas todas sus aspiraciones, pues que sus estudios en filosofía y teología fueron rápidos y aventajados, habiendo llamado la atención de sus catedráticos por la claridad de su inteligencia y su asidua aplicación.

Aun antes de recibir las órdenes sagradas, lo que no ocurrió hasta el año 1803, ya empezaba por crearse un teatro en donde abandonarse más tarde al instinto que lo impulsaba a consagrar su vida a la prédica doctrinal, con el objeto de mejorar la moralidad de la gente del pueblo. La casa de ejercicios de Valparaíso fue fundada por él y a sus propias expensas.

Una amistad de colegio, una de aquellas íntimas uniones que la uniformidad, ya sea de caracteres, de ideas o inclinaciones, hace formar en los primeros años de la vida, y que suelen a veces atravesar todo el resto de ella, sin entibiarse ni perder nada de la ardorosa adhesión de los corazones jóvenes, le asoció desde muy temprano a otro piadoso sacerdote, cuyas dignidades no envidió, resistiéndose, por el contrario, a aceptar aquellas que estaba en su mano dispensarle. Hablamos del arzobispo Vicuña de piadosa memoria, de cuyos trabajos en las numerosas misiones que ambos emprendieron juntos, fue el alma el presbítero Irarrázaval, pues que él se encargaba siempre de la predicación, que consideraba como su propiedad, su parte obligada. Los alrededores de Santiago, las provincias de Aconcagua y Coquimbo, los cortijos y pueblecillos de la costa, han sido largos años testigos beneficiados de estas correrías de los dos dignos amigos, que se prestaban mutua ayuda para prodigar beneficios a los campesinos, y hacer sentir la benéfica influencia de la religión para la moralización de las costumbres, y la enseñanza del pueblo.

Pero nada ha acarreado al presbítero Irarrázaval mayor

prestigio ni popularidad que sus predicaciones en el recinto de la capital, en esta grande congregación de hombres, entre cuya inmensa multitud se aposenta mayor número de llagas que las que pueden exponer a la inspección de las miradas del médico los sencillos habitantes de las campañas. Aquí se diseña ya con sus colores propios el hombre, el orador, el pastor; aquí toma un carácter que lo distingue de los demás sacerdotes y que nos parece referirse a los antecedentes de los primeros días de su vida. El hijo de una casa que perteneció a la antigua aristocracia, el descendiente de los marqueses de Irarrázaval, se constituye en orador de la plebe; la alta sociedad no le interesa; cuando mas desde su cátedra establecida en San Lázaro, a la vista de la vegetación de la próxima alameda que le recuerda acaso sus años juveniles, sus correrías campestres, rodeado de una inmensa muchedumbre plebeya, le dirigirá algunas burlas sobre sus vicios dorados, su lujo y sus disipaciones. Gusta de las grandes masas de pueblo por auditorio, el espacio despejado y abierto por teatro, el estrellado y límpido cielo por dosel. Desde aquella eminencia que él ha levantado a su dignidad de presbítero, hace caer a torrentes sobre el gentío atraído por su nombre, los dardos de una elocuencia cáustica, acerada, vengadora. La palabra que amonesta, la palabra que corrige, desciende llena de púas que hieren por todas partes la conciencia embotada del pueblo. Su lenguaje entonces abandona como impotente toda la fraseología mística del púlpito. Sus imágenes, sus locuciones son copiadas del idioma mismo de los que le escuchan; el oído de las gentes cultas se sentirá herido al oír la pintura de las debilidades plebeyas; de los desórdenes del vulgo; de sus pecados groseros; le vituperarán las sales místicas que emplea para ridiculizar el vicio y hacerlo detestable, sus alusiones amargas y llenas de desdén, a la molicie de los ricos, a su depravaciones aristocráticas y cultas; pero a merced de aquel lenguaje, de aquellas pinturas exageradas y de estas sales

amargas, logra mover su tosco auditorio, y desviarlo del terreno cenagoso en que se descarría; su palabra, pues, no cae en vano como el rocío sobre la tierra sin vegetación; el arma con que combate está templada en relación a la resistencia que encuentra y al material que elabora. La predicación del presbítero Irarrázaval no ha sido infecunda, gracias a este lenguaje estudiado, y el epíteto de *Apóstol del pueblo* le será conservado por la gratitud nacional.

La muerte ha venido a sorprenderlo en la época misma que era el teatro de sus afanes y de sus trabajos. Una voz se ha extinguido, la más poderosa, la más infatigable; una cátedra está desierta; un concurso disipado. La cuaresma de este año tiene una misión menos; un vacío que nadie llenará tan pronto.

Sus últimos momentos han sido dignos de su laboriosa vida; y es lástima que la muerte haya venido a sofocar en su germen una nueva manifestación de la pasión que lo dominaba por la mejora moral de las masas. El presbítero Irarrázaval empezaba a participar del movimiento general de nuestra época por la educación pública. El espectáculo diario de las miserias populares, habíanle hecho sentir que la predicación es impotente por lo común; que es un paliativo y no un remedio; que cae sobre caracteres ya viciados, y que no alcanza su eficacia a enderezarlos completamente; que la educación que forma la inteligencia y el corazón, previene contra el vicio; y que la predicación se empeña en destruirlo cuando ya se ha manifestado. Al señor ministro Irarrázaval que lo asistía en sus últimos momentos, recomendaba con voz apenas inteligible la ejecución de sus disposiciones para fundar una escuela en Renca, para cuyo objeto dejaba los fondos necesarios.

Poco tenemos que añadir a lo que precede si no es algo que bastará a caracterizarlo. Los gobiernos de O'Higgins y Pinto, le ofrecieron en vano una canonjía; la mitra de obispo de Coquimbo fue por él desechada durante la administración Prieto; y en la presente le llenaba de zozobra, y de alarmas, el

rumor público que le designaba como candidato al arzobispado. Estaba muy bien hallado con su carácter de presbítero; y cierto que había sabido elevarlo a un rango tan alto, que las dignidades de la iglesia no habrían logrado darle más realce. Su manera de hacer limosna era para borrar de un solo golpe hasta el recuerdo de la pasada penuria. Poco antes de su muerte ha dado a una familia que sufría y a quien no le ligaba ningún género de antecedentes, la cantidad de doce mil pesos para remediar sus urgencias. Este hecho excusa detenerse sobre otros de menos importancia, pero que participan de esta munificencia.

El presbítero Irarrázaval ha muerto a los sesenta y seis años de edad y cuando su semblante prometía mayor duración a su existencia. Era alto de estatura, bien formado, aunque enjuto; y su carácter alegre y genio festivo le hacían sobrellevar sin trabajo las privaciones que se imponía y las duras tareas a que se entregaba. Los que le han tratado de cerca pierden un amigo sincero, un compañero agradable, y todos un ciudadano ilustre y un sacerdote ejemplar.

D. José Miguel Infante [47]

Redactor del "Valdiviano Federal"

(*Progreso* del 26 de abril de 1844)

El autor no existe exclama el editor del último número de aquel periódico singular por sus ideas, su duración y sus tendencias. La prensa periódica tiene también sus obras póstumas; su palabra viva después que la muerte ha puesto su sello de mármol sobre la boca de donde emanó.

El último número del *Valdiviano* ha sido consecuente a las ideas que preocuparon a su autor durante toda su vida; la España, la federación, las ideas religiosas como instrumento del poder. A combatir la influencia tradicional de la primera, inculcar la conveniencia de la segunda, y contrariar la tercera, dedicó el *Valdiviano* durante diecisiete años consecutivos toda la imperturbable fuerza de un raciocinio, que en nada pudieron modificar las diversas vicisitudes de la política, el cambio de interés que ellas traían, ni los hechos que estableciéndose y afirmándose, modifican necesariamente las ideas y aun los sentimientos de los pueblos. Es el *Valdiviano Federal* una manifestación auténtica de lo que puede la educación sobre las ideas, que amoldadas una vez bajo cierto tipo, los hechos vienen después en vano a frotarse contra ellas, sin cambiar nada de sus formas; verdaderas rocas que permanecen inmóviles en medio del embate de las ondas; monumentos

legados de un siglo a otro, que sobreviven a las doctrinas e intereses que los hicieron nacer.

En el *Valdiviano Federal* podríamos hacer la crítica del espíritu dominante del siglo pasado. Los hechos presentes combatidos siempre en nombre de una teoría abstracta; una forma de gobierno proclamada en despecho de toda circunstancia local, y en nombre siempre de una teoría abstracta; últimamente el influjo de las ideas religiosas, en cuanto producen hechos, combatido también en nombre de una teoría abstracta. La federación fue su tema favorito durante tan larga serie de años; la federación como manifestación de la mayor suma de libertad que puede gozar el individuo, la familia, la ciudad, la provincia, el estado en fin; y en nombre de esta verdad, el *Valdiviano* acató a todos los caudillos populares de la República Argentina que destruyendo todo sentimiento de libertad, tintas en sangre sus manos, establecían el despotismo más brutal y el gobierno de uno solo sin otra ley que su voluntad. Así el *Valdiviano* abominando de corazón el despotismo, le prestaba su sanción con tal que se ejerciese en nombre de la teoría de la palabra federación.

Así ha vivido el *Valdiviano* durante un largo período, diciendo su sentir libremente, excitando a los pueblos a cambiar de forma de gobierno, sin que sus ideas hayan encontrado ecos, y sin dejar huellas en los acontecimientos. Libertad de decir estéril para la sociedad, impotente para con el poder que combatía, porque no supo comprender su época, los nuevos intereses e ideas que habían surgido de la revolución misma. En cambio, su país no lo comprendió tampoco, y las verdades emitidas por el *Valdiviano* y las protestas contra los abusos, caían heladas y sin fuerza a los pies del poder que combatía, porque eran disparadas desde muy lejos; porque no estaban calculadas a la distancia inmensa de tiempo que mediaba entre las ideas del acusador y los hechos acusados.

D. José Posidio Rojo

(*Progreso* de 11 de junio de 1844)

La magistratura del país acaba de sufrir una deplorable pérdida en el malogrado don José Posidio Rojo, juez de letras de la provincia de Aconcagua. Poco conocido este magistrado de Santiago, su existencia era cara, sin embargo, a los habitantes de aquella fracción de la República, en la que durante diez años había sabido ganarse las afecciones de todos, por su conducta circunspecta, sus conocimientos profesionales como abogado, y por su rectitud intachable en el alto y espinoso destino que desempeñaba.

El señor Rojo pertenecía a una familia de la provincia de San Juan, en la República Argentina, notable por los talentos que la distinguen, y que parecen una propiedad de familia que pasa de padres a hijos. La familia de los Rojo ha participado en una influyente escala en los acontecimientos públicos de aquellos países, y su nombre se ve asociado a las letras, a las armas y al comercio, de un modo siempre honroso para los que lo llevan.

No nos detendremos largamente en hacer conocer los antecedentes de este hombre respetable. Habiendo hecho sus estudios de jurisprudencia en la antigua y célebre Universidad de Córdoba, se incorporó a la práctica en Buenos Aires; de donde fue llamado de nuevo a Córdoba, como diputado de la

provincia de San Juan al Congreso General que se reunió allí en 1820, para tratar de constituir la República, y cuyas sesiones fueron interrumpidas por las revoluciones que estallaron por todas partes, por la invasión de don José Miguel Carrera, y el motín del número 1 de los Andes, estacionado en San Juan.

Desde aquella época, Rojo permaneció en la vida privada en Buenos Aires dedicándose al comercio, hasta que el año de 1830 fue expulsado de Buenos Aires, con ciento y más provincianos notables, por los temores que inspiraban al gobierno que se estableció después de los tratados de don Juan Lavalle.

Vuelto a Córdoba, donde residía su esposa, fue comisionado por el general Paz para establecer en las provincias una grande asociación para proveer al ejército que estaba en campaña. El pronto desenlace de la guerra civil de entonces lo trajo a Chile, donde se dedicó a su antigua profesión de abogado, incorporándose a la academia de práctica, y rindiendo los exámenes requeridos.

Desde aquella época datan los servicios rendidos al país por el finado señor Rojo, primero en clase de abogado, después como juez de letras interino, y últimamente en propiedad, que desempeñaba desde poco tiempo a esta parte, por no haber querido aceptar igual destino que se le ofrecía en Coquimbo, adonde parece que el gobierno quería hacer uso de la noble y simpática moderación de su carácter, para establecer o preparar la creación de una Corte de Justicia.

El señor Rojo había venido a Santiago a buscar el auxilio de los médicos contra una enfermedad del pecho que lo aquejaba de tiempo atrás. Pero una inflamación le asaltó repentinamente y lo llevó a la sepultura, no obstante la asiduidad y talentos de su médico de cabecera, el señor Ortiz, que requirió la ayuda de una junta de facultativos.

A su entierro han concurrido un gran número de deudos y

amigos, entre estos muchos compañeros suyos de emigración.

D. Manuel Renjifo [48]

(*Progreso* de 3 de abril de 1845)

Las exequias solemnes con que el Estado ha honrado ayer la memoria de uno de sus más nobles servidores, han dejado en los ánimos una profunda sensación. Lo más distinguido de la capital se agrupaba ayer en torno de ese féretro que llevaba en su seno los restos de un ministro y de un padre. Esta vez, más que otra alguna, las demostraciones oficiales del dolor público eran solo la expresión fiel del sentimiento privado.

Don Manuel Renjifo deja una de esas reputaciones pacíficas que no han envenenado los tiros de la envidia, que se asestan sin descanso sobre los hombres notables. Esta reputación es todo el patrimonio que a su desconsolada familia deja como el fruto de una vida entera consagrada al servicio del país, que le debe un sistema de hacienda, un crédito nacional, único en los estados americanos.

El respeto a la memoria de este ciudadano distinguido nos impone el deber de ser parcos en su encomio, cuando aún está fresca todavía la tierra que cubre sus cenizas. Más tarde ofrecemos a nuestros lectores instruirles en los detalles de esta vida consagrada al servicio de Chile, y que desde sus principios se liga a los principales acontecimientos de la revolución de la independencia, y a los rudos trabajos de la reorganización nacional. Aquí la tarea del biógrafo, si no es fácil, es por lo

menos noble, grata y eminentemente útil. Hay un sistema encarnado en un hombre, y este sistema, lejos de ser como tantos otros, una lucubración del pensador economista, es una realidad compuesta de una larga serio de hechos, y cuyos desenvolvimientos se palpan aún.

El finado ministro ha tomado en el drama de la política, durante una larga serie de años, diversos papeles que nos proponemos examinar. Escritor original y satírico, orador tranquilo y lleno de lógica, economista práctico y probo, todas estas manifestaciones diversas del individuo, merecen sin duda atraer la atención del público, y ser pasadas por una vez en revista.

Los talentos y la integridad del finado ministro de hacienda han dejado llenas las arcas del tesoro; las suyas, empero, estaban exhaustas, y sin la protección de sus deudos, su familia, aún no bien enjugadas las lágrimas que le arranca el dolor de su pérdida, podría continuar derramándolas por las angustias de la necesidad y la miseria. ¡Triste, pero elocuente elogio de un ministro de hacienda que ha manejado millones, y hecho con un simple aviso suyo, pasar en Londres miles de unas manos a otras en las alternativas de la alta y baja de la bolsa!

Don José Dolores Bustos

(*Crónica* de 11 de marzo de 1849)

La educación primaria en Chile acaba de hacer una irreparable pérdida con la muerte de don José Dolores Bustos, alumno de la Escuela Normal y visitador general de escuelas. Este triste acontecimiento ha tenido lugar en Concepción, mientras que el malogrado Bustos desempeñaba su misión con la asiduidad que era uno de sus rasgos distintivos. Una carta del señor don Antonio Varas, visitador judicial, anuncia el suceso en estos términos: «Escribo a Usted para darle una mala noticia. Bustos ha fallecido hace dos días, de un ataque violento, en que sin duda ha tenido la principal parte el género de trabajo que le imponía su misión. Al principio se creyó que se había roto una arteria, pero el facultativo que lo ha asistido hasta el fin, cree que un depósito de sangre formado poco a poco ha buscado salida, y causado el ataque de que Bustos ha muerto».

En otra carta el señor Varas se muestra profundamente afectado por esta pérdida, que atribuye exclusivamente a la fiebre causada por la agitación y el trabajo.

Bustos, el visitador de escuelas salido de la Escuela Normal, pertenecía a aquella escasa porción de seres que nacen dotados de cualidades superiores, que desde niños se sienten hombres, y para quienes no hay injusticia de la suerte de que

no apelen a su propia energía para repararla. La muerte ha venido a causar una desgracia irreparable para su familia, una pérdida para el Estado, y además a interrumpir inconsideradamente una obra de paciencia y de trabajo, cuya grandeza no habría sido apreciada, sino cuando, a la vuelta de los años, se hubiese presentado a las miradas del público, terminada. Los pocos amigos que seguían con la vista este trabajo de constancia, de sufrimiento, de intención fija, esperaban un día ver al joven Bustos llegar a los más altos puestos de la profesión que había deliberadamente abrazado; la muerte, empero, los ha dejado burlados, y apenas pueden en obsequio de su memoria, mostrar la trama de aquella tela inacabada.

Don José Dolores Bustos era ahora doce años un niño que había sido puesto en las aulas del convento de San Francisco, para que recogiese algunas migajas de la educación que la caridad cristiana derrama aún a las puertas en aquellos claustros que en otro tiempo fueron el semillero de la ciencia. Bustos no tenía padre, ni madre, ni deudos; era un niño que apenas sabía de sí mismo lo único que le interesaba saber, cual era el que estaba solo en la tierra; y desde aquella edad la irreflexión de la niñez, la disipación de espíritu, el placer frívolo que arrastra a todos los de su edad, lo hallaron humilde, pensativo, trazándose un plan para llegar a ser hombre, y devorando en silencio las privaciones anexas a su abandono. Bustos había aprendido entre tanto perfectamente el latín, escribía bien, leía con facilidad todo lo que encontraba, y se sentía llamado a no se qué, pero que no era la vida monástica. Más tarde pasó a Santo Domingo, después a la Recoleta Francisca, en todas partes aceptando el hábito como beca de los estudios, y cuando los oficiosos reclusos, viendo su contracción y moralidad, le ofrecieron enrolarlo en las filas del sacerdocio, lo rehusó decididamente.

Entonces salió del convento, y ante todo la necesidad de

vivir fue la punta aguda con que la sociedad lo recibió. Fue como tantos otros, escribiente de abogados, profesor de latín, de escritura, de algo en los colegios y escuelas. El señor don Agustín Palma, aficionándose de día en día a este joven por su capacidad y su circunspección, apenas posible en su edad, le pagó primero veinte pesos, después veinticinco, y últimamente treinta al mes.

Su subsistencia estaba asegurada, y el sentimiento de su propia dignidad satisfecho con la distinción del señor Palma; y sin embargo, un día vino a anunciarle que se había enrolado como alumno de la Escuela Normal, ganando ¡media onza mensual! Pero aquella nueva carrera lo halagaba porque tenía un ancho horizonte, esperanzas, porvenir, que podrían conquistarse a fuerza de abnegación y de estudio. El señor Palma le ofreció cuarenta pesos y abonarle por él los gastos hechos en la Escuela Normal. Cuando fue destinado a la escuela de San Fernando, este protector fue todavía a ofrecerle tres onzas mensuales, en lugar de los veinticinco pesos que constituían su honorario; pero Bustos había comprendido su vocación y abrazádola deliberadamente, contaba con sus fuerzas y aguardaba el tiempo.

Alumno de la Escuela Normal, no tardó en distinguirse, en ser el primero de todos. Comprendía rápidamente, razonaba la materia de los estudios, y sus discípulos, muchos de ellos muy aventajados, sintieron desde luego que era aquella una naturaleza privilegiada, creada para tomar la delantera.

Bustos concluyó sus estudios, y siguiendo el consejo del director de la Escuela Normal, se dedicó al francés, como medio de adquirir conocimientos en su profesión; y como una muestra de la tenacidad de aquella voluntad, baste decir que no recibió sino tres lecciones de francés, y con solo ellas presentó un libro traducido dos meses después.

Antes de terminarse los estudios, don José Dolores Bustos

fue destinado a San Fernando. Al finalizar el curso el director, dando cuenta al gobierno de las aptitudes de los alumnos, decía de él: «Educación completa, sabe además latín y francés, estudioso, entusiasta, ambicioso y de carácter decidido. Es él el primero de entre los alumnos que pueda ser director de la Escuela Normal».

Dos años después el ministro de instrucción pública don Antonio Varas, hubo de equivocarse sobre la naturaleza y la condición de Bustos. Que se imagine cualquiera estos espíritus noveles, ardientes, satisfechos de sí mismos porque saben conquistar la posición que solicitan, rondando horas enteras a la puerta de un ministerio, que ven abrir para otros y no para ellos. El ministro había encontrado en la fisonomía del solicitante cierto despecho insolente que se traicionaba en el acento de su voz y en lo brusco de sus respuestas. Pero el ministro, antes de hacer sentir su indiscreción al ofendido mancebo de una manera fatal para su porvenir, como puede hacerlo un ministro ofendido, quiso interrogar la buena fe del director, y de él supo que era necesario gobernar aquel carácter, reprimirlo y servirle de padre. Después el señor Varas ha sido el compañero de viaje, el amigo en sus últimos momentos, y el amparo de aquella bella naturaleza que no pudo comprender de un golpe; pero que no tardó en apreciar. Bustos continuaba mientras tanto sus estudios, silenciosos y severos. La enseñanza primaria era su blanco, y a él refería todos sus conatos. Es inaccesible, inconmensurable el trabajo que todo cuesta a los jóvenes cuando una posición desventajosa los asedia. Tres años pasaron sin que Bustos pudiese proporcionarse de Francia una lista de libros, de entre ellos el *Eco de las Escuelas Primarias*, que debía ponerlo en estado de legislar sobre la naciente educación primaria en Chile.

Encargado de visitar las escuelas de Santiago, en una academia de maestros que reunió por algún tiempo, dando consejos a los maestros, uniformando los métodos, corrigiendo

los vicios, se ensayaba en el ejercicio de aquella suprema autoridad en el ramo que hacía el blanco constante de los esfuerzos de su noble ambición. Ensayose enseguida con éxito escribiendo en el *Mercurio* de Valparaíso algunos artículos sobre educación. Nótase en ellos cierta sobriedad de estilo, y la madurez de la reflexión. Tradujo después, de cuenta del gobierno, un tratado de *pedagogía*, y compuso una *aritmética* elemental que lleva dos ediciones y fue unánimemente aprobada por la Universidad.

El ministro actual lo nombró visitador general de escuelas, y los dos informes que han visto la luz pública, más completo el segundo que el primero, muestran cuánto habría podido desenvolverse en adelante por el estudio asiduo, los viajes, la práctica de la inspección, el conocimiento de las necesidades de la enseñanza, y aquel andar por todas partes palpando la realidad, tropezando en los obstáculos y señalándolos al gobierno para su remedio.

Bustos ha muerto el día en que su carrera empezaba a sonreírle, cuando el horizonte se abría delante de él. Contaba con la afección del ministro, del señor Montt, del señor Varas, del señor Barra, y con la amistad íntima del que fue su director, a quien sometía todas sus dudas, y quien lo azuzaba a luchar con las dificultades, y a vencerlas con paciencia, con estudios, con trabajos y servicios. En el momento de salir para la expedición de donde no había de volver, había principiado a estudiar el inglés. Chile, pues, tenía en él un director para su Escuela Normal, salido de su seno, obra de sus trabajos; un escritor competentemente preparado en materias de enseñanza, un maestro, en fin, que estaba llamado a ejercer una grande influencia en la mejora de la instrucción pública. Pero Bustos ha muerto en el servicio del Estado, y dejando una reputación naciente, mil esperanzas frustradas, y una joven viuda con cuatro niños; porque el malogrado joven, por ese sentimiento de orden, de moralidad, de confianza en su

porvenir, se había casado cuando era alumno de la Escuela Normal.

¿Qué va a ser de aquella viuda y de aquellos niños? ¿El Estado no tiene nada que ver con ellos? La víctima de su celo, el primero de los alumnos de la Escuela Normal, ¿nada tiene que esperar del ministerio de instrucción pública? La viuda de aquel soldado de la enseñanza muerto en la brecha ¿no debe alucinar su dolor, contando con un montepío para proveer a la educación de tantos hijos? ¿No se ha de hacer en obsequio de la memoria de Bustos, una manifestación que aliente a tantos otros jóvenes que siguen sus huellas, y que están encargados, cuan humilde es su posición, de llevar a cabo la regeneración del país, por medio de la instrucción primaria? Sabemos que la falta de una ley orgánica ata las manos al ministro que, tanto como otros, sabía avalorar y apreciar las altas cualidades de aquel hijo primogénito de los esfuerzos del gobierno, destruidas por su temprana muerte en el momento mismo que se veían coronadas; pero la buena voluntad y la justicia suplen a las disposiciones, y la aprobación es en casos como este, una deuda más bien que un requisito.

Don José Dolores Bustos deja además un hermano que había recogido no hace dos meses para educarlo, y quedó enfermo en el camino de Concepción, circunstancia que añade más a la desolación de aquella familia sin esperanzas como sin recursos. Deja aun algunas deudas creadas para cumplir con sus deberes de padre, hermano y esposo.

Algunos amigos del malogrado Bustos propónense correr una suscripción para formar un pequeño capitalito, si es posible, a fin de atender al sostén y educación de sus hijos. Esperamos que el resultado justifique la esperanza que han concebido, de ver honrada así la memoria de un maestro de escuela, y que el público empiece a comprender cuánto estímulo se debe a aquellas virtudes que después van a convertirse en dechados que han de imitar sus propios hijos.

Biografía de

Don Pedro Ignacio de Castro y Barros

(*Crónica* de 13, 27 de mayo y 10 de junio de 1849)

Introducción

¡Cuán apacible es bajo el cielo azul de Chile el otoño, esa tarde del año en que la naturaleza, satisfecha de haber obrado bien, se retira lentamente y desnuda sus galas de estío para dormir el sueño del invierno! Ciertas flores inodoras, pero brillantes de colorido, le sirven entonces de sonrisas postreras, y de velo para ocultar a la vista el despojo de sus atavíos, que principia con lentitud y con gracia. Entonces los colores de la paleta, matizando de amarillo, ópalo y rojo el verde de la vida que se extingue, disimulan la desnudez de las formas, los síntomas de la decrepitud o de la muerte, como las delicadezas del estilo encubren aun por largo tiempo el vacío que dejan en el alma las ideas que desaparecen, los principios vencidos, las creencias muertas.

Cuando el sol pajizo de una mañana de otoño lanza sus rayos oblicuos sobre las avenidas de un cementerio cubierto de cipreses negros, de plantas anuales que se marchitan, de

rosales que ostentan una que otra rosa o retardaría o rebelde contra las leyes ordinarias, se experimenta entre esta mezcla de objetos que mueren y que sobreviven aún, un sentimiento de melancolía, y aquel malestar de la incertidumbre que nace de lo que no es decididamente algo, la muerte o la vida, malestar que aviva el continuo pasar del tibio ambiente de los lugares bañados por la luz del sol, a la atmósfera que se hiela ya bajo las prolongadas sombras de árboles y matorrales; el invierno que viene agazapándose, el hielo de la muerte que principia a manifestarse por los pies.

En una de esas hermosas mañanas de otoño, la del 19 de abril, recorría apresurado las avenidas del panteón, buscando dónde se sepultaba en aquel momento un cadáver. Era esta la décima vez que a aquel lugar asisto en ocho años, siguiendo el carro fúnebre de otros tantos compañeros de destierro; jóvenes los unos que abandonaban la vida apenas saboreada, llevándose el molde roto de alguna inteligencia precoz, descompuesto el corazón en que se anidó mi patriotismo sin esperanza y sin resfriarse aún. Pero esta vez solo yo no alcancé a incorporarme en la comitiva de amigos que seguían el triste convoy; apenas pude por retardos involuntarios llegar al borde de la fosa, cuando los primeros puñados de tierra hacían resonar sobre el hueco sarcófago el adiós eterno. ¿El doctor don Pedro Ignacio Castro y Barros iba a desaparecer para siempre? Y esta frase que un interrogante cambia, de afirmación que era, en una pregunta de difícil respuesta, turbó en aquel momento el recogimiento que la tumba inspira. Pronunciaba un discurso patético uno de sus consocios de ministerio; sucediósele uno de sus compañeros de destierro, y cuando hubiera yo podido y debido decir algo, sentí que mis ideas no estaban allí ya fijas sobre el cadáver sin vida. La historia de lo pasado se había levantado por diversos puntos en mi espíritu, como si hubiesen tocado a rebato; y las batallas de la guerra civil y los caudillos populares, la tribuna política del

congreso, y el látigo y la cuchilla de los tiranos, todo estaba allí, de pie, visible, agitándose. Una sola palabra no vino a mis labios, y mis miradas perplejas apenas pudieron fijarse en los grupos silenciosos que rodeaban aquella fosa, sacerdotes, y entre ellos, un canónigo argentino emigrado; ingenieros, poetas, publicistas, abogados argentinos, y a más algunos amigos del finado, y algunos grupos de pueblo.

El que era cadáver yerto había sido ayer cadáver vivo, muriendo de vejez bajo el peso de dolencias acumuladas en una larga y laboriosa vida. Los que han conocido al doctor Castro Barros en Chile han conocido una sombra; su alta figura estaba ya encorvada por el peso de los años, descarnadas aquellas facciones fuertemente acentuadas como todas las naturalezas vigorosas, ronca y apocada aquella voz que había tronado terriblemente en tribunas y púlpitos, mustios y eclipsados aquellos sus negros ojos que brillaban con frecuencia animados por el fuego del entusiasmo, del éxtasis o de la cólera religiosa.

Para trazar su biografía, es preciso si no queremos equivocarnos, olvidar el cadáver y restablecer al hombre; dejar el destierro y trasportarnos a la patria; cegar, en fin, la tumba para ir a buscar en algún punto ignorado la cuna en que se meció niño, el que fue después representante del pueblo en los ejércitos, el tribuno popular, el insurgente contra el rey, el sacerdote infatigable en la predicación de su doctrina. Los que bosquejan su biografía en Chile, toman el otoño por el estío, y corren riesgo de engañar a sus lectores engañándose a sí mismos. Por otra parte el doctor don Ignacio de Castro Barros es todo él argentino, y a sus compañeros de infortunio final, a todos los que por diversos y aun por encontrados caminos vinieron a juntarse con él en la nada del destierro perpetuo, toca señalar la ruta que él trajo, y los senderos por donde anduvo. Cada uno de estos pobres desterrados que muere aquí, es una página de aquella epopeya de la República Argentina, fecunda en lecciones que nadie escuchará, porque la historia,

si bien enseña a los que viven de estudiarla, es inútil para las naciones, máquinas animadas que van a donde están destinadas a ir, sin que poder de hombre pueda detenerlas. Yo quiero, pues, estudiar este átomo de nuestra historia contemporánea llamado Castro Barros, revestirlo en espíritu de todos sus accidentes, y dar valor y carnadura a fechas, títulos, persecuciones y destierros que sin esto nada significarían.

En unos apuntes biográficos tomados al lado del lecho de dolor del doctor Castro Barros, apuntes en que sus deudos y amigos trataron de recoger de su fatigada memoria la cronología descarnada de su vida, leemos esta dolorosa reflexión: «La nación Argentina ha caído desde la cumbre de la gloria, a donde la elevaron sus propios esfuerzos, al terrible precipicio de la ignominia. Presa horrible de convulsiones intestinas, de guerras civiles las más desastrosas, y de un cúmulo de males inauditos, su historia sangrienta asustará sin duda a las generaciones venideras». ¿Como cayó en este abismo la República Argentina? ¿Quiénes la empujaron incauta aunque inocentemente a él? He aquí una cuestión que puede ilustrar la biografía de los hombres que en los diversos partidos han tomado parte en las luchas argentinas. Nosotros hemos ya desenmarañado algunos hilos de aquella madeja sin cuenda, siguiendo a Facundo Quiroga y al apóstata Aldao entre el laberinto de los principios oscuros o desconocidos de aquel terrible drama. Pero Facundo Quiroga no era más que el ejecutor ciego, el brazo armado de ideas arrojadas de antemano, de convicciones populares, tibias al principio, ardientes después, activas más tarde hasta producirse en actos, que reunidos forman el gran tejido de la historia. Yo he explorado ya el terreno en que la batalla se dio, señalado los jefes que trajeron las huestes al combate; ¿por qué no entraríamos ahora a examinar las causas de aquella lucha y los resultados finales que los contendientes alcanzaron?, porque las grandes luchas de las naciones, ni aun las conmociones

populares, se engendran a sí mismas. La ley inmutable de la naturaleza orgánica es que en la vida la simiente guarde y envuelva el germen, y que este germen sometido a cierto grado de temperatura, se desenvuelva y produzca el árbol fructífero y saludable, o la planta venenosa o erizada de espinas. Las ideas, ha dicho M. Lamartine, bajan siempre de lo alto. No es el pueblo, sino la nobleza, el clero, y la parte pensadora de la nación, quien ha hecho la revolución. Las preocupaciones tienen a veces su origen en el pueblo; pero las filosofías no brotan sino en la cabeza de las sociedades; y la revolución francesa era una filosofía. Y así sucede siempre, las luchas sociales están de largo tiempo antes escritas en libros, o formuladas en oraciones; y el que quiera estudiar un hecho consumado, ha de ir a buscar sus causas generadoras en los deseos de antemano manifestados, en la conciencia que del bien o del mal tenían formada los hombres que descollaron en un tiempo a la cabeza de las naciones, representándolas por la ciencia, la religión, las preocupaciones y las luces. Para saber cómo un país ha caído en la ignominia, debemos ir primero al campo de batalla donde un sistema de cosas triunfó; y desde allí remontando la historia, seguir a los personajes y a las ideas hasta su fuente, que por lo general se encuentra en un escritor, en un orador. En todas las épocas de la revolución argentina, la palabra del doctor Castro Barros suena poderosa y apasionada en los oídos populares. Sus acentos conmueven los ánimos, y los fenómenos políticos entran aun al lado de la parte dogmática en aquellos vehementes sermones de que queda hasta hoy memoria en las diversas provincias que recorrió. Un día, empero, el doctor Castro Barros hizo alto en el camino que había tomado, y como si se orientase de nuevo por el aspecto de los nuevos países que venía descubriendo, extraños y selváticos como no se los había imaginado, se detiene, medita, vuelve atrás, y se echa en el mismo sendero de aquellos a quienes llamaba descaminados. ¡Arrepentimiento tardío! ¡Inútil

y vano esfuerzo! La masa había, cediendo a la impulsión, tomado la pendiente, y desde entonces datan los *pontones* en que sufre el tormento diario, las persecuciones y al fin ¡el destierro, la peregrinación y la muerte!

Sobre una tumba solitaria del panteón de Santiago de Chile, el curioso leerá un día esta inscripción:

Aquí Yace

El presbítero don Ignacio de Castro y Barros,
Doctor en teología, bachiller en jurisprudencia,
Rector y catedrático de la Universidad de Córdoba,
Diputado a la Asamblea de 1813,
Representante del pueblo en el ejército del Perú,
Diputado al Congreso de Tucumán y su presidente en 1817,
Canónigo magistral de la iglesia de Salta,
Diputado (nombrado) por Córdoba al Congreso de 1826,
Visitador eclesiástico en las provincias de Cuyo,
Provisor y vicario del obispo de Córdoba,
Cura propietario de San Juan de Cuyo,
y muerto en Chile en 1849
En largo y perpetuo destierro.

Capítulo 1

Muévense los cuerpos celestes en órbitas trazadas por el compás infalible de leyes que el espíritu humano ha sorprendido, explicado y reducido a fórmulas sorprendentes por su simplicidad y precisión; y la vida engastada entre aquellas masas de materia, como el molusco en su cubierta calcárea, está tan íntimamente relacionada con las leyes generales, que cambiada o suprimida una de ellas, no

sabríamos ya concebirla ni comprenderla. Verdes son los árboles, porque este rayo del espectro solar es el único que se adapta a la capacidad de nuestros ojos, y el aire que nos circunda, a tener un centésimo más de ázoe, viciaría la sangre que corre en nuestras venas. No se puede, pues, concebir un cuerpo, si no es en relación de aquel admirable conjunto que se llama Universo, y el hombre con sus instintos creadores y sus dedos de filigrana, sería un ente imposible o incompleto, si en las entrañas de la tierra no se encontrase en cantidades calculadas para proveer a todas las generaciones posibles, preparado el hierro que endurece sus manos, y el carbón de piedra que lo supone ya apto para servirse del fuego como de elemento de acción. Y esta ley de relación y de universalidad se extiende a las naciones en masa y a los individuos que la forman. El pensamiento humano, después de haberse desenvuelto en una organización privilegiada, se derrama por la superficie de los pueblos, posa sobre las cabezas más elevadas de una generación, como aquellas lenguas de fuego que revelaban la presencia y la comunicación del Espíritu, y después se propaga, extiende y agranda sobre todos los pueblos de una familia.

Sin estas consideraciones, la vida pública de los hombres que han descollado en un punto aislado de la tierra, terminaría en la tumba como había principiado en la cuna, y circunscribiéndose al espacio del tiempo y lugar que abrazó, apenas se alzaría por los caracteres individuales un poco más arriba de la línea que separa lo moral de lo físico. Mas, si la naturaleza de las acciones humanas es de perpetuarse en el recuerdo de los hombres, según la magnitud y extensión de los resultados que produjeron, suponen antecedentes y elementos que existían en el caudal de la tradición y de la historia que los hombres notables elaboran, desenvuelven, y extienden en mayor escala. ¿Cómo concebir la grandeza de Napoleón, sin la estrategia que habían perfeccionado Alejandro, César y

Federico; sin las matemáticas cuyos rudimentos dejaron trazados Euclides, y avanzaron Pascal y los matemáticos posteriores? ¿Qué habría hecho sin el cañón, cuyo poder de destrucción él empeoró; sin la revolución nobilísima, cuyo candor él supo explotar; sin aquellas miradas de genios, puestos en evidencia por la igualdad republicana, como Junot, Desaix, Kleber, Lannes, Murat, Ney y tantos otros?

¡Pobre doctor Castro Barros! ¿Qué sería de vuestro humilde nombre, sin aquella grande atmósfera de ideas que extendiéndose hasta los confines de Tucumán y las tostadas montañas de la Rioja, no os uniese, aunque más no fuera que con ligerísimas ataduras, a los grandes acontecimientos de que la familia cristiana ha sido actor y víctima en los tiempos de vuestra existencia? ¿En qué hogar se habría calentado vuestra palabra apasionada, si antes de aquel concilio de próceres argentinos que lanzaron la declaración de independencia a la boca de los cañones españoles, dejando turbado al que iba a aplicarles la fatal mecha, no hubiesen va formulado otros pueblos y otros próceres los derechos del hombre, las leyes que presiden al gobierno de las naciones, y revelado la aptitud de las colonias a ser ellas mismas estados, con la presunción de serlo muy poderosos, muy libres y muy felices?

Para volver a la vida aquella existencia terminada física y moralmente, tendré, pues, que ir llamando a su tiempo y lugar cada uno de los grandes principios que el doctor Castro Barros encontró a su pasaje; cada una de aquellas semillas que caída ya de árbol decrépito o fecundo, él sembró solícitamente y cultivó con toda la energía de la convicción, durante una larga vida. Sin esta rehabilitación del pensamiento universal, sin aquella cuenta llevada de los movimientos de la conciencia humana, el doctor Castro Barros es para mí el cadáver descarnado y miserable que vi el último día de su vida; una fracción de la nada orgánica que vuelve al seno de la nada universal; un vaso roto y carcomido, acumulado entre los restos

de otras existencias oscuras, como aquellos fragmentos que forman cerca de las murallas de Roma, al lado de la pirámide de Cayo Cestio, el antiguo monte Testacio.

La historia del mundo era después de muchos siglos exclusivamente europea. Por los sabios griegos, el Egipto revelaba sus misterios y su cultura; Maratón y Alejandro unen la Persia y el Asia al núcleo europeo; la africana Cartago sucumbe bajo el hacha romana, y el imperio de los Césares, llegando a las puertas mismas de los países en que hierven enjambres de bárbaros, atrae hacia la Europa las tribus de los escitas, al mismo tiempo que las de los teutones y escandinavos se corren al mediodía a incorporarse en el movimiento europeo. Cruzadas, papado, conquistas, descubrimientos marítimos, colonias, todos los sucesos que señalan la historia de la edad media parten de Europa, se refieren a ella, fluyendo de aquella fuente, para volver a ella misma. La marcha del pensamiento humano es también europea en todas sus manifestaciones elevadas. Allí se desenvuelve el cristianismo y se organiza en poder moral y atemperador; allí se levantan Lutero y los que contra sus últimas formas protestan; allí se desenvuelven las ciencias; allí la monarquía, el feudalismo, la nobleza, dan todos sus frutos; allí se alza, en fin, la filosofía más osada, la lógica que se vuelve poder, que se convierte en compás y en escuadra, para alinear y regularizar todas las instituciones humanas, después de haberlas hallado abominablemente absurdas e irregulares.

Hay un momento, empero, en que aquella unidad y centralización de la historia, se rompe por la aparición de una serie de fenómenos que una vez producidos, no vuelven a entrar más en el receptáculo habitual de la historia, formando una categoría aparte.

Una de tantas guerras como la Europa había sostenido en todos los mares y en todas las regiones, dio origen a esta manifestación de un mundo de cosas que no iba a ser ya más

europeo. Unas colonias lejanas se habían negado a admitir un derecho sobre el té, impuesto por la metrópoli. La Inglaterra armó escuadras para ir a someter aquellos colonos rebeldes, la Francia y la España prestaron su auxilio a los colonos, por celos y enemistad con la Inglaterra, y los colonos, después de una larga y gloriosa lucha, conquistaron la independencia en que no habían pensado de una manera formal, brotando de aquel insignificante hecho, la más fecunda y permanente variación en la organización de las sociedades humanas.

La ciencia y la filosofía europeas habían llegado por este mismo tiempo a introducir en los ánimos una grande perturbación, que en Francia se convertía en un nuevo criterio y en conciencia de lo justo y de lo injusto. Allí donde había reyes disipados, crapulosos, y corrompidos por todos los vicios que pueden deshonrar al hombre, los sabios fundaban la moral, estableciéndola en principios que partían de la naturaleza humana y volvían a ella para hacer la felicidad de los hombres en la tierra; allí donde la voluntad del rey se había consagrado en este axioma: *la nación soy yo*, se había escrito el *Contrato social* que enseñaba que el rey era menos que nada, un mal y una perversión, y el *Espíritu de las Leyes* que distinguía poderes elementales que obraban bajo leyes independientes del rey, y entrando cada uno a ejercer su acción en la vida de la nación, como los diversos elementos del aire que acababa de analizar la ciencia, entraba cada uno en la economía animal; allí en fin, donde el sacerdocio era la primera jerarquía social, y sobre el terreno en que habían sido exterminados los hugonotes para conservar la unidad católica, se levantaba un monstruo nuevo en la familia de las herejías, porque no tenía nombre ni cabeza; mas disolvente de aquella apetecida unidad que el protestantismo mismo, porque era a más de la negación de toda tradición, la lógica aplicada a la creencia, la discusión de los hechos y de las doctrinas recibidas a la luz de la razón pura, auxiliada de las ciencias naturales, de la historia, de las

matemáticas, de la comparación de los sistemas, y no pocas veces del error. A la sombra de aquella nobleza culta, artística, y heredera de la historia desde muchos siglos atrás, se enseñoreaban como los nobles de la época, los sabios y los filósofos reclutados entre las clases nulas de la sociedad, pero gobernando por la palabra y por los libros, a pueblos, nobles y reyes, cuyas ideas cambiaban insensiblemente; y la palabra *igualdad*, como protesta de las clases desposeídas, se elevaba a doctrina, para convertirse más tarde en principio, como consecuencia y corolario de la abolición de la *esclavatura* antigua.

Para todas estas reprobaciones de cada parte del edificio de la sociedad, había en teoría y en conciencia un *desideratum* que sostituirle; y cuando los espíritus inquietos andaban rondando en torno de aquella Bastilla de absurdos, de vicios, de usurpaciones y de injusticias que se llamaban el gobierno o la monarquía, he aquí que llegan centenares de guerreros que volvían de un país lejano, donde quedaban en práctica no interrumpida aquellos principios mismos de justicia y de igualdad que la teoría había revelado en Europa. ¡Cuánta novedad en aquel ideal realizado en los Estados Unidos, y al que habían prestado su cooperación Lafayette y los demás nobles franceses!

Era aquella una tierra inmensa cubierta en sus costas atlánticas de ciudades risueñas, no como aquellos hacinamientos de casas en que las enfermedades, la miseria y el desamparo de los pobres, levantan un vapor fétido que ennegrece los artesonados de los palacios de los ricos, sino jardines con anchas veredas trazadas a cordel, pobladas de árboles y alineadas de casas, aseadas todas y respirando alegría, felicidad y abundancia. A lo interior del país dilatábanse regiones aún no exploradas, cubiertas de selvas umbrías, cuyo silencio turbaban solo los mugidos de los rebaños de búfalos, o el fragor de cascadas en que se despeñan

ríos navegables, y por sus masas colosales comparables solo con el canal de la Mancha o el estrecho de Gibraltar. En medio de aquella naturaleza grandiosa y solemne, habían visto unos labradores que agredidos en un derecho suyo, habían abandonado el arado, y reunidos en ejércitos de voluntarios, vencido las escuadras y los ejércitos de la Inglaterra, para volver a su trabajo ordinario en seguida, sin dejar jerarquías militares, ni esos héroes que son la gloria y el azote de la especie humana. Mandábalos Washington, guerrero dulce y manso, que ganaba batallas a su pesar y en cuanto era indispensable para hacer prevalecer el derecho. Concluida la guerra había legislado con otros muchos sabios, lo bastante para que cada estado se considerase miembro de una nación, sin quitarle a la familia y al individuo aquella libertad primitiva que solo parece conciliable con la vida de los bosques. Norteamérica, la colonia oscura, olvidada en un rincón del mundo hasta entonces, tenía sabios también como la Europa, pero sabios que practicaban un oficio para vivir, y no habían frecuentado las aulas de Oxford ni Cambridge. Franklin había formulado una moral casera, práctica, aplicable y útil, en el *Buen hombre Ricardo*, y traído aquí, a la tierra, al dominio del hombre, encadenado, sometido, humillado, el rayo de que se armaban los dioses para terror de los hombres. Aquellos héroes de otra naturaleza que los antiguos, aquellos pueblos agricultores que se armaban un día para hacer la caza a los tiranos, como los pastores suelen armarse para perseguir a los lobos, estos sabios sin títulos, sin tecnicismo y sin cátedras, habían sin embargo comprendido toda la elevación teórica de lo que practicaban sin apercibirse. La Declaración de Independencia de los Estados Unidos era no solo un acto de emancipación, sino un credo de las leyes que rigen a las sociedades humanas, de lo que el hombre no debe, no puede sacrificar a ninguna forma de gobierno, porque abdicaría en ello su herencia de ser pensante, inteligente y libre. Desde la

creación del mundo hasta nuestros días, sociedad alguna se había reunido para declarar en presencia de Dios y a la faz de las naciones todas de la tierra, como lo hicieron los Estados Unidos en 1776 para declarar cuáles eran los principios orgánicos de las sociedades humanas, cuáles los *derechos del hombre*; y en adelante cuando una nación se encuentre en el pleno goce de sus facultades, cuando por los esfuerzos humanos y la acción de las ideas pasadas ya en axioma a la conciencia pública, caiga una armazón de gobierno, los representantes de las naciones, como en otro tiempo los inspirados de Dios, harán su decálogo de los derechos del hombre.

Esta novela utópica que no alcanzo ni a diseñar siquiera, contada por las mil bocas de la fama, detallada por la historia contemporánea, exagerada por los odios nacionales que se complacían en Europa de ver humillada y apocada a la Inglaterra, referida menudamente por los compañeros de Lafayette, que menos se gloriaban de sus hazañas militares que de haber visto a Washington fundado una república, y presenciado atónitos la proclamación de los nuevos principios; aquella simplicidad alegre y reposada del plantador; aquella humildad altiva que Franklin había ostentado en la corte más fastuosa de Europa, paseando sus zapatos herrados sobre el terciopelo de los tapices reales, llevando su vestido de paño burdo con mayor desenvoltura que los nobles sus cuajados de bordados; aquella ciencia nacida en la república fabulosa, que quitaba al rayo su carácter divino, penetrando la noticia de aquellos descubrimientos hasta la morada del labrador, porque él teme el rayo que ve bajo la bóveda turbia del cielo relampagueando sobre su cabeza; aquellos bosques, en fin, aquellos lagos y aquellos ríos colosales, y todo puesto al alcance de todos, por leyes benignas, que abren las puertas de la nación a todos los que quieran formar parte de ella, sin distinción de idioma, religión, origen, ni clases sociales; todos

estos bienes nuevos en la tierra, y anunciados de golpe y como si de repente se levantara un telón que dejase ver una sociedad nueva, tal como la lógica y la ciencia no habían alcanzado a concebirla, fueron a dar a las teorías de la filosofía francesa, el carácter de una verdad incuestionable, práctica, imperecedera. El espíritu había obrado allí para establecer las verdades fundamentales, como Le Verrier para descubrir un nuevo planeta en el cielo, por el cálculo, por la apreciación de las fuerzas, de las gravedades y de las atracciones, y los Estados Unidos hacían como el astrónomo prusiano que mostraba en efecto la existencia del planeta buscado.

De aquí proviene a mi juicio que el nombre de Lafayette se encuentra al frente de todos los movimientos de libertad de la Francia, como si fuese necesario que el recuerdo del hecho conquistado en América, se incorporase en un hombre que fuese francés y norteamericano a un tiempo, con los resultados de la filosofía francesa, para que en adelante marchen juntos estos dos elementos regeneradores, revolucionarios, destructores de todo lo que, socialmente hablando, no está fundado en los principios inmutables de la justicia. Estos dos cabos de la historia moderna, la independencia norteamericana y la filosofía, el hecho y la teoría, después de haberse secundado el uno al otro, quedarán unidos en la conciencia de los hombres; y en adelante, los pueblos que sientan nacer en su seno la aspiración a una condición mejor, el anhelo por la libertad, no sabrán ya a cuál de aquellas dos impulsiones obedecen, siguiendo en esto las leyes universales de la conciencia y de la inteligencia humana, que hacen que los pueblos más avanzados trasmitan a los retardatorios los principios ya conquistados, acaso para la realización de alguna forma futura de la economía de la especie humana, que descendiendo el movimiento desde las razas y los pueblos más adelantados, llegue hasta los extremos de la tierra, mejore o cambie los pueblos, y haga por la ciencia, la industria, el

vestido, la moral y el gobierno, una sola y única familia de las fracciones de humanidad que hoy están aisladas, salvajes, pobres, ignorantes, despotizadas. ¡Qué sublime sería el Dios que entonces paseando sus miradas sobre el haz de la tierra, dijese: yo concebí esto en el seno de la eternidad!

Movimientos parecidos al que hoy presenciamos, nos ofrece la historia aun en sus tiempos más oscuros. En la escasa porción de pueblos antiguos que habían avanzado en la civilización, descúbrense indicaciones de esta propagación del bien conquistado en unas partes, sobre otras que parecen desligadas y extrañas. En Atenas hay contra Pisístrato una revolución que establecía la república, y ocho años después Roma expulsa a los Tarquines y proclama la república, si bien mediaban entre ambos pueblos un mar y diferencias nacionales. Así entre 1778 y 1789, hay tanta analogía que pudiera decirse que la atmósfera del mundo se va a cambiar, vaticinando incorporaciones sucesivas en el movimiento dado. En 1808 la España se conmueve, en 1810 toda la América española, en 1830 la Francia y la Polonia se ponen de nuevo en movimiento, en 1848 vuelve a levantarse aquella de la postrimera de sus caídas; y entonces se le siguen la Italia, la Alemania, y veinte pueblos oscuros de las orillas del Danubio, penetrando en el serrallo de la Turquía y en el claustro del Vaticano los principios proclamados por los protestantes de Norteamérica o los filósofos franceses.

Ni esta idea de la irradiación fatal de los principios conquistados por unos pueblos sobre los otros, es nueva, que hombres profundos la sintieron y expresaron, aun en la época misma en que los sucesos que hemos compendiado empezaban a desarrollarse. En 1783, cinco años antes de la revolución francesa, cuando todo el mundo dormía en una aparente calma, el conde de Aranda, ministro de Carlos III entonces, susurraba al oído de su soberano estas proféticas palabras: «Las colonias americanas han quedado independientes; *este es mi dolor y mi*

recelo. La Francia, como que nada tiene que perder en América, no se ha detenido en sus proyectos de que la España, su íntima aliada y poderosa en el nuevo mundo, quede expuesta a golpes terribles. Desde el principio se ha equivocado en sus cálculos favoreciendo y auxiliando esta independencia, según manifesté algunas veces a aquellos ministros… Esta república federativa ha nacido, digámoslo así, pingüe porque la han formado y dado el ser dos potencias poderosas como la España y la Francia, auxiliándola con sus fuerzas para hacerla independiente; *mañana será un gigante*, conforme vaya consolidando su *constitución*, y después un coloso irresistible en aquellas regiones. La *libertad de religión*, la facilidad de establecer las gentes en terrenos inmensos, y *las ventajas que ofrece aquel nuevo gobierno*, llamará a labradores y artesanos de todas las naciones, porque el hombre va donde piensa mejorar de fortuna, y dentro de pocos años veremos con el *mayor sentimiento levantado* el coloso que he indicado. Engrandecida dicha potencia angloamericana, debemos creer que sus primeras miras se dirijan a la posesión entera de la Florida, para dominar el Seno Mexicano. Dado este paso, aspirará a la conquista de México, etc.»

Pocos años bastaron, en efecto, para que como lo había previsto el sagaz consejero, se volviese un coloso la colonia independiente, merced a las ventajas que ofrecía aquel nuevo gobierno y la libertad de religión. Poco tardó en adquirir la Florida, y nosotros hemos visto descomponerse el *poderoso imperio de México* para adherirse por partículas a aquel foco de atracción. Si algo más debe citarse en honor de la penetración de Aranda, es que al aconsejar al rey que dividiese sus posesiones de América en tres reinos, a fin de precaverse contra la influencia norteamericana, le señalaba Cuba y Puerto Rico como las únicas colonias que debía reservarse, siendo Cuba y Puerto Rico, las únicas, en efecto, que le quedaron a la corona de España en América. «Estos, señor —añadía—, no son

temores vanos, sino un pronóstico verdadero de lo que ha de suceder *indefectiblemente* dentro de algunos años, *si antes no hay un trastorno mayor en las Américas*. Este modo de pensar está fundado en lo que ha sucedido en todos tiempos con las naciones que empiezan a engrandecerse» [49].

Preocupado Aranda de los medios materiales de obrar las naciones nuevas, no deja, como se ve, de apercibirse, aunque confusamente, de la posibilidad de la revolución de la independencia de las Américas, que causará trastornos mayores.

Pero este último fue el primero en presentarse entre la familia de *males* que iba a producir la independencia norteamericana.

Ya en 1805 en el corazón de la América del Sur, en la mediterránea Chuquisaca, existía una sociedad de estudiantes, entre los que descollaban el doctor Moreno, el doctor Agrelo, el presbítero Medina, que fueron después cabezas del movimiento revolucionario; Medina en la Paz, Moreno y Agrelo en Buenos Aires. En aquella reunión, estas almas vigorosas comentaban con crispaciones de indignación la fórmula de las cédulas reales, que principiaban: *no obstante lo que prescriben las leyes en el particular, mandamos, ¡porque tal es nuestra voluntad!* «He ahí —decía el clérigo Medina, el más exaltado de todos—, he ahí el déspota insolente que hace alarde de su arbitrariedad; no dice porque así es justo, porque así es necesario, ni siquiera porque así lo creo y me parece conveniente; lo que dice es, mando lo contrario a las leyes, porque así lo quiero, porque así se me antoja, *porque tal es mi voluntad*; pero la hora de la reforma está por sonar y la revolución se acerca; *audituri enim estis praelia et opiniones praeliorum. Videte ne turbemini. Oportet enim haec fieri, sed nondum est finis. (S. Math.)* Oiréis guerras y rumores de guerras, pero no os turbéis; pues todas estas cosas han de suceder, mas el fin no ha llegado aún» [50].

¿Cómo se había formado esta conciencia del ultraje hecho a la razón en aquella fórmula consagrada por la práctica entre los pueblos españoles, aceptada como parte del testo de la ley misma? Es que *porque tal es nuestra voluntad* era traducción de aquella otra de la monarquía de Francia; *car tel est mon bon plaisir*, y sobre el principio en que estribaba habían escrito Montesquieu, Filangieri y Rousseau, y las obras de estos autores, como las de d'Aguesseau, Locke, Bacon y Jovellanos, andaban ya en manos del doctor Moreno en Chuquisaca en 1805, esto es, el código del pensamiento humano, los lógicos más profundos de que la razón moderna puede vanagloriarse.

En 1807, la Inglaterra intenta apoderarse de Buenos Aires, dejando solo en su frustrada tentativa la gloria de las armas que la población en masa de aquella ciudad saboreó por la primera vez, encontrándola deleitosa. En esta parte de la América quedaba, como en los Estados Unidos, la Inglaterra y las armas de un rey poderoso vencidas. ¿Sería más feliz la España si el caso llegase, que no lo había sido la Inglaterra en dos ocasiones? La revolución está ya a la mano, la siente uno venir, extrañando que no aparezca todavía.

En 1808, la España en ausencia y cautividad del rey que encabezaba sus pragmáticas por la frase: *tal es mi voluntad*, se había puesto en pie y reunídose en juntas gubernativas. «Las palabras eléctricas de *igualdad, libertad, filantropía* —dice el conde de Martignac, hablando de la España—, lo mucho que se había hecho bajo su invocación, los laureles que la Francia había adquirido a la sombra de su nuevo estandarte, todo lo que la fama publicaba de un modo tan claro que a nadie era dado impedir que se la oyese, había lenta e incompletamente atravesado los Pirineos, animado la antigua apatía, excitado la curiosidad y el interés, y hecho nacer en los espíritus algunas ideas nuevas» [51].

Estas ideas nuevas se traducían en lenguaje desusado en los actos gubernativos de la metrópoli para con sus colonias.

En las proclamas dirigidas a las colonias por la regencia de la isla de León, formada de los restos de la Junta Central de Sevilla, se decía: «Desde este momento, americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres, no sois ya los mismo que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro, mientras más distantes estáis del centro del poder, mirados con indiferencia, vejados por la codicia, y destruidos por la ignorancia; vuestros destinos ya no dependen de los ministros, ni de los virreyes, ni de los gobernadores, están en vuestras manos. El diputado que enviéis, es el hombre que ha de exponer y remediar todos los abusos, todas las extorsiones, todos los males que han causado en estos países la arbitrariedad y nulidad de los mandatarios del gobierno antiguo».

La revolución estaba, pues, en las ideas en España y en América, y en la Península era poder, era gobierno. En 1809 aquel clérigo Medina que veía acercarse la revolución desde 1805 desde Chuquisaca, organiza en la Paz una junta gubernativa como las de España, y sucumbe más tarde con otros patriotas, fusilado por Cisneros. En el mismo año los españoles en Buenos Aires, intentaron derrocar el gobierno de Liniers por una asonada que fue sofocada por los patricios, la guardia nacional de Buenos Aires. Esta vez también los americanos vencían a los europeos; los españoles eran tan impotentes por lo visto como los ingleses. Y sin embargo, aquellos españoles querían una junta gubernativa como la de España, porque todos están llenos de espíritu nuevo; la junta central en Cádiz, y los españoles en América, todos conspiran. El mal éxito de aquella tentativa trajo, sin embargo, una modificación profunda en la condición social de los americanos. Los españoles de la Península, habiendo querido rebelarse contra la autoridad, concluyen por ser sospechosos, entrando los americanos en su lugar a ejercer el poder. Ese año la municipalidad por convenio fue elegida mitad de españoles,

mitad de porteños. Tiene, pues, el poder en las manos, en 1810 el ayuntamiento. Así formado, pedía al virrey Cisneros, a quien el *pueblo* no quería recibir por haber castigado con el último suplicio a los miembros de la junta gubernativa de Charcas y la Paz, que S. E., para evitar los desastres de una convulsión popular, «diese permiso franco para convocar por medio de esquelas lo principal de este vecindario, y que un congreso público exprese la *voluntad del pueblo*».

En la reunión del congreso de 22 de mayo, se escapó de los bancos de la asamblea una de aquellas palabras que deciden de una jornada, de una época, a la manera que a veces el tiro disparado al acaso de un fusil, suele comprometer el combate y hacer imposible toda negociación. *¡Es tarde ya!*, pronunciado no se sabe por quién en 1848, decidió de la monarquía de julio. En 1810 en Buenos Aires alguien dijo en los bancos de la asamblea: *la España ha caducado*, y esta frase echada a la ventura, iluminó súbitamente todos los espíritus, mostrando la nulidad de lo que se estaba haciendo, y el programa de lo que quedaba por hacer. El ayuntamiento había caducado; no tratándose ya de aceptar la libertad, sino de hacerla reconocer pura y simplemente. El 24 quedó dispuesto que se haría una *representación* al ayuntamiento que expusiese con firmeza y legalidad cuanto exigía el interés común y demandaba la *voluntad del pueblo*. Una reunión de americanos se tenía en la casa de habitación de D. Nicolás Rodríguez Peña, el más decidido republicano de la época. Una jabonería suya en los alrededores de la ciudad, servía a los clubs que preparaban la víspera los acontecimientos del día siguiente. El 25 de mayo la *guardia nacional* aparece formada en las calles. Un trozo de personas armadas de pistolas y de estoques, había ocupado la Vereda Ancha apoyándose en una posada. Desde allí marcharon al Hotel de Ville a donde estaba reunida la municipalidad, pidiendo que sancionase la petición del pueblo. El virrey había renunciado por la noche, los españoles estaban intimidados. El

acta de aquella sesión dice: «que habiendo salido el ayuntamiento al balcón (como el pueblo lo pedía) y oído que el pueblo ratificó por aclamación el contexto del pedimento o *representación*, después de leído por el secretario en altas e inteligibles voces, acordaba que debía mandar y mandaba, se erigiera una nueva junta de gobierno, compuesta de los señores expresados en la representación, y en los mismos términos que de ella aparecían, mientras podía formarse la junta general o el congreso del virreinato».

Hoy está todo el mundo familiarizado con este lenguaje, y esta escena es muy normal en las revoluciones, para que necesite decir que la colonia había desaparecido, adoptando el gobierno emanado de su propia voluntad y para su propio bien. La luz de las nuevas ideas había derramado sus primeros rayos sobre Buenos Aires, siguiendo el curso mismo del astro del día que asoma su disco en los horizontes lejanos del occidente, después de haber creado el día en los países más orientales, siendo tan sensible para todos esta semejanza que las Provincias Unidas adoptaron por divisa el sol que asoma en el horizonte sin haber del todo disipado las sombras de la noche; y tanta prisa se daban para generalizar las nuevas ideas, para disipar aquella noche, que el 12 de junio, treinta días apenas después de haber proclamado el gobierno propio, se erigía la biblioteca nacional, con cuyo motivo se decía en la alocución pronunciada: «la junta se ve reducida a la triste necesidad de crearlo todo, y aunque las graves atenciones que la agobian no dejan todo el tiempo que desea consagrar a tan importante objeto, llamará en su socorro a los hombres sabios y patriotas que reglando *un nuevo establecimiento de estudios adecuados a nuestras circunstancias*, formen el plantel que produzca un día los hombres que sean el honor y la gloria de su patria».

Mientras que una nueva generación se educaba, era sin embargo preciso echar mano de los hombres que tan incompletamente había podido preparar la educación española,

tan lamentablemente atrasada en la Península y en la América. Buscábanse o se presentaban de suyo todos los que sentían palpitar su corazón por alguna de las múltiples atracciones que la revolución ejercía. Los jóvenes bullían por lanzarse a los combates, los ambiciosos veían un mundo abierto ante sus ojos, quien se dejaba arrastrar por el odio innato a la dominación extranjera, odio que ahora recaía sobre los españoles mismos, que en España habían a su vez iniciado la reforma de su gobierno absoluto, bajo la inspiración de este mismo sentimiento.

Sea de ello lo que fuere, una vez conquistado directa o indirectamente el hecho del gobierno por *sí mismo*, todas las grandes pasiones, como las preocupaciones nacionales mismas, el brazo y la sangre hirviente de los unos, como la inteligencia y las luces adquiridas de los otros, todo entraba en movimiento para realizar aquel programa de los principios conquistados ya en Europa, ya en Estados Unidos, claro y determinado para los unos, exagerado aun para los otros, limitado a ciertas faces tangibles para muchos, y a una aspiración indefinida de elevación, de movimiento y de dignidad para el resto. ¡Cuán instructivo es el candoroso lenguaje de las actas de aquellos tiempos de fe ciega en el porvenir, y cómo sonríe al espíritu contemplativo encontrar aquí y allí, en los discursos de los que dirigían el movimiento, incrustados fragmentos de principios, ideas y teorías que la ciencia social había puesto entonces a la altura de dogmas políticos. «Aunque es cierto —decía en su preámbulo el reglamento de la Junta Conservadora en 1811—, aunque es cierto que la nación había trasmitido en los reyes ese poder, pero siempre fue con la calidad de reversible». ¿Quién no reconoce en esta frase la doctrina del *contrato social*, desenvuelta y hecha práctica por Tomas Paine? Estas doctrinas, pues, que habían obrado tan profunda revolución en el mundo antiguo, venían en el nuevo a fundar la conciencia del derecho en pueblos novicios en el uso de los actos que de

aquellos derechos emanan. Debieron, pues, evocarse todas las inteligencias conocidas, todas las reputaciones formadas en el foro y aun en la cátedra sagrada, por ser esta la más alta expresión del pensamiento en la organización teocrática de los pueblos españoles. La revolución pedía obreros, y los artífices idóneos, los maestros de la palabra se hallaban entre los doctores en jurisprudencia y en teología, y doctores y teólogos figuran desde los primeros días de la revolución. Entonces todos los que ya habían brillado por el uso de la palabra, los que por su profesión habían arengado al público o a los jueces, debían sentirse fuertes, inspirados y competentes para la nueva cuanto gloriosa tarea; y si un examen rendido en la universidad al recibir las borlas doctorales, traía ya señalado a alguno en la opinión pública como persona dotada de ciencia y talento, si en la cátedra del evangelio había resonado poderosa y animada su voz sonora y penetrante, conmoviendo los espíritus por la viveza de las imágenes, avasallando la mente por la vasta erudición ostentada, entonces, decíamos, este hombre, este fraile o este clérigo estaba llamado a hacer un papel importante en asambleas y congresos; como que allí se necesita inteligencia, saber, estudio, para que las poblaciones descansen en la obra que hacen los sabios; para que se someta a la voluntad individual, a la revolución de los entendidos. Así aparece el nombre del doctor don Ignacio de Castro Barros, en las primeras asambleas de las Provincias Unidas del Río de la Plata. ¿Quién era ese hombre que no era nuevo entonces, puesto que como hemos dicho antes, la revolución tomaba las reputaciones formadas de antemano para encargarlas de la propagación y dirección del movimiento? He aquí los datos que hemos podido reunir de fuentes auténticas.

En la provincia de la Rioja, departamento de Arauco, en el lugarejo llamado Pinchos, árido valle formado por las ramificaciones orientales de los Andes, en un oasis de viñedos y árboles frutales, cuya vegetación arranca a aquella naturaleza

agreste el cultivo del hombre, vivía conservando las tradiciones nacionales por hábitos de simplicidad y prácticas religiosas, un matrimonio al cual la providencia no había acordado los goces y los consuelos de la paternidad. Sesenta años contaba, empero, doña Francisca Barros, de noble estirpe, aunque de modesta fortuna, cuando tuvo un hijo en 31 de julio de 1777. Esta fecundidad extemporánea, según las leyes ordinarias, pero explicable en una organización que resistió ciento cuatro años, que fueron los de la vida de aquella mujer, hizo, sin embargo, mirar al niño obtenido como un don especial del cielo, acordado a las plegarias de la devoción ferviente de la esposa; y desde entonces hubieron de seguirse con el ahínco entusiástico de la madre y de la devota, sus vacilantes pasos, escucharse con recogimiento sus palabras, anticiparse a sus inclinaciones, como que desde la cuna estaba consagrado al servicio de Dios; práctica y tradición constante y popular de nuestros mayores, y que durante siglos hizo de la iglesia el mar a donde venían a sepultarse los últimos ramos de las familias extintas, llevando no pocas veces caudales que nadie tenía derecho a reclamar.

El hijo de la vejez mostrose desde bien temprano, retoño vigoroso de cuerpo y espíritu; una inteligencia clara, imaginación ardiente, costumbres moderadas, noble pasión por el estudio, que es a veces el instinto de las almas privilegiadas; he aquí las dotes que descubre en casa de uno de sus deudos, encargado de iniciarlo en los rudimentos del saber, y que desenvolvió en edad más avanzada en la universidad de Córdoba, donde se doctoró recibiendo la unción sacerdotal. El doctor Castro Barros había, pues, llamado la atención de la docta Córdoba, por las muestras de inteligencia dadas en el umbral de la vida pública. ¿De qué pasto se había nutrido aquella inteligencia? Esto lo veremos más tarde, a medida que marche en el agitado torbellino en que habrá de lanzarse. Hay ciertos gritos de la conciencia, sin embargo, que por lo mismo

que salen del fondo del alma, sin relación a la persona y en vía de hechos reconocidos, no deben desoírse por temor de extraviarse voluntariamente. El doctor don Ignacio de Castro Barros, en la edad madura presidente del Congreso de Tucumán, firmando él solo el 25 de octubre de 1816, *el manifiesto dirigido a todas las naciones por el Congreso General, representando las Provincias Unidas del Río de la Plata*, el doctor Castro Barros decía como uno de los cargos contra la España: «La enseñanza de las ciencias liberales estaba prohibida; no se nos permitía estudiar sino la gramática latina, la filosofía *de las escuelas*, y la jurisprudencia civil y eclesiástica. Era estrictamente prohibido enviar nuestra juventud a París a estudiar la química, cuyo conocimiento habría podido introducir entre nosotros a su vuelta. Una escuela de náutica establecida en Buenos Aires, con permiso del virrey, ha sido suprimida por real mandato».

He aquí, pues condenada y estigmatizada su propia educación, en uno de aquellos momentos solemnes de la vida en que atraviesan por el espíritu humano ráfagas luminosas que alumbran hasta las concavidades internas de la existencia de los hombres y de los pueblos. El doctor en aquella jurisprudencia civil y eclesiástica, sabe que no sabe nada; su filosofía de sacerdote católico y español, porque esto último es otra cosa, es la filosofía *de las escuelas*, filosofía vacía de ciencia y de verdad; la filosofía, hija de la libre especulación del espíritu, la filosofía tal como la indicó Bacon, teniendo por base los hechos, la experimentación, aquella *química* que solo se podía aprender en París, no la conoce él, no la conocerá nunca, porque un hombre maduro no renuncia fácilmente a su propia esencia, al ser moral que da la educación, tan inherente al espíritu, como las formas al cuerpo. Si aquella filosofía se presenta en el curso de su vida, con sus errores, como que es la hija primogénita de la mente humana; con su espíritu de indagación, como que esta es la madre que le dio el ser, el

crisol que ha de depurarla; si niega lo que él cree, o cree de otro modo, no es extraño que el doctor Castro Barros la desconozca entonces, ¡la insulte y persiga! Esta es al menos la ley universal.

Don Pedro Ignacio de Castro habiendo atesorado la ciencia civil y teológica de aquellos tiempos, con los grados de doctor en teología y bachiller en jurisprudencia, recibió las órdenes sacerdotales en 1800, y cuatro años después, rico de luces, ardiente y apasionado de carácter, volvió a su patria, la Rioja, en donde aprovechando el local dejado vacío por la expulsada orden de los jesuitas, fundó un colegio en el cual daba lecciones de gramática latina y de aquella filosofía de las escuelas de entonces, que declaró después una maldición de la España, a una docena de alumnos que escuchaban sus lecciones. Su anciana madre vivía desde su alumbramiento afligida por una enfermedad que la retuvo en el lecho durante 30 años, hasta su muerte sobrevenida poco después, y el joven doctor cuidó de su subsistencia extendiendo su solicitud hasta las familias de sus deudos menesterosos. A esta piedad ejemplar, acompañada de una santidad de costumbres que no se desmintió nunca, nada tendríamos que añadir, si algo del régimen disciplinario de su colegio no nos descubriese más que un rasgo de su carácter, uno de los vicios fundamentales de la antigua educación paterna, y que más tarde, levantándose la naturaleza española contra la revolución, lo han elevado a sistema de gobierno. Todos recuerdan en efecto, y aún quedan sensibles rasgos en algunas familias, de aquella tiranía adusta del viejo padre para con los hijos; de aquel sistema de castigos cruentos usado en las escuelas, a donde el látigo pasaba del hogar doméstico a la clase, amenazando caer indistintamente sobre las faltas de moralidad, las travesuras de la niñez o las infidelidades de la memoria, o las distracciones del espíritu para retener lecciones estériles de atractivo, vacías por lo general de instrucción real. El doctor Castro Barros fue el

terror de sus alumnos, y una vez encendida su saña, no conocía límites aquella terrible cólera, suscitada acaso por un exquisito sentimiento del bien, o por exagerada idea de su autoridad. Créese generalmente que un sobrino suyo, Mendoza, quedó desde entonces imbécil, en fuerza de los golpes dados por su tío y maestro el doctor Castro Barros. Anécdotas tristes de esa violencia conserva la tradición de las familias de la Rioja, y nosotros hemos conocido en San Juan un presbítero Torres, manso como un cordero, que fue sin embargo, el terror de la escuela del rey en sus años juveniles; prueba evidente de que esta violencia pertenecía menos al carácter individual que a un sistema de ideas, que desconociendo todo derecho al error, a la debilidad y a la falta misma, no niega límites a la autoridad tutelar del padre o del maestro. ¿Qué son, en efecto, aquellos gobiernos de terror o de tutela que se han alzado después en la República Argentina, sino la recrudescencia de nuestras antiguas costumbres, y el hábito tradicional de autoridad inmoderada?

En 1808, Castro Barros abandona su colegio, vuelve a Córdoba, enseña filosofía en la Universidad, y vuelve segunda vez a la Rioja, revestido del carácter de cura párroco de la ciudad. Aquí hay oscuridades que no nos es dado aclarar; construye una nueva iglesia en tres años, y el día en que hace su solemne consagración, recibe de Córdoba la orden del obispo de la diócesis que lo depone de sus funciones de cura, devolviendo el curato a su propietario, que era el párroco a quien él había sucedido. ¿Había habido injusticia en esta primera destitución? ¿Se le deponía a él, a virtud de reclamos de sus feligreses, por celo inmoderado en el servicio de Dios, por su conato de hacer desaparecer los escándalos del concubinato, para lo cual no pocas veces hizo cesión de los derechos matrimoniales? Lo que hay de averiguado es, que desde sus primeros pasos en la carrera del sacerdocio, ejerció sobre las poblaciones aquella tirantez que raya en tiranía y que

va hasta intentar modificar las costumbres sociales, penetrar en el hogar doméstico y crear el escándalo por el conato irreflexivo de suprimirlo. Por entonces negó el cura Castro la comunión a la esposa de un señor Andueza, oriundo de Chile, arrojándola del templo violenta y públicamente, por haberse presentado en aquel santuario con *camisón* o vestido largo, y peinado a la *inocente*, que consistía en un extravagante fleco de risos cortados a la altura de las cejas, como se ve aún en los retratos de la época. Decía el doctor Castro, que aquel camisón era herético, porque con él se había revestido a la reina de Francia para guillotinarla. Lo más prudente es creer que el sacerdote *español* defendía y sostenía la práctica de la *mantilla* española, traducida en América con los nombres de *saya*, mantón, vestido de iglesia, etc. Este es uno de los asuntos favoritos del celo de no pocos eclesiásticos, y en mi infancia he presenciado en mi país la perturbación de la paz doméstica, obrada por el cura Uribe en la parroquia de la Concepción de San Juan, el cual llevaba su intolerancia hasta colocarse a la puerta de la iglesia, y negar desapiadadamente la entrada a las mujeres que no venían vestidas de negro, en una época en que los tejidos de algodón negros no eran tan comunes como hoy, y en un curato compuesto de millares de pobres. La tenacidad indiscreta del párroco llegaba hasta negar sus auxilios a los que le desobedecían en este punto capitalísimo, y la exasperación del pueblo, hasta hacer necesario separar al párroco, por cuyos días había que temer. En el año pasado una dama francesa que acababa de desembarcar, después de un largo y penoso viaje se dirigía a la Matriz de Valparaíso a dar gracias a Dios por haber salvado de los peligros del mar, con toda la efusión de una alma cristiana; no bien hubo entrado en la iglesia, alguien se le acercó y en voz alta y con gestos y signos de disgusto, le decía cosas que ella no entendía por no conocer el castellano, pero que la alarmaban y llenaban de confusión, viéndose el blanco de las miradas de todos. Alguno

de los concurrentes que entendía francés le explicó entonces que no era permitido a las señoras entrar con sombrero a la iglesia; y la pobre dama, creyendo que por equivocación le habían indicado un templo de otra creencia que la suya, salió apresurada diciendo a su intérprete: «perdone usted señor, yo soy católica, y no conozco los ritos de esta secta». Entendiendo quizá que aquí está prescrito dejar el sombrero a la puerta de las iglesias, como en los países mahometanos, las babuchas a la entrada de mezquitas.

He oído predicar a Castro Barros sobre el mismo asunto, y prodigar los epítetos de su cólera contra las mujeres profanas que llevaban el escándalo de las modas al santuario de Dios. Cuánto más blando es el lenguaje de Clemente XIV, que reprobando la práctica de algunas beatas de su tiempo, decía, en una de sus célebres cartas: «yo no me pago de la piedad que se publica con carteles. La modestia no estriba en los colores. Algunas personas creen, y no se en qué se fundan, que los colores oscuros agradan más a los espíritus celestiales; sin embargo, yo veo que nos pintan a los ángeles con vestidos blancos o azules». Cuánto más bello no era el pensamiento del obispo fray Justo de Santa María de Oro, a quien haciéndole fijarse un día en las flores y atavíos de una joven en la iglesia, decía sonriéndose: «¡déjenlas, pobrecitas! que oculten con flores el vacío de sus cabezas».

Preocupado de estas ideas, he estudiado en mis viajes las prácticas del mundo católico. En Roma, en el gran colegio de los jesuitas, en San Pedro, en la capilla Paulina, en San Apolinario, en todas las basílicas e iglesias, jamás vi persona con vestido especial para ir a la iglesia. Las señoras allí, en Francia, en Alemania, en toda la Italia, oyen misa sentadas en sillas de paja, con sus sombreros recargados de flores y de cintas de todos los colores que la moda prescribe, y los vestidos que llevan en sus visitas. En España existe aún la mantilla desde los tiempos de la inquisición; pero sirve aquel dominó

tanto para ir a la iglesia como para asistir a los toros, siendo de regla entre ciertas gentes también para encubrir las escapadas galantes; uso primordial que tuvo la saya en Lima.

A mi regreso a Santiago de Chile en 1848, espantome el espectáculo que nuestras calles presentan en la mañana. Grupos de mujeres envueltas en mantos espesos que caen de la cabeza hasta los pies. Un vestido inventado en el país, una desviación de las costumbres de los pueblos cultos; la moda, la ley universal violada, oprimida, desechada. ¡Oh! ¡Alguna idea inmóvil domina en los espíritus! La inquisición impuso la mantilla negra; Rosas la cinta colorada; signos de avasallamiento, de alguna tiranía dominante. ¡Sacerdotes!, el *manto*, la saya, el *vestido especial oscuro* para asistir a la iglesia, no son católicos, puesto que no son *universales*; son exclusivamente españoles, pero de la España colonizadora. Damas que os envolvéis en mantos mortuorios, ¡vosotras que nacisteis para reflejar la belleza típica de la creación!, estos vestidos no son cristianos, son árabes en su origen, limeños en su aplicación. La mujer debe presentarse siempre como la caoba barnizada. Aseo, brillo, y sobre todo nada de envoltorios que dan la idea de que debajo de ellos hay desaliño, trenzas cortadas, vestidos desajustados, y negligencia chocante. Nuestros celosos, creyendo producir exterioridades religiosas, nos darán al fin la *tapada* de Lima, y será preciso un día revivir las pragmáticas reales que han perseguido este extravío.

El señor Andueza, resentido, agraviado por el ultraje hecho a su mujer, llevó la queja hasta el señor Orellana, obispo diocesano; sin que sea posible decir hasta donde se satisfizo con la deposición del cura, esta queja y otras mil que tenían turbadas las conciencias. El manuscrito de su biografía que tenemos a la vista, dice moralizando sobre este caso, que un ser activo no es premiado por los hombres sino por Dios, añadiendo que esta lección importante le sirvió no pocas veces para ejercitar su resignación. Pero esta explicación un poco

teológica, no es aplicable a los negocios humanos; un cura removido lo es por una autoridad superior y en vista de causas fundadas o infundadas [52].

El General Don Mariano Necochea [53]

(*Crónica* de 20 de mayo de 1849)

¡Oh capitán valiente,
Blasón ilustre de tu ilustre patria,
No morirás; tu nombre eternamente
En nuestros fastos sonará glorioso,
Y bellas ninfas de tu Plata undoso
A tu gloria darán sonoro canto,
Y a tu ingrato destino acerbo llanto.

Olmedo, Canto a Junín.

Ayer nomás acompañábamos al cementerio de Santiago los restos mortales del doctor Castro Barros, y hoy tenemos que deplorar la muerte de otro argentino ilustre que duerme para siempre en tierra que no le vio nacer

A mediados del último mes de abril una tumba del panteón de Lima se abría para recibir a uno de los guerreros más bizarros de la independencia, al general don Mariano Necochea.

Tantas cicatrices gloriosas tenía en su cuerpo como granos la tierra que le cubre.

El general Necochea fue uno de los jóvenes que ciñeron la espada en 1810 para sellar con su sangre los principios

proclamados por la revolución. Nacido en Buenos Aires, siguió con los ejércitos de su patria el derrotero luminoso que trazó la bandera azul y blanca, desde las orillas del Río de la Plata hasta las faldas del Pichincha.

La naturaleza había dado al general Necochea las formas y el valor de un héroe griego. Al frente de sus granaderos, sobre su caballo de pelea, habría sido digno modelo del cincel de Canova, así como lo fue de los versos de Olmedo, cuando cayó en Junín agobiado de heridas y de gloria.

Hasta la tumba es elocuente para protestar contra la tiranía. ¿Por qué el capitán como el sacerdote que casi a un tiempo han volado al cielo, no exhalaron sus últimos suspiros en el ambiente de la patria?

Para trazar la biografía del general Necochea, sería preciso escribir la historia militar de tres pueblos que son hoy repúblicas independientes.

Su mérito como guerrero fue tan grande que solo San Martín y Bolívar pudieron ser superiores en los campos de batalla. Los laureles que dan sombra a su tumba son los laureles de Chacabuco y de Junín; y el nombre de Necochea es digno de escribirse dentro del círculo inmortal que comienza y termina con tales nombres.

El General Don Eusebio Guilarte [54]

(*Crónica* de 11 de julio de 1840)

La América española marcha adonde fatalmente la conducen sus antecedentes. Hay un abismo delante de ella, adonde caen sucesivamente unos estados en pos de otros; y los que quedan en pie aún y contemplan caer a los que les preceden, se dicen para sí: caen ellos porque son ellos, si fuéramos nosotros, sería otra cosa; y al día siguiente cae a su turno el que tal decía.

En México se llama guerra de castas; en Buenos Aires, de la ciudad y las campañas; en Montevideo, de extranjeros y nacionales.

Todos los nombres tiene el mal, menos el genérico, el técnico, que es descomposición y castigo de los errores que se perpetúan desde que nos dejó la España.

Ahora es Bolivia la que cae, mañana será el Perú. ¿Cuándo le tocará a Chile su turno? ¡Oh! En cuanto a eso, está muy remoto; pregúntenselo sino a las sesiones de las cámaras ¡que lo demuestran de una manera concluyente!

Bolivia había marchado con su mal largos años; y mal que bien, viviendo y muriendo, seguía adelante con paso vacilante; pero hubo un niño que por ambición del momento puso la mecha a la mina, un joven general, un Belzu que descubrió el

secreto del poder, y los diarios nos han contado demasiado, harto ya lo que ha resultado. ¿Cuándo detendrá Belzu el torrente que ha desbordado? ¿Podrá hacerlo si quiere? ¡Ojalá que por el bien de la parte más elevada de la sociedad de Bolivia, y por el nombre de Belzu, manchado de sangre hoy, la tarea fuese posible!

¡Pobre general Guilarte!, tan valiente soldado como era ciudadano tímido, su cabeza ha rodado sin provecho de nadie.

Cuatro meses de intimidad, de vida y de alojamiento común, nos habían dejado penetrar hasta lo más recóndito de aquella alma blanda, vacilante, débil, y solo temible para los soldados en los campos de batalla, según aparecía de su hoja de servicios.

Algunas cartas suyas, y un recuerdo que cambiamos al separarnos hace tres años; he aquí cuanto nos queda de aquel amigo, a cuya memoria no podemos dejar de tributar el aprecio que se merecía de todos, y la lástima de verlo sacrificado, solo para añadir una vergüenza más para la América.

El Mariscal Francés Bugeaud
(*Crónica* de 2 de septiembre de 1849)

El viejo soldado del imperio ha muerto, y creeríamos faltar a la gratitud si no le consagrásemos un recuerdo a su memoria, desde el confín de esta América de que hablamos largamente una vez, pidiéndome el viejo veterano noticias sobre la guerra a caballo que hacíamos en la pampa, y que él ensayaba con suceso en el Tell contra los hijos de Ismael.

Aquel mismo M. Lesseps que vemos figurar en los asuntos de Roma, nos había introducido a la presencia del gobernador general de Argelia, y la munificente hospitalidad francesa, por el órgano del mariscal Bugeaud, expidió órdenes y circulares a generales y cadíes para que un americano pudiese recorrer la tierra africana, seguro y escoltado en medio de los enemigos de los cristianos.

De uno y otro conservamos, a más de gratitud, recuerdos.

Era el viejo soldado hombre vivísimo de espíritu, escritor sesudo, y muy dado a las cuestiones de población y emigración, de que nos ocupábamos entonces y formaban el asunto de nuestra expedición a los extremos de las colonias francesas.

El cólera se ha llevado al que las balas respetaron.

Siquiera es esto menos afligente que el triste fin del general Guilarte, nuestro compañero de viaje, suprimido por la mano del asesino.

Necrología del General San Martín
(*Tribuna* de 22 de noviembre de 1850)

El vapor nos ha traído la triste nueva del fallecimiento de uno de los grandes protagonistas de la independencia americana. El nombre de San Martín resuena ahora de un extremo a otro de la América. La República Argentina, su patria, Chile y el Perú le tributarán los honores debidos a sus eminentes servicios, pues que su nombre mezcla y confunde en uno solo estos países durante el período célebre de la independencia.

El nombre del general San Martín no resuena por fortuna en los oídos chilenos como un reproche. Chile había cumplido para con el grande hombre sus deberes. Hace diez años que sin reclamo, sin solicitación alguna, el gobierno de Chile, obedeciendo a un sentimiento de justicia y de dignidad, reparando la injusticia, la necesidad o el error de las pasiones del momento, rehabilitó el nombre del ilustre guerrero, y puso su espada al frente del ejército de la República. Esta reparación común a O'Higgins y a los oficiales dados de baja, es uno de los actos más nobles del gobierno de Chile, y le ha merecido el respeto y la aprobación de todas las naciones de América, muchas de las cuales no han extendido las muestras de su gratitud hacia el hombre eminente, más allá de un público y estéril reconocimiento de su mérito y de sus servicios.

Los diarios de Europa vienen llenos de recuerdos de la gloria pasada del general San Martín. Su carrera es efectivamente una de las más extraordinarias que se conocen. Principiada a la edad de doce años en los colegios militares de la España, terminada en Lima después de haber recorrido victorioso la mitad de la América, parece que le hubiera sobrado un pedazo de vida que ha pasado voluntariamente en la expatriación.

Su nombre fue borrado literalmente de la historia contemporánea de la América, y a la injusticia de su época respondió con un obstinado silencio, y una oscuridad de vida de cerca de treinta años. Si la generación que le sucedía podía hacerle aun cargos sobre los medios de que usó para libertar la América de la dominación española, en la plenitud del poder de las armas, en la impulsión que la necesidad imponía a la voluntad y a los hechos, este acto de abnegación, de anonadación, bastaría para hacernos cautos.

Lo que él ha hecho, nadie o poquísimos lo han hecho antes que él. San Martín es una de las más grandes fisonomías de la América del sur, y su nombre ocupa ya en la opinión de todos los pueblos del mundo, un lugar no inferior al de Bolívar, a quien cedió su título de libertador.

San Martín ha debido dejar *memorias* escritas. Así lo ha asegurado al menos él mismo a algunas de las personas que han merecido su confianza. Lo que es indudable es que en su poder estaba una masa inmensa de documentos relativos a su época y a los diversos Estados en que sirvió.

Biografía del General San Martín
(*Galería de hombres célebres de Chile*. Santiago. 1854)

Durante la famosa guerra de la Península, que tan honda brecha abrió al poder hasta entonces incontrastable de Napoleón, la juventud española, desprovista de otro teatro de acción para desarrollar las dotes del espíritu o la energía del carácter, acudía presurosa a los campamentos improvisados por la exaltación guerrera del pueblo, y probaba a cada momento cuanta savia circula aún por las venas de aquella nación, cuyo vuelo han contenido instituciones envejecidas. La cordialidad fraternal que une fácilmente a hombres que tienen que partir entre sí iguales peligros y esperanzas, aumentábala el entusiasmo que exaltaba las pasiones generosas, haciéndola más expansiva la genial franqueza del carácter castellano. Entre aquella juventud bulliciosa, ardiente y emprendedora, tan dispuesta a una serenata como a un asalto, tan lista para escalar un balcón como una fortaleza, partían de habitación y rancho dos oficiales en la flor de la edad, y llegados a los grados militares, que son como la puerta que conduce al campo de los sueños de ambición. Era uno el capitán Aguado, llamaban al otro el mayor San Martín.

Las vicisitudes de las campañas separaron los cuerpos en que servían los amigos; terminose la guerra; el tiempo puso

entre ambos su denso velo; trascurrieron los años y no se volvieron a encontrar más en el camino de la vida. Quince años después, empero, hablábase delante de Aguado de los famosos hechos de armas en América del general rebelde San Martín. Es curioso, decía Aguado, yo he tenido un amigo americano de ese apellido, que militó en España. San Martín oyó nombrar al banquero español Aguado. ¿Aguado?, decía a su vez, he conocido a un Aguado; ¡pero hay tantos Aguados en España!…

San Martín llegó a París en 1824, y mientras hacía una mañana su sencillo y rígido tocado, introdúcese en su habitación un extraño, que lo mira, lo examina y exclama aún dudoso, ¡San Martín!… ¡Aguado, si no me engaño!, le responde el huésped, y antes de cerciorarse, estaba ya estrechado entre los brazos de su antiguo compañero de rancho, amoríos y francachela. ¡Y bien!, almorzaremos juntos… Eso me toca a mí, respondió Aguado, que dejó en un *restaurant* pedido almuerzo para ambos. Dirigiéronse luego de la *rue Neuve-Saint-Georges*, hacia el *Boulevard*, y andando sin sentir y conversando, llegaron, en la plaza *Vendome*, a la puerta de un soberbio hotel, en cuyas gradas lacayos con libreas tenían en bandejas de plata la correspondencia para presentarla al amo que llegaba. San Martín se detuvo en el primer tramo, y mirando con sorpresa a su amigo, «pues qué», le dijo, «¿eres tú el banquero Aguado?»… «Hombre, cuando uno no alcanza a ser el libertador de medio mundo, me parece que se le puede perdonar el ser banquero».

Y riendo de la ocurrencia, y echándole Aguado un brazo para compelerlo a subir, llegaron ambos a los salones casi regios, en cuyos muelles cojines aguardaba la señora de la casa.

Desde entonces San Martín y Aguado, el guerrero desencantado y el banquero opulento, se propusieron vivir y tratarse como en aquella feliz época de la vida en que ningún sinsabor amarga la existencia. Estableciose San Martín en

Grand-Bourg, no lejos de París y a solo algunas cuadras de distancia del Chateau-Aguado, mediando entre ambas heredades el Sena, sobre el cual echó el favorito de la fortuna un puente colgado de hierro, don hecho a la comuna, servicio al público, comodidad puramente doméstica para él, y facilidad ofrecida al trato frecuente de los dos amigos. Por largos años los paisanos sencillos del lugar vieron sobre el Puente Aguado, en las tardes apacibles del otoño, apoyados sobre la baranda y esparciendo sus miradas distraídas por el delicioso panorama adyacente, aquel grupo de dos viejos extranjeros, el uno célebre por aquella celebridad lejana y misteriosa que ha dejado lejos de allí hondas huellas en la historia de muchas naciones, el otro conocido en toda la comarca por el don inestimable con que la había favorecido. Murió Aguado en los brazos de su amigo, y dejó encargada a la pureza y rigidez de su conciencia, la guarda y distribución de sus cuantiosos bienes.

¡También ha muerto San Martín! Pero su nombre queda aún viviendo en las tradiciones de la América, hasta que la historia lo recoja para esculpirlo en sus tablas de bronce.

No es esta la tarea que nos hemos impuesto en estas breves páginas. Los grandes hechos en que él tuvo la parte más notable, requieren para ser narrados con verdad y exactitud, las vigilas del historiador, pues sería ligereza indisculpable, lanzarse a tientas a retrazar el camino que siguieron aquellos que tuvieron en sus manos el destino de las naciones, y que con una palabra suya, o un movimiento de su mano, en momento dado, desquiciaron mundos o echaron a rodar dominaciones por largos siglos cimentadas.

En la margen derecha del majestuoso Uruguay, más arriba de las cascadas que interrumpen el tránsito de las naves, está situada entre naranjales y palmeras, la villa de Yapeyú, habitada principalmente por indios de los que la misteriosa ciencia social del jesuita redujo a la vida civilizada, en aquellas

comarcas que aún llevan en su memoria el nombre de *Misiones*, y que hoy entran a formar parte de la provincia de Entre Ríos. Allí nació don José de San Martín por los años 1778, y habiendo su padre dejado el gobierno de aquella población ocho años después, se estableció en España a fin de proveer a la educación de su hijo, quien, en virtud de los méritos de su padre contraídos en el real servicio, fue admitido en el colegio militar de Nobles de Madrid, en donde aprendió los rudimentos científicos de la ciencia de las batallas, con que tan bellos y codiciables dominios había de segregar más tarde a la corona de España.

La guerra de la Península le ofreció a poco escuela práctica en que ejercitar las raras dotes que le habían de asegurar lugar prominente entre los grandes capitanes del siglo. Maestros eran en el arte de la guerra los enemigos a quienes el denuedo castellano tenía por empresa que vencer, y más que en las operaciones de los suyos, iba diariamente, espada en mano y con ojo escudriñador, a cosechar laureles y lecciones en las filas de las legiones imperiales.

San Martín estrenó su espada el día mismo en que la España obtuvo su primera victoria, en la famosa batalla de Bailén, en que Castaños rindió a la división imperial de Dupont, y la Europa concibió la primera vislumbre de esperanza, de contener la audacia siempre feliz y cada vez más invasora del vencedor de las Pirámides, de Marengo, de Jena y de Austerlitz. Desde allí, de grado en grado ascendiendo, bajo las órdenes sucesivas de los generales De la Romana, Compigny y Wellington, continuando su carrera entre triunfos, laureles y fatigas, en las campañas de Andalucía, Centro, Extremadura y Portugal, llegó a obtener el grado de teniente coronel y reputación de uno de los oficiales más diestros para asechar al enemigo, envolverlo o hacerlo caer en un lazo, en aquella guerra de asechanzas y de guerrillas; y del más impertérrito sableador cuando era necesario terminar a filo de espada la

victoria que habían comenzado hábiles maniobras y sagaces estratagemas.

Sorprendiolo en medio de los campamentos la nueva de la insurrección de la América, y una revelación súbita de sus futuros destinos en teatro tan vasto y en empresa tan sublime, le hizo comprender que la guerra de la independencia que hacía en favor de la España, debiera hacerla contra ella en favor de su lejana y esclavizada patria. Desde entonces su partido estaba tomado, y dejando el servicio de la España, extranjero ya para él, embarcose para Inglaterra, púsose allí en contacto con los patriotas, y se hizo a la vela para Buenos Aires, dando casi desde su llegada principio glorioso a la gigantesca obra de asegurar la independencia americana. Su primer ensayo fue la creación del regimiento de granaderos a caballo, aquel brillante cuerpo de jinetes que en Riobamba hacía alarde de su pericia, y dejaba atónito al gran Bolívar, y desconcertados, estupefactos, a los españoles que escaparon al filo de sus sables. Mostró por primera vez el temple acerado de su organización aquel por siempre famoso cuerpo de caballería, en el combate de San Lorenzo, a las márgenes del Plata, bajo el ojo experimentado de su jefe, quien, elevado al rango el coronel, se fue a dirigir las operaciones del ejército del Alto Perú, y pasó a poco a establecerse en la provincia de Cuyo, para emprender la reconquista de Chile, que las civiles discordias de sus hijos habían librado de nuevo al yugo de los antiguos amos. Todos los grados de San Martín en la carrera de las armas hasta esta época, son apenas comparables a la fogosa juventud que desarrolla y ejercita sus fuerzas. San Martín, intendente de Cuyo y jefe del ejército de los Andes en cuadros, hallábase en la edad feliz en que la ardiente impetuosidad del joven está ya templada por la prudencia de la edad provecta. Treinta y seis años cumplía el guerrero que debiera subordinar una juventud indisciplinada y turbulenta, contener caudillos hostiles entre sí, escapados de los últimos

descalabros de Chile, iniciar masas bisoñas en las artes y disciplina de la guerra europea, improvisar recursos en el corazón de la América, burlar la vigilancia y la estrategia española, y con los Andes nevados y casi inaccesibles por delante, y los recuerdos de la guerra de titanes en que anduvo confundido entre las legiones de Napoleón y de Wellington, trazarse campos de batalla en Chile, y por entre la nube misteriosa de hechos futuros que la previsión y el genio evoca, soñar en escuadras flotando sobre el Pacífico, para deshacer la obra de Pizarro y acaso llevar su nombre, sus armas y sus victorias hasta México, fundar naciones a su paso, y eclipsar con su gloria la de todos sus rivales en esfuerzos. San Martín en Mendoza es el genio creador, el Hermes Trismegisto de los antiguos, político, guerrero, diplomático. Brotan legiones a su soplo, fecunda la ciencia de aplicación, para ingeniarse contra las dificultades, imprime a los suyos la convicción de su fuerza, y tiene a sus enemigos en Chile aturdidos y desconcertados, sin poder penetrar el misterio que cubre los planes del astuto soldado que por medio de parlamentos solemnes con los indios, por cartas escritas por la fuerza, fingiendo revelaciones importantes, por rumores hábil y misteriosamente esparcidos en Chile por agentes chilenos, patriotas y denodados hasta el martirio, hace durar tres años aquella farsa de Dijon que solo pudo engañar quince días.

El 24 de enero de 1817 daba a un amigo el detalle de su plan de campaña, con ese laconismo de la previsión que es peculiar al genio: «El 18 empezó a salir el ejército y hoy concluye todo de verificarlo; para el 6 (de febrero) estaremos en el valle de Aconcagua, y para el 15 ya Chile es de vida o muerte». ¡El 15 entraba en efecto el ejército victorioso en Santiago!

Tenemos a la vista una larga correspondencia íntima de San Martín, que principiando en 1816 en Mendoza, continúa en Córdoba, en Chile y en el Perú con el mismo individuo, y en

esta crónica que el acaso ha salvado, se encuentran aquí y allí los eslabones de una cadena de sucesos que la historia ha recogido ya dislocados y separados. La correspondencia íntima de los hombres que han impreso su acción a los pueblos, es el más auténtico documento que pueda citarse para apreciar el espíritu que guió a los protagonistas. ¿Quién se imagina, por ejemplo, que San Martín haya influido en la osada declaración de Independencia del Congreso de Tucumán en 1816? Sin embargo, basta recordar que el doctor Laprida fue el presidente que firmó aquella célebre acta, para dar todo su valor a la influencia que en aquel acto tuvieron los diputados de Cuyo, que lo eran los señores Maza y Godoy Cruz por Mendoza; Laprida y Oro (después obispo) por San Juan. Con este antecedente, reunamos algunos fragmentos de la correspondencia de San Martín con algunos de esos diputados.

«*Campo de instrucción, Mendoza 19 de enero de 1816...* ¿Cuándo empiezan Uds. a reunirse? Por lo más sagrado les suplico hagan cuantos esfuerzos quepan en lo humano para asegurar nuestra suerte. Todas las provincias están en expectación esperando las decisiones de ese Congreso. Él solo puede cortar las desavenencias (que según este correo) existen en las corporaciones de Buenos Aires... Expresiones a los amigos, el padre Oro, Laprida y Maza...»

«*Abril, 12 de 1816, Mendoza...* ¡Hasta cuándo esperamos declarar nuestra independencia! ¿No le parece a Ud. una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener el pabellón y cucarda nacional, y por último, hacer la guerra al soberano de quien en el día se cree dependemos? ¿Qué nos falta más que decirlo por otra parte? ¿Qué relaciones podremos emprender cuando estamos a pupilo, y los enemigos (con mucha razón) nos tratan de insurgentes, pues nos declaramos vasallos? Esté U. seguro que nadie nos auxiliará en tal situación, y por otra parte el sistema ganaría un cincuenta por ciento con tal paso. ¡Ánimo! ¡Para los hombres de coraje se han hecho las empresas! Vamos

claros. Mi amigo, si no se hace, el Congreso es nulo en todas sus partes, porque reasumiendo este la soberanía, es una usurpación que se hace al que se cree verdadero soberano, es decir a Fernandito…»

«*Mendoza, mayo 24 de 1816…* Veo lo que Ud. me dice sobre el punto de que la independencia no es *soplar y hacer botellas*. Yo respondo que es más fácil hacerla que el que haya un solo americano que haga una sola (botella)».

«*Córdoba, julio 16 de 1816* (ya se había hecho la declaración el 9). Ha dado el Congreso el golpe magistral con la declaración de la independencia. Solo hubiera deseado que al mismo tiempo hubiera hecho una pequeña exposición de los justos motivos que tenemos los americanos para tal proceder. Esto nos conciliaría y ganaría muchos afectos en Europa. En el momento que el director me despache, volaré a mi ínsula cuyana. La maldita suerte no ha querido que yo me hallase en nuestro pueblo para el día de la celebración de la independencia. Crea Ud. que hubiera echado la casa por la ventana».

«*Córdoba, julio 22.* Al fin estaba reservado a un diputado de Cuyo ser el presidente del Congreso que declaró la independencia; yo doy a la Provincia mil parabienes por tal incidencia… Ya digo a Laprida (el presidente del Congreso) lo admirable que me parece el plan de un Inca a la cabeza: las ventajas son geométricas, pero por la Patria les suplico no nos metan una regencia de personas, en el momento que pase de una, todo se paraliza y nos lleva el diablo. Al efecto no hay más que variar de nombre a nuestro director, y quede un regente; esto es lo seguro para que salgamos a puerto de salvación».

Este singular proyecto no era la obra de San Martín, sino la de todos los grandes e intachables patriotas de aquella época. Belgrano, Sarratea, Rivadavia más tarde, todos con San Martín creían en la posibilidad y la necesidad de monarquías; pero

bien entendido con *dinastías*, sin las cuales pueden hacerse tiranías, pero nunca monarquías. La atmósfera de las ideas cambió más tarde, y los promotores de aquel pensamiento aparecieron después como monstruosidades fósiles de un mundo anterior. Los que culparen después a San Martín de ambición personal y de querer hacerse monarca en el Perú, deben tranquilizarse sabiendo que era la idea común desde 1816 erigir monarquías por todas partes, y que no fue por falta de voluntad que se abandonó la idea. No es esta la única ilusión que ha tenido lugar y tiene aún en América, y no pocos de nuestros desastres actuales vienen del empeño de los nombres públicos, por error de concepto, hábito y educación, de creer imposibles las instituciones libres.

A principios de 1817 movíanse de Mendoza aquellas huestes intactas como arma no probada aún, y en Las Coimas, en la Guardia Vieja, donde quiera que encontraron fuerzas españolas, abrieron brechas profundas con un arrojo candoroso, que menos parecía hijo del humano esfuerzo, que efecto de una alucinación extraña y común a jefes y soldados, inexpertos en la guerra. Los viejos tercios españoles eran compuestos, según la creencia del soldado, de algo menos que hombres, de godos, *matuchos*, y otros apodos sin sentido, y que traían sin embargo al alma bisoña del soldado del ejercito de la patria, la idea de una inmensa superioridad de su parte, y de la ineptitud ridícula y desmañada de sus enemigos. Y sin embargo, ¡esos enemigos!, esos enemigos hoy, eran ayer los amos; y el mezquino godo, apenas digno de darle una lanzada al paso, como a vicho nocivo y dañino, había poco antes contenido las soberbias águilas imperiales, y libertado a la Europa humillada, ¡dándola entereza con su ejemplo! Chacabuco es menos una batalla que una sorpresa hecha a la luz del día, y después de tres años de amenaza continua. Realizaba allí San Martín el grande axioma de la guerra, ser el más fuerte en un punto dado. Las divisiones españolas que

ardides de San Martín habían hecho dirigir al sur, llegaron a Santiago demasiado tarde para evitar o reparar el desastre, y el ejército victorioso de los patriotas entró a la capital en medio de las aclamaciones entusiastas del pueblo que los aguardaba hacía años, como a sus libertadores, y por cuyo triunfo oraba de rodillas todos los días, ante las imágenes de la Virgen, en el apartado retrete del asilo doméstico.

San Martín fue proclamado jefe de la restablecida república, y aunque no aceptó el mando, compréndese bien que todo el poder y las fuerzas activas de la nación quedaron desde entonces a su disposición para llevar a cabo la obra comenzada. Con suerte varia la guerra continuó al sur, a fin de desalojar a los españoles que se hacían fuertes en Talcahuano hasta recibir refuerzos de Lima. Un año después el general San Martín abría la campaña con trece mil hombres de línea, equipos y trenes que solo la Europa pudiera presentar iguales. El viejo ejército argentino, veterano con una batalla en su foja de servicios, y las nuevas huestes chilenas, ardiendo en deseos de mostrar su denuedo, recibieron, no obstante, en la noche fatal de Cancha Rayada, un jaque a su petulancia y lección severa para su inexperiencia. Es seguro casi siempre el éxito de lo absurdo porque la previsión humana nada tiene prevenido contra ello. El coronel Osorio sugirió en consejo de guerra a dos mil españoles que debieran rendirse a discreción al día siguiente en Talca, echarse, a merced de las tinieblas de la noche, en medio del numeroso ejército patriota, y ver lo que saldría de aquella extravagancia. Un minuto más tarde los dos mil hombres habrían quedado en aquel campo sabiamente dispuesto, como el avecilla incauta que entra en la jaula preparada para aprisionarla. Sucedió todo lo contrario; la confusión se introdujo en el campo patriota; trece mil soldados y diez mil caballos y bestias de carga se desbandaron amedrentados por la grita y el estrépito de las armas; y los dos mil valientes españoles, en lugar de la muerte o el cautiverio

que aguardaban, encontraron una victoria sin sangre, pero no sin gloria, hecha aceptable por el botín más rico que dejó jamás ejército americano.

San Martín huía de aquel campo sin darse cuenta bien de lo que le pasaba, y es fama que a su habitual confianza en el éxito, se sucedió mortal abatimiento de que lo sacó una Juana de Arco chilena que le salió al paso en Maipú, alentándolo a nuevos esfuerzos y dejándolo prever, con fatídica seguridad de Sibila, un próximo y final triunfo. Desde aquel momento el general San Martín halló en sí mismo el antiguo jefe improvisador de prodigios; el genio de la estratagema reapareció más alerta y fecundo y su poder de fascinación más activo. Entró a Santiago, y el auxilio de patriotas animosos mediando, reanimó los espíritus, reorganizó los restos de su desbandado ejército, haciéndose una égida y un baluarte de los que el denuedo del general Las Heras había conservado intactos. Tomó de nuevo la iniciativa, ordenando a sus granaderos a caballo que fuesen con Lavalle y otros desalmados a sablear a los infantes que venían avanzando a marchas forzadas y a paso de vencedores, hasta que en el llano de Maipú, de entre nubes de polvo y torrentes de sangre, se alzó por medio de la humareda densa el genio de la América radiante de nuevo, y coronado de laureles. Más que el atronador estampido del cañón, en las concavidades de los vecinos Andes, resonó por todo el continente la batalla de Maipú, no menos funesta a la denominación española que la final de Ayacucho. Perdido Chile, las Provincias Unidas garantidas, el Perú no estaba ya seguro, y Bolívar invadiendo desde el norte, San Martín desde el sur, el poder español sería al fin reventado por la presión de estas dos fuerzas en que venía concentrándose la América.

San Martín repitió en grande otra vez lo que en pequeño había hecho antes en Cuyo. Hizo de Chile una maestranza; y de la fortuna pública y de la de los españoles sobre todo, su caja

militar. Las madres no habían parido hijos robustos sino para llenar los cuadros del ejército, ni los antepasados acumulado bienes sino para servir a la causa de la independencia de sus hijos. Entusiasmo o terror no importa, godos o patriotas, todos, todos debían contribuir a la grande obra. Con tales recursos y tal sistema, Chile se sobrepasó a sí mismo, y dos años después, lanzó a los mares una escuadra, y sobre las playas del Perú, al pie del trono de fastuosos virreyes, un ejército de ocho mil veteranos. Lima se dio bien pronto a su libertador; los españoles se refugiaron en las montañas; la guerra llevó sus estragos al interior; la peste de los climas tropicales hincó su diente en las constituciones de los hombres de los climas templados; los desastres se mezclaron a las victorias; el ejército español reincorporó las divisiones que hasta entonces habían estado obrando sobre Salta y Tucumán, mientras que San Martín por su parte, se ponía en contacto en Pichincha con el ejército de Bolívar; y todas estas causas obrando, la prolongación de la guerra y la magnitud del teatro, la accesión de nuevos personajes, las fatigas de la campaña y las voluptuosidades de aquella Capua americana, la distancia del punto de partida del ejército, y las ambiciones que desenvolvían y estimulaban trastornos e incentivos tan poderosos, ello es que la unidad de acción y de mando que solo hace de los ejércitos un instrumento en manos del que los dirige, empezó a desmoronarse. Acusábase a San Martín de expoliaciones en beneficio propio, de pretensiones a colocar sobre sus hombros la púrpura real, de haber abandonado el pabellón argentino, haciendo de su ejército *condottieri* sin otra patria que los campos de batalla. La historia dará a cada uno de estos cargos su verdadero mérito; pero no estará por demás apuntar aquí, que San Martín, colocado en Chile en la disyuntiva de continuar la grande obra, o regresar a las provincias Argentinas a sofocar la guerra civil, como se lo ordenaba el gobierno de Buenos Aires, optó por lo primero, y

para cohonestar paso tan aventurado, hízose elegir general en jefe por el ejército mismo, dejando desde entonces aguzada la sorda lima que había de destruir su propio poder. No eran muy fijas entonces las ideas en cuanto a la futura forma de gobierno, y estando los jefes españoles divididos entre sí en partidos políticos, San Martín dejaba traslucir a los *constitucionales* la posibilidad de monarquías americanas con aquella garantía. Conferencias y armisticios se celebraron sobre esta base, y a punto estuvieron fuertes divisiones españolas de reunirse a los independientes. Otra causa, y acaso la más influente en los acontecimientos de la época, fue la proximidad de Bolívar y sus esfuerzos para anular a un rival, que por lo menos partiría con él la gloria de libertar la América. La ambición de Bolívar era inmensa como su genio, y no bien estuvieron en contacto ambos ejércitos, y cuando más urgente era obrar de acuerdo, Bolívar se mantuvo en la inacción, impenetrable en sus designios, frío en sus relaciones, y hostil en actos que exigían armonía y buena inteligencia, tales como la ocupación de Guayaquil, y reintegro de las bajas de la división de San Martín, que a las órdenes de Sucre y Santa Cruz había ayudado al triunfo de Pichincha.

Este estado de cosas y la aproximación de la época de la apertura de la campaña, inspiraron a San Martín la idea de abocarse con Bolívar, y disipar las nubes que acaso la distancia solo levantaba entre ellos. Solicitó al efecto una entrevista en Guayaquil, y fijado el día, tuvo el sentimiento de saber, al acudir a ella, que Bolívar estaba ausente. Diéronse nueva cita, y esta vez se encontraron las miradas de los dos grandes protagonistas americanos. Aquella escena no tuvo en la realidad nada de dramático; pero la historia y la poesía, evocando los antecedentes de aquellos dos hombres famosos que venían personificando a la América española, libertándola sucesivamente, y arrastrándola tras sí, el uno desde el istmo de Panamá al sur, el otro desde Magallanes al norte, hasta

encontrarse un día en Guayaquil, punto céntrico del continente, le darán una grandiosidad que el tiempo hará cada vez más solemne.

Bolívar no correspondió a la marcial franqueza de su rival. En este punto están acordes la tradición, el testimonio de San Martín, documentos irrefragables, y los hechos posteriores. Uno de los jefes de Bolívar, repitiendo rumores de vivaque, pone en boca de Bolívar frases que a ser ciertas serían un reproche más contra él. Lo que hay de cierto es que Bolívar se sentía personalmente embarazado por la presencia de San Martín. García del Río, grande admirador de Bolívar y que se halló en la entrevista, hacía notar más tarde el contraste de aquella noble figura, imponente, elevada y verdaderamente marcial, con las formas menos aventajadas de Bolívar, su mirar esquivo e inquieto, receloso de ser comprendido por aquel que no venía a otra cosa que a comprenderlo. Nada tenía Bolívar que ostentar ante San Martín, en cuanto a disciplina, brillo y capacidad de su ejército; mas, en la persona de Bolívar mismo, en su ánimo esforzado, en la pertinacia heroica de sus propósitos, en la audacia de su vasta ambición y en su sed de gloria celosa y vengativa como las grandes pasiones, había todo lo que caracteriza a los varones fuertes.

Probolo el resultado de la entrevista. San Martín no obtuvo nada; no encontró siquiera hombre con quien discutir los graves asuntos de la América. Halló en cambio una voluntad fría y persistente, un partido tomado, y un velo que era no obstante fisonomía humana, y que so pretextos frívolos, apoyándose en sofismas insostenibles, encubría pensamientos inescrutables. San Martín salió de allí vencido y juzgado. Era hombre no más, Bolívar era el genio de la dominación y del poder.

San Martín vuelto a Lima, halló destituido del ministerio a Monteagudo, el pensamiento político a quien él había confiado la dirección de los negocios; desmayado el ardor de los

soldados, insolentes los jefes, y amotinada contra él la opinión pública que un año antes se mostraba fanatizada. San Martín abdicó el mando, y se impuso voluntariamente el ostracismo más duradero, más absoluto, que haya ofrecido jamás hombre alguno a la admiración de la historia.

Desde este momento supremo, San Martín recupera toda la altura de un héroe, sin que un solo acto de su vida posterior la desluzca. Aquella abdicación es un bautismo que lavó todas las faltas, que en tan azarosas y extraordinarias circunstancias pudo cometer el que tanto poder acumuló en sus manos; y todos los rencores han debido ceder ante aquella abnegación, que eliminaba bruscamente un nombre de la América, que dejaba una página de la historia inacabada y una frase sin sentido.

Casi treinta años han discurrido desde la época en que San Martín dijo adiós en Lima a la gloria y a la América, y en tan largo espacio de tiempo toda ella se ha revuelto en fracciones y partidos. Bolívar ha muerto en el entretanto, luchando con algo peor que el ostracismo, con la oscuridad de las tinieblas, que después de tanta luz y de tantos proyectos de ambición colosal, creaba en torno suyo la reprobación de sus contemporáneos. Ni una queja, ni un esfuerzo, ni una palabra se ha escapado a San Martín, de manera que la historia añadirá a la página que sin terminarse concluía en 1823, la fecha de su muerte acaecida en Boulogne-sur-Mer en 1851…

Pero para la biografía del hombre de corazón, ¡cuántas páginas preciosas quedan y cuántas lecciones abraza aquel intervalo! Después de vagar por varios países de Europa, el ínclito varón se fija en los alrededores de París, se hace campesino, sin boato como sin ostentación de pobreza y desvalimiento, cual, para hacer antítesis a su pasado esplendor y poner en acción una ironía, suelen los caídos de las alturas del poder. Es campesino en el verdadero sentido de la palabra, poniendo al servicio de flores y legumbres, los hábitos

matinales adquiridos en la vida militar. En Grand-Bourg, rodeado de su familia, viviendo para ella como en otro tiempo para la independencia de América, ha dejado acumularse sobre sus hombros lentamente los años, y deslizarse quietamente la vida, como se deslizaban a su vista las tranquilas aguas del Sena que llevan su tributo al vecino mar. Allí le vieron los americanos, allí le vi yo, admirado de que varón tan preclaro fuese viejo tan jovial y comunicativo, huésped tan solícito, abuelo tan *chocho* con sus nietos, jardinero tan inteligente en flores y melones, y administrador de inmensos caudales ajenos tan próvido y desinteresado. De América hablaba con efusión, como de un recuerdo de la juventud y de lo pasado; prefería siempre los lances chistosos a los serios, sobre los cuales era parco en detalles. De los primeros, hay uno que por su originalidad característica de la época, merece recordarse. Mientras la expedición de los Andes se preparaba en Mendoza, los realistas no perdonaban medios de sublevar contra él las aversiones populares. Un padre Zapata lo maldecía desde el púlpito, y comentando su nombre, decía a sus oyentes: «¡San Martín! ¡Su nombre es ya una blasfemia! No lo llaméis San Martín, sino Martín, para que se asemeje más a Martín Lutero, su prototipo en impiedad y sedición contra las leyes divinas y humanas, el altar y el trono».

Supo el caso San Martín a su llegada a Chile, e hizo comparecer ante sí al amedrentado padre predicador, y torciéndose los bigotes para darse espantables aires de matón, y clavándole sus ojos negros y centelleantes, cual si intentara fulminarlo:

—¡Cómo —le dijo—, so godo bellaco, usted me ha comparado con Lutero, y adulterado mi nombre quitándome el *San* que le precede! ¿Cuál es su apellido?

—Zapata, señor general —respondió su aterrada y goda reverencia.

—Pues le quito el *Za* en castigo de su delito —y levantándose encendido en fingida cólera, y mostrándole la puerta—, lo fusilo —añadió con énfasis aterrante— si alguien le da su antiguo apellido.

Más muerto que vivo el pobre fraile salió a la calle, y como acertase a pasar a la sazón un su *quondam* amigo realista, asombrado de verlo salir de casa del general insurgente:

—¡Cómo —lo atajó diciendo—, usted por acá padre Zapata!...

Pero aún no había acabado la frase, cuando el padre, aterrado y con voz ahogada, y volviendo los ojos a la puerta de donde salía, temeroso de ser escuchado, le cortó la palabra diciendo:

—¡No, no! ¡No soy el padre Zapata, sino el padre Pata: llámeme usted Pata, y nada más que Pata, que la vida me va en ello...!

Era alta la talla de San Martín y marcial en extremo su talante, y tan a prueba de fatiga su naturaleza, que para todos los climas y estaciones, para la noche en las crestas nevadas de los Andes, y para el día en los tórridos arenales del Perú, tenía el mismo uniforme, severa y minuciosamente prendido, y exento de todo adorno o aditamento que saliese del rigor del equipo del soldado. Bajo esta cubierta férrea, abrigábase una alma elevada, un espíritu ardiente, templado por la prudencia astuta e impenetrable de quien sabe anticipar los hechos, inventarlos a su placer, distraer las pasiones ajenas, subyugar las voluntades y hacerlas concurrir diestramente a sus fines. A estas raras cualidades que incuban por años enteros un proyecto, ocultándole a las miradas aun de aquellos destinados a realizarlo, añadía San Martín el arte difícil de administrar, inventando recursos, y empleándolos con exquisita parsimonia, a fin de hacerles producir mayores resultados.

Sabía inspirar al soldado el arrojo hasta la temeridad, y la

constelación de jefes y oficiales que le acompañó a Chile, tuvo largos años fatigada a la fama, pregonando por toda América las hazañas caballerescas de verdaderos paladines. La estricta disciplina era el bello ideal a que la tirantez y severidad de su carácter le hizo aspirar siempre, llevándola hasta hacer de ella una tortura constante. Un botón de la casaca manchado por accidente, tenía a sus ojos la gravedad de un delito igual al abandono no motivado de un puesto de importancia.

A estas dotes que abarcan toda la existencia de los hombres, tomada por horas y por minutos, a esta facultad de descender a todo, prepararlo todo, y hacerlo concurrir a un fin, añadía la rapidez de la concepción, y aquel golpe de vista que distingue a los hombres de acción, y que en la infinita complicación de los hechos humanos, les hace descubrir uno, del cual dependen todos los otros, y que una vez destruido, arrastra tras sí la suerte de las batallas y la caída de los imperios. Puede aun apuntarse, como complemento, aquel, no sé si llamar desprecio de la especie humana, que dejan traslucir en sus actos los hombres eminentes, cuando descienden al campo de los hechos, y que les hace mirar la justicia, las leyes ordinarias, las fortunas y las vidas, como instrumentos u obstáculos, sin otro valor que el que les dan las circunstancias.

Nada de particular presentan los últimos años de San Martín, sino es el ofrecimiento hecho al dictador de Buenos Aires de sus servicios en defensa de la independencia americana que creía amenazada por las potencias europeas en el Río de la Plata. El poder absoluto del general Rosas sobre los pueblos argentinos, no era parte a distraerle de la antigua y gloriosa preocupación de independencia, idea única, absoluta y constante de toda su vida. A ella había consagrado sus días felices, a ella sacrificaba toda otra consideración, la libertad misma. Pocos meses antes de morir, escribió a un amigo algunas palabras exagerando las dificultades de una invasión

francesa en el Río de la Plata, con el conocido intento de apartar de la Asamblea Nacional de Francia, el pensamiento de hacer justicia a sus reclamos por medio de la guerra. A la hora de su muerte, acordose que tenía una espada histórica, o creyendo y deseando legársela a su patria, se la dedicó al general Rosas, ¡como defensor de la independencia americana...! No murmuremos de este error de rótulo en la misiva, que en su abono tiene su disculpa en la inexacta apreciación de los hechos y de los hombres que puede traer una ausencia de treinta y seis años del teatro de los acontecimientos, y las debilidades del juicio en el período septuagenario. En todo caso los hombres pasan y solo las naciones son eternas, y aquella espada quedará un día colgada en el altar de la patria, y envuelta en el estandarte de Pizarro, para mostrar a las edades futuras el principio y el fin de un período de la historia de Sudamérica, desde la conquista hasta la independencia. Pizarro y San Martín han quedado para siempre asociados en la dominación española.

Don Juan de Dios Vial del Río [55]

(*Tribuna* de 29 noviembre de 1850)

Ayer a las tres de la tarde se ha extinguido una de las antorchas de nuestra judicatura. El señor don Juan de Dios Vial del Río, presidente de la Corte Suprema, senador y consejero de estado, ha dejado de existir.

Cuarenta años de administración de justicia lo habían hecho un oráculo en la difícil ciencia del derecho.

El señor Vial del Río pertenece al escogido número de hombres que han creado, por decirlo así, la reputación de saber y de integridad que ha hecho de nuestra Corte Suprema un areópago ante cuyas decisiones se inclinan respetuosamente las opiniones casi siempre varias de los jurisconsultos.

Es opinión común que la América del sur no tiene nada que oponer a la dignidad de nuestros altos tribunales, y la administración de justicia en toda su pureza e integridad, es el más claro de los progresos que el país ha hecho después de su reorganización política.

Todas las instituciones son un vano simulacro donde la justicia sigue la impulsión de las pasiones, o cede al soplo de la política o a la influencia de los que mandan.

Al señor Vial del Río se deben en la parte que le cupo, gran parte de los cimientos echados para preparar el esplendor de

nuestra administración de justicia.

El nombre de don Juan de Dios Vial del Río se mezcla honrosamente a todas las faces de nuestra historia contemporánea, y su dictamen en el senado se ha convertido en gran número de las leyes que nos rigen.

Don Manuel Montt
Candidato a la presidencia de la República de Chile
(Santiago, mayo de 1851. *Imp. de Belin*)

I

Los cuatro años que sucedieron a la desastrosa derrota de nuestro ejército en 1814, fueron para Chile los más aciagos que su historia recuerda. Antes de haber probado las dulzuras de la libertad, apenas entrado Chile en la vida de los pueblos independientes, la dominación española volvió a reconquistar la capital, y establecer en ella su cetro de fierro. Los jefes españoles no venían esta vez a gobernar sino a comprimir; la violencia sucedía a las leyes coloniales, y la terrífica policía de San Bruno ocupaba el lugar que había dejado vacío la justicia. Ser chileno era por lo menos un antecedente sospechoso, y haber mostrado amor por su país un crimen que debía expiarse por los sufrimientos en los calabozos o en el desamparo de Juan Fernández. La delación era la única virtud que los dominadores premiaban, y sus revelaciones eran el diario que daba dirección a los negocios. Mostrar un semblante triste era muestra de llorar en silencio la esclavitud presente, y si la animación se dejaba ver en las fisonomías ante aquel tribunal de desconfianzas, era signo manifiesto de que alguna esperanza

abrigaban los rebeldes de sacudir lo que ellos llamaban sus cadenas, y sus opresores simple obediencia debida al legítimo señor.

Hacían más azarosa esta situación de los ánimos los aprestos militares que se hacían en Mendoza para recuperar la pérdida libertad de Chile, los rumores de esperanza y de triunfo que hacían circular emisarios invisibles, las resistencias populares, que desafiaban con ventaja a los legionarios castellanos, la amenaza continua de un levantamiento en masa. En esto estado de cosas, el soldado adquiere en el seno de las poblaciones mayor importancia que sobre el campo de batalla. Siendo enemiga la tierra, y escondiéndose la rebelión en el corazón de cada habitante, el soldado es el gobierno subdividido en átomos de fuerza, para espiarla y comprimirla si osa manifestarse.

Los temidos cuanto odiados soldados españoles recorrían entonces el país con la amenaza en los semblantes. Las poblaciones desarmadas huían a ocultarse de su presencia, los grupos se disipaban en las ciudades a su aproximación, y las madres maldecían a veces de la beldad de sus hijas, que no siempre era posible sustraer a las codiciosas miradas de aquellos díscolos. Hacia el año 1816 tuvo lugar en los confines del llano de Maipo una escena que la historia no ha registrado aún en sus páginas. El nombre de doña Paula Jaraquemada ha ido a asociarse en la memoria de los pueblos al de las más ilustres heroínas americanas. Su voz llena de la unción de una profetiza, su mano apoyada sobre el hombro de San Martín, agobiado por las fatigas y el desencanto de la triste noche de Cancha Rayada, volvía a aquella alma enérgica la esperanza, y comunicaba el fuego de su entusiasmo a aquellas fibras aletargadas. La pintura histórica la representará un día en aquella escena, seguida de sus hijos y de la pintoresca turba de campesinos chilenos, que venían bajo la inspiración de la heroína a llenar los vacíos que en el ejército patriota había

dejado el pavor de una sorpresa nocturna.

Pero dos años antes de aquel suceso, se revelaba la mujer fuerte en el seno mismo de la familia. A la caída de una de esas tardes apacibles y animadas que caracterizan la naturaleza de Chile, doña Paula Jaraquemada había llegado insensiblemente desde su casa de campo, sita en el llano de Maipo, y siguiendo la avenida larga que precede con frecuencia a estas antiguas casas, hasta el camino real que sirve de comunicación entre Santiago y las campiñas del sur. A poco andar y paseando a uno y otro lado sus miradas distraídas, reconoce entre los pasantes la figura bien conocida de un antiguo amigo, acompañado de un niño en la más tierna edad. Era un patriota que iba a pedir a las fragosidades de las montañas circunvecinas asilo contra la persecución de los españoles, ante quienes estaba señalado como conspirador. La circunstancia de ser perseguido era en aquellos días calamitosos un título de hermandad para todas las almas generosas. Doña Paula modificó el plan de ocultación, ofreciendo al fugitivo su casa, desde donde podría descubrir desde lejos a los que se acercaban, y a cuyo fondo estaba un extenso y tupido cañaveral inaccesible a las pesquisas. El día lo pasaría el prófugo en aquella guarida, y las veladas pasaríanlas ambos huéspedes discurriendo sobre el porvenir de la patria oprimida, y comentando aquellas noticias siempre favorables, exageradas hasta lo imposible por el deseo y que entretienen la esperanza de los oprimidos.

Ya había algunos días que gozaban de la escasa ventura que esta situación ofrecía, cuando de improviso asomó en la avenida que da entrada a la habitación una partida de soldados españoles. El prófugo ganó su escondite, el niño que lo acompañaba quedó atisbando, con la natural curiosidad infantil por lo que pasaba, y doña Paula Jara, patriota conocida, madre de lindas hijas, y propietaria acaudalada, se preparó a recibir a los temibles huéspedes. Era costumbre entonces hacer requisiciones de víveres, de caballos, de forraje para las tropas,

y ni la cantidad ni el título se discutían entre el que las exigía espada en mano y el que entregaba con la rabia en el corazón.

—Las llaves de la bodega —dijo el oficial por todo saludo al acercarse, y señalando un costado de los edificios.

—¿Necesita Ud. provisiones?, las tendrá Ud. en abundancia.

—Las llaves pido.

—Las llaves no se las entregaré jamás. Nadie sino yo manda en mi casa.

Estas escenas, en que el acento y la actitud de los personajes dicen más que las palabras, no se describen; cada uno las siente.

Ciego de cólera, el oficial mandó a su tropa hacer fuego sobre la insolente mujer que pretendía poner coto a su voluntad soberana. Pero la excitación había sido recíproca; doña Paula, mientras la tropa ejecutaba el movimiento precursor de muerte, había avanzado desde el dintel de la puerta, y casi tocado con su pecho las carabinas tendidas horizontalmente. El oficial desconcertado y a punto de cometer un asesinato, paseó una mirada vengativa a su alrededor, y como si hubiese encontrado venganza y castigo sin mancha para él, «incendien la casa» gritó con voz estentórea y ademán que no admitía réplica ni demora. Acertaba a encontrarse cerca del pie de la mujer indignada el tradicional brasero que mantiene el calor del agua caliente para el mate, tan frecuentado entonces, y haciendo rodar brazas y bracero basta los pies de los soldados atónitos, «he ahí el fuego» replicó, señalándolo a los que iban a buscarlo.

Después de un momento de silencio, el oficial se desahogó en amenazas, volviendo la brida a su caballo y fuese con los suyos, dejando escapar un torrente de maldiciones. El niño aquel de que hemos hablado, había presenciado esta extraña escena, y tan profunda impresión debió dejarle, que hoy en la edad madura, la recuerda en sus más mínimos detalles. Pero la

dirección moral dada a su carácter, ha debido escapar siempre a su observación. El ejemplo de las grandes virtudes es una semilla que germina en el ánimo tierno de la infancia, como el escándalo es el peor de los tósigos que agotan su alma. Un niño ignora sin duda cuánto importan las bellas acciones que nosotros admiramos; pero en aquella que presenciaba, había una lección que desbarataba todas las ideas que a su edad se alcanzan. ¡Cómo! ¡Hombres armados retroceden en presencia de una mujer! ¡En lugar de lágrimas y de súplicas, se puede dominar al fuerte con la entereza! ¿Hay entonces otra fuerza mayor que la de las armas y la de la violencia? ¿El deber, el derecho, la justicia, podrán más que el número?… El niño aquel se llamaba Manuel Montt…

En 1837 pasábase en el palacio de gobierno otra escena análoga. No ya una partida de soldados, sino una parte del ejército de línea sublevado en Quillota, amenazaba sumir de nuevo el país en el caos de que a fuerza de sacrificios había logrado salir. La sangre de Portales, derramada por setenta y dos heridas, daba a la rebelión los prestigios del terror a que pocos saben resistir. La turbación reinaba en los ánimos, y entre la primera impresión de pavor, y la resolución que ha de conjurar la borrasca, median ordinariamente instantes de incertidumbre, cuya prolongación puede ser fatal a los estados puestos en conflicto. Don Manuel Montt, oficial mayor de uno de los ministerios de gobierno, se presentó en los salones de palacio no bien supo la catástrofe de Quillota; y mientras se tomaba una resolución definitiva en los consejos de gobierno, empezó a tomar las medidas que la prudencia aconsejaba, cual si obrase en las circunstancias ordinarias. Desde aquel momento supremo, el menos sagaz pudo ver ya un ministro de estado en el joven lleno de entereza y de discernimiento que ocupaba accidentalmente el empleo de oficial mayor de secretaría.

En 1849 vuelve a presentarse el mismo acto, bajo formas

distintas. El país ha dado un paso inmenso desde los desórdenes de Quillota; la fuerza numérica, la revuelta, la violencia han asumido otras formas. No ya los soldados, sino una mayoría parlamentaria, disciplinada bajo una inspiración de partido, ha resuelto trastornar las instituciones, arrogándose un poder que no le compete, y falsificando por la base la constitución. Puede admitirse en teoría y aun en la práctica la omnipotencia de una o de dos cámaras; la no injerencia del presidente en la formación de las leyes, y aun la completa anulación de la iniciativa del ejecutivo ante las mayorías parlamentarias. Puede aun admitirse la supresión de la presidencia misma como una rueda inútil o embarazosa de las que constituyen el poder público, y por tanto la elección directa hecha por los parlamentos de ministros ejecutores de sus voluntades soberanas. Pero estas novedades que las naciones pueden ensayar en la aplicación de los principios, no pueden injertarse en las constituciones vigentes, contra el espíritu que las dictó, y en contradicción abierta con el texto literal. Son sistemas distintos que se excluyen unos a otros, y no pueden amalgamarse entre sí sin que la sola tentativa de efectuarlo traiga la completa perturbación en la economía de las funciones públicas.

En 1849, una coalición de la municipalidad de Santiago y la mayoría de la cámara de diputados, había concebido la idea de imponer al presidente de la República, que tiene el derecho de veto sobre ambas cámaras, como en los Estados Unidos, ministros de su color político, emitiendo la última de aquellas dos corporaciones un voto público de desaprobación de los actos políticos del presidente bajo la máscara de los ministros. Si este designio hubiese prevalecido, nuestras instituciones habrían cambiado de hecho, alzándose la municipalidad en comuna, la cámara en convención, y deprimida con este acto la presidencia, erigídose el ministerio en comisión de salud pública, que a su vez podía traer al presidente a la barra de los

acusados. Toda nuestra jerarquía política iba a ser trastornada. El diputado don Manuel Montt, acompañado de una débil minoría en la cámara, acometió la ardua tarea de contener aquel avance de un cuerpo constituido sobre las atribuciones de otro. Nadie ha olvidado las emociones del público de Santiago en aquel día solemne, ni la inquieta solicitud con que los ciudadanos permanecieron por centenares, rodeando el local de las discusiones, silenciosos desde que el diputado Montt, en nombre de la cámara, había llamado al sentimiento de su deber a los exaltados que intentaban forzar las puertas.

Bajo estas impresiones —decía un diario de la época—, comenzó el debate más memorable de que pueden honrarse los fastos parlamentarios de Chile. Media docena de diputados, sin otra arma que la palabra, la moral y la justicia, iban a luchar con una mayoría ligada entre sí por los vínculos de la familia. Estaban a puerta cerrada, y amigos y enemigos podían contarse, aun antes de haber comenzado el debate. ¡Oh!, si los tesoros de elocuencia, de sentimiento y de dignidad prodigados a manos llenas en aquellas cinco horas de lucha parlamentaria, hubiesen podido llegar a los oídos de ese público inmenso que rodeaba silencioso el santuario vedado, el público y la cámara se hubiesen dado un abrazo ayer, prometiendo algunos años de ventura más al país. Don Manuel Montt tan parsimonioso en el uso de la palabra, Montt a quien hasta ahora se le había visto en los anteriores debates silencioso viendo azotarse en torno suyo las borrascas parlamentarias, Montt abrió el debate, vituperando al señor presidente la precipitación con que se había convocado a los miembros de la cámara, de manera que muchos diputados que no se hallaban en sus casas, no habían podido asistir al debate. Observábase en efecto que la mayoría misma no se componía de más de veinte miembros, mientras que en sesiones menos interesantes, se habían hallado presentes veintiocho. Podía ser la mente del señor presidente

sorprender al público que andaba rondando, agitado y deseoso de conocer la hora de la apertura de las sesiones, precaución muy buena para evitar la alarma general; pero este procedimiento era tachable por cuanto podía servir para desviar a los diputados que no marchan de acuerdo con la mayoría, dando al presidente que pertenece a ella aires de ceder a una parcialidad culpable.

El diputado Montt, encerrado, estrechado, oprimido por la masa de votos, ha desplegado en aquella jornada poderes que sus amigos y admiradores no le conocían. Su semblante se había transfigurado rebosando dignidad y calma solemne; y en aquella fisonomía, pálida hasta parecer blanca, resaltaban dos ojos henchidos de afectos y de emociones, brotando chispas de entusiasmo y de coraje. Su alma estaba allí en sus ojos, su corazón en la voz, cuya energía templaba la blandura de los sentimientos. Era el león acosado que defendía sus cachorros, la constitución y el orden, que querían matarlos, y como aquel gran capitán agobiado bajo el peso aplastador del número en 1813 defendía la Francia, el diputado abría la terrible campaña maniobrando hábil y valientemente en el reducido terreno que le dejaba la mayoría con el reducido número de diputados desligados de todo pacto que se ha dejado penetrar en la cámara.

Lo que el público ha perdido de emociones, de persuasión, de elocuencia, de sentido común y de coraje en esta memorable sesión, no podrá recuperarlo en ninguna otra. Acaso el severo diputado recaiga de nuevo en esos períodos de silencio de cuya prolongación se quejan sus amigos. Montt vencido en todos aquellos atrincheramientos que creyó encontrar en la conciencia de la cámara y en el reglamento, aceptó la batalla campal en que tenían que medirse uno contra cuatro, en el terreno escogido y preparado de antemano por sus adversarios. Ahora que estaban a puerta cerrada, el *delenda est Cartago* era "a la votación, a la votación". Volvía la réplica de hierro de

Montt, y después de alguna observación superficial, concluía el uno o el otro con el favorito: “a la votación, a la votación”.

Si este carácter político que nos proponemos diseñar no estuviese aún bastante definido, la sesión de la fecha en que se quiso negar la sanción de la ley de las contribuciones, o al menos posponerla, como medio de ejercer intimidación sobre el ejecutivo, lo mostró en toda su luz, como un poder moral, obrando sobre el ánimo de los demás hombres, por la influencia de la razón, y reteniendo las voluntades en los límites trazados a la acción de los diversos poderes por la constitución.

El *Progreso*, su oponente político, rindiole en aquella ocasión este homenaje: «el señor Montt —dice—, es indudablemente un buen orador, y dejando a un lado las prevenciones de partido, hace honor a Chile tener hombres parlamentarios de ese temple, que cualquiera que sea la bandera que siguen, pronuncian discursos elocuentes, dignos de ser oídos en cualquiera asamblea del mundo». Sus más obstinados adversarios enmudecieron aquella vez, dominados por el sentimiento del deber que nos impone sostener la institución duradera, contra los embates del interés momentáneo.

No es necesario acudir a la relación de aquella sesión, hecha por un actor en el drama y un testigo ocular. Estos actos explicarán más que todo razonamiento, la verdadera manifestación del poder y de la influencia que ejerce, y de la energía pacífica que caracteriza a don Manuel Montt; poder que desarma la voluntad, convenciéndola; influencia que domina las resistencias, sin violentarlas; energía que detiene al mayor número en el camino extraviado. Estas fuerzas, más que las de las bayonetas, son dignas de un pueblo libre y de hombres civilizados; don Manuel Montt *temible* en un banco de la cámara, al frente de una mayoría hostil o desafecta, sin otra

arma que la palabra, sin más apoyo que la constitución y la ley, es sin duda el más digno espectáculo que puede presentar Chile ante las naciones civilizadas. Nada tendría que envidiarle a los Estados Unidos, a la Inglaterra y a la Francia, y mucho tendrían por el contrario que aprender de él los estados americanos.

Es una fortuna que en el seno de aquel cuerpo existan hombres de convicciones, de probidad y de estudios; hombres que aman la constitución, que la comprenden, que la hayan visto vivir, por decirlo así, en las aplicaciones, mediante largos días de observación personal. Y también es fortuna que se presenten ocasiones nuevas e imprevistas para que la razón avezada y la palabra convincente puedan explicar la mente y el espíritu de las determinaciones constitucionales.

El discurso del señor Montt ha sido una alta lección de derecho público: cada uno de los puntos que aclaró en él, pudiera servir para texto de un libro en comentario de nuestras leyes constitucionales; todo iluminado con el resplandor de la lógica, todo dirigido al corazón y a la cabeza por medio de los estímulos de la verdad, que siempre convence, del patético que se apodera vencedor de la sensibilidad del que escucha.

Cuando el señor Montt pronunció la última palabra de su discurso, la atención de la cámara y del pueblo había llegado a ese profundo silencio, tributo elocuente de admiración y de emociones sentidas, que a veces se nota en el templo ante las más alta verdades. Era en nombre del culto de la patria, en nombre de la salvación del país, que hablaba el orador con fe y con convicción. La conciencia manchada de los conspiradores de esa noche, sentía en cada palabra del señor Montt el diente roedor del remordimiento, y el despecho mismo de los vencidos sin réplica no encontró ni pudo usar de otra manifestación que la del silencio. Profundo silencio. Nadie osó tomar la palabra; todos los gladiadores estaban vencidos, anonadados; la

oposición se había medido y hallándose pigmea; los cedros de insolencia se arrastraban como hisopos en el silencio.

Después de estas escenas y de la conducta honorable que de parte del diputado Montt las habían caracterizado, el público le acordó la consideración que nunca niega a los sentimientos elevados y al carácter. La cámara había sido electa bajo inspiraciones que estaban muy lejos de ser favorables a don Manuel Montt. El debate parlamentario de dos años le atrajo lentamente a esos mismos miembros de la cámara, que tanta cruda oposición le habían hecho a los principios, y sería necesario suponer un alto grado de degradación en hombres como sus adversarios, si atribuyésemos a otro motivo el cambio en sus ideas, que a un sentimiento de justicia, y al convencimiento que trae al fin el contacto diario y el examen detenido de las cuestiones que dividen los pareceres. ¡A qué servirían sin esto el talento, la virtud y las luces, ni qué importarían para la mejora y progreso de las sociedades, las instituciones parlamentarias, si al convencimiento que es el objeto del debate, hubiera de oponerse el propósito concebido de antemano, y hacerse un honor cada diputado de ser inaccesible y sordo a las demostraciones de la razón victoriosa!

II

En 1840, don Manuel Montt, joven de treinta años, aparece por la primera vez en la escena política, ocupando un alto puesto y ejerciendo una influencia decisiva en los destinos del país. Hoy que podemos volver la vista sin preocupación, sobre aquella época que ya pertenece a la historia, trazaremos algunos de los principales caracteres que distinguen el período anterior, del que le ha sucedido.

Chile había sufrido todas las convulsiones que acompañan a la formación de los estados nuevos, y tan prolongadas en América que se las considera como su estado natural. A las tentativas frecuentes de conmoción, se había sucedido un gobierno que aún no tenía hasta 1840 la sanción que da el tiempo y el ejercicio regular de las instituciones. La constitución no había adquirido aún en los espíritus la fuerza de ley orgánica y de regla para la solución de todas las dificultades que trae la vida social. El gobierno, luchando aún con las resistencias, había tenido que armarse de severidad para subsistir, excluyendo de la administración a un partido en masa, agriado por la persecución, e inquieto por su seguridad.

El desarrollo de los intereses materiales de la sociedad en general, no entraba sino como un deseo en el espíritu del gobierno. Los caminos públicos estaban en el estado de naturaleza, y aún el que el gobierno colonial había abierto de Santiago a Valparaíso, yacía casi completamente destruido. La educación pública no existía, si no es en el instituto, cuyo plan de estudios se resentía aún de la escasez de los medios y de la limitación de la enseñanza. Basta echar una ojeada por los presupuestos presentados a las Cámaras antes de aquella época, y juzgar, por la exigüidad de las partidas consagradas a la apertura de caminos y a la creación y dotación de escuelas, de la importancia que estos ramos esenciales de la administración tenían entonces. La política absorbía la atención de la sociedad y del gobierno; política de pasiones agriadas por la resistencia y por la represión, sin que ofreciese para lo sucesivo esperanza de entrar en un camino más ancho.

Conveníale a Chile entonces calmar la exasperación de los partidos, fomentar la industria por la viabilidad del país, y educar las generaciones nuevas para prepararlas mejor a la vida política. Sin estos trabajos preparatorios, Chile habría seguido, como el resto de la América, dando vueltas en un círculo eterno de desórdenes, de constituciones juradas y

derogadas por la violencia, de cambios sin término, de alarmas continuas y de malestar perpetuo. Esto ha sido por lo menos la suerte que cabe hasta hoy a la generalidad de las repúblicas hermanas, y no hay razón por qué excluir a Chile de la regla general, si no queremos conceder a la ciega casualidad, lo que la inteligencia de los hombres públicos, favorecida por el buen sentido nacional, puede con justo título revindicar para sí.

Don Manuel Montt, acompañado de un gran número de ciudadanos, emprendió en 1840 sacar la política de Chile del camino en que los antecedentes la habían echado, y la candidatura del general Bulnes, ligado a los hombres que estaban a la cabeza del gobierno, y simpático a sus opositores, fue el resultado y la representación de esa política de conciliación que debía poner un término a las pasadas divisiones y comenzar una nueva época para el país.

Sin romper con los hombres notables que habían fundado el gobierno en 1830, la nueva política se consagró a atraerse a los más distinguidos ciudadanos de aquellos que hasta entonces figuraban a la cabeza de la oposición. El ministerio que inició el primer período del general Bulnes, en realización de la mente de los que aconsejaban su política, tiene tales caracteres, que los más obcecados se verían forzados a reconocer en él la sinceridad del propósito anunciado. Entraron a formarlo el más joven de los generales del partido llamado pipiolo; el más joven de los antiguos ministros del pasado gobierno, y el más joven de una de las familias llamadas peluconas. El general Aldunate, don Manuel Renjifo, y don Ramón L. Irarrázaval, llenaban todos los requisitos que podría apetecer la opinión pública y el interés del país. Moderados en sus ideas, llenos de patriotismo y de luces, sin enconos de partido, triste legado que habían dejado en los ánimos las pasadas luchas, estos colaboradores llenaban cumplidamente el cuadro que había trazado don Manuel Montt a la política, y la promesa hecha a la nación en la elección del general Bulnes.

Desde que la dirección de los negocios públicos en los diversos ramos de la administración quedaba puesta en manos tan competentes, los actos del gobierno no pertenecen a este o al otro individuo, sino que solo sirven para mostrar el espíritu general que guiaba las deliberaciones del gobierno, mediando para ello la buena voluntad con que el presidente acogía toda idea de reconocida utilidad. Así fue el primer paso de la administración borrar en las leyes todo rastro que acusase la malquerencia de los partidos, como se quería hacer desaparecer sus huellas en la sociedad. Propúsose al congreso y fue sancionada la ley de amnistía general, sin exclusión de persona, por la cual fueron dados de alta en las filas del ejército, todos los antiguos servidores de la patria que la exigencia de la tranquilidad pública o las exasperaciones de partido, habían separado del servicio.

Este acto tiene tales caracteres de grandeza y de fuerza moral, que no debemos dejar pasar la ocasión de apreciarlo en todo su valor. Como principio de administración era mostrar por la rehabilitación de un gran partido en las filas del ejército, que la era revolucionaria y de revueltas americanas quedaba cerrada para Chile, principiando una nueva época eminentemente nacional, aceptando todas las tradiciones de la independencia, lavándolas de toda mancha como un legado sagrado. Como medida gubernativa, era la muestra de la fuerza moral con que el gobierno contaba para lo sucesivo, y la seguridad que tenía de la continuación del orden, basado en las instituciones y en el respeto a las leyes. Al reincorporar en el ejército a los oficiales dados de baja, pudo hacerse esto por grados, llamando a los menos influyentes, a los menos exaltados, y haciendo excepciones que la necesidad había justificado ante la opinión, como ha sucedido en todos los países del mundo en iguales casos; pero la gloria de esta medida está en su universalidad, en la intención de hacer una reparación histórica, y en la confianza implícita puesta en la

lealtad de los agraciados. Ninguna administración anterior lo había intentado, ninguna república americana ha precedido ni seguido a Chile en esta manifestación de su fuerza moral ni de su imparcialidad.

Aun el consulado de Bonaparte, que se propuso reparar las injusticias de la república, anduvo con tiento en llamar a los proscritos; y en Inglaterra, España y otros países, sábese que han muerto en el destierro los vencidos una vez en los grandes cambios políticos. Más triste es aun la historia contemporánea de la América, y gobiernos hay en ella que tienen sembrada la tierra de sus hijos. Chile era hasta ayer el único estado americano, y acaso del mundo, si se exceptúan los Estado Unidos, que no tenía un solo desterrado, expatriado, ausente, o perseguido por causas políticas presentes o pasadas; y tan grande gloria es esta, que debemos aprovechar el momento feliz de poderlo decir sin temor de ser desmentidos. O’Higgins pudo recibir antes de morir la noticia de la reparación hecha a su nombre, y desear que al menos sus huesos volviesen a la patria hasta entonces ingrata con él; y en el momento en que el viejo soldado de la independencia echaba en Bolonia de Francia, su mirada de despedida hacia el occidente donde están las Repúblicas que libertó con su espada, Chile debió presentarse a su imaginación, digno de sus esfuerzos y de su gloria. Si Chile no ha tenido que esconder la cara cuando O’Higgins y San Martín expiraban en países lejanos, débelo parte de esa gloria a don Manuel Montt, como uno de los consejeros de la política que rehabilitó sus grandes nombres.

Después de esta grande iniciativa dada a la política del gobierno, no descenderemos sin repugnancia a los pequeños detalles administrativos que han caracterizado su marcha, sin hacer un panegírico ciego de cuanto a aquel período se liga directa o indirectamente. Aquellos cinco años debieron ser para don Manuel Montt de aprendizaje penoso, de contemporizaciones con las dificultades, de errores

involuntarios o inevitables y de estudio asiduo de los intereses del país y de los medios de promoverlos.

En vano sería querer oscurecer este hecho: ¿cuál es el hombre público de Chile que pretenda estar más iniciado, más encarnado, si es permitido decirlo, que don Manuel Montt en la política administrativa del país? Pertenecen a su época las medidas más efectivas tomadas para el desenvolvimiento de los intereses del país, refiriéndose a ellas como complemento y consecuencia necesaria, las que se han seguido adoptando para la consecución de los mismos fines. Desde entonces data la apertura y recomposición de las vías públicas, y la serie de leyes que aún no han completado nuestro sistema de movimiento y de viabilidad, pero que están ya en la mente de todos los hombres prácticos.

La separación del ministerio de don Manuel Montt en 1846, fue una condición que él se impuso cuando se hubo convencido de la ventaja que la consolidación de las instituciones reportaría con la reelección del general Bulnes. Después de haber aconsejado todas las medidas que creyó oportunas para asegurar a Chile contra las perturbaciones que hacen imposible en el resto de la América el progreso, se retiró a la vida privada, no llevando consigo sino las prevenciones con que el vulgo corresponde siempre a los grandes sacrificios. Los hechos posteriores acreditaron bien pronto la sinceridad de su conducta y de la prescindencia absoluta que se impuso en todo lo que concernía a la política. La segunda administración del general Bulnes pudo ensayar nuevos sistemas, introducir novedades administrativas, sin encontrar obstáculo de su parte. Sábese que el espíritu de algunos de los nuevos ministros le era enteramente hostil; pero sábese esto, por el conocimiento de las personas y las revelaciones de la prensa. Todos los gobiernos representativos presentan a cada paso, y casi sin excepción, el triste ejemplo de ministros que al descender del gobierno, inician una cruda oposición contra ese

mismo gobierno de que no forman ya parte, naciendo de aquí las aberraciones políticas de que tan tristes ejemplos han dado los hombres públicos más eminentes.

Don Manuel Montt, presidente de la cámara de diputados desde 1846 adelante, no abusó jamás de su situación para oponer obstáculos a la marcha administrativa que seguían ministros conocidamente empeñados en miras y fines que no le eran simpáticos. Frecuentes fueron las veces que proposiciones e interpelaciones hostiles a la política seguida con su apoyo o asentimiento, hubieran podido traer serios conflictos. La prensa se desencadenó a veces en recriminaciones en que él podía ver la expresión de propósitos que venían de más alto, sin que obtuviesen de su parte ni justificación ni represalia.

Su reaparición en la política militante en 1849 no fue menos franca ni menos noble que lo había sido su abstención voluntaria en 1846. El ministerio que le había sucedido se preparaba sin resistencias de la parte de la sociedad que no era afecta a su marcha política, a cimentarse de una manera estable por la renovación del personal de los cuerpos constituidos, llamando a ellos personas que sirviesen a este fin. Tanto ha debatido la prensa estos puntos, que nos será, bien a nuestro pesar, permitido recordarlos. Sábese que las listas para la formación de la nueva municipalidad de Santiago comprendían un gran numero de las mismas personas que entraban en las listas de la nueva cámara de diputados, y que a merced de vínculos de familia que estrechaban a unos diputados y municipales con los otros, se cometía el error de reducir el gobierno a un círculo estrechísimo de personas, vinculando en ellas todos los poderes influyentes del estado.

La alarma fue general, y la opinión pública se preocupó con justicia de este encadenamiento de unos poderes con otros, que haría imposible introducir en la nueva administración toda idea que no partiese del centro que se proponía imprimir el movimiento. Todas las miradas se volvieron a don Manuel

Montt, y sus más fervientes amigos deploraban el culpable abandono que hacía de los intereses públicos en momentos tan premiosos y decisivos. Y en verdad, tal era este abandono, y tal su propósito de no oponer trabas de ningún género a la marcha que seguían sus adversarios políticos en el ministerio, que muy pocos días antes de verificarse las elecciones de diputados, no existían otras listas que las que habían formado los amigos políticos del ministerio Vial. Este es un hecho sabido de todos, y que por su evidencia nadie se atreverá a oscurecer.

Arrastrado por sus amigos, don Manuel Montt se decidió en los últimos momentos a acercarse al Presidente de la República para pedirle, a nombre de sus amigos políticos, le hiciese conocer las listas de diputados que habían obtenido el asentimiento del gabinete. El examen de estas listas hacía presentir los gravísimos inconvenientes que iban a surgir bien luego. No era el menor de ellos, la falsificación de los objetos de la discusión, por la aglomeración de personas en la cámara unidas entre sí por vínculos de familia, incompatibilidad que la constitución no ha podido prever, porque solo en nuestros países puede ocurrir ejemplo de ellas. Formábanlas en gran parte hombres sin antecedentes conocidos, y excluíanse de ellas muchos otros que se habían formado por el trabajo constante de muchos años, y el estudio de los negocios. Don Manuel Montt propuso, pues, sin indicar la separación de ningún individuo, que se incorporasen en las nuevas listas, a don Ramón L. Irarrázaval como senador, y a los señores García Reyes, Fernando Lascano, Manuel Antonio Tocornal, Antonio Varas, Pedro Palazuelos, como oradores de reconocidos talentos, versados ya en la discusión de los negocios públicos. Si el presidente hubiese creído posible aceptar tan ligera modificación, que ningún interés personal aconsejaba, acaso la inacción de don Manuel Montt hubiese continuado hasta hoy, pues no es creíble que cuatro diputados, independientes de la influencia de sus adversarios, bastasen para contrarrestar en la

cámara la inmensa mayoría que quedaba siempre eslabonada con la municipalidad por la elección doble, y con el ministerio por toda clase de vínculos y de simpatías. Su ánimo debió ser, no dejar privado al país en las nuevas cámaras, de las luces y talentos conocidos de hombres acreditados; su ánimo debió ser dejar expedito el camino para una discusión franca, completa y razonada de los diversos asuntos de interés público que debían someterse a esa cámara, calculada por el personal de que las listas se componían, para ser la expresión unánime de un solo y exclusivo modo de ver las cosas.

Deseoso el presidente de evitar todo conflicto con la política que había iniciado su ministerio, defirió a sus consejos la resolución del asunto. Don Manuel Montt, no habiendo obtenido su laudable objeto, le anunció con la franqueza que ha caracterizado sus actos, que se creía en el deber de hacer oposición a las listas, en la parte necesaria para introducir en la cámara aquellos individuos que por ningún motivo debían ser excluidos de la representación a que los llamaban sus conocidos antecedentes y su capacidad indisputables. Y en efecto, la oposición improvisada en el mes de mayo, y que forzó en junio al ministerio a dejar las carteras, se circunscribió a algunos departamentos solamente, y la lista de oposición solo se compuso de algunos de aquellos cuantos individuos.

Las tenaces luchas que siguieron en la cámara de diputados, y en las que se vio envuelta la municipalidad de Santiago, por el capital error de confundir en unas mismas personas intereses tan diversos, no produjeron otro resultado que hacer más sensible la influencia moral que el diputado Montt ejercía sobre la opinión pública, y a poner de relieve las cualidades que lo distinguen, concluyendo por ofrecerle en las discusiones parlamentarias, un campo digno de sus talentos como orador, como hombre público, y como individuo particular, pues la rectitud de sus miras, la probidad de sus actos, y la franqueza de sus opiniones, no han sido puestas en

duda por ningún hombre serio, cualesquiera que por otra parte sean los puntos de disentimiento que lo separen de él en ideas políticas.

III

Después de terminada la guerra de la independencia, los estado americanos quedaron largo tiempo oscilando bajo la influencia de los hombres de acción que la lucha había suscitado. Este estado transitorio entre la antigua dependencia de un gobierno extraño, y la fundación y afianzamiento de las instituciones nacionales, se ha prolongado indefinidamente en unos países, y en otros producido resultados funestos que aún hoy, después de cuarenta años, hacen problemática la subsistencia de instituciones regulares y permanentes. Era la obra de las nuevas generaciones, preparar por el estudio del derecho y de las ciencias políticas, hombres nuevos que imprimiesen a los negocios públicos la conveniente dirección. El sistema colonial de que habíamos salido repentinamente, era ante otra cosa, vituperable por la ineptitud en que mantenía a los colonos para la gestión de sus propios intereses, por la ignorancia general a casi todas las clases. Las instituciones democráticas que nos dábamos, eran o una burla hecha al buen sentido, o un abismo cavado bajo nuestras plantas, si no se trataba desde luego de llenar el vacío que existe entre el derecho de expresar la voluntad del ciudadano por medio del voto, y la incapacidad de comprender los intereses de su país, a causa de la extrema ignorancia.

Esta parte de los elementos que estimulan la prosperidad y sostienen la libertad de una nación, por el desarrollo de la inteligencia del mayor número, era en Chile en aquellos tiempos la más atrasada. Los hombres que presidian a los

negocios, tenían más bien aspiraciones al bien que ideas fijas sobre la manera de cimentarlo. Nuestros establecimientos de educación estaban en la infancia, o lo que era peor todavía, eran ellos mismos, por su organización defectuosa y sus estudios incompletos, un obstáculo a la difusión de los conocimientos necesarios. De manera que seguir la marcha que la instrucción pública ha llevado en todos los ramos, sería seguir paso a paso la marcha de aquella trasformación necesaria e indispensable que experimentaba el espíritu que debía inspirar la política de los gobiernos; y muy notable circunstancia para el fin que nos hemos propuesto en este opúsculo, sería hallar en estos progresos y transformaciones, figurando de un modo trascendental al mismo individuo que más tarde, elevado a la categoría de hombre público, debía ensayar los medios de hacer efectivas las instituciones democráticas, dando a la educación pública todo el ensanche que las naciones más adelantadas del mundo solo han logrado dar.

Si el sistema de educación popular propuesto por don Manuel Montt llega a realizarse en la extensión y con los medios por él propuestos, Chile se colocará bien pronto en este ramo a la par de las tres o cuatro naciones más adelantadas de la tierra, y debe decirse en su honor, que las ideas emitidas por él, lejos de tener en vista una popularidad efímera, son el resumen, por decirlo así, de toda su vida, y el resultado de todos sus estudios. Para hacerlo sentir, no necesitamos más que recorrer los escalones por donde ha llegado pacíficamente hasta el punto que a los ojos de sus conciudadanos hoy ocupa.

El nombre de don Manuel Montt aparece en las listas de alumnos del instituto nacional desde 1822. Sus compañeros de estudio recuerdan desde tan temprana época, pues no debía contar más de doce años de edad, los hábitos de circunspección y de sobriedad que le hicieron anticiparse en su entrada a la vida pública a la época ordinaria más ejemplar.

En aquellos tiempos en que la instrucción dada en el instituto estaba circunscrita en límites reducidísimos y a fórmulas invariables, el alumno Montt emprendió, en despecho de la práctica común, cursar a un tiempo las clases de teología y de derecho. Lo que hoy sería un hecho vulgar, era entonces tal vez único y espontáneo, a punto de poner a prueba la rigidez del rector, y no lograr el asentimiento, sino a fuerza de justificar por los brillantes resultados obtenidos, en ambas clases, aquella acumulación de estudios.

En 1828 fue nombrado inspector, y su celo y discreción en el desempeño de funciones tan delicadas, le atrajeron bien pronto la atención de todos los hombres interesados en el progreso y mejora de aquel establecimiento.

A principios de 1832, fue llamado a desempeñar las funciones de vicerrector del instituto, dejándose sentir desde luego en la administración y en la disciplina interior, la presencia del asiduo joven, que a costumbres irreprochables, instrucción superior y talentos reconocidos, reunía una asidua contracción al desempeño de las funciones de su cargo, cualidades todas que hacen, no solo soportable sino grata, la sujeción y la obediencia.

La época en que se le encomendaba esta tarea era la menos propia. Las conmociones políticas que desde 1829 tenían dividida la sociedad, habían infiltrado su mal espíritu hasta aquel recinto, donde parece que no debieran hallar asilo. La juventud ardorosa siempre, y ansiosa de agitación y de movimiento, remeda, digámoslo así, las pasiones de la sociedad adulta, y ha habido una época común a toda la América, a Venezuela, a Buenos Aires y a Santiago, en que los estudiantes, mal establecidos aún los institutos de nueva creación, rompían con facilidad las ligeras ataduras de la disciplina escolar, sin la cual no puede haber enseñanza posible, y se abandonaban a actos de turbulencia, que no pocas veces han suscitado conflictos y dificultades. En 1833 tuvieron lugar en el instituto

desordenes que forzaron al gobierno a tomar medidas vigorosas, para restablecer la disciplina, y el vicerrector, ayudado de una comisión nombrada al efecto, se propuso y consiguió en poco tiempo atraer a los jóvenes a sentimientos de orden, despertando en ellos el amor al deber, alejando de sus espíritus toda idea extraña a los objetos de estudio, e imprimiendo a la enseñanza una nueva y más fecunda dirección. Desde entonces hasta el presente el instituto nacional de Chile ha sido un modelo digno de parangonarse con los primeros establecimientos de su género, por el buen espíritu que ha animado a las sucesivas generaciones de educandos, espíritu que se perpetúa como una tradición que ha contribuido a darle la celebridad de que goza, y a inspirar la confianza a los padres de familia.

Poco después don Manuel Montt abrió por la primera vez la clase de derecho romano, cuya falta había hasta entonces dejado incompletos los estudios preparatorios para la carrera del foro. Estudios severos y seguidos con tesón, lo habían puesto en aptitud de introducir este importante ramo de la jurisprudencia que puede considerarse como el fundamento de toda la legislación moderna.

Sus discípulos han tenido ocasión después, de recordar aquella exposición de las cuestiones más arduas, en un lenguaje preciso y compendioso, que fijando claramente las ideas, aleja toda confusión y disipa toda duda, satisfaciendo al mismo tiempo las exigencias de los espíritus menos perspicaces; cualidades que más tarde ha mostrado como orador en la tribuna, y como escritor en la redacción de documentos oficiales, en los que la ambigüedad de las frases, o la confusión en las ideas, puede dar lugar a embarazos y dificultades trascendentales.

En 1835, fue nombrado rector del instituto, tal era ya la reputación de que gozaba y la consideración y respeto que había sabido conciliarse. Es escusado detenerse a indicar las

mejoras y desarrollo que tomaría todo lo que al instituto nacional tenía relación. Su organización recibió por entonces y durante los años subsiguientes la última mano, haciéndose efectivas por una práctica constante, todas las medidas y disposiciones indicadas de antemano, pero que necesitaban la acción del tiempo para cimentarse y robustecerse. Desde esa época, pasadas y olvidadas las fluctuaciones de los primeros tiempos, el instituto ha marchado de progreso en progreso, hasta llegar al grado de perfección a que ha alcanzado hoy. Tan nobles trabajos en la enseñanza del derecho y en la dirección del instituto, le abrieron el camino en 1839 a la Suprema Corte de Justicia, como fiscal, y a la administración pública, en 1840, como ministro de gobierno; y sin duda que pocas carreras pueden presentarse entre nosotros tan temprano comenzadas, con tanta asiduidad y tesón seguidas, y tan dignamente terminadas. Don Manuel Montt es el primer ciudadano que se ha elevado de grado en grado desde la modesta condición de estudiante hasta el ministerio de instrucción pública, por el camino que han seguido Villemain, Salvandy y tantos otros en Europa, el profesorado y el rectorado de los institutos de educación nacional. Él ha dejado una carrera noblemente recorrida, abierta a las aspiraciones legítimas del talento y de la laboriosidad. Llevaba al ministerio el amor por la difusión de los conocimientos que le había servido de escala, el estudio práctico de las dificultades que aún embarazaban la enseñanza, y el deseo ardiente y el propósito firme de remediarlas. Bajo este respecto el ministerio de la instrucción pública desempeñado por don Manuel Montt, es un grande acontecimiento que ha hecho dar un paso inmenso a Chile, adelantándose a los demás estados americanos.

Dos grandes medidas administrativas encierran como en dos límites extremos toda la carrera abierta en Chile a la regeneración nacional por las ideas. La Escuela Normal de Profesores de enseñanza primaria y la creación de la

Universidad de Chile. Por la primera se echaban los cimientos de la educación popular, generalizada a todas las clases de la sociedad, creando el instrumento de propagación de la enseñanza, que es el maestro de escuela. Esta medida, tomada sin aparato, sin ostentación, y llevada a ejecución con solicitud y perseverancia, respondía a todas las exigencias de nuestras instituciones democráticas; y el proyecto de ley presentado a la cámara por don Manuel Montt en 1850, para generalizar la educación popular, cuyas bases había echado en 1842 por la creación de la Escuela Normal, será para su autor en todos tiempos la profesión de fe política de su manera de comprender y practicar las instituciones democráticas. Los que de más liberales blasonan, y los que se hacen un mérito de su consagración a los intereses del pueblo, hallaron demasiado liberal, demasiado democrática, y demasiado anticipada, la ley que establecía la *igualdad* de educación para todos los habitantes de Chile, y la *igualdad* de contribución, en proporción de los haberes de cada uno.

La creación de la Universidad tenía por objeto poner en evidencia y en actividad todo lo que en luces y talentos puede ostentar el país. Poco podía esperarse obtener directamente de una institución puramente honorífica, pero los resultados indirectos han sido grandes y han dejado plenamente justificado el pensamiento que inspiró su creación. La difusión de los conocimientos se hacía por ella más activa, abriendo y ensanchando la carrera de las letras, dándole aplicación, estímulos, gloria, únicas recompensas que pueden ponerse al alcance del talento.

Mientras se trazaba así el plan de un sistema general de progreso moral e intelectual, don Manuel Montt se ocupaba de estudiar el sistema penitenciario, a fin de introducir en el país las mejoras que la civilización ha hecho prácticas, llevando así la moralidad y el progreso a los focos mismos de corrupción, proponiéndose curar la parte gangrenada de la sociedad, y

preparándose, por la creación de nuevos medios de represión y de castigo que trajesen la enmienda y la rehabilitación de los delincuentes, para la abolición y mejora de nuestra penalidad defectuosa en su esencia y sus medios, llevando a efecto la construcción de la cárcel penitenciaria. Los que han conocido lo que era la prisión llamada los carros, la dura condición de los que la sufrían, y la imposibilidad de introducir en ella ningún género de régimen moralizador, podrán apreciar cuan bien calculada era la construcción de la penitenciaría, y cuan propia del mismo hombre que con tanto tesón se consagraba a mejorar la condición de la sociedad regenerándola por medio de la instrucción. Se empleaban diversos medios, pero se marchaba al mismo fin. La educación debía mejorar, moralizar las nuevas generaciones, ponerlas a cubierto de los gérmenes del crimen, y el sistema penitenciario debía también mejorar, moralizar las generaciones ya formadas, castigando al criminal y abriéndole al mismo tiempo el camino a la rehabilitación, para que vuelva a ser miembro útil a la sociedad.

Uno de los grandes obstáculos que se oponen a la difusión de los conocimientos es la escasez de libros, y Chile es desde 1840 adelante la sección americana que los ha producido en mayor número, sobre mayor variedad de materias, y con mayor aplicación a la enseñanza de la juventud.

Los pocos pero capitales hechos que hemos expuesto a la consideración de nuestros compatriotas, bastan a nuestro juicio para fundar las predilecciones que nos hacemos un honor de tener por la candidatura de don Manuel Montt. Si aquellas grandes medidas no bastan para caracterizar el hombre de estado, el administrador inteligente, el patriota ardoroso, el obrero infatigable, confesamos que no comprendemos cuáles son las cualidades que hayan de buscarse en los ciudadanos para encargarlos de regir los destinos del país, en un período sobre todo que no requiere sino pulso para mantener a tranquilidad, voluntad para abrir las fuentes de la riqueza, y

perseverancia para terminar la obra ya comenzada. ¿Qué es en efecto lo que a Chile falta hoy? Tiempo y continuación de la paz interior. Sus costas están surcadas por el vapor, habilitados todos sus puertos, y asegurado un mercado inmenso para sus productos.

Están ya en actividad, trazadas o en vía de ejecución, las vías principales de comunicación que han de llevar el movimiento a todas partes. Un ferrocarril en vísperas de ser abandonado al público, y otro más fecundo en beneficios, a punto de quedar delineado. Líneas de telégrafos eléctricos han sido ya concedidas por el gobierno, a empresarios que han habituado al país a creer realizado todo lo que proyectan. La educación pública tiene ya expedito su camino para descender hasta la cabaña del labrador, por los numerosos establecimientos que la distribuyen, por los maestros competentes que la dan, y por los libros numerosos que contienen sus preceptos. La alta enseñanza cuenta con un instituto permanente, que ha merecido para su complemento, que se construya el más vasta edificio levantado en Santiago y hoy apenas suficiente para contener los millares de estudiantes que cursan sus numerosas aulas, sin que haya precedido a Chile otro pueblo americano, en consagrar sumas enormes, como la piedad solo pudo hacerlo, a este primordial objeto de un gobierno ilustrado. El soldado tiene hoy sus colegios donde aprende las ciencias que hacen efectivo e inteligente el valor en la guerra. Repletos están nuestros almacenes de todos los elementos de defensa, en que la dignidad y el interés nacional pueden reposar tranquilos, contra agresiones exteriores, y la ciencia que nuestros jóvenes ingenieros no podían encontrar en el país, han ido a buscarla a Europa, y puéstola ya al servicio de nuestros ejércitos.

La prensa se ha hecho el órgano poderoso de la discusión de los intereses nacionales, y el bien, el mal, la tranquilidad como la agitación, el error como la verdad, circulan por ella, y con

más extensión que la que pueblo ninguno del mundo ha alcanzado, sino son los Estados Unidos, donde las costumbres públicas hacen las veces de leyes represivas. En Chile no ha habido en diez años diez acusaciones de escritos periódicos por causas políticas, ni tres condenaciones definitivas; y este hecho, luminoso como el sol, desvanece los cargos de represión hechos a cada momento.

A tantas ventajas reales adquiridas o en camino de realización, añadamos la emigración europea que invade, cual fertilizante aluvión, las hermosas campiñas del sur, y que traerá en breve para el adelanto de la industria por la práctica, lo que la escuela de Artes y Oficios se propone introducir por la enseñanza, las artes, las máquinas, los procederes y los amaños con que la ciencia ha habilitado a las naciones industriosas para llegar al grado de opulencia que hace su grandeza. El hecho se deja ya sentir.

Nuestro crédito está elevado en Europa a la par y aun más alto del de las más grandes y poderosas naciones de la tierra; nuestro nombre, repetido por todos los ecos del mundo, como la honrosa y duradera excepción a la común inestabilidad de los gobiernos de América; la paz cimentada con todas las naciones, menos por la ostentación de una descortés y quisquillosa susceptibilidad, que por el sentimiento de la dignidad y de la rectitud de intenciones y de propósitos, templada por una buena voluntad constante y sincera para con todos los otros gobiernos.

En fin, como si la Providencia premiara tanto esfuerzo, la industria minera sigue echando de las entrañas de la tierra, torrentes de metales preciosos que llevan la vida a todas partes. ¿Qué es lo que nuestros ojos presencian en Santiago a la hora que esto escribimos? La vieja ciudad colonial demoliéndose para ceder el lugar a cien palacios que la prosperidad levanta, delineados por el arte, embellecidos por el buen gusto y adornados por la opulencia. No parece sino que la

capital a la víspera de una gran fiesta, se engalana y transforma para presentarse digna de la nueva época que va a abrirse para Chile. La nueva presidencia es el complemento de las que la han precedido, la realización de lo que está ya en proyecto, la perfección de lo que se está ejecutando. Trasportémonos con el pensamiento al año 1855, y demos por realizado lo que solo la guerra civil puede estorbar:

La capital embellecida, reedificada por la riqueza que se desenvuelve;

Dos caminos de hierro en pleno ejercicio;

Dos grandes líneas de telégrafos eléctricos ya concedidos a Wheelwright;

La moneda dotada de poderosas máquinas e inundando el mundo con los millones de la plata de nuestras minas;

Nuestras costas llenas de vapores;

Nuestros terrenos baldíos poblados por colonos europeos;

Nuestros diarios, los más instructivos, noticiosos, y extensos de la América del Sur;

Realizada por completo la ley de instrucción pública que señala una escuela de hombres y otra de mujeres para cada dos mil habitantes;

El comercio de tránsito establecido;

Las leyes de aduana simplificadas y reformadas;

El estanco abolido;

Las rentas públicas aumentando de medio millón por año;

Un presidente ciudadano, elevado al poder por el estudio del derecho, por la elocuencia en la tribuna, por la firmeza en el gobierno, por la rectitud en las intenciones, por la probidad en las costumbres.

Imaginemos todo esto, y habremos hecho el programa de la candidatura de don Manuel Montt, sin promesas engañosas, sin

pomposa ostentación de principios democráticos que se despiertan como de un sueño cuando se acercan las elecciones, y vuelven a dormir inactivos, egoístas, cuando no hay interés personal en hacer alarde de ellos.

Tal es la candidatura que proponemos a nuestros compatriotas, candidatura de progreso, de orden, de afianzamiento de las instituciones, de trabajo en la cosa pública, de distinción y estímulo para el talento y la integridad; candidatura que traen ya los hechos consumados y que piden los trabajos, leyes, y mejoras que están en vía de ejecución; candidatura pacífica, ciudadana, apoyada por la propiedad, como por la inteligencia; candidatura verdaderamente nacional, porque sale de lo íntimo de nuestros antecedentes, de nuestras instituciones, de nuestros progresos realizados, y de nuestros proyectos de mejora; candidatura, en fin, sostenida por todas las influencias legítimas que cuenta el país, por el comercio nacional y extranjero, por la propiedad, por la juventud ilustrada, por el clero, por el gobierno, por el ejército, por la prensa, por todas las ideas y por todos los intereses.

Anécdota sobre
Don Manuel Montt
(*Tribuna* de 27 de junio de 1851)

Ayer se paseaban por las calles de Santiago grandes grupos de hombres victoreando al general Cruz, desde la hora temprana de la mañana en que los que votaban en su favor creyeron oportuno protestar. Aquellos grupos marchaban en orden, mezclados de niños animados por la vivacidad del espectáculo y la irritación de las pasiones. En la calle de la Bandera se encontraron con una gruesa partida de granaderos a caballo que venía en marcha en sentido opuesto. Un momento de vacilación hizo aflojar el paso; pero como viesen que los viejos veteranos no tenían intenciones hostiles, continuaron animándose con la voz: *¡adelante, ciudadanos!* Gusta el pueblo de esta clasificación honrosa y republicana, y la repite para darse la conciencia de su importancia. Esta procesión, dirigida por algunos jóvenes entusiastas, no salió en todo su tránsito de los términos prescritos por la ley.

De regreso otra escena más importante les aguardaba en la calle de los Huérfanos. Cuando la cabeza de la procesión entraba en dicha calle, don Manuel Montt, acompañado de don Cirilo Vijil, venía al encuentro. Detúvose en la librería de Yuste, parado en la puerta, para dar paso a los grupos. El momento era solemne. Alguno lo señaló a la multitud, que empezó a

detenerse en la vereda de enfrente para conocerlo, porque visiblemente, la mayor parte no lo conocían personalmente.

Estábamos vueltos hacia los grupos, acertando a pasar en aquel momento, y podíamos estudiar el juego ingenuo de las fisonomías. La primera impresión era la de la sorpresa mezclada de admiración y de respeto. Largo rato prevaleció el silencio más completo. Algunos jóvenes vestidos de levita que iban intermezclados con los grupos, guardaron el mismo silencio decoroso. Al fin la escena se prolongaba, la masa de espectadores se iba aumentando a medida que llegaban los que más atrás venían en marcha.

Un muchacho con una cara de risa gritó tímidamente *¡viva Cruz!* que era el grito del grupo, y una docena de voces bien llenas lo secundaron. Entonces hubo un grito general *¡viva Cruz!* dirigido como un reto o un reproche al candidato adversario; pero sin ninguna otra expresión descomedida.

Alguien aconsejó a don Manuel Montt entrar a la librería a fin de sustraerse a la excitación; pero parece que el objeto de esta solicitud tiene un poco de acero en los nervios. Púsose en movimiento, y siguió su camino, abriéndose paso por entre la muchedumbre que se apartaba sin hostilidad a su encuentro, mientras que los que lo veían de atrás marchar, se mostraban llenos de admiración y casi complacidos de ver su entereza. Creímos que entrara a la vecina casa de don Custodio Gallo, donde había reunido un gran número de sus amigos; ¡pero cuál no fue la sorpresa de los que lo seguían a corta distancia, al verlo pasar de largo, y arrostrar el torrente de la procesión que continuaba desembocando de la calle de la Bandera!

¡He aquí un hombre a la medida del pueblo! No se quedó corto, ni evitó el contacto de sus adversarios políticos; al mismo tiempo que aquellos grupos, elevándose a la altura de un pueblo culto, no desmerecieron por ningún desmán medirse con su digno rival. Viendo el pueblo su entereza y paso seguro,

gritó a su espalda: *¡viva Montt!* y un prolongado aplauso siguió a su marcha.

Necrología de don Manuel Montt

(*Nacional* de Buenos Aires de 23 de septiembre de 1880)

Ha muerto, según lo comunica un telegrama, don Manuel Montt, a la edad de setenta años, por veinte años presidente de la Corte Suprema, diez presidente de la República, y por diez antes ministro o director de la política del gobierno de su país.

Si hubiéramos de buscarle prototipos, no los hallaríamos en las repúblicas, sino en Pericles, de la democracia de Atenas, aunque el género de su acción se asemeja más a la de Richelieu o de Mazarino, que echaron los cimientos de la nación francesa; pues los Pitt y los Palmerston, por más años que ejerzan su influencia sobre la política inglesa y los sucesos humanos, no tienen por incumbencia constituir una nación, como ha sido la piedra de Sísifo de los hombres de estado de la América española, durante setenta años de tentativas de todos, desde Bolívar el primero, hasta Rivadavia el último; excepto para don Manuel Montt, poco acariciado y menos aclamado por sus contemporáneos; pero que habiendo constituido el gobierno y la administración política de Chile, en veinte años seguidos de trabajo, sobráronle todavía veinte para sentarse tranquilamente bajo el dosel de supremo juez, del *Chief Justice* de la Suprema de Chile, a juzgar las causas pendientes por los códigos con que había dotado a su país, con la ciencia del

derecho romano que había como profesor del Instituto difundido, con la probidad, que desde sus primeros pasos adquirió en la tradición de la rectitud y en el respeto debido a los tribunales que la administraron recta y ajustada a la ley.

El señor Barros Arana, juez muy competente en nombres históricos y en achaque de eminencias políticas, precavía a un presidente argentino, contra los juicios exagerados de Sarmiento: «Montt —decía—, es un hombre notabilísimo de Chile, pero no es tan grande hombre como él lo supone».

Cuando divisamos en espíritu flamear punto menos que sobre las fortalezas del Callao, la bandera del estado que sacó del caos colonial la política de Montt hace cuarenta años, preciso es concederle la palma en materia de organización.

Los chilenos de hoy se olvidan que colocado Chile al respaldo de los Andes (*¡ab oriente lux!*) sería absurdo suponer que, desde 1840, brotasen allí de sí mismas y como planta nativa o araucana, ideas de gobierno, viabilidad que acabó por ferrocarriles y telégrafos, codificación de las leyes, educación primaria, aclimatación, universidades, academias militares, etc., etc., mientras toda la América colonial seguía bajo la rutina del pasado. Si bien todos estos elementos de gobierno y de desarrollo se habían o se iban manifestando en Europa, a Chile cupo la iniciativa de ensayo y adopción, y esa iniciativa fue el patrimonio político de Montt.

Igual cargo puede hacerse a los políticos argentinos, muchos de los cuales ayudaron a Montt en su laboriosa tarea de dar formas a una sociedad, tal como la habían constituido sus antecedentes coloniales.

¿Qué tienen que oponerle los argentinos? ¿Rivadavia? Pobre hombre de estado que inicia algo, mucho, todo, dada su época de 1820 a 26, y nada asegura sino la tiranía de Rosas por veinte años, como los liberales franceses crearon imperios de soldados, en lo trascurrido de este siglo, cada vez que creyendo

servir a la libertad, derrocaban incompletos, pero posibles gobiernos.

El *Nacional* trascribe, traducida de un diario de Londres, la noticia que allí se da de la reciente pacificación de nuestra República Argentina, que «estuvo a punto de volver a las andadas —dice el diario—, con la antigua querella resucitada de porteños y provincianos, cuando el buen sentido del pueblo trajo la calma, etc.»

Nuestra política es ya tan vergonzosa, tan indigna, que aun la crónica se encarga de ocultar nuestras miserias, para que no se conozcan a lo lejos, y va a verse luego el fenómeno que solo en los tiempos de exaltación religiosa se vio, de pueblos en masa, mintiendo milagros y prodigios de que todos se dan por testigos. No es cierto que un día de julio se dio una sangrienta batalla en nombre de la libertad en los alrededores de Buenos Aires. *¡Chit!* Mentira que su gobierno municipal haya estado sublevado contra el de su país. *¡Chit!* Calumnia que haya sido gobernador Moreno, en un interregno sin nombre, *¡Chitón!* ¿Quién va a contar afuera de tales historias increíbles a fuerza de ser absurdas, y pueriles los hechos? ¡Si alguien los cree, cállelos, que tales hechos son como reyertas de pulpería, o escapadas de ganados bravíos!

Y aun así podemos consolarnos los argentinos. Si echamos una mirada sobre el majestuoso río cubierto de naves hasta donde la vista alcanza, entrando y saliendo los vapores diariamente de todos los cabos del mundo; si contemplamos los magníficos edificios que por millares decoran la gran ciudad; si vemos el vestir de las gentes afanadas como negras hormigas en las aceras; si nos dejamos llevar por el torrente de gentes que se engolfan en tres teatros y óperas, nos sentimos ciudadanos de una gran ciudad, pueblo culto, rico, laborioso y artístico. Nadie, fuera de esta lonja de tierra en que están Montevideo, Buenos Aires, Santiago y Valparaíso, puede en América decir otro tanto, y nadie más alto que Buenos Aires.

¡El resto de la América española es un tremendo, terrible naufragio! Perú y Bolivia, Ecuador, Venezuela y México, son nombres geográficos que no representan nada como naciones, como gobiernos. ¿Estamos constituidos nosotros? ¿Por qué esperar que lo estén mejor ellos? Las razas indígenas, dan, en casi todas aquellas porciones de habitantes, el mayor contingente de ciudadanos nominales; y como la minoría mínima, culta, blanca y fijadalgo, lo es sobre los resabios de la antigua colonia, y con la incapacidad política, ingénita a la raza que estropeó Felipe II y aterró la inquisición, cada sección americana se entrega a ensayos de gobiernos de libertades *sui generis*, que dan una Bolivia, trasmitiéndose el poder por el asesinato regular y constituyente, como lo era antes en Rusia; un Paraguay que se extingue abrasado por el fuego del patriotismo salvaje en defensa del aislamiento y el despotismo asiático; una Venezuela con mil cuatrocientos generales; un México con medio millón de salteadores en los caminos. ¡Olvidemos al Perú, y no hagamos al Uruguay los feos de la olla a la sartén!

Don Manuel Montt constituyó el gobierno de Chile bajo el plan de una república lo menos democrática posible, a fin de conservar a la clase más culta y rica, su legítima influencia en el gobierno.

El ejército venía de antemano dejando de ser, como en el resto de la América, juez supremo de elecciones, y creando la escuela militar, fuelo trasformando en fuerza inteligente, un poco aristocrática y muy conservadora.

Con estos elementos emprendió la más ingrata tarea en América, que era hacer que se cumplan las leyes; y lo más imposible todavía, que *por quítame allá esas pajas*, se dejara de apelar a la revolución. Si alguien oye a un diario indicar un abuso, es seguro que el remedio está ahí indicado: una revolucioncita; y si la revolución se consuma, el gobierno se cuidará de darle su sanción moral, dejando creer que es un

pecado tener razón con la fuerza, lo que prepara otras y otras revoluciones.

Veinte años duró aquella tremenda lucha, hasta que al fin se crearon hábitos de orden, de respeto a las leyes, y aun al sentido común; y cuando el resultado estaba obtenido y la obra terminada, el gobierno pasó a manos de sus adversarios políticos, sin sacudimientos; y estos adversarios, el partido que gobierna en Chile hoy, encontró una fábrica de gobierno que obedecía en efecto al gobernalle; un pueblo libre hasta donde pueden serlo los nuestros, y costumbres de orden que hacen a los chilenos creerse los ingleses de América.

Otra cosa descubrieron los detractores de la política de don Manuel Montt, al dejar el gobierno, y es que en veinte años de influencia omnipotente, teniendo en jaque partidos irreconciliables, sofocando quince motines y revoluciones, poniendo a cada momento la capital bajo el estado de sitio y no economizando las medidas enérgicas, ningún ciudadano fue ejecutado, ninguno despojado de su fortuna, ninguno desterrado fuera del país, con lo que podía responder riendo con desdén, el cargo de tiranía, etc.

Este mismo descubrimiento hicieron en Europa al terminarse la guerra de secesión de los Estados Unidos, y consistía en que, sin hacer concesión alguna a los insurrectos, como es nuestra práctica de pactar con las resistencias y no estatuir ni acabar nada, el gobierno de Washington no había necesitado ejecutar otros revolucionarios que los asesinos de Lincoln.

Lo que ha dejado don Manuel Montt, al otro lado de los Andes, es un gobierno, un organismo político que hace de Chile la única nacioncilla (perdónennos el diminutivo, el orgullo de estos nuestros heroicos estados, la mayor parte de dos millones de hombres, o de cuatro si son indios) que haya pasado la época de la acción volcánica que atraviesa todo el resto de la

América.

Sale de los límites de un tributo a la memoria del único hombre de gobierno que haya fundado un estado en América, hacer en país extraño su biografía. Era un jovencillo de Petorca, villa pequeña de Aconcagua, que distinguiéndose en el instituto universitario por su seriedad y aplicación, fue creado bedel, secretario y más tarde rector. Como resultado de sus estudios, teníasele por un gran jurisconsulto; pero su gran cualidad como político, era la entereza de su carácter, que es lo que constituye el hombre público. El fondo de sus ideas era liberal, como lo han mostrado todas las instituciones que creó, pero huía de remodelar la sociedad, como lo pretendían hasta ahora poco los publicistas europeos, nuestros guías y mentores. La constitución de Chile no admitía la libertad de cultos, porque la masa de los habitantes es católica y la emigración no acude al Pacífico; pero en Valparaíso, donde hay extranjeros, hay capillas de diversos cultos tolerados y un grande oriente masónico.

Como un título de estimación personal para los argentinos, debemos recordar que aquel político chileno, al parecer tan chileno, tuvo especial cuidado de aprovecharse de cuanta aptitud descubrían los emigrados argentinos, para mejorar la administración o realizar innovaciones. Fueron secretarios de intendencias, que tanto valía ser intendentes de provincia, don Juan Godoy, el doctor Delgado, el doctor Aberastain y el doctor Alberdi; jueces de letras los doctores Rojo, Ocampo; secretario de marina don Demetrio Peña; director de escuela náutica el doctor Gutiérrez; de educación, D. F. Sarmiento; y la prensa oficial, y aun la de los partidos opuestos, sirvió de tribuna, escuela y pasar, a un gran número de argentinos, hoy o antes distinguidos en su patria.

La amistad personal con el que estos recuerdos escribe, ha durado hasta el borde del sepulcro, conservando ambos la estimación que los unió en despecho de la diversidad de

situaciones, justificada cuando se igualaron, pero siempre de acuerdo en los principios liberales prácticos que harán de Chile el primer ensayo feliz de constituir gobierno en esta América, quedando nuestra República a las eventualidades de un porvenir oscuro.

Montt ha podido decir al morir: *nunc dimittis servum tuum Domine*.

Don Esteban Echeverría
(*Sud-América* de 1° de mayo de 1851)

La República Argentina acaba de perder en don Esteban Echeverría uno de sus más célebres bardos. El suelo extranjero ha recogido sus restos, como los de tantos otros argentinos esclarecidos en las armas, en el foro, en la tribuna, o en las letras, que han quedado sembrados por la tierra por la desgracia, sin ver abrirse las puertas de la patria que habrían honrados con sus talentos.

El 20 de enero acompañaron sus restos mortales al lugar de descanso, cuantas personas notables encierra Montevideo, y el Instituto con su presidente, el señor Herrera, a la cabeza.

Echeverría es el autor de la *Cautiva*, poema americano cuyo teatro es la pampa solitaria. Esta composición bastaría para conservarle un lugar distinguido en las letras americanas. Varias otras han ayudado a su celebridad, entre ellas *Recuerdos*, el *Ángel Caído*, y *Avellaneda*, su última composición literaria.

Como ocupación útil de su mente, se había consagrado al estudio de la enseñanza pública, y como manifestación de sus ideas políticas, ha dejado el *Dogma socialista* y la *Revolución del Sud*, interesante episodio de la lucha argentina.

Esperamos de los amigos y compañeros de trabajos de Echeverría, algunos datos que nos faltan, pues solo le hemos

conocido en 1846, de paso por Montevideo, en que pasábamos algunas horas del día reunidos, sirviéndonos de punto a la conversación la suspirada patria y los medios de reorganizarla.

Su retrato ha sido publicado por la *Ilustración* de París.

Don Martín Orjera

(*Sud-América* de 9 de junio de 1851)

Un incidente ha venido a entristecer estos días, la muerte del doctor don Martín Orjera, nuestro compatriota, santafecino de origen, y ciudadano chileno de adopción.

Un gran concurso acompañó sus restos mortales al cementerio, y muchos jóvenes dijeron, al borde de su tumba, muy bellas cosas en su honor. Esta escena presentaba a nuestros ojos un espectáculo consolador. El joven comandante del Yungay, su hijo adoptivo, encabezaba el duelo, y una docena de oficiales de su cuerpo, de los que tan brillantemente habían llenado su deber el 20 de abril, lo acompañaban. En presencia de ellos, y oyéndolos con la tolerancia e indulgencia que se deben a las opiniones, pronunciáronse discursos y versos llenos de calor y algunos de amenaza, en honor del *Tribuno* popular, mártir de la libertad, etc. Rodeaban la sepultura hombres de todos los partidos, y nadie creyó oportuno retirarse hasta que todo fue dicho, no obstante que la palabra iba descendiendo en años hasta la infancia, lo que ganaba en violencia hasta la impropiedad.

Ligados a Orjera por recuerdos de una antigua amistad, presenciábamos esta escena de recogimiento, de libertad y de cordura.

El doctor Orjera había ocupado en Chile un lugar

prominente. En la batalla de Maipo, joven casi imberbe, se distinguió por su entusiasmo y su valor, y en la época de la primera constitución del país, ejerció como escritor y parlamentario, su parte de influencia. Pero una vida pública tan temprano comenzada, fue por grados debilitándose y oscureciéndose, y ya en 1840, Orjera contaba entre los hombres públicos de tercera fila.

Tenía las virtudes y las flaquezas de los caracteres generosos, negligente hasta olvidarse de sí mismo, exaltado, inconsistente, bueno en el fondo, y dejándose arrastrar por la primera impresión o por los amigos. En 1841 escribió el *Tribuno*, al principio por el general Bulnes, y a poco andar en favor del general Pinto su adversario de candidatura. Este periódico fue ya el hijo de la vejez del espíritu, no obstante sus cincuenta y seis años [56]. Desde entonces el doctor Orjera descendió a la oscuridad política, de donde no salió sino por momentos y por puertas vedadas.

Doña Paula Jaraquemada de Martínez

(*Civilización* de 1° y 2 de octubre de 1851)

Hay en la historia de las naciones un espectáculo magnífico y solemne, pero que requiere largas distancias de tiempo para que pueda el observador encontrar, entre la multitud de los hechos ocurridos en una época, el punto de vista adecuado, desde donde resalta aquel con toda su belleza artística y toda su grandiosidad. Parecen así vistos los pueblos desde lejos, cuerpos animados a quienes se ve marchar, hacer alto, meditar, obrar en seguida, y en estos actos posteriores realizar la idea emitida anteriormente, hasta con las contradicciones y los errores de juicio que más tarde se reconoce en el pensamiento dominante de un siglo. Por eso se dice el siglo XVIII, cuando se quiere abrazar con una sola frase el pensamiento de todos los hombres notables que, sin proponérselo, produjeron los hechos históricos que han conmovido las sociedades en el inmediato siglo, actos verdaderamente emanados de aquella meditación colectiva que habíamos apuntado al principio. Así los grandes pensadores y los grandes guerreros son miembros de una sola familia; padres aquellos, hijos estos, que reciben un legado y son los ejecutores testamentarios de las grandes ideas.

Pero aun hay otra manifestación de aquella unidad del sentimiento del corazón del pueblo, que encuentra de tarde en

tarde personificaciones en naturalezas exquisitamente organizadas para sentir, las cuales se agitan con todas las sensaciones de la época, y reconcentrándolas en su corazón, las devuelven a la masa de la sociedad, como el faro que señala al navegante la proximidad de los escollos, iluminando los mares con luces que, sin la exquisita organización del aparato reflector, apenas habrían bastado a alumbrar una habitación humana.

Esta función pública, digámoslo así, esta aptitud de expresar el sentimiento nacional en las grandes épocas, es exclusiva de la mujer, aunque a veces participan de ella poetas como Jeremías. Pero el corazón de la mujer es siempre el espejo ustorio que reconcentra las partículas de sentimiento que emana de todos los corazones, y a veces el reparador de los errores de la inteligencia de los hombres, o de la suerte de las batallas. Cuando Colón mendigaba en las cortes europeas, en su patria y en el extranjero, un socorro para descubrir toda la tierra que Dios había creado y no conocía nuestra raza, la ciencia de los sabios, la previsión de la política, y el sentido común de entonces, le dieron con las puertas en la cara en todas partes. No hay que culpar de ello ni a un hombre, ni a un gobierno; era el siglo, era la humanidad culta, quien corrió el riesgo entonces de cometer un error de que se avergonzaría más tarde; pero que habría retardado los progresos de la civilización. Isabel I estaba en un trono, y ella, la mujer sensible, pudo sola comprender lo que a la ciencia humana se ocultaba todavía. Si la posibilidad del viaje de Colón no era cosa demostrable para la razón, la imaginación femenil podía abrazarlo en todos sus detalles, seguir las carabelas a través del océano, y gozarse en su arribo a playas desconocidas, risueñas y ricas. La imaginación y la sensibilidad dieron las carabelas para que el genio probara su poder.

En las grandes desgracias es, empero, donde el fenómeno se muestra en toda su sublimidad. Juana de Arco, es la Francia

entera gobernada por un rey inepto, ocupada en su mayor parte por los ingleses, pobre, derrotada donde quiera que osa resistir a su mala estrella; y sin embargo, cualquiera que la suerte de las batallas fuese, ¿qué rudo paisano de los campos había entonces que no sintiese que, en despecho de todo, la Francia era superior en fuerza, igual en valor, y mayor en número que los enemigos que la vencían? ¡Si la Francia quisiera! ¡Si la Francia alzara su brazo!… He aquí la sucinta historia de Juana de Arco, la pobre *huacita* del campo, que cuidando sus vacas comprende la situación de su patria, penetra los secretos de la política, y traza el plan de unas cuantas batallas necesarias para restablecer la fortuna de la Francia; y no sabiendo cómo llamarle a aquello que siente en sí, y la torna en guerrera, diplomática y política, le llama aparición de la Virgen, misión celeste, algo de divino y femenil a la vez que está revelando el sentimiento del corazón sin la participación de la inteligencia; las entrañas de la mujer, donde el brazo y la cabeza del hombre se han mostrado impotentes.

En la historia de todas las sociedades está Isabel *sintiendo* el porvenir, o Juana de Arco esperando con fe, cuando toda esperanza ha sucumbido en el ánimo de los fuertes. El 19 de marzo de 1818 sucedió en Chile una de esas grandes desgracias que amenazan de tarde en tarde sepultar para siempre a las naciones. Era peor que una derrota, era como el incendio fortuito de un inmenso almacén de pólvora, accidente de que nadie tiene la culpa, y del que sin embargo, son víctimas poblaciones enteras. Un ejército de trece mil hombres, en cuyo equipo se había agotado la fortuna de Chile, mandado por jefes aguerridos y que inspiraban una confianza sin límites, se disipa sin combate, y se entrega a la fuga. Los valientes huían más aprisa que los tímidos, y el desaliento nacional, al ver rotas y desbandadas aquellas legiones que eran antes sinónimo de victoria, entonaba ya el *¡vae victis!* siniestro como aquella canción africana que dice: «¡Boo-Calloum ha muerto! ¿Quién

nos defenderá ahora? No confíes en el mosquete ni en la espada. ¡Las flechas y lanzas de los infieles triunfan! ¡Boo-Calloum ha muerto! ¿Quién salvará a nuestros hijos?»

En menos de veinte horas, el general San Martín había recorrido, después del desastre de Cancha Rayada, el espacio que media entre Talca y Paine, en los límites del llano de Maipo en que está Santiago. Quedaban en poder de los españoles artillería, tesoro, bagaje, trenes, y más que todo el prestigio de invencible y la moralidad del ejército patriota. San Martín huía, no ya como un jefe desgraciado, ni como un militar cobarde, sino como un ente ridículo para quien la altanera seguridad de sus primeros pasos se convertía en fanfarronada e ineptitud. ¿Qué iba a responder ante el gobierno de su patria, ante la historia y ante Chile, sobre esta derrota de Cancha Rayada? ¿En qué venía a terminar la expedición de los Andes, la reconquista de Chile y las amenazas a los virreyes del Perú?

A la altura de Paine venía el camino del sur, que conduce a Santiago, lleno de una multitud polvorosa, sedienta y deshecha; San Martín, rodeado de algunos jefes y edecanes precedía aquel tumulto de caballos jadeando de cansancio y extenuación; pero el San Martín que venía no era el que la población de Santiago había visto entrar triunfante, erguido e infatuado por la batalla de Chacabuco; era un cadáver, un reo, sobre cuya frente se diseñaban los signos de la humillación y de la vergüenza. Un grupo de paisanos obstruía al parecer el camino a cierta distancia, y los veteranos del ejército de los Andes temblaban ahora al divisar grupos de paisanos. El mayor O'Brien, edecán del general fugitivo, fue destacado con algunos soldados para practicar un reconocimiento. San Martín aguardó el resultado en frente de un bodegón, adonde algunos soldados y asistentes apagaban la sed. A poco se avanzó el mayor O'Brien seguido de los paisanos, y todos formaron un solo grupo. La fisonomía de aquel cuadro era en extremo curiosa y significativa. En torno de San Martín veíanse

coroneles de diversos uniformes, cubiertos sus vestidos y charreteras de manto de polvo; la sangre de las heridas de algunos convertida en barro sangriento, daba solemnidad y tristeza al grupo que habrían hecho risible jefes sin morriones, y negros del 8, montados en monturas sin estribos, y en caballos flacos y extenuados de fatiga. Hacia esta masa inerme, por la resistencia que los caballos oponían a toda tentativa de moverse, se avanzaba doña Paula Jaraquemada, seguida de sus hijos, domésticos, capataces e inquilinos en toda la pintoresca variedad de trajes de los campesinos chilenos. Montaba doña Paula un hermoso caballo oscuro, que agitado por la presencia de tantos caballos, caracoleaba con gracia al frente de los otros. Vestida como para una fiesta, acercose al general San Martín, a quien había conocido y admirado en días más felices, y golpeándole afectuosamente el hombre, le dijo con el acento profundo del corazón: «hemos sido desgraciados, general, pero aun hay medios de defensa todavía; vamos a triunfar». Omitiremos las palabras harto aliñadas que la tradición ha puesto en boca de la dama [57]. El sentimiento no es muy cuidadoso del giro y pulcritud de la frase. Pero doña Paula Jara hacía caracolear su caballo como una mariposa en torno de una luz; ofrecía a sus dos hijos que la seguían, y enseñaba el denso grupo de servidores fieles que solo esperaban órdenes; hablando con calor y derramando de sus ojos negros torrentes de entusiasmo, moviendo siempre su brioso caballo, ya para saludar a un valiente del ejército de los Andes que la máscara de polvo le impedía al principio reconocer, ya para dar órdenes a los suyos a fin de procurar refrescos, caballos y carne a los fugitivos, ya en fin, para reanimar el coraje abatido de todos, con chistes, sonrisas y gracias. La fascinación ejercida por aquella inesperada aparición de mujer, su entusiasmo, su seguridad en el triunfo final, y la abnegación de que daba tan alta muestra, trajeron poco a poco la serenidad a los semblantes, la esperanza al corazón, y por una de aquellas

revoluciones frecuentes en nuestro ánimo, la derrota fue olvidada, disipose el estupor, y por primera vez, después de veinte horas, rieron hombres que hasta entonces reían en medio de los combates.

La derrota de Cancha Rayada puede decirse que terminó en Paine. San Martín se detuvo allí durante cuatro horas; los que le seguían se reposaron en el seno de la abundancia, y el general en jefe, disipadas las sombrías preocupaciones de su espíritu, dató desde Paine las primeras órdenes que impartió para la reorganización del ejército. El hijo mayor de doña Paula Jaraquemada, recibió allí mismo el título y el empleo de capitán, no obstante ser apenas un adolescente, y su madre, ayudándole y dirigiéndolo todo, los huasos que le obedecían fueron organizados en escuadrón de milicia, y cuáles a recolectar caballos y ganados, cuáles a cortar el valle estrecho para impedir las comunicaciones, cuáles en fin avanzando hacia el sur para recoger armas y dispersos, aquella milicia improvisada hizo durante ocho días, el servicio más activo, mientras que la hacienda de doña Paula Jara se había convertido en cuartel general, almacén de víveres, hospital para heridos, y punto de reunión, desde donde los grupos de dispersos eran remitidos en orden al campamento general, y en cargas las armas reunidas, hasta que avanzando el ejército español, la heroína se replegó sobre Santiago, dejando en Maipo, a manos más fuertes que las suyas, ya que no a más esforzados corazones, la gloriosa tarea por ella iniciada de volver la patria a la vida, después de que se pudo creerla muerta y perdida para siempre.

Terminada la guerra de la independencia, en el seno de la paz o entre las agitaciones políticas, doña Paula Jara abandona las cúspides de la sociedad en que había aparecido un día como un meteoro luminoso, y desciende a las profundidades de las miserias del pueblo, tan poco sentidas y exploradas entre nosotros. El terrorismo de la guerra de un instante se convierte

en una opinión permanente de caridad, que como una fuente, derrama todo el resto de su vida, socorros, auxilios, consuelos y favores sobre las partes doloridas de la sociedad, las cárceles, los presidios, la casa de corrección, los hospitales, la muchedumbre menesterosa y los mendigos. Entre los pocos papeles que ha dejado después de su muerte, figuran en voluminoso catálogo cartas de presidarios de Juan Fernández, de condenados a muerte que la imploran, y de centenares de afligidos, en las cuales y en caracteres de presidio, están los vestigios de muchos de esos dramas terribles de la vida humana, tan extraños y sorprendentes que nuestra época ha apellidado *misterios* en las grandes ciudades. Pero hay un documento público que resume la vida de esta mujer singular. Hasta ahora poco estaba fijado en las alcaidías de las cárceles un decreto del Presidente de la República, ordenando que estuviesen, sin *excepción alguna*, abiertos los calabozos a doña Paula Jara, y comunicados todos los reos, pues en esta triste y odiosa sección de la administración pública, aquella mujer había conquistado una posición intermediaria entre el juez y el verdugo, que la ley hubo de sancionar. Habíase apoderado de las cárceles y de todos los lugares de expiación y de padecimiento. En la cárcel principal de Santiago tenía establecida una fiesta mensual el 19 de cada mes, en la que convirtiéndose en templo la mansión del crimen, se administraban los auxilios espirituales a los reos, adoctrinándolos ella de antemano, y predicando con fervor y unción delante de aquellos siniestros congregados. Celebraba el 19 la conmemoración de San José, el santo de su devoción, y por una coincidencia que pudiera no ser más que un mismo suceso, día de la derrota de Cancha Rayada, el recuerdo más grato a su memoria, por cuanto había sido el origen desgraciado de su glorioso renombre. Los reos sentenciados a muerte quedaban desde ese momento entregados a ella, y sus cuidados, sus exhortaciones y su piedad ilustrada, les hacía

prepararse al duro trance, si es que no podía apartar la cuchilla de la ley pendiente sobre sus cabezas. Entre muchos otros casos recuérdase la historia de la Caroca, mujer del pueblo que con detalles espantosos había asesinado a su marido, y condenada a muerte, se esperaba su desembarazo, pues estaba en cinta, para llevar a cabo la ejecución. Cuando la mujer criminal se hubo restablecido de su enfermedad, doña Paula Jara interpuso apelación o demanda de indulto, y tomando la criatura en sus brazos, se presentó ante los jueces, cuya sensibilidad puso en tortura, haciendo intencionalmente llorar al niño, mientras que sus sollozos, verdaderos y espontáneos, hacían imposible negar el perdón; elocuencia de madre, ardides femeniles, baterías asestadas al corazón, a las que nadie sin ser un monstruo puede resistir.

Avisáronle una vez que un preso blasfemaba, y como si la cárcel se incendiase, corrió por las calles hasta llegar al calabozo donde tamaña desgracia ocurría. El infeliz maldecía en efecto, dando alaridos espantosos, y negándose a oír ni exhortaciones ni consuelos. Apaciguado por doña Paula Jara, supo y pudo verlo con sus ojos, que los grillos le habían dividido la carne de los huesos y el carcelero implacable se negaba a poner remedio. Una orden del gobierno vino bien pronto a suspender esta brutalidad que deshonra la ejecución de las leyes.

En la casa de corrección de mujeres había introducido mejoras morales de igual género, y organizando entre las señoras de Santiago una suscripción de víveres, vestidos de desecho, y otras limosnas, héchose la administradora de socorros, a más de la predicación de la doctrina de que por largos años se constituyó en sacerdotisa. Para entregarse con más holgura al sentimiento de caridad cristiana que prevalecía en su ánimo sobre todas las afecciones del corazón de la mujer, tuvo por muchos años compañía con el señor Vicuña, después obispo de Santiago, hombre sencillo y piadoso con quien dividía

las tareas de la administración de ejercicios espirituales, sin excluir la prédica y la doctrina, en cuyas dos funciones sacerdotales había doña Paula Jara adquirido talentos e instrucción que realzaban aun más las emociones del corazón y la sensibilidad exquisita de mujer que le envidiaban sus compañeros de trabajo. Últimamente en sus viejos años veíasela por las calles seguida de muchedumbre de pobres, dirigirse a la iglesia de la Merced, hacer allí coro en alta voz a la oración durante la misa, volver a su casa rezando por las calles, y distribuir limosnas entre todas aquellas gentes, a quienes había reconciliado con Dios para merecerlas.

Las prácticas religiosas y la caridad degeneraron en hábito maquinal en sus últimos años; pasaba el día rezando el rosario, y a las visitas importunas para sus oraciones, sin distinción de personas, salvo aquellas por quienes conservaba afecto, les alargaba una moneda de limosna indicándoles que la dejasen.

Esta abstracción de todo sentimiento mundano, no estorbaba que a la edad de ochenta y tres años, se sentase por complacencia al piano y cantase con voz insegura, pero con sentimiento exquisito y rara fineza de tono, una de esas cancioncillas amorosas, que caracterizan el genio nacional de cada una de las secciones americanas.

En un panfleto político, publicábase no ha mucho el siguiente trozo que tiene relación con doña Paula Jara:

A la caída de una de esas tardes apacibles y animadas que caracterizan la naturaleza de Chile, doña Paula Jara Quemada había llegado insensiblemente desde su casa de campo, sita en el llano de Maipo, y siguiendo la avenida larga que precede con frecuencia a estas antiguas casas, hasta el camino real que sirve de comunicación entre Santiago y las campiñas del sur. A poco andar y paseando a uno y otro lado sus miradas distraídas, reconoce entre los pasantes la figura bien conocida de un antiguo amigo, acompañado de un niño en la más tierna

edad. Era un patriota que iba a pedir a las fragosidades de las montañas circunvecinas asilo contra la persecución de los españoles, ante quienes estaba señalado como conspirador. La circunstancia de ser perseguido era en aquellos días calamitosos un título de hermandad para todas las almas generosas. Doña Paula modificó el plan de ocultación, ofreciendo al fugitivo su casa, desde donde podría descubrir desde lejos a los que se acercaban, y a cuyo fondo estaba un extenso y tupido cañaveral inaccesible a las pesquisas. El día lo pasaría el prófugo en aquella guarida, y las veladas pasaríanlas ambos huéspedes discurriendo sobre el porvenir de la patria oprimida, y comentando aquellas noticias siempre favorables, exageradas hasta lo imposible por el deseo y que entretienen la esperanza de los oprimidos.

Ya había algunos días que gozaban de la escasa ventura que esta situación ofrecía, cuando de improviso asomó en la avenida que da entrada a la habitación una partida de soldados españoles. El prófugo ganó su escondite, el niño que lo acompañaba quedó atisbando, con la natural curiosidad infantil por lo que pasaba, y doña Paula Jara, patriota conocida, madre de lindas hijas, y propietaria acaudalada, se preparó a recibir a los temibles huéspedes. Era costumbre entonces hacer requisiciones de víveres, de caballos, de forraje para las tropas, y ni la cantidad ni el título se discutían entre el que las exigía espada en mano y el que entregaba con la rabia en el corazón.

—Las llaves de la bodega —dijo el oficial por todo saludo al acercarse, y señalando un costado de los edificios.

—¿Necesita Ud. provisiones?, las tendrá Ud. en abundancia.

—Las llaves pido.

—Las llaves no se las entregaré jamás. Nadie sino yo manda en mi casa.

Estas escenas, en que el acento y la actitud de los personajes dicen más que las palabras, no se describen; cada uno las

siente.

Ciego de cólera, el oficial mandó a su tropa hacer fuego sobre la insolente mujer que pretendía poner coto a su voluntad soberana. Pero la excitación había sido recíproca; doña Paula, mientras la tropa ejecutaba el movimiento precursor de muerte, había avanzado desde el dintel de la puerta, y casi tocado con su pecho las carabinas tendidas horizontalmente. El oficial desconcertado y a punto de cometer un asesinato, paseó una mirada vengativa a su alrededor, y como si hubiese encontrado venganza y castigo sin mancha para él, «incendien la casa» gritó con voz estentórea y ademán que no admitía réplica ni demora. Acertaba a encontrarse cerca del pie de la mujer indignada el tradicional brasero que mantiene el calor del agua caliente para el mate, tan frecuentado entonces, y haciendo rodar brazas y bracero basta los pies de los soldados atónitos, «he ahí el fuego» replicó, señalándolo a los que iban a buscarlo.

Después de un momento de silencio, el oficial se desahogó en amenazas, volviendo la brida a su caballo y fuese con los suyos, dejando escapar un torrente de maldiciones. El niño aquel de que hemos hablado, había presenciado esta extraña escena, y tan profunda impresión debió dejarle, que hoy en la edad madura, la recuerda en sus más mínimos detalles. Pero la dirección moral dada a su carácter, ha debido escapar siempre a su observación. El ejemplo de las grandes virtudes es una semilla que germina en el ánimo tierno de la infancia, como el escándalo es el peor de los tósigos que agotan su alma. Un niño ignora sin duda cuánto importan las bellas acciones que nosotros admiramos; pero en aquella que presenciaba, había una lección que desbarataba todas las ideas que a su edad se alcanzan. ¡Cómo! ¡Hombres armados retroceden en presencia de una mujer! ¡En lugar de lágrimas y de súplicas, se puede dominar al fuerte con la entereza! ¿Hay entonces otra fuerza mayor que la de las armas y la de la violencia? ¿El deber, el

derecho, la justicia, podrán más que el número?... El niño aquel se llamaba Manuel Montt...

Este hecho se liga a los últimos momento de la vida de doña Paula. El rumor de las discusiones políticas que preceden a las elecciones de presidente, penetraba a su morada entre los asuntos varios de la conversación de las familias. Supo así que el general Cruz era uno de los candidatos, y don Manuel Montt el otro. Su partido estaba tomado. Manuel debía ser el presidente, por la razón que tienen siempre las madres y las esposas; Manuel era su hijo adoptivo.

A consecuencia de los sucesos de abril, la interesaron para que fuese a interponer su influjo con el poderoso candidato, en favor de alguno de los suyos comprometido. El resultado de sus empeños no debía ser dudoso; pero hay algo de original en la descripción de la entrevista hecha y comentada por ella misma. «Fui —decía—, a casa de Manuel, y le dije, aquí vengo, hijo, a pedirte un favor, por Dios, no por mí, porque a mí no me debes nada... Lo tuve en mi casa y le di de comer más de un año —añadía riéndose la vieja de su arte de exponer su asunto—, pero esto no se lo dije a él».

Hablaban en su presencia del general Cruz, a quien había tenido ocasión de conocer muy de cerca en otras épocas; pero como los viejos sacan partido de sus achaques para ocultar sus sentimientos, no viendo ni oyendo cuando no quieren ver ni oír, doña Paula Jara preguntaba: «¿Quién es ese general Cruz?» Y como no pudiese negarse a reconocerlo, añadía con mal disimulado desdén: «pero ese, ¡cómo se ha de comparar con Manuel!». Últimamente, el general Cruz vino a visitarla, y ella le puso crudamente la cuestión de la candidatura en estos términos llenos de hostilidad: «Me han dicho qué tu quieres ser presidente. Si Dios te tiene preparado ese puesto, te encargo, pues, la conciencia y que no me desconozcas». Don Manuel Montt vino más tarde, y la parcialidad de la célebre vieja se

traslucía por las imperceptibles inflexiones de la frase: «Sé que vas a ser presidente. Manuel; Dios guíe tus pasos; gobierna, hijo, en Dios y por Dios, y sé bueno para los pobres».

Después de un paroxismo en que los facultativos desesperaron de prolongarle la vida, volvió en sí doña Paula Jaraquemada para principiar aquella lucha lenta y tranquila entre la vida y la muerte, que termina de ordinario las largas existencias. El estampido del cañón llegó a sus oídos el 31 de agosto. ¿Qué es eso?, preguntó la moribunda. Es, la dijeron, la salva que hace el fuerte de Santa Lucía para celebrar la proclamación de su hijo don Manuel Montt para Presidente de la República. Una ligera exclamación de aprobación, más bien que de sorpresa, puso de manifiesto su contento, como todos los viejos que no gustan de ser contradichos, y miran la realización de sus propios deseos, cual si fuera la realización de las leyes ordinarias de la naturaleza.

Al evaporarse esta alma sublime por el patriotismo y la caridad cristiana, se inauguraba un nombre en la historia política de Chile, nombre que por incidentes singulares se liga al de aquella mujer célebre. ¿Será don Manuel Montt la encarnación del espíritu de la que llamó siempre su madre? ¿La energía del carácter de la mujer que no ve la borrasca sino para augurar la bonanza, y que depuesto el aparato bélico, consagra su vida entera a la mejora social, se habrá hecho hombre, gobierno y poder en aquel llamamiento a la vida pública del hijo adoptivo, a la hora de la muerte de la heroína? ¿Querría don Manuel Montt otra gloria que aquella con que comenzó la mujer célebre de Chile, y llevar otro camino que el que ella siguió durante toda su vida? Porque el pobre es el pueblo; la democracia y la caridad convertida en política, se laman igualdad, libertad, educación pública, prosperidad, riqueza, justicia, tranquilidad, y todas las demás bendiciones de un gobierno.

Murió doña Paula Jaraquemada el 9 del mes de septiembre

de 1851, a los ochenta y tres años de su edad, habiendo nacido un año después de la expulsión de los jesuitas, de familia nobilísima y acaudalada.

D. Nicolás Rodríguez Peña
(*Crónica* de 10 de diciembre de 1853)

El tres del presente mes de diciembre falleció en esta capital don Nicolás Rodríguez Peña, oriundo de la provincia de Buenos Aires, y uno de los hombres que más influencia tuvieron en preparar la revolución del 25 de mayo de 1810. Ha residido treinta y cinco años en Chile, a donde le siguieron dos de sus hijos, don Demetrio y don Jacinto Peña, y ha muerto a la edad avanzada de 77 años, 8 meses. Don Nicolás Rodríguez Peña, pertenecía a una familia notable en la época de la dominación española. Su padre, don Alonso Rodríguez de la Peña, fue durante muchos años comandante general de la frontera del norte de San Juan, y fundó una colonia militar y un fuerte en lo que es hoy Valle Fértil. Durante su mansión en aquella provincia, que fue larga, casose con doña Damiana Funes, de la familia de este apellido establecida en Córdoba y San Juan. Su hijo estaba destinado a desempeñar un papel importante en la revolución de la independencia, preparando los elementos que habían de asegurar el éxito de empresa tan delicada. Don Nicolás Rodríguez Peña, pues él suprimió el *de la* aristocrático del apellido de su padre, era de entre los promotores de la revolución, el único que poseía una fortuna considerable, la que fue prodigada en la ejecución de la obra. El resto la comprometió más tarde en el armamento de la expedición de San Martín al Perú, en virtud de un contrato que

estipulaba el reintegro de los capitales invertidos para después de ocupado el Perú; y aunque tuviese este acto todas las formas de un negocio, no se embarca en tales especulaciones quien no tiene ni plena fe en el éxito, ni deseo vehemente de asegurarlo. El resultado fue que no se reintegraron jamás los capitales, y el señor Peña perdió el resto de su fortuna. Después de consumada la revolución, don Nicolás Rodríguez Peña no apareció en los puestos oficiales, sino en rarísimas y solemnes ocasiones. Tal fue la ejecución de Liniers, Concha, y los demás jefes españoles, ordenada por la junta gubernativa, y encomendada a Castelli y a Peña. Torrente ha dado algunos detalles apasionados de este grande acontecimiento, y atribuido a la energía del carácter de Peña el habérsele confiado tan terrible comisión. De una cualidad de Torrente como historiador, dio alguna vez testimonio el señor Peña. Preguntándole ¿qué juzgaba de su libro? dijo con simplicidad, los hechos son ciertos, pero la apreciación es falsa.

De las causas que aconsejaron aquella terrible medida, tenemos en Funes una justificación. «El puerto —dice—, bloqueado por los marinos de Montevideo, los manejos ocultos, pero vivos de los españoles europeos; en fin, el sordo susurro a favor de Liniers entre unas tropas que habían sido consortes de sus triunfos, no dejaban ya otra opinión que la muerte de estos conspiradores o la ruina de la libertad». Liniers era en efecto el hombre de más prestigio en todas las clases de la sociedad, a causa de la defensa contra la invasión de los ingleses, y aunque el gobierno español, fiel a la política que cargó de cadenas a Colón, lo hubiese depuesto del virreinato por ser francés de origen, él con el obispo Orellana, Concha, gobernador de Córdoba, y otros, se declararon contra la junta gubernativa, exponiendo a Buenos Aires a quedar asediada y bloqueada por los partidarios de la corona.

La junta gubernativa, aunque revolucionaria en sus disimulados propósitos, era autoridad legal, por cuanto su

poder le venía del cabildo abierto tenido el 24 y el 25 de mayo, con motivo de la dislocación del gobierno de la metrópoli y el cautiverio de Fernando VII. Liniers, por el contrario, era un simple particular, puesto que Cisneros había sido nombrado en su lugar virrey de Buenos Aires.

Como se dispersasen las tropas contrarrevolucionarias al aproximarse el general Ocampo, enviado por la junta gubernativa, Liniers, Concha, Allende, Orellana y Moreno, fueron tomados presos, y bajo la autoridad de Vieytes, miembro de la junta, se ordenó su ejecución en Córdoba; pero los ruegos del doctor don Ambrosio Funes, instigado por el deán a interponerlos, haciendo valer el temor de que se ofendiesen tantas familias patriotas heridas con aquellas muertes, hicieron suspender la ejecución, dirigiendo los reos a Buenos Aires e instruyendo de ello a la junta.

El nuevo gobierno comprendía que la presencia de Liniers en el seno de la capital, preso, traía los mismos peligros que en Córdoba a la cabeza de un ejército. Tenía poderosos auxiliares en las familias acaudaladas, catorce mil españoles residentes, centenares de jefes y oficiales depuestos, mayor número de empleados cesantes, y los hábitos de respeto y sumisión del pueblo. Cediendo a estas razones, la junta persistió en su resolución, pero ya no bastaba ordenarlo, era preciso encontrar ciudadanos bastante consagrados a la causa de la libertad para que no cediesen, como Vieytes, a consideración alguna, y los ojos de todos se fijaron en Castelli y en Peña, cuya firmeza y patriotismo eran a toda prueba. Daban a esta elección mayor valor la circunstancia de ser Liniers y Peña amigos muy íntimos.

Los comisionados de la junta encontraron a los reos entre la posta de la cabeza del Tigre y Lobatón, y dieron al jefe que los escoltaba, la triste orden de que eran portadores, sin acercarse a los reos, a fin de ahorrarse angustias que pusiesen a prueba su entereza.

Hasta ahora tres años vivía en las inmediaciones el postillón del coche que condujo al comisionado Peña, que estaba o está aún de maestro de posta. Don Mariano Sarratea, sobrino de Liniers, habiendo querido trasladar sus cenizas a Buenos Aires, se hizo acompañar del anciano maestro de posta al lugar de la ejecución. Desgraciadamente ninguna reminiscencia, ninguna señal pudo guiarle para precisar cuál era la sepultura de Liniers, y hubieron de abandonar la empresa. Lo más seguro y lo más propio sería erigir en los lugares mismos, un monumento a la memoria de Liniers y sus compañeros, poniéndoles por epitafio aquel anagrama tan célebre y significativo de una gran desgracia, que formaron de las iniciales de las ilustres víctimas de la independencia americana: *¡Clamor!* Así, pues, a la abnegación de don Nicolás Rodríguez Peña, que había forjado la revolución, tuvieron que acudir para que apartase los escollos en que iba a fracasar infaliblemente.

Todavía un hecho muy significativo y que merece recordarse, por cuanto muestra cómo distinguía una revolución social y una de las muchas revueltas que en nuestra época se decoran con el nombre de revoluciones. La primera de este género que ocurrió en Buenos Aires, es la de abril de 1812, contra la junta gubernativa; tan hondo recuerdo ha dejado la aparición de esta segunda faz de todas las grandes revoluciones, que hasta hoy la tradición la llama la revolución de abril, en un país en que tantas del género han ocurrido.

Hablando de esta insurrección, Torrente, el hostil historiador de las cosas americanas, dice: «tres regimientos cívicos pidieron el destierro de Larrea, Peña, Posada y otros de los llamados patriotas. La fuerza se hizo superior a toda reflexión política, y salió triunfante en aquella conmoción, aunque con escándalo de las personas más sensatas, que veían en tamaño atentado el germen de nuevos alborotos, capaces de sepultar en las ruinas aquel naciente estado». La pluma más

parcial a la causa americana, no habría rendido mayor homenaje a la justificación de los patriotas que eran el blanco del odio de los revolucionarios. Peña se hallaba en el fuerte, y allí increpó en los términos más amargos a sus autores la impropiedad de aquel acto. «Un día llegará —dijo a don Martín Rodríguez—, que los que han deshonrado la revolución, atropellando a las autoridades y abriendo la puerta a la anarquía, no sepan dónde poner la cara de vergüenza perseguidos por la execración pública». Don Martín Rodríguez figuró honorablemente después en la organización del país; pero en los últimos años de su vida, le habían alcanzado, en efecto, aquellas maldiciones del indignado patriota. Un 25 de mayo, varios jóvenes asilados en Montevideo desplegaban al viento la bandera nacional, y al colocarla en la azotea, se habían quedado moralizando sobre la tiranía de Rosas, y las revoluciones que habían traído a aquel monstruo al poder. ¿Quién sería el malvado, decía uno, que hizo la primera revolución, para maldecir su nombre? Pues en aquel dédalo de nuestra revolución, ninguno de los jóvenes sabía ni cuál había sido la primera. Por casualidad mira alguno hacia abajo, y divisa al anciano don Martín Rodríguez paseándose cabizbajo en el patio de la casa, y se proponen ir a interrogar sus recuerdos. ¿Quién fue, don Martín, el primero que hizo revoluciones en Buenos Aires?, le preguntaron con ese espíritu de reprobación que los animaba. Rodríguez, atormentado por muchas desgracias, decaído de su antiguo valimiento, pobre, asilado como ellos en Montevideo, sintió este nuevo puñal que venían a clavar en su corazón jóvenes indiscretos.

—¡Quién fue el primero! —repitió desconcertado.

—Sí, ¿quién fue el malvado?

—¡Yo! —contestoles con voz terrible, y dándose vuelta, encerrose en su pieza, desde donde no lo vieron salir hasta el día siguiente.

Don Nicolás Rodríguez Peña, fue desterrado después de aquel movimiento, como Moreno había tenido que ausentarse a morir en el albor de aquella revolución a quien habían dado el ser. Peña fue confinado a Guandacol, en San Juan, y allí permaneció hasta 1814, en cuya época, habiendo regresado a Buenos Aires, los celos de sus adversarios lo hicieron desterrar de nuevo el mismo día que llegaba. Desde aquella época data su estragamiento de la República Argentina que solo ha finalizado con su muerte.

Notas

[1] Uno de los antiguos barrios de ranchería de Santiago. El E.

[2] Sistema de prisión entonces usado en Chile que consistía en unas jaulas de fierro con ruedas, para utilizar a los criminales en el trabajo de los caminos públicos. El E.

[3] Para una mejor lectura, se transcribe el árbol genealógico en forma de texto plano. (N. del E. D.)

[4] *Historia de la dominación de los árabes en España*, tom. I, cap. IX, por Conde.

[5] *Compendio de la historia geográfica natural y civil de Chile*, tom. I.

[6] La obra del jesuita Morales, ligeramente incompleta, la hemos descubierto entre los MS. del abate Molina que por nuestra mediación compró el Gobierno para la Biblioteca Nacional. El E.

[7] *Histórica relación del Reino de Chile*, por Alonso de Ovalle, 1646.

[8] *Ibid.* Ovalle.

[9] Ovalle, *Histórica relación*, lib. 11, cap. VI.

[10] Gay, *Historia de Chile*, t. 1 cap. 28.

[11] En la nariz se le columpia un moco, Quevedo.

[12] *Diccionario geográfico histórico*, art. Albarracín.

[13] Relación del auto particular de fe celebrado en la Iglesia de Santo Domingo, el 19 de octubre de 1749, etc., por don J. Eusebio del Llano Zapata, literato que ha escrito muchas obras interesantes; viajó mucho por Europa y América, y pocos saben que nació y se educó en Lima.

[14] *Caracteres de Labruyère*, tom. I, pág. 232.

[15] Los documentos de la separación de la Provincia de San Lorenzo Mártir, fueron publicados en 1819, en Santiago, en un cuaderno de 70 pág. en 4.º bajo el título de: *Orden de predicadores en el Estado de Chile*. El E.

[16] Defensa de la Vicaría Apostólica etc... impugnada por el provisor sede vacante de Córdoba. Impreso en Santiago de Chile, año de 1831. Imprenta Nacional, por M. Peregrino.

[17] Buenos Aires, 1836. Imprenta Argentina.

[18] Consta de acta celebrada en San Juan en 18 de julio de 1828 declarándolo diputado electo por la provincia de San Juan. Núm. 18 del *Registro Oficial*.

[19] Esta doctrina fue hábilmente desenvuelta por don V. F. López, en una serie de artículos en *El Progreso* de Santiago.

[20] Establecimiento minero de don Mariano Fragueiro.

[21] *El tirano de los pueblos argentinos*; Valparaíso 1840. Este es otro folleto distinto del escrito de Garcías del Río bajo el mismo título en el *Museo de ambas Américas* de 1843.

[22] *La Rusia en 1839* por el Marqués de Custine.

[23] El autor confunde al dios *Jano* con el dios *Término*. (N. del E. D.)

[24] *Ensayo Histórico de las provincias del Paraguay, etc.*, tom. III.

[25] *Bosquejo de nuestra revolución*, pág. 491.

[26] Acta de la junta provisional gubernativa de 18 de diciembre de 1810.

[27] *Arengas del doctor Moreno*, tom. 1. pág. 170 del prefacio; y Funes, *Ensayo histórico* ya citado.

[28] *Ensayo*. Prólogo, pág. X.

[29] *Bosquejo de nuestra revolución*. Tom. III del *Ensayo histórico*, pág. 500.

[30] *Bosquejo*, ibid. 502.

[31] Sesiones del Congreso.

[32] Palabra quichua que significa alfombra.

[33] Don Manuel Gregorio.

[34] Hermano del obispo Oro.

[35] *Mercurio* del 11 de febrero de 1841.

[36] El estadista boliviano don Casimiro Olañeta, que estaba entonces en Santiago representando a su país. *El E*.

[37] El *Elector chileno* redactado por el liberal don Pedro F. Vicuña. *El E.*

[38] Don Manuel Salas.

[39]

Señor don Domingo Sarmiento.

Santiago, octubre 1.° de 1841.

Compatriota y amigo:

Por toda respuesta a la muy apreciable carta de usted le acompaño esa orden para que con su resultado, atienda usted a dar carne y pan a los infelices argentinos hambrientos que vienen. Es preciso que se limite usted a carne y pan, porque para ese mezquino socorro, hemos agotado todos los recursos, y vencido dificultades de que solo tendrá idea cuando venga y se imponga.

Ahora mismo excitamos a los de Valparaíso a ver cómo nos ayudan a socorrer a nuestros infelices compatriotas. Ha sido solicitado el gobierno y nos ha prometido para esta noche las órdenes que pudiéramos desear para socorrer la afligida humanidad.

El expreso ha sido despachado antes de la hora de llegado.

Nada diré a usted de lo que ha conmovido la relación de los horrores que usted no ha hecho más que indicar. Esto dejémoslo para sentido.

Abrace usted a los valientes y desgraciados. Somos argentinos y son argentinos. Algún día Dios nos dará patria, y habrá gratitud para los beneméritos, o no merecerá aquel país tener tales hijos.

Adiós, amigo. Siempre afectísimo de usted.

J. Gregorio de Las Heras.

El escribiente saluda a usted y a todos los valientes desgraciados.

[Volver]

Señor don Domingo Sarmiento.

Santiago. 1.° de octubre de 1811.

Apreciable señor:

Espantado de la catástrofe que usted me anuncia, salí al momento a casa de Orjera, donde acabaron de imponerme de las desgracias sucedidas en Mendoza. Extremamente sensibles a tantos males, no hemos hallado otro arbitrio para detener el progreso de los más urgentes, que levantar una suscripción implorando la generosidad de nuestros compatriotas en favor de las infelices víctimas de la causa de la civilización. Ya se están dando los primeros pasos; y debe usted creer que si el éxito corresponde a nuestro empeño e interés, se remediarán sin duda las más premiosas necesidades. Jamás he deseado tanto como ahora, en este instante el ser hombre de influjo y fortuna; pero, ¿para qué hemos de poner en cuenta los deseos? Hacemos lo posible, o solo me atrevo a ofrecer por ahora, juntamente con mi amistad, como su más apasionado servidor Q. B. S. M.

José Francisco Gana.

[Volver]

Octubre 2 de 1841.

Regresa el propio que hoy hemos recibido de usted. El gobierno nos ha hecho entender que hará cuanto esté de su parte respecto al objeto de la comunicación.

He entregado también su carta para el ministro Montt y estoy esperando su contestación para incluírsela.

Aquí se están corriendo algunas suscripciones entre los ciudadanos chilenos, en auxilio de nuestros compatriotas que vienen. Y creo que el gobierno hará algo por su parte aquí

mismo. Se trabaja con suceso.

En este momento va a despachar el gobierno otro propio con comunicaciones para el intendente. Le remito un bulto que contiene varias piezas de ropa, que entre la mía y la de algunos amigos he podido reunir para que pueda habilitar a los que vengan desnudos.

Le incluyo una correspondencia del gobierno para el intendente, entréguela en el acto, porque su contenido interesa a los desgraciados que vengan enfermos.

Amigo: le estoy envidiando la suerte que le ha cabido en esta vez. Continúe usted sus nobles esfuerzos; es usted un héroe; no desista ni afloje un solo instante. ¡Ánimo, amigo!

Martín Zapata.

[Volver]

2 de octubre

Sarmiento:

Los Viales se han portado como unos grandes hombres. Don Antonio me encargó de hacer un encabezamiento de la suscripción, que ahora mismo va a imprimirse; varios personajes escogidos por él, y él mismo, van a correr la suscripción entre el clero, el comercio, los empleados, los ministros, etc., etc.

Toda la compañía dramática está pronta a dar los beneficios que desea Casacuberta. Ya el público ansía por ver a este en las tablas. El *Otelo*, el *Marino Faliero*, y no sé qué otra pieza han sido escogidas con este objeto, y con el de hacer admirar los talentos de dicho actor.

Se trata también por los Viales de hacer dar un concierto a las señoritas principales, a beneficio de la emigración. Ojalá se viniese Casacuberta cuanto antes. Pregunte por mi familia y dígame algo de ella, de don Hilarión Godoy, de nuestros

amigos, de Villafañe. Todo suyo.

Quiroga Rosas.

[Volver]

[40] De Montevideo. *El E*.

[41] Fallecido en Santiago el 28 de noviembre de 1841, a los 86 años de edad. *El Editor.*

[42] Muerto en Santiago el 1.° de mayo de 1842. *El E*.

[43] Nacido en Chillán el 20 de agosto de 1778, muerto en Lima el 24 de octubre de 1842. *El E*.

[44] Nacido el 2 de octubre de 1772, muerto en Santiago el 2 de noviembre de 1842. *El E*.

[45] Nació en 1790, en Santiago, donde murió el 24 de noviembre de 1842. *El E*.

[46] Falleció en Santiago el 22 de marzo de 1844. *El E.*

[47] Infante falleció en Santiago el 9 de abril de 1844; había nacido en esta misma ciudad en 1778. Es uno de los políticos y periodistas chilenos más singulares. El señor Sarmiento lo juzgó en este último carácter, y su juicio nos parece muy exacto. *El E.*

[48] Nació en Santiago el 31 de diciembre de 1793, murió en Talca el 16 de marzo de 1845. *El E*.

[49] Dictamen reservado del conde de Aranda sobre la independencia de las colonias inglesas en 1783, después del tratado de paz ajustado en París el mismo año.

[50] *Colección de arengas y escritos del doctor Moreno*, vol. I,

pág. XXX y X.

[51] *Essais historique sur la revolución d' Espagne*.

[52] Tenemos el sentimiento de anunciar a nuestros lectores, que nos vemos forzados a suspender por ahora la biografía del Dr. Castro Barros. La multitud de hechos que tenemos que registrar, tomados de fuentes auténticas y de noticias manuscritas que nos hemos procurado de testigos, compatriotas y compañeros del Dr. Castro, exigen el desenvolvimiento de un volumen, y la actividad de la curiosidad pública, atraída hoy por las importantes cuestiones políticas, mal puede distraerse a asuntos lejanos o de un interés que no se toca con el momento presente.

Tenemos derecho de creer que las palabras en que ha terminado la *Revista Católica* su necrología no se dirigen a nosotros. Tenemos derecho, decimos, porque mal sentaría en boca de sus RR. el epíteto de calumnia, a los hechos que aún no se han publicado, por quienes los conocen, como testigos oculares, y que otro que los ignoraría no puede tacharlos de apócrifos, sin pruebas y sin antecedentes. (*Crónica* de 1.° de julio de 1849)

[53] Nacido en Buenos Aires el año de 1791, muerto en Miraflores, cerca de Lima, en abril de 1849. *El E.*

[54] El general boliviano Guilarte fue muerto en Cobija, en una sublevación de cuartel. *El E.*

[55] Nacido en Concepción en 1779. *El E.*

[56] Corregimos la edad del original, 36 años, que evidentemente es un error, poniendo la que dejamos apuntada, según indicación de persona que conoció a Orjera y que nos asegura que en 1841 tenía esa edad. *El E.*

[57] Véase en la *Flor Colombiana* pág. 37. Después de la dispersión de Cancha Rayada, acaecida el 19 de marzo de 1818, entró el general San Martín, muy enfermo, a descansar en un rancho que se hallaba sobre el camino de la capital. Aún no hacía muchos momentos que estaba recostado, cuando la señora de una hacienda inmediata, doña Paula Jaraquemada, se le presenta con el semblante animado, los ojos despidiendo rayos, y le dice con vehemencia. «¿Con que ha sido Ud. desgraciado, querido libertador de mi patria? ¿Le han batido los españoles? ¿Volverán a dominarnos sus armas? ¿Hay algún remedio? ¿Cuál es? Dígame Ud. por Dios, ¿puedo servir de algo? Disponga Ud. de mis bienes, de mis criados y peones, de mis hijos, de mi propia persona, todo lo sacrificaré gustosa en aras de la patria». San Martín, atónito con la súbita efusión de los generosos sentimientos de aquella señora, logra al fin calmarla un poco, persuadiéndola que fiado en la protección de la Providencia, esperaba escarmentar al enemigo en breve. Algo calmada, prosiguió: «Antes mandé el resto de mi ganado en auxilio del ejército; ahora traigo cincuenta de mis inquilinos, patriotas a toda prueba, para que los incorpore Ud. a sus filas. También le presento aquí mis dos hijos con igual objeto»; y volviéndose a ellos les dijo en un tono decidido y varonil: «Hijos míos, sabed que si no cumplís con vuestro deber, dejaréis de llamarme madre; acordaos de que la muerte es preferible a la ominosa esclavitud que nos quieren deparar los españoles. Yo os daré el ejemplo, seguidme y veréis que sé olvidarme de mi sexo, veréis que arrostraré los peligros hasta el último extremo, antes que doblar la cerviz a los europeos». Y dirigiendo la palabra a San Martín: «Buen amigo, mi general, el revés que Ud. mismo ha sufrido hará ver que somos dignos de ser libres; pronto acreditaremos a los invasores que merecemos tener una patria». Aquel jefe tuvo que valerse de toda su afabilidad y destreza para persuadirla que se retirase a Santiago, por ser este el punto de reunión para reorganizar el

ejército.